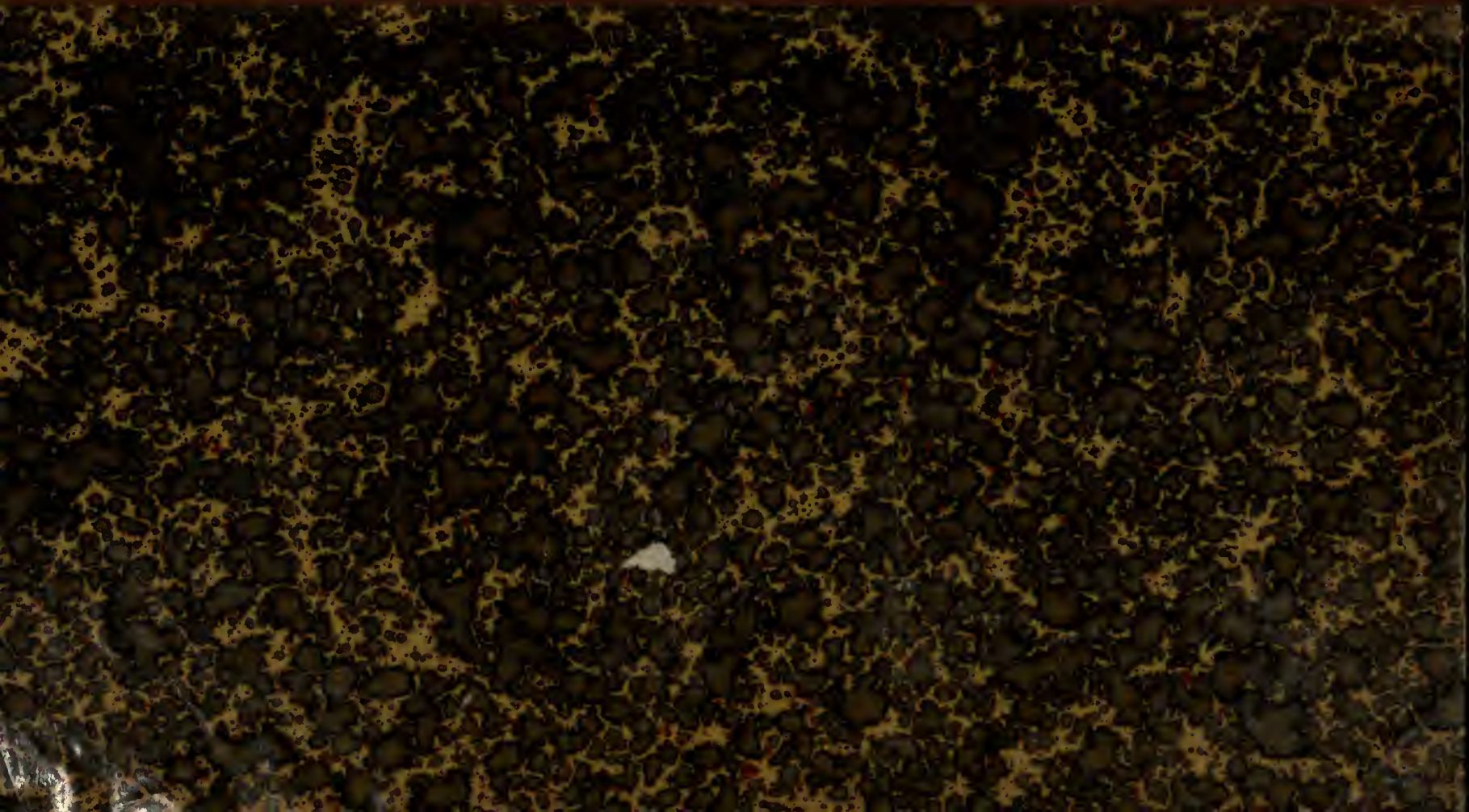
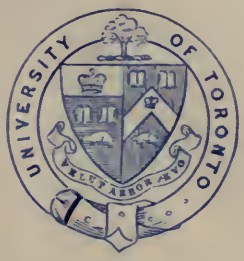
3 1761 08166247 0



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

H-3-P

AÑO V NÚM. LII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

ABRIL—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

462619
3. 6 41

AP
60
E8
año 5
no. 52-54

TAINE

Cada advenimiento de un nuevo renombre literario preséntase cual un enigma ante el historiador de los espíritus; enigma sencillo á veces, como en el caso de que la obra del escritor aplaudido se adapte á las necesidades de la época y aparezca á modo de respuesta á cualquiera vaga y flotante cuestión que perturba las conciencias. No hace falta ningún poderoso esfuerzo de análisis para comprender que, en pleno fervor de restauración religiosa, *El genio del cristianismo* diese gloria de pronto á su autor, y que la Inglaterra de 1812, heroica y trastornada entonces, se hubiera reconocido á sí misma en la altiva melancolía de *Childe Harold* (1). Complícase á veces el enigma con los extraños cambios de frente que la opinión pública ejecuta con respecto á sus favoritos. Súbitamente, y sin que el escritor en boga haya hecho nada más que proseguir sus primeros trabajos con claro rigorismo lógico, se encuentra con que ha desagradado á quienes le aclamaban al principio; las cualidades de su talento truécanse en un delito, y lo que le había hecho grande le abruma. Esta ha sido la historia de muchos personajes célebres de todos tiempos. Tal es hoy la historia de M. Taine. Este ha tenido sobre quienes se hallaron en su caso la superioridad de no quejarse, y creo que la única línea donde ha revelado el inevitable quebrantamiento interior es esta, que transcribo del prefacio de una de sus últimas obras: «Tengo también la pena de prever que este trabaj disgustará á muchos de mis compa-

(1) Véase, en la Memoria de Thomas Moore, la ingeniosa exposición de las causas de ese triunfo *eléctrico*, del cual decía Byron: «Me desperté célebre.»

triotas...» Hasta estos últimos años, en efecto, el autor de *La literatura inglesa* estaba puesto por la mayoría de sus lectores en las filas de lo que pudiera llamarse el grupo de la extrema izquierda del pensamiento contemporáneo. Había conocido todos los sinsabores de tal situación y también todas sus ventajas. El obispo de Orleans había señalado á la desconfianza de los padres de familia el filósofo culpable de haber escrito esta frase audaz: «Sean físicos ó morales los hechos, no importa, siempre tienen causas. Las hay para la ambición, para la valentía, para la veracidad, como las tienen la digestión, el movimiento muscular, el calor animal. El vicio y la virtud son productos, como el vitriolo y el azúcar...»; frase pasmosa y que el futuro jefe del naturalismo, entonces naciente, M. Emilio Zola, enarbolaba, como una divisa y un programa, á la cabeza de una novela que produjo un escándalo. Porque los jóvenes de la generación ascendente sentían por el audaz iconoclasta de los ídolos de la metafísica oficial un entusiasmo de discípulos, en que se confundían el tremor de una iniciación peligrosa y el justo respeto por el colosal esfuerzo del hombre laborioso. Recuerdo que al acabarse la guerra, estudiantes apenas salidos del colegio, nos apretujábamos con el corazón palpitante en la vasta sala de la Escuela de Bellas Artes, donde M. Taine explicaba durante los cuatro meses del invierno. El fresco de Pablo Delaroche desplegaba en la pared del testero sus personajes convencionales, pero majestuosos. Nos decíamos que la cortesana Maryx, la amiga de Gautier y de Baudelaire, había servido al pintor de modelo para «la Gloria distribuyendo coronas». El maestro hablaba con voz un poco monotona y que ponía un timbre de vago acento extranjero en las palabras de las breves frases; y hasta esa misma monotonía, esos ademanes raros, esas facciones absortas, esa preocupación de no sobreañadir á la elocuencia real de los documentos la elocuencia ficticia del aparato escénico, todos estos mínimos detalles acababan de seducirnos. Aquel hombre, tan modesto que no parecía darse cuenta de su renombre europeo, y tan sencillo que sólo parecía cuidarse de servir bien á la Verdad, trocábase para nosotros en el apóstol de la nueva fe. Por lo menos, nunca había sacrificado en el altar de las doctrinas oficiales, jamás había mentido. Su pensamiento propio era lo que nos aportaba en aquellas frases cortas, tan concisas y tan precisas; sí, su pensamiento, profunda, invenciblemente sincero...

Han pasado los años desde entonces—¡ah!, no muchos—y hete aquí que M. Taine cuenta con devotos entre los que iban á la zaga de monseñor Dupanloup, mientras que sus casi fanáticos partidarios de otros tiempos le acusan de haber renegado las convicciones de sus comunes luchas. Aparecen los tres tomos de la *Historia de los orígenes de la Francia contemporánea,* y los partidos políticos se arrojan sobre esta presa. Para unos, el iconoclasta se ha convertido en un José de Maistre de la historia documentaria, surgiendo de los archivos con la mágica espada que derrocará á la Revolución. Olvidando los otros de qué incorruptible escritor juzgan la obra, atribuyen á las causas más mezquinas un pesimismo que sólo es consecuente, pero pretenden que sea contradictorio. Permaneceré fiel al programa primitivo de esta serie de estudios, si demuestro cómo una misma sensibilidad, una misma doctrina y un mismo método, han llevado á M. Taine á chocar con fuerza contra ciertas aspiraciones del alma francesa contemporánea, después de haberle conducido á halagar involuntariamente algunas otras. Hay una frase admirable de Bossuet acerca de la justicia: «Es una especie de martirio...» La sinceridad implacable del pensamiento también es á veces una especie de martirio.

I

La sensibilidad filosófica.

Imaginemos que un lector de buena fe haya terminado el estudio de los veinte tomos que vendrán á componer en la actualidad las obras publicadas por M. Taine, y que deba resumir sus impresiones con uno de esos términos generales que clasifican á un ingenio, señalando á la vez su cualidad predominante y su tendencia favorita. Desde luego será difícil de hacer ese resumen, por la variedad de géneros en que ha sobresalido el autor y que ha transformado por la fuerza propia de su talento. M. Taine no puede ser llamado con mucha exactitud un crítico, por más de ser autor de ensayos de primer orden: por ejemplo, acerca de Balzac y acerca de Saint-Simon, obras maestras de sutil análisis y exposición lúcida. Basta comparar estas páginas con las escritas por Sainte-Beuve sobre los mismos asuntos, para advertir la diferencia entre los procedimientos de anatomía psicológica de un investigador que en la literatura ve un signo, y el método propiamente crítico de un juez á los ojos de quien la producción literaria es un hecho soberanamente interesan-

te por sí mismo. Sainte-Beuve abunda en distingos y hasta muchas veces en sutilezas, con el propósito de anotar mejor los más finos matices. Multiplica las anecdotas, con el fin de multiplicar los puntos de vista. Lo individual y lo particular es lo que le preocupa; y, por encima de esta minuciosa investigación, hace que se cierna cierto ideal de regla estética, con el cual deduce y nos constriñe á deducir conclusiones. M. Taine, por el contrario, emplea todos sus esfuerzos en simplificar. El personaje que considera, no es para él más que un pretexto de demostración. Su gran asunto es asentar con ese motivo alguna verdad muy general y de una importancia que le parezca superiosísima. M. Taine tampoco es un historiador, aun cuando haya firmado admirables fragmentos de historia. Al componerlos, no ha cedido á esa imperiosa necesidad de resurrección de lo pasado que se apoderaba de Michelet sólo por el contacto de los papeles amarillentos, papeles antiguos cuya escritura ha palidecido, mudos papeles que fueron manejados por dedos hoy descompuestos. Para M. Taine, un capítulo de historia es como la mampostería de un edificio sobre el que se alzará una verdad general elevada hasta la plena luz de la evidencia. Michelet narraba por el placer de narrar; M. Taine puede narrar con tan robusto relieve, pero lo hace por el placer de demostrar. M. Taine tampoco es un puro artista, aun cuando ha producido esos libros de descripción llena de color, donde ha notado los recuerdos de sus viajes por Italia, Inglaterra y los Pirineos. Si ha recorrido los paisajes de montes y llanos, de las vastas ciudades vivas y de las ciudades muertas, no lo ha hecho, como Teófilo Gautier, por asombrar sus ojos con aspectos nuevos del cambiante universo é invitado por la voz que murmura á nuestra imaginación nostálgica:

Sublimes espectáculos existen en la tierra,
son reinos que se admiran desde la abrupta [sierra
de negros escoriales, fantásticos granitos
y azules oceanos, visibles infinitos...

Existe una hipótesis formulada por Montesquieu y desenvuelta por Stendhal, acerca de las relaciones entre el alma humana y su medio ambiente. La comprobación de esta hipótesis flotaba en los lejanos horizontes para M. Taine, y partió para traernos un diario de viaje que también tiene por objeto asentar una verdad general. Ensayos de crítica, trabajos de historia, libros de capricho, todo ha estado al servicio de una pasión dominante: la filosofía. M. Taine no ha sido ni

será nunca más que un filósofo. Rara vez fué más fuerte la unidad de una obra y más pronunciada la especialidad de una naturaleza. Es preciso describir esta naturaleza para comprender aquella obra, como para comprender el genio de un pintor es preciso describir sus ojos. Dado el elemento de la imaginación primitiva y original, el resto se deduce necesariamente.

Las diversas traducciones que, por elogio ó con hostilidad, pueden darse de la palabra «filósofo», se reducen á la siguiente: un ingenio filosófico es aquel que acerca de las cosas forma ideas de conjunto; es decir, ideas que representan no tal ó cual hecho aislado, tal ó cual objeto suelto, sino series enteras de hechos, grupos enteros de objetos. Esta definición se precisará con ejemplos. Cuando un poeta como Molière ó Shakespeare se propone pintar una pasión como los celos, ve un determinado celoso, Arnolfo ú Otelo, personaje vivo y concreto que va y viene por entre acontecimientos limitados; y al hacerlo así, obedece á su organización de artista. Por el contrario, cuando un filósofo como Spinoza se propone estudiar esta misma pasión, ya no ve ningún caso particular sino la ley común que rige á todos los casos, y expresa esta ley con una fórmula capaz de aplicarse lo mismo al aventurero moro Otelo que al ciudadano parisiense Arnolfo: «Figuraos que otro se apega á lo que amáis con el mismo lazo de afición que os unía con ese objeto amado; sentiréis odio hacia ese objeto amado, á la vez que envidia de vuestro rival...» Y sigue un comentario teórico, plácido y universal como el desenvolvimiento de una proposición de geometría. El verdadero trabajo del filósofo consiste en investigar esta clase de leyes y elaborar fórmulas de esta especie. Su imaginación se pone en movimiento para perseguirlas. Esta fórmula os parece muerta á vosotros los que no os movéis entre las abstracciones como entre los seres. Para el filósofo, es viva. En ese escorzo contempla la innumerable fila de hechos especiales que obedecen á esa fórmula; y es tan vivo el placer de esta contemplación, que quienes lo han probado vuelven siempre á él, aun á través de los estudios más lejanos en apariencia. Si los azares de la vocación ó del destino han hecho del filósofo un pintor, romperá el molde harto estrecho de su arte con el fin de introducir en él ideas generales, y practicará el arte simbólico, cual Chenavard ó Cornelius. Si es poeta, el filósofo se interesará por los dramas oscuros que se presentan en las profundidades de la conciencia entre la duda

y la necesidad de creer, y escribirá *La Justicia*, como M. Sully-Prudhomme. Si el filósofo compone una novela, será *Las afinidades electivas* ó *El maestro Guillermo*, y la crítica encontrará allí materia para interminables discusiones: tantas teorías y observaciones sistemáticas se acumulan en ella. Pero pocos escritores han sufrido más que M. Taine la tiranía de esta extraña imaginación. Ella es quien le obliga á no ver en los magníficos fragmentos de un gran prosista, el romano Tito-Livio, más que una ocasión de discutir un teorema de Spinoza; quien le constriñe á interpretar en el sentido de una doctrina superior las obras maestras de todas las artes *(Filosofía del arte)*, y las elegancias de la vida parisiense *(Graindorge)*, y la historia de la literatura inglesa, y la Revolución.

Es tan implacablemente soberana esta imaginación, que después de imponerle su método de análisis, le ha impuesto su forma. No existe en la literatura actual estilo más sistemático y con procedimientos que revelen mejor las ideas preconcebidas de un pensamiento seguro de sí mismo. Cada período de esas robustas páginas es un argumento, cada miembro de esos períodos una prueba en apoyo de una tesis sostenida por el párrafo entero, y ese mismo párrafo se relaciona íntimamente con el capítulo, el cual se enlaza con el conjunto; de tal manera que, á semejanza de una pirámide, desde las más tenues moléculas de las hiladas de piedra de la base hasta el sillar de roca de la cúspide, toda la obra converge hacia una punta suprema y que atrae hacia sí la masa entera... Fijaos en los brillantes trozos en que el prosista rivaliza con la pintura por el color de los detalles y el relieve de los contornos. Hasta los epítetos vistosos, hasta las metáforas visionarias sirven para ilustrar y hacer palpable alguna amplia ley del espíritu ó alguna verdad de la historia. Así es cómo con ocasión de La Fontaine y para hacer tocar con el dedo el vínculo que une la poesía del fabulista con el carácter del horizonte de la tierra donde nació, indica M. Taine el aire primoroso y agradable de las llanuras de Champaña; y ¡cuán perceptible se hace ese aspecto de primor y de agrado! «Pequeños riachuelos serpentean entre grupos de alisos, con graciosas sonrisas. Una fila de chopos solitarios al final de un campo grisáceo, un esbelto álamo blanco que se estremece en medio de un claro de retamas, el brillo fugaz de un arroyo á través de los guijos que le obstruyen el cauce, el delicado matiz con que la lontananza tiñe algún bosque descarriado: he aquí las bellezas de ese

paisaje...» También al final de un estudio acerca de Stuart Mill y de la inducción, aparece así la arquitectura de una ciudad universitaria inglesa: «Una luz amarilla se posaba sobre los almenares de las murallas, los festones de los arcos, el reluciente follaje de las hiedras...» Parece que vamos á leer las confidencias de un artista que goza con sus sensaciones. Pero en seguida surge una nueva frase que resume en una observación psicológica todo el sentido de esos monumentos y follajes: «...Enormes árboles de cuatro siglos de edad alargaban sus regulares hileras, y encontraba allí nuevas huellas del sentido práctico que ha realizado revoluciones sin cometer asolamientos...» Pudieran citarse á centenares frases análogas. Bastan éstas para permitirnos concluir que para M. Taine, como para los filósofos de raza, toda esta inmensa naturaleza tan compleja é intrincada no es más que materia para explotación intelectual, como para el pintor es asunto de cuadros y para el poeta tema de ensueños.

A cada especie de imaginación corresponde una particular especie de sensibilidad. No gozamos ni sufrimos sino con lo que sentimos como real; y sólo es real para nosotros lo que reaparece ante nuestra soledad cuando, al cerrar los ojos y dirigir nuestra vista hacia sí misma, evocamos nuestro personal espejismo del universo. Sabiendo de qué modo interpreta la vida un filósofo, sabemos lo que ve interiormente en sus horas de meditación. Como toda experiencia se resuelve para él en algunas ideas generales, estas ideas son las que resucitan ante su pensamiento reflexivo. Por tanto, su sensibilidad respecto á las personas y cosas es mediana, por lo común, pues apenas existen para él esas cosas y personas. Por el contrario, sabrá distinguir innumerables matices en las ideas; saboreará la belleza peculiar, y, digámoslo así, técnica de ellas, como un pintor saborea la belleza técnica resultante de la yuxtaposición de dos colores y un músico la que proporciona la concomitancia de dos sonidos. Lo sublime de una amplia hipótesis arrobará al filósofo, lo delicado de una teoría le encantará. Sus conquistas amorosas serán el descubrimiento de ingeniosas fórmulas, y sus orgías el completo abandono á las embriagueces de la fantasía metafísica. Hay una plenitud del ser, que sólo se encuentra en una completa armonía entre nuestras facultades y nuestras acciones. Prodúcese entonces un estremecimiento de toda nuestra naturaleza, que exalta hasta su energía suprema la conciencia de nuestra vitalidad. Desde este punto de vista son idén-

ticas todas las pasiones; y el filósofo, al perseguir este éxtasis soberano de su cerebro, es hermano del jugador y del libertino, como del héroe y del mártir. Y cuanto más le avasalla el éxtasis, tanto más poderoso es el hombre. En los filósofos de genio ha sido tan extenso este éxtasis, que ha absorbido toda su savia y ningún otro gusto ha podido florecer á su lado. La biografía de Kant y la de Spinoza suministran dos incomparables ejemplos de esta posesión de todo un temperamento y del alma entera por un solo placer exaltado hasta el deliquio y amplificado hasta la manía. A través de las anécdotas extravagantes, adivinábase la magnificencia de una pasión irresistible que ha permitido al hombre crearse un universo dentro del universo, y moverse en ese dominio propio como el Eneas de Virgilio en su nube: «Y la diosa desplegó en torno de ellos en el espacio el manto de un vapor, por miedo de que alguien pudiese verlos, tocarlos...»

Ciertamente, las facultades de M. Taine son harto complejas y despierta en demasía su curiosidad, para que en sus horas más absortas de especulación haya llegado nunca á esta soledad absoluta de la inteligencia y del corazón. Sin embargo, así como la imaginación filosófica es la pieza principal de su inteligencia, de igual modo la emoción filosófica es la principal pieza de su sensibilidad. Abundan en sus libros los pasajes donde confiesa las profundas dichas de su pensamiento; hasta son las únicas confidencias que ha permitido jamás á su pluma de sabio, desprendido de su propia persona. Cuando habla de sus primeros estudios, dice con la nostálgica melancolía de un enamorado que piensa en las primeras citas: «He leído á Hegel todos los días durante un año, en provincias; es probable que nunca vuelva á tener impresiones iguales á las que me produjo...» Sainte-Beuve, dedicado á la historia natural de los espíritus por una vocación revelada desde sus años juveniles, ha escrito: «Tuve en esos comienzos instantes en que cifraba todo el porvenir de mi ambición y de mi ventura en leer algún día de corrido á Esopo, á solas, con tiempo nublado...» Tales líneas son la misma definición de una naturaleza intelectual. También M. Taine ha confesado esto: «A los veinte años, para las personas de imaginación, la filosofía es una amada omnipotente... Ciérnese uno sobre el universo, se remonta al origen de las cosas, se descubre el mecanismo del espíritu. Parece que de pronto nacen alas. Con esas nuevas alas, se lanza á través de la historia y de la naturaleza.» Esta efu-

sión lírica hace comprender que hable con una simpatía tan complaciente de M. Pierre y su amigo, los dos metafísicos domiciliados junto al Jardín Botánico, «quienes no van á reuniones, no juegan al *whist*, no toman tabaco, no son coleccionistas: les gusta razonar...» Si está en los Italianos y ve apoyarse de codos en el terciopelo sobre el antepecho de un palco á una hechicera criatura, sonrosada y virginal, con su vestido idealmente azul, la discute, medita, advierte con motivo de ella cinco ó seis verdades de psicología social, y dice para sí: «He sacado de ella todo lo que valía...» El mismo se ha puesto en escena bajo el transparente disfraz del viajero Pablo en el *Viaje á los Pirineos*, filósofo también, el cual pretende que «los gustos como el suyo crecen con la edad, y que, en suma, el sentido más sensible, más capaz de placeres nuevos y diversos, es el cerebro...» En los consejos que da á los jóvenes, con el disfraz no menos transparente de Thomas Graindorge, ¿qué felicidad suprema les recomienda que busquen? «La contemplación.» Entiéndase por esto esa filosofía que Carlyle, en su *Sartor resartus*, llama tan profundamente: «*a spiritual Picture of nature*, una pintura espiritual del mundo». La rica y prodigiosa variedad de los fenómenos resúmese en algunas leyes que son, como las redomitas de opio, madres de grandiosos ensueños. Abandónase á ellas, y al punto «se deja de ver y oir un fragmento de la vida: el coro universal de los seres vivos es lo que se siente regocijarse y condolerse, la grande alma de que nosotros somos el pensamiento...» Esta vez no lo hubiera dicho mejor Spinoza, y se creería leer un comentario del admirable libro quinto de la *Etica*, acerca de «el amor intelectual de Dios». ¡Tan cierto es que tras muchos años de distancia y á pesar de las diversidades de educación y ambiente, las mismas pasiones se desahogan con idénticos gritos de elocuencia, con iguales acentos y casi con las mismas palabras!

Para un alma así dotada de la sensibilidad filosófica y de la imaginación que le corresponde, la sinceridad ni siquiera es una virtud, sino un estado habitual é inevitable. No puede calcular la resonancia de sus ideas: se lo impide la profunda absorción. Tampoco un verdadero poeta puede calcular el efecto que producirán sus versos, ni un matemático el valor de aplicación práctica de sus fórmulas. El impulso de la facultad dominante es demasiado poderoso, el goce que proporciona el ejercicio de esta facultad harto intenso.

Stendhal ha dado la razón de esta

imposibilidad en que se encuentra el artista por naturaleza, lo mismo que el sabio, de reflexionar acerca del alcance social de su trabajo: «... Un hombre como Juan-Jacobo Rousseau no tiene de sobra con diez y ocho horas diarias para pensar en darles vueltas á las frases de su *Emilio*. Un hombre que quiere reunir 400.000 francos con una cosa tan aburrida en el fondo como libros donde no hay alma, no tiene de sobra con diez y ocho horas diarias para hallar los medios de introducirse en los corrillos acreditados...» Tampoco M. Taine ha tenido de sobra con diez y ocho horas diarias para ordenar sus teorías, y por eso nunca ha tenido vagar para medir las consecuencias inmediatas de esas teorías desde el punto de vista de su aceptación por los contemporáneos. Así es que, en su juventud, ofendió los sentimientos religiosos y morales de muchos de sus compatriotas; como hace poco escandalizó los sentimientos políticos de otros muchos, sin darse cuenta de ello, y de seguro que sin inquietarse por el resultado de esos choques contra la opinión. «Hago de mí mismo dos partes, dice: el hombre ordinario que come, bebe, hace sus negocios, evita ser nocivo y trata de ser útil. Dejo ese hombre á la puerta. El que tenga opiniones, conducta, sombreros y guantes como el público, sólo al público le importa. El otro hombre, á quien permito el acceso á la filosofía, no sabe que existe público. Jamás ha sospechado que de la verdad puedan sacarse efectos útiles... —Pero ¿es V. casado?—le dijo Reid. —¿Yo? Ni por pienso. Eso es bueno para el animal exterior y á quien he puesto á la puerta.—Pero va V. á hacer revolucionarios á los franceses—le dijo Royer-Collar.—No sé nada de eso. ¿Hay franceses?...» Compréndese ahora lo injusto que es pedir cuentas á un hombre así del lugar que le asignan en la confusión de la pelea de las doctrinas que luchan actualmente.

Una situación de espíritu un poco excepcional se paga siempre cara; acabamos de ver el coste de ésta. Pero también tiene sus ventajas. La más indudable es la autoridad. El hombre que posee este don de la autoridad puede llegar á ser impopular, odiado, calumniado. No por eso conserva menos ese prestigio singular, casi indefinible, que añade un peso considerable á toda palabra que sale de su boca, á todo escrito que surge de su pluma. Lo que asegura esta especie de poder al filósofo aislado en su sistema, es precisamente ese aislamiento y la cualidad de certidumbre que supone. Vivimos en una época de derrumbamiento religioso y metafísi-

co, en que todas las doctrinas yacen desparramadas por el suelo. No sólo no tenemos ya, como las gentes del siglo XVII, un *credo* general, regulador de todas las conciencias y principio de todos los actos; sino que hemos perdido también aquella fuerza de negación que fué el *credo* al revés del siglo XVIII. Todas las personas que de cerca ó de lejos se relacionaron con el movimiento de combate dirigido por Voltaire tuvieron á lo menos una certeza: la de que luchaban contra el error. Toda una fe inconsciente iba envuelta en esa certidumbre. ¿No era esto creer que la razón es infalible, puesto que un signo evidente separa lo razonable de lo que no lo es? Nuestra edad de crítica ya no tiene ese convencimiento. Hemos multiplicado tanto los puntos de vista, refinado con tal habilidad las interpretaciones, investigado con tal paciencia el génesis, y, por consiguiente, la legitimidad de todas las doctrinas, que hemos llegado á creer que un espíritu de verdad se esconde en las hipótesis más contradictorias acerca de la naturaleza del hombre y del universo. Y como, por otra parte, no hay ninguna hipótesis suprema que armonice todas las demás y se imponga íntegra al entendimiento, reina una anarquía de un carácter excepcional entre todos los que reflexionan. De ahí deriva un escepticismo, sin otro análogo en la historia de las ideas, escepticismo del cual es Renán, entre nosotros, el más extraordinario representante. Este mal de dudar hasta de la duda trae consigo una serie de achaques que todos conocen: vacilación de la voluntad, componendas sofísticas de la conciencia, *dilettantismo* siempre semidesprendido é indiferente siempre, debilidades que aún nos hacen envidiar más á los que también han recorrido muchas ideas, sin perder las grandes virtudes de antaño: sólida energía de carácter, invencible rigor en la disciplina íntima, seria adhesión á la realidad. Si se escribiese la historia de las influencias en nuestro siglo XIX francés, tan radical é irremisiblemente desengañado, asombraría el ver que todos los sistemáticos han ejercido sobre esta época una dictadura, hasta cuando no lo merecían, como tal ó cual utopista sin mérito; y con mayor motivo un sistemático de raro vigor de espíritu, y, por añadidura, sabio de primer orden.

Así, pues, el poderío de M. Taine sobre la opinión pública (obtenido sin haberlo ambicionado nunca) y sus conflictos con los diversos matices de esa opinión (provocados sin que jamás curase de ellos), se explican igualmente por los efectos contradictorios de una forma ini-

cial de espíritu. Falta demostrar cómo se ha desarrollado esta forma en un medio especialísimo, y cuál ha sido su obra. Se verá que dados estos elementos, no podía menos de engendrarse cierto concepto del alma humana, y, por consiguiente, de la política contemporánea. Estos tres puntos consecutivos son el objeto de las tres partes del presente estudio.

II

El medio.

De que el filósofo no calcule la resonancia inmediata de su doctrina, no se sigue que esta doctrina sea en absoluto independiente del medio donde se ha formado. Todo sistema (la historia nos lo demuestra) se enlaza por el más estrecho vínculo con las otras producciones de la época en la cual ha aparecido. ¿Se necesitan muchas reflexiones para comprender que una misma disposición del espíritu francés se manifestó por las teorías de Descartes, que separaban radicalmente el pensamiento y la materia, el alma humana y la animalidad, por la poesía de Boileau y de Racine, y por la pintura de Poussin? Un mismo momento del espíritu germánico ha dado á luz á Hegel y Gœthe, como un mismo momento del genio inglés ha producido el teatro brutal de Wycherley, las groseras sátiras de Rochester y el violento materialismo de Hobbes. Un simple análisis de la palabra «sistema» permite deducir también, y *à priori*, el íntimo enlace de los filósofos con su medio. Construir un sistema, ¿no es acabar con una hipótesis explicatoria la suma de los conocimientos exactos suministrados por la experiencia? Poseemos cierta cantidad de nociones positivas acerca del universo y del hombre, las coordinamos y las completamos por una teoría general, como un geómetra dibuja una circunferencia entera si le dan un pequeño arco de círculo. Más tarde aumenta la cantidad de nociones positivas, y resulta que nuestra teoría acerca de la naturaleza y del espíritu ya no corresponde á esos nuevos datos. Es más abierto el arco que hay que cerrar, y el radio del círculo tiene que ser más grande. Pero, ¿cómo nos aporta la experiencia estas nociones positivas, materia indispensable para nuestra hipótesis? Paréceme que de dos maneras muy distintas. Por una parte, el filósofo conoce los resultados generales de las ciencias experimentales en los momentos en que trabaja, y conforma con ellos su imaginación de inventor de ideas.

Por otra parte, ese filósofo ha sufrido, por lo menos en su infancia y juventud, las influencias infinitamente múltiples y complejas de su familia y sus amigos, de su pueblo y de su comarca. La vida sentimental y moral ha precedido ó acompañado á la vida intelectual. Esta segunda iniciación se mezcla con la primera, aun cuando no lo sospeche el autor; de suerte que el descubrimiento de una doctrina resulta ser á la vez una novela del ingenio y una novela del corazón. También citaré aquí el ejemplo de aquel á quien Schleiermacher llamaba «el ilustre é infortunado Spinoza»; y, de hecho, siempre hay que recurrir á este hombre prodigioso cuando se quiere estudiar en su sitio un ejemplar cabal de la gran existencia metafísica. El potente sistema expuesto en los cinco libros de la *Etica,* ¿no tiene por fundamento positivo, en primer término, las nociones de física y de matemática propias de la ciencia del siglo XVII, y después las nociones de experiencia personal que la ingenua biografía de Colerus nos revela? Si el melancólico y mísero enfermo del pecho no hubiera sido maldito por sus hermanos en religión, perseguido por su familia, desdeñado por la joven con quien quería casarse; si no hubiera sentido desde su adolescencia la losa de plomo de la realidad pesar sobre su persona y magullarla, de seguro que no hubiese escrito con tan evidente ansia de abdicar vanos deseos las terribles frases en que se complace su estoicismo intelectual: «En su manera de ser y en su manera de obrar, la naturaleza no tiene ningún principio de donde parta y ninguna finalidad adonde tienda...»; y esta otra, que debe leerse después del consolador *Pater noster qui es in cœlis* del Evangelio, para medir su cruel fatalismo: «El que ama á Dios no puede hacer ningún esfuerzo con el fin de que Dios le ame en cambio...»

Figúrense ahora las circunstancias entre las cuales ha crecido M. Taine y qué especie de materia laborable ha suministrado la sociedad á las tentativas de aquella imaginación filosófica de que estaba dotado. Cumplió los veinte años en pleno París de fines del reinado de Luis Felipe, y los recuerdos de sus amigos de la Escuela Normal (por ejemplo, los tan evidentemente sinceros que M. Sarcey citaba no ha mucho en la *Revista filosófica)* nos lo presentan interesado por todas las discusiones de sus camaradas de entonces y tratando en su compañía todas las ideas importantes de la época. ¡Extraños tiempos aquellos transcurridos hacia 1850, años dolorosos y que consumaron la bancarrota de las magníficas espe-

ranzas de la primera mitad del siglo! En literatura, el romanticismo parecía vencido. ¿Cumplió sus grandes promesas de renovación estética? ¿Cómo no dudar de ello, al ver á todos los poetas abdicar su arte uno tras otro? Sólo Víctor Hugo mantiene enhiesto su pendón, y acaba de sufrir la derrota de *Los burgraves*. Pero Lamartine únicamente se ocupa de política; pero Alfredo de Musset acaba de ahogar en vino su genio; pero Teófilo Gautier se llama á sí propio

> un viejo rimador embrutecido
> por el horrendo abuso de la prosa,

y da vueltas á la noria de su folletín con una melancolía de esclavo: «¿qué van á obligarnos aún á hacer?...» decía más tarde á M. Teodoro de Banville, confesando así el secreto dolor de toda su existencia de periodista contra su deseo; pero Alfredo de Vigny está encerrado en su torre de marfil; pero Sainte-Beuve ha enterrado bajo el cúmulo de sus estudios críticos á ese poeta malogrado que la mayoría de los hombres, afirmaba, llevan dentro de sí mismos; pero Augusto Barbier ha perdido el aliento lírico de sus *Yambos*. Acabáronse las hermosas luchas acerca de las obras maestras recién salidas, las *Meditaciones* ó las *Orientales*, y concluyóse también la exaltación espiritualista que había acompañado, avivándolo, al fervor poético de los días de inspiración. El maestro de la *Noche de Diciembre*, Teodoro Jouffroy, ha muerto. Las insuficiencias del eclecticismo preconizado por Víctor Cousin é impuesto como una doctrina oficial saltan á la vista de todos, al mismo tiempo que la revolución de 1848 descubre las insuficiencias de los veinte sistemas de sociología independiente que habían brotado bajo el régimen de la revolución de Julio. Estos son los signos exteriores de una disgregación más profunda. Bajo la influencia de las formidables luchas de la tragedia revolucionaria y bajo el prestigio de la asombrosa epopeya imperial, había crecido una generación empapada toda ella en el concepto heroico de la vida; es decir, que los jóvenes que la componían habíanse alimentado naturalmente de ensueños desmedidos y grandiosos. ¿Y cómo no habían de creer en la omnipotencia y hasta en la magia de la voluntad del hombre, ellos que habían visto surgir joven, resplandeciente y sublime un mundo nuevo del sepulcro de los siglos muertos; derrumbarse una Europa, levantarse otra; y á un simple teniente de artillería realizar las más extravagantes quimeras de la ambición más desenfrenada, sólo con el vigor de su genio y la energía de sus rudos soldados?

Después, este mundo nuevo se había vuelto al instante tan viejo como el otro. La nueva Europa no valía más que la antigua. El conquistador había muerto allá lejos, y luego uno tras otro sus compañeros; y una lepra de medianías comenzaba á extenderse en las costumbres y en la política. Los dos brillantes puntos de arranque, primero la restauración y después el año 30, llegaban á parar en el rebajamiento de los caracteres, en la grosera materialidad de los goces. ¡El siglo había fracasado en su obra!

Sin embargo, no todo él; porque en medio de esos escombros universales crece un árbol cuya frondosa vegetación adquiere más vitalidad en ese paisaje muerto. Este árbol, de frondas espesas y multiplicadas sin cesar, es la ciencia. Sólo ella no ha mentido á sus devotos. ¿Qué digo? Sobrepuja á las esperanzas más atrevidas. El que eche una mirada al desenvolvimiento científico de esta primera mitad del siglo, después de haber contemplado la miseria de las demás empresas, ¿puede contener un impulso de admiración? Los trabajos de Fresnel acerca de la luz, los de Ampère y Arago acerca del magnetismo y la electricidad, los de Magendie y Flourens acerca del sistema nervioso (cito al acaso) ¡y cuántos otros más! han renovado á la vez nuestra teoría del universo y nuestros medios de acción sobre las fuerzas naturales. Ahí están aplicaciones prácticas de incalculable alcance, para dar testimonio de que la tarea realizada en los laboratorios es una obra de realidad. Por vez primera, Isis entreabre su velo. El hombre toma á la par conocimiento de ese *cosmos* cuyo esplendor le espantaba y cuyo misterio le confundía. ¿Y cuál es el instrumento de ese progreso casi maravilloso? La aplicación del método ha bastado. ¿Qué método? El que Bacon redujo á máximas, y el que los investigadores practican únicamente: la experiencia. De esta comprobación al entusiasmo, á la idolatría por este único método, no hay más que un paso; y pronto lo han dado los jóvenes á quienes esta prodigiosa fecundidad de la ciencia embriaga de esperanza, como los hombres maduros á quienes consuela después de tan duros desengaños. Agítase en nosotros una especie de lógica invencible ó inconsciente, que constriñe á los más rebeldes á ir hasta el fin de sus ideas. Si detrás de la ciencia está el método, detrás del método hay alguna otra cosa más. Esa cosa más, que constituye la esencia misma de la indagación experimental, es el hecho. Establecer una experiencia es determinar uno ó varios

hechos, y nada más. La ciencia ha entrado en la senda de su prosperidad el día en que los sabios han tenido el culto, la pasión exclusiva del hecho y nada más que del hecho. Así pues, la gente de hoy tendrá también la religión del hecho, puesto que profesa la religión del método. Recordemos la novela de Dickens (1) en que el positivismo inglés se encarna en un personaje de condición y de cultura medias, que acaso no ha oído hablar nunca de la inducción, pero en quien ha entrado por todos los poros la manía de la noción exacta y seca: «Ahora, exclama, lo que necesito es hechos; no enseñéis á esas niñas y á esos niños más que hechos. No hacen falta más que hechos en la vida. No plantéis ninguna otra cosa en ellos. Desarraigad en ellos cualquiera otra cosa. No podréis formar el espíritu de un animal razonable sino con hechos...» Este discurso es la traducción de la palabra interior que se dicen nueve ingleses de cada diez, la que se dijeron muchos franceses hacia 1850.

En efecto, entonces fué cuando el héroe de la novela ó del teatro dejó de ser el melancólico, tísico ó levantisco, siempre en desacuerdo con las circunstancias, para convertirse en el brutal y rudo manipulador de realidad puesto en escena tan osadamente por Alejandro Dumas hijo. La expresión de «hombre fuerte» está de moda. Significa una explotación inteligente y poco escrupulosa del hecho bien comprendido. Y esta explotación se instala de un extremo al otro de la sociedad. En lo más alto, fúndase y prospera el régimen imperial, en nombre del hecho consumado; abajo, los esfuerzos de los trabajadores tienden al buen éxito, al goce inmediato, á la fortuna y al lujo. Ya no es cuestión de ideal político. La quiebra de los ensueños socialistas ó liberales parece definitiva. El idealismo está igualmente vencido en la literatura. Al fogoso lirismo sucede la observación implacable, y la prosa precisa de Voltaire comienza otra vez á estar en auge. Es la época en que los grandes trabajos de utilidad pública se realizan con una amplitud extraordinaria; en que el sufragio universal llega á ser el único procedimiento de gobierno, porque tiene el valor indiscutible del número. La instrucción pública se organiza con la mira de asegurar á la enseñanza de las ciencias el triunfo sobre la enseñanza de las letras. ¿Qué se ha conservado de los programas de la antigua clase de filosofía, que era una escuela de especulación? La

(1) Esta magnífica obra de Carlos Dickens á la cual se refiere P. Bourget, es la que se titula *Los tiempos difíciles*. — (N. DEL T.)

lógica; es decir, la porción árida y técnica, pero también estricta y positiva. Todas esas tendencias se funden en una especie de río revuelto, que hierve en espuma y no tiene orillas muy claras. A treinta años de distancia, la dirección se puede reconocer. Después de haber pasado, es cuando se marca la unidad de una época. Pequeños detalles de costumbres la revelan, y aún mejor los nombres de los personajes originales que fueron los jefes de fila de las grandes tareas. Aquella entrada del segundo Imperio en la historia tuvo por grande hombre político al duque de Morny, por gran autor dramático á Alejandro Dumas hijo, por grandes novelistas á Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt. M. Taine habrá sido su gran filósofo. No entiendo por eso que no haya habido otros políticos, otros artistas en obras de imaginación, otros pensadores; y que no hayan valido tanto como los que acabo de citar por sus nombres, y hasta los hayan sobrepujado. ¡No importa! Aquéllos tienen en la frente esa marca especial de haber sido, cada uno en un género, los representantes de un mismo brote de ideas. Paréceme que M. Taine ha dado la fórmula más abstracta de ello, y, por consiguiente, la más profunda.

Todo el sistema filósofico de monseur Taine está armado en su espíritu desde sus primeros libros. Se encontrará un resumen de él, de una claridad superior, en los dos capítulos terminales de *Los filósofos clásicos del siglo XIX,* capítulos compuestos, así como el resto de la obra, según dice el prefacio, exactamente en 1852 y bajo la influencia de conversaciones libres con algunos jóvenes muy distinguidos de aquella época. Leyendo el prefacio de *La inteligencia,* donde el autor ha reunido como en un cuerpo de doctrina sus certidumbres y sus hipótesis acerca del pensamiento y de la naturaleza, es fácil advertir que, á semejanza de un edificio de sabia y fuerte arquitectura, el sistema no ha perdido su aplomo. Considerado en lo esencial que tiene, este sistema se reduce á concebir el *yo* como constituido por una serie de hechos pequeños que son fenómenos de conciencia, la naturaleza como formada también por otra serie de hechos menudos que son fenómenos de movimiento. El filósofo está terminante acerca de estos dos puntos. «No hay nada real en el *yo,* dice, salvo la fila de sus sucesos...» En otros términos, M. Taine no admite en el *yo* ni en los cuerpos una sustancia permanente y oculta que sostenga las cualidades y que sobreviva, idéntica y duradera, á los acontecimientos accidentales y pa-

sajeros. Cohetes de fenómenos caducos, que suben algunos minutos ó algunas horas y luego se abisman irreparablemente: tal es el mundo para él. Según se vé, esto es una reaparición de la antigua hipótesis de Heráclito sobre el flujo universal. Así, pues, para representarnos ese *yo* y esa naturaleza, lo que se necesita son hechos pequeños que reconocer y clasificar. Resulta ser el mismo el método en las llamadas ciencias morales y en las ciencias llamadas naturales. En unas como en otras, hay que comenzar por un análisis. Supongamos que tuviese yo que estudiar la personalidad de un escritor ó de un gran general: no procedería de otro modo sino como un químico con un gas ó un fisiólogo con un organismo. Formaría por vía de observación una lista de hechos menudos constituyentes de ese escritor ó general; formada esa lista, determinaría por vía de inducción los hechos dominantes que rigen á los otros, como las ramas grandes de un árbol sostienen á las menores. Así, hay fenómenos iniciales y generadores, de los cuales derivan los otros; transformadlos, y habrá una transformación total; comprendedlos, y comprenderéis todos los fenómenos secundarios. En un animal, por ejemplo, la nutrición es uno de esos fenómenos iniciales.

En un escritor, como en un general, lo será el género de imaginación. El genio entero de Michelet se deduce todo él de la maravillosa lucidez, con la cual se representaba estados de sensibilidad; el de Napoleón, de su potente visión topográfica. Si el primero hubiera sido incapaz de figurarse profundidades del alma, y el segundo relieves del terreno, ni se hubiese escrito la historia de Francia, ni la batallla de Austerlitz se hubiese ganado. Una vez conseguido hallar estos pocos hechos iniciales y generadores, falta enlazarlos con otros superiores á ellos en la jerarquía de las causas. Aquella imaginación peculiar de cada hombre débese á la herencia. Por tanto, trátase de determinar la raza en el individuo. Pero el mismo desarrollo de la raza depende de especiales condiciones de medio. Al llegar á ese escalón, aún es posible subir más arriba y enlazar con un hecho supremo, ley general del espíritu, todos los hechos pequeños ó grandes cuyo árbol genealógico hemos seguido. Es labor de la ciencia del pensamiento reunir así con algunas leyes muy sencillas toda la serie de sus experiencias, como lo hace también la ciencia de los cuerpos. Por último, se trata de resumir esas pocas leyes generales que, notémoslo, no son sino hechos muy ge-

nerales, «hasta que, por fin, la naturaleza, considerada en su fondo permanente, se aparezca ante nuestras conjeturas como una pura ley abstracta; que desarrollándose en leyes subordinadas, llega en todos los puntos de la extensión y momentos de la duración al brote incesante de los individuos y al flujo inagotable de los acontecimientos...»

No se trata del alcance de esta doctrina. Sólo nos interesa su valor en la psicología social. No es difícil advertir que dos elementos han contribuido á formar este concepto del universo. El primero es el hegelianismo. Después de haber declarado M. Taine, en un sólido estudio acerca de Carlyle, que nuestro principal trabajo es volver á pensar las ideas de la gran metafísica alemana, las expresa así: «Redúcense á una sola, la de la evolución *(entivickelung)*, que consiste en representar todas las partes de un grupo como solidarias y complementarias, de suerte que cada una de ellas necesita de las otras, y todas juntas manifiestan por su sucesión y contraste la cualidad interna que las reune y produce.» Hegel llama *idea* del grupo á esta cualidad interior. Taine la denomina *hecho dominante*. Y es que introduce en el hegelianismo un principio extraño á él, tomándolo de la ciencia y del espíritu positivista de la época. Las fórmulas vagas y vaporosas se solidifican bajo su mano de francés perspicaz y á quien las palabras no le engañan. Allí donde Hegel hubiera puesto una disertación, M. Taine pone una descripción. La anécdota cuidadosamente elegida ocupa en sus páginas el lugar de la frase abstracta y sin contornos asequibles. En todo y siempre hay un esfuerzo para instalar el método de la ciencia. ¡Con qué exaltación casi ebria habla de esta ciencia y del porvenir que nos prepara...!» Por fin se acerca más y más al hombre. Ha ido más allá del mundo visible y palpable de los astros, de las piedras, de las plantas, donde desdeñosamente se la confiaba. Apodérase del alma, provista de los instrumentos exactos y penetrantes cuya precisión está probada y medido su alcance por trescientos años de experiencias. Trae consigo un arte, una moral, una política, una religión nueva, ¡y á nosotros incumbe buscarlas hoy...!» ¡Con qué confianza señala por objetivo ideal de toda investigación «el descubrimiento de hechos pequeños, bien escogidos, importantes, significativos, ampliamente circunstanciados y minuciosamente anotados...!» ¡Y cómo se comprende que la generación, entonces nueva, de la cual expresaba la fe profunda con fór-

mulas precisas cual un axioma de matemáticas y vibrantes como las estrofas de un himno, hubiese reconocido en él al iniciador, al hombre que veía la tierra prometida y contaba por anticipado sus rejuvenecedoras y misteriosas delicias!

III

El alma humana y la ciencia.

«La ciencia va á apoderarse del alma humana...» Esta frase contiene en germen toda la labor intentada por M. Taine. Si se considera la cantidad de materias tratadas, este conjunto de obras es múltiple y variado como la misma vida; si se pone mientes en la permanencia inmutable de la idea directriz, aparece sencillo y unido como un tratado de geometría. Redúcese á la aplicación de la teoría de los pequeños hechos y á la hipótesis de que todos los fenómenos de la vida intelectual ó voluntaria tienen la razón suficiente de su existencia en uno ó varios fenómenos anteriores. Admitiendo que los hechos pequeños que constituyen el *yo* pueden estudiarse por los procedimientos del método experimental, y que, por consiguiente, la psicología es una ciencia, M. Taine se aparta de la escuela materialista, la cual reduce toda la porción exacta del estudio del alma á un capítulo de la fisiología. M. Taine ha visto con mucha profundidad que un fenómeno de conciencia, una idea, por ejemplo, es causa de otra serie de fenómenos de conciencia, sea cual fuere, aparte de eso, la modificación fisiológica correspondiente. Por tanto, aunque considerásemos el alma como una simple función del cerebro, no por eso deberíamos dejar de estudiar la vida interior en cuanto es vida interior, y desde el punto de vista del pensamiento en cuanto es pensamiento. Pero también se separa de la psicología clásica, tal como la habían definido los escoceses y Jouffroy, abandonando el método de la reflexión solitaria y personal para sustituirlo por el de la indagación universal y la experiencia reiterada. Al parecer de M. Taine, en la existencia del hombre todo interesa al psicólogo y le suministra documentos. Desde la manera de amueblar un aposento y de servir á una mesa, hasta el modo de orar á Dios y honrar á los muertos, no hay nada que no merezca examen, comentario é interpretación, pues no hay nada en que el hombre no haya puesto alguna cosa de su ser íntimo. Carlyle ha escrito el *Sartor resartus,* obra enigmática donde desarro-

lla una filosofía del vestido y diserta acerca de la política y la historia con motivo de mandiles y calzones. No ha hecho más que exagerar hasta la bufonería una fecunda verdad asentada por Balzac en el prefacio general de *La comedia humana*, á saber: «que el hombre, por una ley que está por investigar, tiende á representar sus costumbres, su pensamiento y su vida, en todo cuanto apropia á sus necesidades...» Esto equivale á decir que ninguna manifestación, por menuda que sea, es insignificante y despreciable en absoluto. Memorias y correspondencias, monografías históricas y novelas de análisis, obras de artistas y trabajos de artesanos: la investigación del sabio debe registrar todos esos legajos de las pasiones, grandes ó pequeñas. ¿Percibís ahora la enorme amplitud que adquiere de pronto la mezquina y flaca ciencia de los Thomas Reid y de los Dugald Stewart? ¿Comprendéis también cuánta importancia adquiere en esta psicología la hipotesis del determinismo universal que antes indiqué como esencial en el sistema de M. Taine? Supongamos que todo fenómeno de la vida moral no esté determinado por uno ó varios fenómenos antecedentes; en otros términos, admitamos que en el alma haya espontaneidad y libertad, en el usual sentido de estas palabras: todo el edificio se viene al suelo. Ese es el punto atacable de la doctrina. Esta doctrina está constituída como una ciencia, pero se funda en un postulado de matafísica.

En este inmenso imperio de la ciencia del alma, extendido así á todos los hechos de la naturaleza humana y de la sociedad, M. Taine ha elegido como asunto particular de sus estudios el dominio de la producción literaria y artística. También esta producción es un hecho, y capital, que debe examinar el filósofo en el mayor y más variado número de sus casos. Grecia y Roma, la Italia del Renacimiento, la Francia de los tres últimos siglos y la Inglaterra de todas las edades, ¿en cuántos medios y momentos diversos no ha considerado el autor de *La inteligencia* ese fenómeno de la formación de la obra de arte? La historia se le ha aparecido como una vasta experiencia instituida por el azar para beneficio del psicólogo; y merced á ella ha renovado, ó, si se quiere, cambiado toda la doctrina de la antigua crítica, y después, por contragolpe, las miras de los artistas alimentados de sus teorías. El primer carácter de esta renovación ha sido la supresión completa de la moralidad en las obras de arte. Para preguntarse, en efecto, como hubieran podido un La Harpe, un Gustavo Planche y hasta un Sainte-

Beuve por lo menos en sus primeros ensayos, si un libro ó un cuadro tienen un alcance moral que merezca elogios ó exija vituperio, es preciso admitir que el escritor y el pintor han ejecutado sus obras por un acto de voluntad responsable; hipótesis que contradice claramente el principio determinista aplicado á todo por M. Taine.

Sépalo ó no lo sepa, el que juzga un producto del espíritu funda su fallo en una teoría particular del espíritu. Para el adepto de la antigua psicología, un libro ó un cuadro eran efecto de una causa individual. Un analista de la escuela de M. Taine ve en este efecto, como en cualquier otro, el concurso de una serie de causas parciales que, á su vez, son efectos con relación á otras causas dominantes, y así sucesivamente de un modo indefinido. Como dice el poeta estoico: «Desciende desde el primer origen del mundo—la serie de las causas, y todos los destinos padecen—si tratas de cambiar sea lo que fuere...» Para M. Taine, lo mismo que para Spinoza y como para los panteístas de todos tiempos, la suma entera de las fuerzas conspira para dar á luz el hecho más insignificante, y detrás de cada uno de esos pequeños hechos la imaginación del pensador ve interminables filas de acontecimientos. Toda apreciación del bien y del mal, y hasta de lo bello y lo feo, está desterrada de ese reino de la necesidad absoluta; por lo menos, la fealdad y la belleza aparecen bajo un aspecto muy particular. El grupo de hechos que produce en mi espíritu una impresión, á la cual doy el nombre de belleza, no está aislado del grupo de hechos que sobre el mismo espíritu produce la impresión de fealdad, puesto que todo se enlaza de una manera íntima en la vasta serie de los hechos que componen el mundo. Mi impresión sola es quien establece la diferencia; pero si quiero salir de esta impresión y raciocinar, tengo que convenir en que estoy en presencia de las mismas fuerzas, las cuales han producido en un caso el acierto, y en el otro el aborto, por una misma necesidad natural. En este grado de análisis, estoy próximo á interesarme por el aborto lo mismo que por el buen éxito; sobre todo cuando descubro que en un mismo autor, por ejemplo, el aborto de ciertas partes del talento era la condición necesaria para el triunfo del resto. Aquella misma imaginación de la sensibilidad que sirvió de instrumento adivinatorio á Michelet en su estudio acerca de las guerras de religión, en ciertos momentos y en presencia de ciertos hombres, tenía que conducirle á extraños excesos de injusticia, y comprendien-

do á Miguel Angel y á Lutero, como lo hizo, no podía comprender ni comprendió á Montaigne ni á Bonaparte. Las cualidades de su estilo se derivan también de aquella imaginación y le imponen sus defectos. Cuando me penetro de esta verdad, estoy dispuesto á no admirar en el historiador más que aquella omnipotente imaginación; y como aquel poderío se manifiesta en los defectos, por lo menos, tanto como en las cualidades, estoy pronto á amar esos defectos necesarios, y, por consiguiente, preciosos. La obra de arte ya no me interesa en sí misma: es un signo de las causas profundas que la han sacado á luz. Estas causas son lo que en ella estudio; por consiguiente, la energía de estas causas es lo que me conmueve, me asombra, me arrebata. Por lo mismo también, las cualidades de buen orden, la armonía regular, la perfecta delicadeza, la soberana ponderación de fuerzas tendrán para mí menor atractivo que el tesón y los choques violentos. Las obras muy equilibradas son también signos, pero menos aparentes y de fuerzas menos desencadenadas.

Examinemos, en efecto, qué autores comprende M. Taine más vivamente y qué estilos le gustan con la más visible simpatía. Entre los modernos, Michelet y Balzac. En el siglo XVIII, Saint-Simón. De los ingleses, admira entre todos á Shakespeare, al doloroso Swift y á Carlyle, escritores todos ellos en quienes la cualidad predominante es el ser *significativos* en el mayor grado. A lo menos, el vínculo que enlaza al artista con su obra es visible del todo en ellos, y sus libros son en realidad «psicología viviente». Es lo cierto que produce placer, y como embriaguez, mirar cómo crece una facultad en un cerebro hasta llegar á ser desmedida. ¡Se desarregla, se desborda, rompiendo las reglas de la estética, exasperándose con invenciones de todos géneros, creando un lenguaje nuevo, desenfrenado, peligroso, incomparable! Bórrase la mezquina personalidad del poeta y deja aparecer alguna ley grandiosa de la inteligencia, cuyo esplendor irradia y nos extasía. Es probable que un fisiólogo de gran ingenio sienta á la vista de algunos lienzos pictóricos una impresión análoga á la que se apodera de M. Taine ante una página de prosa ó verso. Bajo las magníficas carnaciones y entre las exuberancias de actitud de los nobles cuerpos de un lienzo de Rubens, es verosímil que aquel sabio vea cómo entran en juego las funciones de la vida física y la inteligencia superior de las profundas leyes que la rigen. La profundidad de esas leyes y la intensidad de esas

funciones es lo que le interesa. Es legítimo sentir así, como es legítimo atenerse al punto de vista contrario y considerar las obras de arte, no ya como *significativas,* sino como *sugestivas*. Así lo hacen los poetas y los enamorados... En una oscura tarde de invierno hállase á solas en su gabinete íntimo una mujer delicada y tierna. Por fuera hay un cielo de brumas y hollín, que pesa sobre la ciudad donde se desencadena la brutal muchedumbre. Sin ver nada de ese cielo, lo adivina por la melancolía que de ella se apodera, aun cuando esté bajado el transparente de un azul muy pálido, y tamice la triste claridad con una ternura voluptuosa. Esa media luz, de un matiz casi sobrenatural, parece acariciar los objetos que rodean á la joven, caros objetos mudos para los demás, pero que á ella la refieren tan dulcemente la historia de venturas que nunca tendrá ó que no volverá á tener. En los marcos cincelados y sobre la mesita, la chimenea y el velador están esparcidos los retratos de aquéllos á los cuales ama; y juran que los seres de quienes conservan la semejanza están en otra parte, separados por la distancia, por la vida ó por la muerte, de la que piensa en ellos. Los muebles donde fija los ojos, anegados en una sombra interior, dan fisonomía á la estancia, por su familiar colocación y su forma conocida. Nostálgica y temblorosa, coge un tomo de versos del movible estante donde se hallan los libros que prefiere. Arde apacible el fuego. Tendida con abandono en la meridiana, lee al azar; y no teniendo registro á mano, cuando interrumpe la lectura, saca una horquilla de sus hermosos cabellos y la desliza entre las hojas. También, como al filósofo, le habla á ella el libro; pero le habla por evocación. En lugar de ver detrás de las frases la mano que las escribía, el cuerpo cuya era esa mano, el torrente de la sangre en aquel cuerpo y también el torrente de las imágenes, todos los oscuros y hondos orígenes animales del talento, ve el sueño del poeta, el más allá inexpresable y misterioso, del cual ha sabido hacer como una aureola de luz para sus versos. Lee en Lamartine este fragmento divino:

> Cierta mañana, los pescadores
> Vieron el cuerpo de una mujer,
> Por las nocturnas olas llevado
> Sobre la margen del sitio aquel.
> Y su hermosura llegaba al alma,
> Aun de la adusta muerte al través...

Lee en el libro de Enrique Heine las lastimeras *Reminiscencias:* «Las lágrimas de la niña Julieta son, sobre todo, lo que me parte el corazón...» En Sully-Prudhomme, las

ideales estrofas de las *Vanas ternuras:*

> Necesitan una amiga
> Fácil para la ternura...

Detrás de las páginas vagamente matizadas del libro querido, ¿adivina, como M. Taine, «un hombre que ha seguido estudios y ha viajado, con levita negra y guantes, bien visto por las damas, que por la noche ha hecho cincuenta saludos y veinte chistes en sociedad, que lee los periódicos por la mañana y suele vivir en un piso segundo, no harto alegre porque tiene nervios, y, sobre todo, porque en esta apretada democracia donde nos asfixiamos, el descrédito de las dignidades oficiales ha exagerado sus pretensiones realzándose en importancia propia, y la agudeza de sus sensaciones habituales le dan algunas ganas de creerse Dios?...» Posible es que todo eso sea como el impuro y fértil mantillo de la hermosa flor; y que esa poesía, refinada hasta ser penetrante, sea el efecto visible de estas causas ocultas. Pero precisamente aquellas estrofas deliciosas no son un efecto para la joven que con ellas embriaga su corazón en aquella hechicera tarde del nublado día de invierno. Son una causa. Poco le importan las condiciones en que se han producido. No se cuida de la retorta donde se destila el filtro mágico, con tal de que se obre la magia y de que la lectura se resuelva en una exaltación exquisita y estremecedora. Para ella, no está el interés en el funcionalismo de las inmutables leyes de la psicología; todo él estriba en el encanto de las visiones, dulces ó tristes, personales siempre, que le sugiera el libro... ¿Quién no comprende que en estas dos sensibilidades contradictorias van envueltas dos teorías de arte muy diferentes? La de que se ha hecho campeón M. Taine ha tenido la superioridad, en primer término, de ser sostenida por él con un lujo prodigioso de ejemplos, una lógica invencible, una ardiente elocuencia, y además, la de corresponder á una de las profundas necesidades de la época. Una sola de estas razones habría bastado para que formase escuela.

Merece notarse que la teoría de Taine se halla en el fondo de un gran número de obras de nuestros artistas contemporáneos, á veces codificada y claramente afirmada, otras velada y como esfumada. Y preciso es que esta teoría se conforme de todo punto con alguna necesidad íntima de estos tiempos, puesto que las obras por ella animadas y sostenidas se imponen á la moda de una manera casi milagrosa. La estética de los escritores llamados naturalistas no es más que la realiza-

ción de la máxima profesada por M. Taine, de que el valor de una obra literaria se mide por los documentos significativos que lleva en sí; documentos humanos, que dicen los jefes del grupo. Para los adeptos de esta escuela, que se han dedicado más particularmente al género novelesco á causa de que la flexibilidad de este género se presta mejor que ningún otro á todos los ensayos, el talento de escribir se reduce á dar el mayor número de notas exactas acerca del hombre y de la sociedad. Por tanto, si en vez de presentar esas notas seguidas y en bruto, combinan intrigas, modelan personajes y especializan medios, lo hacen también con el propósito de la exactitud.

Enlazadas así las notas, aclárase unas á otras. Lo complejo de la novela ingéniase por igualar á lo complejo de la vida. Logra conseguirlo; y el historiador de las costumbres del siglo XIX encontrará el trabajo preparado del todo, si trata de saber cómo se alimentan y se visten, se alojan en habitaciones, se casan, conciben el placer y soportan la pena las personas del pueblo y de la clase media. Nunca se han catalogado mejor las especies sociales y sus hábitos, por lo menos los exteriores. Poco á poco vence y triunfa ese esmero en aforrar la brillante seda de la imaginación con la sólida tela de la ciencia. La crítica ha abandonado casi la discusión de las obras consideradas en sí mismas, para estudiar con ahinco nada más que las condiciones productoras de las obras; así es que los artículos de estudios y retratos rebosan anécdotas, todo literato escribe poco más ó menos sus memorias, y, en una palabra, el noticierismo ha conquistado el derecho de ciudadanía en la historia de la literatura. La misma poesía se hace psicológica y—como los jóvenes lo proclaman—parisiense y moderna. Visitad una exposición de pintores independientes y comprobaréis que ese movimiento cunde por fuera del arte de escribir, y que con sus lienzos y colores los revolucionarios del pincel se esfuerzan también en dar informes precisos y circunstanciados acerca de su generación. Este analiza con la minuciosidad de un anatómico la pequeña deformación muscular que el hábito del oficio deja impresa en la garganta del pie de una bailarina ó en el hombro de una planchadora. Aquél muestra, con un rebuscamiento de medios muy nuevo, lo aguachinosos que el placer parisiense deja el cuerpo y el alma de sus forzados. El retrato de una bailarina por M. Degas, el estudio de un pasillo de Folies-Bergères por M. Forain, revelan con una forma muy inesperada la profunda pene-

tración con que los métodos científicos se infiltran en nuestro pensamiento. Hay como una inmensa indagatoria acerca del alma humana, que va escudriñando, ingeniándoselas, exagerándose acá, aguzándose acullá, y preocupada sobre todo por ejecutar el programa formulado desde el principio hasta el fin de sus libros por M. Taine, á saber: un cómputo cada vez más amplio y minucioso de los pequeños hechos de que se compone el *yo* humano.

Inútil sería deplorar este triunfo de los procedimientos del arte sigficativo sobre el arte evocador, porque este triunfo es la inevitable consecuencia de la modificación esencial que hoy produce la ciencia en todo el entendimiento humano, y, por consiguiente, en la sensibilidad. Puede medirse ya el alcance de esta aplicación de los métodos científicos á todas las cosas del alma. Dos medios tenemos para esa medición: en primer lugar, los hechos consumados, que son ya lo suficiente definitivos para permitir sacar conclusiones; después, el análisis del principio mismo y de la teoría que considera toda nuestra vida personal como un resultado de causas extrañas. Advertimos así que el más desalentado pesimismo es la última palabra de esta literatura de indagación. En el curso de las novelas que descienden de esta doctrina, la naturaleza humana se muestra cada vez más y más miserable bajo el peso de las circunstancias abrumadoras en demasía, en su impotencia contra las fuerzas harto destructoras. ¿Y no es también el pesimismo la última palabra de la obra entera de Taine? ¿Es necesario recordar los innumerables pasajes donde se delata en el psicólogo, víctima de su propio método, el desaliento supremo y la irremisible enfermedad del alma? ¿Es preciso citar ese fúnebre trozo del *Viaje á Italia,* donde ante las obras maestras de los siglos antiguos exclama con dolor: «¡Qué montón de ruinas y qué cementerio es la historia!» y donde compara la humanidad con la Niobe de Florencia cuyos hijos agonizan bajo las flechas del Sagitario: «Fría y pasmada, yérguese sin esperanza; y, fijos los ojos en el cielo, contempla con admiración y con espanto el nimbo deslumbrador y mortífero, los brazos extendidos, las flechas inevitables y la implacable serenidad de los dioses...?»

¿Debe mencionarse el pasaje conocidísimo donde afirma que «la razón y la salud son accidentes de fortuna», y aquel otro donde declara que «el mejor fruto de la ciencia es la fría resignación que, pacificando y preparando el alma, reduce el sufrimiento al dolor del cuerpo...?» Y es que la misma definición

de la doctrina envolvía el germen del nihilismo más sombrío é incurable. Si en nuestra persona todo es una confluencia y una resultante nada más, si nuestro sabor dulce ó amargo de la vida no es más que el producto de la serie indefinida de las causas, ¿cómo no sentir la nada de lo que somos en comparación de las gigantescas y desmedidas fuerzas que nos sostienen y aplastan con idéntico espantoso mutismo? Así, pues, ¿dónde encontrar, para resistir á esas terribles fuerzas, otra arma que no sea el renunciamiento absoluto y el *nirvana* de los sabios de la India? Cuando Pascal hacía constar, con apasionado temblor de todo su ser, que basta una gota de agua para matarnos, y que estamos á merced de ese estúpido universo que nos aprisiona, rehacíase al momento, y con él toda nuestra especie, contraponiendo el orden del espíritu y el orden del corazón á este universo ciego é impasible que puede triturarnos, pero no puede hacer más que eso. ¡Ay! ¿Dónde tomar este orden del espíritu, este orden del corazón, si hasta nuestros sentimientos é ideas son productos de este universo, si nuestro *yo* casi se sale de nosotros mismos, invadido sin cesar por las tinieblas de la inconsciencia, sin cesar en vísperas de irse á pique en irreparable naufragio entre el flujo y reflujo de la profunda y silenciosa marea de los fenómenos, de los cuales es una ola?... ¡Ah, ni siquiera una ola, sino uno de los imperceptibles átomos del polvo de espuma que el viento dispersa á través del vacío infinito! Refiriéndose á las sublevaciones del alma, y después de haber mostrado que es de rigor la imperfección humana, como la irregularidad nativa de las caras de un cristal, pregunta Taine: «¿Quién se indignará contra esta geometría?» ¡El mismo el primero de todos! Sólo que su indignación se doma con orgullo. Apenas la delata un sordo y oscuro gemido. Pero este gemido forma cual un bajo profundo en el himno extático, entonado en honor de la ciencia. ¡Cómo se ve en esto al hombre de nuestros tiempos, en quien la sensibilidad hereditaria reclama una solución humana de la vida humana, una transcripción mística y sobrenatural de nuestros actos pasajeros, un mundo eterno é inmutable detrás de este caos de apariencias fugitivas, un Dios paternal en el corazón de la naturaleza; al paso que el implacable análisis le descompone hasta esos dolores, hasta esas resistencias, para desplegar ante él sus elementos constitutivos y necesarios! Estado intolerable, al término del cual se encuentra el renunciamiento á las más nobles y sublimes

exigencias del alma ó la confesión de que la ciencia no puede llegar al fondo íntimo, inmortalmente nostálgico del corazón. Pero reconocer esto es abrir la puerta al misticismo, es declarar que hay verdades intuitivas que el análisis no nos podría dar—¡y nuestro pensamiento no quiere consentir en esta abdicación!

IV

Teorías políticas.

Si M. Taine ha tenido sus horas de pesimismo y dolorosamente elocuentes, ha sido á pesar suyo y sin perder nada de su profunda fe en la ciencia. Con su entera sinceridad ha confesado la taciturna tristeza de sus impresiones personales ante el universo geométrico y mudo que esa ciencia nos manifiesta. Tampoco ha tratado de negar que el contagio de la desesperación se apodera del siglo. Pero ha procurado con ahinco demostrar que esa desesperación proviene únicamente de un estado personal de nuestro ánimo y no de las conclusiones necesarias de la ciencia.

A sus ojos, el pesimismo y el optimismo son dos maneras de ver las cosas, igualmente legítimas, pero igualmente inexactas, testimonio nada más que de un giro particular del alma que á ellas se abandona. Y va más lejos. No contento con defender á la ciencia de haber engendrado el mal del siglo, espera de ella el remedio contra ese mal. Vaga é incierta esperanza que, por mi parte, creo se verá fallida; porque la antinomia de la ciencia y la vida moral es verdaderamente irreductible. ¡No importa! Es generoso el esforzarse en resolverla, porque va en ello la salvación de una de las dos herencias seculares de nuestra pobre humanidad. M. Taine ha trabajado en ese sentido. No porque haya compuesto ningún tratado especial acerca de este asunto; pero de cincuenta pasajes de sus obras se desprende una concepción moral, ahora claramente expuesta, como en las últimas páginas del estudio acerca de lord Byron, ahora manifiesta por un gusto apasionado por el equilibrio de la perfecta salud, como en las lecciones consagradas á la escultura griega, en las notas acerca de Inglaterra y en el penúltimo capítulo de la *Filosofía del arte*, respecto al grado de bien que realiza tal ó cual ideal. Esta concepción no difiere de la que se encuentra en el fondo del estoicismo y del spinosismo, doctrinas que se apoyan, como las de M. Taine, en la hipótesis de la unidad absoluta

del universo. «Procura estar en armonía con el *cosmos*», decía Marco-Aurelio. Y el autor de la *Etica:* «Sabio es aquel que participa por su pensamiento en la eterna necesidad de la naturaleza. En cierto sentido, aquél jamás cesa de ser, y es el único que posee el verdadero sosiego de toda el alma...» Y el mismo Goethe, el triunfante jefe de esta escuela: «Trata de comprenderte y de comprender las cosas...» De cierto, nuestra ruin personalidad no es más que una ínfima nota del infinito concierto de la naturaleza; pero en lugar de lamentarnos de ello, ¿por qué no regocijarnos, puesto que somos capaces de asociarnos á ese concierto infinito y sentirnos convertidos en uno de los miembros vivientes del cuerpo inmortal de la divinidad? Para ello, basta seguir al pie de la letra una máxima cuya excelencia ha proclamado desde hace mucho tiempo el común sentir: conformar nuestros deseos al orden de las cosas, en vez de luchar contra el orden inevitable de las cosas para sujetarlo á nuestros deseos. Máxima aquietadora, pues nos prepara á soportar el dolor con el consuelo de haber obedecido á la ley, máxima fortalecedora, pues nos enseña á volver en provecho de nuestro desarrollo todas las circunstancias que nos rodean. Sólo la virtud de aquella máxima sostuvo á Goethe en la grande obra de su maravillosa cultura, como en lo pretérito había sostenido á las ciudades griegas en el despliegue rítmico de su libre actividad. El alcance de aquella excede en efecto á los destinos privados; y su valor, aún aleatorio frente á los azares de la vida individual, llega á ser casi absoluto cuando se aplica á la vida de las sociedades. A lo menos, esto es lo que piensa M. Taine; y así ha llegado á concebir una moral política ingerta en su concepto científico del hombre y del universo. Precisamente, esta moral política ha resultado en conflicto con las ideas de la revolución de 1789 tanto como con los principios del antiguo régimen; de suerte, que el autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea* presenta el inesperado espectáculo de un filósofo igualmente hostil á los dos partidos que se disputan la dominación del país. La completa buena fe tiene esos riesgos que la hacen peligrosa para el ingenio que la practica, y á menudo ininteligible para los que no penetran en el secreto del pequeño trabajo interior de ese espíritu.

Paréceme que la moral política de M. Taine, formulada en lo que tiene de más general, se reduce sencillamente á considerar un Estado como un organismo. Así como la fuerza y la salud personales se ob-

tienen por una obediencia consciente ó inconsciente á las leyes del organismo fisiológico, así también la fuerza y la salud públicas se obtienen por una obediencia consciente ó inconsciente á las leyes de lo que puede llamarse el organismo social. Condiciones de todas clases, inevitables é irreparables, han producido este organismo. A ello han contribuido primero la raza, después el medio y luego la serie de las circunstancias históricas. Tal como es, bueno ó malo, admirable ó detestable, ese organismo funciona como existe, por una necesidad invencible. Según la filosofía de la cual he indicado más atrás el principio, la cordura estriba en la aceptación de esta necesidad. Admitir todas las condiciones del organismo social de que formamos parte, admitirlas y someternos á ellas: tal es el comienzo del progreso, pues no se mejora la propia situación sino pasándola y comprendiéndola. Es la antigua frase de Bacon: *Nemo naturæ nisi parendo imperat...*, aplicada al gobierno de los pueblos. Respetar, pues, no sólo los principios, sino las preocupaciones de su raza «porque el prejuicio hereditario es una razón que se ignora»; conservar no sólo las instituciones útiles, sino hasta las que probablemente son abusivas, porque son partes vivas de un cuerpo vivo; no tomar como medida de los intereses del Estado ni las exigencias lógicas de nuestro entendimiento, ni las nobles necesidades de nuestro corazón, porque nuestro espíritu y nuestra alma no son la regla de la realidad; en una palabra, proceder con la sociedad como un médico con una persona enferma, con la lenta y tímida prudencia que da el convencimiento de la infinita complejidad de las funciones: he aquí, aparte de las aplicaciones prácticas, el espíritu de la política tal como la prescribiría M. Taine, tal como la prescribe en los párrafos en que de simple narrador se convierte en juez, como éste que entresaco del segundo tomo de sus *Orígenes de la Francia contemporánea:* «Si hay en el mundo una obra difícil de realizar, es una Constitución, sobre todo una Constitución completa. Reemplazar los viejos marcos dentro de los cuales vivía una gran nación por marcos diferentes, adecuados y duraderos; aplicar un molde de cien mil compartimientos sobre la vida de veintiséis millones de hombres; construirlo tan armónicamente, adaptarlo tan bien, tan á propósito, con tan exacta apreciación de sus necesidades y facultades, que entren en él por sí mismos para moverse en él sin entrechocarse, y que su acción improvisada tenga en seguida la soltura de una añeja rutina: semejante em-

presa es prodigiosa y probablemente superior al espíritu humano...» Así, pues, más vale renunciar á esta empresa, y, para hacer que prospere una máquina de tan delicado manejo como un Estado, atenerse á los dos grandes procedimientos de toda modificación: en primer lugar al tiempo, es decir la herencia; después al arte, es decir la especialidad.» Verosímilmente, M. Taine ha tomado admiración al primero de esos procedimientos en Inglaterra y al segundo en Alemania. Imagínome que si, como su maestro Spinoza, redactase un tratado de política, comenzaría por ellos y concluiría lo mismo.

Si se recuerdan ahora las teorías de gobierno en nombre de las cuales se hizo la revolución de 1789, no costará trabajo advertir que se derivan de un ideal racional muy diferente del principio histórico y positivista en que se ha fundado M. Taine. Como todos los filósofos que en el Estado ven un organismo, M. Taine debe considerar y considera la desigualdad como una ley esencial de la sociedad. La revolución tenía por primer axioma que, desde cierto punto de vista, todos los hombres son iguales. Según acabamos de verlo, para M. Taine una Constitución es una obra *à posteriori*, construida por la experiencia, que debe hacer constar las usanzas y no crearlas, registrar y regularizar, no deshacer. El supremo acto de fe de la revolución fué proclamar la soberanía creadora de la razón. Además, la revolución admite que todo ciudadano es apto para todo. Acordaos del elocuente pasaje donde Michelet desarrolla también esta tesis, en la cual no han hecho mella, á lo menos por cierto tiempo, las selecciones de las grandes guerras, y compárese con la opinión de M. Taine acerca de los especialistas. La revolución afirma también, con el autor del *Emilio*, la idea de que el hombre es naturalmente razonable y bueno; la sociedad mal constituida es quien le hace malo. M. Taine, como todos los que creen en los oscuros orígenes animales del hombre, está persuadido de que una bestia feroz mal dormida puede despertarse en cada uno de nosotros. «El hombre es un carnicero, dice en alguna parte; lo es por naturaleza y por estructura, y la naturaleza y la estructura jamás dejan que se borre este primer pliegue. Tiene caninos como el perro y el zorro; y, como el perro y el zorro, los clavó desde su origen en la carne de otros. Sus ascendientes se degollaron unos á otros con cuchillos de piedra por un pedazo de pescado crudo. Aún no se ha transformado, no ha hecho más que dulcificarse. La guerra reina como

en otros tiempos, sólo que es limitada y parcial...» ¿Decretaríais el reinado del pueblo si lo vieseis compuesto de esta suerte? Por último, la revolución, como su nombre lo indica, ha sido revolucionaria. Ha comenzado por hacer tabla rasa. Ha tenido el método de su principio. Principio y método tenían que repugnar al filósofo de la evolución lenta; y de hecho, en el movimiento de 1789 nada ha hallado gracia ante su aguda crítica, excepto la guerra contra el extranjero. Y merece notarse el motivo que da de su admiración á los soldados de aquella época heroica, pues manifiesta bien á las claras cómo el filósofo ha sido consecuente consigo mismo hasta el fin: «La presencia del peligro les devolvió el sentido común, comprendieron la desigualdad de los talentos y la necesidad de obedecer...»

M. Taine profesa, pues, invencible antipatía á las obras y los hombres de la revolución, y en eso es lógico. No lo es menos al profesar la misma antipatía á los hombres y las obras del antiguo régimen. Porque si la revolución se ha hecho en pugna con todas las ideas de su doctrina política, tampoco el antiguo régimen estaba conforme con esas ideas. Y en primer lugar, persuadido como está de la necesidad ineludible que enlaza todo fenómeno con sus antecedentes, no puede distinguir, como lo hace la opinión común, y oponer ese antiguo régimen á la revolución. En el primero de estos dos hechos ve la causa directa y secular del segundo. A propósito de los jacobinos afirma en alguna parte que «son los sucesores y ejecutores del antiguo régimen, y cuando se mira el modo cómo éste los ha engendrado, incubado, alimentado, entronizado y provocado, no puede menos de considerarse su historia como un largo suicidio...» Y en seguida, en un capítulo de una condensación extremada, manifiesta cómo fueron violadas unas tras otras las reglas fundamentales de la salud política. Al que define el Estado como un organismo, es decir, una reunión de centros locales, todos ellos activos y progresivos, no puede menos de repugnarle la monarquía unitaria y absolutista de Luis XIV, que, concentrando todos los poderes en manos del rey y todas las fuerzas vivas de la nación en la corte, agotó la existencia provincial. Partidario de la especialidad inteligente, no puede menos de deplorar la conducta de la aristocracia francesa y del clero, quienes no han sabido comprender las obligaciones de sus privilegios y conservar la primacía del talento como tenían la del título y la alcurnia. El antiguo régimen,

exagerando con la vida cortesana la importancia de las cualidades agudas y agradables, desarrollo poco á poco hasta el grado más intenso lo que M. Taine llama el espíritu clásico; es decir, que la ideología sustituyó al estudio directo de la realidad, y los procedimientos de la razón abstracta y matemática sustituyeron al método experimental. En fin, M. Taine pertenece á una escuela que profesa harto claramente el culto por los hechos consumados, para no juzgar como vanos esfuerzos todos los que los apóstoles de la reacción pudieran intentar en pro de lo pasado.

Bienhechora ó perjudicial, ha ocurrido la revolución; y lo cuerdo es contar con ella como con uno de esos hechos consumados. Volved á leer ahora el prefacio de 1875, puesto por el historiador á la cabeza de su grande obra acerca de los *Orígenes de la Francia contemporánea,* y notaréis las razones profundas de la extraña soledad de opinión en que se ha colocado, soledad que le atrae hoy las acusaciones de los republicanos, como le atrajo los anatemas del obispo de Orleans: «En 1849, teniendo veintiún años, era yo elector y me veía muy apurado porque tenía que nombrar quince ó veinte diputados, y además, según la usanza francesa, no sólo debía elegir hombres, sino optar entre teorías. Proponíanme que fuese realista ó republicano, demócrata ó conservador, socialista ó bonapartista. Yo no era nada de eso, ni siquiera nada...» Y de entonces acá, tampoco ha elegido. Era entonces y es hoy un filósofo que desprecia la acción y sólo se preocupa de la lógica y la sinceridad de su pensamiento, en política como en todo lo demás.

Tres cuestiones pueden plantearse con ocasión de la *Historia de los orígenes de la Francia contemporánea.* La primera interesa á los historiadores. ¿Qué valen el método, los textos y la crítica del autor? La segunda interesa á los políticos. ¿Cuál es el alcance exacto de las teorías, su excelencia ó su insuficiencia? El título mismo de esta obra me permite responder solamente á la tercera, que interesa al psicólogo. ¿Cómo ha llegado M. Taine á producir una especie de cambio de frente en la opinión de muchos de sus antiguos admiradores? He intentado mostrar la absoluta unidad del desarrollo de este oscuro pero poderoso ingenio. Representa con singular intensidad la religión de la ciencia, propia de la segunda mitad del siglo XIX francés. Todo lo ha sacrificado á esta religión, desde los más sublimes deseos del alma, hasta los más legítimos deseos de popularidad. Parece haber trazado de an-

temano su retrato cuando pintó al M. Paul de los *Filósofos clásicos:* «Seguir su vocación, buscar en el gran campo del trabajo el sitio donde se puede ser más útil, abrir el surco ó el hoyo: he aquí, según él, el asunto principal; el resto es indiferente...» Pero, ¿cómo abrir ese hondo y ancho surco, sin cortar muchas flores por el pie?

PABLO BOURGET.

RIMA

Cansado de llorar, no tu falsía,
Que pura como el ampo está tu alma,
Sino el fatal empeño con que otros
Hicieron tu desgracia y mi desgracia;
Y, queriendo romper con el pasado,
Con el pasado que al hablar me mata,
Una hoguera encendí y arrojé en ella
Tu retrato, tus flores y tus cartas,
Desde aquella primera que escribiste,
En que «señor» á secas me llamabas,
Hasta aquella, firmada «Tuya siempre»,
Que empezaba: «Te juro por mis lágrimas».
Murió la luz y se extinguió la hoguera,
Y quedó tras la última alborada
Un montón de cenizas en el suelo,
Y un montón de cenizas en mi alma,
Y el fuego al consumir esos recuerdos
Como el tiempo en mi vida, cosa rara,
El «Tuya siempre» convirtió en cenizas,
Y solamente respetó «mis lágrimas».

F. RIVAS FRADE (Colombiano).

LA PINTURA EN LOS PAÍSES BAJOS

CAPÍTULO PRIMERO

Las causas permanentes.

Durante los tres años precedentes os he expuesto la historia de la pintura en Italia; debo este año presentaros la historia de la pintura en los Países Bajos. Dos grupos de pueblos han sido y son los principales obreros de la civilización moderna; de un lado, los pueblos latinos ó latinizados, italianos, franceses, españoles y portugueses; del otro los pueblos germánicos, belgas, holandeses, alemanes, daneses, suecos, noruegos, ingleses, escoceses y americanos. En el grupo de los pueblos latinos, los italianos son, sin que pueda contradecirse, los mejores artistas; en el grupo de los pueblos germánicos lo son también, sin contradicción posible los flamencos y holandeses. De suerte que estudiando la historia y el arte en estos dos pueblos, estudiamos la historia del arte moderno en los representantes más grandes y más opuestos entre sí.

Una obra tan vasta y tan diversa, una pintura que vive cerca de cuatrocientos años, un arte que cuenta tantas obras maestras é imprime á todas ellas un carácter original y común, es la obra de una nación; por tanto, se refiere á la vida entera nacional y sus raíces están en el mismo carácter del pueblo. Es un florecimiento profundamente preparado, y desde largo tiempo, por una elaboración de la savia, conforme á la naturaleza adquirida y á la naturaleza primitiva de la planta que la ha llevado. Según nuestro método, vamos á comenzar por el estudio de esta historia íntima y primera que explica la historia exterior y final. Os mostraré, en primer lugar, el grano, es decir, la raza con sus cualidades fundamentales é indele-

bles, tales como persisten al través de todas las circunstancias y en todos los climas; en seguida la planta, es decir, el pueblo mismo con sus cualidades originales, acrecentadas ó limitadas, en todo caso aplicadas ó transformadas por su medio y por su historia; y, finalmente, la flor, es decir, el arte, y en particular la pintura, á la cual se dirige como fin todo aquel desarrollo.

I

Los hombres que habitan los Países Bajos, pertenecen en su mayor parte á aquella raza que invadió el Imperio romano en el siglo v, y que entonces por la primera vez, al lado de las naciones latinas, reivindica su lugar en la tierra. A ciertas comarcas, á la Galia, España, Italia, no llevan más que los jefes y una ley que imponen la población primitiva. En otras comarcas como en Inglaterra y los Países Bajos, rompen, destruyen, reemplazan á los antiguos habitantes, y su sangre pura ó casi pura corre todavía por las venas de los hombres que actualmente ocupan el mismo suelo. Durante la Edad Media, los Países Bajos se llamaban la Baja Alemania. Las lenguas belga y holandesa son dialectos del alemán, y salvo el distrito walón en que se habla francés, aquéllos son los idiomas populares de toda la comarca.

Consideremos los rasgos comunes de toda esta raza germánica y las diferencias en cuya virtud se opone á los pueblos latinos. En lo físico nos encontramos con una carne más blanca y más blanda, los ojos son por lo regular azules, pálidos, muy pálidos, á medida que se avanza hacia el Norte, alguna vez vidriosos; en Holanda, los cabellos son de un rubio semejante al del lino y casi blancos en los niños; ya los antiguos romanos se asombraban y decían que los germanos tenían cabellos de viejos. La tez es de suave color de rosa, infinitamente delicada en las doncellas, viva y como pintada de rojo en los jóvenes y á veces en las gentes de edad; de ordinario, en las clases laboriosas y en la edad madura la piel es pálida, color de nabo, y en Holanda color de queso y aun de queso echado á perder. Por regla general, son altos y parece que están hechos á golpes; son torpes en sus movimientos y carecen de elegancia. Por regla general, los rasgos del rostro son irregulares, sobre todo en Holanda; tienen los pómulos salientes y las mandíbulas pronunciadas. En suma, carecen de la finura y la nobleza

esculturales. Rara vez encontraréis rostros regulares semejantes á las lindas caras que tanto abunda en Tolosa y en Burdeos, ni que se parezcan á las bellas y arrogantes cabezas que se ven en la campiña de Florencia ó de Roma; hallaréis, por el contrario, muy frecuentemente rasgos exagerados, acumulaciones incoherentes de formas y de tonos, de hinchazones extrañas de la carne, de caricaturas vivientes. Al juzgarlas como se juzgan las obras de arte, los rostros y los cuerpos nos parecen pesados y fantásticos.

Si observamos este cuerpo en acción, encontraremos sus facultades y sus necesidades animales más groseras que las de los latinos; la materia y la masa parecen predominar sobre el movimiento y sobre el alma; el hombre es aquí voraz y hasta carnicero. Comparad el apetito de un inglés ó de un holandés con el de un italiano ó un francés; que alguno de entre vosotros, los que habéis visitado el país, recuerde los manjares, sobre todo carne, que engulle tranquilamente, y muchas veces por día, un habitante de Londres, Rotterdam ó Amberes; en las novelas inglesas se come siempre, y las heroínas más sensibles, al fin del tercer volumen han consumido una infinidad de tarros de manteca, de tazas de té, de trozos de aves y de *sandwichts*. El clima contribuye á ello; bajo las brumas del Norte, nadie se sostendría como un campesino de raza latina, con una cazuela de sopa, un pedazo de pan untado con aceite ó un plato de macarrones. Por la misma razón el germano gusta de las bebidas fuertes. Ya lo había hecho notar Tácito, y Ludovico Guicciardini, un testigo ocular del siglo XVI, que os citaré más de una vez, dice hablando de los belgas y de los holandeses: «Casi todos son inclinados »á la embriaguez, apasionados por »por este vicio; se atracan de be»bida durante la noche y á veces »durante el día.» Actualmente en Europa y América, en la mayor parte de los países germánicos, la intemperancia es el defecto nacional. La mayor parte de los suicidios y de las perturbaciones mentales proceden de ella. Aun entre las gentes razonables y las de condición media, está muy extendido el placer de beber: en Alemania é Inglaterra no es un deshonor que un hombre bien educado se retire de la mesa con un principio de embriaguez. De tiempo en tiempo se emborracha del todo. Entre nosotros, por el contrario, es una mancha; en Italia es una vergüenza; en España, en el último siglo, el nombre de borracho era injuria tal, que nos vengaba con palabras, provocaba una navajada. Nada de esto ocurre en

el país germánico. Allí las cervecerías, tan frecuentadas y tan numerosas, y la incalculable venta de bebidas fuertes, prueban los gustos del público. Entrad en Amsterdam en una de esas tiendecillas adornadas de toneles lustrosos, donde los asistentes se echan al cuerpo uno tras otro vasos de aguardiente blanco, amarillo, verde, oscuro, á menudo mezclado con pimiento y pimienta. Penetrad á eso de las nueve de la noche en una cervecería de Bruselas, y sentaos ante una de las mesas de madera oscura, en torno de las cuales circulan los vendedores de cangrejos, de pan salado y de huevos cocidos; ved á esas personas plácidamente sentadas, generalmente solas, algunas veces dos; pero á menudo en silencio, fumando, comiendo ó bebiendo grandes jarros de cerveza, reforzados de tiempo en tiempo por un vaso de licor fuerte; comprenderéis por simpatía, la fuerte sensación de calor y de plenitud animal que saborean solitariamente, sin decir palabra, á medida que la sólida comida y la bebida superabundante reunevan en ellos la sustancia humana, y que todo el cuerpo participa del bienestar del estómago satisfecho.

Bastará que os muestre en su exterior un rasgo que sale de ojo á los meridionales: me refiero á la lentitud y torpeza de las impresiones y de movimientos de las gentes del país. Uno de Tolón, comerciante de paraguas, se arrojó casi en mis brazos al oirme hablar en francés, y durante un cuarto de hora tuve que sufrir sus lamentaciones. Para un temperamento como el suyo, los habitantes del país eran intolerables, «fríos, »sin emoción ni sentimiento, insípi»dos y tiernos, verdaderos nabos, se»ñor, verdaderos nabos!» Y en efecto, su charlatanería y su expansión formaban vivo contraste con la gente flamenca. Parece, cuando se les habla, que no comprenden al pronto, que su máquina expresiva tiene necesidad de tiempo para ponerse en movimiento; se ve á un conserge de museo, ó á un criado, quedarse con la boca abierta un minuto antes de responder. En los cafés, en los vagones, llama la atención la flema y la inmovilidad de las facciones; no experimentan como nosotros la necesidad de moverse y de hablar; pueden estar inmóviles durante dos horas frente á frente con su pensamiento y su pipa. En las *soirées* de Amsterdam, las señoras, adornadas con sus alhajas, inmóviles en sus butacas, parecen estatuas. En Bélgica, en Alemania, en Inglaterra, las casas de los aldeanos parecen inanimadas, sin expresión, entumecidas; cierto amigo me decía al regresar de Berlín: «Aquellas gentes tienen los ojos muertos.» Las mismas

jóvenes ofrecen un aspecto cándido y como adormecido. Algunas veces me he detenido ante los cristales de una tienda contemplando un rostro rosado, plácido, cándido, una madona de la Edad Media, ocupada en hacer prendidos de moda; es lo contrario de lo que acontece en nuestro Mediodía y en Italia, donde los ojos de una griseta parece que hasta quieren hablar con las sillas, á falta de otra cosa mejor, y cuyo pensamiento, en el mismo momento en que se produce, se traduce en gestos. En los países germánicos, los canales de la sensación diríase que están obstruidos; todo lo que es delicadeza, emoción y agilidad de acción parece imposible; un meridional grita siempre á tuertas y derechas; era el juicio espontáneo de todos los franceses en las guerras de la Revolución y del Imperio. A este propósito su *toilette* y el modo de andar dan los mejores indicios, principalmente en la clase media ó en la inferior. Comparad las grisetas de Roma, de Bolonia, de París ó de Tolosa con las grandes muñecas mecánicas que veis los domingos en Homplencourt con sus mantos color violeta, sus sedas vistosas, sus cinturones de oro y todo el atavío de un lujo enfático. Recuerdo en este momento dos fiestas, la una en Amsterdam, donde se presentan las campesinas ricas de la Frissia, con la cabeza encapuchada en una gorra encañonada, sobre la cual se empina convulsamente un sombrero en forma de cabriolé; en los lados de la cabeza y en la frente dos placas de oro, un frontón de oro y tirabuzones de oro rodean una cara pálida y nada agraciada. La otra fiesta á que me refería es en Friburgo, en Brisgau, donde los habitantes de la villa, plantados sobre sus anchos pies, permanecen derechos, vaga la mirada, como expuestos con su traje nacional: faldas negras, rojas, verdes violetas, con pliegues inflexibles como los de las estatuas góticas, corsés abotagados por delante y por detrás, mangas algodonadas y macizas en forma de pernil, talles cinchados, casi bajo los sobacos, cabellos amarillentos y delgados, retorcidos fuertemente y estirados hacia lo alto de la frente, cogotes encerrados en un capillo bordado de oro y plata, por encima del cual un sombrero de hombre alza su copa color de naranja, coronamiento heteróclito que parece hecho á martillazos y que sugiere vagamente la idea de un poste pintarrajeado. En una palabra, en esta raza el animal humano es más tardo y más grosero que en la otra; nos sentimos como tentados á juzgarle inferior si le comparamos al italiano, al francés del Mediodía, tan sobrios, tan prontos de espíritu, que naturalmente sa-

ben hablar, conversar, expresar con el rostro el pensamiento, y tienen gusto y elegancia, y todo ello sin esfuerzo: como los provenzales del siglo XII y los florentinos del XIV, se encuentran cultivados, civilizados, acabados del primer golpe.

No es bastante esta primera ojeada; no nos da más que un aspecto de las cosas; hay otro que acompaña á éste como la luz á la sombra. La finura y precocidad naturales en los pueblos latinos tienen muchas consecuencias malas; dichas cualidades les dan la necesidad de las sensaciones agradables. Por tanto, son exigentes en punto á felicidad; necesitan muchos placeres, variados, fuertes ó finos, la distracción de la conversación, las dulzuras de la cortesanía, las satisfacciones de la vanidad, las sensualidades del amor, los goces de la novedad y de lo imprevisto, las simetrías armoniosas de las formas y de las frases, todo lo cual fácilmente los hace degenerar en retóricos, epicúreos, voluptuosos, libertinos, galantes y mundanos. En efecto, á causa de estos vicios, su civilización se corrompe y acaba; así la encontraréis al declinar la antigua Grecia y la antigua Roma, en la Provenza del siglo XII, en la Italia del siglo XVI, en la España del XVII, en la Francia del XVIII. Su temperamento más afinado los lleva al refinamiento. Quieren saborear sensaciones exquisitas; no se contentan con sensaciones tiernas; son como aquellos que, habituados á comer naranjas, arrojasen las chirivías y los nabos, sin pensar que de chirivías, nabos y otras legumbres tan insípidas como estas, se compone lo ordinario de la vida. En Italia fué donde una gran dama decía al saborear un helado delicioso: «¡Qué lástima que esto no sèa un pecado!» En Francia, un gran señor decía de cierto diplomático: «¡Quién no ha de adorarle si es tan vicioso!» De otra parte, su vivacidad de impresión y su prontitud en la acción, los hacen improvisadores; se sienten demasiadamente excitados por el choque de las cosas, hasta olvidar el deber y la razón, hasta andar á puñaladas en Italia y España, hasta los tiros en Francia, y, por tanto, resultan medianamente capaces de espera, de subordinación, de regularidad. Para no fracasar en la vida, es preciso saber tener paciencia, saber aburrirse, hacer y deshacer, recomenzar y continuar, sin que la ola de la cólera y el ímpetu de la imaginación, vengan á detener ó á desviar el esfuerzo cotidiano. En suma, si se compara sus facultades con la corriente del mundo, se encuentra éste demasiado mecánico, demasiado rudo, demasiado monótono para ellos, y se encuentra á ellos demasiado vivos, demasiado

delicados, demasiado brillantes para él. Siempre al cabo de algunos siglos se marca en su civilización este desacuerdo; piden demasiado á las cosas, y por falta de conducta no obtienen lo que las cosas podrían proporcionarles.

Suprimid ahora esos dones felices y en compensación sus inclinaciones engañosas; imaginad sobre ese cuerpo lento y torpe del germano, una cabeza bien organizada, una inteligencia completa, y seguid las consecuencias. Con impresiones menos vivas, el hombre así construido, será más pacífico y más reflexivo. Como tiene menos necesidad de sensaciones agradables, podrá sin fastidiarse hacer cosas fastidiosas. Siendo más rudos sus sentidos, preferirá el fondo á la forma y la verdad íntima al adorno exterior. Como es menos vivo, está menos sujeto á la impaciencia y á los impulsos fuera de razón. Tiene el espíritu de continuar, puede persistir en las empresas, cuyo fin es á largo plazo. En una palabra, en él es más soberana la inteligencia porque las tentaciones de fuera son menores y las explosiones de dentro son raras; gobierna mejor la razón, cuando dentro hay menos revueltas y cuando fuera menos asaltos. Considerad, en efecto, los pueblos germanos actualmente y en todo el curso de su larga historia. En primer lugar, son los más grandes trabajadores del mundo; en este punto, para las cosas del espíritu nadie iguala á los alemanes: erudición, filosofía, conocimiento de las lenguas más ásperas, ediciones, diccionarios, colecciones, clasificaciones, investigaciones de laboratorio, en toda ciencia, cuanto es labor enojosa y desagradable, pero preparatoria y necesaria, les pertenece como cosa propia; con paciencia y abnegación admirables, tallan todas las piedras del edificio moderno. En lo referente á la materia, los ingleses, los americanos, los holandeses, hacen la misma obra. Quisiera mostraros un aparejador de telas ó uno de hilados inglés entregado á su oficio: es un autómata perfecto que trabaja todo el día sin un minuto de distración, y la segunda hora tan bien como la primera. Si en el mismo taller hay obreros franceses, forman con aquéllos singular contraste: nuestros compatriotas no saben atenerse á esta regularidad de máquina; son menos atentos y se cansan más pronto; por consiguiente, han producido menos al cabo de la jornada; en lugar de 1.800 varas que los primeros hacen, los segundos no producen más que 1.200. La capacidad aminora á medida que se desciende hacia el Mediodía; un provenzal, un italiano, tienen necesidad de hablar, de cantar, de

danzar. Voluntariamente la que se abandona, y á este precio se resigna de buen grado á no tener más que un traje raído, la ociosidad le parece natural y hasta honrosa. La *vida noble,* la pereza que, por punto de honor, no trabaja, vive de expedientes y á veces de ayunos, ha sido la plaga de España y de Italia durante sus dos últimos siglos. Por el contrario, en las mismas épocas, el flamenco, el holandés, el inglés, el alemán, han cifrado su gloria en proporcionarse cosas útiles; la repugnancia instintiva que lleva al hombre ordinario á huir la pena, la vanidad pueril que impulsa al hombre cultivado á distinguirse del obrero, han cedido ante el buen sentido y ante la razón.

Esta misma razón y este mismo buen sentido fundan y mantienen en ellos las diversas especies de sociedades, y, en primer término, la sociedad conyugal. Ya sabéis que en los pueblos latinos no es ésta muy respetada: en Italia, en España (1), en Francia, el teatro y la novela han tenido siempre por principal asunto el adulterio; por lo menos la literatura toma por héroe la pasión y le prodiga todas sus simpatías y le concede todos los derechos. Por el contrario, en Inglaterra, la novela es la pintura del amor honrado y la alabanza del matrimonio; la galantería no es honrosa en Alemania ni aun entre los estudiantes. En los países latinos es excusada ó tolerada y algunas veces hasta aprobada. La sujeción del matrimonio y la monotonía de su vida parecen fatigosas. La seducción de los sentidos es aquí demasiado penetrante, los caprichos de la imaginación demasiado buenos; el espíritu se forja un mundo de delicias, de transportes, de éxtasis, ó cuando menos una novela de sensualidad viva y variada; después, á la primera ocasión, la ola, aumentada, se desborda, salvando todos los diques del deber y de la ley. Considerad la España, la Italia, la Francia del siglo XVI; leed las novelas de Bandello, las comedias de Lope, los relatos de Brantome, y escuchad al mismo tiempo las consideraciones que Guicciardini, un contemporáneo, hace sobre las costumbres de los Países Bajos: «Tienen horror al adulterio; sus mujeres son por extremo discretas, y, sin embargo, se les concede mucha libertad. Solas hacen visitas y hasta viajes, sin que se hable mal de ellas; se bastan á sí mismas para guardarse. Aman la vida doméstica é interior.» Recientemente, un holandés, rico y noble, me citaba muchas mujeres jóvenes de su familia que no habían querido ver la

(1) En España, no.—(N. DEL T.)

Exposición Universal y que se habían quedado en su casa, mientras que sus maridos y sus hermanos venían á París. Un natural tan tranquilo y tan sedentario esparce mucha felicidad en la vida doméstica; en el silencio y en el apartamiento es más fuerte el ascendiente de las ideas puras; como no existe el fastidio de estar siempre con la misma persona, el recuerdo de la fe prometida, el sentimiento del deber, el respeto de sí mismo, prevalecen fácilmente contra las tentaciones, que triunfan cuando son más fuertes. Lo mismo puede decirse de otra especie de asociaciones, sobre todo de la asociación libre. Esta es muy difícil que se practique bien; para que la máquina funcione con regularidad y sin rozamientos, es preciso que las gentes que la componen tengan nervios tranquilos y estén dominados por la idea del fin. Es menester ser paciente en un *meeting,* dejarse contradecir y aun difamar, esperar para responder á que os toque la vez, contestar con moderación, sufrir veinte veces seguidas el mismo razonamiento, adornado de cifras y de documentos positivos. No hay que arrojar el periódico cuando la política deja de ser interesante, y ocuparse de ella por el placer de pensar, de discutir, de insurreccionarse contra los jefes tan pronto como no nos complacen; esta es la moda de España y de otras partes. Vosotros conocéis un país que ha derribado á un gobierno porque éste era poco activo y la nación se aburría. En los pueblos germánicos se asocian las gentes, no para hablar, sino para obrar; la política es un negocio que es preciso encaminar hacia el bien; se tiene el espíritu de los negocios, la palabra no es más que un medio, el efecto aún lejano es el fin. A éste se subordinan todos y muestran la mayor deferencia hacia las personas que los representan. Cosa única; los gobernados respetan á los gobernantes; cuando éstos son malos, se les resiste; pero legalmente, con paciencia, y si las instituciones son defectuosas, se las endereza poco á poco sin romperlas. Los países germánicos son la patria del gobierno parlamentario y libre; actualmente lo veis establecido en Suecia, en Noruega, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda, en Prusia y aun en Austria; los colonos que saturan la Australia y el Oeste de América la han implantado allí con ellos. Por torpes que sean los recién llegados, aquel gobierno prospera al instante y pronto impera; se encuentra hasta en los orígenes mismos de Bélgica y de Holanda; las viejas ciudades de los Países Bajos eran repúblicas, y tales se han mantenido á despecho de sus señores

feudales durante toda la Edad Media. La asociación libre se ha establecido allí y se mantiene sin esfuerzo, la pequeña como la grande. En el siglo XVI encontramos en cada ciudad y aun en cada burgo sociedades de arcabuceros y de retóricos; se cuentan más de doscientas. Todavía florece en Bélgica una infinidad de asociaciones parecidas; sociedades para el tiro del arco, para el canto, para el pichón, para los pájaros cantores. En Holanda, los particulares, voluntariamente unidos, proveen á todos los servicios de caridad pública. Obrar en corporación, sin que nadie oprima á nadie, es un talento completamente germánico; es el mismo talento que les da tanto dominio sobre la materia; acomodarse por paciencia y por reflexión á las leyes de la naturaleza física y de la naturaleza humana; en lugar de ir en contra, sacarles provecho.

Si después de la acción pasamos á la especulación, es decir, á la manera de concebir y figurar el mundo, encontraremos el sello de este genio reflexivo y poco sensual. Los pueblos latinos tienen un gusto muy vivo por lo exterior y el adorno de las cosas, por la pomposa representación que deslumbra los sentidos y la vanidad, por la regularidad lógica, por la simetría exterior y la bella ordenación; en una palabra, por la forma. Por el contrario, los pueblos germanos se sienten más inclinados al ser íntimo de las cosas, á la misma verdad, es decir, á su fondo. Su instinto les impulsa á no dejarse seducir por la apariencia á levantar los velos, á descubrir la cosa oculta, aunque sea repugnante y triste, á no rebajar ni disimular ningún detalle por vulgar y feo que sea. Entre veinte obras de este instinto hay dos que le ponen en evidencia, porque la oposición de la forma y del fondo es muy marcada: son la literatura y la religión. Las literaturas de los pueblos latinos son clásicas y se relacionan de cerca ó de lejos con la poesía griega, con la elocuencia romana, con el renacimiento italiano ó con el siglo de Luis XIV; depuran y ennoblecen, embellecen y contienen, ordenan y proporcionan. Su última obra maestra es el teatro de Racine, el pintor de las costumbres de príncipes, de las conveniencias de corte, de los personajes de mundo, de las almas cultivadas, el maestro del estilo oratorio, de la composición sabia, de la elegancia literaria. Por el contrario, las literaturas germánicas son románticas y tienen su tronco en el Edda y en las viejas *Sagas* del Norte; su gran obra maestra es el teatro de Shakespeare, es decir, la representación cruda y completa

de la vida real, con todos los pormenores atroces, innobles ó llanos, con todos los instintos sublimes y brutales, con todo lo saliente de la naturaleza humana, expuesta á las miradas en un estilo tan pronto familiar hasta la trivialidad, tan pronto poético hasta el lirismo, siempre independiente de toda regla, incoherente, excesivo, pero de una pujanza incomparable, para mover á las almas, ya ardientes, ya temblorosas, cuya pasión es el grito. Del mismo modo contemplaré la religión en el momento decisivo en que los pueblos de Europa son llamados á elegir su creencia, es decir, en el siglo XVI; los que han leído los documentos originales de que se trataba entonces, saben qué preferencias secretas han mantenido á los unos en la antigua vía é impulsado á los otros en la nueva. Todos, hasta el último de los pueblos latinos, permanecen católicos; no han querido salir de sus costumbres de espíritu; han sido fieles á la tradición; han permanecido sometidos á la autoridad; se han sentido atraídos por las formas sensibles, por la pompa del culto, por el bello orden de la jerarquía eclesiástica, por la idea majestuosa de la unidad y perpetuidad católicas; han atribuido una importancia capital á los ritos, á las obras exteriores, á los actos visibles, por los cuales se manifiesta la piedad. Por el contrario, casi todas las naciones germánicas se hicieron protestantes; si Bélgica, que se inclinaba á la Reforma, se sustrajo á ella, fué por fuerza, y gracias á las victorias de Farnesio, á la muerte y á la fuga de tantas familias protestantes y á una crisis moral particular que habréis de ver en la historia de Rubens. Los otros pueblos germanos han subordinado el culto exterior al culto íntimo; han hecho conquistar la salud en la convicción y en la emoción religiosa del corazón; han hecho que se inclinara la autoridad oficial de la Iglesia ante la convicción personal del individuo; por este predominio del fondo, la forma se hace accesoria, y el culto y las prácticas y los ritos se reducen tanto. Veremos á su tiempo que en las artes la misma oposición de instintos, ha producido un contraste análogo de gusto y de estilo; este contraste nos bastará para percibir los caracteres fundamentales que distinguen á las dos razas. Si la segunda, comparada con la primera, presenta una forma menos escultural, apetitos más groseros y un temperamento más entumecido, proporciona, en cambio, por la calma de sus nervios y por la frialdad de su sangre más parte á la pura inteligencia; su pensamiento, menos desviado del camino derecho por el atractivo del deber sensible,

por las sacudidas de la improvisación, por la ilusión de la belleza exterior, sabe mejor acomodarse á las cosas tanto para comprenderlas como para dirigirlas.

II

Esta raza, así dotada, ha sufrido diversos impulsos, según los diversos medios en que ha vivido. Sembrad muchos granos de la misma especie vejetal en suelos y bajo temperamentos diferentes, dejadlos germinar, agrandar, fructificar, reproducirse indefinidamente, cada cual en su terreno: ellos se adaptarán cada uno al suelo; tendréis muchas variedades de la misma especie, tanto más distintas cuanto los contrastes entre los diferentes climas sean más fuertes. Tal es la historia de la raza germánica en los Países Bajos; diez siglos de habitación han hecho su obra: al fin de la Edad Media, encontramos en ella por encima del carácter innato un carácter adquirido.

Esto nos hace observar el suelo y el cielo; á falta de un viaje fijad al menos los ojos sobre un mapa. Salvo el distrito montañoso del Sudeste, los Países Bajos ofrecen una llanura húmeda, tres grandes ríos el Meuse, el Rhin, el Escalda, y muchos pequeños, lo han formado con sus aluviones. Añadid los afluentes, los estanques, las lagunas numerosas; la comarca es un vertedero de multitud de aguas que, al llegar á ella, vienen lentas ó permanecen estancadas á falta de pendientes. Abrid un agujero, no importa en qué comarca, encontraréis agua. Si contempláis los paisajes de Van-der-Nez, tendréis una idea de estos vastos ríos perezosos que al aproximarse al mar tienen una legua de anchura. Duermen en su lecho como un enorme pescado viscoso y chato, y lucen pálidos reflejos con tonos de crema oscura; á menudo, el llano es más bajo que ellos, y sólo se defiende por muros de tierra; parece que los ríos se van á desbordar de sus líneas, de ellos transpira un vapor incesante, y por la noche, á la luz de la luna, la espesa bruma envuelve toda la campiña con su humedad azulada. Seguidlos hasta el mar: allí una segunda agua más violenta, agitada todos los días por las mareas, acaba la obra de la primera; el Océano del Norte es hostil al hombre. Recordad la estacada de Ruisdaël y pensad en las tempestades frecuentes que lanzan las rojizas olas y las monstruosas lenguas de espuma, sobre la estrecha banda de tierra plana, ya medio ahogada por el ensancha-

miento de los ríos. Un cinturón de islas, algunas tan grandes como la mitad de un departamento, marca á lo largo de la costa este atragantamiento de las aguas fluviales y este asalto de las aguas marinas, Walchesen, Reveland del Norte y Reveland del Sur, Tholen, Schouven, Vorn, Reyerlond, Texel, Vhieland y otras varias. En otros puntos, el Océano entra y forma mares interiores, el de Harlem, ó golfos profundos, el de Zuidercee. Si Bélgica es un aluvión formado por los ríos, Holanda no es más que un montón de fango en medio de las aguas. Añadid á esta inclemencia del suelo el rigor de la temperatura, y acabaréis por afirmar que el país este no es para hombres, sino para los rengíferos y los castores.

Cuando las primeros tribus germánicas acamparon allí aún era peor el país. En tiempo de César y de Estrabón no era más que un bosque pantanoso; los viajeros contaban que se podía ir, de árbol en árbol, por toda la Holanda, sin tocar en tierra. Las encinas desarraigadas que caían en los ríos, formaban balsas como actualmente en el Mississipí, donde venían á chocar las flotas romanas. Todos los años el Waal, el Meuse, el Escalda, se desbordaban y cubrían la llanura. Todos los años, las tempestades de otoño anegaban la isla de los Bátavos; en Holanda el aspecto de las costas cambiaba incesantemente. La lluvia era constante, y la niebla impenetrable como en la América rusa; el día no duraba más que tres ó cuatro horas; todos los años cubría el Rhin una sólida costra helada. Constantemente la civilización, trabajando el suelo, endulzó la temperatura, y la Holanda salvaje tenía entonces el clima de Noruega. Cuatro siglos después de la invasión, Flandes se llamaba todavía el «bosque sin fin y sin misericordia». En 1197, el país de Waes, que es actualmente un huerto, era inculto, y los monjes estaban sitiados por los lobos. En el siglo XII, manadas de caballos salvajes vagaban errantes por los bosques de Holanda. El mar usurpaba la tierra. Gante era puerto de mar en el siglo IX, Hernane, Saint-Omer y Brujas en el siglo XII, Dam en el XIII, la Eclusse en el XIV.

Cuando se estudia la Holanda en los antiguos mapas no se la conoce (1). Actualmente se ven obligados los habitantes á defender el suelo contra los ríos y el mar. En Bélgica, la orilla del Océano es mucho más baja que la marea alta, y los terrenos conquistados ex-

(1) Michiels: *Historia de la pintura flamenca*, tomo I, pág. 230; y Schayes: *Los países Bajos antes y durante la dominación romana.*

tienden sus vastas llanuras arcillosas, su tierra pegajosa, teñida de reflejos violáceos, que aun en nuestros días es algunas veces destrozada. En Holanda es aún mayor el daño, de suerte que toda vida parece allí precaria. Desde hace trece siglos, se cuenta, por término medio, una inundación cada treinta años, más ó menos grande. En 1230 se ahogaron 100.000 personas, 80.000 en 1287, 20.000 en 1470, 30.000 en 1570; 12.000 en 1717. En 1776, en 1808, en 1825 y en época aún más reciente, se han visto parecidos desastres. La bahía de Dollart, de 12 kilómetros de ancha y de 35 de profundidad; el Zuidercee, que tiene 44 leguas cuadradas, proceden de invasiones del mar en el siglo XIII. Para proteger la Frisia han sido menester 22 leguas de maderos colocados en tres filas que cuestan cada uno siete florines. Para defender la costa de Harlem es menester un dique de granito de Noruega, de 8 kilómetros de largo, de 40 pies de alto y que penetra 200 pies en las olas. Amsterdam, que tiene 260.000 habitantes, está toda ella construida sobre postes que algunos tienen 30 pies de largo. Todos los emplazamientos de las ciudades y aldeas de Frisia son construcciones artificiales. Se calcula que los trabajos de defensa entre el Escalda y el Dollart han costado 7.500 millones. A este precio se vive en Holanda; y cuando de Harlem ó de Amsterdam se ha visto el enorme *truole* amarillento extenderse hasta perderse de vista su leve marco de lodo, se ve cómo arrojando este cebo al monstruo, logra el hombre salvarse (1).

Figuraos ahora á los hombres de las antiguas tribus germánicas, pescadores y cazadores errantes en barcas de cuero, vestidos con sacos de piel de foca, y calculad, si podéis, el esfuerzo que estos bárbaros han tenido que hacer para fabricarse un suelo habitable y convertirse en un pueblo civivilizado. Otros hombres de distinto carácter no hubieran podido conseguirlo; el medio era demasiado malo. En condiciones análogas, las razas inferiores del Canadá y de la América rusa permanecen en estado salvaje. Otras razas bien constituidas, los celtas de Irlanda y de la Alta Escocia, no han llegado á otra cosa que á las costumbres caballerescas y á las leyendas poéticas. Eran precisos entendimientos reflexivos, capaces de subordinar la sensación á la idea y de soportar pacientemente el fastidio y la fatiga, de imponerse privaciones y trabajos en atención á un efecto lejano, en una palabra, una

(1) Alfredo Eugenios: *La Neerlandia y la vida neerlandesa.*

raza germánica, de hombres capaces de asociarse, de sufrir, luchar, recomenzar una y otra vez y mejorar sin tregua, capaces de encauzar los ríos, contener el mar, desecar el suelo, aprovechar el viento, el agua, el terreno llano, el lodo arcilloso, de hacer canales, navíos, molinos, ladrillos, y de fomentar la ganadería, las industrias, los cambios. Como la dificultad era enorme, la inteligencia se ha empleado por completo en vencerla, se ha encaminado totalmente á este objeto, apartándose, por tanto, de todo lo demás. Subsistir, abrigarse, vestirse, comer, preservarse contra el frío y la humedad, aprovisionarse, enriquecerse—no tenían tiempo de pensar en otra cosa; el espíritu se ha hecho positivo y práctico.—Imposible en semejante país soñar, filosofar á la alemana, vagar por entre las quimeras de la fantasía y los sistemas de la metafísica (1). Se ha sentido, por consiguiente, atraído hacia la tierra; la llamada á la acción es demasiado universal, demasiado urgente y demasiado incesante; si se piensa es para obrar. Bajo esta presión secular se forma el carácter; lo que era costumbre se convierte en instinto; la forma adquirida por el padre se hace hereditaria en el hijo: trabajador, industrial, comerciante, hombre de negocios, hombre de quehaceres, hombre de buen sentido y nada más; es por nacimiento, sin pena, lo que sus antecesores por necesidad y por fuerza (1).

De otra parte, este espíritu positivo se ha encontrado tranquilo. Comparado con otras naciones cuyo tronco es el mismo y cuyo genio no es menos práctico, el hombre de los Países Bajos se muestra mejor equilibrado y más capaz de contentarse. No se echan de ver en él las pasiones violentas, el humor militante, la voluntad en tensión, los instintos de fiera, el orgullo grandioso y sombrío que tres conquistas y la supervivencia del conflicto político han implantado entre los ingleses. No se ve tampoco en él la inquietud y la necesidad exagerada de acción que la sequedad del aire, las bruscas alternativas de calor y frío, la electricidad superabundante, han implantado entre los americanos de los Estados Unidos. Vive en un clima húmedo é informe que dilata los nervios, desarrolla el temperamento linfático, modera los arrebatos, las explosiones y los ímpetus del alma, amansa

(1) Alfredo Michiels: *Historia de la pintura flamenca*, t. 1, pág. 238. Este primer volumen encierra muchas ideas generales, dignas todas ellas de atención.

(1) Próspero Lucas: *De l'Hérédité*, y Darwin: *De la sélection naturelle.*

la aspereza de las pasiones y ladea el carácter del lado de la sensualidad y del buen humor. Ya se ha visto este efecto del clima al comparar el arte de los venecianos con el genio y el arte de Florencia. Aquí los acontecimientos han venido en ayuda del clima, y la historia ha trabajado en el mismo sentido que la fisiología. Los hombres de este país no han sufrido como sus vecinos del otro lado del canal de la Mancha, dos ó tres invasiones, la acometida de un pueblo entero, sajones, daneses, normandos instalados en sus tierras; no han recibido la herencia de odio, que la opresión, la resistencia, el encarnizamiento, el esfuerzo prolongado, la guerra en un principio abierta y violenta, después sorda y legal, han transmitido de generación en generación. Desde los más antiguos tiempos, se les encuentra ocupados, como en la época de Plinio, en la fabricación de la sal, «asociados, según »sus viejos usos para poner en culti»vo los terrenos cenagosos (1)» libres en sus *ghildes,* reivindicando su independencia, su derecho de justicia, sus privilegios inmemoriales, teniendo como negocios la gran pesca, el comercio y la industria aplicando á sus ciudades el nombre de *ports,* tales como Guicciardini los encuentra en el siglo XVI, «muy »deseosos de ganar y atentos á su »provecho»; pero sin que esta necesidad de proveerse tenga nada de febril ni de poco razonable. «Su na»tural es tranquilo y perfectamente »sensato, disfrutan prudentemente, »y según la ocasión, de la fortuna y »de las otras cosas mundanas, y no »se turban fácilmente, como es fá»cil notar desde el primer momento »en sus discursos y sus fisonomías. »No son muy inclinados á la cólera ni »al orgullo; viven entre sí en buenas »relaciones, y, sobre todo, son de »humor alegre y jovial.» Según él, no tienen grande ni exigente ambición. Muchos de ellos dejan de buena gana los negocios, se entretienen en edificar y en darse buena vida. Todas las circunstancias físicas y morales, la geografía y la política, el presente y el pasado, han concurrido al mismo efecto, es decir, al desarrollo de una facultad y de una inclinación en detrimento de las demás: habilidad de conducta y sensatez de corazón, inteligencia práctica y deseos limitados; saben mejorar el mundo real, y conseguido esto, no buscan más allá.

En efecto; considerad su obra por su perfección y sus lagunas: muestra á la vez los límites y las potencias de su espíritu. La filosofía grande, tan natural en Alemania,

(1) Moke: *Mœurs et usages des belges*, 111, 113. Capitulaire du IXe siècle.

la poesía grande, tan floreciente en Inglaterra, les han faltado. No saben olvidar las cosas sensibles y los intereses positivos para atenerse á la especulación pura, seguir las audacias de la lógica, refinar las delicadezas del análisis y engolfarse en las profundidades de la abstracción. Ignoran esas agitaciones del alma, esas violencias de los sentimientos comprimidos que comunican al estilo un acento trágico, y esa fantasía vagabunda, esos cuidados delicados ó sublimes que por encima de las vulgaridades de la vida abren á las miradas un nuevo universo. Entre ellos, no hay filosofía alguna de la grande especie; su Spinoza es un judío, discípulo de Descartes y de los rabinos, solitario, aislado de otro genio y de otra raza. Ninguno de sus libros ha llegado á ser europeo como los de Burms, los cuales han nacido, sin embargo, en naciones bien pequeñas. Uno solo de sus escritores ha sido leído por todos los hombres de su siglo: Erasmo, literato delicado, pero que escribía en latín y que, por su educación, sus gustos, su estilo, sus ideas, pertenece á la familia de los humoristas y de los eruditos de Italia. Los antiguos poetas holandeses, por ejemplo, Jacobo Cats, son moralistas graves, sensatos, un poco largos, que alaban las alegorías de interior y la vida de familia. Los poetas flamencos de los siglos XIII y XIV, anuncian á sus lectores que no les contaron fábulas caballerescas, sino historias verdaderas; y ponen en verso sentencias prácticas ó acontecimientos contemporáneos. Sus cámaras de retórica tuvieron á bien cultivar y poner en escena la poesía; pero ningún talento ha sacado de esta materia una grande y bella obra. Tienen un cronista como Chatelaim, un escritor de farsas como Marini de Santa Aldegunda, mas su narración es hinchada, recargada en elocuencia, brutal y crudo el relato sin ejercitar el fuerte color y la pesadez enérgica de su pintura nacional. Actualmente su literatura es casi nula. Su único novelista Consciencie, aunque bastante buen observador, nos parece pesado y vulgar. Cuando se va á uno de esos países y se leen sus periódicos, aquellos que no se hacen en París, parece que se está en una provincia. La polémica es grosera, las flores de retórica envejecidas, el chiste poco fino, los rasgos de ingenio torpes. Jovialidad grosera ó cólera grosera, constituyen su agudeza; las mismas caricaturas nos parecen estúpidas. Si se busca la parte que han puesto en el edificio del pensamiento moderno, se encuentra que, pacientemente, metódicamente, como buenos y honrados obre-

ros, han tallado algunas piedras. Puede citarse una sabia escuela de filología en Leiden, jurisconsultos como Grotius, naturalistas y médicos como Lenvenhoecek, Swammerdam y Boerhadade, físicos como Huygens, cosmógrafos como Ortelius, en una palabra, un contingente de hombres especiales y útiles, pero nada de espíritus creadores que abren al mundo grandes vías originales ó cuajan sus concepciones en bellas formas capaces de un ascendiente universal. Han dejado á las naciones vecinas el papel que desempeñaba María la contemplativa á los pies de Jesús; han tomado para ellos el de Marta; en el siglo XVII dieron púlpitos á los eruditos protestantes desterrados de Francia, una patria al libre pensamiento perseguido en toda Europa, editores á todos los libros de ciencia y de polémica; más tarde han suministrado impresiones á toda nuestra filosofía del siglo XVIII; en fin, libreros, corredores, y hasta falsificadores á toda la literatura moderna. De todo esto se aprovechan ellos, porque saben lenguas, leen y son instruídos; la instrucción es una adquisición y un aprovisionamiento que es tan conveniente como los otros. Pero aquí se detienen, y ni sus obras antiguas ni sus obras modernas manifiestan la necesidad y la facultad de contemplar el mundo abstracto por encima del mundo sensible, y el mundo imaginario por encima del mundo real.

Por el contrario, han sobresalido siempre, y sobresalen todavía en todas las artes que se llaman útiles. «Los primeros entre los transalpinos — dice Guicciardini — que inventaron las telas de lana.» Hasta 1404 eran los solos capaces de tejerlas y fabricarlas; Inglaterra les proporcionaba la lana; los ingleses no sabían todavía más que criar y trasquilar los ganados. A fines del siglo XVI, caso único en Europa, casi todos, hasta los aldeanos, sabían leer y escribir, y la mayor parte hasta tenían principios de gramática. Así se encuentran cámaras de Retórica, es decir, sociedades de elocuencia y de representación teatral hasta en las aldeas. Esto indica hasta qué punto habían llegado en civilización. «Tienen — dice Guicciardini—un talento y una feliz disposición de invención pronta en punto á máquinas de toda especie, y en lo relativo á imaginar medios convenientes é ingeñiosos para facilitar, arreglar y expender los usos que hacen aun en materia de cocina.» A decir verdad, son con los italianos los primeros que han conseguido en Europa la prosperidad, la riqueza, la seguridad, la libertad, lo confortable y todos los bienes que

nos parecen propios de la sociedad moderna. En el siglo XIII, Brujas vale lo que Venecia; en el siglo XVI, Amberes era la capital industrial y comercial del Norte. Guicciardini no pudo prescindir de alabarla; en efecto, la vió intacta y floreciente antes del terrible sitio de 1585. En el siglo XVII, la Holanda, que queda libre, ocupa durante un siglo el puesto que actualmente tiene en el mundo Inglaterra. Flandes, á pesar de haber vuelto á caer en las manos de los españoles, de ser agitada por todas las guerras de Luis XIV, de ser entregada al Austria, de servir de campo de batalla á los guerreros de la revolución francesa, no desciende jamás al nivel á que bajaron Italia ó España; la semiprosperidad que conserva al través de las miserias de la invasión repetida y del perverso despotismo, manifiesta la energía de su buen sentido vivaz y la fecundidad de su asiduo trabajo.

Actualmente, de todas las comarcas de Europa, Bélgica es la que en igual superficie sustenta mayor número de habitantes; sostiene siempre en la misma proporción doble que Francia; el más poblado de nuestros departamentos, el del Norte, es un trozo que Luis XIV quitó á los belgas; se ve extenderse hacia Lila y Douai, en círculo indefinido, hasta el extremo del horizonte, una interminable huerta plana, de tierra fertil y profunda, cubierta de gavillas descoloridas, de amapolas, de remolachas de pesadas hojas, como empollada por un cielo tibio en que nadan los vapores. Entre Bruselas y Malinas comienza la pradera, aquí y allá rayada por una línea de álamos blancos, cortados por fosos húmedos y por terraplenes, en los que el ganado pasta durante todo el año, almacen inagotable de forraje, de leche, de queso y de carne. En los alrededores de Gante y de Brujas, el país de Waes es «la tierra clásica de la agricultura», abonada por la grasa que se recoge en todo el país y de estiércol que se lleva á Zelanda. Del mismo modo Holanda no es más que una dehesa, cultivo natural que en lugar de agotar el suelo, lo remueve, proporcionando á los propietarios los más amplios productos y á los consumidores los alimentos más fortificantes. En Holanda, en Buicksloot, hay ganaderos millonarios, y en todo tiempo, ante los ojos del extranjero, los Países Bajos han parecido la patria del buen comer. Si de la obra agrícola pasáis los ojos á la obra industrial, encontraréis por todas partes el mismo arte de explotar y de utilizar las cosas. Para ellos, los obstáculos se han convertido en auxiliares. El suelo es plano y empapado en agua, y lo han aprovechado para cubrirlo de canales y de caminos de hierro;

en ninguna parte de Europa son tan numerosas como allí las vías de comunicación. Les faltaba leñas, pero ellos han agujereado las entrañas de la tierra, y las minas de hulla de la Bélgica son tan ricas como las de Inglaterra. Los ríos les perjudicaban por sus desbordamientos y los lagos interiores les robaban una porción de su territorio : han desecado los lagos, encauzado los ríos y aprovechado los grandes aluviones, lentos depósitos de tierra vegetal que las aguas sobrantes ó estancadas habían extendido por el suelo. Cuando se hielan sus canales hacen con sus patines caminatas de cinco leguas por hora. El mar les amenazaba; pero le han contenido, y se han servido de él para comerciar con todas las naciones. El viento soplaba sin obstáculos sobre aquellas planas comarcas y sobre su Océano alborotado; pero ellos lo utilizaron para hinchar las alas de sus barcos y las velas de sus molinos. Notaréis en Holanda á cada vuelta del camino alguna de esas enormes edificaciones, altas de cien pies, llenas de maquinarias y de bombas ocupadas en vaciar el exceso de agua, en aserrar bigas, en fabricar aceite. Desde el vapor, en frente de Amsterdam, se ve, hasta dónde alcanza la vista, una inmensa tela de araña, una franja manchada, indistinta y complicada, mástiles de navío, aspas de molino que cortan el horizonte con sus brazos innumerables. La impresión que de allí se saca es la de un un país transformado de arriba abajo por la mano y el arte del hombre, fabricado con multitud de piezas hasta llegar á ser confortable y productivo.

Entremos más, aproximémonos al hombre, y veamos lo primero de su exterior, es decir, su habitación. No hay piedras en este país, no tiene más que tierra blanda, buena para que se hundan los pies de los hombres y las patas de los caballos. Pero han tenido los habitantes la idea de cocerla, y de esta manera el ladrillo y la teja, que son las mejores defensas contra la humedad, se encuentran en su mano. Habéis visto construcciones bien entendidas y de aspecto agradable, muy rojizas, oscuras, rosadas, enjalbegadas, lustrosas, fachadas barnizadas, adornadas algunas veces de flores y de animales esculpidos, de medallones y de columnas. En las ciudades antiguas la casa suele tener su portal adornado de arcos, de ramaje, de relieves, terminados por un pájaro, una manzana ó un busto; no es como en nuestras ciudades una continuación de la casa vecina, un compartimiento abstracto del gran cuartel, sino una casa aparte, dotada de un carácter propio y personal, interesante á la vez que pintoresco. Nada

mejor arreglado ni más conveniente. En Douai, los más pobres hacen, una vez por año, blanquear su casa, por fuera y por dentro, y es preciso retener seis meses antes los barnizadores. En Amberes, Gante y Brujas, y sobre todo en las ciudades pequeñas, la mayor parte de las fachadas parecen siempre pintadas de nuevo ó revocadas el día antes. Cuando se llega á Holanda, este cuidado se redobla y exagera. Desde las cinco de la mañana se ve á los criados lavar con legía las calles. En los alrededores de Amsterdam las ciudades parecen decoraciones de ópera cómica, tan adornadas están y tantos colorines tienen. Hay establos de vacas en los que el suelo es un verdadero parque; no se entra en ellos más que con pantuflas ó con zapatos dispuestos á la entrada para este uso; causaría escándalo una mancha de barro y con mucha más razón una porquería; la cola de las vacas está sujeta con una cuerda para que no se la ensucien. Se prohibe á los coches entrar en las quintas; las calles, de ladrillo y argamasa, están más limpias que los vestíbulos de nuestras casas. En otoño los niños van á recoger las hojas caídas en las calles y las meten en un agujero. Sobre todo en las habitaciones, que parecen camarotes de navío, el orden y el arreglo son los mismos que en un barco. En Brocek, dicen que en cada casa hay una pieza principal en la que no se entra más que una vez por semana para limpiar y frotar los muebles y que inmediatamente se cierra con el mayor cuidado; en un país tan húmedo, una mancha se convierte al punto en un enmohecimiento malsano; el hombre, contraído á una corrección meticulosa, contrae primero la costumbre, experimenta la necesidad y sufre al fin la tiranía del aseo. Experimentamos un placer al contemplar en la calle más pequeña de Amsterdam, en la tienda más humilde, sus oscuros toneles, su mostrador inmaculado, sus limpios taburetes, cada cosa en su puesto, el estrecho recinto tan bien utilizado y la sabia y cómoda disposición de todos los utensilios. Guicciardini notó ya «que sus casas »y sus trajes son limpios, bellos, »bien arreglados, que tienen canti»dad de muebles, utensilios, obje»tos domésticos, colocados en un »orden y con una brillantez admi»rable como en ningún otro país». Es preciso ver lo confortable de las habitaciones, sobre todo en las casas burguesas; tapices, telas embreadas para los pisos, chimeneas económicas y calientes de hierro ó de argamasa, cortinas triples en las ventanas, vidrios claros en los negros marcos, vasos con flores ó con plantas; multitud de chucherías que

indican los gustos sedentarios y hacen agradable la vida doméstica, espejos dispuestos de tal suerte, que reflejan á los presentes y el aspecto cambiante de las calles. Cada pormenor muestra un inconveniente en que se ha reparado, una necesidad que se ha satisfecho, un cuidado que se ha advertido, un placer, en una palabra, el reino universal de la actividad previsora y de un bienestar inmenso.

En efecto, el hombre es tal como lo indica su obra. Así prevenido y así dispuesto goza y sabe gozar; la tierra cultivada le proporciona alimento en abundancia; carne, pescado, legumbres, cerveza, aguardiente; come, bebe abundantemente, y en Belgica, el apetito germánico se refina, sin disminuir, convirtiéndose en sensualidad gastronómica. La cocina es allí sabia y perfecta hasta en los hoteles; puede decirse que la mesa es la mejor de Europa. Hay, por ejemplo, tal hotel en Mons, á donde el sábado las gentes de los pueblecillos vecinos vienen expresamente á comer, para regalarse delicadamente. Les falta el vino, pero lo importan de Alemania y de Francia, y se vanaglorían de haberlos mejorado. Según ellos, no tratamos nuestros vinos con el respeto que merecen. Es preciso ser belga para saborearlos y cuidarlos como conviene. No hay hotel importante que no tenga una provisión variada y escogida. Esta especie de provisión constituye su gloria y su orgullo; casi siempre en los trenes la conversación versa sobre los méritos de dos bodegas rivales. Tal negociante económico tiene en sus sótanos enarenados doce mil botellas bien clasificadas: es su biblioteca. Tal burgomaestre de un pueblecillo holandés posee un tonel de Johenisberg auténtico, recogido en el buen año, y este tonel aumenta la consideración que se tiene á su dueño. Cuando un hombre da una comida, sabe escalonar los vinos de manera que no eche á perder el gusto y que se beba lo más posible. En cuanto á los placeres del oído y de la vista, los entienden tan bien como los del paladar ó del estómago. Lo mismo que nosotros amamos por educación, le aman ellos por instinto. En el siglo XVI eran los primeros en este arte. Guicciardini dice que sus cantores y sus instrumentistas eran solicitados por todas las cortes de la cristiandad; en el extranjero, sus profesores constituían escuela y sus compositores dictaban la ley. Actualmente el gran don musical y la aptitud para el canto se encuentra hasta en las gentes del pueblo; los mineros de las minas de carbón forman sociedades corales: he oído á obreros de Bruselas y de Amberes y marineros y calafates de Amster-

dan cantar en coro, durante el trabajo ó en las calles al regresar al anochecer. No hay ninguna gran ciudad belga donde no exista un campanario que no divierta cada cuarto de hora al artesano en su taller, al burgués en su tienda, con las extrañas armonías de sus sonoridades metálicas. Del mismo modo sus casas municipales, sus fachadas, hasta sus antiguas bases, por su ornamentación complicada, sus líneas tortuosas, su invención original y alguna vez fantástica, son agradables á los ojos. Añadid á esto los tonos finos y bien combinados de los ladrillos que forman los muros, la riqueza del tinte oscuro ó rojo adornado de blanco que se estiende sobre los techos y las fachadas, y convendréis en que las ciudades de los Países Bajos son, en su género, tan pintorescas como las de Italia. En todo tiempo han tenido gran afición á las Kermes, á las fiestas alegres, las procesiones cívicas, las paradas, el adorno de los trajes y las telas; os he mostrado la pompa italiana en las entradas y las ceremonias de los siglos XV y XVI. Son *gourmets* y glotones al mismo tiempo, y regularmente, tranquilamente, sin entusiasmo ni fiebre, recogen todas las armonías agradables de sabores, sonidos, colores y formas que nacen en medio de su prosperidad y de su abundancia como los tulipanes en terreno abonado. Todo esto produce un buen sentido un poco corto y una felicidad un poco gruesa. Un francés bostezaría allí en seguida; haría mal; esta civilización que le parece empachosa y vulgar, tiene un mérito único, es sana; los hombres que viven aquí tienen el don que nos falta más á nosotros, la discreción, y una recompensa que nosotros no conocemos, el contentamiento.

III

Tal es en este país la planta humana; réstanos ver el arte que es su flor. Sola entre todas las ramas del tronco, ha producido esta planta una flor completa; la pintura que tan natural y felizmente se desarrolla en los Países Bajos, aborta en las otras naciones germánicas, y la razón de este noble privilegio se encuentra en el carácter nacional que hemos estudiado.

Para comprender y amar la pintura es preciso que el ojo sea sensible á las formas y á los colores, que sin educación ni aprendizaje se tenga gusto en ver un tono al lado de otro tono y que se sea delicado en punto á sensaciones ópticas; el hombre que ha de ser pintor debe ser

capaz de deleitarse ante la rica consonancia de un rojo y de un verde, ante la gradación de una claridad, ante las aguas de una seda ó de un satén, que, según sus distancias, toma reflejos de ópolo, vagos reflejos luminosos ó imperceptibles tintes azulados. El ojo es un *gourmet*, como la boca, y la pintura es para él un festín exquisito. Por esta razón, ni los alemanes ni los ingleses han tenido pintura grande. En Alemania, el dominio demasiado fuerte de las ideas puras no ha dejado lugar á la sensualidad del ojo. La primera escuela, la de Colonia, ha pintado, no cuerpos, sino almas místicas, piadosas y tiernas. El gran artista alemán del siglo XVI, Alberto Durero, tuvo en estima á los maestros italianos, observa sus formas poco graciosas, sus pliegues angulosos, sus feas desnudeces, su color tierno, sus caras salvajes, tristes ó sombrías; la fantasía extraña, el profundo sentimiento religioso, las vagas adivinaciones filosóficas que se perciben en sus obras, muestran un espíritu al que no basta la forma. Ved en el Louvre un cristo pequeño de Wohlgemuth, su maestro, y una Eva de Lucas Cronach, su contemporáneo; comprenderéis que los hombres que hacen tales grupos y tales cuerpos habían nacido para la teología y para la penitencia. Actualmente, todavía es el fondo lo que estiman y de lo que gustan, no lo exterior. Cornelius y los maestros de Munich consideran la idea como lo principal y la ejecución como secundaria. El maestro concebía y el discípulo pintaba; su obra, completamente filosófica y simbólica, tiene por objeto atraer la reflexión del espectador sobre alguna grande verdad moral ó social. De igual modo, Oserbeck tiene por objeto la edificación y predica el ascetismo sentimental, lo mismo Knaus es tan hábil psicólogo que sus cuadros son idilios ó comedias.

En cuanto á los ingleses, hasta el siglo XVIII no hacen más que importar cuadros y pinturas extranjeras. En este país el temperamento es demasiado militante, la voluntad demasiado fuerte, el espíritu demasiado utilitario, el hombre demasiado endurecido y demasiado influido para detenerse y deleitarse en las bellas y finas relaciones de los contornos y de los colores. Su pintor nacional, Hogarth, no ha hecho más que caricaturas morales; otros, como Wilkie, se sirven de sus pinceles para hacer visibles los caracteres y los sentimientos; aun en el paisaje es el alma lo que ellos pintan; las cosas corporales no son más que un índice ó una sugestión. Esto es visible hasta en los grandes paisajistas Constable y Surner, y en sus

dos grandes retratistas Gainsborough y Reynolds. Actualmente, en fin, su colorido es de una brutalidad chocante, y su dibujo de una minuciosidad literal. Sólo los flamencos y los holandeses han amado por ellos mismos las formas y los colores; este sentimiento dura todavía; lo pintoresco de sus ciudades y lo agradable de sus interiores han dado la prueba de esto, y el año último en la Exposición universal habéis podido ver que el arte verdad, la pintura libre de intenciones filosóficas y de desviaciones literarias capaz de manejar la forma sin servilismo y el color sin barbarismos, apenas si subsistía en otra parte que entre ellos y entre nosotros.

Gracias á este don nacional, en los siglos XV y XVI y en el XVII, cuando las circunstancias históricas llegaron á ser favorables, pudieron tener en Italia una gran escuela de pintura. Pero como eran germánicos, su escuela ha seguido la vía germánica. Lo que distingue á su raza de las razas clásicas, es, conforme habéis visto, la preferencia del fondo sobre la forma de la verdad verdadera sobre la bella decoración de la cosa real, compleja, irregular, natural á la cosa arreglada, depurada y transformada. Este espíritu, cuyo ascendiente habéis podido apreciar en su religión y en su literatura, ha dirigido también su arte, y principalmente su arte pictórico. «La alta significación de »la escuela flamenca—dice muy »bien M. Waagen (1)—depende de »que esta escuela, libre de toda in»fluencia extranjera, nos revela el »contraste de los sentimientos de la »raza griega y de la raza germáni»ca, los dos capiteles de las colum»nas de la civilización en el mundo »antiguo y en el mundo moderno. »Mientras que los griegos trataban »de idealizar, no solamente las con»cepciones del mundo ideal, sino »hasta sus retratos, simplificando »las formas y acentuando los más »importantes rasgos, los primeros »flamencos, por el contrario, tradu»jeron en retratos las personifica»ciones ideales de la Virgen, de »los apóstoles, de los profetas, de »los mártires, y se esforzaron en re»presentar de una manera exacta »los pormenores más insignifican»tes de la naturaleza. Mientras que »los griegos expresaban los deta»lles del paisaje, ríos, fuentes, ár»boles, bajo formas abstractas, los »flamencos procuraban que fuesen »tales y como los habían visto. En »oposición del ideal y de la tenden»cia de los griegos á personificarlo »todo, los flamencos crearon una

(1) *Manuel de l'histoire de la peinture*, t. I, pág. 79.

»escuela realista, una escuela de »paisaje. En esta dirección, los ale»manes primero, los ingleses des»pués, les han seguido.» Recorred en un museo de estampas todas las obras de origen germánico, desde Alberto Durero, Martín Schoenguer, los Van Eyck, Holbein y Lucas de Leyden, hasta Rubens, Rembrandt, Paul Potter, Juan Steen y Hogarth; si tenéis llena la imaginación de las nobles formas italianas ó de las elegantes formas francesas, vuestros ojos se sorprenderán, os costará trabajo poneros en el verdadero punto de vista, creeréis á menudo que de propósito busca el artista lo feo. La verdad es que no ha rechazado las trivialidades é irregularidades de la vida. En modo alguno comprende la ordenación simétrica, el movimiento fácil y tranquilo, las bellas proporciones, la salud y la agilidad de los miembros desnudos. Cuando los flamencos del siglo XVI han seguido la escuela de los italianos, no han logrado otra cosa que echar á perder su estilo original. Durante setenta años de imitación potente, sólo han dado á luz abortos híbridos. Este largo período de fracasos, colocado entre dos largos períodos brillantes, dan testimonio de los límites y de la potencia de sus aptitudes originales. No sabían simplificar la naturaleza, tenían necesidad de reproducirla toda entera. No la reconcentraban en el cuerpo desnudo; daban una importancia igual á todas sus obras (1), paisajes, edificios, animales, trajes accesorios. No eran capaces de comprender ni de amar el cuerpo ideal; habían nacido para pintar el cuerpo real.

Esto sentado, se repara fácilmente en lo que difieren de los otros maestros de la misma raza. Os he descrito su genio nacional, tan razonable y tan bien equilibrado, exento de aspiraciones superiores, limitado al presente, dispuesto á gozar de las cosas. Tales artistas no inventaron las figuras tristes, dolorosamente soñadoras, agobiadas por el peso de la vida, obstinadamente resignadas, de Alberto Durero. No se inclinaron, como los pintores místicos de Colonia ó los pintores moralistas de Inglaterra, á representar almas ó caracteres; apenas si sintieron la desproporción del espíritu y del cuerpo. En país fértil y

(1) A este propósito, el juicio de Miguel Angel es muy instructivo: «En Flandes—dice —se pinta preferentemente lo que se llama paisajes con muchas figuras aquí y allá... No hay ni razón, ni arte, ni simetría, ni cuidado en la elección ni el tamaño... Si hablo tan mal de la pintura flamenca, no es porque sea enteramente mala» *sino porque quiero representar á la perfección tantas cosas, de las cuales una sola bastaría por su importancia*, que no logra hacerlo de una manera satisfactoria.» Se reconoce el genio italiano clásico y *simple*.

rico, entre costumbres joviales, ante figuras pacíficas, bonachonas y robustas, encontraron modelos conformes á su genio. Casi siempre pintaron al hombre en su bienestar y contento con su suerte. Si lo aumentan, será sin elevarle por encima del nivel de su vida terrestre. La escuela flamenca del siglo XVII no hace más que agrandar sus apetitos, sus deseos, su fuerza y su alegría. Generalmente, los dejaron tales y como son; la escuela holandesa se limita á reproducir la quietud del apartamiento burgués, lo confortable del hogar ó del arrendamiento, las alegrías del paseo ó de la taberna, todas las satisfacciones pequeñas de la vida pacífica y ordenada. Tales asuntos, concebidos con tal espíritu, suministran á sus obras una rara armonía. Sólo los griegos y algunos grandes artistas italianos habían dado un ejemplo semejante; en escuela inferior, han hecho como ellos los pintores de los Países Bajos; nos representan al hombre completo en su tipo, adaptado á las cosas, por tanto feliz sin esfuerzo. Una cosa falta que considerar. Uno de los principales méritos de esta pintura es la excelencia y la delicadeza de los colores. Es que la educación del ojo en Flandes y en Holanda ha sido siempre especialísima. El país es un delta húmedo como el del Pó; y Brujas, Gante, Amberes, Amsterdam, Rotterdam, La Haya, Utrech, por sus ríos, sus canales, su mar y su atmósfera se parecen á Venecia. En uno y en otro país la naturaleza ha hecho al hombre colorista. Notad el diferente aspecto que revisten los objetos, según que estéis en una comarca seca como la Provenza y los alrededores de Florencia, ó en una llanura húmeda como los Países Bajos. En la comarca seca la línea predomina y atrae en primer término la atención las montañas, se destacan sobre el cielo arquitecturas de proporciones de un estilo grande y noble, y todos los objetos aparecen con vivos contornos en el aire límpido. Aquí el horizonte plano no tiene interés, y los límites de las cosas son blandos, esfumados, confundidos por el vapor imperceptible que nada eternamente en el aire; lo que predomina es la mancha. Una vaca que pace, un techo en medio de un prado, un hombre apoyado en un parapeto, se presentan como un tono entre otros tonos. El objeto se consigue; no sale de repente de sus alrededores; es empujado por su modelo, es decir, por los diferentes grados de claridad, y por las diversas degradaciones de color fundido, que cambia su tinte general en un relieve, y dan á los ojos la sensación de un espesor (1).

(1) W. Burger: *Musées de la Hollande*, 206.

Es preciso pasar algunos días en el país para sentir esta subordinación de la línea á la mancha. De los canales, de los ríos, del mar, de la tierra empapada, sale incesantemente un vapor azulado ó gris, una bocanada invernal que forma en torno de los objetos cierta especie de gasa, aun en los más hermosos días. Por tarde y mañana nieblas que se arrastran, semejantes á blancas muselinas medio despedazas sobre las praderas. He permanecido muchas veces de pie sobre los muelles del Escalda, contemplando el agua pálida, débilmente arrugada donde nadan los oscuros cascos de los barcos. El río reluce, y sobre su superficie la luz tiembla alumbrando esto y aquello con vagos reflejos. Sobre todo el círculo del horizonte suben las nubes incesantemente, y su plomizo color y su fila inmóvil hacen pensar en una armada de espectros: son los espectros de la comarca húmeda, fantasmas siempre renovados, que roen la eterna lluvia. Del lado del poniente se tiñen de color de púrpura, y su masa ventruda, toda salpicada de oro, recuerda las chapas adamasquinadas, las túnicas de brocado, las primorosas sedas en que Jordaens y Rubens envuelven sus mártires ensangrentados y sus vírgenes Dolorosas. En lo más bajo del cielo el sol parece una enorme brasa que humea al extinguirse. Cuando se llega á Amsterdam ó á Ostende la impresión es todavía más profunda: el mar y el cielo no se distinguen. La bruma y los chubascos no dejan en la memoria más que colores. El agua cambia de matiz cada media hora: tan pronto parece vino pálido, tan pronto presenta una blancura gredosa, tan pronto amarillenta, como una argamasa húmeda, tan pronto negra como hollín líquido y á veces de un color de violeta lúgubre rayado de grandes manchas verdosas. Al cabo de algunos días se ha hecho la experiencia. Semejante naturaleza no da importancia más que á los contrastes, á los matices, á las armonías, en una palabra, á los tonos.

Por otra parte, estos tonos son llenos y ricos: un país seco y oscuro, la Francia del Sur, ó la parte montañosa de Italia, no dejan en la vista más que la impresión de un ta-

---

«Lo que hiere en la belleza del Norte es siempre el modelo y no las líneas. En el Norte la forma no se auna por el contorno, sino por el relieve. La naturaleza para expresarse no se vale del dibujo propiamente dicho. Si durante una hora pasaseis por una ciudad de Italia, encontraríais mujeres correctamente modeladas, cuya estructura general revela la estatuaria griega, y cuyo perfil recuerda los camafeos griegos. Podríais pasar un año en Amberes sin echar la vista encima á una forma que dé idea de lucirla por medio de un contorno, sino por un relieve que sólo el color puede modelar. Los objetos no se presentan jamás en siluetas, sino en pleno, por decirlo así.

blero de ajedrez gris y amarillento. Todos los tonos del suelo y de las casas están teñidas del esplendor preponderante del cielo y de la iluminación universal del aire. A decir verdad, una ciudad del Mediodía, un paisaje de Provenza ó de Toscana no son más que simples dibujos: con un papel blanco con difumino y los matices débiles de los lápices de color se pueden expresar por completo. Por el contrario, en una comarca húmeda como los Países Bajos, la tierra es verde, y multitud de manchas vivas diversifican la uniformidad universal del paisaje. Tan pronto llaman nuestra atención el color oscuro de la tierra mojada, tan pronto el rojo intenso de las tejas y ladrillos, tan pronto el barniz blanco ó rosado de las fachadas, tan pronto la mancha pajiza de los animales echados, tan pronto la superficie luciente de los canales y los ríos. Estas manchas no están amortiguadas en lo más mínimo por la claridad demasiado fuerte del cielo. Al contrario del país seco, no es el cielo, sino la tierra quien tiene el valor preponderante. En Holanda, sobre todo (1), durante muchos meses «el aire no tiene ninguna transparencia; una especie de velo opaco, tendido entre el cielo y la tierra, intercepta los rayos... En el invierno la oscuridad parece caer de lo alto». Por lo tanto, los ricos colores de que están revestidos los objetos terrestres permanecen sin rival. Añadid á su fuerza sus relaciones y su movilidad. En Italia es fijo un mismo tono; la luz inimitable del cielo la mantiene durante muchas horas, lo mismo ayer que mañana. Lo encontraréis al volver tal y como lo habéis dejado un mes antes en vuestra paleta. En Flandes varía necesariamente con las variaciones de la luz y del vapor. Quisiera conduciros por este país y que sintierais por vosotros mismos la belleza original de las ciudades y del paisaje. El rojo de los ladrillos, el blanco luciente de las fachadas, son agradables á la vista porque están como suavizados por el ambiente grisáceo. En el fondo embotado del cielo se extienden en fila techos agudos, escombros de un color cenicientó; aquí y allá una torrecilla gótica ó una torre gigantesca de campanarios complicados y de animales heráldicos. A menudo los bordes almenados de las chimeneas y el coronamiento de los edificios, se reflejan en un canal ó en un brazo de río. Dentro, como fuera de las ciudades, todo puede ser materia de un cuadro; no hay más que copiar. El verde universal de la campiña no es ni fuerte ni

(1) Brüger: *Musées de la Hollande*, 213.

monótono; está matizado por los diversos grados de madurez de las hojas y de las hierbas, por las diversas especies y por los cambios perpetuos del fango y de las nubes. Hay por complemento ó por aditamento la oscuridad de éstas, que de repente se funden en chaparrones y chubascos, el color grisáceo de la bruma que se desgarra ó se esparce, la vaga red azulada que envuelve las lejanías, los juegos de luz detenida en el vapor que se alza por todas partes, el satinado deslumbrante de una nube inmóvil ó alguna súbita abertura, por la cual se descubre el azul. Un cielo tan lleno, tan móvil, tan propio para armonizar vacíos y hacer valer los tonos de la tierra es una escuela de coloristas. Aquí como en Venecia, el arte ha seguido á la naturaleza, y la mano es forzosamente conducida por la sensación que el ojo recibe.

Pero si las analogías del clima han dado al ojo del veneciano y al del hombre de los Países Bajos educación análoga, las diversidades de clima han establecido notables diferencias entre ellos. Los Países Bajos están situados á trescientas leguas al Norte de Venecia. El aire es allí más frío, la lluvia más frecuente, el sol está más á menudo velado. De aquí una escala natural de colores que ha provocado una escala artificial correspondiente. Como la plena luz es rara, los objetos no llevan la marca del sol. Jamás encontraréis esos tonos dorados, esas soberbias bermejeces, tan frecuentes en los monumentos de Italia. No es allí la mar azulada y semejante á seda como en las lagunas de Venecia. Arboles y praderas no tienen el tono sólido y fuerte que se ve en el verde de Verona y de Pádua. La hierba es fofa y pálida, el agua oscura y como si tuviese carbón, la carne blanca, tan pronto rosada como la de una flor crecida á la sombra, tan pronto rojiza cuando ha sido expuesta á la intemperie é hinchada por la nutrición, más á menudo amarillenta, flaca, inanimada en Holanda y de un tono de cera. Los tegidos del ser viviente, hombre, animal ó planta, reciben demasiada agua y les falta el rescoldo del sol. Por esta razón, si se comparan las dos pinturas, se encuentra una diferencia en el tinte general. Seguid en un museo la escuela veneciana, la escuela flamenca después; pasad de Canoletto y Guardi á Ruysdaël, Gabio Potter, Hobbema, Adriano, Vauden, Velde, Temeis, Van Ostade, de Trivimo y Veronesi ó Rubens, Van Eyck y Rembrandt, y consultad las sensaciónes que habéis experimentado. De los primeros á los segun-

dos, el colorido pierde una porción de su color: los tonos de ámbar, rojizos, hoja muerta, desaparecen; se ve cómo se extiende la aureola ardiente que envuelve á las Asunciones; la carne toma blancuras de nieve ó de leche, la púrpura intensa de los ropajes se aclara, las sedas son más pálidas y tienen reflejos más fríos. El color oscuro é intenso que impregna vagamente los follajes, los esplendentes colores rojizos que daban las lejanías bañadas por el sol, las tonalidades de mármol veteado, de amatista, de zafiro, cuyas aguas resplandecen, se debilitan para dar lugar á las blancuras mates de los vapores extendidos, á las claridades azuladas del húmedo crepúsculo, á los reflejos de pizarra del mar, á los tonos cenagosos de los ríos, al verde pálido de las cercanías al aire grisáceo de los interiores.

Entre estos nuevos tonos se establece una nueva armonía. Algunas veces la plena luz hiere los objetos —esto no es lo acostumbrado— y entonces la campiña verde, los techos rojos, las fachadas barnizadas, las carnes satinadas donde la sangre afluye tienen un brillo extraordinario. Habían sido hechas para la semiclaridad de los días de la comarca septentrional y húmeda; no han sido transformados como en Venecia por la lenta quemazón del sol; bajo esta irrupción de la claridad sus tonos se hacen más vivos, casi crudos; vibran á semejanza del sonar de clarines y dejan en el alma y en los sentidos una impresión de alegría enérgica y ruidosa. Tal es el colorido de los pintores flamencos que aman el pleno día; Rubens os dará el mejor ejemplo; si sus cuadros restaurados del Louvre nos representan su obra tal como era al salir de sus manos, se puede afirmar que no complacían á los ojos; en todo caso, su colorido no tiene la armonía llena y florida de los venecianos; los extremos más fuertes son rechazados; la blancura nívea de las carnes, el rojo sangriento de los ropajes, el lustre deslumbrante de las sedas tienen toda su fuerza y no son, en lo más mínimo, atenuadas, como en Venecia, por ese tinte ambarino que impide que los contrastes choquen y que sean rudos los efectos. Cuando, por el contrario, la luz es débil ó casi nula, que es el caso más frecuente, sobre todo en Holanda, los objetos salen penosamente de la sombra y se confunden casi con sus alrededores; por la tarde, en un sótano, bajo la lámpara, en una habitación en que se desliza por una ventana un rayo moribundo, parece que los objetos se confunden y son oscuridades más intensas en la oscuridad universal. El ojo se siente condu-

cido á fijarse en estas relaciones de lo oscuro, la vaguedad del día que se mezcla á la sombra, los restos de luz agarrados á los últimos reflejos de los muebles, un destello de espejo verdoso, un bordado, una perla, alguna palidez de oro engarzada en un collar. Haciéndose sensible á estas delicadezas, el pintor, en vez de aproximarse á los extremos de la gamma, no toma de ella más que el comienzo; todo su cuadro, salvo un punto, está en la sombra; el concierto que nos da es una sordina continua donde algunas veces brota un estallido. Descubre así armonías desconocidas, todas ellas de claro oscuro, todas ellas del modelado, todas ellas del alma, armonías penetrantes, infinitas, en una tiznadura de amarillento sucio, de heces de vino, de turbio gris, de vagas oscuridades aquí y allá interrumpidos por una mancha viva y llega á reconocer de esta suerte la parte interna de nuestro ser. En esto consiste la última de las grandes invenciones pictóricas; por ella, actualmente, la pintura habla tan bien al alma moderna, y tal es el colorido que la luz de Holanda ha suministrado al genio de Rembrandt.

Habéis visto el grano, la planta y la flor. Una raza de un genio opuesto totalmente al genio de los pueblos latinos, después de ellos, al lado de ellos ocupando un lugar en el mundo. Entre las numerosas naciones de esta raza hay una cuyo territorio y clima especial desarrollan un carácter particular que la predispone al arte y á un cierto género de arte. La pintura nace allí y dura y se hace completa, y el medio físico que la rodea como el genio nacional que la funda le dan y le imponen sus asuntos, sus tipos y su colorido. Tales son los preparativos lejanos, las causas profundas, las condiciones generales que han determinado este radio, dirigido esta vegetación y producido el florecimiento final. No nos resta más que exponer las circunstancias históricas cuya sucesión y diversidad han producido las fases sucesivas de este grande florecimiento.

CAPÍTULO II

Las épocas históricas.

Cuatro períodos distintos se encuentran en la pintura de los Países Bajos, y por una coincidencia digna de tenerse en cuenta, cada uno de aquéllos corresponde á un período histórico diferente. En este caso, como en todos, el arte traduce la vida; el talento y el gusto del pintor cambian al mismo tiempo y en

el mismo sentido que las costumbres y los sentimientos del público. De igual modo que cada revolución geológica, profunda, trae con ella su fauna y su flora, así cada grande transformación de la sociedad ó del espíritu produce sus figuras ideales. En este respecto, nuestros museos son semejantes á los *museums*, y las criaturas imaginarias, como las formas vivientes, son á la vez productos é índices de su medio.

El primer período del arte abarca próximamente siglo y medio, y se extiende desde Huberto Van-Eyck hasta Quintín Masys (1). Su origen es un renacimiento, ó lo que es lo mismo, un gran desarrollo de la prosperidad, de la riqueza y del espíritu. Aquí, como en Italia, las ciudades se encuentran muy pronto florecientes y casi libres. He dicho ya que en el siglo XIII se había abolido la servidumbre en Flandes, y que los Ghildas para hacer sal—y á fin de poner en cultivo las marismas—se remontan hasta la época romana. Desde los siglos VII y IX, Brujas, Amberes y Gante son «puertos» ó mercados dotados de privilegios; se hace en ellos gran comercio; los habitantes van á la pesca de la ballena. Las gentes ricas, bien provistas de armas y municiones, acostumbradas por la asociación y la acción á ser previsoras y acometedoras de empresas, son más capaces de defenderse que los siervos miserables esparcidos en los villorrios abiertos. Sus grandes y populosas ciudades, sus calles estrechas, su húmeda campiña, cortada por profundos canales, no son terreno á propósito para la caballería de los varones (1). Por esta razón, la red feudal, tan cerrada y tan pesada sobre toda Europa, tuvo en Flandes que ensanchar sus mallas. El conde creyó oportuno pedir auxilio al rey de Francia, su soberano, para lanzar contra los ciudadanos la caballería borgoñona; vencidos en Mons-en-Puelle, en Casel, en Roscbecque, en Ottrea, en Grave, en Brusthem, en Lieja, se rehacen siempre, y á vuelta de una y otra lucha, conservan la mejor parte de sus libertades, hasta bajo los príncipes de la casa de Austria.

El siglo XVI es la época heroica y trágica de Flandes. Tuvo entonces sus cerveceros, los Artevelt, que fueron tribunos, dictadores, capitanes, y perecieron en el campo de batalla ó víctimas del asesinato; la guerra civil se mezcla á la guerra extranjera; combaten ciudades con ciudades, talleres con talleres, hombres con hombres; se cuentan en un año 1.400 muertes violentas en

(1) 1400-1530.

(1) Batalla de Courtray, 1302.

Gante; la energía de aquellas gentes es tan exaltada, que sirve á todos los males y estimula todos los esfuerzos. Se hacen matar por veintenas de miles y mueren en monton, bajo las lanzas, sin dar un paso atrás. «No tengáis esperanza alguna de volver, tenedla en vuestro honor»—decían los de Gante á los cinco mil voluntarios de Felipe Artevelt—porque «en el momento en que tengamos noticias de que habéis muerto, pondremos fuego á la villa y pereceremos entre sus escombros (1)». En 1384, en el país de los *Cuatro talleres,* los primeros rehusaron la vida, diciendo que después de su muerte, sus huesos se levantarían contra los franceses. Cincuenta años más tarde, alrededor de Gante revuelto, «querían los aldeanos morir antes que pedir gracia, diciendo que perecían por buena causa y como mártires». En sus tumultuosos hormigueros, la abundancia de alimento, el hábito de la acción personal, sostienen el valor, la turbulencia, la audacia, la misma insolencia, todos los excesos de la fuerza enorme y brutal; bajo estos tejedores hay hombres, y cuando existen hombres se pueden ensanchar las artes.

Basta para ello un momento de prosperidad; bajo este rayo de sol se realiza el nacimiento ya preparado. Al fin del siglo XIV, Flandes es, con Italia, la comarca más industriosa, más rica y floreciente de Europa (1). En 1370 hay 3.200 talleres de lana en Malinas y en su comarca. Un negociante de la ciudad sostiene inmenso comercio con Damasco y Alejandría. Otro tratante de Valenciennes, habiendo ido á la feria de París, compra, por hacer alarde de su opulencia, todas las mercancías expuestas. Gante, en 1389, tiene 189.000 hombres armados; sólo los pañeros suministran 18.000 hombres en una revuelta; los tejedores forman 27 cuarteles, y al son de su campana grande se ve acudir á la plaza del mercado los 52 Estados bajo sus banderas. En 1380, los plateros de Brujas son tan numerosos, que pueden formar, en tiempo de guerra, un cuerpo de ejército. Poco después, Æneas Silvio dice que Gante es una de las tres más bellas ciudades del mundo; un canal de cuatro leguas y media la unía á la mar; entraban en él cien navíos al día; era entonces lo que actualmente es Londres. Al mismo tiempo el estado político logra una especie de equilibrio. El duque de Borgoña, en 1384, se encuentra

(1) Froissart.

(1) Milchiels: *Histoire de la peinture flamande*, tomo II, pág. 5.

por herencia, soberano de Flandes; la extensión de sus posesiones, las guerras civiles que se multiplican durante la minoría y la clemencia de Carlos VI, la separan de Francia. No es ya el duque, como los antiguos condes, un dependiente del rey, teniendo su residencia en París, buscando recursos para reducir y expoliar á sus mercaderes de Flandes. Su poder y las desgracias de Francia le hacen independiente. Aunque príncipe, pertenece al partido popular de París, y los carniceros le aclaman. Aunque francés, su política es flamenca, é influye sobre los ingleses, cuando no se alía con ellos. Sin duda que, á propósito de dinero, se querella más de una vez con sus flamencos, y se verá obligado á matar muchos de ellos. Mas para el que conoce las turbulencias y las violencias de la Edad Media, el orden y el acuerdo que se establecen entonces parecen suficientes; en todo caso son en esta época más grandes que jamás lo han sido.

En adelante, como en Florencia hacia el año 1400, es acotado el poder, y la sociedad se consolida. En adelante, como en Italia el año 1400, el hombre deja el régimen ascético y eclesiástico para interesarse por la naturaleza y gozar de la vida. La antigua presión ha disminuido, y comienza á amar la fuerza, la salud, la belleza y la alegría. Por todas partes se ve cómo el espíritu de la Edad Media se altera y se deshace. La arquitectura elegante y refinada convierte las piedras en encajes y festonea sus iglesias de pináculos, de bordados, de grecas entrelazadas y complicadas, así es que el edificio calado, floroneado, dorado, es una prodigiosa y novelesca obra de platería, producto de la imaginación más que de la fe, menos á propósito para excitar la piedad que el deslumbramiento. De la misma manera la caballería queda reducida á una gran parada. Los nobles acuden á la corte de los Valois, se ocupan en placeres, en *bellos decires*, sobre todo en *decires de amor*. En Chaucer y Froissart pueden verse sus pompas, sus torneos, sus desfiles y sus banquetes, el nuevo reino de la frivolidad y de la moda, las invenciones de la imaginación alocada y licenciosa, los trajes extravagantes y recargados; túnicas en que se emplean doce varas de tela, calzas ajustadas y justillos de Bohemia, cuyas mangas caían hasta el suelo; zapatos terminados por uñas, cuernos y colas de escorpión; cotas llenas de letras, de animales, de notas de música, de suerte que se podía leer una canción en la espalda del propietario; caperuzas adornados con un bordado figurando ramos de oro y animales,

dalmáticas cubiertas de zafiros, de rubíes, de golondrinas bordadas en oro, con un redondel también de oro en el pico. Hasta mil cuatrocientos de estos redondeles pueden contarse en un solo traje; se emplearon nuevecientas sesenta perlas en bordar una camisa. Las mujeres llevaban magníficos é historiados velos, desnudo el seno, cucuruchos monstruosos en la cabeza, vestidos confeccionados con telas de diversos colores, en donde había figurados unicornios, leones y hombres salvajes; sentábanse en sillones que representaban pequeñas catedrales doradas y esculpidas. La vida de la corte y de los príncipes parece un carnaval. Cuando Carlos VI fué armado caballero, se dispuso en la abadía de Saint-Denis una sala de treinta y dos toesas de larga, tapizada de blanco y de verde, con un alto pabellón formado por tapices: después de tres días de justas y festines, un baile nocturno de máscaras acabó por una orgía. «Muchos maridos padecieron»; y por un contraste que pinta los sentimientos del siglo, se celebraron por fin de fiesta los funerales de Duguesclín. En los cuentos y crónicas de aquel tiempo parece que se ve correr un ancho río de oro, que se desparrama, se extiende y no se detiene: me refiero á la historia doméstica del rey, de la reina, de los duques de Orleans y de Borgoña; todo se vuelve entradas en las ciudades, fastuosas cabalgatas, disfraces, danzas, diversiones voluptuosas, prodigalidades de ricos improvisados. Los caballeros borgoñones que fueron á combatir á Bayaceto en Nicópolis, se equiparon como para una partida de placer; sus estandartes y las gualdrapas de sus caballos, bordados estaban de oro y plata; sus tiendas eran de seda verde; de plata su vajilla; en barcos por el Danubio eran conducidos sus exquisitos vinos, y en su campo hormigueaban las cortesanas. Este desbordamiento de vida animal que se mezcla en Francia con curiosidades malsanas y lúgubres imaginaciones, se extiende por Borgoña como una *kermese* interminable y ruidosa. Felipe el Bueno, tiene tres mujeres legítimas, veinticuatro queridas y diez y seis bastardos; á todo ello provee, celebra festines; admite á los burgueses á su corte y parece un personaje de Jordaens. Un conde de Cleves tiene sesenta y tres bastardos; al describir las ceremonias, nombran gravemente, y sin cesar, los cronistas, los bastardos de uno y otro sexo; la institución parece oficial; al verlos pulular de ese modo, se piensa en las robustas nodrizas de Rubens ó en las Gangamellas de Rabelais.

«Es de notar —dice un contem-

»poráneo—que el pecado de lujuria »reinaba mucho y fuerte, sobre todo »en los príncipes y personas casadas. »A cualquier gentil amante, más de »una mujer sabía engañar y apro»vecharse de un momento... y aún »reinaba el pecado de lujuria en los »prelados y en toda la gente de igle»sia.» Jacques de Croy, arzobispo de Cambray, oficiaba de pontifical con sus treinta y seis bastardos é hijos de bastardos, y tenía en reserva una suma de dinero para los que pudiera tener en adelante. En el tercer matrimonio de Felipe el Bueno, la fiesta parece las bodas de Camacho ordenada por Gargantúa; las calles de Brujas estaban adornadas con tapices; durante ocho días con ocho noches, un león de piedra vertía vino del Rhin, y un ciervo, también de piedra, vino de Beaune; á la hora de la comida un unicornio derramaba agua de rosa y malvasía. Cuando el delfín hubo entrado, ochocientos mercaderes de diversas naciones salieron á su encuentro, vestidos todos de seda y terciopelo. En otra ceremonia se presentó el duque cabalgando sobre un caballo cuya silla y freno iban materialmente cargados de piedras preciosas; nueve pajes cubiertos de dalmáticas recamadas le seguían; uno de ellos llevaba una celada que decía valer cien mil coronas de oro. En otra ocasión, se asegura que llevaba el duque encima de su persona un millón en pedrería. Desearía daros á conocer alguna de estas fiestas, como las de Florencia en la misma época; ellas dan testimonio de los gustos pictóricos, que aquí, como en Florencia, han producido la pintura. Hubo una en Lila, bajo Felipe el Bueno, la fiesta del Faisán, que puede compararse á los triunfos de Lorenzo de Médicis; en estos cándidos pormenores podréis notar las semejanzas y las diferencias de las dos sociedades, y, por consiguiente, de su cultura, de su gusto y de su arte.

«El duque de Cleves—dice el »cronista Olivier de la Marche— »había dado en Lila un *espléndido* »*banquete,* al cual había asistido »Monseñor» (de Borgoña), «junta»mente con su señoría las señoras »y señoritas de su casa.» «En este »banquete se veía sobre la mesa un »*entremés,* es decir, una decoración »que representaba una nave con »velas desplegadas, en la cual ha»bía un caballero en pie y armado... »y delante un cisne de plata con un »collar de oro, al que estaba unida »una larga cadena, por medio de la »cual parecía que tiraba el susodi»cho cisne de la nave, y en un ex»tremo de ella un castillo muy bien »hecho.» «Además, el duque de »Cleves, caballero del cisne, «servi»dor de las damas», hizo anunciar

»que se le encontraría en campo ce-
»rrado, armado de arnés, de justa y
»en silla de guerra, y que aquel
»que lo hiciera mejor ganaría un
»rico cisne de oro, con cadena del
»mismo metal y un rubí al extremo
»de ella.»

Diez días después, el conde de Etampes, dió el segundo acto de la fiesta. Este segundo acto, así como el primero y todos los otros, comenzó por un festín. En esta corte, la vida es abundante y no escasean los buenos bocados. «Cuando fue-
»ron levantados los entremeses, sur-
»gió de una cámara gran número
»de antorchas, seguía después el
»oficial de armas, vestido con su
»cota, y luego dos caballeros cu-
»biertos con largas túnicas de ter-
»ciopelo forradas de marta, llevan-
»do cada uno en una mano un her-
»moso ramo de flores; á continua-
»ción de ellos, sobre una hacanea
»enjaezada de seda azul, venía una
»bellísima dama, joven de doce años
»de edad, vestida con un traje de
»seda violeta, ricamente bordado y
»guarnecido de oro: era la princesa
«de la Alegría.» Tres escuderos, vestidos de seda roja, la condujeron al duque, entonando, por vía de anuncio, una canción. La joven descendió, y arrodillándose sobre la mesa, le puso en la cabeza una corona de flores. En este momento se anunció la justa, resonaron los tambores, un escudero apareció con una cota llena de cisnes, y se vió entrar al duque de Cleves, caballero del cisne, ricamente armado en un caballo encaparazonado de damasco blanco con franjas de oro; por medio de una cadena arrastraba un gran cisne al que acompañaban dos arqueros; detrás de él marchaban varios niños á caballo, palafreneros, caballeros armados de lanzas, todos como él, vestidos de damasco blanco guarnecido de oro. Toisón de oro, el héroe, los presentó á la duquesa. Desfilaron después los otros caballeros en sus caballos enjaezados con paños de oro gris y carmesí y telas bordadas de campanillas de oro, de terciopelo carmesí forrado de marta, de terciopelo violado con franjas de oro y seda, de terciopelo negro con lágrimas de oro. Suponed que actualmente los grandes personajes del Estado tuviesen gusto de vestirse como los actores de la Opera, y en ejecutar pantomimas como las *écuyères* de los circos; la extrañeza de la suposición os hará sentir cuanto el instinto pintoresco y la necesidad de la decoración sensible eran entonces vivos y son débiles en la actualidad.

No eran éstos, sin embargo, más que los preludios. Ocho días después del torneo, el duque de Borgoña dió su festín, que sobrepujó á

todos los demás. La enorme sala, cubierta de tapices que representaban la vida de Hércules, tenía cinco puertas guardadas por dos arqueros vestidos de paño gris y negro. En los lados, cinco tablados ó galerías, contenían á los espectadores extranjeros, nobles y damas, la mayor parte, disfrazados. En medio de ellos se elevaba «un »alto aparador cargado de vajilla »de oro y de plata y tarros de cris»tal guarnecidos de oro y pedrerías. »Derecho, en medio de la sala, ha»bía un gran pilar en el que se »veía «una imagen de mujer, cuyos »cabellos caían hasta las caderas, »cubierta la cabeza con un sombre»ro muy rico y arrojando por uno »de los pechos hipocrás, durante el »tiempo que duró la comida». Había tres mesas gigantescas preparadas, y cada una de ellas estaba adornada de muchos entremeses, grandes máquinas parecidas, aunque mayores, á los juguetes con que se obsequia actualmente á los niños ricos. En efecto; los hombres de este tiempo, por su curiosidad y por el ímpetu de su imaginación, parecen niños; su deseo más vivo es entretener sus ojos; juegan con la vida como con una linterna mágica. Los dos principales entremeses eran una monstruosa empanada en que veintiocho personajes vivos tocaban instrumentos y una iglesia con su cura cero y sus vidrieras, con cuatro cantores y una campana que sonaba. Llamaban, además, la atención, otras veinte cosas por el estilo; un gran castillo, cuyos fosos estaban llenos de agua de naranja con el hada Melusina sobre una torre, un molino de viento con arqueros y ballesteros que tiraban á las urracas, un tonel en una viña con dos clases de bebida, una amarga y dulce la otra, un extenso desierto en que un león combatía con una serpiente, un salvaje sobre un camello, un loco cabalgando sobre un oso, entre rocas y hielos, un lago rodeado de ciudades y castillos, un barco anclado con sus cuerdas, sus mástiles y sus marineros, una hermosa fuente de tierra y plomo, rodeada de arbolillos de vidrio con hojas y flores y un San Andrés con su cruz; una fuente de agua de rosas, representando un joven desnudo en la actitud del «Mannekempis», de Bruselas. Se creería uno, al ver aquello, en una tienda de Año Nuevo.

Esta decoración fija no basta; es menester contemplar la parte activa; se ve desfilar unos detrás de otros una docena de intermedios, y en los intervalos la iglesia y la campana *hacen música* para entretener los oídos al mismo tiempo que los ojos de los convidados; la campana suena echada á vuelo, un pas-

tor toca la zampoña, un coro de niños canta una canción; por todas partes suenan órganos, el cuerno de Alemania, la dulzaina, un motete, flautas, un laúd con sus voces correspondientes, tambores, una trompa de caza y ladridos de perros. Aparece después un caballo andando hacia atrás, ricamente cubierto de seda roja, montado por dos trompeteros, montados espalda con espalda y sin sillas, conducido por diez y seis caballeros con largas túnicas; después un tritón, medio hombre medio grifo, el cual, montado sobre un jabalí y llevando un hombre, avanza blandiendo dos dardos y una adarga; después un gran ciervo blanco mecánico, adornado con telas de seda y los cuernos de oro, sosteniendo sobre el lomo un niño con traje corto de terciopelo carmesí, que canta mientras que el ciervo le hace el dúo. Todas estas figuras dan la vuelta á las mesas, y he aquí la invención final que divierte mucho á los asistentes. De repente un dragón volante atraviesa el aire, y sus ardientes escamas iluminan las profundidades de los artesones góticos. Lánzanse después al aire una garza y dos halcones, y la garza, abatida, es presentada al duque. Varios clarines tocan una sonata detrás de una cortina; levantada ésta, se ve á Jasón que lee una carta de Medea, combate luego á los toros, mata á la serpiente, labra la tierra, siembra los dientes del monstruo, y se ve brotar un enjambre de hombres armados. Desde este momento la fiesta se hace seria: es un libro de caballerías, una escena de Amadís, un sueño de D. Quijote en acción. Llega un gigante vestido de verde, armado de pica y con un turbante en la cabeza, conduciendo un elefante encaparazonado de seda, sobre el cual hay un castillo, y en este castillo una dama vestida de religiosa, que es la santa Iglesia; se detiene, dice su nombre, y llama á los asistentes á la cruzada. A continuación, Toisón de oro, con los oficiales de armas, trae un faisán vivo, cuyo collar de oro está adornado con piedras preciosas; el duque jura sobre el faisán auxiliar á la cristiandad contra el turco, y todos los caballeros se comprometen á lo mismo, cada uno por medio de un juramento escrito en estilo de Galaor: es el voto del Faisán. Acaba la fiesta con un baile místico y moral. Al son de los instrumentos y á la luz de las antorchas, una dama vestida de blanco, llevando el nombre en la espalda, que es *Gracia de Dios,* acércase al duque, le recita una octava, y le deja, al retirarse, doce virtudes: la fe, la caridad, la justicia, la razón, la templanza, la fuerza, la verdad, la longanimidad, la diligencia, la esperanza,

el valor, conducida cada una de ellas por un caballero vestido de jubón carmesí, cuyas mangas de satén están bordadas de follajes y adornos plateresco. Las virtudes se ponen á danzar con sus caballeros, coronan al conde de Charolais, vencedor de la justa, y después de anunciado un nuevo torneo, acaba el baile á las tres de la mañana. Verdaderamente esto era demasiado; la imaginación y los sentidos desfallecen; y desde el punto de vista del afán de divertirse, estas gentes son glotonas y no *gourmets*. Este amontonamiento y profusión de invenciones barrocas nos muestran un mundo finado, una raza del Norte, una civilización en bosquejo, bárbara todavía é infantil; falta el gusto sencillo y grande de Italia á estos contemporáneos de los Médicis. Y, sin embargo, el fondo de las costumbres y de la imaginación es el mismo; aquí, como en las pompas del carnaval florentino, la leyenda, la historia, la filosofía de la Edad Media se representan corporalmente; las abstracciones morales revisten una figura sensible y las virtudes toman formas reales. Por consecuencia, existe la tentación de pintarlos y de esculpirlos. La edad simbólica deja su puesto á la edad pintoresca; no se contenta el espíritu con entidades escolásticas; quiso contemplar una forma viva, y el pensamiento humano tiene, sin embargo, para ser completo, que traducirse á los ojos por medio de una obra de arte.

Pero esta obra de arte no es semejante á la de Italia, porque la escultura y la dirección del espíritu son diferentes. Se echa de ver en los versos cándidos y llanos que recitan la santa Iglesia y las virtudes, poesía vacía y caduca, habladora, de recursos usados, formada de frases rimadas en que el ritmo es tan insignificante como el pensamiento. Bien claro se ve que no han tenido aquí ni un Dante, ni un Petrarca, un Bocaccio ó un Villani. El espíritu menos precoz y más alejado de la tradición latina ha quedado durante mucho tiempo encerrado en la disciplina y en la inercia de la Edad Media. Nada de averroístas, escépticos y médicos como los que describe Petrarca; nada de humanistas restauradores de la literatura antigua y casi paganos como aquellos que rodean á Lorenzo de Médecis. La fe y los sentimientos cristianos son más vivos y más tenaces que en Venecia y Florencia; subsisten sobre las pompas sensuales de la corte de Borgoña. Aun cuando en la práctica hay epicúreos, no existían en teoría; los más galantes sirven á la religión, como las mujeres, por punto de honor. En 1396, setecientos señores de Borgoña y de

Francia marchan á la cruzada; todos, excepto treinta y siete, mueren en Nicópolis, y Boucicault los llama benditos y felicísimos mártires. Acabáis de ver que la fiesta de Lila contribuye al voto solemne de combatir á los infieles. Aquí y allá abundan esparcidos rasgos que muestran la persistencia de la devoción primitiva.

En 1477, en una ciudad vecina, en Nuremberg, Martín Koetzel, peregrino en Palestina, cuenta el número de países que separan el Gólgota de la casa de Pilatos, á fin de construir á la vuelta siete estaciones y un calvario entre su casa y el cementerio de su ciudad: como se le perdiese la medida, vuelve á emprender su viaje, y esta vez hace que ejecute su obra el escultor Adán Kraft. En los Países Bajos, como en Alemania, los burgueses, gente seria, un poco torpe, encerrados en su vida comunal, apegados á los usos antiguos, conservan mejor todavía que los señores de las cortes las creencias y el fervor de la Edad Media. La literatura da de ello fe desde el momento en que toma un carácter original, es decir, después de la terminación del siglo XVIII; no suministra más que testimonios del espíritu práctico municipal y burgués y de íntima piedad: de una parte sentencias morales, pinturas de la vida doméstica, poemas históricos y políticos acerca de los acontecimientos recientes y verdaderos; por otra parte alabanzas líricas á la Virgen, poesías líricas y tiernas (1). En suma, el genio nacional, que es germánico, se inclina más bien hacia la fe que hacia la incredulidad. Por los *hollards* y los místicos de la Edad Media, por los iconoclastas y los innumerables mártires del siglo XVI, propende hacia las ideas protestantes. Entregados á sí mismos hubiesen incurrido, no como en Italia, en un renacimiento del paganismo, sino como en Alemania, en una recrudescencia del cristianismo. Por otra parte, el arte que mejor manifiesta las necesidades de la imaginación popular, la arquitectura queda gótica y cristiana hasta mediados del siglo XVI; las importaciones italianas y clásicas no influyen sobre ella; su estilo se complica y afemina, pero no se altera. Reina, no solamente en las iglesias, sino en los edificios laicos: en Brujas, en Lovaina, en Bruselas, en Lieja, en Oudenarde, las Casas Consistoriales muestran hasta qué punto era lo gótico, no sólo del gusto de los clérigos, sino de la nación: ésta le fué fiel hasta el fin. La casa de la ciudad de Oudenarde se comenzó siete años después de la muerte de Rafael. En 1536, bajo las manos de

(1) Horæ belgicæ.

una flamenca, Margarita de Austria, se concluye la iglesia de Brou; puede decirse que se abre la última y más delicada flor del arte gótico. Juntad todos estos indicios y considerad en los retratos del tiempo los personajes, donatarios, abades, burgomaestres (1), burgueses, matronas, tan graves y honestas, con sus trajes domingueros, su tela tan intachable, su aspecto como helado, su expresión de fe fija y profunda, y echaréis de ver que el renacimiento del siglo XVI se realiza en la esfera de la religión, que el hombre, aun embelleciendo la vida presente, no pierde de vista la vida futura, y que su invención pictórica manifiesta el cristianismo vivaz, en lugar de expresar, como en Italia, el paganismo restaurado.

Un renacimiento flamenco bajo las ideas cristianas, es aquí, en efecto, el doble carácter del arte bajo Huberto y Juan Van Eyck, Rogier Van der Weyden, Hemling y Quintín Masys, y de estos dos rayos se desprenden todos los demás. De una parte, los artistas se interesan por la vida real, sus figuras no son símbolos como las pinturas de los antiguos salterios, ni almas puras como las madonas de la escuela de Colonia, sino personajes vivientes y cuerpos. Se observa la anatomía, la perspectiva es exacta, los más insignificantes pormenores de telas, arquitectura, accesorios y paisajes están marcados, tienen relieve, y la escena entera se impone al ojo y al espíritu con una fuerza y solidez extraordinarias; los mayores maestros de las épocas futuras no irán más allá ni siquiera hasta aquí. Claro es que en este momento se descubre la naturaleza; cae la venda de los ojos y se comprende casi de repente todo lo exterior, sensible, sus proporciones, su estructura y su color. Es más, se le ama: considerad las magníficas capas hierático (1) de oro, bordadas de diamantes, las sedas brochadas, las diademas deslumbrantes y llenas de florones que ornan á sus personajes y á sus santos (2). Son las pompas de la corte de Borgoña; ved sus aguas transparentes y tranquilas, sus céspedes iluminados, sus flores rojas y blancas, sus árboles florecientes, sus lejanías bañadas por el sol, sus admirables personajes. Notad su colorido más fuerte y más rico que nunca, los tonos puros y

(1) Museos de Amberes, de Bruselas, de Brujas, y en general los trípticos, cuyos lados representan toda una familia de la época.

(1) *Dios padre* y la *Virgen*, por Huberto Van Eyck; la *Madona*, *Santa Bárbara* y *Santa Catalina* de Mambrig, *El enterramiento de Cristo*, de Quintín Masys.

(2) *San Cristóbal*, *El Bautismo de Jesucristo*, de Memling y de su escuela, *El cordero místico*, de Van Eyck, etc.

llenos colocados uno al lado del otro como en un tapiz persa y relacionados por su sola armonía, los soberbios toques de la púrpura de las copas, el azul de los pliegues de sus largas ropas, los verdes paños como una pradera de estío, penetrada por los rayos del sol, las faldas de oro, listadas de negro, la poderosa luz que calienta y bruñe toda la escena, forman un concierto en que cada instrumento da todo el sonido de que es capaz, tanto más justo cuanto es más brillante. Ven lo bello del mundo y hacen de él una fiesta real semejante á las de aquel tiempo, esclarecida por resplandeciente sol, no una Jerusalén celeste penetrada de una claridad sobrenatural, como las pinturas de Beato Angélico. Son flamencos y se quedan en la tierra; copian con minuciosa escrupulosidad lo real, todo lo real, los recamos de una armadura, los reflejos de una vidriera, los ramajes de un tapiz, los pelos de una piel (1), el cuerpo desnudo de una Eva y de un Adán, la faz enorme, arrugada y rozagante de un canónigo, el grueso cuello, la barbilla abultada, la nariz prominente de un burgomaestre ó de un hombre de armas, las piernas manchadas de un verdugo, la cabeza demasiado gruesa y los miembros demasiado delicados de un niño, los trajes y los muebles de un siglo. Por otra parte, es una glorificación de la fe cristiana. No solamente son religiosos casi todos los asuntos, sino que están llenos de un sentimiento religioso que en la edad siguiente faltará, aun en las mismas escenas. La mayor parte de sus cuadros más bellos no representan ningún acontecimiento real de la historia sagrada, sino una verdad de la fe, un sueño de la doctrina. Huberto Van Eyck concibió la pintura á la manera de Simón Memni ó de Tadeo Goddi, como una exposición de teología superior; sus figuras y sus accesorios tienen como á gala el ser reales, pero son también simbólicas. La catedral en que Rogier Van der Weyden representa los siete sacramentos, es á la vez una iglesia material y una iglesia mística; el Cristo sangra en su suplicio al mismo tiempo que el sacerdote dice la misa en el altar. La cámara ó el pórtico en que Juan Van Eyck y Membrig colocan de rodillas á sus santos, causa ilusión completa por sus pormenores y la finura de ellos; pero la Virgen en su trono y los ángeles que la coronan, muestran á los fieles que están en un mundo superior. Una simetría jerárquica agrupa á los

(1) *La Virgen con San Jorge*, de Juan Van Eyck; *El tríptico de Amberes*, de Q. Masys. *El Adán y Eva*, de H. Van Eyck, en Bruselas, y *Los Brugues de rodillas ante el Cordero místico*.

personajes y determina las actitudes. La mirada es fija y el rostro impasible en las obras de Huberto Van Eyck; es la eterna inmovilidad de la vida divina; en el cielo todo está cumplido, el tiempo no corre. Otras veces, en los cuadros de Membrig se observa placidez de la creencia absoluta, la paz del alma conservada en el claustro como en un bosque durmiente, la pureza inmaculada, la dulzura triste, la obediencia infinita á la verdad religiosa, que vive absorta en su sueño y cuyos grandes ojos abiertos miran sin ver. En suma, estas pinturas son cuadros de altar ó de oratorio; no hablan como las de las edades siguientes á los grandes señores que van á la iglesia por rutina y quieren encontrar hasta en las historias religiosas pompas paganas y torsos de luchadores; se dirigen á los fieles para sugerirles la figura del mundo sobrenatural ó las convicciones de la piedad íntima, para mostrarles la serenidad inmutable de los santos glorificados y la tierna humildad de las almas escogidas; Buysbroeck, Eckart, Fauler, Henri de Luzo, los teólogos místicos, que en Alemania, en el siglo xv, precedieron á Lutero, parecen venir de aquí. Espectáculo extraño y que no parece armonizarse con las pompas sensuales de la corte y las suntuosas entradas en las ciudades. Semejante contraste se observa entre el profundo sentimiento religioso de que dan testimonio las madonas de Alberto Durero y las magnificencias mundanas que revela su *Casa de Maximiliano*. Depende esto de que estamos en país germánico; el renacimiento de la prosperidad general y la emancipación del espíritu que es consecuencia de aquél, renuevan aquí el cristianismo, en lugar de hacerle decaer como en los países latinos.

II

Cuando se opera un gran cambio en la condición humana, este cambio produce gradualmente otro correspondiente á las concepciones humanas. Después del descubrimiento de las Indias y de América, después de la invención de la imprenta y de la multiplicación de libros, después de la restauración de la antigüedad clásica y de la reforma de Lutero, la idea que del mundo se tenía no podía permanecer monacal y mística. El sueño melancólico, delicado, del alma que suspira por la patria celeste y subordina humildemente su conducta á la autoridad de una iglesia á quien no discute, deja el puesto al libre

examen del espíritu, nutrido por multitud de ideas nuevas, y se extasía ante el espectáculo admirable de este mundo real que el hombre comenzaba á comprender y á conquistar. Las cámaras de retórica, que en un principio se componían de clérigos, pasan á manos de los laicos. Dichas cámaras habían predicado el pago del diezmo y la sumisión á la iglesia, regulaban el clero y combatían los abusos eclesiásticos. En 1533, nueve burgueses de Amsterdam son condenados á emprender una peregrinación á Roma, por haber representado ciertas obras satíricas. En 1539, en Gante, se propone como cuestión decidir cuáles son las gentes más tontas del mundo, y once cámaras de diez y nueve responden que los monjes. «Siempre—dice un contemporáneo—algunos pobres frailes ó monjas tomaban parte en la comedia; parecía que no era posible regocijarse sin burlarse de Dios y de la Iglesia». Felipe II decretó pena de muerte contra los autores y los actores, si las comedias no estaban debidamente autorizadas ó eran impías; pues á pesar de todo, se las representaba hasta en las aldeas. «Merced á la comedia—dice el mismo autor—la palabra de Dios penetra en un principio en estas comarcas; por esto ahora se las prohibe más severamente que los libros de Martín Lutero (1). Es evidente, que el espíritu se ha emancipado de la antigua tutela, y que pueblo, burguesía, artesanos, negociantes, todos comienzan á razonar por sí mismos acerca de los casos de la moral y la salud.

Al propio tiempo, la riqueza y prosperidad extraordinarias del país impulsan á todos hacia las costumbres pintorescas y sensuales; aquí, como en Inglaterra en la misma época, las pompas del renacimiento encubren una sorda fermentación protestante. Cuando Carlos V, en 1520, hizo su entrada en Amberes, Alberto Durero vió cuatrocientos arcos de triunfo de dos pisos, de cuarenta pies de largo cada uno, adornados con pinturas y sobre ellos había representaciones alegóricas. Las figurantas eran jóvenes, hijas de las principales familias burguesas, vestidas solamente con una ligera gasa, casi desnudas—dice el honesto artista alemán.—Pocas veces he visto mujeres tan bellas; las he mirado atenta y hasta brutalmente porque soy pintor». Las fiestas de las cámaras de retórica, llegaron á ser

(1) En 1539, Lovaina propone esta cuestión. ¿Cual es el consuelo más grande para el hombre moribundo? Todas las respuestas tienen cierto sabor luterano. La cámara de Wijnockberghe, que obtuvo el segundo premio, respondió, según la pura doctrina de la gracia: «La primera que Cristo y su espíritu nos ha dado, la segunda que Cristo y su espíritu nos dieron.»

magníficas; de ciudad á ciudad, de sociedad á sociedad hay verdaderos desafíos de lujo y de invenciones alegóricas. A propósito de la invitación de los *Violiers* de Amberes, catorce cámaras en 1562, envían sus «triunfos», y la cámara de la *Guirnalda de María*, en Bruselas obtiene el premio. «Porque—dice Van Metesen—eran próximamente unos trescientos cuarenta hombres, á caballo, todos vestidos de terciopelo y seda roja carmesí, con largas casacas polonesas bordadas de cordones de plata, con sombreros rojos, hechos por el modelo de los cascos antiguos; los jubones, plumajes y botas eran blancas. Llevaban cinturones de hilo de plata, primorosamente adornados de colores, amarillo, rojo, azul y blanco. Había siete carrozas construidas á la antigua, con diversos personajes conducidos en dichas carrozas. Iban además setenta y ocho carros comunes con antorchas, cubiertos de paños rojos adornados de blanco. Todos los conductores llevaban mantos rojos y en los carros iban diversos personajes, representando muchas bellas figuras antiguas que daban á entender, como se habían reunido para conversar amistosamente. *El Peón* de Malinas, preparó una cabalgata por el estilo: trescientos veinte hombres á caballo vestidos de encarnado con bordados de oro, siete carros antiguos llevando diversas figuras, diez y seis carrozas blasonadas y con juegos muy vistosos. Añadid otras doce procesiones, y contad las comedias, las pantomimas, los fuegos y los banquetes. «Hubo otros muchos semejantes festejos durante la paz en varias ciudades.»—«He tenido á bien referir estas cosas—dice Van Metesen—para mostrar la buena unión y la prosperidad del país en este tiempo. Después de la partida de Felipe II, en lugar de una corte, parecía que había ciento cincuenta.» Hacían los señores alardes de magnificencia, tenían mesa siempre servida y gastaban sin tino; en cierta ocasión, el príncipe de Orange, queriendo aligerar su servidumbre, despidió de una vez veintiocho cocineros jefes. Rebosaban las casas nobles de pajes, de gentileshombres, de lacayos; la savia del renacimiento desbordaba en locuras y excesos, como bajo Isabel, en Inglaterra, en trajes pomposos, cabalgatas, juegos y regalos. El conde de Brederode, bebió tanto en un banquete de San Martín, que estuvo á punto de morir; el hermano del *Rhingrave* murió de repente en la mesa, por haberse atracado de vino de Malvasía. Jamás había parecido tan hermosa ni tan bella la vida. Como en Florencia en el siglo precedente, bajo los Médicis, dejó de ser trágica; el

hombre, por decirlo así, se desentumece; las revueltas sangrientas, las guerras terribles de ciudad á ciudad y de corporación á corporación, se apaciguan; no se encuentra más que una sedición en Gante, en 1536 fácilmente reprimida, sin grande efusión de sangre, última y débil sacudida que no puede compararse en modo alguno, con las formidables insurrecciones del siglo xv. Margarita de Austria, María de Hungría, Margarita de Parma, las tres gobernantes, son populares; Carlos V es un príncipe nacional, habla flamenco, se envanece de ser de Gante, protege por medio de tratados las manufacturas y el comercio del país. Le cuida y le alimenta. Flandes, por su parte, contribuye, casi por mitad (1), á su presupuesto total; entre los ganados que forman sus pueblos, ella es la robusta vaca de leche, á la que se puede ordeñar incesantemente, sin agotarla. De esta suerte, mientras que el espíritu se abre, se dulcifica la temperatura que le rodea. Estas son las dos condiciones del nuevo impulso, que se ve brotar en las fiestas de las cámaras de retórica, representaciones clásicas semejantes al carnaval de Florencia, muy diferentes de las invenciones barrocas que tanto abundan en los banquetes de los duques de Borgoña; en efecto, en Amberes, en las cámaras de la *Violeta,* del *Olivo* y del *Pensamiento*—dice Guicciardini—se representan en público, entre los flamencos, comedias, tragedias y otras historias á imitación de los griegos y de los romanos». Las costumbres, las ideas y los gustos se han transformado: hay lugar para un nuevo arte.

Ya en la época precedente, se ven los signos precursores del cambio que se prepara. De Huberto Van Eyck á Quintín Masys disminuyen la grandeza y seriedad de la concepción religiosa. No se piensa en expresar toda la fe y toda la teología cristianas en un solo cuadro; se eligen escenas del Evangelio y de la historia, anunciaciones, adoraciones de pastores, juicios finales, martirios, leyendas morales. La pintura, épica en las manos de Huberto Van Eyck, se hace idílica en las de Memling y casi mundana en las de Quintín Masys. Se convierte después en patética interesante y graciosa. Las encantadoras santas, la bella Herodías, y la esbelta Salomé de Quintín Masys, son señoras lujosas y ya laicas. El artista gusta del mundo real por sí mismo y no lo reduce á representar el mundo sobrenatural; hace de él, no un medio, sino un fin. Las escenas de costumbres pro-

(1) Dos millones de escudos de oro, de cinco millones.

fanas se multiplican; pinta los burgueses en sus tiendas, sus pesadores de oro, figuras adelgazadas y finas, sonrisas de avaros y parejas enamoradas. Lucas de Leyden, su contemporáneo, es un antecesor de los pintores que llamamos pequeños flamencos: su *Cristo presentado,* su *Danza de la Magdalena,* no tienen de religioso más que el nombre: el personaje evangélico se pierde entre los accesorios; lo que verdaderamente representa el cuadro, es una fiesta flamenca en el campo ó un atropellamiento de flamencos en una playa. Al mismo tiempo, Jeromo Boosch pinta diabluras divertidas y cómicas. Es evidente que el arte cae del cielo á la tierra y va á tomar por objeto, no lo divino, sino lo humano. Por lo demás, ningún procedimiento ni proporción les falta; conocen la perspectiva y el empleo del aceite, tienen el modelado y el relieve; han estudiado los tipos reales; saben pintar los trajes, los accesorios, las arquitecturas, los paisajes, con una exactitud y de modo tan acabado, que sorprenden: la habilidad de sus manos es admirable. Tan sólo un defecto los retiene todavía en el arte hierático, la inmovilidad de sus figuras y los pliegues sin gracia de sus trajes. No les falta más que observar el juego rápido de la fisonomía y el movimiento fácil del vestido suelto; entonces el renacimiento será completo; el soplo del siglo está ya detrás de ellos é infla sus velas. Cuando se contemplan sus retratos, sus interiores, hasta sus personajes sagrados, el *Enterramiento* de Quintín Masys, nos sentimos tentados de decirles: «Vivís; vamos, un esfuerzo, moveos, salid de una vez de la Edad Media. Representad el hombre moderno que lleváis dentro de vosotros y que encontráis fuera; pintadle fuerte, arrogante, contento de vivir, olvidad la criatura delgada, ascética y pensativa que sueña en las capillas de Hemling. Si tomáis como pretexto para vuestro cuadro, historias religiosas, componedlo como los italianos de figuras activas y sanas; pero que estas figuras sean la obra de vuestro gusto nacional y personal; también vosotros tenéis vuestra alma, flamenca y no italiana; que se abra la flor, será hermosa á juzgar por el capullo». Cuando se miran las esculturas de aquel tiempo, la chimenea del palacio de Justicia, y la tumba de Carlos el Temerario, en Brujas, la iglesia y los monumentos funerarios de Brou, se ven los primores de un arte original y completo, menos escultural y menos puro que el de los italianos, pero más variado, más expresivo, más abandonado á la naturaleza, menos sometido á reglas, más vecino de lo real, más

capaz de manifestar la persona y el alma, lo saliente, lo imprevisto, las divinidades, los altos y los bajos de la educación, de la condición, del temperamento, de la edad, del individuo; en una palabra, un arte germánico que anuncia los sucesores lejanos de los Van Eyck los predecesores lejanos de Rubens.

Sin embargo no vinieron, ó por lo menos, cumplieron mal su misión. Es que un pueblo no vive solo en el mundo; al lado del renacimiento flamenco existe el renacimiento italiano, y el gran árbol perjudicó á la débil planta. Aquél florecía y medraba desde un siglo hacía; la literatura, las ideas, las obras maestras de la precoz Italia se imponían á la Europa más atrasada, y las ciudades de Flandes por su comercio, la dinastía de Austria por sus posesiones y sus negocios italianos, introducían en el Norte los gustos y los modelos de la nueva civilización. Hacia 1520, los pintores flamencos comienzan á tomar ejemplo de los artistas de Florencia y Roma. Juan de Mabure es el primero que en 1513, al volver de Italia, introduce en el estilo antiguo el estilo italiano, y los demás siguen. ¡Es tan natural cuando se avanza en un país inexplorado, tomar la vía que se encuentra ya formada! Pero este camino no está hecho para los que lo siguen, y la larga fila de carros flamencos va á retardarse y á atascarse en los carriles desproporcionados que otro convoy también de carros había ya marcado.

Dos son los rasgos principales del arte italiano, y ambos repugnan á la imaginación flamenca. De una parte, aquel arte tiene por centro el cuerpo humano, natural, sano, activo, vigoroso, dotado de todas las aptitudes atléticas, es decir, desnudo ó medio desnudo, francamente pagano, gozando en pleno sol libre y noblemente de sus miembros, de sus instintos, de todas sus facultades animales, como cualquier griego antiguo en su ciudad y en su palestra, ó como hemos visto á Cellini en las calles y en los caminos. Un flamenco no entra fácilmente en esta concepción. Es de un país frío y húmedo, y se hiela cuando está desnudo. El cuerpo humano no tiene aquí las bellas proporciones, las actitudes fáciles que el arte clásico reclama; es, por regla general, rechoncho y regordete; su carne es blanca, fofa, rojiza, y tiene necesidad de vestido. Cuando el pintor regresa de Roma y quiere continuar el arte italiano, cuanto le rodea es contrario á su educación; no renueva su sentimiento al contacto de la naturaleza viva; se ve reducido á sus recuerdos. Como que es de raza germánica, ó, en otros términos, tiene cierto fondo de hombría

de bien y aun de pudor; apenas si ha podido gustar de la idea pagana de la vida desnuda, y menos todavía comprender el pensamiento fatal y soberbio que gobierna la civilización y suscita las artes al otro lado de los Alpes, el pensamiento del individuo completo, soberano, libre de toda ley, subordinando todo lo demás, hombres y cosas, al desarrollo de su propia naturaleza y al acrecentamiento de sus facultades.

Nuestro pintor es pariente, á cierta distancia, de Martín Echœn y de Alberto Durero, burgués, dócil y regular, amante de lo *confortable* y de lo decente, inclinado á la vida interior y de familia. Su biógrafo Karl Van Mander, al frente de su libro le da instrucciones morales. Leed su tratado patriarcal (1) y sentid la distancia que separa un Rosso, un Julio Romano, un Ticiano, un Giorgion, de sus discípulos de Leyden ó de Amberes: «Todos los vicios, dice el flamenco, acarrean su castigo. Desmentid el proverbio que pretende que el mejor pintor es el más desordenado. Son indignos del nombre de artistas los que hacen mala vida. Los pintores no deben jamás batirse ni querellarse. No es un buen arte más que el de *proporcionarse* el bien. Evitad en vuestra juventud hacer la corte á las mujeres. Guardaos de las mujeres ligeras que corrompen á muchos pintores. Reflexionad antes de ir á Roma, porque hay allí muchas ocasiones de tirar el dinero, y no se puede ganarlo. Dad gracias á Dios por sus dones.» Siguen á esto recomendaciones especiales acerca de los albergues, de las ropas y de las chinches en Italia. Es claro, que de tales discípulos, aun trabajando mucho, apenas si se logrará otra cosa que academias; cuando por sí mismos conciben al hombre, es vestido; cuando al ejemplo de sus maestros italianos quieren hacer un cuerpo desnudo, carecerá éste de libertad, no tendrá ni impulso, ni invención viva, y por lo mismo en todos sus cuadros, no se encuentra más que una imitación fría, pobre; su conciencia es pedantería; hacen servilmente y mal lo que del otro lado de los montes se hacía naturalmente y bien.

Por otra parte, el arte italiano, como el arte griego y en general todo arte clásico, simplifica para embellecer; elimina, borra, reduce el detalle; tal es su procedimiento para dar gran valor á los grandes rasgos; Miguel Angel y la bella escuela florentina, subordinan ó suprimen los accesorios, los paisajes,

(1) *Burckhardt, Die cultur der Renaissance in Italien.* Libro admirable, el más completo y el más filosófico que se ha escrito acerca del Renacimiento italiano.

los edificios, el traje; lo esencial para ellos es el tipo grandioso ó noble, la estructura anatómica ó muscular, el cuerpo desnudo ó sueltamente vestido, considerado en sí mismo, abstractamente por la diminución de las particularidades que constituyen al individuo y marcan su profesión, su educación, sus condiciones; es el hombre en general y no tal ó cual hombre lo que representan. Están los personajes en un mundo superior, porque son de un mundo que no existe; el carácter propio de su escena es la anulación del tiempo y del lugar en donde están. Nada más contrario que esto que acabamos de decir al genio germánico y flamenco que ve las cosas tales como son, enteras y complejas que ve en el hombre otro hombre, el contemporáneo, el burgués, el obrero, el campesino, que da á los accesorios del hombre una importancia tan grande como al hombre mismo, que ama no solamente la naturaleza humana, sino á toda la naturaleza animada ó inanimada, los ganados, los caballos, las plantas, los paisajes, el cielo y hasta el aire; que sus simpatías, le impiden despreciar cosa alguna, que su minuciosa mirada obliga á todo á que exprese algo. Se comprende que cuando intente someterse á una disciplina tan contraria, perderá las cualidades que tiene, sin adquirir aquellas de que carece, que por alzarse hasta el mundo ideal, amortiguará su color, borrará los pormenores verdaderos de interior y de traje, quitará á sus figuras la irregularidad original que es lo propio en el retrato y en la persona, se sentirá guiado á moderar el gesto vivo que es lo saliente de la naturaleza en acción y que desordena la simetría ideal. Pero hará con pena todos estos sacrificios; su instinto no se plegará más que á medias bajo su educación; se encontrará reminiscencias flamencas en sus veleidades italianas, unas veces unos rasgos y otras otros predominarán aun en el mismo cuadro: ambos se estorbarán mutuamente para producir sus respectivos efectos; y esta pintura incierta, incompleta, atraída por dos tendencias diversas, proporcionará documentos á la historia, pero no obras al arte.

Tal es el espectáculo que llena en Flandes los tres últimos cuartos del siglo XVI, como un riachuelo que se junta con un ancho río, y al juntarse se enturbian las aguas, hasta que el río más grande impone á toda la nueva corriente la coloración más fuerte; así se ve el estilo nacional, invadido por el estilo italiano se va abigarrando irregularmente y por etapas, desaparecer por grados, no remontarse más que rara vez á la superficie y hundirse al fin en los

bajos fondos oscuros, mientras que el otro sale á la superficie y atrae todas las miradas. Es curioso seguir en los museos este conflicto de las dos corrientes y los extraños efectos que produce su mezcla. La primera ola italiana llega con Juan de Mabure, Bernardo Van Orley, Lamberto Lombardo, Juan Morlaert, Juan Schoreel, Lancelot, Blondel. Importan en sus cuadros arquitecturas clásicas, pilastras de mármol abigarrado, medallones, nichos en forma de concha, arcos de triunfo, cariátides, algunas veces también figuras nobles y fuertes, mujeres vestidas á la antigua, un cuerpo desnudo bien entendido, proporcionado de miembros, vivo, de bello impulso pagano y sano; á esto se reduce su imitación; por lo demás, siguen la tradición nacional. Sus cuadros son pequeños como conviene á asuntos de género; conservan casi siempre el fuerte y rico color de la edad precedente, las lejanías montañosas y azuladas de Juan Van Eyck, los cielos claros y vagamente teñidos de esmeralda, en el horizonte, las soberbias telas adornadas de oro y pedrería, el relieve poderoso, la minuciosa exactitud de los detalles, las sólidas y honradas cabezas burguesas. Pero como no están contenidos por la gravedad hierática, caen, al querer emanciparse, en picarescas candideces y en burlescos disparates; los hijos de Job, aplastados por la caída de su palacio, se alborotan con gestos de monos y contorsiones de poseídos; en la otra hoja del tríptico, el diablo en el aire, caballero en un murciélago se dirige á una imagen de Dios semejante á la de los misales. Pies demasiado largos, manos ascéticas y rígidas hacen desproporcionado un cuerpo, por otra parte, de buenas proporciones. En una cena de Lamberto Lombardo se mezcla el orden de Vinci con las torpezas y vulgaridades flamencas. En un juicio final de Bernardo Van Orley, se introducen los diablos de Martín Schoen entre las perfecciones académicas de Rafael. En la generación siguiente, la magnitud de la inundación lo invade todo; Miguel Van Coxcyen, Keemskerk, Franz Floris, Martín de Vos, los Francken Van Mander, Spranger, Porbus el viejo, más tarde Goltzius, pareciéndose todos ellos á gentes que no hablasen más que italiano, aunque penosamente con mal acento y algunos barbarismos. El lienzo se agranda tomando las proporciones ordinarias de un cuadro de historia; la manera de pintar es menos sencilla; Karl Van Mander censura á sus contemporáneos por «cargar los pinceles», lo que en otro tiempo no hacían, y por practicar con exceso los empastes.

El colorido se amortigua y cada vez se hace más blancuzco, gredoso y pálido. Se lanzan con pasión al estudio de la anatomía de los cuerpos y de las musculaturas; se hace seco y duro el dibujo, y recuerda á la vez á los plateros contemporáneos de Polaiolo y á los discípulos exagerados de Miguel Angel; el pintor se apoya torpe ó violentamente sobre su ciencia, insiste para probar que sabe manejar el esqueleto y pintar el movimiento.

Encontráis Evas, Adanes, San Sebastianes, degollaciones de inocentes, Horacios Coclés que parecen desollados vivientes y grotescos; parece que quieren escaparse de la piel. Cuando son más moderados, y el pintor como Franz Floris, en su *Caída de los Angeles,* imita con discrección los buenos modelos clásicos, sus denuedos no son mucho más felices; el sentimiento de lo real y la barroca imaginación germánica invaden las formas ideales; demonios con cabezas de gato, de puerco, de pez, armados de trompas, de uñas, de crestas, soplando el fuego, conduciendo la comedia bestial y el sábado fantástico en medio del noble Olimpo: son como una bufonada de Teniers enclavada en un poema de Rafael. Otros, como Martín de Vos se elevan para hacer el gran cuadro religioso, figuras imitadas de la antigüedad, corazas, telas y clámimides, disposición que trata de ser regular, gestos que quieren ser nobles; pero estos artistas son en rigor, pintores de género, amantes de lo real y de los accesorios; á cada paso caen en sus tipos flamencos y en sus pormenores domésticos; parecen sus cuadros estampas grandes y coloreadas; serían mucho mejores, si fuesen más pequeños. Se ve en ellos al artista desviado, contrariado en su natural, su instinto aplicado al revés, un prosista nacido para narrar escenas de costumbres, y á quien pide el gusto público, epopeyas escritas en grandes versos alejandrinos. Una ola más, y estos restos del genio nacional perecerán completamente ahogados. Un pintor de familia noble, bien educado, instruído por un erudito, hombre de mundo y de corte, favorito de los grandes personajes italianos y españoles que dirigen los asuntos de los Países Bajos, Otto Verins, después de haber pasado siete años en Italia, introduce los puros y nobles tipos antiguos, el bello colorido veneciano los tonos diluídos y suavemente desvanecidos, las sombras penetradas de luz, la vaga púrpura de las carnes y de los follajes enrojecidos. Salvo el nombre, es italiano, nada tiene de su raza; apenas si de tarde en tarde, un fragmento

de vestido, una actitud franca de viejo encogido, le relaciona con su patria. Por lo demás nada le queda de ella al pintor. Dionisio Calvaert se establece en Boloña y forma escuela, rivaliza con los Carracchios, es el maestro de Guido; de modo que el arte flamenco parece conducido por sí propio como á suprimirse á sí mismo, en provecho de otro (1).

Y, sin embargo, subsiste por debajo del que le domina. El genio de un pueblo, aunque se pliegue bajo una influencia extranjera, acaba por enderezarse, porque si ésta es temporal, aquél es eterno; afecta á la carne y á la sangre, al aire y al sol, á la estructura y al grado de acción de los sentidos y del cerebro; existen en él fuegos vivos incesantemente renovados, presentes por todas partes que la admiración pasajera de una civilización superior, no puede destruir ni cohibir por completo. Se nota en la conservación de dos géneros que permanecen puros en medio de la alteración de los otros. Mabure, Mostaert, Van Orley, los dos Porbus, Guin Van Cleve, Antonis Moor, los dos Mierevelt, Paul Moreelse, hacen admirables retratos; á menudo en los trípticos, las figuras de los donatarios, colocadas en fila, forman contraste por su franca verdad, su seriedad inmóvil, la cándida profundidad de su expresión con la frialdad y el orden artificial del cuadro principal; el espectador se siente reanimado; en lugar de maniquíes, encuentra hombres. Por otra parte, se forma entonces la pintura de género, de paisaje y de interior. Después de Quintín Masys y de Lucas de Leyden, se la ve desarrollarse en Juan de Masys, Van Hemessen, los Breughel, Vinckebooms, los tres Valkemburg, Pedro Neefs, Pablo Bril, y, sobre todo, en multitud de grabadores y de ilustradores que reproducen en hojas volantes y en libros, las moralidades, las escenas de costumbres, las profesiones, las condiciones y los acontecimientos del día. Sin duda, durante largo tiempo permanece esta pintura fantástica y bufona, embrolla la naturaleza según el grado de la imaginación desarreglada, no conoce las verdaderas formas y el verdadero tinte de los árboles y de las montañas, hace aullar á los personajes y arroja entre los trajes del tiempo, monstruos grotescos semejantes á los que se pasean en las kermesses; pero todos estos intermediarios son naturales y la conducen insensi-

(1) Analogía entre este momento de la pintura flamenca y el estado de la literatura inglesa, después de la Restauración. En los dos casos un arte germánico quiso hacerse clásico; en los dos casos el contraste de la educación y de la naturaleza produce obras híbridas y múltiples abortos.

blemente á su estado final que es la inteligencia y el amor por la vida real tal y como los ojos la ven. Aquí, como en la pintura de retratos, la cadena es completa; el metal de todos sus anillos es nacional; por medio de los Breughel, Pablo Bril y Pedro Neefs, por Antonis Moor, los Porbus y los Mierevelt, reune aquélla á los maestros flamencos y holandeses del XVII. La rigidez de las antiguas figuras se hace flexible, el paisaje místico se convierte en real, y el tránsito de la edad divina á la edad humana se cumple. Este desarrollo espontáneo y regular, muestra que los instintos nacionales persisten bajo el imperio de la moda extranjera; viene una sacudida que los levanta, toman ascendiente y el arte se transforma con el gusto público. Está sacudida es el gran movimiento que comienza en 1572, la larga y terrible guerra de la Independencia, tan grandiosa en sus acontecimientos, tan fecunda en sus resultados como nuestra revolución francesa. Allí como en Francia, el mundo moral al renovarse ha renovado el mundo ideal; el arte flamenco y holandés del siglo XVII, como el arte y la literatura francesa del siglo XIX, es el contragolpe de una vasta tragedia representada durante treinta años al precio de millares de vidas. Pero aquí los cadalsos y las batallas, cortando en dos partes la nación, hicieron dos pueblos: católico uno y legitimista, la Bélgica; protestante el otro y republicano, la Holanda. Reunidos en uno sólo no hubieran poseído más que un espíritu; divididos y opuestos poseyeron dos. Amberes y Amsterdam tuvieron dos concepciones diferentes de la vida, por tanto, dos escuelas de pintura diferentes; la crisis política que desdobló el país, desdobló el arte.

III

Es preciso mirar de cerca la formación de Bélgica, para comprender el nacimiento de la escuela que lleva el nombre de Rubens (1). Antes de la guerra de la Independencia, las provincias del Mediodía parecían inclinarse hacia la reforma tanto como las provincias del Norte. En 1566, bandas de iconoclastas habían devastado las catedrales de Amberes, Gante, Tournay, y roto en todas partes, en las iglesias y en las abadías, las imágenes y los orna-

(1) Todo el mundo sabe que el nombre de Bélgica data de la Revolución francesa. Yo lo empleo aquí por más cómodo. La designación histórica es la de Países Bajos españoles para Bélgica, y Provincias unidas para Holanda.

mentos que creían idolátricos. En las cercanías de Gante, tropas de calvinistas, en número de diez mil, veinte mil, acudían á escuchar las predicaciones de Hermán Stricker. En torno de las hogueras, cantaban salmos, apedreaban algunas veces á los verdugos y libertaban á los condenados. Fué preciso decretar la pena de muerte á fin de reprimir las sátiras de las cámaras de retórica, y cuando el duque de Alba comenzó sus matanzas, todo el país tomó las armas. Pero no fué igual la resistencia en el Mediodía que en el Norte; en el Mediodía la sangre germánica, la raza independiente y protestante no estaba pura; una población mixta que habla francés, la de los walones, componía la mitad del número de sus habitantes. Por otra parte, el suelo era más rico y la vida más fácil; la energía, por consiguiente, era menor y más grande la sensualidad; estaba el hombre menos inclinado á sufrir y más dispuesto á gozar. En fin, casi todos los walones y las más grandes familias, relacionadas por su vida de corte, con las ideas cortesanas, eran católicas. Por esta razón, las provincias del Mediodía no combatieron con la obstinación indomable de las provincias del Norte. Nada hay aquí de semejante con los sitios de Maestricht de Alkmaar, de Harlem, de Leyden, en que las mujeres se hacían matar en la brecha. Después de la toma de Amberes por el duque de Parma, entraron las diez provincias en la obediencia y comenzaron una vida nueva. Los más orgullosos ciudadanos y los más fervientes calvinistas, habían muerto en las batallas, en los cadalsos ó se habían refugiado en el Norte en las siete provincias libres. Las cámaras de retórica habían sido proscriptas en masa. Al terminar la administración del duque de Alba, se calcula en sesenta mil las familias emigradas; después de la toma de Gante, partieron once mil habitantes; cuando la capitulación de Amberes se fueron á Londres cuatro mil tejedores.

Amberes perdió la mitad de sus habitantes; Gante y Brujas dos terceras partes; calles enteras quedaron vacías; en la principal, en Gante—dice un viajero inglés—los caballos pacían tranquilamente. Una gran operación quirúrgica había quitado á la nación cuanto los españoles llamaban su mala sangre; por lo menos, la que quedó era la más tranquila. Existe un gran fondo de debilidad en las razas germánicas; pensad en los regimientos alemanes exportados á América en el siglo XVIII y vendidos para morir por sus príncipes absolutos; una vez aceptado el soberano, se le es fiel; existiendo derechos escritos, se le juzga legítimo; existe en

ellos inclinación á respetar el orden establecido. Por otra parte, la presión íntima de una necesidad irremediable hacía su efecto; el hombre se acomoda á las cosas cuando reconoce que no le es dado cambiarlas; las porciones de su carácter que no pueden desarrollarse se atrofian, mientras que las otras se desarrollan á costa de las primeras. Hay momentos en la historia de las naciones en que éstas se parecen á Cristo transportado por Satanás á la cumbre de la montaña; se trata entonces de elegir entre la vida heroica y la vida cómoda. Aquí el tentador era Felipe II con sus ejércitos y sus verdugos; sometidos á la misma prueba, el pueblo del Norte y el del Mediodía decidieron diferentemente, según las diferencias de su composición y su carácter. Hecha la elección, las diferencias fueron aumentando, exageradas por el efecto de la situación que habían producido. Los dos pueblos eran dos variedades casi idénticas de una misma especie, pero llegaron á constituir dos especies distintas. Hay diferencia en los tipos morales como en los tipos orgánicos. En su origen salen del tronco común; mas, primero se desunen, después se apartan y hacen diferentes.

Más adelante, las provincias del Mediodía constituyen la Bélgica. Lo que se ve dominar en ella es la necesidad de paz y de bienestar; la disposición á tomar la vida por el lado agradable y jovial, en una palabra, el espíritu de Teniers. En un rastrojo desolado, en un albergue desnudo, en un banco de madera, se puede reir, cantar, fumar una buena pipa ó beber un buen vaso. No es desagradable asistir á misa, que es una bella ceremonia, ni contar los pecados á un jesuíta tolerante. Después de la toma de Amberes, Felipe II sabe con satisfacción que las comuniones han aumentado.

Por veintenas se fundan conventos. «Cosa es digna de notarse—dice un contemporáneo — que después del feliz arribo de los archiduques se hayan hecho aquí más nuevas fundaciones que en los doscientos años anteriores.» Recoletos, Carmelitas reformados, Mínimos de San Francisco de Paula, Jesuítas sobre todo; éstos, en efecto, tienen un cristianismo nuevo, el más adecuado al estado del país y que parece apropiado exprofeso para formar contraste con los protestantes. Sed dóciles de espíritu y de corazón, sobre todo indulgencia y tolerancia. Es preciso ver los retratos del tiempo, entre otros, el del alegre confesor de Rubens. La casuística aparece y sirve para las cosas difíciles; bajo su imperio, todos los pecadillos corrien-

tes son cosa fácil. El culto pierde su gravedad y acaba por ser divertido. En esta época la decoración interior de las viejas y graves catedrales se hace mundana y sensual; múltiples y complicados ornamentos, llamas, lirios, hojas, revestimientos de mármoles veteados, altares que parecen fachadas de ópera, púlpitos barrocos y diversos, adornados con profusión de animales esculpidos. En cuanto á las nuevas iglesias, el exterior corresponde al interior; en este sentido, la de los jesuítas, construida en Amberes en los comienzos del siglo XVII es instructiva: es un salón lleno de pisos. Rubens decoró los treinta y seis camarines; es curioso ver cómo una religión ascética y mística acepta igual que si fuesen asuntos edificantes las más florecientes y exuberantes desnudeces, las robustas Magdalenas, los carnosos San Sebastianes, las Madonas que el mago negro devora con la codicia de sus ojos, una profusión de carnes y de vestidos que el carnaval florentino no igualaba ni en provocaciones lujuriosas ni en triunfante sensualidad.

El estado político transformado contribuyó también á la transformación de los espíritus. El antiguo despotismo se debilita: á los rigores del duque de Alba, suceden los miramientos del duque de Parma. Después de una amputación, cuando se ha sacado al enfermo gran cantidad de sangre, es preciso tratarle con calmantes y tónicos; por esta razón, después de la pacificación, los españoles dejan dormir los edictos terribles que habían promulgado contra la herejía. No más suplicios: el último martirio es el de una pobre sirviente enterrada viva en 1591. En el siglo siguiente Jordaens pudo hacerse protestante con su mujer y la familia de su mujer, sin ser inquietado y sin perder siquiera sus títulos. Los archiduques dejaban á las corporaciones que se administrasen según el uso antiguo, y que arreglasen sus asuntos. Cuando querían obtener una exención de guardia ó de alcabala á favor de Breughel de Rebours, dirigían sus instancias al común. El gobierno era ya regular, semiliberal, casi nacional; no hay ya exterminios, ni *razzias*, ni brutalidades á la española. Al fin, para conservar el país Felipe II se ve forzado á dejarle flamenco, haciendo de él un Estado aparte. En 1599 lo separa de España, y lo cede en absoluta propiedad á los archiduques Alberto é Isabel. «No han hecho nunca los españoles cosa mejor, escribía el embajador de Francia; era imposible que se mantuviesen en el país sin darle esta nueva forma, sin la cual todo se hubiera revuelto.» Los Estados

generales se reunen en 1600 y deciden varias reformas. Por Guicciardini y otros viajeros se ve que la vieja Constitución sale casi intacta de los escombros en que las violencias militares la habían enterrado. «En Brujas, escribe en 1653 M. de Monsourys, cada gremio hace una casa, donde los de una misma profesión se reunen para los asuntos de su comunidad, ó para divertirse; todos los oficios se distribuyen en cuatro partes, que están bajo la dirección de los burgomaestres, los cuales tienen las llaves de la ciudad; la jurisdicción del gobernador no alcanza más que á los hombres de guerra. Los archiduques tienen cordura y piensan en el bien público.»

En 1609, hacen las paces con Holanda; en 1611, con el edicto perpetuo, consiguen la separación del país. Son ó se hacen populares. Isabel abate con su propia mano, en la plaza de Sablón el pájaro del gran juramento de los ballesteros. Alberto asiste en Lovaina á las clases de Justo Lipsio. Aman, acogen y se rodean de los artistas célebres, Otto Venius, Rubens, Teniers, Breughel de Velours. Vuelven á florecer las cámaras de retórica y son protegidas las universidades. En el círculo católico y bajo la mano de los jesuítas, brota una especie de renacimiento del espíritu, teólogos, controversistas, casuistas, eruditos, geógrafos, médicos, hasta historiadores: Mercator, Ortelius, Van Helmont, Jansenius, Justo Lipsio son flamencos de esta época. *La Descripción de Flandes* por Sander, obra enorme acabada al precio de tantas penas, es un monumento de celo nacional y de orgullo patriótico. En suma si queremos representarnos al estado del país, no tenemos más que considerar actualmente el estado de una de sus ciudades tranquilas y privada de sus privilegios, Brujas por ejemplo. Sir Dudley Carleton, pasando por Amberes en 1616, la encontró muy bella aunque casi vacía. Jamás vió «cuarenta personas, en toda una calle», ni un coche, ni un hombre á caballo, ni un comprador en una tienda. Pero las casas estan bien arregladas, todo es decente y cuidado. El campesino ha vuelto á construir su hogar incendiado, el buen orden ha entrado en su vivienda; la seguridad existe y va á comenzar la abundancia; hay ejercicios de tiro, procesiones, kermesses y soberbias entradas de príncipes. Se disfruta del antiguo bienestar, y no se aspira á más; se deja á la religión en las manos de la Iglesia y el gobierno en las manos del príncipe; aquí, como en Venecia, el curso de los acontecimientos ha reducido al hombre á la busca del placer, y con tanta más fuerza se lanza hacia él,

cuanto más fuerte es el contraste con las miserias anteriores.

En efecto; ¡qué contraste! Para apreciarlo es menester haber leído los pormenores de la guerra. Cincuenta mil mártires perecieron en tiempo de Carlos V; diez y ocho mil personas habían sido condenadas al suplicio por el duque de Alba, el país sublevado había soportado trece años de guerra. Los españoles sólo por el hambre logran reconquistar las grandes ciudades, después de largos sitios. Amberes fué saqueada durante tres días; siete mil burgueses murieron y ardieron quinientas casas. Vivía el soldado sobre el país y se le ve en los grabados del tiempo, rebuscando en las casas, torturando al marido, ultrajando á la mujer y llevándose en carretas los cofres y los muebles. Cuando faltaba la paga se acantonaban en una ciudad y la convertían en república de brigantes, bajo un jefe por ellos elegido merodeaban por los alrededores. Karl Van Mander, el historiador de los pintores, al volver un día de su pueblo, encuentra su casa saqueada; los soldados se habían apoderado hasta de las mantas y sábanas del anciano padre de Van Mander. Desnudaron á Karl y ya le habían echado un lazo al cuello para colgarle, cuando fué salvado por un caballero á quien había conocido en Italia. Otra vez yendo de camino con su mujer y su hijo de corta edad, le robaron el dinero, los bagajes, los vestidos de él y de su mujer y hasta los pañales del niño. A la mujer no la dejaron más que una sayuela, un paño para el niño y para Karl un trozo de tela vieja, en la cual hubo de envolverse; en esta forma llegó á Brujas.

Con este régimen se aniquila un país; los mismos soldados perecían de hambre y el duque de Parma escribía á Felipe II, diciéndole «que si no envía algo, el ejército está perdido», porque no se puede vivir sin comer. Al salir de tales calamidades, la paz parece un paraíso; no es el bien lo que regocija al hombre, es lo mejor, y aquí lo mejor es enorme. Se puede, en fin, dormir en el lecho, reunir provisiones, gozar del trabajo, viajar, reunirse, conversar sin temor, tener una casa, una patria; el porvenir se abre. Todas las acciones de la vida toman un atractivo y un interés; se revive, mejor dicho, parece que se vive por la primera vez. En semejantes circunstancias es cuando se producen siempre las literaturas espontáneas ó las artes originales. La grande sacudida que se acaba de sufrir, hace caer el barniz uniforme que la tradición y la costumbre extendían sobre las cosas. Se descubre el hombre, se recogen los datos esenciales de su naturaleza renovada y

transformada: se ve su fondo, sus instintos íntimos, los poderes directores que denotan su raza y van á dirigir su historia; pero entonces la frescura de las cosas es completa. El espíritu está delante de ellas como Adán en su primer despertar; más tarde la concepción irá refinándose y debilitándose: en este momento es amplia y simple. El hombre es capaz de ella, porque ha nacido en una sociedad vacilante y ha sido educado en la escuela de las verdaderas tragedias. Como Víctor Hugo y Jorge Sand, Rubens en su infancia, en el destierro, al lado de su padre aprisionado, ha percibido en él y en derredor de él, los estruendos de una tempestad y de un naufragio. Después de la generación activa que ha sufrido y ha creado viene la generación poética que escribe, pinta ó esculpe. Expresa y amplifica las energías y los deseos del mundo fundado por sus padres. El arte va á glorificar en tipos heroicos los instintos sensuales, la gruesa y grande alegría, la energía ruda de las almas cercanas, y encontrar el Olimpo de Rubens en el albergue de Teniers.

Entre estos pintores hay uno que parece eclipsar á todos los otros; en efecto, en la historia del arte, ningún nombre es más grande y no hay más que tres ó cuatro tan grandes como él. Pero Rubens, no es en modo alguno un genio aislado; y el número como la semejanza de los talentos que le rodean, muestran que el florecimiento de que es él el más bello producto es fruto de su nación y de su tiempo. Antes de él, Adán Van Noort, su maestro (1) y el maestro de Jordaens; en torno suyo, sus contemporáneos, educados en otros talleres, y cuya invención es tan espontánea como la suya, Jordaens, Crayer, Gerad Zeghers, Rombouts, Abraham Jansens, Von Roose. Después de él, sus discípulos Von Thulden, Diepenbecke, Van den Hoecke, Corneille Schut, Boyermans, Van Dyck, el más grande de todos, Juan Van Oost de Brujas; á su lado grandes pintores de animales, de flores y de accesorios, Synders, Juan Fit, el jesuíta Seghers y toda una escuela de grabadores célebres, Soutman, Vorsterman, Bolwert, Pontius, Vischer: la misma savia hace vegetar todas las ramas, las pequeñas y las grandes; añadid á esto las simpatías que los rodean y la admiración nacional. Claro es que un arte tal es el efecto no de un accidente individual, sino de un general desarrollo; y la certidumbre llega á ser com-

(1) Ved el admirable pecado milagroso de Van Noort, en Santiago de Amberes (si es que efectivamente pertenece á Van Noort).

pleta, cuando, considerando la obra en sí misma, se notan las concordancias que la relacionan con su medio.

De una parte toma ó sigue las tradiciones de Italia, y resulta á un mismo tiempo católica y pagana: es dirigida por las iglesias y los conventos, representa escenas de la Biblia y del Evangelio; el asunto es edificante y el grabador pone voluntariamente al pie sentencias piadosas ó consideraciones morales. Sin embargo, en rigor no tiene de cristiano más que el título; todo sentimiento místico ó ascético es excluido: sus Madonas, sus mártires, sus confesores, sus Cristos, sus apóstoles, sus soberbios cuerpos florecientes limitados á la vida presente; su paraíso es un Olimpo de dioses flamantes, bien nutridos, que tienen placer en remover sus miembros. Todo es aquí grande, vigoroso, carnoso, contento; todo se expone magnífica y gallardamente, como en una fiesta nacional ó en una entrada de príncipes. Sin duda la Iglesia bautiza de un modo conveniente esta última flor de la vieja mitología, pero esto no es más que un bautismo, y á veces este mismo falta. Los Apolos, los Júpiter, los Castor y Pollux, las Venus, todos los antiguos dioses reviven bajo su nombre verdadero en los palacios de los reyes y de los grandes, de los cuales palacios vienen á ser decoración. Es que aquí, como en Italia, la religión consiste en ritos; Rubens va todas las mañanas á misa y da un cuadro para obtener indulgencias; después de esto, entra en su poético sentimiento de la vida natural y pinta con el mismo estilo una Magdalena exuberante y una sirena. Bajo el aparente barniz católico, las costumbres, la práctica, el corazón, el espíritu, todo es pagano. Por otra parte, este arte es verdaderamente flamenco; todo él arranca de una idea madre que es al mismo tiempo nacional y nueva; es armonioso, espontáneo, original, en esto se distingue del precedente, que no era más que una mezcla discordante. De Grecia á Florencia, de Florencia á Venecia, de Venecia á Amberes se pueden seguir todos los grados de la transición.

La concepción del hombre y de la vida va perdiendo en nobleza y ganando en amplitud. Rubens es á Ticiano lo que Ticiano es á Rafael y lo que Rafael es á Phidias. Jamás la simpatía del artista se ha apoderado de la naturaleza con un tan franco y tan universal abrazo. Los antiguos límites, ya muchas veces rechazados, parecen arrancados para dejar paso á la carrera infinita. Ningún respeto á las conveniencias históricas; junta figuras alegóricas y figuras reales, cardenales y un

Mercurio desnudo. Ningún cuidado hacia las conveniencias morales. Conduce en el cielo ideal de la mitología y del Evangelio, figuras brutales ó malignas, una Magdalena que es una nodriza, una Ceres que desliza al oído de su vecina una chanza. Ningún temor á herir la sensibilidad física; va hasta el extremo de lo horrible, al través de la carne martirizada y á todos los sobresaltos de la agonía aulladora. Ningún temor á herir la delicadeza moral; hará de su Minerva una megera que sabe pelear, de su Judith una carnicera acostumbrada á degollar, de su Paris un burlador experto y un amador almibarado. Para traducir en palabras la idea que manifiestan á voces sus Juanes, sus Magdalenas, sus San Sebastianes, sus Gracias, sus Sirenas, todas sus Kermes, divinas ó humanas, ideales ó reales, cristianas ó paganas, serían precisas las palabras de Rubens. Para él todos los instintos de la naturaleza humana entran en la escena; se les había excluido de ella como groseros, él los presenta como verdaderos; en sus obras, como en las de la naturaleza, se encuentran las unas con las otras. Nada falta en él, sino las muy puras ó muy nobles; tiene bajo su mano toda la naturaleza humana, salvo las más altas cimas. Por esto su invención es la más vasta que se ha visto y comprende todos los tipos: cardenales italianos, emperadores romanos, señores contemporáneos, burgueses, campesinos, vaqueras, con las diversidades innumerables que el juego de las fuerzas naturales imprime á las criaturas y más de dos mil quinientos cuadros no bastan á agotarle.

Por lo mismo, en la representación del cuerpo, comprendió más profundamente que nadie el carácter esencial de la vida orgánica; en esto sobrepuja á los venecianos como éstos á los florentinos; mejor que ellos siente que la carne es una sustancia corriente en días de renovación continua; y tal es, en efecto, el cuerpo flamenco, linfático, sanguíneo, voraz, más fluido, más propenso á hacerse y deshacerse que aquéllos, cuya fibra seca y la sobriedad fundamental mantienen fijos los tejidos. Por esto nadie ha pintado los contrastes con más fuerte relieve ni manifestado tan visiblemente la destrucción y el florecimiento de la vida, tan pronto la muerte abotagada, flácida, verdadero fardo de anfiteatro, vacía de sangre y de sustancia, pálida, azulada, maltratada á causa del suplicio, con espumarajos de sangre en la boca, los ojos vidriosos, los pies y las manos terrosos, hinchados, deformados, porque la muerte los ha invadido antes que á lo demás;

tan pronto el frescor de las carnaciones vivas, el joven y bello atleta desarrollado y riente, la blanda suavidad del torso de un cuerpo bien nutrido; las tersas y purpúreas mejillas, el candor plácido de una muchachuela, cuyo pensamiento jamás ha acelerado la sangre ó humedecido los ojos, las nidadas de angelotes regordetes y de traviesos amorcillos; la delicadeza, los pliegues, el color rosado delicioso de la piel infantil que parece un pétalo de flor húmedo de rocío impregnado por la luz de la mañana.

Del mismo modo, en la representación de la acción y del alma ha sentido más vivamente que nadie el carácter esencial de la vida animal y moral; me refiero al movimiento instantáneo que las artes plásticas tienen el deber de recoger al vuelo. En esto hasta sobrepuja á los venecianos, como éstos á los florentinos. Nadie ha dado á sus figuras tal impulso, gesto tan impetuoso, una carrera tan abandonada y tan furiosa, una agitación y una tempestad tan universales de todos los músculos hinchados y torcidos por un solo esfuerzo. Sus personajes hablan; su mismo reposo está suspendido al borde de la acción; se comprende que acaban de hacer y que van á hacer. El presente en ellos está impregnado del pasado y el pasado de porvenir; no solamente todo su aspecto, sino toda su actitud, conspira á manifestar la ola corriente de su pensamiento, de su pasión, de todo su ser; se espera el grito interior de su convicción; se podrían decir las palabras que pronuncian; las más fugitivas y las más finas relaciones del sentimiento se encuentran en las obras de Rubens; en este sentido son un tesoro para el novelista y el psicólogo; ha notado las delicadezas fugitivas de la expresión moral tan bien como la blandura robusta de la pulpa sanguínea; nadie ha ido más allá en el conocimiento de la organización viva y del animal humano. Provisto de este sentimiento y de esta ciencia, ha podido, en conformidad con las esperanzas y con las necesidades de su noción renovada, amplificar los poderes que encontraba en torno suyo y en él mismo, todos aquellos que funden, entretienen ó manifiestan la vida desbordante ó triunfante; de una parte, los esqueletos gigantescos, las tallas y formas hercúleas, los músculos rojos y colosales, las cabezas hirsutas y truculentas, rebosando de jugo y de savia, la lujuriosa riqueza de la carne rosada y blanca; de otra parte, los instintos brutales que llevan á la criatura humana á las comilonas, á la borrachera, á la batalla, á la alegría, al furor salvaje del combatiente; la

enormidad del Sileno panzudo, la sensualidad del fauno, el abandono de la criatura hermosa sin conciencia y satisfecha de su pecado, la rudeza, la energía, la alegría franca, la candidez nativa, la serenidad fundamental del tipo del país.

Aumenta sus efectos por la ordenación que sabe darles y por los accesorios de que los rodea, la magnificencia de las lustrosas sedas, las túnicas bordadas y los brocados de oro, juntamente con los cuerpos desnudos, los trajes modernos y los ropajes antiguos, invención inexhausta de armaduras, de estandartes, de columnatas, de escaleras venecianas, de templos, de doseles, de navíos, de animales, de paisajes siempre nuevos y siempre grandiosos, como si por encima de la naturaleza tuviese él la llave de una naturaleza cien mil veces más rica y pudiese engrandecerla hasta lo infinito con sus manos de mago, sin que jamás este libre juego de su fantasía incurriese en lo disparatado, sino al contrario, con un tino tan certero y una prodigalidad tan natural, que sus obras, aun las más complicadas parecen un derramamiento irresistible de un cerebro demasiado lleno. Como un dios indio, aumenta su fecundidad á medida que crea nuevos mundos, y desde las incomparables púrpuras arrugadas y replegadas de sus túnicas hasta las nevadas blancuras de sus carnes ó los pálidos reflejos de sus rubias cabelleras, no hay un solo tono en sus lienzos que no esté perfectamente graduado y que no cause placer.

No hay más que un Rubens en Flandes, como no hay más que un Shakespeare en Inglaterra. Por grandes que sean los otros, les falta una porción de su genio; Croyer no tiene ni sus audacias ni sus excesos, pinta con aciertos deliciosos de colorido fresco y blando, la belleza tranquila, afectuosa y feliz (1); Jordaens no tuvo su grandeza real ni su fondo de poesía heroica, pinta con un colorido vinoso colosales gordinflones, multitudes compactas y plebeyos aporreados; Van Dyck no tiene, como él, el amor de la fuerza y de la vida, tomado en ellas mismas; más delicado, más caballeresco, nacido con un fondo de sensibilidad y de melancolía, elegiaco en sus cuadros de iglesia, aristocrático en sus retratos, pinta con un colorido menos brillante y más conmovedor, figuras nobles, tiernas, encantadoras, cuya alma generosa y pura tiene dulzuras y tristezas que su maestro no conocía (2). Su obra es el primer signo del

(1) Véanse: en Gante, su *Santa Rosalía;* en Brujas, su *Adoración de los pastores;* en Rennes, su *Lázaro.*

(2) Véanse principalmente sus cuadros de iglesia en Malinas y Amberes.

cambio que va á verificarse; desde 1660, es ya notable. La generación cuyas energías y esperanzas habían inspirado el gran sueño pictórico, íbase extinguiendo de hombre en hombre. La nación, que pudo enderezarse durante algún tiempo, volvía á caer. Los archiduques soberanos, mediante los cuales habían llegado á ser un Estado independiente, acabaron en 1633, y el país formó parte de las provincias españolas bajo un gobernador enviado de Madrid. El tratado de 1648 le cerró el Escalda, y acabó de arruinar su comercio. Luis XIV le desmembró y por tres veces le arrancó un pedazo. Durante treinta años la envuelven cuatro guerras sucesivas; amigos, enemigos, españoles, franceses, ingleses, holandeses, viven sobre ella; los tratados de 1715 hacen de los holandeses sus poseedores y los que la guarnecen. En este momento, convertida en austriaca, niega el subsidio; pero los decanos de los Estados son sometidos á prisión, y el principal de ellos, Anneessens, perece en el cadalso: es el último y débil eco de la gran voz de Astebaldo.

En adelante, el país es una simple provincia en que las gentes viven con miseria sin pensar más que en vivir. Al mismo tiempo, y por instantes, la imaginación nacional baja. La escuela de Rubens degenera; con Boyermans, Van Herp, Juan Erasmo Quellín, el segundo Van Oost, Deyster, Juan Van Osley, se ve desaparecer la originalidad y la energía, se debilita el colorido y se hace nimio, los tipos adelgazados tienden á la elegancia, las expresiones son sentimentales ó dulzonas; en los grandes lienzos, los personajes, en vez de cubrirlo todo, están como diseminados; los huecos se llenan con la arquitectura; la vena está gastada, se pinta por rutina y se imita á los *manieristas* de Italia. Algunos pasan al extranjero; Felipe de Champagne es director de la Academia de Bellas Artes en París, se hace francés de espíritu y de patria, y más adelante jansenista, espiritualista, pintor concienzudo y grave de almas reflexivas. Gerardo de Lairesse se hace discípulo de los italianos, clásico académico, pintor erudito de trajes y de semblanzas históricas ó mitológicas. La razón empuña el cetro de las artes; antes había tomado el de las costumbres. Dos cuadros del Museo de Gante, manifiestan á la vez esta alteración de la pintura y esta alteración del medio. Representan ambos entradas de príncipes, la una en 1666, la otra en 1717. La primera ofrece un bello tono rojizo, muestra los últimos hombres de la grande época, su prestancia caballeresca, su fuerte

estructura, su aptitud para la acción corporal, sus ricos trajes decorativos, sus caballos de grandes crines, nobles aquí, parientes de los señores de Van Dyck, allí, piqueros con coleto y coraza, parientes de los soldados de Walenstein, en una palabra, los últimos restos de la edad heroica y pintoresca. El segundo, de un tono frío y pálido, muestra gentes afeminadas, suavizadas, afrancesadas, con pelucas, gentileshombres que saben saludar, mujeres de mundo que piensan en su continencia, en una palabra, la importación de las costumbres de salón y de los buenos modales extranjeros. En los cincuenta años que separan al segundo del primero, el espíritu y el arte nacional han desaparecido.

III

Mientras que las provincias del Sur, sometidas y católicas, seguían en el arte la dirección italiana y representaban en el lienzo la epopeya mitológica del gran cuerpo heroico y desnudo, las provincias del Norte, haciéndose libres y protestantes, desarrollaban en otro sentido su vida y su arte. El clima es allí (provincias del Norte) muy lluvioso y muy frío, y, por consiguiente, la presencia del desnudo es más rara y menos simpática. La raza germánica se conserva fina, y, por consiguiente, el espíritu se muestra menos inclinado á gustar el arte clásico, tal como el Renacimiento italiano lo concibió. La vida es allí también más difícil, más trabajosa, más frugal, y, por consiguiente, el hombre se habituó al esfuerzo, al cálculo, al gobierno metódico de sí mismo, de suerte que le cuesta trabajo comprender el hermoso sueño de la vida sensual donde libremente aquél se desarrolla. Figurémonos al burgués holandés, que regresa á su hogar después de haber estado trabajando todo el día en el escritorio ó en el mostrador. Su casa no tiene más que cuartos pequeños, semejantes casi á los camarotes de un barco: trabajo costaría colocar en ellas los grandes cuadros que adornan las salas de los palacios italianos; de lo que tiene necesidad el dueño es de aseo y de *confort:* los tienen y le basta, de la decoración no se cuida.

Al decir de los embajadores venecianos (1), «son los flamencos gente tan moderada que no se ve en sus casas, ni aun en los de los más ricos, ni lujo ni pompa extraordinaria...» Apenas si necesitan de criados; no usan trajes de seda;

(1) Motley: *United Netherland*, IV, 551. Relación de Contarini, 1609.

poca plata, pocas tapicerías; el ajuar es sencillo y limitado. Guardan todos dentro de casa y fuera de ella, tanto en el vestir como en lo demás, la verdadera moderación de una modesta fortuna, sin que en ellos se vea nada de superfluo. Cuando el conde de Leicester fué á gobernarlos en nombre de Isabel, cuando Espinosa fué á tratar de la paz en nombre del rey de España, su magnificencia monárquica formó gran contraste con las costumbres del país y casi produjo escándalo. El jefe de la república, el héroe del siglo, Guillermo de Orange *el Taciturno,* llevaba un vestido tan viejo que hasta hubiese parecido raído en un estudiante: el jubón desabrochado y un chaleco de lana como el que usan los bateleros. En el siglo siguiente, el adversario de Luis XIV, el gran pensionario Juan de Witt, no tenía más que un criado, todo el mundo podía acercarse á él; imitaba á su glorioso predecesor que vivía del mismo modo y como compañero con los cerveceros y burgueses. Todavía, actualmente, se encuentra en las costumbres rastros bien marcados de la sobriedad antigua. Claro es que en semejantes caracteres apenas hay lugar para los instintos decorativos ó voluptuosos que establecieron en Europa el aparato señorial y hacen comprender la poesía pagana de los cuerpos bellos.

En efecto, los instintos contrarios á éstos son los que tenían verdadero ascendiente. Aligerada del contrapeso que le hacían las provincias del Mediodía, la Holanda, á fines del siglo XVI, se inclina de golpe y con una fuerza extraordinaria del lado á que su natural la impulsaba. Se ven aparecer entonces, con magnífico brillo, las facultades é inclinaciones primitivas; no nacen, se muestran. Ciento cincuenta años antes, los buenos observadores los habían señalado. El Papa Æneas Silvio (1), decía: «La Frisia es libre, vive con arreglo á sus costumbres, no soporta la obediencia á los extranjeros, no trata de dominar á los demás. El frisón no tiene dificultad en ofrecerse á la muerte con tal de obtener la libertad. Esta nación fiera y ejercitada en las armas, grande y robusta de cuerpo, de alma tranquila é intrépida, se gloría de ser libre, aunque Felipe, duque de Borgoña, se jacta de ser señor del país. Odian el orgullo feudal y militar, no toleran al hombre que intenta levantar su cabeza sobre los demás. Sus magistrados son anuales, elegidos por ellos, obligados á administrar con equidad la cosa pública. Castigan severamente la impudicia en sus mujeres. Repug-

(1) *Cosmografía,* pág. 421.

nan aceptar á los clérigos solteros, por temor de que no corrompan á alguna mujer casada, porque creen que la continencia es muy difícil y contra la naturaleza. Todas las concepciones germánicas del Estado, del matrimonio, de la religión, están allí en germen y anuncian el florecimiento final, que es el protestantismo y la república. Puestos á prueba por Felipe II, hicieron el sacrificio de sus vidas y haciendas. Un pueblecillo de mercaderes, perdido en un montón de lodo en el extremo de un imperio más vasto y más sujeto que el de Napoleón, resiste, subsiste, se yergue bajo el pie del coloso que intentaba aplastarle.

Sus sitios todos son admirables; los mercaderes, las mujeres, ayudadas por algunos centenares de soldados, detienen ante sus murallas arruinadas, un ejército completo, las mejores tropas de Europa, á los más ilustres generales, á los más sabios ingenieros; y aquel puñado de extenuados, después de haber comido durante cuatro ó seis meses, ratas, correas de cuero cocido, decide, antes que rendirse, salir en masa, con los enfermos en medio, para hacerse matar frente á los baluartes enemigos. Es preciso haber leído con detenimiento esta guerra para saber hasta qué punto pueden llegar la paciencia, la sangre fría y la energía del hombre (1). En el mar, un barco holandés prefiere ser volado antes que arriar el pabellón, y sus viajes de descubrimiento, de fundación y de conquista en Nueva Zembla, en la India, en el Brasil y en el estrecho de Magallanes, son tan hermosos como sus combates. Cuanto más se pide á la naturaleza humana más concede, sus facultades se exaltan en la obra y no se pueden calcular los límites de lo que logra hacer y de lo que llega á sufrir. En fin, en 1609, después de veintisiete años de guerra, España reconocía su independencia, y durante todo el siglo XVII representa en Europa uno de los principales papeles. Nadie logra someterlas, ni España durante una segunda guerra de veintisiete años, ni Cronwell, ni Carlos II, ni Inglaterra unida con Francia, ni el nuevo y formidable poder de Luis XIV; después de tres guerras verán á los embajadores de estas naciones acudir humilde é inútilmente á implorar á Gertrumduberg, y su gran pensionario Henisnis es uno de los tres potentados que por aquel tiempo gobiernan los destinos de Europa.

En el interior su gobierno es tan bueno como alto su rango exterior. Por primera vez en el mundo es li-

(1) Entre otros sucesos, la toma de Bois-le-Duc por Herangiere y sesenta y nueve voluntarios.

bre la conciencia y respetado el ciudadano en todos sus derechos. Su Estado es una sociedad de provincias voluntariamente unidas, que cada una mantiene por sí, con una perfección hasta entonces desconocida, la seguridad pública y la independencia de los individuos. «Todos aman la libertad—dice Parival en 1660.—No les está permitido ni reñir, ni golpear á nadie, y los sirvientes tienen tantos privilegios, que ni los mismos amos se atreven á pegarles.» Lleno de admiración, insiste muchas veces acerca de este maravilloso respeto hacia la persona humana. «No existe actualmente una provincia en todo el mundo que goce de tanta libertad como Holanda, con tan justa armonía, que los pequeños no pueden ser aporreados por los grandes, ni los pobres por los ricos y opulentos. Tan pronto como un señor conduce al país algunos siervos ó esclavos, quedan libres, y pierde aquél el dinero que ha gastado para comprarlos. Los habitantes de las villas, pagando lo que deben, son tan libres como los ciudadanos... Sobre todo, cada uno es rey en su casa, y es un crimen verdadero violentar á un duque en su domicilio.» Cada cual puede salir del país cuando le acomoda y con el dinero que quiere. Día y noche están seguros los caminos aun para el hombre que viaja solo. Se prohibe al amo retener á un criado contra su gusto.

Nadie es molestado por sus ideas religiosas. Libertad de hablar de todo, aun de los magistrados, y aun de hablar mal. Igualdad fundamental: los que desempeñan cargos deben hacerse amar más bien por su trato franco, que engreirse sobre los otros por su humor altanero. En tal nación, la prosperidad no podía faltar; cuando el hombre es á la vez enérgico y justo, todo lo demás le es dado por añadidura. Amsterdam no tenía más que 70.000 habitantes al comenzar la guerra de la Independencia; en 1618 cuenta con 300.000. Los embajadores venecianos escribían que á todas las horas del día el hormigueo de los habitantes parecía el de una feria; su extensión se triplica; cada pie cuadrado se paga á un ducado de oro. El campo vale tanto como la ciudad. En ninguna parte el campesino es tan rico ni tan hábil para sacar partido del suelo; una aldea posee 4.000 vacas; un buey pesa 2.000 libras; un arrendador ofrece su hija al príncipe Mauricio, con 100.000 florines de dote. En ninguna parte son tan perfectas la industria y las artes; telas, espejos, fábricas de refinado de azúcar, porcelanas, cacharros, ricas telas de satén, de seda y de brocado; manufacturas de hierro, de objetos

para embarcaciones. Suministra á Europa la mitad de su lujo y casi todos sus transportes. Mil navíos van á buscar las materias brutas en el Báltico; ochocientos se dedican á la pesca del arenque; grandes compañías tienen el monopolio del comercio con la India, la China y el Japón; Batavia es el centro de un imperio holandés. En este momento (1), Holanda es en los mares y el mundo lo que Inglaterra fué en tiempo de Napoleón. Tenía 100.000 marineros; podía armar en tiempo de guerra 2.000 navíos; cincuenta años más tarde, podía tener á raya las flotas unidas de Italia y de Inglaterra: de año en año se ve aumentar la gran corriente de sus prosperidades y sus éxitos.

Mas el manantial es aún más bello que la corriente, puesto que trae origen ésta del valor, de la razón, de la abnegación, de la voluntad y del genio. «Estos pueblos—dicen los embajadores venecianos—tan inclinados son á la industria y al trabajo, que no hay cosa tan difícil que ellos no consigan. Han nacido para trabajar y privarse, y todos trabajan, quiénes de una manera y quiénes de otra.» Producir mucho, consumir poco; de esta suerte se acrecienta la fortuna pública. Hasta los más pobres tienen en «sus pequeñas y humildes habitaciones» todas las cosas necesarias. Los más ricos evitan en sus grandes casas lo superfluo y lo ostentoso; nadie falta, nadie abusa, todo el mundo produce obra de sus manos ó de su espíritu. «Todo se aprovecha, dice Parival. Ni los que sacan las inmundicias del fondo de los canales dejan de ganar su medio escudo por día. Los niños mismos que están aprendiendo un oficio ganan casi desde el primer momento su pan. Tan enemigos son del desarreglo y de la ociosidad, que hay comarcas en que los magistrados hacen encausar á los vagos y á los que no dirigen bien sus negocios, siendo bastante que sus mujeres ó sus parientes se quejen á los magistrados. En estas comarcas se ven forzados á trabajar y á ganar su vida aun los que no quieren.» Los conventos han sido transformados en hospitales, en asilos, en casas de huérfanos, y los antiguos ociosos monjes nutren á los inválidos, á los viejos, á los viudos y á los hijos de los soldados y de los marinos que han perecido en la guerra.

El ejército es tan bueno, que un simple gendarme podría ser capitán en un ejército italiano, y que un capitán italiano no podría ser admitido como simple gendarme. Para la cultura y la instrucción, como para el arte de organizar y de gobernar,

(1) 609.

van dos siglos delante del resto de Europa. Apenas si entre ellos se encuentra un hombre, una mujer ó un niño que no sepan leer y escribir (1609). En cada ciudad hay una escuela pública. En una familia burguesa todos los hijos saben latín, y las hijas francés. Abundan las gentes que hablan y escriben muchas lenguas modernas. No es esta simple precaución, costumbre de aprovisionamiento, cálculo de utilidad; también sienten la dignidad de la ciencia. Leyden, á quien los Estados generales proponen una recompensa después de su heroica defensa, pide una universidad; á todo coste se hace que vayan allí los sabios más ilustres de Europa. Los Estados escriben y hacen escribir, por medio de Enrique IV, á Escalígero, pobre preceptor, para que vaya á honrar la ciudad con su presencia. No se le pide que dé lecciones; basta que vaya: conversará con los eruditos, los dirigirá y hará participar á la nación de la gloria de sus escritos. Bajo su régimen llega á ser Leyden la escuela más renombrada de Europa; tiene dos mil estudiantes; la filosofía, expulsada de Francia, se refugia allí; durante el siglo XVII Holanda es el primero de los países pensadores. Las ciencias positivas encuentran aquí su suelo natal y su patria prestada. Scalígero, Justo Lipsio, Saumaise, Meursius, los dos Heinsios, los dos Dousa, Marnix de Santa Aldegunda, Hugo Grotius, Snellius, enseñan erudición, derecho, física, matemáticas.

Los Elzevirs imprimen. Lindshoten y Merctor instruyen enseñando viajes y geografía; Hooft, Bor y Meteren escriben la historia de la nación. Jacobo Rast les da la poesía. La teología, que es la filosofía del tiempo, vuelve á tratar con Arminius y Gomar la cuestión de la gracia, y agita hasta en los pueblos más pequeños el espíritu de los aldeanos y de los burgueses. En fin, en 1619 el sínodo de Dordrecht es el concilio ecuménico de la Reforma. A esta primacía de la inteligencia especulativa añadid la del genio práctico; desde Barnevelt hasta Witt, desde el Taciturno hasta Guillermo III, desde Heemskerck, el almirante, hasta Tromps y Ruyter, una serie de hombres superiores conducen la guerra y los negocios. En estas circunstancias aparece el arte nacional. Todos los grandes pintores originales nacen en los treinta primeros años del siglo XVII, cuando se funda la Holanda, cuando han desaparecido los supremos peligros, cuando se asegura la victoria final, cuando el hombre, sintiendo las grandes cosas hechas por él, muestra á sus hijos la carrera abierta por su gran corazón y sus fuertes

manos. Aquí como en todas partes, el artista es el hijo del héroe. Las facultades que se han empleado en crear un mundo real desbordan, y una vez terminada esta obra se emplean en crear un mundo imaginario. El hombre ha hecho ya demasiado para retornar á la escuela. Delante de él, en derredor suyo, es su acción la que puebla el campo abierto á su vista; es aquélla tan gloriosa y fecunda, que puede admirarla y contemplarla; no subordina su pensamiento á un pensamiento extraño; lo que busca y descubre es su sentimiento propio; en él confía, le sigue hasta el fin; no imitar, sacarlo todo de sí mismo, inventar sin otro guía que las sordas preferencias de su sentido y de su corazón.

Consideremos este arte; manifiesta por medio de los colores y las formas todos los instintos que acaban de mostrarse en las acciones y en las obras. Mientras que las siete provincias del Norte y las diez provincias del Mediodía no habían formado más que una nación, no tuvieron más que una escuela. Engelbrecht, Lucas de Leyden, Juan Schoreel, el viejo Heemskerck, Corneille de Harlem, Bloemaert, Goltzius, pintan en el mismo estilo que sus contemporáneos de Brujas y de Amberes. No existe todavía escuela holandesa distinta, porque todavía no hay escuela belga distinta. En el momento en que comienza la guerra de la Independencia, los pintores del Norte trabajan por hacerse italianos, como los maestros del Mediodía. Mas á partir de 1600, todo cambia en la pintura como en lo demás. La savia nacional que fluye da el ascendiente á los instintos nacionales. Nada de desnudo: el cuerpo ideal, el bello animal humano que vive en pleno sol, la noble simetría de los miembros y de la apostura, el gran cuadro alegórico y mitológico no convienen al gusto germánico. Por otra parte, el calvinismo que impera los excluye de sus templos, y en este pueblo de trabajadores económicos y serios no se encuentra jamás la representación señorial, el epicureísmo libre y grandioso que en otras partes, en los palacios, en los bordados, en los muebles y libreas de lujo que requieren el cuadro general y pagano. Cuando Amelia de Solm quiere erigir un monumento de este estilo á la memoria de su marido el statuder Federico Enrique, se ve obligado á llamar al Orangesaal de los pintores flamencos Van Thulden y Jordaens. Para estas imaginaciones realistas y entre estas costumbres republicanas, en este país en que un zapatero puede llegar á ser vicealmirante, el personaje que más interesa es el ciuda-

dano, como hombre de carne y hueso, no vestido ó desnudo á la griega, sino con su traje y actitud ordinarios, tal magistrado que gobierna bien, tal oficial que se ha batido bravamente.

No hay más que un empleo para el estilo heroico: los grandes retratos que decoran las Casas Consistoriales y los establecimientos públicos, en conmemoración de los servicios prestados. Y en verdad se ve nacer aquí un género nuevo de pintura, el gran cuadro que comprende cinco, diez, veinte, treinta retratos en pie de tamaño natural, administradores de hospital, arcabuceros que van al tiro, síndicos reunidos al derredor de una mesa, oficiales que asisten á un banquete, profesores que demuestran en el anfiteatro, todos agrupados alrededor de una acción, conforme á su estado, figurados todos con los trajes, las armas, los estandartes, los accesorios y los pormenores de la vida real, verdadero cuadro de historia, el más instructivo y el más expresivo de todos donde Franz Hals, Rembrandt, Gowaert Flinck, Fernando Bol, Teodoro de Keyser, Juan Ravenstein han representado la edad heroica de su nación, en las cabezas sensatas, enérgicas, leales, que tienen la nobleza de la fuerza y de la conciencia, en el bello traje del Renacimiento, los mantos, las corazas de búfalos, los collares prolijamente trabajados, el justillo y la capa negros que rodean con su ceñidor y su brillo la sólida prestancia de los cuerpos resistentes y la expresión franca de las fisonomías, en las cuales el artista, tanto por la simplicidad de sus medios como por la sinceridad y el poder de su convicción, se colocan al nivel de sus héroes.

Tal es la pintura pública; queda la pintura privada, la que adorna las casas de los particulares, y que por sus dimensiones, como por sus asuntos, se acomoda á la condición y al carácter de sus compradores. No existe—dice Parival—tan pobre burgués que no esté bien provisto. «Un panadero paga seiscientos florines por una sola figura de Van der Meer de Delft. En esto y en el aseo y curiosidad del interior estriba su lujo; no se duelen del dinero que esto les cuesta ni del que gastan en la comida.» Aquí reaparece el instinto nacional, tal como se había imitado en la primera época en los Van Eyck, Quintín Masys, Lucas de Leyden. Y este instinto nacional es tan íntimo, tan vivo, que aun en Bélgica, al lado de la pintura mitológica y decorativa, causa en los Breughel y los Teniers el efecto de un riachuelo al lado de un río caudaloso. Lo que exige,

lo que provoca, es la representación del hombre real y de la vida real, tales como los ven los ojos, burgueses, campesinos, ganados, albergues, habitaciones, calles y paisajes. No hay necesidad de transformarlos para ennoblecerlos, les basta ser, para ser dignos de interés. La naturaleza por sí misma, cualquiera que sea, humana, animal, vegetal, inanimada, con sus irregularidades, sus trivialidades, sus lagunas, tiene razón de ser como es; cuando se la comprende se la ama y se goza con verla. El arte tiene por objeto no alterarla, sino interpretarla; á fuerza de simpatía la hace bella. Entendida así la pintura, puede representar la comadre que hila en su cocina, el carpintero que cepilla la tabla, el cirujano que cura el brazo de un labriego, la cocinera que espeta al ave en el asador, la rica dama á quien se le antoja lavar todos los interiores, desde la antesala hasta el salón, todos los tipos, desde el abotagado semblante del bebedor hasta el tranquilo sonreir de la almibarada damisela, todas las escenas de la vida elegante ó rústica, una partida de cartas en una sala tapizada de florones de oro, una francachela de campesinos en una sala desnuda, patinadores en un canal helado, vacas en el abrevadero, barcas en el mar y toda la infinita diversidad del cielo, terreno, agua, noche y día. Terburg, Metzú, Gerard Dov, Van der Meer de Delft, Adriano Brouwer, Schalkey, Franz Mieris, Juan Steen, Wouwermans, los dos Van Ostade, Wynants, Cuyp, Van der Neer, Ruysdael, Hobbema, Pablo Potter, Bakchuysen, los dos Van de Velde, Filipo de Koenig, Van der Heyden, ¡cuántos no podrían citarse! No hay escuela en que los talentos originales sean tan numerosos.

Cuando el arte tiene predominio, no una cima limitada, sino toda la ancha extensión de la vida, ofrece á cada espíritu un campo distinto; el ideal es estrecho y no se deja habitar más que por dos ó tres genios, lo real es inmenso y proporciona plazas para cincuenta talentos. Una apacible y feliz armonía se desprende de todas sus obras; se siente cierto reparo al contemplarlas; el alma del artista, como la de sus personajes, está en equilibrio; se debe estar bien y á gusto en su cuadro. Se ve que no imagina más allá; parece que está como sus figuras, contento de vivir; la naturaleza le parece buena; cuanto se propone añadirle se reduce al orden, un tono al lado de otro tono, un efecto de luz, la elección de las aptitudes; ante ella está el artista como un holandés feliz y casado delante de su mujer; la ama por costumbre del

corazón y por íntima concordancia; en cualquier ocasión, en un día de fiesta, por ejemplo, la mandará ponerse su traje encarnado en vez del traje azul. No se parece á nuestros pintores, observadores refinados, llenos, merced á los libros y á los periódicos, de filosofía ó de estética que pintan al campesino y al obrero, como al turco ó al árabe, es decir, á título de animal curioso y de ejemplar interesante; que elevan en sus paisajes, sus delicadezas, sus refinamientos y sus emociones de ciudadanos y poetas para depositar en ellos la vida sorda y el sueño silencioso. El artista flamenco es cándido. El exceso de vida cerebral ni le perjudica ni le excita; comparado con nosotros es un artesano; cuando entra en la pintura, no tiene más que intenciones pintorescas; se siente menos impresionado por el detalle inesperado y conmovedor que por los grandes rasgos generales y sencillos.

A causa de esto, su obra más sana y menos punzante se dirige á almas menos cultivadas y causa mayor placer. Entre todos estos pintores, dos solamente, Ruysdaël, por su fineza de alma y una superioridad de educación singulares, Rembrandt, sobre todo, por una estructura de ojo particular y un salvajismo extraordinario de genio, han impulsado más allá de su nación y de su siglo hasta los instintos comunes que unen las razas germánicas y conducen á los sentimientos modernos. Este último, coleccionador, solitario, arrastrado por el desarrollo de una facultad monstruosa, ha vivido como nuestro Balzac, á lo mágico y á lo visionario, en un mundo construido por sí mismo y del cual sólo él tenía la llave. Superior á todos los pintores por la delicadeza y la agudeza nativas de sus percepciones ópticas, ha comprendido y seguido en todas sus consecuencias esta verdad, á saber: que para el ojo toda la esencia de una cosa visible está en la *mancha*, que el más simple color es infinitamente complejo, que toda sensación visual es un producto de sus elementos y al mismo tiempo de lo que le rodea, que cada objeto en el campo visual no es más que una mancha modificada por otras manchas, y que, por lo tanto, el principal personaje de un cuadro es el aire coloreado, vibrante, interpuesto, en el cual las figuras están sumergidas como los pescados en el mar.

Ha hecho palpable este aire; en él ha mostrado la vida hormigueante y misteriosa; ha hecho entrar la luz en su país, luz débil y amarillenta como la de una lámpara en una cueva; ha sentido el doloroso combate que libra con la sombra, el desfallecimiento de los

rayos más raros que van á morir en las profundidades, los temblores de los reflejos que se aproximan en vano á las paredes relucientes, y toda esta población roja de las semi-tinieblas, que invisible á la mirada ordinaria, parece en sus cuadros y en sus estampas, un mundo submarino entrevisto al través del abismo de las aguas. Al salir de la oscuridad, la plena luz ha sido para sus ojos una lluvia deslumbrante; ha sentido como una inflamación de colores, como una iluminación mágica ó como un haz de dardos. Así es que ha encontrado en el mundo inanimado el más completo y expresivo drama, todos los contrastes, todos los conflictos, lo que hay de más conmovedor y más mortalmente lúgubre en la noche, lo que hay de más fugitivo y de más melancólico en la sombra ambigua, lo que hay de más violento é irresistible en la irrupción del día. Desde este punto de vista, ya no ha habido más que poner sobre el drama natural al drama humano; un teatro así construido, designa por sí mismo los personajes. Los griegos y los italianos no habían conocido del hombre y de la vida más que los impulsos más rectos y más altos: la flor sana que se abría en la luz. El, por el contrario, ha visto en ella el tronco, todo lo que se arrastra y se enmohece en la sombra, los abortos deformes y desmedrados, el pueblo oscuro de los pobres, la judería de Amsterdam, el populacho fangoso y lleno de sufrimientos de una gran ciudad y de un perverso chino, el mendigo patizambo, el viejo idiota é hinchado, el cráneo calvo del artesano envejecido, el pálido semblante del enfermo, toda la multitud de las pasiones malas y de las miserias horribles que pululan en nuestras civilizaciones como los gusanos en un árbol podrido.

Una vez en esta vida ha podido comprender la religión del dolor, el cristianismo verdadero, interpretar la Biblia, encontrar un Cristo eterno, presente actualmente como en otro tiempo tan vivo en un sótano ó en un albergue de Holanda como bajo el sol de Jerusalén, consolando y amando á los miserables, capaz solo de salvarlos porque es tan pobre y tan triste como ellos. El mismo, por natural contraste, ha sentido piedad; al lado de los otros que parecen pintores de aristocracia, es pueblo; por lo menos, es el más humano entre todos; sus simpatías más amplias abrazan la naturaleza más á fondo, ninguna miseria le repugna, ninguna necesidad de nobleza le anima, ninguna bajo fondo de la verdad se le oculta. Libre de toda trava y guiado por la sensibilidad excesiva de sus órganos, ha podido

representar en el hombre, no solamente el armazón general y el tipo abstracto que bastan al arte clásico, sino las particularidades y profundidades del individuo, las complicaciones infinitas é indefinibles de la persona moral, todo el conjunto móvil que concentra en un momento sobre un rostro la historia entera de un alma y que Shakespeare solamente ha visto con tan prodigiosa lucidez. En esto es él el más original de los artistas modernos, y forja uno de los extremos de la cadena de la cual fundieron los griegos el otro extremo; todos los otros maestros florentinos, venecianos, flamencos, están entre los dos, y cuando actualmente nuestra sensibilidad sobreexcitada, nuestra curiosidad encarnizada en la persecución de relaciones, nuestra rebusca implacable de lo verdadero, nuestra adivinación de las lontananzas y de los rocíos de la naturaleza humana, buscan los precursores y los maestros, es en él y en Shakespeare, más que en Balzac y Delacroix, donde podrían encontrarse.

Tal florecimiento es casi pasajero, porque la savia que lo produce se agota en su producción. Por el año 1667, después de los navales contratiempos de Inglaterra, ligeros indicios muestran la alteración naciente de las costumbres y los sentimientos que había suscitado el arte nacional. El bienestar es demasiado grande. Ya en 1660, Parival, hablando de su prosperidad, se extasía en todos sus capítulos; las compañías de las Grandes Indias dan á sus accionistas dividendos de 40 á 45 por 100. Los héroes se hacen burgueses. Parival nota en ellos, en primer término, la sed de ganancia. Por lo demás, odian los duelos y querellas, y dicen comúnmente que las gentes ricas no se baten. Quieren gozar, y las casas de los grandes, que los embajadores venecianos al comenzar el siglo encontraban tan sencillas y decoradas, se convierten en lujosas; en casa de los principales burgueses se encuentran tapicerías, cuadros costosos, vajillas de oro y de plata; los ricos interiores de Terburg y de Metzú, nos muestran la nueva elegancia, los trajes de seda pálida, los justillos de terciopelo, las alhajas, las perlas, las tinturas empapadas en oro, las altas chimeneas y las columnas de mármol. Cuando Luix XIV invade el país en 1672 no encuentra resistencia; han descuidado el ejército; sus tropas se desbandan; sus ciudades se rinden al primer golpe; cuatro caballeros franceses toman á Muyden, que es la llave de las exclusas; los Estados generales imploran la paz en cualesquiera condiciones.

Al propio tiempo, el sentimiento

nacional se debilita en las artes. Rembrandt, en 1669, muere pobre casi; el nuevo lujo toma sus modelos del extranjero: de Francia y de Italia. Ya durante la buena época, múchos pintores habían ido á Roma para pintar figurines y paisajes, y Juan Both, Berghem, Kare Dujardin, otros veinte, le mismo Wouwermans, formaban al lado de la escuela nacional una escuela italiana. Pero esta escuela era espontánea y natural; entre las montañas, las ruinas, las fábricas y los andrajos ultramontanos, la blancura vaporosa del aire, la honradez de las figuras, la blandura de las carnaciones, la alegría y el bello honor del pintor marcan la persistencia y la libertad del instinto holandés. Por el contrario, en este momento este instinto se debilita bajo la invasión de la moda; sobre el Kaisergracht y sobre el Heezegracht se elevan grandes hoteles estilo Luis XIV y el pintor flamenco que fundó la escuela académica, Gerard de Lacresse, los decora con doctas alegorías y mitologías híbridas. Es cierto que el arte nacional no cede de un golpe el imperio; se prolonga por medio de una serie de obras maestras hasta los primeros años del siglo XVIII; al mismo tiempo el sentimiento nacional, sublevado por la humillación y el peligro, provoca una revolución popular, sacrificios heroicos, inundación del país, y todos los éxitos que siguen á estas hazañas. Pero estos mismos éxitos acaban por arruinar la energía y el entusiasmo que este movimiento retrospectivo acababa de producir.

Durante toda la guerra de sucesión de España, la Holanda, cuyo Statuder llega á ser rey de Inglaterra, es sacrificada á su aliada; después del tratado de 1713, pierde la primacía marítima, queda en segunda fila y más atrás después; bien pronto el gran Federico dice que va á remolque de Inglaterra como una chalupa remolcada por un navío de línea. Francia la atropella durante la guerra de sucesión de Austria; más tarde Inglaterra le impone el derecho de visita y le arrebata la costa de Coromandel. Al fin, Prusia destruye el partido republicano y restablece el statuderato. Como todas las débiles, es arrollada por las fuertes; después de 1719 es conquistada y reconquistada. Y, lo que es peor, se resigna y se amolda á ser una buena casa de comercio y de banca. Ya en 1723, su historiador, un refugiado, Juan Leclerc, se burlaba de los valientes mismos que durante la guerra de la Independencia se dejaban volar antes que arriar su pabellón (1). En 1732, otro his-

(1) Este buen capitán era de aquellos que mueren de temor de morir. Si Dios perdona

toriador declara que los holandeses no piensan más que en amontonar riquezas. Después de 1748 se deja decaer el ejército y la flota. En 1787 el duque de Brunswick somete el país casi sin esfuerzo. ¡Qué distancia entre estos sentimientos y los de los compañeros del Taciturno de Ruyter de Tromp! Por una concordancia admirable se ve que la invención pictórica acaba con la energía activa.

Diez años después del comienzo del siglo XVIII, todos los grandes pintores han muerto. Desde hace una generación la decadencia se manifiesta en el estilo más pobre, en la imaginación más limitada, en la minuciosidad más prolija en Fray Mieris Schalken y los demás. Uno de los últimos, Adriano Van der Werf, por su pintura fina y cuidada, por sus mitologías y desnudeces, por sus carnaciones de marfil, por su imitación impotente del estilo italiano, atestiguan que los holandeses han olvidado sus gustos nativos y su genio propio. Los sucesores se parecen á los hombres que quieren hablar y no tienen nada que decir; educados por maestros ó padres ilustres, Pedro Van der Werf, Enrique Van Limborch, Felipe Van Dyck, Mierys, hijo, Mieris, nieto, Nicolás Verkolie, Constantino Netscher, repiten la frase que han oído, pero como autómatas. El talento no sobrevive más que en los pintores de accesorios y de flores; Jackes de Wit, Rachel Ruysch, Van Huysum, en un género pequeño que exije menor invención y que dura algunos años todavía, semejante á una siembra tenaz en una tierra desecada en que han muerto todos los grandes árboles. Muere también él y el suelo queda vacío. Ultima prueba de la dependencia que tiene la originalidad individual en la vida social y hace que sean proporcionadas las facultades inventivas del artista á las energías activas de la nación.

H. TAINE.

á estas gentes, es como perdona á las gentes privadas de sentido.

EL SALÓN DEL BARÓN GÉRARD

¡Ay! Cerrado está ese salon, abierto desde hace cuarenta años á todas las eminencias, á todas las celebridades contemporáneas; ese modelo de hospitalidad artística; ese asilo donde los jóvenes de talento hallaban protección, ánimos, ejemplo; donde se había refugiado la conversación, en provecho de las personas de buena sociedad que aún la apetecen; donde cada miércoles había la suerte de encontrar lo que todavía queda de nuestras ilustraciones del Imperio y de la Restauración, junto á los jóvenes sectarios de nuestras escuelas modernas.

Era una cosa notable el ver presidida, digámoslo así, la reunión de nuestros talentos nacientes por los vivos retratos de nuestros grandes talentos muertos. En ese salón, *David,* pintado por él mismo, ocupaba el lugar del maestro en casa del discípulo. Ese retrato, dado por el autor á Gérard, fué el primer homenaje rendido á su juvenil gloria. El jefe de nuestra escuela francesa, después de crear y dirigir el talento de Gérard, sabía ya hasta qué punto ascendería y le saludaba de antemano.

Ducis, esa transición indispensable entre lo sublime griego de nuestro teatro francés y las viriles bellezas de Shakespeare; Ducis, á quien se le vituperaron las concesiones y hasta alteraciones sin las cuales no hubiera podido trasplantar á nuestra escena *Hamlet* y *Otelo,* esos dos papeles que han creado á nuestro mayor trágico; Ducis parecía animar con su benévola mirada y su noble sonrisa los pasos de sus felices imitadores en la carrera que fué el primero en abrirles.

Talma recordaba allí á todos cuantos buscan lo dramático en las obras

aquella profunda observación, aquella sublime melancolía, sin las cuales nunca se logran escalar las altas cimas del arte.

Canova demostraba allí á nuestros jóvenes estatuarios la posibilitud de conseguir la pureza y la gracia de los antiguos.

Madame Pasta parecía estar también allí para aplaudir los acentos de esta hermosa Julia Grisi que nos indemniza de su ausencia, y nos consolaría de nuestra mayor pérdida musical si la voz, el talento y la belleza bastasen para reemplazar ese fuego, ese genio del alma, que electrizaban á los admiradores de Desdémona Malibrán, al mismo tiempo que consumían la existencia de ella.

La *señorita Mars*, pintada también por Gérard en todo el esplendor de su belleza, gozaba allí de un doble triunfo: el de ser siempre admirada por los antiguos amigos de la casa, y el de que la encontrasen muy parecida los jóvenes recién admitidos.

El *barón de Humboldt* mostrábase allí como una prueba de nuestra estimación para la ciencia y de nuestra urbanidad con el extranjero talentudo.

El *Emperador*, representado en la edad de su gloria y antes de la de su poderío, reinaba en ese salón, rodeado por todas las inteligencias á quienes había protegido, por todos los talentos que había inspirado. Por eso veían en él su ídolo poetas, sabios, estatuarios, pintores, artistas, todos ellos, hasta el soldado veterano.

A falta de sus retratos, veíase en ese salón una obra de casi todos nuestros grandes maestros del día. Horacio Vernet, Gudin, Shnetz, Géricault, Robert, Picot, Vandaël, Bidault, etc., habían depositado allí la ofrenda que los verdaderos talentos del siglo presente se han apresurado siempre á tributar á los del siglo pasado; porque la conciencia de su propio mérito les libra de esa miserable ingratitud que insulta al genio moribundo ó muerto, para disimular lo que deben á sus lecciones, ó su impotencia para igualarlos.

La superioridad en un arte jamás había conducido á una posición más honrosa en lo que se llama la buena sociedad; porque si en todos tiempos han sido buscados por ella los artistas célebres, se contentaba con atraérselos, pero sin pensar en ser el ornato de los salones de aquéllos. Gérard es uno de los primeros en cuya casa han querido que se les admitiese los grandes personajes de todos los países, las ilustraciones de todos los géneros.

Al principio, el deseo y la necesidad de admirar sus obras maes-

tras inducían á solicitar la entrada en su estudio; pero cuando sus ocupaciones le permitían hacer los honores de éste, bien pronto su conversación distraía del placer de contemplar sus obras; parecía que su ingenio estuviera envidioso de su talento y le disputara los sufragios. Después de haber ido á visitar al gran pintor, queríase conocer al hombre de amena conversación y tener trato con la persona simpática.

Todo anunciaba en él una delicadeza de gusto y una oportunidad de orgullo que recordaban igualmente el mérito del simple particular y la nobleza del *príncipe de las artes*, nombre que sus enemigos le han dado sin presumir que la posteridad le conservaría este hermoso título.

Todo su lujo era para su taller, al cual había consagrado la mitad de su casa; érase allí anunciado, recibido é invitado á sentarse lo mismo que en un salón elegante. El artista parecía querer que todo se armonizase allí, lo noble de los asuntos y lo de los personajes pintados por él, con la austera riqueza del sitio donde los congregaba. La idea de unir á los prestigios del arte el de lo grandioso, sólo podía caber en la imaginación de un hombre convencido de la dignidad del talento.

Aún recuerdo el efecto que el aspecto de ese magnífico estudio produjo en el príncipe Pückler, cuando le llevé á él hace dos años. Ocupaba entonces el sitio de honor el cuadro de la *Batalla de Austerlitz*. Veíanse á un lado *Dafnis y Cloe* y al otro la *Peste de Marsella*, que acababa de concluir Gérard. ¡Tres composiciones tan diferentes entre sí y de un efecto tan pasmoso!

Cerca de esos grandes cuadros, el retrato del mariscal Soult parecía estar mandando un ejército; no hay soldado que al pasar por delante de su retrato no se hubiera llevado la mano al chacó.

Mientras el ingenioso extranjero se extasiaba con ese parecido y felicitaba á Gérard por su reputación europea, miraba yo á mi querido poeta M. de Lamartine; veíale sonreirme; sus ojos se animaban como si me fuese á confiar uno de sus pensamientos, que le llegan ya rimados desde el cielo. Estaba allí sentado, como ante el hogar de mi chimenea cuando viene á hablar de sus pesares con una madre que los comprende todos. Eran su misma actitud sencilla, sus nobles facciones, su gracia afectuosa; estaba yo bajo el encanto de su presencia; con la vista fija en ese magnífico retrato, admiraba aquella representación viva del genio de la poesía por el genio de la pintura, y enorgullecía-

me para mis adentros de ser amiga del pintor y del modelo.

El estudio donde por vez primera vi á Gérard, poco tiempo después del Terror, distaba mucho de la magnificencia del de ahora. El gobierno de entonces, en recompensa del prodigioso triunfo obtenido con el *Belisario* por Gérard, le había dado un cuchitril, más bien que una habitación, en los desvanes del Louvre. Era preciso subir tan arriba, atravesar por tantos cobertizos oscuros antes de llegar á él, que nos perdimos en un corredor donde se encontraban varias puertecitas enteramente iguales. El criado de la señora Cabarrús (1), con la cual iba yo, llamó en la primera; salió un viejecito con bata corta y una paleta en la mano, verdadera copia de *Dugazón* en el papel de *M. Fugère*. Nos indicó la puerta de Gérard, y entramos sin transición alguna, desde esos desvanes donde se guardan los trastos viejos del palacio de los reyes, en una salita amueblada y vestida á la antigua, donde los ojos clavábanse al punto en el hechicero cuadro del *Amor y Psiquis* y en varios retratos de mujeres, cuyas regulares facciones y vestiduras griegas (dejando á un lado la insipidez de lo clásico) acrecentaban la ilusión de tal manera, que podría imaginarse estar en el taller de Apeles.

Una mujer joven y chiquita, con grandes ojazos negros y una dentadura deslumbradora, se presentó á decirnos que Gérard no había vuelto aún de la Malmaisón, donde el primer cónsul le concedía la sesión última para hacer el retrato que había de presentarse en la próxima Exposición anual. La señora Gérard nos invitó á esperar á su marido; pues era ella, cuya cordial urbanidad comenzaba ya á hacerse notar, antes de que la apreciasen todos los asiduos concurrentes á su salón.

Nos dejó para reunirse con las personas á quienes había dejado en su gabinete. Y al volverme para saludarla, vi junto á una ventana una mujer joven copiando una cabeza de estudio.

Por lo sencillo de su vestido de muselina y su sombrerito de paja, por su aspecto á la inglesa, la tomé por una modesta discípula de Gérard, y me aproximé á ella con animo de felicitarla por la perfección de su copia; pero, después de mirarla con atención, un «no sé qué» me advirtió que era una mujer de la sociedad más elegante, y que mis elogios podrían parecerla indiscretos.

Sin embargo, á pesar de todo lo interesante de ver que había en aquel pequeño estudio, no podía

(1) Después la señora princesa de Chimay.

apartar los ojos de aquel rostro hechicero; se lo hice notar á la señora de Cabarrús; ésta conoció en seguida á la hija del M. de L. B***, casada con el conde de N***, más adelante duque de M***. Aquella encantadora persona trataba de consolarse, con el estudio de las artes, de la horrible muerte de su padre, á quien su merecida fama de ser el más rico, arrojado y generoso hombre de negocios de Francia, tenía que conducirle por necesidad al cadalso bajo el reinado de Robespierre.

Si hubiera yo nacido envidiosa, la señora de N*** me hubiese hecho morir de pena el oir elogiar de continuo su superioridad en todas las cosas que intentaba yo. Varios de sus amigos lo eran míos también; pero, á pesar de su indulgencia para conmigo, nunca dejaban de decirme: «¡Ah, quien merece oirse, cuando habla ó cuando ejecuta música, es la señora de N***! ¡Hay que ver bailar ó montar á caballo á la señora de N***! ¡Son tan superiores á los de todos los aficionados sus cuadros y sus obras!» En fin, los pocos talentos diseminados que se encontraban en la buena sociedad no les servían á ellos sino para exaltar aún más los que ella reunía en su persona.

El motivo de nuestra visita era el retrato en pie de la señora Bonaparte: quería ésta saber nuestra opinión acerca del parecido, y admiramos en silencio el arte con que Gérard la había rejuvenecido sin perjuicio de la semejanza; género de adulación que, si es grato á todas las mujeres, tenía más valor aún á los ojos de la futura emperatriz, pues iba un trono en que representara ó no su edad.

Junto á ese gran lienzo veíase el retrato de la señora Regnault de Saint-Jean-d'Angely, una de las primeras obras en que Gérard demostró su talento en manifestar la nobleza de las facciones y el candor de su rostro joven y bello. El retrato de la hermosa duquesa de Aiguillón no probaba menos la habidad del pintor en fijar la altiva expresión de una belleza seria que recordaba la de la antigua Juno.

Al ver el cuadro de la *Familia de Augusto,* recuerdo haber oído cuando estuvo en la Exposición anual: «¿Cómo es posible que un pintor algo instruído no haya vestido á la romana á ese mocito?—Quizá consista, señora—respondió un caballero que allí estaba—en que ese mocito es el hijo del joyero de Luis XVI.»—En efecto, engañada por las vendas rojas del tocado de la señora Augusto, por su túnica plegada á la romana, por la luz del cuadro, y aún más por el catálogo, donde había leído la *Familia de*

Augusto, la buena señora creía ver al ilustre amigo de Cinna en su interior doméstico.

Gérard nos sorprendió en medio de nuestro entusiasmo por sus cuadros; tuvo la delicadeza de aparentar que le halagaba, y, con este motivo, dió pruebas de una modestia que me pareció excesiva y poco sincera por consiguiente; defecto que, en vista de su escasez, pudiera pasar por una virtud. Después se lo he echado en cara.

—«Bien se ve—me contestó—que no lee V. las críticas con que me abruman. Tras de tales fallos, tan burlones ó tan injuriosos, ¿cómo puede uno creerse con talento?»

Estas palabras, dichas con todo el desaliento que inspira la injusticia, han producido con frecuencia en mi ánimo tristes reflexiones. «¡Cómo!—dije para mí;—cuarenta años de trabajos y de triunfos, nada pueden contra ese vértigo de insultar al genio, y, lo que es peor, nada pueden contra el dolor de verse calumniado así! Pues por más que se desprecie la mano que hiere, no por eso sangra menos la herida; y además, el verdadero talento tiene una propensión tan natural á despreciarse, que la lisonja es para él mucho menos peligrosa que la malevolencia. Gérard sacrificó el honor de ver admirar el retrato de Lamartine por el público imparcial ante el temor de que nuestro gran poeta compartiese con él los efectos de esa malquerencia, y con el deseo de evitar los ultrajes dispuestos á descargar contra los artistas que tuvieron la desgracia de conseguir triunfos durante el Imperio. Lo mismo ha sucedido con el de M. de Humboldt y con el cuadro de la *Peste de Marsella,* una de las más hermosas composiciones del autor.

La ciudad de Marsella había encargado ese lienzo, señalándole un precio digno del pincel de Gérard; pero éste la ha rogado que lo acepte como ofrenda, en prueba del placer que tuvo al desembarcar en esa gran ciudad cuando regresó de Roma por vez primera, rico tan sólo de juventud, genio y esperanza.

A trueco de ese noble recuerdo, de ese presente que sólo pueden hacer un rey ó un gran artista, veíase encima de la chimenea del salón de Gérard un magnífico vaso de plata cincelado según el estilo de *Benvenuto,* donde están grabadas la fecha del homenaje ofrecido por Gérard y la expresión de la gratitud de los marselleses.

Hay más de un rasgo de este género en honor de Gérard; y aquella modestia, cuya sinceridad ponía yo en duda, quedó probada de sobra por su negativa á aceptar las mercedes de que Carlos X quiso colmarle

cuando volvió á ver la *Entrada de Enrique IV en París*. Habiendo sabido por el conde de F*** que el rey se proponía conferirle un nuevo título y el gran cordón de la Legión de Honor, Gérard hizo suplicar á S. M. que suspendiese estas altas recompensas, diciendo que no las había merecido, y que le bastaba con el honor de haber inspirado lo que dijo Luis XVIII en la sesión regia del Museo, el 2 de Agosto de 1817.

—Siento mucho no ver aquí á Gérard; le hubiera hecho saber, en presencia de Enrique IV, que le he nombrado mi primer pintor de cámara (1).

Ese cargo eminente érale debido al autor de tan gran número de obras que son otras tantas riquezas nacionales. Cuando se recapacitan los inmensos trabajos de Gérard, no causa extrañeza haberle visto tan pronto y en tan breves instantes morir de una enfermedad nerviosa. De todas las artes, la pintura es la que más desgasta la vida. Y Gérard ha hecho: *Belisario, Homero* (2), *Psiquis, Las tres edades, La batalla de Austerliz, La entrada de Enrique IV en París, Corina, Felipe V, Dafnis y Cloe, Santa Teresa, La consagración de Carlos X, Las cuatro Famas señalando la tumba de Napoleón, La peste de Marsella, Las pechinas de Santa Genoveva, La patria en peligro* (gran cuadro encargado por el gobierno), *Aquiles recogiendo sus armas*.

Este cuadro, el hijo predilecto del pintor, es quizá su obra más hermosa. Nada hay comparable con la expresión de la cabeza de Aquiles, ese despertar del héroe para la venganza, ese movimiento dictado por la ira de Aquiles prometiendo la sangre de Héctor á los manes de Patroclo, llena ya de terror y desesperación á los troyanos. Ese cuadro, cuya acción principal y sus figuras importantes están hechas, puede ser concluido sin incoveniente por una mano menos hábil.

Hay que añadir á esta lista más de cien retratos de cuerpo entero y doscientos cincuenta bustos. Sería demasiado largo reseñar entre ellos los retratos que se recomiendan por la perfecta ejecución del artista y la celebridad del modelo. Al verlos, diríase que los hombres de esta

(1) *Monitor* del 3 de Agosto de 1817.

(2) Este cuadro ya no existe. Gérard lo había compuesto durante al sitio de París; y en la desesperación que este suceso le producía, persuadido de que no pudo hacer nada bueno, le dió la idea de destruirlo. «No, dijo un día, esto no es digno del magnífico nombre de Homero.» Y desgarró el lienzo. El grabado que de él hizo M. Massard queda aún como testimonio de la injusta severidad del pintor consigo mismo, y de su fanático respeto al sublime Homero.

época no se creían ilustres, ni hermosas las mujeres, sino cuando el pincel de Gérard les había asegurado la inmortalidad.

El retrato del Emperador en su gabinete de las Tullerías y los de toda la familia imperial quedarán como páginas vivas de nuestra historia, y los retratos de Mad. Visconti, la princesa de Chimay, madama Récamier, la duquesa de Vicence y tantas otras mujeres admirables, quedarán igualmente como testimonio de que esos tiempos de nuestra gloria fueron también la época en que más hermosas mujeres se vieron en Francia.

Cuanta menos gloria personal se tiene, más trata uno de agarrarse á la de sus amigos. Por eso no puedo prescindir de relatar la pequeña participación que tuve en el cuadro de *Corina*. Un mes antes del Congreso, encontrábame en Aquisgrán con Mad. R***, quien había acudido allí para tomar las aguas. En esa ciudad, lo mismo que en el destierro, que en Roma, en París y en todas partes, su salón era el punto de cita de todos los personajes de nota ó personas simpáticas. El príncipe Augusto de Prusia, á quien á menudo encontré allí, me habló un día acerca del deseo de satisfacer el antojo de su amiga la baronesa de Staël, haciendo que un gran maestro pintase su *Corina* en uno de los momentos en que se entrega á su inspiración poética. El príncipe deseó encargar á David ese capricho, que la muerte de Mad. de Staël no le había permitido realizar, esa obra doblemente importante por el asunto y por el precio que quería ponerla. Todo el mundo aprobó aquella idea, que el talento de David justificaba cumplidamente y cuya posición de desterrado la hacía ser una idea generosa; pero, lo confieso, afligiéndose mi celosa amistad de ver arrebatada esa palma de las manos de Gérard, hice valer en vano la voluntad póstuma de Mad. de Staël, su admiración y su afecto á Gérard, que sin duda la hubieran inducido á elegirle para pintar su más noble pensamiento, para ofrecer la dolorosa imagen de una mujer de genio, hermosa y amante, sacrificada sin piedad á las preocupaciones del mundo.

M. G*** fué el encargado de escribir á David. Y ¡quién lo creyera! Ese gran pintor, á quien una obra maestra más podría hacerle regresar á la patria, lejos de aprovechar esta ocasión, entró en regateos acerca de la considerable suma ofrecida por el príncipe; y lo hizo de un modo tan poco digno del artista, del asunto de ese cuadro, y del sentimiento que impelía á encargárselo, que Mad. R***, cuya

bondad había temido al pronto oponerse á los intereses de un desterrado, se unió á mí para decir que Gérard no hubiera escrito nunca nada semejante. Decidióse en seguida que él hiciese la *Corina*. Sabido es el talento con que realizó el deseo del poeta y la intención del príncipe. La ofrenda de ese hermoso cuadro hecha á Mad. ***, lo hace doblemente precioso; como una obra maestra y como un homenaje debido á la amistad de la mujer más bonita y simpática por la más talentosa de su siglo.

Pero por más que he querido distraerme de mis tristes recuerdos, hablando de los tesoros pictóricos que Gérard nos lega, tengo precisión de ocuparme de la última visita que le hice en ese salón donde he pasado tantas veladas encantadoras; donde han resonado las más hermosas voces, desde Viganoni, Garat, Crescentini, las señoras Valbone, Barilli y la bella Grassini, hasta Tamburini, Lablache, Rubini, la Pasta, la Malibrán, la Judith y la Julia Grisi, y cuyos directores de orquesta eran los célebres Paër y Rossini; donde Meyerbeer acudía á recibir los lauros debidos á sus últimos triunfos, sin exigir que le inmolasen los del primero de los compositores modernos; salón á cuyo dueño he visto con frecuencia abandonar á los grandes señores y á los grandes talentos con quienes hablaba, para ir á estrechar la mano del joven artista aún cubierto del polvo del taller, y que iba con la esperanza de conseguir del conde de Torbin ó de M. de Cailleux un riconcito del Museo para exponer allí el primogénito de su paleta; salón donde los antiguos contertulios jugaban á los naipes riéndose, y suspendiendo á escape la partida al menor preludio que dejaba oir el piano, espiando los dulces acentos que prometía y seguros de antemano de ser arrobados por ellos, pues no era de temer ni la posibilidad de un talento vulgar; salón donde el conde de Torbin hablaba con el ingenio y el buen gusto de un hombre de buena sociedad, con el interés de un viajero y el buen humor de un artista, con los discípulos de Guérin, Ingres, Schnetz, Isabey, Hersant, Granet, Steuben y Champmartin, lo mismo que con sus maestros; donde Ducis hablaba en otros tiempos con Lemercier, Guérin con Desnoyers, como M. de Humboldt hablaba allí con el ingenioso doctor Koreff, M. Merimée con el autor de *Rojo y Negro*, la señorita Godefroy con la señora de Mirbel, Mad. de Bauer con Mad. Ancelot, y M. de Balzac con todo el mundo, pues cada uno quería gozar de su ingenio tan animado, de sus relatos fantásticos y de su jocosidad chispeante.

Es de notar que en ese salón, abierto desde tan largo tiempo á todas las opiniones y á todas las rivalidades, la discusión jamás degeneró en disputa; y, sin embargo, reinaba allí una gran libertad de pareceres y de conversaciones, porque un interés nuevo cautivaba siempre la atención general.

Ya era un grabado que acababa de aparecer ó el dibujo copia del último mosaico desenterrado en Pompeya; ya era la muestra de un procedimiento hasta entonces desconocido para imitar el relieve de las medallas ó perfeccionar la litografía; ó bien era la llegada de Champollión que nos refería cosas del Egipto; era M. de Ponqueville, haciendo estremecerse el salón relatando sus conversaciones familiares con el bajá de Janina; era el amigo de Jacquemont, enterneciéndonos con la descripción del séquito, medio inglés, medio indio, de nuestro interesante viajero. Además, era M. de La Ville, quien regresaba sencillamente de la Comedia Francesa y nos analizaba la obra que acababa de estrenarse allí, con toda la agudeza del hombre que sabe escribir comedias mejor que nadie; en fin, en aquel salón el pensamiento nunca estaba en vaguedades, ni ocioso el espíritu; y la costumbre de ocuparse de las cosas daba allí suma tolerancia para con los defectos de las personas. Cuando hay alguna cosa de qué hablar, se murmura poco.

Entraba yo en aquel salón hace quince días; era la primera vez que volvía después de la enfermedad que hace algunos meses estuvo á pique de hacerme morir, y durante la cual me dió Gérard tantas pruebas de interés. Aún le oigo *darme las gracias por no haber muerto;* son sus propias expresiones. Me habló de sus proyectos para esta primavera, del gusto que tendría en mostrarme las pechinas de Santa Genoveva, que había tenido la *buena suerte* de concluir. En efecto, cuando estuvo enfermo el año último, atormentábale tanto el temor de no vivir lo necesario para realizar por sí sólo esa gran obra, que había conjurado á sus amigos que destruyesen lo que ya tenía hecho de ella, prefiriendo ver morir consigo su pensamiento, á suponérselo embellecido ó estropeado por otra mano que no fuese la suya.

Hablamos también del regreso de M. Mimault, de las preciosas antigüedades que traía del Egipto; Gérard me demostró una viva impaciencia por verlas y conocer al hombre que tan bien había sabido valerse, en pro de las ciencias y las artes, de la amistad del bajá de Egipto. Me encargué de la invitación de Gérard para M. Mimault,

quien también me había hablado del placer que tendría en ir á casa del sabio artista. Eligióse como día para hacerlo el miércoles próximo... Y allí estaba la muerte, riéndose de este proyecto y apresándose á herir á uno y otro.

Y, sin embargo, tranquilizábame acerca de la salud de Gérard la señorita Godefroy, esa preciosa amiga que ha consagrado su existencia á dar gracias á Gérard por el magnífico talento que le debe ; me había dicho ésta que trabaja él en su gran cuadro; y, como el arte era su vida, puesto que podía dedicarse á él, yo no le creía ya de peligro. Por eso le contesté con la sonrisa de la incredulidad cuando, á propósito de su deseo de ver á M. Schnetz en la Academia, me dijo :

—Puesto que mi voto le es inútil, le repetiré lo que Gros decía á Abel Pujol: «Todo lo que puedo hacer ahora por V., amigo mío, es cederle á V. mi puesto.»

Son las últimas palabras que le oí. ¡Y aún estaba yo ayer allí, en el mismo sitio donde me las dijo, en ese salón donde todo le lleva luto!... Conducida por Mad. Gérard, cuyo único consuelo es hablar de aquel á quien llora, he vuelto á visitar ese magnífico estudio, donde todo parece aguardarle aún, donde pintaba cuatro días antes de su muerte. Allá está todavía el andamio al cual subía para acabar el cielo de su cuadro; he aquí su caja de colores, sus pinceles, todo está dispuesto á recibirle; he aquí la tiza que le ha servido para bosquejar el hermoso lebrel en un ángulo de ese lienzo cubierto ya de personajes cuyas dramáticas expresiones recuerdan los grandes frescos italianos ; diríase que, fatigado el pintor de trazar tantas figuras imaginadas ó desconocidas, se reservó como un alivio el placer de introducir en esta obra inmensa el retrato de un amigo.

Cerca de ese gran cuadro hay un Cristo de mirar divino, recién concluido y destinado á M. de Genonde.

Luego un magnífico retrato del general Hoche.

Una copia, reducida al tamaño de un cuadro de caballete, de la gran escena de la *Consagración de Carlos X.*

Y un retrato asombroso de la duquesa de R***, cuyo traje quería rehacer Gérard, prefiriendo á los pesados paños la transparencia de los encajes, el brillo y ligereza de las cintas, que ocultarían menos el hermoso talle de Mad. de R*** y harían de este retrato un tipo de las modas de nuestra época.

Algunos días bastaron á la señorita Godefroy para acabar los accesorios de esas diferentes obras. Pero aún se espera más de ella: excepto el busto que acaba de terminar M. David, y por el cual daba

su postrera sesión Gérard hace dos semanas, no existe ningún buen retrato de este hombre tan justamente célebre; porque no podemos contentarnos con el que le hizo Laurence y que no tiene el más remoto parecido. Nadie más que la señorita Godefroy puede hallar en su corazón y en su talento los medios de expresar fielmente las facciones del amigo y el genio del pintor. Es un presente que ella debe á Francia.

Era un miércoles, ese día de la semana en que desde tantos años atrás nos reuníamos en casa de Gérard. Su mujer, abrumada por el golpe que la hería, sin darse aún cuenta de una tan rápida desgracia, no había pensado en participársela á nadie; y de todas partes acudían para divertirse, como de costumbre, en ese agradable salón, para ver una vez más esos encantadores cuadros que lo adornaban, y para oir hablar al artista, ¡al hombre de ingenio cuya voz acababa de extinguirse para siempre!

Espectáculo desolador, honrosísima oración fúnebre, esos gritos de sorpresa y de dolor que respondían al viejo criado, cuyos ojos llenos de lágrimas y sus sollozos eran lo único revelador de la tremenda noticia que no tenía valor para decir con palabras; y esos amigos, sin alentar casi, sin poder sostenerse apenas, obligados á sentarse en el quicio de las puertas, esas mujeres engalanadas, que lloraban dentro del coche, olvidándose de dar órdenes para alejarse de aquella casa de duelo; y la palidez del joven artista á quien la muerte le arrebataba de un solo golpe, maestro, protector, amigo y su única fiesta de la semana (porque ese miércoles, en que siempre había la certidumbre de un goce, lo esperaba él como un día de fiesta); por último, el aspecto de toda esa tertulia rechazada del salón por la muerte y transplantada en la calle, haciéndola resonar con el rumor de sus gemidos y de su llanto, probaba mejor que pudiéramos decirlo la extensión de la pérdida que acababan de sufrir la sociedad, el arte y Francia.

Sofía Gay.

LA SALUD

La salud es para el hombre mortal el primero de los beneficios; la hermosura viene después; luego, la riqueza bien adquirida; y, por último, los placeres de la juventud compartidos con amigos.

(SIMÓNIDES.)

Si hay alguna divergencia de opiniones acerca de las ventajas de la riqueza, todo el mundo está de acuerdo en lo concerniente á la salud.

«La salud—decía en otro tiempo Simónides—es para el hombre mortal el primero de los beneficios; la hermosura viene después, luego, la riqueza bien adquirida; y, por último, los placeres de la juventud compartidos con amigos.» Hace notar Longfellow que «la vida sin salud es una carga, con salud es alegría y felicidad». Empedocles libró á la población de Selinontes de una peste, desecando un pantano, y fué aclamado como un semidiós. Dícese que en honor suyo se acuñó una medalla, que representaba al filósofo deteniendo la mortífera mano de Febo.

Creo que nos cuesta mucho trabajo apreciar cuánto debemos á los médicos. Parece tan adecuado á la naturaleza y á la razón nuestro sistema médico, que sólo imperfectamente apreciamos su lado nuevo y excepcional. Cuando estamos enfermos llamamos al médico; nos prescribe un remedio, lo tomamos y le pagamos sus honorarios. Pero en los pueblos de raza inferior, el sufrimiento y la enfermedad se atribuyen á la presencia de malos espíritus. El que cura no es un médico, sino un sacerdote, ó más bien un hechicero que se contenta con dirigir exorcismos contra esos espíritus del mal.

En otros países un poco más adelantados, se escribe una fórmula mágica en una tabla, se lava ésta y se bebe el agua que ha servido para

borrar aquélla. En ciertos casos, no es el enfermo quien toma la medicina, sino el médico. Semejante sistema, en general, no es más que momentáneo; las gentes del oficio se guardan naturalmente de alentarlo, y es incompatible con una gran clientela. Respecto al pago de honorarios, también son muy diferentes las costumbres. Los chinos pagan á los médicos todo el tiempo que están sanos, y cesan de pagar mientras están enfermos. En el antiguo Egipto, el paciente pagaba al doctor sus honorarios sólo los primeros días de la enfermedad, después de lo cual éste pagaba á su cliente hasta conseguir curarle. Es un sistema seductor, pero que pudiera inducir á emplear remedios demasiado enérgicos.

En resumen, nuestro sistema parece el mejor, aun cuando no impele tanto á hacer investigaciones y descubrimientos. No comprendemos de cuánto somos deudores á hombres como Hunter, Jenner, Simpson y Lister; sin embargo, en lo concerniente á nuestra salud, por lo general, podemos hacer más por nosotros mismos que los mayores doctores.

Pero si todo el mundo está conforme acerca de los beneficios de la salud, hay muchas personas que no quieren atenerse á las precauciones sencillas y someterse á los ligeros sacrificios necesarios para conservarla. Muchos arruinan su salud con ligereza, y corren el riesgo de una muerte prematura ó de una vejez achacosa.

No cabe duda de que algunas constituciones jamás conocerán la salud. Pope habla de su existencia como de una larga enfermedad, y muchos tienen derecho á decir: «Sufro, luego existo.» Por fortuna esos casos son raros. La mayoría de nosotros estaríamos bien, si quisiéramos estarlo. A menudo, enfermamos por culpa propia; hacemos lo que no deberíamos, y no hacemos lo que debiéramos hacer; y luego nos causa extrañeza el estar enfermos.

Lo mismo que Naamán, contamos con alguna intervención milagrosa y descuidamos las precauciones elementales que podrían curarnos.

Todos sabemos que nos podemos poner enfermos, pero muy pocos de nosotros se dan cuenta de todo lo que puede hacerse para conservar la salud. Se ha observado que en el antiguo Egipto, el principal objeto de la vida era ser enterrado con esmero. También viven ahora muchas personas como si ese fuera el propósito de su existencia.

Me pregunto si estarán suficientemente impresos los principios de la higiene en los espíritus jóvenes, al entrar en la vida. Y no es que sea

deseable otorgar importancia á las menores miserias, engolfarse en la lectura de obras de medicina ó experimentar remedios en sí mismo; lejos de eso, cuanto menos imaginemos estar enfermos y menos nos atormentemos por nuestras más leves dolencias, mejor conservaremos nuestra salud.

Otra cosa es, sin embargo, estudiar las condiciones generales de una buena higiene. Un proverbio muy conocido nos dice que hacia la edad de cuarenta años «todo el mundo es loco ó médico»; por desgracia, hay muchas personas que á los cuarenta años son á la vez médicos y enfermos.

Eso no obstante, una mala salud no excusa de tener un humor melancólico. Si tenemos una enfermedad, felicitémonos á lo menos de que estamos libres de todas las demás. Sidney Smith, que siempre estaba dispuesto á ver las cosas por el lado bueno, escribió á un amigo, un día que era presa de atroces sufrimientos, «que tenía gota, asma y otras siete enfermedades; pero que, aparte de eso, estaba perfectamente bien». Muchos enfermos, y hasta de los más enfermos, han soportado sus males con mucha alegría y serenidad.

Se refiere que el célebre filósofo Campanella podía abstraerse de los dolores físicos hasta el punto de soportar el tormento sin sufrir mucho. Cualquiera que tenga el poder de reconcentrar la atención y regir su voluntad es capaz de eximirse de casi todas las pequeñas miserias de la vida. Pueden abrumarle numerosos cuidados, ser presa su cuerpo de los más crueles sufrimientos y permanecer sereno y tranquilo su espíritu; de esta suerte le es posible triunfar de sus preocupaciones y hasta del dolor físico.

Pero mucha gente ha sufrido sin necesidad, y se han sacrificado útiles vidas por ignorancia y por falta de cuidarse. No podemos menos de creer que á ciertas personas les hubiera bastado someterse á precauciones elementales para prolongar su existencia.

Fijándonos tan sólo en los músicos, ¡qué dolorosa pérdida para el mundo la muerte de Pergolesse á los veintiséis años, la de Schubert á los treinta y uno, la de Mozart á los treinta y cinco, la de Purcell á los treinta y siete, la de Mendelssohn á los treinta y ocho!

Según el antiguo mito griego, la vida de Meleagro estaba indisolublemente ligada por el destino á la existencia de cierto tronco de madera: en tanto que ese tronco fué guardado en sitio seguro por su madre Altea, Meleagro disfrutó de una salud milagrosa. Parece prodigioso que no sepamos velar con tanta

atención por nuestro cuerpo, puesto que de su salud depende en gran parte nuestra felicidad.

Las condiciones requeridas para tener buena salud son muy sencillas: regularidad en las costumbres, ejercicio cotidiano, limpieza, moderación en todas las cosas (lo mismo en comer que en beber); con estas condiciones, la mayoría de los hombres estarían bien de salud.

Es inútil extenderse acerca de los inconvenientes de la bebida; pero quizá es raro darse cuenta de los padecimientos y enfermedades que acarrea el exceso en la alimentación. La dispepsia, por ejemplo, esta dolencia tan general, las nueve décimas partes de las veces resulta de imprudencia nuestra; procede de una alimentación demasiado abundante, combinada con la falta de ejercicio. «Para vivir mucho, comer poco» dice un antiguo refrán. Vivir con sencillez y no ocuparse más que de cosas elevadas es, en general, un medio seguro de estar bueno; poco importa que un hombre coma una cosa ú otra, con tal de que no coma demasiado.

«Id entonces á vuestros banquetes; pero usad de los placeres que os ofrecen, de manera que os levantéis de la mesa teniendo aún apetito.» (Herrick.)

Mr. Gladstone nos ha contado que la magnífica salud que disfruta proviene en gran parte de que desde su juventud aprendió y ha practicado de una manera absoluta aquella máxima fisiológica de que «es preciso mascar veinticinco veces cada bocado de carne». Sin embargo, la regla de comer y beber con moderación, tan sencilla en teoría, no es tan sencilla en la práctica. Muchos Esaús han vendido su derecho á la salud por un plato de lentejas.

Una idea que parece paradójica, á pesar de ser ciertamente exacta, es que en su larga vida el hombre moderado encontrará más goces en el comer y beber que el glotón ó el borracho; éstos no saben lo que es disfrutar «el sabor exquisito del simple pan sentado.» (Hamerton.)

Aun considerando nada más que el goce de comer y beber, todavía es verdadera la regla. Se goza más con un poco de pan y queso, después de un buen paseo, que con un banquete del alcalde de Londres. Sin desear, como Apicio, tener cuello de cigüeña para recrearse más tiempo en la comida, no debemos ser ingratos para con los placeres de la mesa, aun cuando se cuentan entre los goces menos estéticos. No cabe duda de que son sencillos, pero son goces que se renuevan mañana, tarde y noche, y no son menos reales por referirse al cuerpo más bien que al alma.

Hay razón para hablar de un apetito sano, porque da testimonio de nuestra salud física, y en muchos casos de nuestra salud moral.

«No hay ningún goce sin trabajo, para los mortales.» (Shakespeare.)

Esta sentencia es verdadera, sobre todo en lo que atañe al apetito; sentarse ante unos manjares sencillísimos, con un amigo, después de un paseo por los montes ó á orillas del mar, no es de seguro un placer insignificante.

La alegría y el buen humor durante las comidas no sólo son gratos por sí mismos, sino que contribuyen mucho á sostener la salud.

Dícese que el hambre es el mejor de los condimentos; en un festín, lo mayoría de las gentes prefieren algunas buenas anécdotas á un buen apetito. ¿Quién no querría que de él dijesen lo que Rosalina decía de Biron? (Shakespeare, *Penas de amor perdidas):*

«Jamás he pasado una hora de conversación más agradable, con un hombre de más regocijado humor, que no se aparta un punto de los límites de una alegría decente.»

En los tres grandes *Banquetes* de Platón, de Jenefonte y de Plutarco, ni siquiera se mencionan los manjares.

«¿Qué es un hombre alegre?» — dice un viejo adagio de Lambeth:

«Dejadle hacer lo que puede para entretener á sus convidados con su vino y sus donosas bromas: sin embargo, si su mujer frunce el entrecejo, al momento se le acaba la alegría.»

El ingenio y el estro humorístico son en la conversación y en la literatura lo mismo que la sal para el alimento. «No esperéis—ha dicho un divertido escritor del Cornhill Magazine—encontrar regocijo humorístico en Tomás de Kempis ó en los Profetas hebreos.» En cuanto á nosotros, tenemos la autoridad de Salomón, quien dice que hay un tiempo para reir y un tiempo para llorar.

«Leer una buena comedia es frecuentar la mejor sociedad, escuchar conversaciones interesantísimas y asistir á los sucesos más divertidos.» (Hazlitt.)

No carece de motivo el que cada cual sea sensible á la acusación de no comprender una broma.

La risa parece ser prerrogativa del hombre. Los animales mejor dotados dan pruebas de raciocinio innegable, pero es muy dudoso que puedan apreciar un chiste.

Sin embargo, un rasgo de ingenio ha resuelto muchas dificultades y puesto término á muchas controversias.

«Una chanzoneta persuade á menudo y corta el nudo de la dificultad,

allídonde habrían fracasado razones más graves.» (Francis.)

«Una canción sin pretensiones—dice Walpole—con un poco de galimatías por aquí ó por allá, no es indigna de un monarca.» Pero es difícil comprender que Jacobo I haya considerado el talento de hacer equívocos como un título para el episcopado ó la dignidad de consejero privado.

«Son días perdidos aquellos en que no se ha reído»—dice Chamfort.

La risa, para tener valor, debe ser espontánea. «No podéis obligar á la gente á reirse, no podéis probarles que se deben reir; tienen que reir espontáneamente ó no reir... Si comprendemos que no debemos reirnos, entonces nos entra mayor tentación de risa.» (Harlitt.) La alegría es contagiosa. Un hombre de chispa puede decir lo que Falstaff decía de sí mismo: «No sólo soy naturalmente ingenioso, sino que hago nacer el ingenio en los demás.»

En esta ocasión, puede parafrasearse la tan conocida observación acerca del vino de Porto, y decir que hay chistes unos mejores que otros, pero que todo cuanto nos hace reir es bueno. «Después de todo—dice Dryden—es de cierto buena cosa eso de reirse; y si el cosquilleo de una paja puede hacer reir á un hombre, contribuye á su felicidad y puedo añadir que á su salud.

Se me ha dicho que al privarme del placer de fumar, había desconocido uno de los más grandes goces de la vida. No siendo fumador, acaso no soy competente para juzgar de ello; esto depende mucho del temperamento individual. Es evidente que el hábito de fumar parece ser un gran alivio para ciertas naturalezas nerviosas; pero en cuanto á mí, dudo que, como regla general, aumente mucho los placeres de la vida. En todo caso, quita algo de delicadeza al paladar y al olfato.

Los habitantes de las ciudades deben tener por principio que el tiempo que se pasa fuera de ellas jamás se pierde. El aire libre es un cordial de maravillosas virtudes. Las familias antiguas son esencialmente provincianas y no ciudadanas; y los que prefieren Homero, Platón y Shakespeare á la caza de liebres, perdices y zorros deben tener cuidado de no verse impelidos á descuidar una de las más imperiosas necesidades de la naturaleza.

Sin embargo, la mayoría de los ingleses aman el aire libre; y es probable que la mayor parte de nosotros goza más en una partida de *cricket* ó de *golf* que mirando los viejos maestros de la pintura. La afición á los ejercicios violentos es el signo característico del pueblo inglés. A ejemplo de Guillermo el Rojo, los ingleses «aman al cier-

vo como si hubiera sido su padre».

Un viajero oriental, habiendo asistido á una partida de *cricket* quedó asombradísimo al oir decir que varios de los jugadores eran ricos, y preguntó por qué no pagaban á algún menesteroso para que hiciese la faena en vez de ellos.

Woordsworth tenía por norma salir todos los días, y con frecuencia afirmaba «que no habiendo consultado jamás el tiempo, nunca había tenido que consultar á los médicos».

Cuando se mira por la ventana qué tiempo hace, siempre parece que llueve con mucha más fuerza que en realidad es. Hasta en invierno, aunque el paisaje parezca muchas veces triste y desnudo si se mira desde junto á la chimenea, vale mucho más salir aun á riesgo de arrostrar una tempestad; al exterior, el contacto de la tierra y el soplo del aire fresco nos dan nueva vida y verdor nuevo. Los hombres, como los árboles, viven en gran parte de aire puro.

Después de un galope en las dunas, de una regata á remo en el río, de un viaje por mar, de un paseo por la playa ó por los bosques, «azul el cielo, musical el aire, florida la tierra» (Trench), nos sentimos dispuestos á decir como Enrique IV: «Estoy tan fuerte como el Puente-Nuevo.»

El proverbio romano que pretende que nunca se le enseñe al niño sino lo que pueda aprender de pie, no cabe duda de que es exagerado; pero incurrimos de seguro en otro extremo cuando obramos como si los juegos fuesen la única cosa que los niños pueden aprender valiéndose de las piernas.

El amor al juego en los muchachos es en verdad un instinto saludable. Aun cuando se lleva hasta el exceso en algunas de nuestras grandes escuelas, es lo cierto que el *cricket,* el *foot-ball,* el bogar, el juego de pelota con cayado, los baños de mar y la caza de pajaritos no sólo se cuentan entre los placeres más intensos, sino también entre los más tonificantes.

No siempre podemos estar seguros de dormir. Cuando tenemos que tomar graves determinaciones, la preocupación natural de llegar á la mejor solución posible nos mantiene despiertos. Nada es tan favorable para un sueño reparador como tomar el aire; entonces podemos verdaderamente gozar de la vivificante frescura de las primeras horas de la mañana, «este llamamiento que exhala la perfumada brisa de la aurora.» (Gray.)

«Por la mañana alisa el mirlo sus alas de azabache, la alborada inspira al pardillo sus más dulces cantos; cuando aparece, todas las

criaturas de la naturaleza sienten renacer las fuentes de la vida, con el renacimiento de la vida.» (Scott.)

Epicteto se definió á sí mismo como «un espíritu que arrastra un cadáver». Me parece esto una ingratitud. Sí, debemos mimar á nuestro cuerpo, aun cuando sólo sea un humilde y pobre compañero. ¿No debemos á los ojos el espectáculo de las bellezas naturales, del esplendor del cielo; á los oídos el escuchar la voz de los amigos, el goce de la música? ¿No son las manos los más preciosos y seguros instrumentos, siempre puestos en caso de necesidad, siempre sumisos á nuestros deseos? Los mismos pies ¿no nos llevan sin murmurar á lo largo de los más ásperos y pedregosos senderos de la vida?

Con cuidados razonables, la mayoría de nosotros pudiera prometerse gozar de buena salud. Y, sin embargo, ¡qué maravilloso y complejo organismo es el nuestro!

La máquina humana es á la vez admirable y verdaderamente espantosa en su estructura. «Es extraño que un arpa de mil cuerdas pueda estar bien templada tanto tiempo.»

Cuando consideramos la maravillosa complejidad de nuestra organización física, nuestra vida es un verdadero milagro; y aún más cuando pensamos en los innumerables órganos y en su trabajo que continúa día tras día, año tras año, con tanta regularidad y tan poco rozamiento, que apenas sentimos que tenemos cuerpo.

Y, sin embargo, en este cuerpo hay más de doscientos huesos, de formas varias y complicadas. Basta la menor irregularidad en uno de ellos ó el más leve accidente para dificultar por grave modo nuestros movimientos.

Tenemos algunos más de quinientos músculos; cada uno de ellos se nutre por incalculable número de vasos sanguíneos y se pone en movimiento mediante nervios. Uno de nuestros músculos, el corazón, palpita más de treinta millones de veces en un año; y si se detiene un instante, hemos concluido para siempre.

Hay también en la piel órganos maravillosamente varios y complicados; por ejemplo, más de dos millones de glándulas de transpiración que regulan la temperatura del cuerpo, comunicando con la superficie exterior por conductos que suman una longitud total de unos quince kilómetros.

Pensad en la longitud de las arterias, de las venas, de los vasos capilares y de los nervios; en la sangre, con sus millones y millones de glóbulos, que son cada uno en sí mismo un microcosmos.

Considerad también los órganos de los sentidos; el ojo, con su cór-

nea y su cristalino, sus humores vítreo y acuoso, y su coroides que llega á reunirse con la retina no más gruesa que una hojita de papel; y consistente, sin embargo, en nueve capas distintas, compuesta la última de bastoncillos y de conos que se supone ser los inmediatos recipientes de las ondulaciones de la luz, y tan numerosos en cada ojo, que se estima haber en él más de treinta millones de bastoncillos.

El mismo cerebro es aún más maravilloso. Meinert ha calculado que sólo la materia gris contiene lo menos seiscientos millones de células; cada célula se compone de varios millares de moléculas visibles, y cada una de estas moléculas de varios millones de átomos.

Pues bien; con cuidados razonables, la mayoría de nosotros puede conservar este maravilloso organismo en estado de buena salud, de modo que funcione sin causarnos dolores ni aun molestias durante muchos años.

Podemos esperar que «cuando venga la vejez, el tiempo pondrá suavemente su mano sobre nuestro corazón sin herirlo, como el artista que pone abierta la mano sobre el instrumento para amortiguar sus vibraciones».

JOHN LUBBOCK.

DE DONDE VIENE EL MAL

Un ermitaño vivía en el bosque, sin miedo á las alimañas. El ermitaño y las alimañas charlaban juntos y se comprendían.

Una vez habíase tumbado el ermitaño debajo de un árbol; allí se habían reunido también para pasar la noche un grajo, un palomo, un ciervo y una serpiente. Estos animales se pusieron á discutir acerca del origen del mal en el mundo.

El grajo decía:

—El mal viene del hambre. Cuando tienes hambre y comes, empingorotado en una rama y graznando, todo te parece risueño, bueno y regocijado; pero quédate nada más que dos días en ayunas, y ya ni tendrás ánimos para mirar la naturaleza; te sientes agitado, no puedes permanecer quieto en un sitio, no tienes un instante de sosiego; que se presente á tu vista un pedazo de carne, y aún algo peor, y te echas encima sin reflexionar. Ya pueden darte estacazos, tirarte piedras; ya pueden ladrarte perros y lobos: no sueltas la tajada. ¡A cuántos de nosotros les ha muerto así el hambre! Todo el mal viene del hambre.

El palomo decía:

—Para mí, no es del hambre de donde viene el mal; todo el mal viene del amor. Si viviésemos aislados, no tendríamos tanto que sufrir, ó, por lo menos, sufriríamos solos; al paso que vivimos en parejas y amas tanto á tu compañera, que ya no tienes reposo, no piensas más que en ella: «¿Ha comido? ¿Está bastante abrigada?» Y en cuanto se aleja un poco de su amigo, entonces te sientes perdido enteramente; no te deja sosegar la idea de que se la ha llevado un azor ó que los hombres la han cogido. Y te echas en su busca y caes también en el lazo, ya en las garras de un gavilán, ya en las mallas de una red. Y si tu

compañera se ha perdido, ya no comes, ya no bebes, ya no haces más que buscar y llorar. ¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene, no del hambre, sino del amor.

La serpiente decía:

—No; el mal no viene del hambre ni del amor, sino de la perversidad. Si viviésemos tranquilos, si no anduviéramos buscándole tres pies al gato, entonces todo iría bien. Al paso que, si se hace una cosa contra tu antojo, te arrebatas y todo te ofusca; no piensas más que en descargar tu cólera contra alguien; y entonces, como loco, no haces más que silbar y retorcerte y tratar de morder á alguno. Y no tienes piedad de nadie; morderías á tu padre y á tu madre; te comerías á ti mismo; y tu furor acaba por perderte. Todo el mal viene de la perversidad.

El ciervo decía:

—No; de la perversidad, ni del amor, ni del hambre no viene todo el mal, sino del miedo. Si pudiera no tenerse miedo, todo iría bien. Nuestros pies son veloces para la carrera, y nosotros somos vigorosos. Podemos defendernos á cornadas de un animal pequeño; de uno grande podemos huir; pero no se puede dejar de tener miedo. Que chasque una rama en la selva, que se mueva una hoja, y de pronto tiemblas de terror; te empieza á latir el corazón como si se te fuese á saltar fuera del pecho, y te pones á volar como una flecha. Otras veces, es una liebre que pasa, un pájaro que agita las alas, ó una brizna que cae; ya te ves perseguido por una fiera, y corres hacia el peligro. Ahora, por evitar á un perro, caes sobre un cazador; ahora, lleno de miedo, corres sin saber á dónde, das un brinco, y ruedas por un despeñadero donde encuentras la muerte. No duermes sino con un ojo cerrado y el otro abierto, siempre alerta, siempre despavorido, nunca en paz. Todo el mal viene del miedo.

Entonces el ermitaño dijo:

—No es del hambre, ni del amor, ni de la perversidad, ni del miedo de donde proceden todas nuestras desventuras. De nuestra propia naturaleza es de donde viene el mal; puesto que ella es quien engendra el hambre y el amor, la perversidad y el miedo.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

Probation system.—Casas de reforma.

Me he detenido hablando de la deportación (1), tal vez más de lo preciso, para mostrar cuán exagerados son los adversarios de la antropología criminal, que quieren atribuir á los medios y nada más que á los medios el origen de todos los delitos. Aquí han cambiado por completo los medios, pero persiste el crimen y hasta se agrava; y los remedios son peores que la enfermedad.

¿Debe rechazarse por eso toda terapéutica del delito? Muy por el contrario. Verdad es que no hay muchos remedios para los criminales natos. Por lo tanto hay que secuestrarlos para siempre en las casas de incorregibles ó suprimirlos por medio del patíbulo, cuando su incorregibilidad los hace demasiado peligrosos y puede arrastrarles á sembrar varias veces la muerte en las filas de las personas honradas.

Pero si aún son jóvenes, hasta en el caso de ser criminales congénitos, todavía pueden tomarse muchas medidas. Hay, entre otras, la canalización de sus inclinaciones por algún oficio que satisfaga su pasión y haga menos peligrosos sus resultados, por ejemplo, la carnicería para los sanguinarios, el estado militar (que con suma frecuencia es una carnicería oficial), el circo para los atléticos, la prostitución para las mujeres lascivas. He aquí el único medio preventivo.

Pero medios preventivos menos radicales los hay á montones, para los delincuentes de ocasión, para los criminaloides, sobre todo para las mujeres. Para éstos es una institución excelente la del *probation system* usado en los Estados Uni-

(1) Véase La España Moderna, del mes de Marzo.

dos, más que nada para los delincuentes jóvenes (1).

Un criminal joven y no recidivista no va á prisión, sino que el juez dicta una sentencia contra él en virtud de la cual, á la primera recidiva, se le manda á una casa de corrección, y, entre tanto, queda bajo la vigilancia de un agente especial.

«Una sentencia de esta naturaleza da al *State agent* derecho á vigilar al joven delincuente durante el tiempo prefijado. Si ve que no recibe por parte de su familia una educación conveniente y no se le vigila allí lo necesario, gestiona su ingreso en una casa de educación para los jóvenes moralmente abandonados. Si acontece que el joven delincuente vuelve á delinquir, el *State agent* le presenta de nuevo ante el tribunal para obtener un fallo que le envíe á un establecimiento correccional.

»El sistema que acaba de describirse ha producido excelentes resultados; los delincuentes jóvenes han desaparecido casi por completo de las prisiones del Estado de Massachussets, y ha podido comprobarse que en la mayoría de los casos basta poner el joven culpable, durante cierto tiempo, bajo la rigurosa vigilancia del *State agent*, y dejar suspensa sobre su cabeza la espada de Damocles del envío á una casa de corrección, para volverle al buen camino.»

Los resultados obtenidos por la aplicación del *Probation-system* á los reos jóvenes, han inspirado la idea de ampliar el sistema hasta á los delincuentes adultos; esta idea ha encontrado desarrollo en una ley de 1878 que instituye, á título de ensayo y sólo para la ciudad de Boston, un funcionario especial y con sueldo, con el título de *Probation-officer*. «Tiene el deber de averiguar la conducta de todos los individuos perseguidos por delitos ante los tribunales criminales de Boston, y con ayuda de los informes que recoge establecer quiénes son los que puede esperarse que se enmienden sin hacerles cumplir una pena. Después tiene el deber de asistir á los juicios de los procesos de todos aquellos para quienes no le parece necesaria ni aun útil una represión penal; y luego de dar á conocer el resultado de su indagatoria, en la que ha debido averiguar sobre todo si hubo alguna condena anterior, pide que el reo quede libre, en situación de prueba *(on probation)*.

»Si el tribunal acepta esta proposición, el culpable permanece en situación de prueba por espacio de

(1) *Aschrott Sammlung gemein der Stalicher Vorlage*, 1888.

dos á doce meses, según los casos, y en las condiciones que el tribunal juzgue convenientes con arreglo á las circunstancias. La práctica usual es como sigue: el *Probation-officer* adquiere el compromiso formal de que el delincuente cumpla las condiciones que se le imponen. El *Probation-officer*, que tiene la categoría de empleado superior de la policía, adquiere así hasta que expire el tiempo de prueba el derecho de hacer detener en cualquier momento en que lo juzgue oportuno, con anuencia del presidente de la policía, al delincuente que ha sido puesto en libertad y presentarle al tribunal para la imposición de la pena, que sólo está en suspenso el pronunciar. Después que expira el tiempo de prueba, el *Probation-officer* pide que el individuo que la ha cumplido sea descargado de la pena *(discharged);* sin embargo, en ciertos y determinados casos, puede pedir y obtener que se prolongue el período de prueba fijado primitivamente. Mientras dura el tiempo de prueba, el individuo en cuestión debe dirigir al *Probation-officer* todas las comunicaciones orales ó escritas que éste le exija y ejecutar todas las órdenes de dicho funcionario. Este último, en la medida de lo posible, debe estar al corriente por medio de visitas personales acerca de la situación y condiciones del sujeto puesto á prueba; los empleados de la policía tienen para ello órdenes formales de ayudar al *Probation-officer.*»

Este sistema es análogo al creado en Ingleterra por la ley de 8 de Agosto de 1887, con el título de *Probation of firts offenders act.*

El número de los individuos á quienes se ha dejado libres en situación de prueba en la ciudad de Bostón durante el período de 1879 á 1883, ha sido de 2.803; de los cuales 223 que no habían salido favorablemente de la prueba tuvieron que ser llevados de nuevo á los tribunales para imponerles penalidad, y 44 se fugaron sin poder ser detenidos después. Los principales delitos tras de los cuales han sido dejados libres en situación de prueba los delincuentes fueron éstos: embriaguez, llamamiento nocturno por las prostitutas, robos de poca importancia, escándalo injurioso y violencias de hecho.

En 1888, de 244 personas dejadas en situación de prueba (137 por embriaguez, 25 por riñas, 18 por robo, 13 por escándalo), se comprometieron 230 á enmendarse.

Sin duda, muchos de esos compromisos no fueron cumplidos, pero, sin embargo, produjeron verdaderos efectos. El agente declara que cerca del 95 por 100 de las personas puestas bajo su vigilancia el año

anterior se han conducido bien y las han absuelto definitivamente; 13 personas reconocidas como incorregibles han sido condenadas á sufrir su pena.

Ha sido tan concluyente la experiencia de este sistema, que una ley de 1880 ha extendido su aplicación á todo el Estado de Massachusetts, autorizando á cada ciudad ó municipio para nombrar un *Probation-officer* con las atribuciones enumeradas en la ley de 1878, ó para confiar estas atribuciones á un empleado de la policía.

Desde que se ha puesto en vigor esta ley, en 1886 (1), de 121 individuos puestos á prueba *(on probation)*, 58 han quedado en libertad definitiva, después de cumplir de un modo satisfactorio las condiciones de su condena condicional, 53 se hallan aún en el período de prueba, 9 han sido detenidos otra vez y llevados ante los jueces, y uno se ha escapado.

Sin embargo, en 329 casos de otro distrito, el de Borbury (165 por embriaguez, 58 por robo, 12 por supresión de hijos), 46 han sido condenados otras veces más.

En 809 casos del distrito de Suffolk, 31 fueron condenados, 12 huyeron, 306 se comprometieron, 44 se emplearon.

(1) Congreso de San Petersburgo, 1891.

Esta gran variabilidad sólo puede depender de la aptitud más ó menos grande del agente. Así, pues, la medida es buena; pero dependerá demasiado de la habilidad del personal que haya de aplicarla, y siempre cuando se limite á los criminales de ocasión.

Elmira-reformatory.—Pero el esfuerzo más poderoso intentado en estos últimos tiempos para la reforma individual de la juventud, es la casa de reforma de *Elmira*.

Este célebre establecimiento correccional, que ha servido de modelo á tantas penitenciarías proyectadas ó en construcción en Massachusetts, Pensylvania, Ohío, Minnesota, Kansas, Texas, California, etc., y que ha motivado tantas reformas en los sistemas penitenciarios de casi todos los Estados de la Unión, ha sido admirablemente descrito por M. Dubois en la *Revue pénitentiaire* de 1890, páginas 186 á 192, y en dos publicaciones especiales hechas por Wynter y por Wey (1).

Es una gran casa correccional, destinada á recibir á los individuos de diez y seis á treinta años, con-

(1) *The Elmira Reformatory*, por Alejandro Wynter; 15.° *Informe del Consejo de Administración de Elmira*, para el año que concluye en 30 de Setiembre de 1890.—*Physical and Industrial Training of Criminal*, by H. Wey, physician to the Elmira, 1888, New-York.

denados por vez primera. Construyóse en 1876 y costó 1.885.565 duros *(dollars)*.

Su superficie es de 280 *acres* (unas 150 hectáreas), una parte de la cual está dispuesta para la agricultura y cultivada por los mismos detenidos.

Administran este establecimiento cinco caballeros *(gentlemen)* nombrados por el gobierno del Estado.

Organización de la institución.— El concepto del fundador, M. Brockway, que declara haber tomado sus ideas de mi *Uomo delinquente*, es: que la introducción de las penas indeterminadas ó ilimitadas (á lo menos hasta el máximum fijado por la ley para infracción) es necesaria para establecer un sistema moral, lógico y eficaz; que no basta separar los delincuentes por hábito de los delincuentes por accidente, los pasionales de los instintivos; sino que es preciso aplicar á cada uno el tratamiento que conviene á su naturaleza, lo mismo que en un hospital se trata á cada enfermo de un modo particular. Este tratamiento debe consistir: en lo físico, en el desarrollo del sistema muscular, chorros, amasamiento, gimnasia, buena dietética; en lo moral, en el robustecimiento de la voluntad, constituyendo al detenido en su propio dueño y en causa de su vuelta al estado libre. Se le concede esta libertad *(on parole)* en cuanto se muestra enmendado y capaz de bastarse á sí mismo.

El preso recibe un baño de limpieza al ingresar, y se le viste con el uniforme del instituto.

Después se le fotografía, se le registra, le visita el médico y se le vacuna.

Durante dos días permanece encerrado en una celda para que reflexione acerca de su delito y se prepare á la reforma.

El tercer día se le lleva al intendente, quien hace todas las indagaciones necesarias acerca de su temperamento, inteligencia y carácter, con el fin de aplicarle el más oportuno método de tratamiento.

Los presos se clasifican en tres categorías:

La primera comprende los buenos.

En la segunda están los medianos, ó los que están *ad experimentum*.

Y la tercera la forman los perversos y los difícilmente corregibles.

Con este objeto hay nueve notas distintas para cada individuo, á saber:

Tres notas de conducta;

Tres notas de trabajo,

Y tres notas de progreso en la escuela.

El preso que obtiene nueve notas cada mes, durante medio año,

logra la promoción á la primera categoría y puede obtener la libertad.

De 943 detenidos que en Octubre de 1889 había en el instituto, 723 alcanzaron la primera categoría, 209 estaban en la segunda, y sólo 11 permanecían en la tercera.

El tribunal que ha sentenciado remite al mismo tiempo al instituto una nota acerca de la naturaleza del delito, con la aplicación de la pena máxima establecida por la ley.

Los antecedentes del detenido y los de sus padres, así como la naturaleza del delito cometido, se registran fielmente en libros especiales, de modo que haya siempre un diagnóstico completo de la condición física, intelectual y moral del preso y de su familia.

Después el intendente coloca al detenido, exclusivamente en interés de éste, en una clase de escuela normal ó técnica, en un departamento industrial, para habituarle á un oficio conforme á su instrucción y á su constitución física; le hace conocer al mismo tiempo sus deberes, así como los derechos y los privilegios del instituto, y las condiciones bajo las cuales puede rehabilitarse y obtener la libertad.

Aprendizaje.—Lo primero de que se preocupa la dirección es de poner en manos del preso un oficio que le permita ganar honradamente la vida cuando se le ponga en libertad. La estadística demuestra que más del 75 por 100 de los penados no tienen oficio, y que el 94 por 100 de los delitos se cometen contra la propiedad. Por eso se preocupa poco de los beneficios que deje al establecimiento. Lo que se tiene en cuenta, ante todo, son las ulteriores ventajas que la sociedad ha de obtener con que entre en la vida laboriosa. Elige con escrupuloso cuidado la profesión para la cual tenga más aptitud y que se ejerza en el país donde piense establecerse, ó tenga sus padres.

En lo que concierne á la aplicación al trabajo, el contramaestre entrega todos los días á cada preso, en su taller, un certificado de la suma de trabajo que ha realizado; el mismo M. Brockway determina al comienzo de cada mes, teniendo en cuenta las fuerzas físicas y el conjunto de aptitudes de cada detenido, la suma de trabajo que debe suministrar cada mes para obtener la cifra máxima de puntos. El número de ramas de la industria explotadas en el establecimiento es bastante grande; y en el reparto de los detenidos entre esas diversas ramas, tiénese particularmente en cuenta sus ocupaciones anteriores y las probabilidades que podrán tener de encontrar ocupación en tal ó cual clase de trabajo, cuando

quede en libertad. El tiempo durante el cual debe trabajar el preso, es de ocho á nueve horas diarias; el sistema de trabajo adoptado es, aparte de los trabajos para las necesidades del establecimiento, el del *piece prize system.*

La enseñanza escolar, que es objeto de grandes cuidados en el *Reformatory,* comprende tanto la instrucción general como el aprendizaje de un oficio.

Como objeto de instrucción general, no sólo se dan los elementos de la lectura, escritura y del cálculo, sino que también la historia y la geografía nacionales, los principios generales de la ciencia del derecho y de la economía política. Pártese del punto de vista de que no basta proporcionar al detenido cierta suma de conocimientos y aptitudes positivos, que le pongan en estado de ganarse honradamente la vida al ponerle en libertad, sino que es preciso también darle una intuición muy clara de las condiciones de existencia del país á que pertenecen y de sus deberes para con ese país. Importa menos hacerle un hombre muy instruído que un buen ciudadano, puesto en condiciones de trabajar para el bien común de la nación. Partiendo de este punto de vista, se ha trazado el programa de enseñanza en las clases superiores (hay en el *Reformatory* de Elmira una escala de clases análoga á la de nuestras escuelas), de modo que el mismo detenido comprenda el interés que tiene en continuar instruyéndose. Por ejemplo, en lo que atañe á la enseñanza de la historia, el profesor se limita á dar una ojeada de conjunto al período histórico que considere, y en seguida indica los libros en que pueden adquirirse detalles ampliados. Esos libros, que se encuentran en la excelente biblioteca del establecimiento, se entregan á los detenidos obligándoles á leer ciertos pasajes y resumirlos por escrito ó analizarlos de viva voz.

La emulación de los detenidos, en este orden de trabajos, estimúlase además por un medio enteramente original. Cada semana aparece en Elmira, con el título de *Summary,* un periódico escrito nada más que por los reclusos. Este periódico inserta lo primero una revista de los sucesos políticos de la semana, tomados de los mejores diarios americanos; luego vienen informes acerca de la misma vida del establecimiento, sobre todo acerca de las conferencias interesantes que se han dado en el transcurso de la semana, resultados de las pruebas realizadas, promoción, descenso y libertad de los detenidos, etc. Al final se reproducen los trabajos de los detenidos merecedores de cono-

cerse, acompañados á menudo de observaciones especiales hechas por M. Brockway ó por los profesores del establecimiento. Cada recluso recibe un ejemplar de este periódico, que imprimen en la casa los presos. Además, hay abierta suscrición á este periódico; y los suscritores, padres de los reclusos, antiguos reclusos puestos en libertad, amigos, etc., son lo suficiente numerosos para cubrir por completo con sus cuotas de suscrición los gastos del periódico. Esta empresa produjo al principio viva emoción; hoy se aprecia en todas partes como una institución excelente. No sólo sirve para aguijonear en los detenidos el deseo de aprender y el ardor para el trabajo, sino que los mantiene en relaciones con los acontecimientos exteriores, y hace conocer al mismo tiempo á las personas de afuera, en particular á los parientes de los presos, la vida que se lleva en la casa. El ejemplo de Elmira ha provocado la creación de periódicos especiales en otros establecimientos del mismo género.

Aparte de la enseñanza de las materias de instrucción general, los detenidos, según más atrás hemos visto, reciben una enseñanza profesional. Para los más diversos oficios, se han organizado cursos en los cuales toman parte los presos, con mucho interés y muy buen éxito. Esta enseñanza la dan de noche los patrones de Elmira, mediante una ligera retribución. El detenido tiene cada semana dos cursos profesionales; dos noches se consagran á la enseñanza escolar; le quedan, pues, al detenido dos noches y el domingo entero para preparar sus tareas escolares. Asombra ver con qué celo realizan los reclusos este trabajo preparatorio.

El paso á la primera clase, independientemente del disfrute de celdas mejores, trae consigo ciertas ventajas, en particular desde el punto de vista de la correspondencia epistolar, de la recepción de visitas y del número de libros de la biblioteca puestos á su disposición. Además, á los detenidos de la primera clase se les conceden cierta suavidad de régimen y comen en mesa redonda, mientras que los de las otras clases comen en sus celdas. Por último, los detenidos de la primera clase que llevan un traje especial diferente del de los otros reclusos, están autorizados para pasearse juntos por el patio y se les emplea en comisiones de confianza, en particular de la vigilancia de los otros detenidos.

Así como los presos pueden subir de categoría con sus buenas notas, de igual modo pueden perderla por negligencia suya, mala conducta ó mal trabajo. En estos casos descien-

den á la tercera categoría, y para recobrar la libertad tiene que someterse á un trabajo más prolongado y más duro.

De propósito se expone así á los detenidos de la primera clase á tentaciones de diversa naturaleza. Sólo cuando han pasado por ellas durante seis meses, es cuando Mr. Brockway propone al consejo de administración que se les ponga en libertad provisional. No cabe duda de que el consejo tiene derecho á rechazar esta propuesta por motivos especiales, á pesar de la buena conducta del detenido, especialmente cuando juzga que la gravedad del delito cometido haría peligroso el ponerle tan pronto en libertad; pero, de hecho, siempre autoriza á Mr. Brockway á que así lo haga. Sin embargo, no se concede la libertad hasta que Mr. Brockway está convencido de que libre el preso encontrará una ocupación duradera que le convenga. Si el detenido no la encuentra por sí mismo ó por medio de sus amigos, Mr. Brockway se encarga de proporcionársela; y hasta ahora, según asegura, jamás le ha sido difícil encontrar colocación conveniente para un detenido recomendado por él.

El individuo puesto en libertad provisional debe, por lo menos durante seis meses, justificar su buena conducta en la forma que considere Mr. Brockway más práctica según los casos; por ejemplo, presentando un certificado de su principal. Cuando al cabo de los seis meses está convencido Mr. Brockway de que el delincuente puesto en libertad debe considerarse de hecho como corregido, propone al consejo de administración que declare cumplida la pena y devuelva por completo la libertad al penado. Si aún no ha adquirido este convencimiento, se prolonga el período de prueba de la libertad provisional. Mientras dura, Mr. Brockway tiene derecho á hacer que vuelva al establecimiento el individuo que está libre, si teme que dejándole en libertad vuelva al mal camino. El individuo torna á descender entonces á la segunda clase, y se le trata de la misma manera que cuando ingresó.

La libertad de los penados del Instituto sólo es condicional, es decir bajo *palabra* (de honor), y no reciben la libertad definitiva sino después de un año de buena conducta.

Durante los seis primeros meses de libertad, el delincuente está obligado á presentar todos los meses en el Instituto una declaración de buena conducta, expedida por una autoridad.

Los detenidos puestos en libertad bajo palabra están de continuo bajo la vigilancia é inspección del oficial

de *transfert;* si su conducta no es satisfactoria, se les detiene de nuevo y vuelven al instituto.

«El número total de individuos que salieron hasta 1883 del establecimiento de Elmira es de 2.295. Desde el punto de vista del tiempo de su estancia en Elmira, antes de ser puestos en libertad, distribúyense así:

Libres á los	12 meses..	202	ó sea	8,9 %
—	13 á 15..	535	—	27,2 »
—	16 á 18..	372	—	16,2 »
—	19 á 24..	369	—	20,4 »
—	25 á 36..	432	—	18,9 »
—	más de 36..	225	—	9,1 »

»Según eso, este sistema ha dado prodigiosos resultados: 83,1 por 100 de los puestos en libertad *bajo palabra de honor* han salido enmendados en el espacio de quince años.

»Pero, esta proporción parece muy exagerada cuando se examina en detalle la estadística de 1722 puestos en libertad, cuya estancia media fué de veinte meses:

»156 se fijaron en otros Estados, y por ese motivo quedaron en completa libertad;

»10 han muerto;

»128 tienen aún que dar cuenta de su conducta, por no haber expirado su período de prueba;

»971 han sido puestos en libertad definitiva, después de haber presentado durante seis meses, informes satisfactorios acerca de su conducta;

»185 no han logrado la libertad sino después de expirar la duración máxima de su condena;

»126 no han presentado los certificados exigidos, y se ignora qué ha sido de ellos;

»42 han incurrido en nueva condena durante su período de prueba;

»79 han tenido que ser otra vez reclusos en el establecimiento;

»25 han reingresado de propia voluntad en el establecimiento, porque habían perdido su empleo durante el período de prueba y no podían encontrar ocupación en otra parte.»

Descontando los 10 muertos, quedan 535 individuos que no se han enmendado; lo cual nos da no una proporción del 17, sino del 31 por 100. Por otra parte, es tan superficial la vigilancia que se ejerce sobre los individuos puestos en libertad provisional, que suponiendo que los infractores de la obligación, casi insignificante, de dar cuenta de su conducta han vuelto al camino del crimen, es mucho más probable acercarse á la realidad de los hechos, que presumiendo como lo hace Mr. Brockway que todos cuantos han cumplido esta obligación deban considerarse como enmendados.

Aún hace menos admisible que haya un número demasiado grande de curaciones la siguiente estadística que como hombre concienzudo

nos da él mismo, y que corresponde exactamente á lo que han encontrado los antropólogos criminalistas, demostrándonos cuán numerosos son los criminales congénitos y los hereditarios.

ESTADÍSTICA BIOGRÁFICA DE ELMIRA CONCERNIENTE Á LOS PADRES DE LOS PRESOS.

Hereditarias.

		Por 100.
Locura ó epilepsia de los ascendientes	499	13,7
Embriaguez comprobada	1.408	38,7
Dudosa	403	11,1
Moderados	1.825	50,2
Sin educación ninguna	405	13,6
Apenas saben leer y escribir	1.305	38,1
Escuela elemental	1.592	43,8
Escuela superior	164	4,5

Condiciones pecuniarias.

Pobres	173	4,8
Sin ahorro ninguno	2.801	77,0
Con recursos	662	18,2

Educación é instrucción de los presos.

Sin instrucción ninguna	710	19,5
Apenas saben leer	1.814	49,9
Escuela elemental común	979	26,9
Escuela superior y más	133	3,7

Carácter de los presos.

Verdaderamente perverso	2.072	56,9
Poco bueno	1.439	39,6
Dudoso	64	1,8
Bueno	61	1,7

Constitución física de los presos.

Débil ó enfermiza	200	5,5
Poca salud	301	8,3
Buena salud	3.125	86,2

Constitución mental de los presos.—Capacidad natural.

		Por 100
Inferior á la media	73	2,0
Mediana	789	21,7
Buena	1.508	38,7
Excelente	1.366	37,6

Buen sentido.

Sin sentido común	1.572	43,2
Con poco sentido común	1.040	28,6
Ordinario	916	25,2
Muy buen sentido	108	3,0

Constitución moral de los presos.—Susceptibilidad para las impresiones morales buenas.

Sin susceptibilidad	1.318	36,2
Poco susceptibles	1.310	36,1
Susceptibilidad ordinaria	851	23,4
Susceptibilidad especial	157	4,3

Sentido moral.

Sin sentido moral	1.794	49,3
Capaces de algún sentido moral	1.112	30,6
Ordinariamente sensitivos	553	15,2
Especialmente sensitivos	177	4,9

Ocupaciones.

Servicio doméstico	376	10,4
Trabajadores comunes	1.197	32,6
Obreros mecánicos	1.343	36,9
Comerciantes	633	17,7

Profesiones.

Legislativas	16	87	2,4
Médicas	36		
Teológicas	10		
Docentes	25		

Caracteres y relaciones de la vida doméstica.

Maldad	1.883	51,8
Probidad (sola)	1.453	39,9
Bondad	300	8,3

		Por 100.
Duración de la vida doméstica.		
Individuos que han abandonado á su familia antes de los diez años de edad.....	187	6,2
Entre las edades de diez á catorce años.....	126	5,2
Después de los catorce años de edad.....	1.121	30,8
Permanecieron en la casa paterna hasta la perpetración del delito.....	2.102	57,8

Nadie puede ser partidario más ardiente que yo de esta reforma, puesto que juegan aquí mi amor propio y mi pasión por mis teorías. En efecto, el estudio individual somático de cada delincuente, la aplicación de los tratamientos somáticos, la instrucción no teórica, sino práctica é individualizada, no pueden menos de producir algunos resultados hasta en los criminales natos. El empleo ó los recursos que se ponen á disposición de los penados á su salida, deben de ser una traba para la reincidencia en los delitos contra la propiedad. Pero no creo que, para el criminal nato por lo menos, pueda ser la traba sólida y duradera. Pues bien, cuando veo que el 49 por 100 no tienen sentido moral, el 12 por 100 han abandonado la casa paterna antes de la edad paterna ó han nacido de padres epilépticos, el 37 por 100 de padres borrachos y el 56 por 100 no manifiestan remordimiento ninguno, entonces no creo, y aquí estoy de acuerdo con M. Tollack (*Penological and preventive principles*, 1889), que puedan enmendarse por completo merced á un tratamiento constituido por el amasamiento y los baños fríos ó calientes, ni aunque por añadidura se dé la más cabal instrucción. Y esto, con tanto mayor motivo, cuanto que no se admiten los niños, que serían corregibles con más facilidad; que los jóvenes están allí mezclados con los adultos, lo cual es un manantial de peligros; y que un número tan grande de admitidos (más de ochocientos) hace difícil un estudio individual profundo. Además, para ser eficaz el tratamiento somático debiera ser mucho más médico y más individualizado de lo que es el de las duchas, la gimnástica y el amasamiento. Por ejemplo, sería preciso ensayar la nuez vómica para los jóvenes alcoholizados ó hijos de alcoholizados, el mercurio y el oro para los hijos de sifilíticos, el tratamiento por el *fósforo* para los débiles de inteligencia, el bromuro, el cobre, etc., para los epilépticos. La gimnasia y los ejercicios militares harán aquí siempre más mal que bien, pues los criminales se harán más ágiles, más fuertes; harto lo son ya, puesto que la agilidad es uno de sus rasgos característicos.

Como prueba de su rehabilitación se nos dan también estadísticas muy

limitadas, á decir verdad, en las cuales se ve que, después de este tratamiento, una docena de jóvenes se han vuelto más altos y fuertes, han aumentado de peso y de capacidad pulmonar. Pero lo que falta á los criminales natos, no es el desarrollo físico; antes, por el contrario, según he demostrado, están más predispuestos que los demás al crecimiento precoz. Así lo reza el refrán: *Hierba mala mucho crece.* En lugar de esto, era necesario darnos la prueba del cambio de sentido moral, prueba muy difícil de presentar, salvo en el epistolario. Es verdad que nos dicen que ofrecen un mínimum de recidivas, pero sería preciso saber durante cuánto tiempo persisten estos resultados. Por mi parte, sólo creo en ellos en cuanto á los criminaloides y criminales por pasión, á los cuales se les quitan así todas las ocasiones de delinquir. En este momento tengo á la vista un informe de Miss Nighton, donde se habla de dos homicidios perpetrados en ese establecimiento, en que la misma sífilis no es desconocida.

Pero, después de estas críticas, debemos confesar que este ensayo es digno de la libre América y que en Europa nunca se ha intentado un ensayo con tan grandiosas proporciones.

Si Elmira puede criticarse, á lo menos en parte, ¡cuánto no hay que vituperar á los otros establecimientos de base sentimental!

Por ejemplo, encontramos deplorable el lujo de alimentación que se da en la cárcel de Folsone (pan caliente, té, café, jarabes, dulces, vinos). Esto es un sarcasmo y hasta una incitación al delito para el honrado trabajador que no tiene ni siquiera pan moreno. Esto justifica la ley de Lynch; porque, ¿qué puede esperarse de un trato sólo á propósito para estimular el delito y en el cual sólo parece la pena un premio? Y vemos por Tollack *(op. cit.)* que todos los *Reformatory* de jóvenes, en particular donde éstos se hallan mezclados con los adultos, han dado los peores resultados. Después de quedar libres, incendian sus casas, sus buques; y cuando se les encarcela después, son los peores presos.

¡En el *Reformatory de Concord* (Aschrott) el director autoriza á los detenidos para formar entre sí *clubs* y dar reuniones! Estos *clubs* deben estar dirigidos por presos de primera clase, que responden del orden; los reclusos de tercera clase están excluidos. Los empleados del *Reformatory* no tienen entrada en esos *clubs*, que están exclusivamente reservados á los presos de las dos primeras clases, y no pueden entrar si no se les invita. Para nombrar los miembros de esos *clubs* hay

votación secreta, y en la misma forma pueden ser expulsados. Cuando la visita de M. Aschrott, había seis *clubs* organizados en el *Reformatory* de Concord. Tuvo ocasión de asirtir á dos reuniones, donde vió cierto número de presos con corbata blanca y clavel en la solapa; oyó leer versos, declamar trozos de literatura histórica ó cómica, entonar canciones, tocar el piano, etc.; todo ocurrió con el mayor orden, y los presos parecían divertirse mucho.

No habiendo podido menos de formular el visitante algunas reservas respecto á la oportunidad de esas distracciones, respondió el director que todos sus esfuerzos tendían á hacer de la estancia en el *Reformatory* la imagen de la vida real y á reanimar el gusto y el ingenio de los reclusos con el hábito de la sociabilidad. Pero, puede preguntarse, ¿qué se ha hecho del carácter de intimidación de la pena, á través de esos placeres y esas fiestas?

Sin embargo, todos esos ensayos pueden producir buen efecto. Ciertamente, cuando se priva temprano al criminal *in spe* de seguir la mala senda, cuando se le quitan todas las ocasiones de delinquir y se le abren todas las vías del buen éxito, se concluye por triunfar de su tendencia al delito. Pero sólo se obtienen estos resultados entre los criminaloides, en las personas vacilantes entre el vicio y la virtud. Así es cómo se ha visto disminuir los delitos en estos últimos años en Inglaterra, donde los *ragged schools*, los *home for little boys* dan medios é instrucción en un arte á más de 3.871.000 niños.

Los condenados á sujeción penal, que eran, por término medio, 2.589 en 1854, fueron 1.978 en 1864, 1.633 en 1874, 945 en 1884, 729 en 1891. Y, sin embargo, la población subió de 19.254.000 en 1859 á 29.401.647 en 1890.

Y esto puede todavía mejor demostrarse en una región pequeña donde las estadísticas son más seguras y más fáciles de comprobar, en Ginebra (1). En la interesante monografía acerca de la criminalidad en Ginebra, Mr. J. Cuénoud prueba que la criminalidad decrece allí. En el período de 1829 á 1838, los criminales condenados fueron el 79 por 100.000 habitantes. En el de 1872 á 1885, fueron el 12 por 100.000. Los condenados correccionalmente eran el 1.000 por 100.000 en el primero de dichos períodos, y nada más que el 300 en el segundo. Este decrecimiento se ha manifestado á pesar del aflujo cada vez más grande de extranjeros—ya se sabe

(1) *La criminalitè à Genève au* XIX *siècle*, por John Cuénoud.

que el elemento extranjero suministra en todas partes á las estadísticas criminales un contingente proporcionalmente muy alto. — Mr. Cuénoud atribuye el decrecimiento de la criminalidad en Ginebra, al desarrollo activamente favorecido de la instrucción popular y de la educación moral y religiosa.

La oficina central de beneficencia, los asilos nocturnos (8.946 hospedados en 1886), la asistencia por el trabajo, la protección de la infancia abandonada, los refugios para la regeneración de las prostitutas arrepentidas (1.200 en 1881), las 88 sociedades de socorros mutuos (1), las sociedades de temperancia, las medidas restrictivas en la venta de las bebidas alcohólicas, han sido las causas de esta diminución, que es más grande en la población indígena (durante cincuenta años, la diminución ha sido del 90 por 100).

La influencia de las casas de corrección y escuelas agrícolas se ve aún mejor en Bélgica, como lo demuestran estas cifras publicadas en el *Anuario de la Estadística belga* (1890):

AÑOS	Población media.	PROMEDIO DE DETENIDOS		Depósitos de mendigos.	Escuelas agrícolas.
		En las prisiones.	En las casas de reforma.		
1840	4.072,619	6.981	»	2.828	»
1850	4.426,205	7.001	266	3.478	266
1860	4.731,996	5.942	352	2.448	352
1865	4.827,833	5.107	437	2.179	437
1870	5 087,826	4.701	550	1.925	550
1875	5.336,185	3.126	847	2.014	847
1880	5.520,009	3.705	1.015	2.857	1.005
1885	5.853,278	4.446	1.090	3.614	1.090
1886	5.909,975	4.646	1.049	3.933	1.049
1887	5.974,743	4.671	1.040	4.092	1.040
1888	6.030,043	4.314	1.000	4.399	1.006
1889	6.093,798	4.634	923	4.740	923

Comparando las cifras de los detenidos en las prisiones y en las casas de reforma con la de la población media, se ve que en los primeros años, y particularmente en 1850, los detenidos estaban en la proporporción del 18 por 10.000; esta proporción se reduce en los últimos años á menos del 9 por 10.000.

A la inversa, en las escuelas agrícolas, en las casas de reforma, en los depósitos de mendigos, la proporción ha aumentado al triple en las dos primeras y al doble en los terceros, pero no en proporciones absolutamente constantes, sin embargo.

CÉSAR LOMBROSO.

(1) *Bulletin de la Societé Genoveise d'Utilite publique,* tomo VII, págs. 32 y 33.

LA ESCUELA CRIMINALISTA POSITIVA

A los estudiantes de la Universidad de Nápoles.

Consiento en la publicación de la conferencia que tuve el honor de dar en vuestro Ateneo, no porque crea que por sí merezca sobrevivir á los últimos ecos de ella en aquel aula, donde me dispensásteis tan inesperada acogida.

Me guían el deseo de atestiguaros una vez más el gratísimo recuerdo, para mí indeleble, que conservo de vosotros y de la hospitalidad napolitana, dedicándoos esta conferencia que os debe el ser lo que es; y también el deseo, por amor á la ciencia y á la patria, de ayudar de este modo á la propaganda de las nuevas ideas, que creo solución única y fecunda del problema criminal en Italia y que sólo temen el peligro de no ser exactamente conocidas.

He aquí las razones de esta publicación; de la cual, pues, no debe exigir el benévolo lector ulteriores novedades científicas, no consentidas en un escrito sólo de propaganda, que se propone únicamente repetir y difundir las ideas generales y más características de una escuela científica; pero de la cual espero que en cada uno de los lectores nazca ó se refuerce el propósito de no repetir contra la nueva escuela acusaciones tan vulgares como inmerecidas, ó mejor que se dediquen de ahora en adelante al estudio y al progreso de la sociología criminalista.

Enrique Ferri.

LA ESCUELA CRIMINALISTA POSITIVA

Debían ser bien fuertes las razones que desde Siena me trajeron aquí donde tanto fulgor de vida anima y enciende el pensamiento. El deseo de amigos lejanos, la invitación gratísima y lisonjera de jóvenes compañeros de estudio, á los cuales como á mí sonríe la sacra primavera de la ciencia, y á los cuales doy desde ahora testimonio de la más sincera gratitud: estas son las razones que aquí me condujeron. Pero, sobre todo, el profundo convencimiento de que es Nápoles terreno donde el germen de todo nuevo principio y de todo alto ideal tiene siempre su mayor expansión por la intuición felicísima de este pueblo, en que más vivamente italiana palpita el alma de Italia. Nápoles, donde el derecho penal ha contado desde Filangieri, Pagano y Niccolini hasta Zuppetta y Pessina, grandes maestros de una escuela, á la cual queremos suceder nosotros, no por manía de demolición, sino con inteligencia de amor, con reverente afecto, y por el indeclinable deber de desarrollar lo que ellos no pudieron, porque cada época tiene su misión científica. Nápoles especialmente, donde hace más de cuarenta años la escuela clásica criminalista obtuvo de Zuppetta admirable sistematización de aquellos principios, que luego fueron por otros reproducidos y ampliados; y Pessina, hasta 1879, después de los primeros albores de la nueva escuela criminalista, sostenía la necesidad, para el derecho penal, de renovarse en las puras ondas del naturalismo.

De diez años á esta parte, unos cuantos hombres de estudio, seguidos poco á poco por una falange cada vez más numerosa y apretada de compañeros de combate, han iniciado y proseguido esta renovación, realizando así los votos que vuestro maestro de derecho criminal expresaba desde esta cátedra (1).

---

(1) En este punto de mi discurso, si la premura que me instaba y que me hizo omitir otros tantos apuntes, y la emoción fortísima no me hubiesen negado la oportunidad, hubiera debido recordar también, como lo hice en diversas publicaciones mías, el nombre de dos briosos defensores del positivismo científico, profesores de filosofía é historia del derecho en la Universidad napolitana, Angiulli y Bovio.

Algunas diferencias secundarias de parciales puntos de vista científicos, me separan de Angiulli, uno de mis maestros de psicología positiva; y fundamental diferencia de aplicación del método científico me separa de Bovio,

Cierto que nuestra obra no corresponde por completo á las miras de quien la anunciaba como deseo y tarea común; pero esta es contingencia que no elude la necesidad constante y perpetua en la ciencia, de que cada uno trate de llevar innovaciones al patrimonio intelectual de la generación á que pertenece. La verdad es un polígono, al cual se mira por todos lados; por eso todo innovador lleva materiales nuevos y nueva vida á la ciencia, que de otra manera se estanca en el dogmatismo y en las repeticiones infecundas. A los jóvenes más que á nadie incumbe esta tarea innovadora, útil por sí misma, independientemente de la bondad de las innovaciones, puesto que también para las ideas hay lucha por la existencia. Si la idea innovada no es exacta, esto es, no responde á la realidad de las cosas, no será más que una solitaria tentativa. Pero si el innovador ha observado la verdad y aportado una idea exacta y vital, entonces las mismas fuerzas de la naturaleza harán seguir por completo á estas nuevas ideas el camino del mundo, sin que él tenga que hacer una guerra personal ó intolerante. Porque hago observar desde el principio que la tolerancia para las ideas es el primer indicio de la cultura y alteza intelectual de un individuo como de un pueblo. Es cuestión de convencimiento, es cuestión de haber recogido un número dado de hechos que fortalezcan aquella observación dada; y cuando alguien opone otros hechos y otras observaciones, es cuestión de ver la resultante que naturalmente deriva de ellos. Pero hayáis dicho la verdad ó el error, vaya ó no seguida de buen éxito vuestra empresa, siempre habréis merecido bien de la ciencia, siempre seréis beneméritos de la sociedad, que en la ciencia encuentra un elemento de vida, uno de los más altos motivos de su progreso.

Todavía hay otro destino común, si del cual tenemos conciencia nos conforta, continuando por la senda que habíamos comenzado á recorrer, sin embargo de los obstáculos que intentan atravesarse en el camino.

Este destino es que mientras que en su juventud aspira el hombre á la innovación en todas las esferas de la actividad, al llegar al ocaso de

que en su *Ensayo crítico del derecho penal* se ha detenido en la crítica silogística, sin añadir la reconstrucción científica ni siquiera en la nueva edición de 1883, después del amplio desarrollo de la escuela criminalista positiva, allí no recordada. Pero esto no me hace menos grata la ocasión de reparar un silencio, que sentiría que otros hubiesen atribuido á intolerancia ó á mezquinos sentimientos, bien distantes de mí como de cualquiera que, no admitiendo para sí ni para los demás el monopolio de la verdad, estima á los pensadores no tanto por la calidad de sus ideas, como por la potencia científica con que las defienden.

la vida se retrae y cree que aquí están los últimos términos del saber y ve con temor que otros se le puedan adelantar. Es destino común el ser revolucionarios en la juventud y conservadores en la vejez. A nosotros los jóvenes nos toca, pues, la misión del porvenir...

Cuando en una desconocida región de la naturaleza avanza atrevido y confiado algún fuerte pensador y conquista todo cuanto más terreno inexplorado puede, mientras le sobran fuerzas y le incitan, prosigue animoso la lucha contra lo desconocido; mas, cuando al llegar al fin de su carrera cae desfallecido, porque tal es el destino humano, grita á todos los demás: «¡Deteneos, deteneos, yo llegué al último grado de la ciencia!» En vano: la inagotable naturaleza fatiga con nuevo impulso á otros combatientes é inexorable los empuja, con su fatal mandato: «¡Marcha, marcha, conquista toda la verdad que puedas!...»

Con tales intenciones y con este sentimiento de gratitud hacia vosotros, en cuanto me lo permitan la brevedad del tiempo y el temor de abusar de vuestra benevolencia, os señalaré hoy el movimiento innovador que desde hace poco más de diez años se ha iniciado en la ciencia criminalista, y va progresando cada vez más en nuestro país y en las otras naciones, que lo estudian y lo alientan precisamente con el nombre de «nueva escuela italiana del derecho penal».

Señalaré con breves líneas estos nuevos principios, para dejar una idea exacta de ellos en vuestros espíritus observadores, á fin de que al ser peritos en esta ciencia podáis corregir sus errores y desarrollar sus verdades con la discusión tolerante, apresurando el momento de una completa organización de la sociología criminal, que ahora sólo podemos entrever.

Así, cuando los primeros rayos rosados del sol naciente saltan de cima en cima, sacando las cosas y la vida de las tinieblas nocturnas, el alpino solitario, aunque apenas distingue la vaga indefinida fisonomía de sus montañas, entrevé, sin embargo, desde el alba el espectáculo vario é inmenso con que en el mediodía luminoso será magnífica su comarca.

La lucha por la existencia es férrea ley que empuja sin sosiego la onda eterna de las generaciones, mitigando cada vez más sus formas, desde la primitiva lucha violenta hasta la moderna competencia inte-

lectual; pero quedando siempre, deidad inexorable, como norma suprema de la vida, porque luchar es vivir, y el hombre que no lucha está muerto ó moribundo.

En la sociedad toma dos diversos aspectos esta lucha: el uno comprende la actividad normal, económica ó jurídica del individuo; el otro, la actividad anormal ó criminal. De la primera se ocupan las ciencias económicas, políticas ó jurídicas; de la segunda, la sociología criminal.

En la primera se manifiesta el aspecto económico de la cuestión social; en la segunda el aspecto criminal. Aquél es, con mucho, más arduo y más áspero que éste; pero éste es, sin embargo, esencial para la vida del individuo y de la sociedad; porque, adquiridos los alimentos, es preciso adquir la seguridad de la propia persona y de los propios derechos, á la cual provee precisamente el magisterio penal regulado por la ciencia. Ahora bien: la ciencia criminalista encuentra ante sí como primer hecho una gran mayoría de ciudadanos que luchan de un modo jurídico, y una exigua minoría facinerosa que lucha de un modo criminal. Por consiguiente, encuentra como primero y fundamental problema esta constante reaparición del delito en todos los países. Problema capital, máxime en Italia, donde hay mayores ejércitos de delincuentes que en otras naciones.

Italia, que en 1862 tenía cerca de 28.000 detenidos condenados, dejando aparte los solamente acusados, en 1872 tenía 43.000, cifras acrecentadas también por la readquisición de las provincias de Roma y Venecia, arrancadas al yugo extranjero y reunidas de nuevo al organismo nacional; en 1882 tenía 51.000. Y para daros algunas cifras aisladas, que son, sin embargo, un síntoma elocuente, y para citaros el delito más grave, os diré el número de los homicidios que en Inglaterra está actualmente en la proporción anual de 11 por cada millón de habitantes, en Francia en la de 15, en Prusia en la de 13 y en Italia en la de 91.

Lo cual quiere decir que este problema penal adquiere en Italia tal agudeza, que verdaderamente debe de ser una de las causas por las cuales se aplica con tanta ventaja el ingenio italiano á la ciencia de los delitos y de las penas, hasta el punto de hacer de pronto germinar y crecer rozagante un nuevo organismo científico allí donde había sobrevenido ya el agotamiento en las teorías del derecho criminal clásico.

Así, pues, el positivismo científico nos enseña también á ser modestos; ya que, si se ha determinado

esta nueva corriente en la ciencia criminalista, es porque las circunstancias del medio ambiente exigían este modo de ser de las cosas.

Por tanto, ni hay que conceder por ello mérito exclusivo á este ó aquel pensador, ni hay que creer luego que esta nueva escuela ha nacido por veleidad caprichosa de este ó aquel sabio; antes bien, por una necesidad verdadera y urgente de la conciencia popular, moral y jurídica.

El problema fundamental está, pues, en que todos los años hay una minoría de malhechores que perseveran en la delincuencia, mientras que la gran mayoría de los ciudadanos, bajo la presión de las mismas condiciones generales, se mantiene dentro de los límites del derecho. ¿Qué respuesta ha dado á este problema la ciencia criminalista clásica? Es inverosímil, pero es verdad: ninguna respuesta.

Si abrís un tratado de derecho penal os quedaréis llenos de admiración por quien lo ha escrito, como los libros de Pessina, de Carrara, de Zuppetta; donde, si estáis de acuerdo con las primeras premisas, un poderoso mecanismo lógico os arrastra inexorable hasta las últimas consecuencias.

Pero en estas obras, en estas páginas estupendas, no encontráis planteado aquel problema; porque estudian el derecho criminalista en sus principios abstractos, esto es, considerando las condiciones jurídicas para obtener, por ejemplo, la imputabilidad, la tentativa, la complicidad, la recidiva, las circunstancias calificadoras, las eximentes, y ven si se han verificado en el caso concreto. O si se da alguna respuesta á aquella pregunta, la escuela clásica da como única y exclusiva causa natural del delito la libre voluntad, y á ella imputa la eficiencia de los delitos, considerando el delito como un ente jurídico abstracto y cortando así de raíz todas las ulteriores investigaciones acerca de las causas de los delitos; porque cuando se dice que si el hombre comete los delitos es porque quiere cometerlos, ya está dicho todo.

Por lo demás, es cierto que algunos grandes criminalistas, como Filangieri, Romagnosi, Carmignani, Ellero, etc., se han ocupado de las causas de los delitos; pero su voz fué olvidada, porque otra cosa entendía la escuela criminalista predominante; su voz no fué escuchada, la semilla que arrojaron no germinó. Ahora volvemos á emprender nosotros aquellas olvidadas investigaciones, determinando así un nuevo movimiento científico.

Y así también, si preguntáis á la escuela clásica cuáles son los remedios contra el delito, responde: la

pena, como coerción y castigo de la maldad subjetiva.

Y esto, no por inducción científica, sino tan sólo por un razonamiento abstracto, por un silogismo hegeliano: el delito niega el derecho, es así que la pena niega el delito, luego la pena afirma el derecho.

Pero esta respuesta no es científica, porque en ella no tenemos ningún otro elemento de hecho extraño á la pregunta y nos sujetamos, por consiguiente, á una simple tautología. Y, en verdad, los hechos contradicen tenazmente el que la pena extingue el delito. La historia y la estadística nos afirman que cuando las penas eran más violentas, entonces fueron más impotentes para reprimir los delitos.

Así, las penas bajo Roma imperial fueron insuficientes para impedir la general corrupción de costumbres.

Cuando, por ejemplo, el Cristianismo abrió á la humanidad una nueva era, en vano los emperadores paganos impusieron á los secuaces de aquel cisma (que tal era para ellos el Cristianismo) las hogueras y los tormentos y las fieras; en vano, porque ha realizado el glorioso destino de que era capaz y cuyo cumplimiento imponían fatalmente las condiciones históricas.

Lo mismo podemos decir en nuestra época del más elástico movimiento socialista, en el cual de cierto hay una parte aceptable y otra no; porque, como dice Manzoni, el tuerto y el derecho no se deslindan jamás con una línea recta. Este movimiento socialista desafía todas las persecuciones de los gobiernos, como lo ha confesado hasta el gobierno de Alemania, donde las malas circunstancias se han agravado con la misma ley acerca del estado de sitio, promulgada para remediarlas. Y asegurad lo propio del fenianismo en Irlanda, del nihilismo en Rusia. Lo cual quiere decir que la pena no es el remedio único y suficiente contra los delitos.

De aquí, pues, la necesidad de volver á hacer aquella pregunta y ver si el estado actual de las ciencias naturales y sociales ofrece á los criminalistas argumentos seguros para poder dar una respuesta más práctica y más eficaz. Esta es la razón determinante y este el alto concepto que tiene la escuela positivista, la cual sucede ahora al ciclo glorioso de la escuela clásica que en Italia va desde Beccaria, Romagnosi, Filangieri, Pagano, Niccolini, Rossi, Carmignani y Giuliani hasta Zuppetta, Carrara, Pessina, Ellero, Tolomei, Buccellati, Catalano, Nocito, Brusa y algún ecléctico infecundo.

Beccaria manifestaba en su época un sentimiento común, más ó me-

nos latente, sentimiento que formuló en su libro inmortal, iniciando así toda una evolución científica. Y, sin embargo, sólo porque Beccaria se oponía á la corriente tradicional, á los hábitos inveterados, encontró indénticas acusaciones de favorecer á los delincuentes, de demoler toda ciencia, que hemos encontrado nosotros y encontramos.

Cuando Beccaria propuso abolir el tormento, fué declarado instigador de los asesinos y de los ladrones; porque se partía del razonamiento abstracto de que un hombre que ha cometido un delito no lo confesará nunca, y, por tanto, es preciso hacérselo confesar. Y lo mismo de la confiscación, de la pena de muerte y todas las demás innovaciones.

Y, sin embargo, todas ó casi todas las reformas defendidas por Beccaria se llevaron á la práctica, porque expresaban una necesidad de sus tiempos. Y los que entonces eran llamados revolucionarios son ahora los más ardientes conservadores del derecho penal, y proclaman aquellas reformas un beneficio insuperable para la moderna sociedad.

Por un destino común á todos los innovadores, nosotros, los de la escuela positivista que sucedemos á la escuela clásica, hemos encontrado las mismas acusaciones que Beccaria y los partidarios de él hallaron en su tiempo.

Cuando Lombroso, Garofalo y una persona que no importa nombrar aquí, dijeron «hace falta cuidar más del estudio del delito y sus causas», fuimos llamados instigadores de los delincuentes. Hemos soportado esta acusación y oposiciones aún más fuertes en la vida práctica que en las discusiones teóricas, tranquilos y serenos, iniciando una escuela criminalista positiva que opone á la escuela clásica diversos propósitos prácticos y científicos. La escuela clásica, nacida por generosa reacción contra la ferocidad punitiva de los legisladores medioevales, que rivalizaban en inventar suplicios con la fantasía de los delincuentes en inventar fechorías, se propuso como objetivo práctico la abolición de muchas penas, como las capitales, corporales, infamantes, de confiscación y la diminución general de las otras penas; y al triunfar ha obtenido la mayor parte de esto.

La escuela positivista se propone, en vez de ese, otro objetivo práctico que, sin embargo, la escuela clásica debe haber tenido como platónica meta; pero no ha podido realizarlo porque cada época tiene su misión, y la de ésta es la *diminución de los delitos*.

Y tal diferencia de propósitos

prácticos proviene de que también es totalmente diverso el método científico. La escuela clásica estudia el delito en su objetividad abstracta, y, por consiguiente, no se ocupa del delincuente, sino como de un término algebraico para la aplicación de la pena, proporcionada al delito y no al delincuente; y si se ocupa de éste en ciertas condiciones de evidente anomalía, lo ha hecho y lo hace, por el método apriórico y por el menor progreso de las ciencias naturales y psiquiátricas en los tiempos pasados, de un modo tan incompleto y con principios tan peligrosos, que llega á convertir los motivos de una mayor defensa social (como en los casos de locura, embriaguez, menor edad, etc.) en motivos de impunidad de los malhechores.

La escuela positivista, por el contrario, considera la criminalidad como un fenómeno natural; y, por consiguiente, en vez de la delincuencia estudia el delincuente, adaptando sobre todo á éste las precauciones defensivas y teniendo el delito cometido sólo como un indicio de la potencia maléfica de quien lo ejecuta.

Y tan cierto es que esta innovación es el designio de las condiciones sociales é intelectuales de nuestra época, que encuentra término de comparación en todo el movimiento científico y artístico contemporáneo.

En el arte, al tipo académico abstracto sustituye el tipo vivo de la realidad; ha podido llegar hasta la exageración, reduciendo la pintura á la fotografía y reproduciendo harto á menudo cosas feas y deformes, pero el abuso de un principio nunca es la demostración de su falsedad.

El mismo movimiento hubo en la medicina por obra también de Tommasi, que fué uno de los renovadores de la medicina moderna, de los iniciadores de la nueva escuela positivista médica; en el sentido de que mientras al principio de nuestro siglo se estudiaba la enfermedad en abstracto, la nueva escuela quiere que se estudie el enfermo en sus condiciones individuales y que, por consiguiente, se cambien el remedio ó las dosis de él según los diversos individuos, dada también la identidad de la dolencia.

En las ciencias sociales encontramos otra confirmación de la tendencia necesaria de nuestra época hacia el movimiento positivista. Por ejemplo, Adam Smith, que es á la economía política como Beccaria al derecho penal, ó más bien sus discípulos, han estudiado los fe-

nómenos económicos en sí mismos, independientemente de las condiciones históricas de cada país. Por consiguiente, representan en la ciencia económica la escuela clásica ortodoxa, que de ahora en adelante debe ceder el campo á la escuela económica positivista, por la cual se estudian los fenómenos económicos en las condiciones propias de cada pueblo, en cada tiempo y clima, en su realidad relativa y transitoria.

Este movimiento positivista se encuentra tanto en las artes como en las ciencias, está determinado por las necesidades históricas de nuestro tiempo, y como tal es oportuno y fecundo renovador del ambiente científico en las escuelas criminalistas.

En efecto, las publicaciones de la escuela clásica en materia de derecho criminal son ahora de una rareza evidente, no sólo en Italia sino en toda Europa; y las pocas que ven la luz representan, como me escribía un venerando maestro, la reproducción pero no la producción científica, desarrollándose todas con ínfimas diferencias de fórmulas ó de conclusiones particulares dentro de los usuales carriles de los lugares comunes acerca del delito y de la pena. Y la razón es muy sencilla. Una escuela científica no puede dar de sí más que lo que está en su naturaleza íntima. Por consiguiente, toda escuela criminalista lleva dentro de sí el comienzo, el desarrollo y la decadencia senil. Así en Italia, desde Beccaria hasta Carrara, la ciencia criminalista clásica ha realizado un ciclo espléndido, glorioso, que ha tenido ya su mayor expansión, y, por consiguiente, nada más se le puede añadir.

O si se añade algo, no es más que por un proceso ulterior de abstracciones que alejan cada vez más las normas científicas de la realidad terrestre, como lo demuestra la continua y vana fatiga del legislador italiano para formular en un Código penal aquellas sublimes máximas científicas que harto á menudo se rebelan contra la necesidad práctica de una legislación para la cual debieran, sin embargo, estar hechas; vanidad de labor legislativa que aún se evitó para el Código de comercio, á pesar de ser idénticas las condiciones parlamentarias, precisamente por ser posible la correspondencia de las teorías jurídicas con la práctica de los negocios.

Pues bien; ahora se inicia una nueva expansión científica que tiene una gran fecundidad de trabajo, prueba palmaria de su hirviente vitalidad, nueva irrigación de sangre oxigenada en el exhausto cuerpo de la ciencia criminalista.

Y á la manera que en el bosque

los humores vitales detenidos por el rigor del invierno vuelven á seguir, al sol de la primavera, su eterno círculo y reverdecen esta «gran familia de plantas y animales»; así en la ciencia criminalista, con el impulso vivificador de la escuela positiva, reverdecen las ideas y vuelven á continuar su eterna circulación, sin la cual no existe la humanidad.

Procedamos ahora á señalar las inducciones fundamentales de la escuela positivista que forman las primeras líneas de esa ciencia que puede llamarse sociología criminal, y que, por consiguiente, traspasa los límites de una ciencia técnicamente jurídica, estudiando la vida del organismo social en sus manifestaciones patológicas ó criminales.

La escuela positivista se desenvuelve toda ella entre estos dos polos: buscar las causas naturales de los delitos y señalar sus eficaces remedios, naturales y jurídicos.

Por consiguiente, se propone conseguir el objetivo práctico de la diminución de los delitos con el estudio de la delincuencia como fenómeno natural, guiada por el criterio científico de que primero se deben indagar con paciencia los hechos, para luego deducir de ellos las ideas.

Del hecho á la idea: he aquí la divisa de la nueva escuela criminalista, como de toda la renovada filosofía positiva; y he aquí el secreto de la moderna maravillosa fecundidad en las ciencias naturales y sociales, y, por consiguiente, también en la sociología criminal. Del hecho á la idea, con tal de que, como dice Littré, de la máquina de la inducción no quiera sacarse más fuerza de conclusiones que la que dé de sí el combustible de hecho que dentro de ella se introduzcan.

El hecho, única fuente de la verdad, por sí solo, porque es indiscutible; el hecho, que una vez comprobado, aun cuando no obtenga de él fruto su primer investigador, está siempre dispuesto á poner en libertad la propia energía lumínica y fecundante, como el grano de trigo que germina después de seis mil años de tinieblas en los sepulcros egipcios.

La idea, que sin el hecho es fosforescencia que se apaga, después del iris brillante con que fué concebida en el cerebro de Platón ó de Hegel, y sólo deja trás de sí la ceniza infecunda de una célula cerebral que ha trabajado.

Hace falta, pues, comenzar por el estudio de los hechos. Y así lo hace la nueva escuela criminalista,

organizando y completando con unidad de método y de propósito las investigaciones iniciadas acá y allá desde los primeros años de este siglo, pero que habían permanecido hasta ahora disgregadas y truncadas y sin precisa conciencia del método científico, en el campo antropológico, psicológico, estadístico, por lo que respecta á la vida del hombre delincuente.

Y puesto que la escasez de tiempo no me consiente una minuciosa y larga exposición de la espléndida mies de variadísimos hechos, que en los pocos años de su existencia ha entregado ya la escuela criminalista positiva al acervo común de la ciencia, con la fortuna que le daban la ardiente actividad de sus adeptos y la virginidad del terreno explorado, me bastará indicar sus líneas principales, con una advertencia preliminar.

Y es que, aun cuando en los primeros días de toda ciencia, como de toda parte de la actividad humana, no sea posible la división del trabajo en aquellas proporciones que después se hacen necesarias en los grados ulteriores de la evolución científica, sin embargo, desde ahora paréceme que entre los primeros iniciadores de la escuela criminalista positiva pueden advertirse esta variedad de funciones científicas que naturalmente repercute en las filas de los combatientes, según sus tendencias mentales y sus estudios: para hablar sólo de los italianos, desde Magno, Barzilai, Virgilio, Amadei, Filippi, Rometi, Bonvecchiato, Riccardi, Cougnet, Cosenza, Fioretti y Berenini, hasta Porto, Balestrini, Aguglia, Caluci, Bolaffio, Pavía, Precone, Pugliese, Setti, De Paoli, Fazio, Frigerio, Tonnini, Benelli, Lioy, De Vio y tantos otros. Lombroso, naturalista y psiquiatra, prepara ante todo los primeros materiales antropológicos, base necesaria de toda construcción jurídica ó sociológica, con una originalidad y fecundidad de investigaciones tal, que, sin más, es preciso considerarle como verdadero fundador de una nueva ciencia: la antropología criminal. Garofalo realiza la distinguida función de sacar más bien las inducciones técnicamente jurídicas de las primeras conclusiones de hecho, mirando en especial á la legislación penal y á la posible reforma de ésta en nuestros días, en este período de transición. Otra persona, en fin, cuyo nombre no importa, trabaja porque la renovación de la ciencia criminalista tenga el mayor alcance, no restringiéndose á un enlace de agua de rosas entre la antropología y el derecho penal, como algunos eclécticos infecundos andan diciendo, ni tan sólo á una corrección de principios

jurídicos ó de artículos de ley, sino transformando con una sustancial innovación de método la ciencia jurídica de los delitos y de las penas en una verdadera y propiamente dicha ciencia social, en una sociología criminal.

En eso precisamente estriba la diferencia entre la ciencia del derecho privado, civil ó comercial, y la ciencia criminalista. Puesto que mientras las primeras estudian nada más que las relaciones jurídicas de una actividad humana considerada en abstracto, deteniéndose en los derechos particulares y en los deberes de los contratantes y de los agentes, con independencia de las condiciones antropológicas de éstos y del ambiente en que desarrollan su actividad, la ciencia criminalista, por el contrario, debe ocuparse en primera línea del individuo agente, cómo nació, cómo vive, con qué tendencias y en qué medio ambiente, hasta el punto en que trasciende al delito.

Y si hasta en el derecho civil comienza en nuestros días á tenerse clara conciencia de que se deben cimentar y en parte renovar sus principios con los datos relativos á las condiciones sociales de cada pueblo, siempre sucede, sin embargo, que en el derecho civil, como antes en el derecho penal clásico, el agente ocupa un lugar secundario, como término algebraico de aplicación de las abstractas reglas jurídicas, mientras que en la sociología criminal adquiere el primer puesto, y en él y en el ambiente en que vive se buscan las causas de su actividad criminal.

Precisamente, el estudio de las causas naturales del delito, es lo que constiye el argumento primero y más vital, según la escuela positivista.

Un hombre mata á otro. He aquí el hecho exterior; última fase de un proceso causal, del que es preciso determinar los momentos. Puesto que aquel hombre ha podido cometer un acto que repugna á la mayoría de sus semejantes, antes de todo debe de encontrarse en condiciones personales diversas de las comunes, y debe de haber hallado en el ambiente los estímulos y las condiciones necesarias para que, aparte de tener la idea del delito, haya realizado su ejecución.

Esto equivale á decir que las varias y múltiples causas naturales del delito se dividen en las dos grandes clases de factores *individuales* ó antropológicos y factores *exteriores;* dividiéndose estos últimos, á su vez, en factores *físicos* ó del medio físico, y factores *sociales*.

Comencemos por los primeros. Entre lo físico y lo moral del hombre, si, según la opinión común prejuz-

gada por la filosofía tradicional, no quiere admitirse el nexo íntimo de la causalidad, que las ciencias modernas establecen evidentemente sin embargo, siempre hay que reconocer un vínculo fortísimo y continuo. Por eso, el estudio de los factores individuales ó antropológicos, atiende por un lado á la constitución orgánica del delincuente, y por el otro á su constitución psíquica ó moral, dependiente de aquélla.

Ahora bien, la antropología criminal, con una serie siempre creciente de observaciones, no sólo acerca del cráneo, sino del cerebro, de los órganos de los sentidos, de las vísceras, de la sensibilidad y de todas las demás manifestaciones biológicas de los delincuentes, ha observado y confirmado que en éstos se encuentran frecuentísimas anormalidades, por las cuales los delincuentes, máxime en su tipo más común y peligroso, reproducen en nuestra civilización los caracteres del hombre salvaje y primitivo.

Una continua evolución transforma poco á poco á la humanidad, sin descansar nunca; pero no todas las razas humanas y no todos los individuos de una raza siguen isométricamente los grados de esta evolución. Hay quien se anticipa, hay quien se retarda en ella; y el hombre delincuente está en retraso con respecto á la raza civilizada á que pertenece, y, por consiguiente, reproduce en ella las formas de la primitiva barbarie. No se diga que muchas de las anormalidades halladas en los delincuentes se encuentran también en los hombres honrados, y, por tanto, no pueden considerarse como síntomas específicos de delincuencia. Porque no sólo se acumulan con la mayor frecuencia en los malhechores muchas anormalidades, de las cuales sólo alguna (y rara vez) se encuentra entre los hombres honrados, y no sólo también los honrados ó tenidos en concepto de tales (y que pueden haber cometido delitos ignorados ó podrán cometerlos en otra edad de su vida), se hallan á veces en un estado de regresión ó de suspensión de desarrollo, deteniéndose en la excentricidad, en la locura, en el suicidio, sin llegar al delito; sino, sobre todo, porque cuando se habla de estas anomalías de los delincuentes, se afirma, no ya que todos los malhechores y ninguno de los honrados deban tenerlas, sino que únicamente se comprueba una mayor frecuencia de anomalías en los unos en comparación de los otros. Entre 100 malhechores, encontráis unos 25 normales y 75 anormales, mientras que, por el contrario, entre 100 honrados halláis 90 normales y 10 anormales; he aquí la diferencia,

relativa y no absoluta, pero más que suficiente para constituir un verdadero carácter de raza diversa, ó, mejor, de diverso desarrollo orgánico, entre delincuentes y no delincuentes.

Lo mismo decimos de la constitución psíquica ó moral de los delincuentes, que no es más que el reflejo de la constitución orgánica, íntimamente ligada con ella, como el anverso y el reverso de una superficie. Y puesto que la vida psíquica del hombre se desenvuelve por el impulso del sentimiento y por la dirección de la idea, al estudiar el lado moral ó ético de esta vida psíquica en los delincuentes, preciso es observar el estado del sentido moral, no sólo como discernimiento de lo honrado y deshonroso, de lo justo y de lo injusto, sino sobre todo como fundamental temple moral del individuo sobre el cual actúan y estoy por decir que se polarizan todos los demás particulares sentimientos egoístas y altruístas; como para la ideación importa observar más que nada la fuerza especial de la previsión de la pena, como elemento inseparable en la dinámica psíquica de donde surgen el propósito y el acto criminales.

Ahora, si se estudia el delincuente, no desde el tibio gabinete de estudio sino en las cárceles y en los manicomios, el primer carácter psíquico que llama la atención en ellos es precisamente la anormalidad de su sentido moral, casi siempre débil y muy á menudo falto del todo. Nos encontramos entonces ante un hombre que, contra la opinión común, en la mayor parte de los casos confiesa su delito con indiferencia á menudo humorística, afirmándoos que no siente por ello ningún remordimiento, y muchas veces no os oculta que puesto en libertad lo volvería á hacer «si para ello se presentase ocasión oportuna», y os dice que la prisión sobrevenida, mientras que no acaece tras de todos los delitos, porque muchos «salen libres», no es, en último término, más que un riesgo del oficio, como la explosión de gas para los mineros, el hundimiento de la construcción para los albañiles y otros casos por el estilo. En resumen, un hombre de un temple moral fundamentalmente diverso del del hombre honrado, en virtud del cual no siente aquél ninguna repugnancia por la idea del crimen antes de cometerlo, ni remordimiento de haberlo ejecutado después del hecho y tampoco después de sus consecuencias.

También el hombre honrado puede sentir en un momento crítico cruzar por su cerebro el siniestro relámpago de una idea criminal; pero la imagen del delito no hace

presa en su ánimo, y excepto en los casos de huracanes psicológicos desencadenados por el ímpetu de una pasión, resbala sobre el terso acero de su conciencia moral y no lo atraviesa. Por el contrario, el delincuente, en su tipo común, no siente esta repugnancia por la idea de un delito, ó si la siente, por ejemplo, por el homicidio, no la sentirá por el hurto ó viceversa; y, por tanto, siente poco á poco, casi sin dificultad alguna, cogida toda su propia actividad psíquica en el engranaje de un proyecto criminal y llega á la ejecución de él sin encontrar en su propia constitución moral casi ninguna fuerza repulsiva, ó harto débil, que le aparte del delito.

Lo contrario sucede en el hombre honrado, como cada uno puede sentir dentro de sí mismo, y como, por ejemplo, se sabe del ilustre psiquiatra Morel, el cual refiere de sí propio que un día, pasando por un puente de París, sintió de improviso la tentación de tirar al río á un obrero que estaba apoyado en el antepecho, y huyó á todo correr por miedo á dejarse arrastrar por semejante aberración... Imaginaos una constitución moral menos fuerte, y hubiérais tenido un homicida «sin motivo» ó «sólo por brutal perversidad», como dicen los criminalistas clásicos.

Y las pruebas de esta anormal constitución psíquica en los delincuentes son frecuentísimas. Cuando veis un acusado que se sonríe cínico durante todo el curso de un proceso cruel ó escandaloso, debéis decir que es demente ó está falto de sentido moral; y cuando luego le veis mantener la misma actitud al cumplir la condena y hasta durante la ejecución de la pena capital, no tenéis más remedio sino concluir que verdaderamente se halla en un estado de idiotismo moral, que psíquicamente se sale de la norma común de los hombres.

Pero advertid que esta actitud apática del malhechor vulgar es diametralmente opuesta y tiene un origen y un significado morales, contrarios en un todo al fuerte y tranquilo heroísmo con que un glorioso mártir de la libertad saluda sonriendo el fulgor de la segur política que va á consagrar su nombre á la veneración de un pueblo entero.

El ambiente natural ó físico representa la segunda categoría de los factores criminales, y podemos distinguir varios. El clima, la vuelta de las estaciones, la temperatura anual, determinan constantemente una variable manifestación del delito; por eso los delitos contra la

propiedad, máxime por un motivo económico contragolpe de los motivos atmosféricos, son bastante más frecuentes en los climas, meses y años más fríos; mientras que los delitos contra las personas, por un efecto fisio-psicológico directamente enlazado con las vicisitudes meteorológicas, son más frecuentes en los climas y estaciones más cálidos. Y también la producción agrícola, por otro contragolpe sobre las condiciones económicas, es una de las causas determinantes más eficaces de la mayor ó menor frecuencia de los delitos contra la propiedad. Y así por el estilo.

El ambiente social, en fin, completa la serie de los factores del crimen, y para la categoría de los delincuentes ocasionales ofrece los impulsos más fuertes, por la densa red de continuos vínculos que une al individuo con el organismo social donde nace y lucha por la existencia.

La opinión pública influye poderosamente sobre ciertos delitos; por ejemplo, el duelo, frecuente en los pueblos latinos, desconocido ó poco menos en la moderna Inglaterra; el infanticidio, tan común en las razas latinas y menos frecuente en los anglosajones, que hieren con el desprecio y con la ley al seductor, antes que á la víctima indefensa por él arrastrada á la última desesperación.

Las condiciones económicas son uno de los grandes factores de la delincuencia; porque, ciertamente, si la miseria no es la única causa determinante, es uno de los más poderosos factores de la criminalidad. Y así también las condiciones políticas son causa de ciertos delitos, como lo saben los antiguos dominadores extranjeros de nuestro país, donde los llamados delitos políticos de conspiración y otros, fomentados por la tiranía, desaparecieron al primer rayo de la independencia nacional. Y también las condiciones científicas de un país reaccionan sobre ciertas formas de delincuencia, algunas fomentándolas y otras extinguiéndolas; como, por ejemplo, la piratería desaparecida al mágico contacto del vapor aplicado á la navegación, los envenenamientos hechos raros por los progresos de la química, y así por el estilo. Y lo mismo decimos de todo el orden legislativo y administrativo en general que, secundando ó impidiendo el desarrollo de las tendencias naturales en los individuos asociados, puede mantener la actividad de éstos dentro de los límites jurídicos, ó impelerla, por el contrario, á la violación del orden

social, con tanto mayor ímpetu de rebelión cuanto más obstinada y ciega fuere la presión del empirismo autoritario.

De cuanto llevo rápidamente dicho se deduce una grande y espontánea conclusión: que la cantidad y especie de los delitos cometidos todos los años en todos los países están determinadas por el vario y continuo concurso de los tres órdenes de factores antes indicados, los cuales, más ó menos según los diversos delitos y delincuentes, conspiran todos ellos á la determinación de la actividad criminal antisocial. Lo que equivale á decir, pues, que la pena, sea como motivo psicológico de una amenaza legislativa, sea como coerción física de uno ó más individuos, no puede bastar por sí sola para impedir el delito que, teniendo un montón tan múltiple de causas, no puede tener un solo y tan sencillo remedio, como en el campo terapéutico no puede haber una panacea para todas las causas patógenas.

Así es que del estudio analítico de los varios factores del crimen se desprende en seguida una gran enseñanza práctica, bastante más fecunda que las más altas y abstrusas lucubraciones jurídicas de la ciencia clásica: enseñanza indicada ya como platónico voto por la voz solitaria y no escuchada de algunos criminalistas más positivos por temperamento intelectual, como Filangieri, Bentham, Romagnosi, Carmignani y Ellero; pero enseñanza que sólo en estas preliminares investigaciones de anatomía social encuentra, con la nueva escuela, la base vital necesaria para un ulterior desarrollo científico, conducente á su aplicación práctica. Y así, pues, para detener la amenazadora invasión del delito, la sociedad debe confiar más que en las penas en el magisterio de aquellas disposiciones de prevención indirecta y social que yo llamé *sustitutivos penales*, precisamente porque, una vez aplicados hasta donde puede alcanzarse, secan el manantial de los crímenes y, quitando el delito, quitan así la necesidad de la pena. Sistema de sustitutivos penales que, empero, se diferencia radicalmente de la usual prevención empírica de la policía directa y violenta, que no se propone cortar y suprimir ó atenuar las causas remotas de la delincuencia, sino que se limita á la fácil ilusión de poder suprimir los efectos cuando aún permanecen en pie las causas de ellos, y se reduce las más de las veces á sustituir la violación del derecho cometido por el agente de policía á la violación

del derecho que iba á cometer el delincuente; y eso, cuando, como suele suceder á menudo, no añada una inútil violencia al delito mismo que no logra impedir, si no es ella misma quien lo provoca.

Sistema de sustitutivos penales, por el contrario, que desciende de la determinación de las causas criminógenas, como la terapéutica desciende espontánea del diagnóstico clínico; pero sistema que, como en la vida cotidiana sustituye las dificultades de un diagnóstico preciso y racional con el fácil empirismo de los remedios de cuarta plana, así en la vida social permanece abandonado para ceder el puesto á la miope prevención ó á la represión intempestiva.

Así vemos que siempre que se discute en el Parlamento una ley, sólo se mira al fin inmediato y más aparente que se propone, sin prever la repercusión que puede tener en la actividad criminal.

Y viceversa, apenas la atención pública se fija en un orden dado de hechos criminales, por su insólita frecuencia, toda la sabiduría del legislador se limita á proponer una ley que los castigue ó á añadir un artículo al Código penal, sin pensar absolutamente nada y en serio en los medios indirectos que hubieran podido ó podrían impedirlos ó disminuirlos, bastante mejor que las leyes represivas, las cuales, después del sacudimiento de su primera aparición, acaban por dejar las cosas como las encontraron; tanto, que aquel desorden, no curado, se hace crónico y nadie se ocupa más de él, sólo porque ha entrado ya en las habituales previsiones de la conciencia pública.

Por ejemplo, si en vez de aumentar las penas ó dar á los carabineros facultades para matar á los contrabandistas fugitivos, se rebajasen los aranceles de aduanas, ¿cuánto contrabando no se evitaría?

Y si con una ley inspirada más en las abstracciones metafísicas ó en las tradiciones antiguas, establecéis que dos personas puedan en un solo momento decidir su propia unión conyugal para toda la vida, á pesar de lo imprevisto que tanta parte tiene en nuestra existencia, y luego, irritados por los continuos rasgones de este vínculo sagrado creéis que todo el remedio está en los artículos del Código penal contra el adulterio y el concubinato, hacéis ciertamente una obra vana. Dad, por el contrario, el divorcio y veréis que los cónyuges no afortunados romperán legalmente una cadena que de otro modo romperían con el delito.

Y cuando con ánimo angustiado recuerdo la gran desventura con

que fué herido el corazón de Italia hace poco en nuestra Nápoles, y pienso en los asquerosos zaquizamíes donde yacen suciamente vejetando familias enteras, sin aire, sin luz, en monstruoso enroscamiento de miembros humanos, me pregunto cómo podemos maravillarnos de las continuas violaciones del pudor y con qué conciencia se apresta á castigarlas la sociedad que tales horrores consiente contra criaturas humanas... Dad aire, dad luz, regenerad la sangre de aquella mísera gente, y la sonrisa del cielo dejará de ser en este país para tanta parte del pueblo una burla dolorosa, y el delito quedará diezmado de esa manera.

Así, cuando en una ciudad se suceden con pertinacia los robos nocturnos á mano armada, vale mucho más el alumbrado en abundancia que no una multitud de guardias para poner en fuga á los salteadores.

Así, á la luz del pensamiento libre han desaparecido aquellos pretensos delitos de hechicería y magia, que constituyen en gran parte la historia de los delitos en la Edad Media, como otras formas criminales fueron barridas por el huracán purificador de la Revolución francesa.

Lo cual confirma que al extremo y estéril remedio de las penas urge anteponer una serie de disposiciones indirectas que quiten ó disminuyan las causas mismas del delito, en los más diversos campos de la legislación social.

Tal se delinea la primera parte de la sociología criminal en su función diagnóstica de patología social, á la que corresponde con íntimo enlace la cura del delito.

Y aquí, de pronto, cambiado totalmente el punto de partida, varía el punto de llegada entre la escuela positivista y la escuela clásica de derecho criminal.

Para esta última, como llevo dicho, todo el génesis del delito está en el punto matemático de la libre voluntad, y todos los delincuentes se reducen en sus facultades intelectuales y morales á un tipo único, abstracto, que corresponde al término medio de los hombres honrados.

Para la escuela positivista, por el contrario, el delito no es más que un síntoma que concurre á determinar la fisonomía del delincuente, el cual, por tanto, en virtud de la diversa dinámica de los factores criminales, puede presentar y presenta múltiples variedades antropológicas. Debiendo limitarme aquí sólo á los resultados últimos y sumarios de largas investigaciones experimentales, no describiré sino

á grandes rasgos sus varias actitudes.

Ante todo hay que hacer una fundamental distinción entre dos categorías típicas de delincuentes. La primera comprende la clase de todos aquellos que marcados por la degeneración hereditaria, educados por lo común en un ambiente corrupto, presentan en su grado máximo de frecuencia las anormalidades orgánicas y psíquicas antes recordadas. Hombres que en el ambiente exterior encuentran el pretexto de su delito y que sienten dentro de sí el primer impulso de éste y la atracción instintiva, á quienes repugna el trabajo honrado, brutalmente feroces, negligentemente ociosos, salvajes perdidos en nuestra civilización. La segunda clase comprende los delincuentes de ocasión, que teniendo en sí predisposición al delito, por debilidad del sentido moral y escasa previsión, encuentran aún en el medio ambiente exterior, en el concurso de especiales ocasiones, el impulso decisivo para obrar mal.

Pero en la naturaleza todo es relativo, y no existen en ella tan precisas las distinciones que hacemos nosotros, por necesidades del estudio y del pensamiento. Los extremos se distinguen bien entre sí, pero los grados intermedios se suceden con matices indefinidos. Así, pues, las dos clases fundamentales de delincuentes, que la observación común y la experiencia de muchos directores de penales y peritos en disciplinas penitenciarias había distinguido ya, sin sacar aún ninguna de aquellas aplicaciones que la nueva escuela ha deducido y deducirá, no están tan marcadamente separadas ni son tan homogéneas entre sí que no puedan admitirse otras subclases, que mis estudios de antropología criminal han determinado precisamente, que son las siguientes:

En la primera clase hay que distinguir en seguida los delincuentes que presentan una forma común de enajenación mental, comprobada antes ó después del acceso criminal, y son los *delincuentes locos*. Desde los cuales, con las formas patológicas hasta ahora tan indeterminadas como la locura moral y la epilepsia (que recientemente, con felicísima intuición corroborada por una completa demostración positiva, ha demostrado Lombroso ser idénticas en su naturaleza á la verdadera neurosis criminal congénita), se pasa precisamente al tipo verdadero y propio de los *delincuentes natos, incorregibles,* que constituyen la figura característica de esta primera clase antropológica y presentan las anormalidades orgánicas y psíquicas más frecuentes y claras, junto con los dos caracteres específicos de la

precocidad y de la recidiva en el delito.

Entre esta primera clase de los delincuentes por tendencia congénita, y la segunda, de los delincuentes ocasionales, hay una subclase bastante numerosa, de los que yo llamé *delincuentes por hábito adquirido*. Todo el que visita las cárceles con propósito científico encuentra muy á menudo una figura macilenta de malhechor, por lo común ladrón, cuya vida no es más que una serie de caídas y recaídas, una ida y venida á la cárcel, á la taberna y al burdel; pero que no estaba aún verdaderamente predestinado al delito por un impulso tan profundo é invencible como el de los delincuentes natos.

Son individuos que caen la primera vez más bien por una ocasión desgraciada; pero que llevados á la cárcel encuentran allí, en vez de corrección, la corrupción moral y material; y cuando salen de ella, abandonados por la sociedad, faltos de trabajo, sospechosos para los honrados, se entregan al alcoholismo, á la ociosidad, y recaen de nuevo, para volver á la misma vida apenas se ven de nuevo libres, y llegando así de cárcel en cárcel, de recidiva en recidiva, á la completa ruina moral, á la delincuencia crónica, incorregible. Esto es, son delincuentes de ocasión, que sólo llegan á ser incorregibles por la complicidad del ambiente social, pero que mejor atendidos, en la mayor parte de los casos, habrían abandonado de seguro la senda del crimen después de la primera caída.

Y se pasa así á la figura típica de la segunda clase, al *delincuente de ocasión*, que cae por vez primera; pero después por una menor debilidad de constitución física y moral, y por circunstancias menos desgraciadas, no recae ó no recae más de una vez y con gran intervalo, porque el ambiente exterior ya no repite contra él el asalto de las ocasiones tentadoras.

Y llegamos á la última variedad de delincuentes, que representan el tipo exagerado del delincuente ocasional, y á la vez que se aproximan más que éste al hombre honrado, ofrecen, á veces, algunos puntos de contacto con los delincuentes locos ó semilocos por el temperamento neurósico y excitable que les hace ser, según la expresión de Maudsley, otras tantas «cosas explosivas», y estos son los *delincuentes por ímpetu de pasión*. Como en los delincuentes de ocasión, el impulso exterior es quien tiene la mayor parte en el arrebato criminal; pero mientras que en aquéllos el impulso exterior es un incentivo no excepcionalmente fuerte, en los delincuentes por pasión, por el con-

trario, es un verdadero y propio huracán psicológico (el amor contrariado, el justo dolor, la provocación gravísima) lo que les impele al delito, casi siempre de sangre, cometido con descaro, sin acecho, y seguido más bien de arrepentimiento, ó, á menudo, de suicidio, mientras que antes habían llevado siempre una vida intachable y se encuentran, por tanto, en el caso verdadero, pero mucho más raro de lo que comúnmente se afirma, de la llamada «fuerza irresistible». Hasta tal punto, que cuando Romagnosi decía que cada uno de nosotros puede violar el Código penal, afirmaba una cosa exacta con tal de que se restrinja su hipótesis á estos casos; puesto que es tan cierto que en el delito concurren los factores antropológicos junto con los del medio exterior, que cada uno de nosotros puede tener la absoluta certidumbre (fuera del caso de sobrevenir una enajenación mental) de que no cometerá nunca uno de esos delitos donde se revela el delincuente nato, asesinato para robar, por precio, estupro de niños, bandolerismo, etc.; mientras que, por el contrario, cada uno de nosotros puede verse arrastrado á causar heridas ó al homicidio por ímpetu repentino de violenta pasión, permaneciendo, sin embargo, en la clase de los desventurados sin entrar jamás en la de los malhechores vulgares, como ya la conciencia popular lo afirma cotidianamente en los veredictos del Jurado.

Estas son, pues, las variedades antropológicas del mundo criminal: delincuentes locos, natos, incorregibles por hábito adquirido, de ocasión por ímpetu pasional; para cada una de las cuales la escuela positivista defiende diversos y apropiados medios de prevención y de represión. Puesto que, después de lo dicho, fácil es ver que á la diversidad de las causas determinantes del delito en las varias categorías de delincuentes debe corresponder necesariamente, no sólo la diversidad de los medios profilácticos, sino también de los medios represivos cuando aquéllos no logran impedir este ó aquel delito. Y eso, porque en las diversas categorías de malhechores es diversa aquella que Garofalo llamó desde los comienzos de la nueva escuela «temibilidad del delincuente», poniendo desde entonces como piedra angular del nuevo edificio científico un criterio positivista de penalidad, del cual me ocuparé en breve otra vez.

Pero ahora, delineadas las causas naturales del delito, surge de pronto la natural pregunta, que ya el sentido común, con la facilidad de sus respuestas cortadas, opuso y opone á la escuela positiva cual máximo escollo: ¿cómo, si el delito es efecto necesario é inevitable de causas naturales más bien que de la libre voluntad de quien lo ejecuta, puede aún lógicamente hablarse de responsabilidad y de punibilidad del delincuente?

El concepto de responsabilidad, según la opinión vulgar, el derecho criminalista clásico que la sigue dócilmente, y las legislaciones positivas que la formulan, encarna todo él en la idea del libre albedrío ó de la libre voluntad individual, dominante ó dominada.

Este criterio no puede aceptarlo la escuela positivista, la cual, en nombre y por mandato científico de la fisio-psicología experimental, no puede admitir en el hombre tal poder de libre voluntad, superior á la natural y necesaria determinación de las causas físicas, fisiológicas y psíquicas que á cada instante impelen al individuo, que delibera y obra.

Pues bien; aun queriendo en una primera y más indispensable hipótesis conceder que esta negación del libre arbitrio no esté apodícticamente demostrada por la actual fisio-psicología, esto no impondría menos á la ciencia criminalista el deber lógico de quitar al concepto de responsabilidad, que atañe á la función cotidiana de la defensa social, una base tan fuertemente y por tantas partes y tan en serio negada como lo es ésta del supuesto libre albedrío humano, para sustituirla por un fundamento mucho más positivo y mucho menos sujeto á la discusión y á la duda. Sería como si el higienista, y por él el legislador en materia de defensa contra las enfermedades epidémicas, pretendiese fundar todo un sistema de medidas preventivas y coactivas sobre una hipótesis desechada por la ciencia moderna y negada diariamente.

Eso sin añadir además que yo, por mi parte, como también por la de los partidarios de la escuela criminalista positiva, no sólo ponemos en duda sino que resueltamente negamos la admisibilidad de un libre albedrío ó de una libertad moral, absoluta ó limitada. Y esto con la autoridad que nos dan las inducciones más seguras de la fisio-psicología, de la antropología criminal y de su confirmación por la estadística penal, que con el aumento microscópico de los grandes números revela la repetición constante y regular de los delitos, como por otros hechos que se han creído

depender tan sólo del libre albedrío, los matrimonios, los nacimientos, los suicidios, y sus perturbaciones determinadas por causas extraordinarias, cesadas las cuales recobran su curso rítmico y previsible en gran parte.

Redondamente negamos el supuesto de un libre arbitrio, ante todo porque descubrimos el origen natural de la ilusión vulgar en virtud de la que se afirma, dependiente tan sólo de ignorancia ó inconsciencia de las causas físicas ó fisiopsicológicas que preceden y determinan á toda deliberación nuestra; tanto es así, que cuando se conocen ó sienten por el agente mismo, con anterioridad, los motivos determinadores y prepotentemente decisivos de un acto humano, entonces desaparece la idea de que ese acto sea libre. Pero, en segundo lugar y sobre todo, porque el libre albedrío absoluto ó limitado, la facultad de que la voluntad humana pueda decidirse en sentido diverso ó contrario de aquel que en cada instante está determinado por la suma de los motivos presentes, advertidos ó no, choca de medio á medio contra dos leyes universales del mismo pensamiento humano. La primera es que todo efecto supone una causa ó un conjunto de causas y es necesariamente determinado por ellas, y dadas esas causas no podría ser diverso el efecto de lo que es; y, por consiguiente, en la voluntad humana no se puede admitir una excepción milagrosa á esta ley de causalidad, que ya he dicho estar en la condición misma del pensamiento humano. La segunda es que las fuerzas se transforman, pero ninguna se crea ni se destruye; y, por consiguiente, el acto humano, que es la transformación de una deliberación volitiva, y ésta, que es la transformación de los precedentes movimientos físicos exteriores que afectan á un individuo dado, no pueden ser nada más y nada menos de cuanto venía dado por fuerza y por dirección en los precedentes inmediatos. Por tanto, la voluntad humana (que además no es una facultad existente por sí, sino la abstracción y el recuerdo de todos los singulares actos volitivos de que cada cual tuvo conciencia en su vida, actos singulares que sólo existen en realidad de momento en momento) no podría *ex nihilo,* por un solo *fiat* de una supuesta libertad añadir ó quitar ninguna cosa á la determinación de las causas que en un instante dado la solicitan, chocan con ella, la apremian, la empujan en un determinado sentido, que es por eso la resultante de varias fuerzas actuantes.

Y la experiencia diaria puede darnos las más convincentes prue-

bas de ello. Cada uno de nosotros ha experimentado cuánto cambia en energía y carácter nuestra voluntad bajo el imperio de circunstancias especiales, ya físicas (como el estado de la atmósfera, el viento siroco, etc.), ya fisiológicas (como la digestión, la irritación nerviosa, la excitación, el desfallecimiento, el ocio ó el ejercicio muscular), ya psíquicas (como el triunfo ó el fracaso de una obra nuestra, la continua vista de cosas alegres ó tristes, el amor ó el odio); circunstancias todas ellas que en su comienzo son de cierto independientes de nosotros, y que, sólo por una ilusión nuestra, creemos dominar después, mientras que somos por ellas dominados. Cada uno de nosotros habrá experimentado cómo por la mañana, descansados por un sueño reparador, nos sentimos ágiles y fuertes y dispuestos á obrar con decisiones voluntarias, rápidas, claras, precisas; y cómo, por el contrario, después de muchas horas de trabajo mental ó muscular, nos sentimos desmayados también moralmente, sin energía de voluntad, vacilantes entre hacer y no hacer, incapaces de iniciativa, de resoluciones prontas y seguras. Y también, por un determinado temperamento fisio-psicológico, hay quien es normalmente de enérgica y pronta voluntad, y quien, por el contrario, efecto del carácter, siempre está indolente ó vacilante, siempre incapaz de fuertes y perseverantes propósitos, no ya por efecto de su libre albedrío, sino por constitución orgánica y psíquica; y todo esto es igual para el hombre honrado que para el hombre que tiende á delinquir. Y, para terminar con un postrer ejemplo: así como con el café podemos modificar artificialmente el curso, la fluidez y la riqueza de las ideas, así también con una pequeña cantidad de alcohol podemos modificar artificialmente el estado y la energía de la voluntad, fortaleciéndola; mientras que con el uso continuo é inmoderado del mismo alcohol flaquea la voluntad y se corrompe, llegando en los casos extremos á las últimas fases de la degeneración moral y física de un hombre, empujándole, desde el trabajo honrado y regular, al ocio y al delito.

Enrique Ferri.

EL ESTADO Y LA REFORMA SOCIAL [1]

POR D. EDUARDO SANZ ESCARTÍN

No es España, desgraciadamente, de las naciones que más se han distinguido en el estudio de las cuestiones sociales que tanto preocupan á la mayor parte de los pensadores. Hace poco tiempo llegaron á mis manos dos catálogos ingleses, titulado el uno *A List of books for social reformers*, y el otro *Books and pamphlets on social and political questions*, en los que aparecen infinidad de obras que tratan particularmente de este género de asuntos; y á pesar de que exceden de dos mil los autores que en ellos se mencionan, no hay, pena da decirlo, ni uno siquiera español.

Por esta razón, es muy de agradecer el libro recientemente publicado por el Sr. Sanz Escartín, bajo el título indicado al comienzo de estas líneas, y que demuestra que también en España hay personas que dedican sus desvelos al estudio de los problemas que, hoy por hoy, constituyen, bien puede asegurarse, el supremo interés de los pueblos, y, sobre todo, de los que pertenecen á nuestro continente.

***

El objeto que se ha propuesto el autor al emprender la obra á que me refiero, es, según se dice en las primeras páginas, la determinación de los medios, por los cuales puede el Estado contribuir á que se realice la justicia entre los hombres, principalmente en el orden de las relaciones económicas, y para ello ha entrado en el examen de cuestiones importantísimas y de tan grande interés, como son aquellas que dicen relación á la crisis social, á la sociedad y al Estado, á la acción y funciones de éste, al individualismo, al socialismo, á la acción del Estado

(1) Un tomo en 4.°, Madrid, imprenta de la sociedad editorial de San Francisco de Sales, 1893.

como moderadora de la extremada competencia industrial, á la reforma social en los campos, á la necesidad de leyes protectoras del trabajador, á la limitación legal de las horas del trabajo de las mujeres y de los niños, al trabajo nocturno y al reposo dominical, á la duración del trabajo de los adultos, al seguro obrero, á las asociaciones para fines económicos, á los presupuestos de Guerra y de Fomento y al problema religioso.

Basta la sencilla enumeración de los puntos que abraza la obra, para comprender el cuadro completísimo que el autor se ha propuesto estudiar, y para convenir en que es poco menos que imposible entrar en apreciaciones de detalle y en la crítica detenida de cada uno de los veinte capítulos que el libro contiene, en una nota bibliográfica de la naturaleza de la presente. Esto, sin embargo, no me dispensa de hacer algunas sucintas indicaciones acerca del concepto general y del sentido que entraña la obra de que me ocupo.

Entiende el Sr. Sanz Escartin que la transformación en las ideas, en los sentimientos, en las costumbres y en las leyes, es el origen del movimiento socialista contemporáneo, y que la moderna crisis social, que constituye la gran amenaza de la paz material y la gran inquietud de los espíritus, es de mucha mayor trascendencia y producida por causas más hondas que lo fueron las crisis análogas de otros tiempos. Quizá esta idea, que si bien es bastante pesimista no por eso hay que tacharla de exagerada, conduce al autor á no confiar demasiado en lo que algunos denominan *vis medicatrix* de los pueblos, y á no esperarlo todo de la ley de la evolución, y por eso, sin duda, á diferencia de lo que proclamaron en otros tiempos los pensadores individualistas, reviste al Estado de atribuciones tales que no vacilaría en condenar enérgicamente un buen discípulo de Adam Smith, puesto que defiende que aquel organismo tiene por fin el bien público y que en su virtud, ni cabe negarle un derecho amplísimo de intervención siempre que lo ejerce conforme á las verdaderas exigencias de este fin, ni es posible admitir como buen principio el de su abstención sistemática en todo lo relativo á la industria, ni se puede tampoco organizar el trabajo humano para hacer que la distribución de los productos sea equitativa, sino dando carta de naturaleza á la acción moderadora del Estado, «respetuosa de la libertad, dirigida particularmente á promover la organización corporativa y armónica de los intereses, y fundada en el mayor desarrollo posible de las ideas y de los sentimientos morales».

Cuando después de haber hecho la crítica de los sistemas económicos que desde tiempo atrás se han disputado el derecho de informar con sus máximas y vivificar con sus principios la organización de los Estados, el Sr. Sanz Escartín se ve en la necesidad de determinar más concretamente el grupo de ideas fundamentales, que había de ser la premisa obligada del resto de su trabajo, asegura que «no constituyen

remedio á los males de las clases trabajadoras, ni el individualismo liberal que pretende aplicar á la humanidad la ley de la fuerza y de la lucha propia de los seres irracionales, ni el socialismo colectivista que destruye la justa, noble y necesaria libertad con que cada hombre debe perseguir sus fines»; concluyendo de esto que el positivismo armónico es el que hoy se impone por todas partes. En vista de esta idea, sostiene que el Estado debe tomar cartas en el asunto, para moderar la exagerada competencia industrial; cuando llega á tratar del problema social en los campos, defiende enérgicamente el arrendamiento á largo plazo, en vez de una enajenación definitiva de los bienes del Estado y demás colectividades; al estudiar las disposiciones protectoras del trabajador, reconoce que el Estado se halla en la obligación de fomentarlas: limitando las horas de trabajo de los niños, de las mujeres, y, en ciertos casos, aun de los adultos; se declara, con algunas salvedades, partidario del seguro obrero obligatorio; dice que el principio de libertad es insuficiente al objeto de producir por su sola virtud la asociación para fines económicos, razón por la cual ésta debería hallar protección por parte del Estado, y en los tratados que consagra al examen del impuesto y de los presupuestos de Guerra y Fomento, se ve el germen de las mismas ideas que han informado el estudio de todas estas cuestiones.

En los dos últimos capítulos de su obra asegura que el espíritu religioso es lo que principalmente hay que fomentar para llegar á la solución de los grandes problemas que nos abruman; dice que sin la religión no hay nada; ensalza la supremacía de la religión católica; hace la apología de las órdenes religiosas, llamándolas instrumentos poderosos, no sólo del bien moral, sino hasta del propio bien material, y concluye afirmando que las reformas sociales resultarían siempre deficientes ante la naturaleza y extensión del mal, porque, según frase de Shorthouse, «para el dolor infinito de la vida humana, sólo es bastante la infinita piedad de Dios».

***

Según se ve, el autor, aunque proclama la tendencia positivo-armónica, puede decirse que en realidad pertenece como pensador á esa escuela bastante estendida de positivistas eclécticos, los cuales, si algunas veces experimentan la necesidad de descender á los accidentes y á los hechos de la vida, sienten inmediatamente la nostalgia del idealismo, como si fuera la suprema aspiración de su existencia; y como economista, al grupo de los llamados socialistas cristianos, cuyas doctrinas, incubadas en el transcurso de la Edad Media, quedaron, por falta de condiciones adecuadas en que desenvolverse, poco menos que en el olvido al iniciarse en los siglos XVII y XVIII el desarrollo de esas otras ideas económicas que traían, con todo el vigor de lo que es nuevo, los principios del individualismo; y así permanecieron casi hasta

que León XIII por una parte, y por otra el inolvidable cardenal Manning, resucitaron el antiguo espíritu, fortaleciéndole al calor del pensamiento moderno en todo aquello que, no siendo opuesto á las doctrinas fundamentales de la Iglesia católica, pudieron aprovechar del socialismo de nuestros días, que cunde y cundirá cada vez más en las clases trabajadoras con una energía y una persistencia imposibles de contrarrestar.

Pero lo que más llama la atención en la obra que estoy reseñando, es la tendencia verdaderamente mística que se observa al leer sus páginas, la unción evangélica que respira, la desconfianza en la labor del hombre, la persuasión de que la reforma no pueda imponerse sin desarrollar en grande escala el sentimiento religioso... Algunas veces los párrafos de aquellos capítulos parecen algo así como las lamentaciones de los Salmos, y en otras diríase que su autor buscó la inspiración en el libro de Kempis.

Es una observación que se ha hecho muchas veces, y que se corrobora más cada día; el misticismo va haciendo gran número de prosélitos en los pensadores, lo cual nada tiene de particular si se consideran las circunstancias excepcionales porque atravesamos, y que siempre ha sucedido lo propio cuando la humanidad se ha encontrado cara á cara con esos problemas, á primera vista impenetrables, verdaderas esfinges de la historia, que entrañan una cuestión de vida ó muerte, pero que no dan á conocer ni dejan translucir los términos internos con que formulan el dilema. Es disculpable el misticismo en nuestros días, sobre todo en aquellos hombres que, empezando ya á descender la escala de la vida, y no viendo realizada ninguna de las esperanzas que su generosidad y su amor al prójimo les hicieran concebir en los buenos tiempos de su juventud, contemplan el cuadro del mundo peor que le encontraron, y no pueden vislumbrar un solo signo de salvación. No; no son de extrañar semejantes ideas. Al ver las predicaciones de carácter revolucionario, aún no bien determinadas como no sea en lo que tienen de negación de todo lo existente; al contemplar el problema social en su terrible desnudez, obreros sin trabajo, poblaciones y comarcas enteras sufriendo los efectos de la competencia ó del hambre, fábricas que se cierran dejando en la miseria á millares de seres, los principios de la ciencia sin poder determinarse y experimentando las fluctuaciones de la duda, los dogmas religiosos en espantosa crisis, la idea de Dios esparcida en las conciencias con la incertidumbre de una tradición que se disipa, los Estados preparándose para la guerra como en los días de Carlo Magno, la política desprestigiada y sin encontrar á nadie que en ella crea y en ella piense con un poco de seriedad, las costumbres pervertidas, el convencionalismo y la hipocresía mandando en jefe en la mayor parte de nuestras relaciones sociales, la fe en las antiguas ideas, extinguiéndose poco á poco en el pecho de

los hombres, el escepticismo manifestándose en múltiples aspectos, el entusiasmo que se apaga por momentos...; al ver, digo, esta verdadera ruina, al observar que se cuartean y se despedazan las que nuestros padres reputaron sólidas columnas, capaces de sostener por muchos siglos el espíritu de las sociedades, y al considerar que nada aparece para sustituir estos principios, nada tiene de particular que aquellos que lucharon durante toda su vida con la fe y la abnegación que les inspiraron sus sentimientos altruístas, vean desfallecer sus fuerzas, plegarse sus esperanzas, decaer sus más halagüeñas ilusiones, y, apartando su pensamiento de la tierra, procuren hallar en otras regiones más puras el consuelo de sus dolores y el bálsamo para las heridas de su alma.

Sin embargo, si es cierto que el misticismo purifica, también lo es que el misticismo enerva; la ley de la lucha por la vida será todo lo cruel que quieran los idealistas, pero no tendrán más remedio que convenir en que es forzoso entrar en ella; después de todo, de esta lucha despiadada han nacido los grandes acontecimientos de la historia; bueno es, como dice el Sr. Sanz Escartín, amar la vida del espíritu «por naturaleza y por inclinación irresistible, hasta en sus extremos», pero no hay que olvidar que de estas contemplaciones ideales podía surgir una Santa Teresa de Jesús, cuyas obras nos revelen la idea de un mundo de ángeles, mas nunca un Wat ó un Stephenson que legan á la humanidad, con los registros y complicaciones de sus máquinas, la idea de un mundo de hombres.

Esto que en general he dicho del misticismo, no es mi ánimo aplicarlo en toda su extensión al libro de que me ocupo, pues aunque, como he hecho constar, en su autor aparece aquella tendencia con caracteres algún tanto pronunciados, no por eso deja de comprender las necesidades á que nuestro ser se halla sometido; y buena prueba de ello es que consagra gran parte de sus vigilias al estudio de estas difíciles cuestiones que nada tienen que ver con la vida de ultratumba. Yo soy el primero, por tanto, en felicitar cordialmente al Sr. Sanz y Escartín, y bien sabe Dios que con toda sinceridad desearía que la buena acogida que el público ha dispensado á su obra le sirviese de estímulo para proseguir en sus trabajos, que sin duda alguna son acreedores al bien de la ciencia y al bien de la patria en que ha nacido.

Julio Puyol.

CRÓNICA INTERNACIONAL

La muerte de Ferry.—La complexión y carácter de tal hombre.—Su fuerza de voluntad.—Eficacia y poder de tal facultad en la política, y sobre todo en la política francesa.—Historia de Ferry.—Su aparición ligada con la decadencia del Imperio.—Grupo de jóvenes demócratas.—Papel representado por Ferry en tal grupo.—La política interior y exterior de éste.—Discurso de Thiers en armonía con la política exterior.—Oposición sistemática.—El nuevo París.—Folleto de Ferry sobre las cuentas fantásticas de Hausseman.—Ferry en la Cámara.—Ferry en la revolución.—Ferry en el sitio de París.—Ferry en la Comunidad revolucionaria.—Ferry en el gobierno.—Ferry en la desgracia.—Su muerte.—Conclusión.

Terrible golpe la muerte de Ferry descargado sobre la República francesa! Desde que tal institución se fundó, todos han echado en ella de menos la estabilidad y han pedido á la opinión y á las Cámaras en vano el establecimiento y arraigo de un verdadero gobierno. Y para tal obra, únicamente se tropieza en todo el estado mayor de la política nacional aquella con dos hombres de temple: con el célebre Constans y con su antecesor en autoridad y en ascendiente sobre los demás, con el publicista y orador Ferry. Podían discutirse y aun rechazarse así sus principios como sus actos; pero en lo que no puede caber discusión alguna es en lo claro de sus conceptos, aunque fueran erróneos, aunque fueran desacertados. Yo nunca he participado de sus creencias respecto del carácter colonial atribuido por él á la nación francesa; yo he combatido siempre á muerte los principios cesaristas suyos respecto de las facultades que debe gozar el Estado en materia de pública enseñanza. Pero yo he creído y sigo creyendo que adhería con viva fe su entendimiento á un verdadero símbolo é implantaba este símbolo creído y amado con verdadera constancia en la rebelde realidad. Vistas las voluntades flacas que hoy en Francia ocupan los altos puestos y toman la dirección aparente de un país abandonado á sí mismo, el ímpetu de Ferry priva más en mi ánimo que las muelles complacencias, que las fáciles indeterminaciones, que la indefinición reinantes hoy sobre la infeliz República, necesitada de un poder que pueda prestarle aquella cohesión interna, sin

la cual se disgregan los átomos en tenue polvo, arrastrado y desvanecido al menor soplo. Así, tras las zozobras causadas por el crédito inverosímil que consiguiera Boulanger con cuatro aparatosos alardeos de gobierno; tras la grande anemia proviniente de una presidencia sin más autoridad que la prestada por ficciones legales, incapaces de conceder lo más necesario en las sociedades modernas y democráticas, el propio personal ascendiente; tras los errores comunistas cometidos por el ministerio Loubet, dando alas al monstruo de la utopía colectivista y fuerzas al nublado de las guerras sociales; tras los escándalos del Panamá, debidos en su mayor parte al desmayo de las fuerzas concentradoras y disciplinarias que mantienen cada poder en su respectivo centro de gravedad y conciertan todos ellos entre sí mismos para que no quieran los cuerpos de carácter político elevarse á tribunales, ni los tribunales inmiscuirse de modo alguno en los otros cuerpos del Estado y en las otras esferas del poder público, todos convertíamos los ojos á quien tuviera dentro del antiguo partido republicano la inspiración de adherirse con decisión grande á Thiers y después darle al poder la fuerza de que necesita y la disciplina indispensable á una mayoría que se ha encontrado, desde la desgracia de Ferry, disuelta siempre, conduciendo y mandando los gobiernos, en vez de ser por los gobiernos ella conducida y mandada. Pero este hombre ha muerto. Y la muerte suya influye por tal modo en los destinos de Francia que no podemos menos de pararnos y detenernos ante su vida, consagrando á este hombre casi toda la crónica del mes corriente. Y puesto que su vida evocamos, no demos á olvido cómo esta vida, muy célebre y famosa hoy, tuvo comienzos ignorados, en los cuales conviene detenerse antes de verla desaguarse con tanta majestad en el Océano. Así es que miraré con mayor detenimiento los comienzos que las postrimerías de su historia, relacionando ésta con todas aquellas crisis en las cuales ha tenido una soberana influencia. Ferry comienza cuando el Imperio acaba.

Los años 1868 y 1869 son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del emperador Napoleón III. Cada uno de los pasos que da es un verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna, cuyos matices le sonrieran con venenosa sonrisa en los primeros días de su imperio. Inmediatamente después de la guerra de Italia todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto solio que los reyes le habían erigido en el tratado de 1815 y destronada por el sable de Bonaparte contra quien aque-

llos tratados se urdieran; Italia, si no satisfecha, reconocida de suyo al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardía libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo por un plebiscito á engrandecer para el emperador su Imperio y para los franceses su patria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de su estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono temporal por la mano del César, tan fuerte, que así podría encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes. Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que comenzara la guerra y la sobra de ardides diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero, denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel emperador y de aquel Imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un día se engañan, si otro día tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta y me arrancáis mis hijos sin tenerme compasión, le dicen los ciudadanos, y pensáis por mí, y por mí habláis, y sois la patria misma en alma y cuerpo, probadme que yo nada valgo, que yo nada importo, acertando vos, venciendo vos perpetuamente, y así comprenderé que debáis ser vos mi señor y yo nuestro esclavo. Desde el punto y hora que el Imperio se engañó una vez, no hubo medio de detener su decadencia. La Francia, hasta entonces obediente, comenzó á ejercer y aguzar sus facultades de crítica, y la crítica de la nación de Voltaire es mortal á todos los tiranos de la tierra. Cuando Francia se ríe, los tronos tiemblan. Y Francia comenzó á reirse de aquel Imperio que la había aterrado con la deportación y los fusilamientos, que la había sumergido y ahogado en mares de sangre. Napoleón tenía un hermano, el duque de Morny, mundano, dispendioso, pero que veía con clara mirada todas las nubes amontonadas sobre el Imperio, y en parte las disipaba y desvanecía con sus inspiraciones y sus consejos.

La inteligencia suya, clara y penetrante, su carácter flexible, sus maneras aristocráticas, el don de gentes con que atraía á los mismos á quienes despreciaba, eran poderosos auxiliares al Imperio. El, y solamente él, había desconcertado la oposición republicana del Cuerpo legislativo y atraídose con halagos á uno de sus miembros más importantes: á Emilio Ollivier. Pero Morny murió de anemia. Su cuerpo estaba consumido y apagado como su alma; y su alma y su cuerpo parecían el alma y el cuerpo del Imperio. La emperatriz quiso verlo en su lecho mortuorio, y fué tan grande la emoción producida por la vista de aquel cadáver, que se desmayó de pena como si hubiera visto el cadáver de su propio Imperio. Y en efecto; desavenido de muchos de sus antiguos amigos, cercado por implacables adversarios, sólo en las altas

cimas de la sociedad donde falta el aire respirable; despojado, por grandes desengaños, de aquella aureola socialista que habían ceñido á sus sienes algunos complacientes escritores, para los cuales era Napoleón, como los emperadores romanos, el César de la plebe; sin la victoria en los campos de batalla, sin el poder y la influencia en los consejos diplomáticos, veíasele sucumbir, al peso de una grande impopularidad, entre las maldiciones de todos aquellos que pensaban con elevación, y sentían con fervor, no ya en Francia, sino en Europa, en América, en toda la tierra. En circunstancia tan crítica Ferry aparece. En dos campos de batalla requería la juventud entonces al Imperio cesarista con empeño: la prensa y el foro, para luchar con él y desarmarlo. En la prensa y en el foro mantuvo la causa Ferry del derecho, negado completamente por el César y por los cesaristas. Primero escribió en un periódico, entonces famoso y hoy olvidado, que se titulaba *Correo del domingo;* escribió después en el sesudo diario, que ha sido como el *Journal des Debats* de la democracia, en el *Temps;* y allí fué poniendo al cesarismo el cerco y sitio, al cual se tuvo que rendir, hasta invocar en favor suyo la democracia; y cuando vió que no podía entenderse ni con la democracia ni con la libertad, yéndose á una guerra, en cuyas espirales de tromba y ciclón encontró al cabo la ruina y la muerte. Yo, que trabé con Julio Ferry amistad estrecha desde un año en su historia tan célebre como el año 66, he visto formarse la grande agrupación de inteligencias, en la cual brillara con brillo extraordinario, agrupación luminosa donde Gambetta era como el fuego sagrado de la inspiración, Challemel como el pensamiento científico, Ferry como el cálculo matemático frío. Spuller el archivero y el cronista y el inscriptor de todos aquellos pensamientos, los cuales iban poco á poco formando la materia radiante, destinada en el curso de las ideas y de los hechos á sustituir y reemplazar el Imperio. Nunca se vió tan claro que Francia produjo la forma imperial del poder y que Francia también la deshizo. Ferry se halla naturalmente llamado á figurar entre los que más debían lucir en aquella sustitución indispensable y lógica.

Ferry con sus amigos mantenía coloquios políticos perpetuos. En aquellas conferencias entre almas tan luminosas, en aquel choque de los entendimientos unos con otros, en aquellos diálogos llenos de ideas, íbase formando poco á poco la política interior y la política exterior que debía sustituir á la política imperial. En lo interior querían una República muy avanzada, pero liberal y parlamentaria; en lo exterior querían la diminución de Prusia, cuya unidad les asustaba como si fuese un grandísimo alud pendiente y amenazador sobre sus cabezas. Yo disentía en esto de todos ellos. Creía yo, mirando la cuestión aquella con la mirada propia de mis ideas progresivas, que no podía oponerse Francia en nombre de ningún principio admisible á la unidad de Alemania; creía Ferry lo

contrario. Mas era el caso que pecaban de inconsecuentes, pues mientras combatían la unidad de Alemania con todas sus fuerzas, apoyaban al par con todas sus fuerzas la unidad de Italia. Confesemos que no marraba su patriotismo, pero digamos también que no marraba mi lógica. Ellos anatematizaban á Napoleón porque no había dejado ir á Garibaldi hasta Roma en el día de Mentana y lo anatematizaban porque había dejado á Bismarck ir hasta Bohemia en el día de Sadowa. Y en estos anatemas yo nunca les hice coro. Gambetta me redargüía con largos discursos de una entonación y de un aliento formidables; y me redargüia Ferry con descargas de razonamientos fríos parecidos á silogismos escolásticos. Lo cierto es que tal política, la política de Gambetta y Ferry, se condensó en una sesión célebre por el discurso magistral de un grande orador parlamentario: por el discurso de Thiers. Aquel día pasélo con Gambetta y Ferry. Corría el verano de 1866 y se acababa la guerra austro-prusiana por la batalla y la victoria de Sadowa. El emperador Napoleón, que había contribuido en mucho á este resultado, esperaba una parte en el botín. Pero al ir á reclamarla, se encontró con una redonda y absoluta negativa. Inmediatamente quiso apelar á la guerra, y no tuvo medios para sostenerla. Esta inmensa desgracia pudo costarle entonces la vida, porque de resultas le asaltó mortal enfermedad en Vichy. Napoleón sabía que su poder no duraba si no aparecía á los ojos de su pueblo como infalible en sus juicios é incontrastable en sus empresas. Entonces se conformó con necesaria resignación, y predicó en célebre manifiesto que la victoria de Prusia había sido una victoria del Imperio, por varias y fundamentales razones; porque había roto los tratados de 1815, porque había realizado las grandes aglomeraciones tantas veces prometidas y sustentadas en las meditaciones y en las memorias del grande Emperador, y porque había creado una potencia revolucionaria más, enemiga de antiguos poderes y aliada forzosa de Francia. Ahí estaba la verdad. Ese era el profundo y necesario sentido político. Pero se necesitaba mantenerlo contra todo y contra todos una vez públicamente expresado. Las inquietudes de Alemania se hubieran concluido, y las consecuencias de la paz internacional se hubieran tocado inmediatamente. Los recelos del pueblo francés se hubieran poco á poco apaciguado. Pero el partido militar quería la guerra á toda costa, y á las cábalas, á las pretensiones del partido militar, se unía el patriotismo de los demócratas. M. Thiers condensó la opinión de estos en discurso admirable por su arquitectura, por sus formas, aunque nocivo por sus tendencias y por sus ideas. El discurso combatía todo el manifiesto de Napoleón, y por consecuencia toda su política europea. Jamás unió tanta elocuencia, jamás á tanta erudición, ni tanta profundidad á tanta gracia como en este discurso. Cuatro horas tuvo la Asamblea pendiente de sus labios, que fluían como

un río de ideas transparentes, clarísimas, en las cuales se reflejaba con todos sus rojizos resplandores el orgullo nacional de Francia. Olvidando la unidad fundamental del espíritu moderno y la solidaridad de los pueblos, habló como hubiese hablado un patriota á la antigua, uno de esos hombres que fijan la atención y la concentran sólo en su patria; para los cuales todos los pueblos extranjeros deben ser considerados como pueblos ó enemigos ó bárbaros. Sólo por un sentimiento de esta altiva estrechez puede comprenderse y explicarse que, olvidado de alemanes, de italianos, de españoles, de ingleses, de todos los pueblos circunvecinos á Francia, sostuviera convenirle á esta nación el tener á perpetuidad en sus fronteras pueblos ó desmembrados ó débiles. Así condenó la obra de la unidad de Italia, esa obra debida indudablemente á las fuerzas de Francia, y anunció á Víctor Manuel autoridad más fugitiva y reinado más tempestuoso en su nuevo amplio reino de Italia que en su antiguo estrecho nido de Saboya. Pero en el tema en que agotó sus fuerzas y su elocuencia, fué en el tema de la unidad de Alemania. Elevóse en alas de su maravillosa palabra á los tiempos más remotos, y recorrió con rica variedad de tonos en la voz, y de ideas en el discurso, las crisis supremas que han formado la grandiosa nacionalidad francesa. Para él toda la historia moderna de Francia se ha propuesto impedir la Alemania una fundada sobre Italia ó sobre España. Por esta causa, porque Italia no fuera española, combatieron Carlos VIII y Luis XII de un extremo á otro en la hermosa península de las inspiraciones y de las artes. Por esta causa, porque el Imperio alemán no fuera una amenaza en el Rhin y otra amenaza en el Pirineo, merced á la poderosa familia de Carlos V, combatieron Francisco I en Pavía, sus herederos en San Quintín, Enrique IV en Crescy, Luis XII en Rocroy, hasta que consiguieron humillar á España y Austria en la paz de Westphalia, preparada por Richelieu y concluida por Mazarino, los dos grandes políticos de Francia. Y Napoleón III había contribuido con su política de las nacionalidades á fundar un grande Imperio sobre las fronteras de los Alpes y otro grande Imperio sobre las fronteras del Rhin que aminoraban toda la antigua grandeza de Francia. Y después de haber luchado tantos siglos en impedir el feudal Imperio austriaco unido á la nación española, ahora nos encontramos con un Imperio alemán unido á la nación italiana. Y se querrá cohonestar todo esto con la frase de haberse concluido los tratados de 1815, ajustados en mengua de Francia y concluidos y rasgados con mayor daño todavía de esta gran nación. Y se añade que el emperador Napoleón I predicaba las aglomeraciones de razas, los inmensos calabozos donde se amontonan pueblos esclavos, cuya libertad y cuya independencia habían sido el secreto quizá de sus inspiraciones artísticas, de su cultura científica, de los esmaltes con que ornaran la esplén-

dida diadema de la humana gloria. Esas teorías eran absurdas, y sobre todo contrarias á la dignidad de Francia, que por lo menos debía compartir con otras naciones su preponderancia en Europa. Ya no queda ninguna falta más que acometer, dijo el orador con voz lúgubre, dejando clavado su agudísimo puñal de dialéctico en las entrañas del Imperio. Desde aquel día todo cambió en Francia. El orgullo nacional se reanimó con una reanimación extraordinaria. El partido militar cobró grandes bríos y sonó sus sables amenazadores en las gradas mismas del cesáreo trono. Los patriotas pidieron la guerra con clamores y aullidos espantosos. Francia se palpó las sienes y sintió que le habían quitado en las sombras su espléndida corona de oro. El pueblo mismo comenzó á ser cómplice del error que podía perderlo, esclavizarlo, retardar su emancipación y su progreso. Y yo creí ver, entre aquellos siniestros relámpagos de entusiasmo, dibujarse el yerto cadáver de la noble Francia. Gambet tacon Ferry se burlaban de mis agorerías casandrescas. Pero apenas transcurrieron tres años cuando me daban la razón y convenían conmigo en que tantas torpes ingerencias del gobierno francés en la unidad germánica concluyeron por traer el desplome de una inmensa catástrofe.

Pero la oposición hacía de todos los palos astillas. En las cosas más favorables al Imperio y que parecían para el Imperio más beneficiosas, fundaba una serie de cargos que le salían á maravilla por el descenso evidente de tal institución, que iba tocando en su ocaso. ¿Podía encontrarse nada tan glorioso cual la renovación de París? La vieja ciudad, aquella que Víctor Hugo recogiera filialmente y depositara en el magnífico Museo de Nuestra Señora, acababa de caer á los golpes de la piqueta del César. Debía ser aquel París, de estrechos callejones, de sucio piso, de altas y oscuras casas, de infinitas encrucijadas en laberinto interminable, de poco aire y poquísima luz, un colosal calabozo. Sin embago, los artistas, los poetas, destinados á llevar en pos de sí las inteligencias y á mover los corazones, echaban de menos los sitios consagrados por la santidad de los recuerdos: el patio de sus juegos infantiles, el templo de sus primeras oraciones, la ventana que recogió la mirada y el suspiro de los primeros amores, las calles, testigos de dramáticas escenas históricas, y en cuyas paredes se habían dibujado las sombras de los grandes hombres que sirvieron á Francia con gloria é ilustraron los anales de la humanidad. Estas quejas habían pasado desde los libros de los poetas al sentido común de los ciudadanos. Un autor dramático de decadencia, Sardou, sin esplendor de estilo, sin profundidad de ideas, sin ternura ni elevación de sentimientos, notable sólo por el arte, ó, mejor dicho, por la industria de anudar y enmarañar los argumentos y hábilmente desatarlos, oficial mecánico del teatro, pintó en su *Casa nueva*, drama muy malo, el lujo desordenado que el nuevo París exigía

y la ruina horrible á que arrastraba este lujo, ruina económica, ruina moral, sobre todo. Lo que daba á estas quejas mayor resonancia era que el nuevo París, sustituto del antiguo, presentaba arquitectura tan detestable, gusto tan depravado, uniformidad tan horrible, caserones tan altos y tan grandes, líneas rectas hasta perderse de vista, árboles enanos y raquíticos, montones de piedra decorada con adornos tan artificiales y tan pesados, que la nueva ciudad, aireada, limpia, blanca, gigantesca, era un aireado, limpio, blanco, gigantesco cuartel. Las quejas se habían elevado desde los folletines á la tribuna. Julio Favre, en uno de esos discursos que tenían estilo severo y pensamientos estoicos, llegaba hasta la indignación juvenalesca, y presentaba gráficamente aquellas leguas de palacios monstruosas y deformes, como pagodas asiáticas, digna expresión de un Imperio pretorianesco y brutal, arrojando de París su nervio, su esplendor, su salud, su animación, su vida; los hábiles jornaleros que no podían soportar ni el precio de los alimentos, ni la subida de los alquileres, y que se veían obligados á vivir en barracas de esteras y de palos, presentando los aduares del africano ó del salvaje, como un horrible contraste, junto al lujo de la espléndida capital del mundo. Decíase que el aventurero con corona, engendrado en Holanda, parido en París, llevado á Saboya, de Saboya á Italia, de Italia á Suiza; oficial de artilleros en el cantón de Argovia; jefe de descomunales conspiradores en las calles de Estrasburgo; vago de Londres y de Nueva York; perteneciente y extraño á todas las naciones, no tenía amor patrio, no experimentaba la magia de los recuerdos, no creía en la virtud santificante del hogar, no se impresionaba ante los sitios venerandos de la capital de Francia, y con una irreverencia sólo comparable á su audacia, había hecho del París de las artes y de los ingenios el hotel, la mancebía y el garito de todos los calaveras y de todos los jugadores del globo. Eugenio Pelletan escribió su *Nueva Babilonia* en estilo digno de los profetas, con maldiciones verdaderamente apocalípticas. Edmundo Texier, pasando por el Arco de la Estrella, conjuraba al joven griego del escultor Rude á que fuera con su espada desnuda en la mano y su marsellesa furiosa en los labios, á castigar á los sátrapas de París como sus antecesores en Marathón y en Salamina habían castigado á los déspotas de Asia. Mas no era Napoleón ni único autor ni único responsable de las transformaciones de París, alabadas por unos como la obra capitalísima de aquel reinado, criticadas por otros como la corrupción mayor y el mayor afeamiento de la ciudad que por su importancia y por su grandeza se eleva en el mundo á la categoría de verdadera nación. Tenía un ilustre colaborador, que se llamaba M. Hausseman, y que en Hotel de Ville tronaba y mandaba como Júpiter en su Olimpo. El derribaba los monumentos y derruía las calles como un Dios, echaba líneas sobre el inmenso circui-

to de la ciudad y los suburbios como principiante de geometría sobre la pizarra; arruinaba á éste, enriquecía al otro, y era capaz de quemar á París entero, como el loco romano de otros tiempos, para embellecerlo y renovarlo. Mientras se trataba de las construcciones todo iba bien. El Augusto moderno podía decir que recibió una ciudad de ladrillo y dejaba una ciudad de mármol. Pero en cuanto sonó la hora del pago y aparecieron las monstruosas cuentas, hubo en París murmuraciones generales, y en provincias general descontento. Escritor desconocido entonces, aunque amigo de Gambetta, como ya he dicho, y asistente continuo á unos almuerzos político-literarios que éste daba en su modesto cuarto piso de la calle de Bonaparte, donde se discutían los más graves problemas y se derramaba á torrentes la sal sabrosísima del ingenio, Julio Ferry cogió la ocasión por los cabellos, y expresando el disgusto público, estampó y divulgó un folleto con este título: *Cuentas fantásticas de Haussemman.* Los franceses se pagan mucho del ingenio, aplauden sin tasa la gracia, y el librillo tenía asegurada su fortuna, desde el punto en que nació, con aquel felicísimo retruécano por mote y por bandera. Los más legos en letras recuerdan la analogía, la relación del título de este libro, *Cuentas fantásticas de Hausseman,* con el título de otro libro literario célebre, con el título de *Cuentos fantásticos de Hoffman.* Los maldicientes celebraron la gracia, los oposicionistas movieron y removieron el folleto, la izquierda se decidió á llevar el asunto á la tribuna de ambos Cuerpos Colegisladores, y poniendo el dedo en la llaga ó mostrar lo escandaloso de los gastos, lo increíble de los despilfarros. M. Hausseman estaba perdido; pero con M. Hausseman se perdía y se desacreditaba una de las mayores y más ilustres obras del segundo Imperio, uno de los más alabados y más brillantes títulos del tercer Napoleón. Ferry subía cada vez más en el concepto público.

Así, no fué maravilla que lo nombraran diputado en las elecciones del 69; que luego lo nombraran del gobierno de la Defensa Nacional en el célebre 4 de Setiembre, día del renacimiento ó restauración de la República; que luego le nombraran prefecto de París en el sitio, y que, ya prefecto, acometiera el titánico trabajo de proveer la capital con verdadero empeño y corriera más de una vez riesgos terribles de su vida por salvar, dentro del cerco bombardeado, la vida de aquellos que representaban la posible autoridad y ejercían, en condiciones tan adversas, el poder público. Cierto día fué un verdadero héroe, verdadero. Era el día 22 de Enero de 1871. La mañana había pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville y la plaza de la Greve demostraban que de tempestad había verdaderos amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama Plaza de la Greve, y ha dado nombre á los actos más característicos de las asociaciones obreras.

Poniéndose de frente al Hotel de Ville, descúbrense hacia la derecha las torres góticas, las agujas caladas de Nuestra Señora de París; los dos brazos del Sena, que forman la isla, nido de la gran ciudad y de toda la nación francesa; y á la izquierda la calle de Rivoli, cuando ya entronca con el populoso y republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en tal escenario. Allí se instaló aquella municipalidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convención. Allí cayó Robespierre, después de haberse elevado sobre el prestigio de ese templo. En sus balcones decretó Lafayette la destitución de la dinastía borbónica y coronó con el morrión de la milicia nacional á la monarquía de Julio. En el Hotel de Ville se proclamó en 1848 la segunda, y en 1870 la tercera República francesa. Por eso, cuando los horizontes se oscurecen, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las súbitas inspiraciones que la han agitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que la revolución triunfa y se formula, es el Hotel de Ville como el Sinaí de la democracia moderna.

A la una de la tarde del 22 de Enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número corto, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de la plaza. A la defensiva sólo se veían dos oficiales de guardias movilizados bretones, y un oficial de la milicia parisiense ante la puerta mayor abierta y tras la verja cerrada. Los grupos, dirigiéndose á estos oficiales, pedían pan y la caída de Trochu. Al dar las dos, treinta milicianos desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados, pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hacia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los cargaban, jurando apuntarlos pronto á las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubríanse tras de sus cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñaban los menores acaecimientos de la plaza. El grito convenido era la destitución de Trochu, gobernador militar de París. Para pedirla con oportunidad y obtenerla con prontitud, decidieron dirigirse á la habitación misma del general. Y en efecto, partiérónse por la calle de Rivoli hacia el lado del Louvre. Parecía todo tranquilo en este punto, cuando á las tres se oye el redoble precipitado de un tambor que toca á ataque. Vienen trescientos milicianos armados y en son de guerra desde Belleville, y han desfilado en la plaza de la Bastilla antes de tomar la calle de Rivoli por el extremo opuesto al que se encaminaban los milicianos anteriores. En cuanto avistan el Hotel de Ville suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hacia la desembocadura de la calle de Rivoli, donde los amotinados se encuentran, y descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubrióse el suelo de gentes desploma-

das sobre el frío barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente, y chocando en su carrera, tropezaron muchos por heridos y algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, la tropa de línea, los gendarmes, acuden, y el orden se restablece. Mientras pasaban estas escenas tronaba la artillería, y desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de París. ¡La guerra civil junto á la guerra de conquista! ¿No estaba aún bastante castigada Francia? Pues bien; el gobierno hubiera caído, París, sitiado, se queda sin defensor, la comunidad revolucionaria queda proclamada en pleno sitio, si Ferry no hubiese reunido los milicianos bretones y no hubiese dado la terrible voz de fuego.

Pero resumamos. La vida de Ferry se distingue por unas proporciones admirables y por un enlace y coordinación verdaderamente lógicos entre sus varios períodos. De oposición ruda en el grupo de la calle de Bonaparte; ardiente polemista en los dos periódicos, uno de combate desatado, como *El Correo*, y otro de combate táctico, cual *El Tiempo;* autor oportuno de folleto muy leído y loado, contra la renovación de París, obra capital del Imperio; representante ya del pueblo en la Cámara del 69 que traía la revolución aparejada; individuo del primer gobierno brotado tras el triunfo de la República; prefecto en la capital sitiada, donde salvó un día con esfuerzo á sus compañeros, los gobernantes, condenados á muerte por las turbas en armas; el primero en ofrecer grandes resistencias á los elementos anárquicos volcados por todas partes, y el último en irse de París cuando la comunidad revolucionaria dominó la gran ciudad y se propuso resucitar el terror de los maldecidos ayuntamientos parisienses del 93; amigo y partidario de Thiers hasta su muerte, los rasgos capitales de su vida le daban un carácter, al cual nunca debió haber renunciado: el carácter de republicano conservador, que tanto cuadraba con sus ideas, con sus antecedentes, con sus tradiciones y con su historia. Pero hay un matiz del desarrollo de tal vida en que nadie ha fijado su atención, quizá por envuelto entre las indeterminaciones y las incertidumbres de un ánimo recatadísimo, y que, sin embargo, decide por completo de su existencia y le da la orientación tomada en el período que ha cerrado la muerte. Cuando se disolvió el gobierno de la Defensa Nacional, tras las capitulaciones, una parte de este gobierno, Favre, Ricard, Simón, Ferry, se fué con Thiers, vencedor; otra parte de este gobierno se fué, la menor y menos importante, Cremieux, Bizoin, Pelletan, se fué con Gambetta. Recuerdo el dejo de amargura prestado á los labios de Gambetta por tal determinación. Lo perdonaba, porque lo quería mucho, pero zaherílalo con reconvenciones acerbas y lo asaeteaba con dardos agudísimos. Sin embargo, en cuanto la reacción destronó á Thiers en Versalles, propendió Ferry de nuevo á Gambetta. Y en cuanto Gam-

betta murió, se alzó con su herencia.

Varias ideas del malogrado dictador, ideas buenas unas y malas otras, le movieron ya en toda su carrera política: la concentración republicana, la reforma constitucional, la enseñanza laica, el engrandecimiento territorial. De la concentración republicana, francamente, no hay para qué hablar. Mientras la dirigieran ó el corazón de Gambetta ó el raciocinio de Ferry pase, vaya en gracia; pero así que cayó en otros guías no tan autorizados, redújose á una triste agregación de guerras, más bien mecánicas que orgánicas, en las cuales fuerzas predominaban, por debilidad é incuria de los más, los menos: Clemenceau y sus radicales. La cuestión de enseñanza, tal como la resolviera Ferry, sublevó la mitad entera de su vida contra la otra mitad, é imposibilitó la República verdaderamente conservadora, que no puede ni fundarse ni establecerse sino contando por completo con los elementos católicos. La reforma constitucional hízole pasar por aquella terrible Asamblea de un día en Versalles que pudo quebrantar la República con sus determinaciones como escandalizó á Europa con sus voces. El engrandecimiento territorial aportó á Francia el Tonkin y Túnez. Pero llevóle aquél esa impopularidad en que Ferry ha vivido; y Túnez aportó á Francia la enemistad implacable de Italia é Inglaterra. Mas con esto y con todo, muere Ferry tenido en un concepto que no han alcanzado sus émulos del oportunismo: muere con reputación de verdadero estadista. Y en efecto, tenía pensamiento y voluntad. Gobernaba, no por gobernar, por hacer algo útil á su patria. Comprendía cómo necesitan las democracias de autoridad y gobierno. Disciplinaba con verdadera organización su mayoría. Y magüer su disciplina, triste noticia llegada del Asia oriental desbandóla; á su desbandada siguió una proscripción perdurable del jefe, lanzado de su ministerio, lanzado de su Parlamento, lanzado casi de su país. Cuando Grevy dimitió, por el sentimiento de la mayoría hubiérale Ferry sustituido en la presidencia. Cuatro gritos del partido radical impidieron esta elección. La República no quiso definirse y nombró á Carnot. En esta indefinición y en esta indeterminación hoy continúa, devorando uno tras otro grandes hombres y sin que nadie sea capaz de adivinar dónde se halla el Norte y el puerto. Viejo ya Ferry, de sesenta y un años, no se ha llevado consigo al sepulcro una historia, se ha llevado una esperanza.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Fraseología dramática.—La Dolores.—El Maestrante.

Que el teatro moderno aspira á ser copia, casi fotográfica de la realidad, es un hecho que nadie desconoce. Podrá negarse que tal aspiración sea el verdadero ideal del arte dramático; podrá protestarse teóricamente contra la forzosa restricción que impone ese modo de entender el carácter de la escena, pero sería cerrar los ojos á la evidencia negar que en el momento presente, el público, supremo juez de las obras artísticas, busca en el teatro una verosimilitud escrupulosa. Para comprobar lo que dejo dicho, no hay más que prestar oídos á las conversaciones de los espectadores, las noches de estreno, en los pasillos de los teatros. Es ó no verdadera la acción, son ó no son copia fiel de los caracteres reales los caracteres fingidos por el autor, son ó no *propios* los trajes, las costumbres, el mobiliario, el lenguaje, la decoración... tales son los puntos en que se ejercita la crítica espontánea de los espectadores. La misma dirección sigue la crítica escrita: su criterio, casi exclusivo, es el de la verosimilitud en su sentido más estricto. Lo que de ella se aparta, aunque contenga los más delicados primores, es censurado dura é implacablemente, y participando de este mismo modo de pensar los directores de escena y los actores—no siempre con fortuna—procuran que tanto en la disposición de la escena, como en el vestir, en la entonación y en los modales, la ficción y la realidad se aproximen hasta el punto de confundirse. Censurábase á Rafael Calvo porque *cantaba* los versos del teatro antiguo; pónese reparo á las más leves impropiedades de indumentaria, y no está lejos el día en que nuestros críticos consideren, como Sarcey, que «el verso es la edad de piedra del teatro».

Claro es que esta dirección que sigue el teatro, achica mucho su contenido. La sombra del viejo Hamlet no puede pasearse ya por la explanada del

castillo de Elsigforsdt, ni el espectro de Banquo ocupar su asiento en el fatídico banquete. El mundo de los sueños y de las quimeras no cabe ya en el teatro, no caben tampoco las abstracciones teológicas ó metafísicas, y el gusto moderno proscribe de la composición dramática las galas poéticas calificándolas desdeñosamente de lirismo. Después del paréntesis romántico, impera la estética de Moratín.

Consecuencia es este achicamiento de lo desmedrado y pobre de nuestra fantasía, así como de la invasión del positivismo, que ha penetrado en todas las esferas de la actividad. En otro tiempo, era aquélla tan lozana y vigorosa, que sin necesidad de cambios de decoración, se hacía fácilmente cargo el público del lugar de la escena. La mano puesta delante de los labios á veces era indicio bastante para representar la existencia de una pared entre dos interlocutores. Ponían los autores artificiosos discreteos en boca de sus personajes, y el cielo y la tierra, ángeles y demonios, lo humano y lo divino, entraban en el anchuroso campo de la escena. Pintar con brío lo principal desdeñando lo accesorio, tal era el propósito de los antiguos dramaturgos. ¡Qué de cosas diría la crítica moderna si un autor de nuestra época atribuyese á un personaje como Hamlet, muy anterior á la venida de Cristo, reflexiones acerca de los santos Sacramentos! ¡Qué de burlas se lanzaría contra el desgraciado dramaturgo, que, como Calderón, convirtiese á Varsovia en puerto de mar, ó al que como Rojas, hiciese que un personaje coetáneo de Alfonso VII hablase de la canela del Brasil!... Ni el público paraba mientes en estas inexactitudes, ni la crítica reparaba en ellas, ni los poetas se proponían como objeto la copia minuciosa y prolija de la realidad. Sus ojos estaban conformados para ver lo grande; los nuestros, por el contrario, son de lince para distinguir lo pequeño.

Es evidente, ó á mí por lo menos me lo parece, que aquel teatro valía más que el moderno, como vale mucho más, por ejemplo, una *kermesse* de Rubens que un cuadrito de Teniers, con estar en aquél barajados lo verdadero y lo fantástico, la realidad y la quimera, y estar en éste reproducido con una verdad asombrosa lo más trivial é insignificante. Pero como quiera que el arte es un resultado del modo de ser social y los gustos del público se imponen al artista, forzoso le es á éste atemperarse á las exigencias de los contemporáneos.

Comprendiéndolo así hasta los artistas de más libre y soñadora fantasía, hacen esfuerzos inauditos para amoldarse á esta ley de la dramática moderna. La *última manera* del Sr. Echegaray demuestra lo tiránico de las exigencias del público; de aquí su afán por imitar á Ibsen, el más naturalista de los dramaturgos contemporáneos; de ahí también sus intentos poco afortunados de copiar la vida, la sociedad y los caracteres modernos. La misma tendencia se echa de ver en Galdós. La Peri y Pepet, los dos personajes mejor estudiados de sus comedias, son á ratos lo

más realista que hemos visto sobre las tablas del escenario.

Pero es el caso que, á pesar de los esfuerzos de los dos ilustres escritores, se les va á lo mejor el santo al cielo, quiero decir que, olvidándose de sus propósitos naturalistas, hacen hablar á sus personajes en lenguaje retórico y amanerado. Y es cosa á la verdad un poco extraña ver á un Pepet, por ejemplo, abandonar de repente su rudeza é irse por los cerros de Ubeda del más trasnochado lirismo. Todos los personajes de los dos eminentes autores, venga ó no á cuento, han de decir sentencias como templos ó han de empedrar sus diálogos de imágenes rimbombantes. Ya es una señorita marisabidilla que compara sus congojas con los estremecimientos de un capullo arrojado á un pudridero, ya un patán zafio que compara sus reyertas conyugales con el rozamiento de las escamas y aletas de un dragón, con las plumas de un ángel... Toda en esos diálogos enrevesados se vuelve ángeles, capullos, constelaciones, órbitas, abismos, fango, lodo... y hasta ratones.

Podrá argüírseme diciendo: «nuestras comedias mejores llenas están de frases y conceptos tan dislocados ó más que los citados. Lo del hipógrifo violento, las vociferaciones de Fierabrás en *La puente de Mantible* y los discreteos de damas y galanes dan quince y falta á las más descabelladas declamaciones de nuestros dramaturgos...» Es verdad; pero no debe olvidarse que semejantes adornos no son buenos aunque los empleasen ingenios tan esclarecidos como Calderón, Lope, Rojas..., y debe además tenerse en cuenta que aquello que tan exótico nos parece hoy, era sin embargo cosa corriente en el siglo XVII. En estilo conceptuoso y enrevesado escribía Quevedo hasta cuando escribía de burlas, por el mismo estilo se expresaba Juan Pérez de Montalbán, así predicaba Fr. Hortensio Paravicino, así recomendaba Gracian que se escribiera; y las cartas privadas, los libros piadosos, los documentos oficiales de aquel tiempo contenían frases, conceptillos, retruécanos é hipérboles, no muy distintos de los que esmaltan, ó, mejor dicho, afean en parte el lenguaje dramático de nuestros grandes escritores.

Pero en estos tiempos de cotizaciones y economías en que á duras penas si se le perdona á Castelar su elocuencia; aquí donde es cursi lo poético y soñador sinónimo de tonto; donde, salvo raras, aunque muy honrosas excepciones, la poesía se reduce á prosa rimada y en donde el mejor cuadro de la exposición es una escena de hospital..., aquí, digo, pretender deleitar al público con la fraseología de ángeles, dragones, flores, mariposas y estrellas, es cosa tan fuera de camino como querer escribir un informe forense en seguidillas ó poner en música las tablas de logaritmos.

***

Inspirándose en el criterio de la naturalidad y sobriedad dramáticas, ha

escrito el Sr. Feliú y Codina su lindísimo drama *La Dolores*. Nada hay en esta obra primorosa y la más perfecta de la temporada, que traspase los límites de la sencillez. Todo es allí proporcionado, todo está bien dispuesto y calculado; todo marcha fácil y desembarazadamente hacia el fin. De escena en escena crece el interés; el vigor de los tipos no desfallece un punto, la sobriedad del diálogo no se pierde, ni se desmiente jamás la concisión del lenguaje. *La Dolores* revela á un escritor de exquisito gusto, incansable en la tarea de la lima, y que cercena sin piedad cuanto encuentra en su obra de superfluo ó de inútil, sin que le deslumbre ni el sonsonete de los versos ni el falso brillo de las imágenes de oropel. En la obra de Feliú no hay análisis, ni antecedentes patológicos, ni complicaciones psicológicas. Su drama no tiende á probar ni á demostrar nada. Vida y pasión son sus dos factores principales. Sus personajes son más bien tipos populares que caracteres complicados; el color es superior al dibujo; lo externo, lo plástico, sobrepuja á la vida interior. *La Dolores* hace sentir, no hace pensar; el deleite de la contemplación no se ve jamás interrumpido con el trabajo reflexivo que otras obras imponen al público.

No entraré yo á aquilatar hasta qué punto es de aplaudir ó de imitar esta falta de trascendencia de la obra del Sr. Feliú. Bien se me alcanza que el carácter de la literatura moderna es otro. En el teatro y fuera del teatro domina el esfuerzo por investigar el sentido oculto de las cosas. La lírica camina á cumplir la fórmula anunciada por Lamartine: la novela es un estudio, el teatro el planteamiento de un problema. Así lo han entendido Augier, Musset, Dumas, hijo, entre los franceses; Ayala, Echegaray, Galdós, Sellés, entre los españoles y recientemente Ibsen entre los escritores del Norte. El Sr. Feliú y Codina se aparta á sabiendas de esta dirección y pone su empeño en despertar la pura emoción estética. ¿Quiénes están en lo firme? Cuestión es esta á resolver como dicen los franceses. Por de pronto, el público ha fallado en favor de Feliú.

No faltará, sin embargo, quien considere, más reducida, más pequeña de lo que reclama el actual estado de la literatura, el drama *La Dolores*.

Dentro de estos límites, que pueden parecer algo reducidos, el Sr. Feliú ha hecho una obra maestra. *La Dolores* no es una estatua de bronce ó de granito, pero es una primorosa figura de porcelana. La moza del mesón, el mocito del barrio, el ricacho engreído, el mozo testarudo, el sargento bocachón son otras tantas figuras copiadas del natural á las que no les falta ni el color de localidad, ni el estilo propio, ni el lenguaje adecuado.

Algún lunar hay en la obra: la entrada del barbero en el cuarto de la Dolores no tiene justificación bastante. Si el propósito de la moza es impedir que puedan encontrarse los dos rivales, ¿por qué abre la puerta? ¿A qué conduce aquella entrevista si no es á buscar solución un poco violenta del

conflicto? Algo impropio, demasiado escogido me parece el lenguaje de la protagonista en las últimas escenas; en ellas habla como hablaría en caso igual una dama. Repito, sin embargo, que estos son lunares insignificantes que no quitan valor á la obra. Entre los dramas últimamente estrenados, hay algunos que aventajan á *La Dolores* en grandeza de concepción, en profundidad, en trascendencia; pero son pocos, quizá ninguno, los que puedan competir con el drama de Feliú en el primor de la factura.

La ejecución fué esmeradísima. María Guerrero demostró una vez más que es una verdadera artista. Sus ojos, sus ademanes, su voz, todo obedece á la voluntad de la actriz y corresponde al carácter del personaje. La señorita Guerrero tiene además un cualidad, que es, sin duda, la más esencial de cuantas debe reunir el artista dramático. La actriz del teatro de la Comedia sabe despojarse de su personalidad para revestir la del personaje por ella representado. *La Dolores* es otra mujer distinta de Mariana ó de la monja de *La loca de la casa*. Bien puede asegurarse, sin incurrir en exageración, que es hoy la primera actriz de España.

***

Dos años ha próximamente que la prensa de Madrid nos puso el corazón en un puño con el relato de los martirios sufridos por cierta niña. Aquella narración, exornada con horripilantes pormenores, debió de impresionar vivamente al Sr. Palacio y Valdés, sugiriéndole el pensamiento de escribir una novela sobre tan conmovedor asunto. El tormento de una niña forma el núcleo de la obra última del autor de *Marta y María*. Josefina, fruto de unos amores adúlteros, padece toda clase de bárbaros tormentos infligidos por su madre, ansiosa de vengarse del desvío de su amante, padre de la niña. Los tormentos de la infeliz criatura están narrados con tal lujo de pormenores, que ciertamente horrorizan al lector menos nervioso. Con prolijidad excesiva refiere el Sr. Palacio, cómo Amelia, la madre desnaturalizada, golpea y araña á su hija, cómo la retuerce las orejas, cómo la sacrifica á alfilerazos, cómo la hace limpiar con la lengua los orines con que la niña atemorizada mancha la alfombra, y cómo, finalmente, la arroja al sótano después de despedazarla los dedos con las junturas de la puerta.

Si el autor con esta dolorosa historia se ha propuesto horrorizar á los lectores, ha conseguido con creces su propósito. La emoción estética que debiera producir la lectura de la novela, se convierte en tormento insoportable, y el lector experimenta algo de aquel movimiento de repulsión que nos causó recientemente la lectura de los pormenores con que los *reporters* nos han referido las circunstancias del crimen del Escorial ó las circunstancias con que suelen adornar la descripción de una ejecución en garrote vil.

En torno del grupo que forma la

adúltera, su amante y la niña desventurada, se mueve un número bastante crecido de personajes á cual más ridículo y extravagante: el marica, ente asqueroso cuyas cualidades bien claramente están indicadas con su apodo, el barón y D. Diego personajes tan grotescos como innecesarios, las dos hermanas, Nuncita y Carmelita que recuerdan algo, por lo extravagantes, á Fimouka y Fomouka de *Tierras vírgenes* y otros muchos tipos á cual más estrambótico y caricaturesco. Si aquellas gentes son retrato fiel de los habitantes de alguna ciudad verdadera, oculta por el autor bajo el nombre de Soncia, preferible sería vivir entre salvajes que habitar en ella. No se encuentra en toda la novela ni un solo personaje simpático: el que no es tonto es un embustero de marca mayor, y el que no es un pillo redomado es un imbécil, incapaz de sacramentos. Hasta Fernanda, la persona más *espiritual* de la novela, produce un verdadero desencanto cuando después de embriagarse para mitigar sus celos, se entrega al bárbaro de D. Santos, modelo acabado de estupidez y grosería.

Echase de ver también en la novela olvido de la unidad, sobra de episodios innecesarios, sucesión de cuadros fatigosos é inútiles y poco acierto en la creación de caracteres. No falta, sin embargo, en ella cierta amenidad, gracejo para pintar algunas escenas, arte en el narrar y en el describir, habilidad para el manejo del diálogo, estilo variado y agradable y lenguaje fácil aunque incorrecto; pero todas estas cualidades no son bastantes para colocar *El Maestrante* en la categoría de las demás novelas del mismo autor.

Por esta vez, el notable novelista Sr Palacio y Valdés, ha quedado mu y por bajo de su merecida y envidiable reputación.

F. Villegas.

ÍNDICE

Páginas.

Taine, por Pablo Bourget..... 5
Rima, por F. Rivas Frade (Colombiano)..... 39
La pintura en los países bajos, por H. Taine..... 40
El salón del barón Gérard, por Sofía Gay..... 121
La salud, por John Lubbock..... 133
De dónde viene el mal, por el conde León Tolstoy..... 142
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por César Lombroso..... 144
La escuela criminalista positiva, por Enrique Ferri..... 159
El estado y la reforma social por Eduardo Sanz Escartín, por Julio Puyol.. 185
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 190
Impresiones literarias, por F. Villegas..... 202

España moderna

AÑO V NÚM. LIII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

MAYO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

PRIMER AMOR

DEDICADO Á P. V. ANNENKOV

Habíanse ido los convidados hacía mucho tiempo. Eran las doce y media de la noche; sólo quedaban en el comedor el dueño de la casa y sus dos amigos Serguey Nikolaevitch y Vladimiro Petrovitch.

Llamó el dueño y dispuso que quitasen los restos de la cena.

—Así lo hemos decidido—dijo, arrellanándose más en el sillón y encendiendo un puro;—cada uno de nosotros tiene que contar la historia de su primer amor. Empieza tú, Serguey Nikolaevitch.

Serguey Nikolaevitch, un hombre regordete, rubio, de cara un poco abotagada, miró al dueño de la casa y después alzó los ojos al techo.

—Nunca he tenido primer amor —dijo á la postre.—Comencé directamente por el segundo.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Tenía yo diez y ocho años cuando por vez primera cortejé á una preciosísima muchacha, pero lo hice como si hubiese tenido ya experiencia de ello y como me aconteció más tarde hacerlo con otras. Si he de ser franco, sólo estuve enamorado por primera y última vez á la edad de seis años: de mi niñera *(niania)*. Ya comprenderéis que desde entonces acá ha pasado mucho tiempo. Han desaparecido de mi memoria los detalles de nuestras relaciones; y además, aunque los recordase, á nadie interesarían.

—¿Qué le vamos á hacer entonces?—dijo el amo de casa.—Yo tampoco tengo nada de gran interés que contaros acerca de mi primer amor. No estuve enamorado de nadie antes de conocer á Ana Ivanovna, hoy mi mujer; y para nosotros todo fué como una seda.

Nuestros padres habían concertado nuestro matrimonio. Nos gustamos en seguida, y nos casamos sin hacerlo esperar mucho. Ahí tenéis mi relato en cuatro palabras. Os confieso, señores, que al ocurrírseme que contáramos nuestro primer amor, esperaba algo de vosotros los célibes, no diré que viejos, pero tampoco jóvenes del todo. ¿Serás tú, Vladimiro Petrovitch, quien tengas tal vez algo interesante que decirnos acerca de este asunto?

—En efecto; mi primer amor va mezclado con sucesos que se salen de lo corriente—respondió, un poco vacilante, Vladimiro Petrovitch, hombre de unos cuarenta años, pelinegro, que empezaba á encanecer.

—¡Ah!—exclamaron á un tiempo el amo de casa y Serguey Nikolaevitch. — Tanto mejor... Cuéntanos.

—Bueno... ó más bien, no. No os lo contaré, no soy buen narrador; mi relato podría pareceros seco y corto, ó harto detallado y falso. Pero, si me lo permitís, escribiré todo lo que recuerdo de la prometida historia, y os lo leeré.

Los amigos negáronse al pronto á pasar por esto; pero Vladimiro Petrovitch se las tuvo tiesas con ellos. Quince días después reuniéronse de nuevo, y nuestro narrador cumplió su palabra. He aquí lo que había escrito.

I

Tenía yo entonces diez y seis años. Era por el verano de 1833.

Vivía en Moscú con mis padres, quienes habían alquilado una casa de campo junto á las murallas, por la parte de Kaluga.

Preparábame para ingresar en la Universidad, pero trabajaba poco y sin apresurarme mucho.

Nadie ponía trabas á mi libertad. Hacía lo que se me antojaba, sobre todo desde que me separé de mi ayo francés, el cual no podía habituarse á la idea de haber caído «como una bomba» en Rusia, y con la desesperación retratada en el rostro se revolcaba todo el día en el lecho.

Tratábame mi padre con una afabilidad indiferente; mi madre se ocupaba muy poco de mí, sin embargo de no tener más hijo que yo. Otros cuidados la embargaban.

Mi padre, joven aún y muy guapo, se casó por el interés con mi madre. Esta era diez años mayor que él. Llevaba una vida bastante triste: siempre inquieta, celosa, irritada, pero nunca en presencia de mi padre, á quien temía mucho. En cuanto á él, reservado y frío, manteníase á distancia. Nunca he

visto un hombre tan galantemente tranquilo, seguro é imperioso. No se me olvidarán jamás las primeras semanas que pasé en aquella casa de campo. El tiempo era magnífico. Habíamos ido allí el 9 de Mayo, día de San Nicolás. Mis paseos eran ya por nuestro jardín, ya por el otro lado de la muralla del recinto. Llevaba encima algunos libros—entre otros el tratado de Kaidanov—pero rara vez abría éste; más me gustaba recitar á solas, en voz alta, versos que me sabía al dedillo. Hervía en mí la savia, y mi corazón languidecía de una manera dulce y gratamente novelesca. Esperaba no sé qué; me intimidaba, me asombraba y sentíame siempre azorado. Mi imaginación vagaba y revoloteaba con rapidez en torno de las mismas imágenes, como al alba los vencejos alrededor del campanario.

Me hice soñador; me entristecía, hasta lloraba. Pero de la tristeza y de las lágrimas que me inundaban, bajo la impresión de un verso musical ó de la belleza de una noche, salía como una flor primaveral el alegre sentimiento de una vida joven y exuberante.

Tenía para mi uso un potro de montar; ensillábalo yo mismo, y me iba solo, lejos, lanzándome al galope, imaginando ser un jinete en el estadio. ¡Y qué alegremente silbaba el viento en mis oídos. O bien, volviendo la cara al cielo, absorbía su claridad y su espléndido azul con mi alma abierta para recibirlos.

Recuerdo que por aquel entonces casi nunca aparecía con marcados contornos á mi espíritu la imagen de una mujer, el fantasma del amor. Sin embargo, en todo lo que pensaba y sentía ocultábase un presentimiento semiconsciente y púdico de algo desconocido, inexplicablemente dulce y femenino...

Ese presentimiento, esa espera, penetraban en todo mi ser, eran mi aliento, corrían por todas mis venas, iban disueltos en cada gota de mi sangre... Quiso la suerte que bien pronto se realizasen.

Componíase nuestra quinta de una casa señorial construida de madera, con columnas, y dos pabellones de un solo piso. El de la izquierda estaba ocupado por una fábrica de papeles pintados.

Más de una vez iba yo allí para ver cómo una docena de pilluelos desgreñados y flacos, con blusas sucias y abotagadas caras de bebedores, saltaban á unas palancas de madera que cargaban sobre unas prensas, y de este modo, sin más que el peso de sus cuerpos enclenques, estampaban los dibujos en el papel.

El pabellón de la derecha, des-

ocupado, se anunciaba en alquiler.

Tres semanas después del 9 de Mayo abriéronse un día los postigos de las ventanas de este pabellón, y aparecieron caras de mujeres. Una familia se había instalado allí.

Me acuerdo de que el mismo día, mientras comíamos, mi madre preguntó al mayordomo quiénes eran los nuevos vecinos; y habiendo oído el nombre de la princesa Zassekin, dijo al instante, no sin cierto respeto:

—¡Ah! princesa...—Pero en seguida añadió:—Probablemente sin fortuna.

—Han llegado en tres carruajes de alquiler—observó con deferencia el mayordomo, presentando el plato;—no tienen coche, y sus muebles son muy ordinarios.

—Sí—respondió mi madre;—mas no por eso dejarán de ser siempre unas personas decentes.

Mi padre la miró con frialdad, y no dijo nada.

En efecto, la princesa Zassekin no debía de ser muy rica: el pabellón que había alquilado era tan viejo, tan pequeño y tan bajo, que personas un poco acomodadas nunca hubieran consentido en habitar allí.

Por supuesto, entonces no paré mientes en nada de ello. El título de príncipe no me imponía. Aún estaba bajo la impresión de *Los bandidos*, de Schiller.

II

Acostumbraba yo á dar vueltas todas las tardes por nuestro jardín, en busca de cuervos. Tenía verdadero odio á estas aves prudentes, rapaces y malignas.

El día de que acabo de hablar me dirigí al jardín, según costumbre, y después de haber inspeccionado en vano todas las alamedas (probablemente me habían sentido los cuervos y graznaban á lo lejos), me aproximé por casualidad á la cerca baja que separaba nuestro terreno de la estrecha faja de tierra que formaba el jardín del pabellón de la derecha.

Iba con la cabeza baja. De pronto oí voces. Miré por encima del cercado, y me quedé atónito é inmóvil. Extraño espectáculo se ofrecía ante mis ojos.

A algunos pasos de mí, en el claro, entre los frambuesos de frutos verdes aún, estaba de pie una joven alta y esbelta, vestida con una falda de color de rosa con rayas y con un pañuelo blanco en la cabeza. Alrededor suyo estaban

cuatro muchachos, y por turno íbales pegando en la frente con unas flores grises, de cuyo nombre no me acuerdo, pero con las que juegan muchas veces los niños. Esas flores forman unos saquitos, y se rompen con estrépito cuando se golpean contra un cuerpo duro.

Los jóvenes se sometían tan á gusto á aquella operación, y había en los movimientos de la joven (á quien veía yo de perfil) un no sé qué tan gracioso, dominante, acariciador, burlón y hechicero, que por un tris no exhalé un grito de asombro y de placer, y creo que hubiese dado todo lo del mundo por sentir yo también en la frente el choque de aquellos lindos dedos.

La escopeta se me cayó al suelo, todo lo olvidé; devoraba con la vista aquellos elegantes contornos, y el fino cuello, y las bonitas manos, y los cabellos rubios, ligeramente despeinados, bajo el pañuelo de seda blanco, y aquellos ojos inteligentes entornados, y aquellas pestañas, y la suave mejilla que sombreaban.

—¡Joven, joven!—dijo de pronto una voz junto á mí:—está prohibido mirar así á las jóvenes forasteras.

Me estremecí, y quedé como petrificado. Cerca de mí, al otro lado del seto, estaba de pie un hombre de pelo negro, cortado al rape, y me miraba con aire irónico. En el mismo momento, la joven se volvió hacia mí. En un rostro movible y animado, vi unos ojazos grises; y, de repente, toda la cara quedó iluminada por la risa. Brillaron los blancos dientes y enarcáronse las cejas de un modo picaresco.

Me puse hecho una amapola; levanté á escape la escopeta, y, perseguido por las carcajadas estrepitosas pero no ofensivas, me refugié en mi cuarto; me eché en la cama, tapándome el rostro con las manos.

Palpitábame el corazón dentro del pecho, como si fuera á romperse. Tenía mucha vergüenza, y al mismo tiempo era feliz; una emoción desconocida me agitaba.

Después de que hube descansado, me peiné, me cepillé la ropa y bajé á tomar el té. La imagen de la joven se aparecía siempre delante de mí. Ya no palpitaba tan fuerte mi corazón; oprimíase como por una dulce presión.

—¿Qué tienes?—me preguntó de pronto mi padre. —¿Has matado algún cuervo?

Iba á contárselo todo; pero me contuve y me sonreía para mis adentros.

Al acostarme por la noche, di tres vueltas á la coscojita por mi cuarto, sin saber por qué, me di pomada en el pelo, y, por último, me metí en la cama, donde dormí

toda la noche como un muerto. Allá hacia el alba, me desperté un instante, miré en torno mío con transporte y me volví á quedar dormido.

«Pues, señor, ¿cómo me las arreglaría para hacerme amigo de ellos?» Tal fué mi primera idea al despertarme.

Antes del té bajé al jardín, sin acercarme demasiado á la cerca, y no vi á nadie. Después del té, pasé varias veces por la calle, delante de la fachada de nuestros vecinos, y desde lejos eché miradas furtivas á sus ventanas... Me pareció que la cara de *ella* estaba detrás de una cortinilla, y, despavorido, me aparté más que á escape.

«Sin embargo, no hay más remedio que trabar conocimiento»—pensaba, vagando sin objeto por la llanura arenosa que se extendía hasta el pie de la muralla de circunvalación.

«Pero ¿cómo? Ahí está el quid.»

Repasé con la memoria los menores detalles de nuestro encuentro de la víspera; no sé por qué, lo que más á menudo se me representaba era *su* risa en el momento de hacer burla de mí... Y mientras me agitaba y combinaba diferentes proyectos, la suerte había trabajado ya en mi favor.

En mi ausencia, mi madre había recibido de la nueva vecina una esquela en papel gris, cerrada con lacre negro, de esos lacres que sólo se emplean en las oficinas de correos ó para cubrir los tapones de las botellas de vino barato. En aquella carta, escrita con lenguaje incorrecto y mala letra, la princesa rogaba á mi madre que la concediese protección. Según decía la princesa, mi madre estaba en buenas relaciones con importantes personajes, en manos de los cuales se hallaba el destino de la princesa y de sus hijos, y parece ser que tenía importantísimos pleitos que dependían de ellos.

«*Medrijo* á V.—escribía—como una dama noble á una dama noble, *yade más mesa gradable aprovechá este* ocasión...»

Al terminar, pedía permiso á mi madre para presentarse.

Encontré á mi madre de mal humor; mi padre no estaba en casa, y, por consiguiente, no tenía á nadie á quien pedir consejo. Era imposible no responder á «una dama noble» y princesa por añadidura. Pero tampoco sabía cómo contestar. Escribirla una carta en francés le parecía fuera de lugar. En cuanto á la ortografía rusa, mi madre, á su vez, no estaba fuerte en ella; dábase cuenta de ello, y no quería comprometerse.

Le vino de perilla mi llegada, y me ordenó que en seguida fuese á

casa de la princesa, y la explicase de viva voz que estaba siempre dispuesta á ser útil á Su Excelencia, y le rogaba que fuese á verla á cosa de la una.

La realización tan inesperada y tan rápida de mis deseos más íntimos me llenó de júbilo y de miedo á la vez. Sin embargo, no dejé ver mi turbación, y subí á mi cuarto para ponerme corbata nueva y americana; en casa aún iba de corto y cuello á la marinera, aunque esto comenzaba ya á disgustarme.

IV

En el vestíbulo estrecho y bastante mal arreglado del pabellón, donde entré con un involuntario estremecimiento de todo mi ser, salió á mi encuentro un criado viejo, de pelo gris. Su oscura tez era de tono cobrizo; sus mustios ojos, pequeños como los de un cerdo; y tenía en las sienes y en la frente unas arrugas tan hondas, como jamás he visto otras tales.

Llevaba en un plato la raspa descarnada de un arenque, y con el pie cerró la puerta del aposento por donde acababa de salir. Me preguntó con sequedad:

—¿Qué se le ofrece á V. ?

—¿Está en casa la princesa Zassekin?—dije.

—¡Vonifati!—gritó con voz temblona una mujer detrás de la puerta.

El criado me volvió la espalda, y reparé en lo raído de la librea y en que en los riñones no tenía más que un solo botón de cobre con corona, enrojecido por la oxidación. Volvió á entrar en la estancia de donde había salido, dejando el plato en el suelo.

—¿Has ido á la ciudad?—repitió la misma voz de mujer.

El criado murmuró no sé qué cosa.

—¡Jem, ha venido alguien!—dijo la misma voz.—¿El hijo de los vecinos? Pues bien, hazle pasar.

—Entre V. en el salón—dijo el criado, quien apareció de nuevo ante mí, recogiendo del suelo el plato.

En un periquete me estiré la americana, y entré en el «salón».

Me encontré en un cuartito limpio, con unos muebles pobres y como puestos de prisa y corriendo. Junto á la ventana, en un sillón con un brazo roto, estaba una mujer de unos cincuenta años, desgreñada, fea, con un vestido verde viejo, y una pañoleta de lana de colorines alrededor del cuello.

Sus ojos negros y pequeños parecían querer traspasarme.

Me adelanté, y la hice un saludo.

—¿Tengo el honor de hablar con la señora princesa Zassekin?

—Yo soy la princesa Zassekin. Y V., ¿es el hijo de M. V...?

—En efecto. Vengo á ver á V. de parte de mi madre.

—Ruego á V. que tome asiento. ¡Vonifati! ¿Dónde están mis llaves? ¿No las has visto tú?

Comuniqué á la señora Zassekin la respuesta de mi madre á su carta, me escuchó dando golpes en el vidrio con sus dedos gordos y encarnados; y así que hube concluido, fijó de nuevo sus ojos en mí.

—Muy bien. Iré con seguridad—exclamó al cabo.—¡Pero, qué joven es V. aún! ¿Qué edad tiene V.? Dispénseme que se lo pregunte.

—Diez y seis años—respondí, no sin vacilar un poco.

La princesa sacó del bolsillo unos papeles mugrientos, escritos con letra menudita, se los acercó hasta las narices y se puso á examinarlos.

—¡Buena edad!—dijo de pronto, rebulléndose en el asiento.—En cuanto á V., le suplico que no gaste cumplidos; entre nosotros todo es sencillo.

«¡Demasiado sencillo!» pensé, echando con involuntario disgusto una mirada al descuidado pergenio de la princesa.

En aquel momento abrióse con rapidez otra puerta del salón, y apareció en el quicio la joven á quien la víspera había visto en el jardín. Hizo un ademán con la mano y por su rostro cruzó una sonrisa.

—¡Y aquí tiene V. á mi hija!—dijo la princesa, señalándola con el codo.—Zinotchka (1), éste es el hijo de nuestro vecino M. V... ¿Cuál es el nombre de pila de V., si lo tiene á bien?

—Vladimiro—respondí levantándome y bajando la voz de emoción.

—¿Y por su padre?

—Petrovitch.

—¿De veras? Pues bien: he conocido á un alto funcionario de policía que también se llamaba Vladimiro Petrovitch. ¡Vonifati! no busques ya las llaves, que las tengo en el bolsillo.

La joven continuaba mirándome con la misma sonrisa, los ojos entornados y la cabeza ligeramente inclinada á un lado.

—Ya había visto al caballero Vladimiro—dijo. (El argentino sonido de su voz me hizo correr por todo el cuerpo como una suave frescura.)—¿Me permite V. que le llame así?

—¡Y cómo no!—murmuré.

—¿Dónde has visto ya á este señor?—preguntó la princesa.

---

(1) Diminutivo de Zenaida.

La joven no respondió; pero, sin quitarme de encima los ojos, me preguntó:

—¿Tiene V. mucha prisa en este momento?

—De ninguna manera.

—¿Quiere V. ayudarme á devanar lana? Venga V. conmigo á mi cuarto.

Hízome una nueva invitación con la cabeza, salió del salón, y la seguí.

En el cuarto donde entramos, los muebles estaban puestos con más gusto que en el salón. Por supuesto, que en aquel momento no estaba yo para examinar nada; iba como en un sueño, lleno de una felicidad que llegaba hasta á volverme estúpido.

La joven princesa tomó asiento, cogió una madeja de lana roja; y, señalándome una silla delante de ella, desanudó la lana y me la puso en las manos. Hizo todo esto en silencio, con una lentitud juguetona, y la misma sonrisa á la vez serena y maliciosa en los labios, ligeramente entreabiertos. Cuando abría del todo los ojos, casi siempre entornados, cambiaba por completo su rostro; hubiérase dicho que un rayo de luz iluminaba aquella fisonomía.

—¿Qué pensó V. ayer de mí, caballero Vladimiro?—preguntó después de un rato de silencio.—Probablemente me ha juzgado V. mal.

—¡Yo!... Princesa... No he pensado nada... ¿Cómo había yo de...? —respondí todo confuso.

—Escuche V., aún no me conoce; soy muy rara. Quiero que siempre me digan la verdad. Acabo de saber que tiene V. diez y seis años, yo tengo veintiuno: ya ve que soy mucho más vieja; y, por consiguiente, debe V. decirme siempre la verdad... y obedecerme (añadió). Míreme. ¿Por qué no me mira V.?

Me turbé aún más; pero á pesar de todo levanté los ojos hacia ella. Se sonrió, no como antes, sino con una sonrisa de aprobación.

—Míreme V.—dijo con ternura en voz baja;—eso no me es desagradable. Me gusta su cara, tengo el presentimiento de que seremos amigos. ¿Y yo, le gusto á V.?—añadió picarescamente.

—Princesa...—volví á decir.

—En primer lugar, llámeme V. Zenaida Alexandrovna. En segundo lugar, conforme á la costumbre de los niños—de los jóvenes, quiero decir—no trate V. de ocultarme lo que sienta; deje eso para las personas mayores. Le gusto á V., ¿no es así?

Aunque me fué muy grato que me hablase con tanta franqueza, me sentí como un poco ofendido. Quise probarla que no trataba con un chiquillo, y tomando en lo posible un aire grave y de aplomo, la dije:

—Es cierto, me gusta V. mucho, Zenaida Alexandrovna; no se lo oculto.

Movió lentamente la cabeza, con ademán de ironía.

—Tiene V. ayo, ¿no es así?—preguntó de pronto.

—No, hace mucho tiempo que ya no tengo ayo.

Mentía; sólo hacía un mes que me había separado de mi francés.

—¡Oh! por lo que veo, entonces ya es V. persona mayor.

Me dió unos ligeros golpecitos en los dedos.

—Tenga V. bien derechas las manos.

Y se puso á devanar con ardor.

Me aproveché de que no levantaba ella la vista para examinarla, primero furtivamente, después con más descaro. Su cara me pareció aún más encantadora que la víspera. ¡Todo era en ella tan fino, tan inteligente, tan atractivo!

Estaba sentada de espaldas á una ventana con un transparente blanco. Los rayos del sol, que penetraban á través de la tela, inundaban con suave luz sus cabellos de un rubio dorado, su cuello virginal, sus hombros caídos y la tranquilidad de su gracioso busto.

Mirábala yo, ¡y cuán querida é íntima se me iba haciendo! Parecíame que la conocía desde mucho tiempo antes, y que hasta la sazón aún no había yo vivido ni conocido á nadie...

Llevaba un vestido oscuro, recompuesto, y encima un delantal. De buena gana hubiera besado cada pliegue de aquel vestido y de este delantal. Por debajo de la falda asomaba la punta de las botas. Me hubiera postrado con adoración ante esas botitas...

«¡Y estoy sentado delante de ella!—pensaba.—¡He llegado á conocerla! ¡Qué felicidad, Dios mío!»

En poco estuvo que no diera un salto de júbilo sobre la silla; pero no hice más que agitar las piernas, como un niño que saborea alguna golosina.

Era feliz como el pez en el agua, y en un siglo no hubiera abandonado mi puesto, no hubiera salido de aquella habitación.

Levantó dulcemente los párpados, y de nuevo brillaron ante mí sus claros ojos, y de nuevo se sonrió.

—¡Cómo me mira V.!—dijo con lentitud; y me amenazaba con un dedo.

Me puse ruborizado, y pensé: «Lo comprende todo, lo ve todo.» ¿Y cómo no había de verlo y comprenderlo?

De repente oyóse ruido en la pieza inmediata, resonó el ruido de un sable.

—¡Zina!—gritó desde el salón la

princesa.—Belovzorov te trae un gatito.

—¡Un gatito!—exclamó Zenaida.

Y levantándose con presteza de la silla, me tiró á las rodillas el ovillo y salió de allí corriendo.

Me levanté también, y, dejando en el alféizar de la ventana el ovillo y la madeja, entré en el salón y me detuve estupefacto. En medio de él estaba tendido, con las patas estiradas, un gatito rayado. Zenaida estaba de rodillas, levantándole con suavidad el hociquillo. Mas lejos, cerca de la princesa y llenando casi el espacio de pared comprendido entre dos ventanas, estaba de pie un mocetón rubio y rizado, un húsar con cara de rosa y los ojos á flor de la cara.

—¡Qué monín!—repetía Zenaida.—¡Y no tiene los ojuelos grises, sino verdes; y unas orejas tan grandes! Gracias, Víctor Egorytch; es V. encantador.

El húsar, en quien reconocí uno de los jóvenes que ví la víspera, sonrióse y se inclinó, haciendo resonar las espuelas y las anillas del sable.

—Se dignó V. decir ayer que deseaba tener un gato atigrado y con las orejas grandes... Me lo he proporcionado. La palabra de V. es ley.—Y se inclinó de nuevo.

El gatito mayó débilmente, y se puso á olisquear el suelo.

—¡Tiene hambre!—exclamó Zenaida.—¡Vonifati! ¡Sonia! traed leche.

La doncella, con un vestido viejo amarillo y un pañuelo de seda desteñido al cuello, entró con un platillo lleno de leche y lo puso delante del gato. El animalito se estremeció y se puso á lengüetear.

—¡Qué lengua tan encarnadita! —dijo Zenaida, inclinando casi hasta el suelo la cabeza y mirando al animal muy de cerca.

Una vez satisfecho el gato, se puso á roncar y á retozar con las patitas. Zenaida se levantó, y dirigiéndose á la doncella, dijo con indiferencia:

—Llévatelo.

—La manita de V. por el gato— dijo el húsar, enseñando toda la dentadura al sonreirse y contoneando todo su torso robusto, ceñido por una chaquetilla de uniforme flamante.

—Las dos—respondió Zenaida, alargándole ambas manos.

Mientras él se las besaba, ella me miraba por encima del hombro.

Me quedé inmóvil en mi sitio, y no sabía si reirme, decir algo ó guardar silencio.

En esto, por la entornada puerta del vestíbulo, vi á nuestro lacayo Fedor. Me hacía señas... Maquinalmente, me fuí hacia él.

—¿Qué quieres? le pregunté.

—Su señora madre me envía en su busca—dijo en voz baja.—La señora se ha enfadado porque todavía no le ha llevado V. la respuesta.

—¿Pero tánto tiempo hace que estoy aquí?

—¡Más de una hora!

—¡Más de una hora!—repetí.

Y volviendo al salón, comencé á despedirme.

—¿A dónde va V.?—preguntó Zenaida, mirándome por encima del húsar.

—Me veo obligado á volver á casa... Entonces—continué, dirigiéndome á la princesa vieja—diré que vendrán Vds. á vernos á cosa de la una.

—Eso es, caballerito.

La princesa tomó rápidamente un polvo de rapé de su tabaquera, y lo sorbió con tanto ruido, que me estremecí.

—Eso es—repitió guiñando los ojos llenos de lágrimas y con una tosecilla quejumbrona.

Saludé de nuevo, di media vuelta, y salí de la habitación con ese malestar en la espalda que siente un jovenzuelo cuando sabe que detrás de él hay miradas que le siguen.

—Así queda convenido, caballero Vladimiro; ¡no se olvide V. de venir á vernos!—gritó Zenaida, siempre riéndose.

«¿Por qué se está riendo siempre?» pensaba al volver á casa acompañado por Fedor, que no me decía nada, pero me seguía con aire de desaprobación.

Mi madre me echó un trepe, y asombróse de que hubiera podido permanecer tanto tiempo en casa de aquella princesa. No la respondí nada, y me retiré á mi cuarto. De pronto me acometió profunda tristeza... me contuve para no llorar... ¡Estaba celoso del húsar!

V

Según lo había prometido, la princesa vino á visitarnos, y no le gustó á mi madre.

No asistí á su entrevista. Pero mi madre contó en la mesa á mi padre que la tal princesa Zassekin le parecía una mujer muy vulgar; que la había aburrido con sus ruegos para que intercediese en su favor con el príncipe Serguey, y que tenía sin cesar pleitos por malos asuntos de dinero; que debía de ser una gran intrigante. Mi madre añadió que, sin embargo, las había convidado á comer el día siguiente, á ella y á su hija (al oir las palabras *su hija* metí las narices en el plato), pues al fin y al cabo era vecina y tenía título.

Mi padre declaró que ya recordaba ahora quién era aquella dama. En su juventud había conocido al difunto príncipe Zassekin, hombre de excelente educación, pero vacío y ligero; que en la buena sociedad se le llamaba el Parisiense, porque había vivido mucho tiempo en París; era riquísimo, pero había perdido toda su fortuna en el juego; después, no se sabe por qué (quizá le tentase el dinero, aunque hubiera podido elegir mejor)—añadió mi padre con fría sonrisa—se casó con la hija de un empleadillo, y después de casarse se puso á especular y se acabó de arruinar por completo.

—¡Con tal de que no trate de pedirnos dinero prestado! — dijo mi madre.

—Por el contrario, lo probable es que trate — dijo tranquilamente mi padre.—¿Habla francés?

—Muy mal.

—¡Hum! En fin, eso importa poco. Creo que también me has dicho que has invitado á su hija. Me han asegurado que es una joven hechicera é instruída.

—Pues en ese caso, no se parece ni pizca á su madre.

—Ni á su padre tampoco; era también instruído, pero un mentecato, —dijo mi padre.

Suspiró mi madre, y quedóse pensativa. Mi padre se calló. Durante esa conversación, estaba yo en ascuas.

Después de comer fuí al jardín, pero sin escopeta. Me prometí al pronto no acercarme al jardín de las Zassekin; pero una fuerza irresistible me llevó hacia esa parte, y no fué en vano. Apenas estuve junto al seto, vi á Zenaida: estaba sola, con un libro en la mano, y seguía con lentitud el sendero. No me vió.

Estuve por dejarla pasar de largo. Pero cambié de parecer, y tosí.

Volvió la cabeza sin pararse, y apartando con la mano la ancha cinta azul de su sombrero de paja redondo, me miró, sonrióse con dulzura, y de nuevo clavó la vista en el libro.

Me quité el gorro, y después de patear un poco en el mismo sitio, me alejé con el corazón opreso.

—¿Qué soy para ella?—pensé (en francés, sabe Dios por qué).

Sentí detrás unos pasos conocidos, y me volví. Acercóseme mi padre, con su andar ligero y rápido.

—¿Es la joven princesa? — me preguntó.

—Sí, papá.

—¿Conque la conoces?

—La he visto esta mañana en casa de su madre.

Detúvose mi padre, y girando sobre los tacones, dió la vuelta.

Cuando hubo llegado al sitio por donde pasaba Zenaida, la saludó con

cortesía; también ella le saludó, no sin cierta extrañeza en el rostro, y bajó el libro. Vi que seguía con los ojos á mi padre.

Siempre muy coquetón, aunque sencillísimo en el vestir, mi padre tenía una manera de ser llena de elegancia; pero nunca como en ese momento me había parecido más esbelta su apostura ni con mayor gracia puesto el sombrero gris sobre los rizados cabellos, apenas un poco más claros que en otro tiempo.

Iba á dirigirme hacia Zenaida; pero no me vió, levantó de nuevo el libro, y se alejó.

VI

Toda la noche y la mañana siguiente permanecí con una especie de triste entorpecimiento.

Recuerdo que me propuse trabajar, y cogí el Kaidanov: en vano pasaban ante mis ojos las anchas líneas y las páginas del célebre tratado. Diez veces seguidas leí estas palabras: «Julio César se distinguía por su arrojo bélico.» No comprendía nada, y tiré el libro.

Antes de comer me di pomada de nuevo y me puse la americana y la corbata.

—¿Por qué te vistes así?—preguntó mi madre.—Todavía no eres estudiante de facultad, y sabe Dios si ni siquiera te aprobarán en los exámenes de ingreso. Y, además, ¿tanto tiempo hace que te hicieron chaqueta nueva? Es preciso que te la pongas.

—¡Habrá convidados!—murmuré casi con desesperación.

—¿Qué tontería estás diciendo? Esas no son convidados.

No hubo más remedio que someterse. Me puse otra vez la chaqueta, pero no me quité la corbata.

La princesa y su hija llegaron media hora antes de comer. La madre, por encima del vestido verde que conocía yo, habíase puesto un chal amarillo, y en la cabeza llevaba un gorro de antigua moda, con cintas de color de fuego.

En seguida se puso á hablar de sus pagarés, gimoteó, lamentóse de su pobreza, «lloriqueó», y dió muestras de no ser persona fina: sorbía con tanto estrépito el rapé y rebullíase en el asiento con tanta libertad como si estuviese en su casa. Ni siquiera parecía darse cuenta de que era toda una princesa.

En cambio, Zenaida estaba muy espetada, casi altanera, como una verdadera princesa. Aparecían en su cara un empaque y una fría inmovilidad tales, que me costaba trabajo conocerla. No encontraba

en ella sus miradas y sonrisas habituales, aunque me pareció tan hermosa bajo ese nuevo aspecto. Iba con un ligero vestido de chaconada, á rayitas de color azul celeste. Caíanle los cabellos en largos rizos á los lados de las mejillas, según la moda inglesa. Este peinado sentaba muy bien á la fría expresión de su rostro.

Mi padre estuvo sentado junto á ella durante la comida, y con la galantería sosegada y graciosa que le caracterizaba, ocupábase de su vecina. A veces la miraba. De vez en cuando también ella le echaba una mirada; pero, tan extraña, que casi parecía de odio.

La conversación era en francés. Recuerdo que me chocó la pureza de la pronunciación de Zenaida.

La princesa no estuvo más comedida durante la comida que antes: comía mucho y elogiaba los platos. Su presencia molestaba marcadamente á mi madre, quien la respondía con una especie de desdén tristón. Mi padre fruncía á veces el entrecejo.

Zenaida no gustó tampoco á mi madre.

—¡Qué orgullosa es!—dijo al día siguiente, refiriéndose á la joven.—¡Y es cosa de preguntarse por qué puede tener tanta fachenda con su pinta de griseta!

—¡Probablemente no has visto nunca grisetas!—la hizo observar mi padre.

—¡Gracias á Dios, ninguna!

—Cierto que á Dios gracias. Entonces, ¿cómo puedes hablar de eso?

Zenaida no hizo caso ninguno de mí.

Poco después de haber comido, despidióse de nosotros la princesa.

—Cuento, pues, con la protección de Vds., María Nicolaevna y Pedro Vassilevitch—dijo con tono lastimero á mis padres.—¡Qué le hemos de hacer! Yo también tuve mis buenos tiempos, pero han pasado. Aquí me tienen Vds. á mí, toda una Excelencia, y de qué me sirve? ¡cuando ni siquiera hay para comer!

Mi padre la saludó con respeto, y la acompañó hasta la puerta del vestíbulo. También estaba yo allí, con mi americana cortita, y mirando al suelo como un condenado á muerte. La manera de producirse Zenaida conmigo me había muerto por completo. Pero no volví de mi asombro cuando, al pasar junto á mí, me dijo rápidamente en voz baja y con la misma expresión de ternura que ya conocía yo:

—Venga V. á vernos á las ocho de la noche, ¿oye V.? ¡No deje de venir, de ninguna manera!

Abrí los brazos con asombro;

pero ya había salido ella, cubriéndose la cabeza con un rebocillo blanco.

VII

A las ocho en punto de la noche, vestido de americana, peinado con dos rizos á la frente, entré en el vestíbulo del pabellón donde habitaba la princesa. El viejo criado me miró con aire adusto y no se dió gran prisa en levantarse del banco.

Oíanse voces alegres en el salón. Abrí la puerta, y retrocedí estupefacto.

Zenaida estaba de pie sobre una silla en medio de la habitación, y tenía en la mano un sombrero de hombre. Al rededor de la silla empujábanse cinco caballeros jóvenes, tratando de meter las manos en el sombrero, mientras que lo levantaba ella agitándolo con fuerza.

Al verme, gritó:

—¡Esperad, esperad, un recién venido! Hay que darle también billete.

Y saltando de la silla con presteza me agarró por la manga de la americana.

—Venga V. ¿Por qué se queda ahí? — me dijo. — Señores, permitidme que os presente al caballero Vladimiro, el hijo de nuestro vecino.

Y me fué nombrando cada uno de sus invitados:

—El conde Malevsky, el doctor Luchin, el poeta Maidanov, el capitán retirado Niermatsky y Belovzorov, el húsar á quien ya ha visto V. Os ruego que simpaticéis y que os entendáis.

Estaba tan intimidado, que ni siquiera saludé á nadie. En el doctor Luchin reconocí al mismo señor moreno que tan despiadadamente me había avergonzado en el jardín. Los otros me eran desconocidos.

—Conde—prosiguió Zenaida;—escriba V. el nombre del Sr. Vladimiro en un billete.

—¡Pero eso es injusto! El señor no ha jugado con nosotros á los *fants* (1)—respondió con leve acento polaco el conde Malevsky, guapísimo moreno, elegantemente vestido, con expresivos ojos negros, nariz afilada y bigotito encima de una boca muy pequeña.

—¡Injusto!—repitieron Belovzorov y el caballero que me fué presentado como capitán retirado, hombre cuarentón, marcado de viruelas hasta la fealdad, pelicrespo como un árabe, algo cargado de espaldas, patizambo, con casaca militar desabrochada y sin charreteras.

(1) Juegos de prendas.

—Escriba V. el billete, le digo— repitió la joven. — ¿Qué significa esta desobediencia? El caballero Vladimiro se encuentra por primera vez entre nosotros, y no hay ley para él hoy. Y basta de refunfuños; escriba V., yo lo mando.

El conde se encogió de hombros, bajó la cabeza con aire sumiso, tomó la pluma con su pulcra mano ensortijada, arrancó un pedazo de papel y se puso á escribir.

—Permita V., por lo menos, que explique al Sr. Vladimiro de qué se trata—dijo Luchin con voz burlona—pues parece completamente desorientado. Mire V., joven, estamos jugando á los *fants*. La princesa tiene que pagar prenda, y consiste ésta en que quien saque él billete premiado tendrá derecho á besarla la mano. ¿Comprende V. lo que le digo?

No hice más que mirarle, y continué como alelado; mientras que la princesa volvió de nuevo á subirse en la silla y se puso otra vez á agitar el sombrero.

Dirigiéronse todos á ella, y yo con los demás.

—Maidanov—dijo la joven á un mocetón de cara chupada, ojuelos pitarrosos y largas melenas negras (era el poeta):—como poeta debe V. ser generoso; ceda su billete al Sr. Vladimiro, para que tenga dos probabilidades en vez de una.

Pero Maidanov meneó la cabeza negativamente, y con un solo movimiento echó atrás sus largos cabellos.

Metí la mano en el sombrero después que todos; saqué un billete, lo desdoblé... ¡Santo Dios, no sé qué fué de mí al ver escrita esta palabra: «el beso!...»

—¡El beso!—exclamé, sin saber lo que decía.

—¡Bravo, ha ganado!—gritó á su vez la princesa.—Me alegro mucho.

Bajó de la silla, y me miró á los ojos con un aire tan dulce y sereno, que sentí desfallecerme de alegría el corazón.

—Y V., ¿está contento?—me preguntó.

—¿Yo?... Muchísimo—murmuré.

—Véndame V. su billete—dijo de pronto á mi oído Belovzorov.—Le doy á V. cien rublos.

Respondí al acaso con una mirada tan indignada, que Zenaida se puso á palmotear, mientras exclamaba Luchin:

—¡Bravo! Pero, como maestro de ceremonias—continuó—estoy obligado á velar por el cumplimiento de todas las reglas. Ponga V. rodilla en tierra, Sr. Vladimiro: tal es la regla entre nosotros.

Zenaida se detuvo delante de mí, inclinando ligeramente la cabeza á un lado, cual si quisiese examinar-

me mejor, y me alargó la mano con gravedad. Enturbióseme la vista; queriendo doblar una rodilla, caí de hinojos con las dos, y toqué con tal torpeza la punta de los dedos de Zenaida, que me desollé ligeramente la punta de la nariz al chocar con sus uñas.

—¡Eso está muy bien!—exclamó Luchin, ayudándome á levantarme.

Continuó el juego de los *fants*. Zenaida me hizo sentar á su lado. ¿Qué clase de «sentencias» no encontraba? Entre otras, ocurriósele representar una estatua, y eligió por pedestal al repulsivo Niermatsky, ordenándole que se bajara puesto de espaldas y con la cara doblada hacia el pecho.

No cesaban un instante las risas. Educado yo en la soledad y en la seriedad, en la ordenada casa de una familia nobiliaria, todo aquel ruido, aquel barullo, aquella estrepitosa alegría de colegiales díscolos, aquella insólita intimidad con gente joven y desconocida para mí, se me subían á la cabeza. Estaba sencillamente ebrio como por los vapores del vino.

Me puse á reir y á charlar por los codos más alto que los demás y con tal arrebato, que salió para contemplarme-la misma princesa vieja, que estaba sentada en la habitación inmediata con algún oficial de procurador llamado en consulta.

Pero, me sentía dichoso hasta el punto de que, como suele decirse, *no cabía en el pellejo* ni paraba mientes en las zumbas y en las miradas de reojo de nadie.

Zenaida continuaba demostrándome preferencias y no me dejaba marchar.

En una «sentencia» me tocó estar sentado junto á ella, cubiertos ambos por un mismo pañuelo de seda: tenía que decirla *mi secreto*. Recuerdo que nuestras dos cabezas se encontraron de pronto en una semioscuridad sofocante y perfumada; y que en aquella oscuridad brillaban suavemente sus ojos muy cerca de mí, y de sus labios entreabiertos salía un hálito ardoroso; veía sus dientes, y el roce de sus cabellos me abrasaba y me hacía cosquillas. Yo, no decía nada. Ella, sonreíase con aire misterioso y picaresco. Por fin, murmuró: «¡Bueno! ¿Y qué?» Pero, no hice más que ruborizarme, reir y, sin atreverme casi á respirar, volver á otro lado la cabeza.

Los *fants* concluyeron por fatigar. Nos pusimos á jugar al cordonete. ¡Dios mío, qué deliquio sentí cuando, distraído del juego, recibí en los dedos un golpe fuerte y seco dado por ella! Y cuando traté de hacerme después el distraído, ex-

profeso, me atraía con sus miradas, pero no tocaba ya mis manos, por más adelante que yo las pusiese...

Y no pararon aquí todas la diversiones de aquella velada. Se tocó el el piano, se cantó, se bailó y se representó un campamento de Bohemios. A Niermatsky se le disfrazó de oso y se le hizo beber agua salada. El conde Malevky nos hizo toda clase de juegos de manos con naipes, y después de haber barajado, acabó por componer un *whist* dándose él todos los triunfos. Luchin «tuvo el honor...» de felicitarle por ello.

Maidanov nos declamó trozos de su poema *El Asesino* (ocurría esto en la época más ardiente del romanticismo), poema que tenía intención de publicar con cubierta negra y el título en letras de color de sangre.

Se le robó de las rodillas el sombrero al oficial del procurador, y á guisa de rescate, obligósele á bailar el *kazatchok* (1). Al viejo Vonifati le encasquetaron un gorro de mujer, y la joven princesa se puso un sombrero de hombre... En una palabra, mil cosas que no podrían acabarse de enumerar. Belovzorov era el único que estuvo casi todo el tiempo en un rincón, taciturno y esquivo... A veces se le inyectaban de sangre los ojos, poníase como la grana y parecía pronto á arrojarse contra nosotros para dispersarnos á diestro y siniestro como cascos de proyectil. Pero, no tenía Zenaida más que dirigir la vista hacia su lado y amenazarle con el dedo, para que en seguida se escondiese él en su rincón.

Al cabo, nos quedamos sin fuerzas para más. La misma princesa vieja, á pesar de lo divertida que era según su propia expresión («ningún *sábado* podía marearla)», comenzaba, sin embargo, á sentir también fatiga y hablaba de descanso.

A media noche se sirvió la cena, compuesta de un pedazo viejo de queso seco y algunos pastelillos fríos de jamón picado que me parecieron más deliciosos que cualquier pastel fino. No había más que una botella, de gollete abombado; y el vino que contenía, de un color oscuro y extraño, conservaba el olor de la droga que había servido para colorarlo. Por supuesto, nadie lo bebió.

Fatigado, feliz hasta el desfallecimiento, salí del pabellón. Al separarnos, Zenaida me apretó con fuerza la mano y de nuevo se sonrió con aire enigmático.

El aire de la noche me hizo el efecto de un soplo fuerte y fresco en mi cara encendida. Parecía prepa-

(1) Baile nacional ruso.

rarse una tormenta. Los negros nubarrones crecían y se arrastraban bajo la bóveda del cielo, con incesantes cambios en sus contornos vaporosos. Una brisa febril se estremecía entre el oscuro follaje de los árboles, y á lo lejos, más allá del horizonte, rugía el trueno amenazador y sordo.

Entré en casa por la escalera de servicio y me escurrí hacia mi cuarto. Mi *diadka* (criado) dormía en el suelo y tuve que pasar por encima de él. Se despertó y, al verme, me dijo que mi madre estaba de nuevo enfadada contra mí y quería enviar en mi busca; pero, mi padre la había contenido. Acostumbraba yo no ir nunca á acostarme sin dar las buenas noches á mi madre y pedirla su bendición. Pero, aquella noche, ¡imposible!

Dije á mi *diadka* que me desnudaría y me acostaría yo solo, y apagué la vela. Pero, no me desnudé, ni me acosté.

Me senté en una silla y permanecí mucho tiempo como encantado. ¡Era tan nuevo y tan dulce lo que sentía!... Estaba inmóvil sin mirar apenas en torno mío; respiraba con lentitud y de un modo entrecortado; ya me hacían reir los recuerdos, ya experimentaba frío interior al pensar en que amaba y en lo que era aquel amor tan esperado... El rostro de Zenaida flotaba dulcemente ante mí en la oscuridad: flotaba y no desaparecía. Sonreíanse sus labios siempre, con su enigmática sonrisa; mirábanme sus ojos á hurtadillas, con aire interrogante, soñador y tierno á la vez... como en el momento en que de ella me había separado.

Por último, me levanté, me acerqué de puntillas á la cama y, sin desnudarme, puse suavemente la cabeza en la almohada, cual si temiese desarreglar con un movimiento brusco todo aquello de que estaba llena mi alma....

Me acosté, mas no pude cerrar los ojos. Bien pronto advertí dentro de mi cuarto una luz que proyectaba reflejos. Me incorporé y miré á la ventana. El marco de ésta resaltaba sobre el resplandor vagamente blanquecino y misterioso de los vidrios.

—La tempestad— pensé. Y, en efecto, era una tormenta lejana, y ni siquiera se oía el trueno. Sólo los relámpagos surcaban el cielo con una claridad larga y pálida que no brillaba, sino que más bien retemblaba y se removía como el ala de un ave moribunda.

Me levanté, me aproximé á la ventana y allí me estuve hasta el amanecer. Los relámpagos no cesaron un instante. Era una de esas noches que el pueblo ruso llama «la noche de los gorriones».

Miré la llanura arenosa y muda,

la oscura masa del jardín Neskutchny, las fachadas amarillentas de los edificios lejanos, los cuales también parecían estremecerse á la claridad de cada débil relámpago... Miraba y no podía cansarme de contemplar aquel espectáculo; esos relámpagos mudos, esos fulgores contenidos, parecían responder á los impulsos silenciosos y secretos que agitaban también mi alma.

Comenzaba á despuntar el día; clareaba el alba con manchas rojas; al aproximarse la salida del sol, palidecían los relámpagos y disminuían cada vez más; eran más raros sus extremecimientos y al fin se desvanecieron, ahogados por la luz robusta y limpia del nuevo día.

También dentro de mí, desaparecieron los relámpagos. Sentí una gran fatiga ¡y un sosiego!... Pero, la imágen de Zenaida continuaba agitándose triunfante en mi alma. Sólo que aquella misma imágen parecía también tranquilizada; como un cisne que sale volando de entre las hierbas del pantano, destacábase ella de las otras desagradables figuras que la rodeaban; y al quedarme dormido me incliné hacia ella por última vez con una confiada adoración de despedida...

¡Oh dulce sentimiento, tierno sonido, bondad y paz de un alma conmovida, jubiloso deliquio de los primeros enternecimientos del amor... ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?

VIII

Cuando al siguiente día bajé por la mañana á tomar el té, me regañó mi madre—sin embargo, menos de lo que yo esperaba,—y me obligó á que la refiriese de qué manera había pasado la velada la víspera. Respondíla en pocas palabras, omitiendo gran número de detalles y tratando de dar á mi relato el giro más insignificante.

—No importa—observó mi madre;—no son personas de modales distinguidos, y no debes adquirir la costumbre de ir á su casa. Mejor harías en estudiar para prepararte para tus exámenes.

Como sabía que todos los desvelos de mi madre por mis ocupaciones tenían que limitarse á esas pocas palabras, no creí necesario contradecirla. Pero después del té, mi padre se cogió de mi brazo, y saliendo conmigo al jardín, me obligó á que le contase todo lo que había visto en casa de las Zassekin.

Mi padre tenía extraña influencia sobre mí, y extrañas eran nuestras relaciones. No se ocupaba casi de

mi educación, pero tampoco hería nunca mi amor propio. Respetaba mi libertad; si así puede decirse, hasta era cortés conmigo... sólo que nunca me atraía hacia él. Yo le quería, le admiraba; parecíame un modelo de perfecciones. ¡Ah, Dios mío, con qué ardor me hubiera adherido á él, si no hubiese notado sin cesar su mano que me apartaba de sí! En cambio, cuando él quería, casi instantáneamente, con una palabra, con un movimiento, podía hacer nacer en mí una confianza sin límites. Mi alma se abría; charlaba con él como con un amigo razonable, un guía condescendiente... Después, casi en seguida, con la misma brusquedad me abandonaba, y de nuevo me apartaba suave, tiernamente su mano, pero me apartaba.

A veces le entraba la ventolera de estar alegre; y entonces poníase á correr y hacer travesuras conmigo como un colegial. (Gustaba de todos los ejercicios corporales.) Una vez, sólo una vez, me acarició con tal ternura que estuve á punto de llorar... Pero su alegría y su ternuran desaparecieron sin dejar vestigios, y lo que pasó entre nosotros no debía dejarme ninguna esperanza para lo venidero; diríase que lo había visto en sueños. En ocasiones me ocurría ponerme á examinar sus puras facciones, inteligentes y hermosas... Estremecíase mi corazón y todo mi ser iba hacia él. Parecía adivinar lo que sucedía en mi interior, me daba en la mejilla un golpecito y se marchaba; ó bien ocupábase de otra cosa, ó de pronto, como él solo sabía hacerlo, se quedaba rígido, y yo, por mi parte, me reprimía al punto y me quedaba frío.

Nunca eran mis ruegos silenciosos, aunque fáciles de comprender, quienes provocaban sus raros accesos de cariño; siempre se producían éstos de un modo inesperado. Reflexionando más tarde acerca del carácter de mi padre, llegué á sacar en limpio que no le interesaba ni pizca la vida de familia. Otra cosa le gustaba, y de ella obtuvo todos los goces que podía darle.

—Pesca lo que puedas, pero nunca te dejes pescar tú. Ser dueño de sí mismo, en eso está todo el «quid» de la vida,—me dijo un dia.

Otra vez, en mi calidad de joven demócrata, me metí á disertar en su presencia acerca de la libertad. Aquél día estaba «de buenas», como decía yo; entonces se podía hablar de todo con él.

—¡La libertad! —dijo. —Pero, ¿sabes tú qué es lo que al hombre puede darle la libertad?

—¿Qué?

—¡Su voluntad, su propia voluntad! Le dará el poder, que vale

más que la libertad. Aprende á querer, y serás libre, y mandarás.

Mi padre, ante todo y sobre todo, quería vivir, y vivía... Acaso presintiese que no le quedaba mucho tiempo para aprovecharse del «quid» de la vida: murió á la edad de cuarenta y dos años.

Conté con detalles á mi padre mi visita en casa de las Zassekin. Medio atento y medio distraído, me escuchaba sentado en el banco, haciendo dibujos en la arena con la punta de su latiguillo. De vez en cuando se sonreía alegre, me miraba picarescamente, y me excitaba con breves preguntas y réplicas. Al principio ni siquiera me atreví á pronunciar el nombre de Zenaida; pero, no pude contenerme y me puse á elogiarla. Mi padre continuaba sonriéndose; luego se quedó meditabundo, se estiró y se levantó.

Me acordé de que al salir de casa había ordenado que le ensillasen el caballo. Era excelente jinete, y mucho antes que el célebre M. Réry, sabía domar los caballos más rebeldes.

—¿Voy á ir contigo, papá?—le pregunté.

—No. Vete solo, si quieres; y dile al cochero que hoy no montaré á caballo,—repuso.

Y su cara adquirió su habitual expresión de afabilidad indiferente.

Volvióme la espalda y se alejó deprisa. Le seguí con los ojos. Desapareció bajo la puerta cochera; luego vi su sombrero seguir á lo largo de la cerca; entró en casa de las Zassekin.

No estuvo allí más que una hora, é inmediatamente después fué á hacer visitas, y no volvió á casa hasta la noche.

Después de comer, fuí por propio impulso á casa de las Zassekin. No encontré en el salón más que á la vieja princesa. Al verme, se rascó la cabeza por debajo del gorro con la punta de su aguja de hacer media, y de pronto me preguntó si podría copiarla una solicitud.

—Con mucho gusto,—respondí, sentándome en el borde de una silla.

—Pero, cuide V. de hacer la letra bastante grande— dijo la princesa, alargándome un papel sucio todo escrito.—¿No le sería posible hacerlo hoy, caballerito?

—Hoy mismo quedará hecho.

Entreabióse un poco la puerta de la estancia inmediata, y apareció el rostro de Zenaida, pálido y absorto, con los cabellos descuidadamente echados atrás.

Me echó una mirada fría con sus grandes ojos, y volvió á cerrar suavemente la puerta.

—¡Zina, eh, Zina!—dijo la vieja princesa.

Zenaida no respondió. Me llevé la solicitud, y pasé toda la noche copiándola.

IX

Mi «pasión» comenzó desde ese día. Recuerdo haber sentido algo análogo á lo que debe de experimentar un hombre á quien dan por vez primera un destino. ¡Dejaba de ser sencillamente un muchacho, para ser un enamorado!

He dicho que desde aquel día comenzó mi pasión; hubiera podido añadir que también el mismo día comenzaron mis sufrimientos. Languidecía en ausencia de Zenaida; nada ocupaba ya mi mente, todo se me caía de las manos, el día entero se me pasaba pensando en ella.

Languidecía...; pero en su presencia parecíame que respiraba con más plenitud. Además, iba haciéndome celoso; tenía conciencia de mi poca importancia. Estúpidamente me enfurruñaba, estúpidamente era servil; y, á pesar mío, una fuerza irresistible me arrastraba hacia ella; cada vez que trasponía los umbrales de su cuarto, era con un temblor involuntario de felicidad.

Zenaida adivinó en seguida que yo estaba enamorado de ella; y, por otra parte, no trataba de disimulárselo. Burlábase de mi pasión, me hacía halagos y me daba tormento. Es dulce ser el manantial único, la causa omnipotente é irresponsable de las mayores alegrías y los más hondos pesares de otro; y yo era en manos de Zenaida cual cera blanda.

Por lo demás, no era el único enamorado de ella. Todos los hombres que iban en casa de las Zassekin estaban locos por la joven; y ésta los tenía á todos atraillados á sus pies. Divertíase en hacer nacer en ellos ora la esperanza, ora la desesperación; en hacerles saltar á su antojo (llamaba á esto «golpetear á los hombres unos contra otros»); y ellos ni siquiera pensaban en hacerla frente, y se sometían benévolos.

Todo su ser vivaracho y hermoso era una atractiva mescolanza de astucia y abandono, artificio y naturalidad, calma y rebelión. Todos sus actos y palabras, cada uno de sus movimientos, llevaba el sello de un encanto agudo y ligero; en todo se traslucía una fuerza personal y exhuberante. Y su rostro se movía y cambiaba también á cada momento, expresando casi á la vez burla, languidez y pasión. Por sus ojos y labios pasaban sentimientos diversos, fugaces, rápidos, como las sombras de las nubes en un día de viento y de sol.

Cada uno de sus adoradores la era necesario. Belovzorov, á quién llamaba á veces «mi indómito» y otras sencillamente «el mío», se hubiera arrojado al fuego por ella sin vacilar. No teniendo confianza en sus facultades intelectuales ni en sus otras cualidades, proponía siempre á la joven casarse con ella, dándola á entender que los otros no hacían más que cortejarla.

Maidanov satisfacía el lado poético de su alma. Hombre bastante frío, como casi todos los escritores, ponía todo su empeño en asegurar á ella y á sí propio que la adoraba. Cantábala en versos sin cuento, que la leía con un transporte enfático y sincero á la vez. Ella sentía por él una simpatía algo burlona á veces. En el fondo, no le hacía mucho caso; y después de haber escuchado sus expansiones, le obligaba á leer versos de Puchkin para «refrescar el aire» como ella decía.

Luchin, burlón y cínico de palabra, la conocía mejor que todos y la amaba más que los otros, aun cuando la trataba mal, estuviese ó no delante ella.

Zenaida le estimaba, pero no se molestaba en hacerle frente; y á veces, con un placer particular y malévolo, le hacía convencerse de que también él estaba entre sus manos.

—Soy una coqueta, no tengo corazón, mi naturaleza es de actriz: convenido — le dijo un día en mi presencia. — Ahora, deme V. la mano, que voy á clavar en ella un alfiler: le dará á V. vergüenza ante este joven, y, á pesar del daño que sentirá, V., el hombre sincero, se reirá á despecho de todo.

Luchin se puso encarnado, volvió la cabeza mordiéndose los labios, pero acabó por alargar la mano. Pinchóle ella, y, en efecto, echóse él á reir. También ella se reía, clavándole á bastante profundidad el alfiler y mirándole de hito en hito á los ojos, que en vano trataba él de fijar en otra parte.

Lo que menos comprendía yo eran las relaciones entre Zenaida y el conde Malevski. Era guapo, hombre de mundo é inteligente; pero algo equívoco y falso se revelaba en él, hasta á mis ojos de muchacho de diez y seis años, y asombrábame que Zenaida no se percatase de ello. Sin embargo, posible era que se diese cuenta de tal falsedad, pero ésta no la producía mal efecto. Una educación mal dirigida, tratos y costumbres extrañas, la constante presencia de la madre, la pobreza y el desorden de la casa, todo esto, comenzando por la misma libertad que disfrutaba la joven y la conciencia de su superioridad respecto á cuantos la rodeaban, había desarrollado en ella una especie de

desdén que la hacía ser poco exigente.

Si, por ejemplo, sucedía que entrase Vonifati á decir que faltaba azúcar, ó llegaba á saberse alguna desagradable murmuración, ó había alguna disputa entre los invitados, no hacía más que agitar sus rizos, diciendo: «¡Tonterías!» y no se ocupaba más del asunto.

En cambio, sentía hervirme la sangre cuando Malevsky se aproximaba á ella balanceándose con la astucia de un zorro, se ponía graciosamente de codos en el respaldo de la silla donde estaba sentada, y empezaba á cuchichear al oído de ella con una sonrisita de suficiencia y obsequiosidad; mientras que ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, le miraba con atención, sonriéndose también y moviendo la cabeza.

—¿Qué gusto tiene V. en recibir al señor Malevsky?—pregunté un día á Zenaida.

—¡Tiene un bigotito tan mono!—respondió.—Eso no le importa á V.

Otra vez me dijo:

—¿Se figurará V. quizá que le amo? No, yo no puedo amar á quienes me veo obligada á mirar de arriba á abajo. Necesito alguien que me quiebre á mí misma. Pero, gracias á Dios, jamás encontraré á ese alguien. Nunca caeré en las garras de nadie. ¡No! ¡No!

—Entonces ¿nunca amará V.?

—Pues, ¡y V.! ¿No le amo yo á V.?—dijo, y con la punta de su guante me dió un golpecillo en la nariz.

Sí; Zenaida se burlaba de mí.

Durante tres semanas la vi casi á diario... ¡y no sé lo que hacía ella de mí! Venía rara vez á mi casa, lo cual no me daba pena ninguna.

En mi casa transformábase en gran señora, en princesa, y yo la rehuía, temiendo hacerme traición á mí mismo ante mi madre, la cual era muy poco benévola con Zenaida, y nos espiaba con aire descontento.

No temía yo tanto á mi padre, quien parecía no reparar ya en mi presencia. Hablaba poco con Zenaida, pero de una manera particular, inteligente, nada ociosa.

Cesé en todos mis trabajos y lecturas, hasta abandoné mis paseos por los alrededores y no monté mas á caballo. Cual un escarabajo sujeto por un hilo, no hacía más que dar vueltas en torno de mi predilecto pabellón; y hasta en él me hubiera quedado para siempre, pero era imposible. Mi madre murmuraba, y la misma Zenaida expulsábame á veces. Entonces me encerraba en mi cuarto y me retiraba al sitio más apartado de nuestro jardín, escalaba el ruinoso tapial de un alto invernáculo de piedra, y con las piernas colgando hacia el

lado que daba al camino, pasaba horas enteras mira que te mira, sin ver nada.

A mi al rededor, sobre las polvorientas ortigas, revoloteaban perezosamente blancas mariposas. Un atrevido gorrión se posó encima de un ladrillo rojo medio deshecho, y piaba de un modo provocativo, girando sin cesar todo su cuerpo y con la cola extendida. Los cuervos, siempre desconfiados, graznaban de en vez en cuando, subidos en la copa de un álamo blanco sin hoja; el sol saliente jugueteaba con suavidad entre sus desnudas ramas; el son de las campanas del monasterio de Don llegaba á intervalos, apacible y monótono; mientras tanto, permanecía yo sentado mirando, escuchando, y todo mi ser llenábase de un sentimiento inexplicable, en que todo se aunaba, la tristeza, la alegría, el presentimiento de lo futuro, el deseo, el temor á la vida. Pero entonces no me daba cuenta de todo esto, y no hubiera podido definir nada de lo que fermentaba dentro de mí; ó si hubiera tenido que dar un nombre á ese estado de mi alma, hubiese sido el de Zenaida.

En cuanto á ella, jugaba siempre conmigo como un gato con un ratón: ya era coqueta y me animaba y me ponía tierno; ya me rechazaba, y no me atrevía á aproximarme á ella, ni siquiera á mirarla.

Recuerdo que durante muchos días seguidos me demostró gran frialdad. Quedé atemorizado por esto; y cuando cobardemente entraba en su pabellón, sentábame siempre junto á la vieja princesa, aunque estaba más gruñona y bullanguera que nunca; sus pleitos iban mal, y había tenido ya dos explicaciones con el comisario de policía.

Una vez paseaba yo por el jardín á lo largo de la cerca ya conocida, y vi á Zenaida sentada encima de la hierba, puesta de codos y sin moverse. Estaba á punto de alejarme con cautela, cuando alzó ella de pronto la cabeza y me hizo una seña imperativa. Me quedé inmóvil en el sitio: no la había comprendido. Hizo de nuevo la misma seña. Al punto crucé el seto, y lleno de júbilo corrí hacia ella; me detuvo, señalándome un sendero á dos pasos. Transtornado, no sabiendo qué hacer, me puse de rodillas al borde de la senda. Estaba tan pálida, pintábanse en sus facciones una tristeza tan amarga y una fatiga tan honda, que se me oprimió el corazón, y, sin poder contenerme, murmuré:

—¿Qué tiene V?

Zenaida, alargando una mano, arrancó un tallo de hierba, lo mordió y lo arrojó lejos.

—¿Me ama V. mucho?—preguntó por fin.—¿Sí?

Nada contesté; ¿de qué serviría el responderla, por otra parte?

—Sí,—repitió, sin dejar de mirarme. — ¡Eso es! ¡Los mismos ojos!...—añadió, quedándose pensativa y tapándose la cara con las manos. —¡Todo me hastía! — murmuró.—¡Huiría al fin del mundo!... Me es imposible vencer, y no puedo dominarme... ¿Y qué me espera en el porvenir?... ¡Ah, cuánto me pesa!... ¡Cuánto me pesa!

—¿Qué?—pregunté tímidamente.

Zenaida no me respondió; no hizo más que encogerse de hombros.

Seguí de rodillas, contemplándola con profunda tristeza. Cada una de sus palabras me apuñalaba el corazón. Parecíame en aquel momento que hubiera dado mi vida por quitarla sus pesares. Mirábala yo; y aun cuando no me fuese posible adivinar lo que la pesaba tanto, la veía ahora con toda claridad, mentalmente, llegar al rincón del jardín donde se hallaba y caer allí coma una planta que se siega.

En torno nuestro, todo era deslumbramiento y verdor. Murmuraba el vientecillo entre el follaje, balanceando de rato en rato encima de la cabeza de Zenaida la larga rama de un árbol. Arrullaban las tórtolas, y zumbaban las abejas, revolando á flor del suelo sobre la escasa hierba. Arriba azuleaba el cielo cual una caricia interminable, ¡y estaba yo tan triste!...

—Recíteme V. algunos versos— dijo á media voz Zenaida, apoyándose en su codo;—me gusta oirle recitar. Lo hace V. con un poco de canturía; pero no importa, eso es de joven. Recíteme V. «Sobre las colinas de la Georgia». Pero ante todo, siéntese.

Tomé asiento y la recité «Sobre las colinas de la Georgia».....

.....

—«*¡Es imposible no amar!*»— repitió Zenaida, como un eco, al último verso.—He aquí lo bueno de la poesía: os dice lo que no existe, y que, no sólo es mejor que cuanto existe, sino lo más parecido á la verdad... «*¡Es imposible no amar!*» Eso se querría, y ¡no se puede!

Callóse de nuevo; de pronto tuvo un sacudimiento y se levantó.

—Venga V.; Maidanov está con mamá. Me ha traído su poema, y lo he dejado allí. También él tiene penas en este momento... Pero ¿qué le hemos de hacer?... Algún día sabrá V.... ¡Pero no me quiera V. mal por eso!...

Zenaida me apretó la mano con rapidez y echó á andar delante. Entramos en el pabellón.

Maidanov se puso á leernos su *Asesino,* que acababa de salir á luz, pero yo no le escuchaba. Con pequeños gritos y canturreando, leía

sus yambos de cuatro pies; sucedíanse unas á otras las rimas, y resonaban como cascabeles huecos y sonoros, mientras que miraba yo sin cesar á Zenaida y me esforzaba por adivinar el significado de sus últimas palabras.

De pronto exclamó Maidanov:

—«¿O acaso un rival secreto
Te ha vencido de repente!»

Encontráronse mi mirada y la de Zenaida. Bajó los ojos, la vi ponerse encendida, y me quedé yerto de espanto. Antes estaba ya celoso; pero sólo entonces cruzó por mi cabeza como un relámpago la idea de que ella amaba á alguien.

«¡Dios mío! ¡Está enamorada!»

X

Y desde entonces comenzaron para mí los verdaderos tormentos. Rompíame la cabeza, reflexionaba, meditaba despacio; y sin cesar vigilaba á Zenaida en secreto, lo más posible. Era claro que había sobrevenido un cambio en ella. Paseábase á solas muchísimo tiempo; á veces no se presentaba á las visitas; permanecía horas enteras en su cuarto, lo cual nunca le había sucedido antes.

Habíame vuelto de pronto—á lo menos, tal me parecía—muy perspicaz. «¿Será éste, ó el otro?» me preguntaba, enumerando febrilmente en mi espíritu sus adoradores, uno tras otro.

El conde Malevsky (aunque me avergonzaba por Zenaida convenir en ello) parecíame más peligroso que los demás.

Mi perspicacia no veía más allá de mis narices, y mi secreta vigilancia no engañaba, sin duda, á nadie; por lo menos, el doctor Luchin me había adivinado pronto. Por lo demás, también él cambió en esos últimos tiempos; enflaqueció, aunque riéndose aún á menudo, pero con una risa sorda, falsa y cortada. Una irritación involuntaria, nerviosa, reemplazó á la ligera ironía habitual en él y á su cinismo intencionado.

—Pero ¿qué se le ha perdido á V. por aquí, joven?—me dijo un día que se quedó á solas conmigo en el salón de las Zassekin.

Zenaida no había vuelto aún de su paseo, y la chillona voz de la princesa vieja resonaba en la cocina, riñendo con su doncella.

—Mejor haría V. en estudiar y trabajar mientras es joven; ¿qué hace V., en lugar de eso?

—No sabe V. si trabajo en casa —le respondí con alguna altivez, pero también con cierta turbación.

—En ese caso, ¡valiente trabajo será! Tiene V. otra cosa metida en la cabeza. En fin, no discuto; á su edad, eso es de cajón. Sólo que no ha elegido V. bien. De modo que ¿no comprende V. en qué género de casa está?

—No le entiendo á V. — respondí.

—Pues si no me entiende, peor para V. Me creo en el deber de abrirle los ojos. Nosotros, los célibes machuchos, podemos aventurarnos aquí. ¿Qué puede resultar de ello?... Estamos aforrados de bronce, nada nos hace mella; al paso que V. aún tiene sensible la epidermis. El aire de aquí es mal sano para V.; pudiera contagiarse.

—¿Cómo es eso?

—Pues, ¡muy sencillo! ¿Se cree V. sano de espíritu en este momento? ¿Se encuentra V. en estado normal? ¿Es para V. necesario, bueno, lo que siente?

—Pero, entonces, ¿qué es lo que yo siento?—pregunté, conviniendo para mis adentros en que tenía razón el doctor.

—¡Ah, joven, joven!—continuó, como si estas palabras encerrasen algo ofensivo para mí.—No le toca á V. hacerse el astuto. Gracias á Dios, lo que lleva V. en el alma se refleja aún en el rostro. Pero, vamos al caso. ¿A qué tanto hablar? Yo mismo no estaría aquí... (el doctor apretó los dientes) si no fuese un original como V. Sólo una cosa me pasma, y es que, con su inteligencia, no vea V. lo que pasa á su alrededor.

—Pues, ¿qué pasa?—pregunté vivamente, aguzando el oído en espera de lo que me iba á responder.

El doctor me contempló con una especie de lástima burlona.

—¡En esas estamos ahora!—dijo, como para sus adentros.—¿De modo que es necesario contarle esas cosas? En una palabra—añadió, levantando la voz—se lo repito: la atmósfera que aquí se respira es perjudicial para V. Le es grato hallarse en esta casa, pero hay muchas cosas agradables y malas: también en una estufa de flores huele bien, pero no se puede vivir en ella. Hágame V. caso: vuelva V. á ponerse á estudiar su Kaidanov.

Entró la vieja princesa, y se quejó de dolor de muelas al doctor; después vino Zenaida.

—A tiempo llegas—dijo la madre.—Ríñala V., señor doctor; todo el día está bebiendo agua con hielo; ¿no es perjudicial eso para ella, con lo delicada que está del pecho?

—¿Por qué hace V. eso?—preguntó Luchin.

—¿Y qué puede resultarme?

—Que puede V. enfriarse y morir.

—¿De veras? Pues bien: mejor que mejor.

—¡Ah! ¡Bah! — refunfuñó el doctor.

Salió la vieja princesa.

—¡Ah! ¡Bah!—repitió Zenaida. Eche V. un vistazo en torno suyo: ¿tan alegre es la vida?... ¡Vamos! ¿Es alegre? ¿Cree V. que yo no comprendo, que no siento? Me gusta beber agua helada... Y piensa V. persuadirme de que semejante vida valga la pena de sacrificar por ella un momento de placer? Y cuenta que no le hablo á V. de felicidad.

—¡Vaya! Eso es un capricho de V.; el deseo de mostrarse independiente. Todo su carácter se resume en estas palabras.

A Zenaida le entró una risa nerviosa.

—No está V. al corriente, querido doctor; observa V. mal; atrasado anda V. de noticias... póngase V. los anteojos... en este momento no me hallo en estado de hacerme la caprichosa; hacerle pasar á V. por tonto, hacerme la tonta yo, no es muy divertido. En cuanto á la independencia... Caballero Vladimiro—añadió de pronto Zenaida, golpeando el suelo con el pie—no siga V. con esa fisonomía melancólica: no aguanto que me tengan lástima.

Alejóse con presteza.

—¡Es perjudicial, es dañina para V. esta atmósfera, joven!—volvió á repetirme Luchin.

XI

La tarde de aquel día reuniéronse en casa de las Zassekin los habituales huéspedes de ella. Yo estaba entre ese número.

Versaba la conversación acerca del poema de Maidanov, elogiándolo Zenaida sinceramente.

—Si yo fuese poeta, ¿sabe?—dijo al joven—elegiría otros asuntos. Quizá sean tonteras, pero á veces se me ocurren extraños pensamientos, sobre todo cuando no me he dormido antes de que amanezca, cuando comienza á ponerse sonrosado y gris el cielo. Elegiría, por ejemplo... pero se van Vds. á burlar de mí.

—¡No, no!—exclamamos todos á una voz.

—Hubiera puesto en escena—continuó con los brazos cruzados sobre el pecho y vueltos los ojos á un lado—una reunión de vírgenes, todas de blanco, con coronas de flores blancas, cantando, por ejemplo, algo así como un himno.

—Comprendo, comprendo, siga

V.—dijo Maidanov con aire inspirado y grave.

—De pronto, ruido, risas, antorchas, golpes de címbalos y de panderas á la orilla del río... Es una banda de bacantes, que corren cantando y gritando. Ahora, á V. le toca pintar el cuadro, señor poeta; sólo que quisiera yo que las antorchas fuesen rojas y muy humeantes, y los ojos de las bacantes habrían de relucir bajo sus coronas, que han de ser de colores oscuros. No se olvide tampoco las pieles de tigre, las capas y el oro, mucho oro.

—¿Y dónde tiene que estar ese oro?—preguntó Maidanov, echando hacia atrás las melenas y abriendo las ventanillas de la nariz.

—¿Dónde? En los hombros, en los brazos, en las piernas, en todas partes. Dícese que en la antigüedad las mujeres llevaban ajorcas de oro en la parte baja de las piernas. Las bacantes llaman hacia sí á las vírgenes de la barca. Cesan éstas de cantar el himno; y, en efecto, les es imposible continuarlo, pero no se mueven de su sitio. El río las lleva hacia la márgen; y hete aquí que, de pronto, se levanta una de ellas dulcemente... Es preciso describir bien esto; decir cuán dulcemente se levanta á la luz de la luna, y cómo se asustan sus compañeras... Pasa las piernas fuera de la borda del barco, y desciende al río. Las bacantes la rodean, se la llevan á lo oscuro, á las tinieblas. Imaginad entonces grandes nubes de humo, y todo queda confuso. Oyense nada más que agudos gritos, y sólo se entrevé una corona blanca, caída á orillas del río.

Calló Zenaida.

«¡Oh, está enamorada!» pensé de nuevo.

—¿Y eso es todo?—preguntó Maidanov.

—Eso es todo—respondió ella.

—No puede dar materia para todo un poema—dijo él, con tono solemne—pero podría utilizar la idea de V. para una poesía lírica.

—¿Del género romántico?—preguntó Malevsky.

—Cierto; del género romántico, el de Byron.

—Para mí vale más Hugo que Byron—dijo con languidez el joven conde.—¡Es más interesante!

—Hugo es un escritor de primer orden—replicó Maidanov;—y mi amigo Tonkocheyev, en su novela española *El trovador*...

—¡Ah, sí! ¡Ese libro con signos interrogantes invertidos!—interrumpió Zenaida.

—¡Sí! Es cosa admitida entre los españoles. Iba, pues, diciendo que...

—¡Vaya! Otra vez van Vds. á discutir acerca de lo clásico y de lo romántico—interrumpió de nuevo Zenaida.—Prefiero que juguemos...

—¿A los *fants?*—saltó al vuelo Luchin.

—No, los *fants* aburren; mejor es á «las comparanzas».

Este juego lo había inventado la misma Zenaida: nombrábase un objeto cualquiera; cada uno trataba de compararlo con alguna cosa; y el que encontraba la mejor comparación, recibía el premio.

Aproximóse ella á la ventana. Acababa de ponerse el sol; largas nubes rojas se extendían muy altas por el cielo.

—¿A qué se parecen esas nubes? —preguntó Zenaida. Y sin aguardar la respuesta, dijo: —Encuentro que se asemejan á las velas de púrpura que conducían el barco de oro de Cleopatra, cuando salió al encuentro de Marco-Antonio. ¿Se acuerda V., Maidanov? No hace mucho tiempo que me refirió V. eso.

Todos nosotros, como Polonio en el *Hamlet,* decidimos que esas nubes recordaban precisamente aquellas velas, y que ninguno de nosotros podría encontrar mejor comparación.

—¿Y qué edad tenía entonces Antonio?—preguntó Zenaida.

—De seguro que debía de ser joven—observó Malevsky.

—Sí, joven—confirmó Maidanov.

—Dispensen Vds.—exclamó Luchin:—tenía más de cuarenta años.

—¡Más de cuarenta años!—repitió Zenaida, echando una rápida mirada al doctor...

Poco después me volví á casa.

«¡Está enamorada!» murmuraban á despecho mío mis labios... «Pero, ¿de quién?

XII

Pasaron días. Zenaida volvíase cada vez más extraña é incomprensible. Una vez se me ocurrió entrar en su cuarto. La encontré sentada en una silla de paja, con la cabeza apoyada en el borde de una mesa. Se enderezó; tenía el rostro lleno de lágrimas.

—¡Ah, es V.!—dijo sonriéndose, aunque con aspecto un poco severo.—Aproxímese V.

Me acerqué á ella: púsome ambas manos en la cabeza, y de pronto empezó á ensortijarme rizos de mis cabellos.

—Me hace V. daño—murmuré al fin.

—¡Ah, ah! ¡Que esto hace daño! Pues, ¿y yo, no siento daño? ¿No me duele?—repitió, exclamando de repente, al ver que me había arrancado un mechoncito.—¡Ah,

ah! ¿Qué he hecho? ¡Pobre caballero Vladimiro!

Alisó los cabellos arrancados, é hizo un anillo.

—Voy á poner sus cabellos en un medallón, y lo llevaré encima. —Y seguían brillando lágrimas en sus ojos.—Tal vez esto le consuele á V. un poco. Y ahora, ¡adiós!

Cuando regresé á casa, caí como una bomba en plena escena de familia. Mamá y papá estaban de explicaciones. Mi madre acusaba de algo á mi padre; y éste, sin discutir, permanecía frío y cortés; bien pronto se fué de casa. Yo no pude oir de qué se quejaba mamá; tenía preocupada la cabeza con otras ideas. Sólo recuerdo que una vez terminada la entrevista, me hizo llamar á su gabinete, y con tono muy desagradable, me habló de mis frecuentes visitas á casa de la princesa, la cual, en su concepto, era una mujer capaz de todo.

Las lágrimas de Zenaida me despistaban por completo. No sabía á qué idea atenerme, y estaba pronto á llorar yo mismo. A pesar de mis diez y seis años, era siempre un niño. Ya no pensaba en Malevsky ni en Belovzorov, aun cuando éste se hacía cada vez más atrevido y miraba al conde como un lobo miraría á una oveja. No pensé en nada ni en nadie. Perdíame en reflexiones y buscaba siempre sitios solitarios. Lo que más me gustaba era el invernadero ruinoso. Me subía sobre el alto paredón y me sentaba en él, con el aire de un adolescente tan sin ventura, tan abandonado, tan triste, que llegaba á tenerme lástima á mí mismo. Y estas sensaciones amargas tenían algo dulcísimo que embriagaba y que saboreaba yo...

Un día, estando encima de ese tapial, miraba á lo lejos y escuchaba el repiqueteo de las campanas... De pronto sentí como el retemblido de un viento que pasara sobre mí, que me rozase; bajé los ojos. Abajo, por el camino, marchaba con paso rápido Zenaida, con un ligero vestido de color de rosa y una sombrilla, también de color de rosa, puesta al hombro. Me vió, se detuvo, y echando atrás el ala de su sombrero de paja, alzó hacia mí los aterciopelados ojos.

—¿Qué hace V. ahí á semejante altura?—me preguntó con extraña sonrisa.—Vaya, siempre me está diciendo V. que me quiere mucho: salte V. al camino, si es cierto que me ama.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, me tiré abajo, como si alguien me empujase por detrás; la tapia tenía unos cuatro metros de altura.

Caí derecho de pie; pero fué tan violento el choque, que no fuí due-

ño de mí y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, sin abrir los ojos, sentí á Zenaida.

—¡Queridito!— decía inclinada sobre mí; y en su voz, tan dulce, adivinábase el espanto.—¿Por qué me has obedecido?... Te amo. ¡Vaya, vuelve en ti!

Su pecho respiraba junto al mío, sus manos acariciaban mi cabeza. De pronto (¡ah, Dios mío, no sé lo que sentí en aquel momento!), sus labios frescos y dulces, comenzaron á cubrirme de besos toda la cara, posáronse en mis labios... Pero súbitamente, comprendiendo sin duda por la expresión de mi rostro que no estaba ya desmayado, aunque aún no había vuelto á abrir los ojos, se levantó con rapidez y dijo:

—¡Vamos, levántese V. picarillo, locuelo! ¿Por qué se revuelca V. entre el polvo?

Me levanté.

—Deme V. la sombrilla; vea V. dónde la he tirado. Además, no me mire V. de esa manera. ¿Qué tonterías son estas? ¿No se ha hecho V. daño? ¿No se ha pinchado con las ortigas? Ya le he dicho á V. que no me mire así. ¡Pero no comprende, no contesta nada!—dijo como para sí misma.—Vaya V. á casa, cepíllese y no se le ocurra seguirme; de lo contrario, me enfadaría, y entonces nunca...

No acabó la frase; alejóse con rapidez. Me senté en el camino; los pies no me sostenían. Las picaduras de las ortigas me abrasaban las manos, me dolía la espalda, se me iba la cabeza al rededor. Pero eran tan deliciosas las sensaciones que acababa de experimentar, que ya no volverán á repetirse nunca en mi vida. Sentía en todos mis miembros como un dulce malestar, que acababa por trocarse en alegres exclamaciones y saltos de júbilo. En efecto, ya véis que aún era yo muy niño.

XIII

Estuve tan alegre y tan hueco todo aquel día, conservaba con tanta claridad en el rostro la sensación de los besos de Zenaida, acordábame de cada una de sus palabras con tan gran estremecimiento de gozo, mecía con tal celo mi dicha inesperada, que hasta tenía miedo de ver otra vez á la causante de esas emociones desconocidas. Parecíame que no podía pedírsele más á la felicidad, y que ahora era preciso «respirar con todo el pecho por vez última y morir». Pero al día siguiente, cuando me dirigí al pabellón, experimenté un gran trastorno, que en vano quise ocultar bajo la careta

de tranquilo abandono del hombre que quiere dar á entender que es discreto y sabe callarse.

Zenaida me recibió con suma naturalidad, sin turbación alguna, amenazándome sencillamente con el dedo, y preguntándome si tenía cardenales en el cuerpo. Toda mi tranquilidad, importante y todo mi aire misterioso se disiparon al momento, y á la vez mi cortedad para con ella. De seguro que nada extraordinario esperaba yo; pero la tranquilidad de Zenaida me hizo el efecto de un jarro de agua fría. Comprendí que yo no era más que un niño para ella, y permanecí con el corazón oprimido. Zenaida se paseó de arriba á abajo por la habitación, y se sonreía cada vez que me miraba; pero sus pensamientos estaban muy lejos de mí, lo veia yo con claridad... «¿Debo hablarla del asunto de ayer, preguntarla á dónde iba corriendo tan precipitada, para saber por fin...?» Pero hice con la mano un ademán de desaliento, y me senté á solas en un rincón.

Entró Belovzorov; me satisfizo verle.

—No he hallado para V. un caballo de silla bastante tranquilo—dijo con tono brusco;—Freitag me garantiza uno; pero no me inspira confianza. Tengo miedo.

—¿De qué tiene V. miedo, me atrevo á preguntar?—dijo Zenaida.

—¿De qué tengo miedo? De que no sabe V. montar á caballo. Quiera Dios que no ocurra un accidente... ¿Y con motivo de qué se le ha puesto á V. en la cabeza ese capricho?

—¡Eso no le importa á nadie más que á mí! En ese caso, voy á rogar á Pietr Vassilievitch...

Llamábase mi padre Pietr Vassilievitch; me asombré de que pronunciase ella con tanta libertad y tan fácilmente su nombre, como si estuviera segura de que estaba á su servicio.

—Eso es—dijo Belovzorov;—¿quiere V. montar á caballo con él?

—Con él ó con otro, poco le importa á V. En todo caso, con V. nunca.

—¿Conmigo no?—dijo Belovzorov.—Como V. quiera. Está bién. La encontraré á V. un caballo.

—Pero cuide V. de no hallarme un rucio de mala muerte. Le prevengo á V. que quiero llevarlo al galope.

—Galopará V. si quiere... Entonces, ¿con quién? ¿Con Malevsky?

—¿Y por qué no con él, guerrero mío? Vamos, tranquilícese V., y no eche llamas por los ojos; también le tomaré á V. por caballero. Bien sabe V. lo que es para mí Malevsky. ¡Quita allá!...

Y meneó la cabeza.

—Dice V. eso por consolarme—dijo entre dientes Belovzorov.

Zenaida guiñó los ojos.

—¿Eso le consuela á V.? ¡Oh, oh, oh, guerrero!—exclamó por fin, como si no encontrase otras palabras que decir.—Y V., caballero Vladimiro, ¿no quería también venir con nosotros?

—No me gusta... encontrarme entre mucha gente...—murmuré sin alzar los ojos.

—Prefiere V. la entrevista á solas. ¡Bueno! Cada cual tiene sus gustos—dijo Zenaida suspirando.—Belovzorov, vaya V. á ocuparse de eso; necesito el caballo para mañana.

—¡Sí! ¿Y de dónde saldrá el dinero?—preguntó la vieja princesa.

Zenaida frunció el entrecejo.

—Yo no se lo pido á V.; Belovzorov me lo prestará.

—Prestará, prestará—gruñó la princesa vieja. Y de pronto, á voz en grito, llamó:—¡Duniaschka!

—Mamá, que le he dado á V. una campanilla—advirtió la joven princesa.

Despidióse Belovzorov; partí con él; Zenaida no me detuvo.

XIV

Al día siguiente por la mañana, me levanté temprano, corté una vara, y me dirigí hacia el bosque. Quise distraer mis pesares. El día estaba hermoso, claro, y no muy cálido. Un viento alegre y fresco estremecía la superficie de la tierra con un leve murmullo regular que no cambiaba de sitio ninguna cosa. Largo tiempo estuve paseando por montes y selvas. No me sentía satisfecho. Había salido de casa con la idea de abandonarme enteramente á la melancolía. Pero la juventud, el buen tiempo, el aire fresco, el ímpetu de una marcha rápida, el sosiego de un descanso encima de la hierba en un sitio solitario, pudieron más que nada. El recuerdo de mis males inolvidables, de los besos recibidos, permanecía siempre grabado en mi alma, pero sin amargura. Erame dulce pensar que Zenaida no podía dudar de mi heroísmo y de mi valentía.

«Prefiere á los otros—pensaba yo—sea. Pero los otros hablan, y yo obro. Y aun así, ¿se limita á eso todo lo que podría hacer yo por ella?»

Y mi imaginación comenzaba á trabajar de nuevo. Me representaba cómo la salvaría de manos de un enemigo; cómo, cubierto de sangre, la sacaría de prisiones, ¡y cómo moriría á sus piés! Me acordaba del cuadro colgado en nuestro salón: Maleck-Adel llevándose á Matilde. Y de pronto me distrajo de mis

pensamientos un gran pico-verde pintarrajeado que se había subido á un árbol y miraba á través del ramaje á derecha é izquierda, con inquietud, como un músico detrás de su contrabajo.

Luego comencé á cantar «Las nieves tan blancas», y concluí por una romanza de moda: «Yo te espero al alzarse la brisa.» En seguida declamé en alta voz el monólogo de Yermak á las estrellas en la tragedia de *Khomiakov;* por último, traté de improvisar una poesía, algo que fuese melancólico. Di con el estribillo que terminaría cada estrofa: «¡Oh, Zenaida, Zenaida, Zenaida!» pero no encontré los restantes versos.

Sin embargo, aproximábase la hora de comer; descendí á la pradera, donde un estrecho sendero se desarrollaba culebreando y conducía á la ciudad; tomé ese camino. Oí el ruido sordo de una cabalgata que avanzaba detrás de mí. Volví la cabeza y me quedé parado en el acto, quitándome el gorro: había conocido á mi padre y á Zenaida. Caminaban uno junto á otro. Mi padre, con la mano apoyada en su montura, hablaba con la joven, inclinándose por completo hacia ella y sonriéndose; Zenaida le escuchaba silenciosa, sin levantar los ojos hacia él y con los labios apretados. Al pronto, no vi más que á ellos. Sólo algunos instantes después, en una vuelta del camino, apareció Belovzorov con su uniforme de húsar, en un caballo negro espumeante de fatiga. El valiente animal sacudía la cabeza, relinchaba y coceaba; el jinete lo contenía, acortando bridas. Me aparté. Mi padre se enderezó en la silla; Zenaida levantó lentamente la vista hacia él y ambos se pusieron al galope. Belovzorov se lanzó en su seguimiento, con todo el ruido de su sable.

«Está rojo como un cangrejo — pensé; — al paso que ella, ¿por qué está tan pálida? ¡Ha ido á caballo toda la mañana, y está pálida!»

Redoblé el paso, y regresé á casa á punto de la hora de comer.

Mi padre había cambiado ya de traje; y lavado, fresco, encontrábase junto al sillón de mi madre, y con su voz sonora é igual leía el folletín del *Journal des Debats*. Pero mamá le escuchaba sin atención. Al verme, me preguntó dónde había estado todo el día, y añadió que no le gustaba que anduviese yo sabe Dios dónde y con quién.

«¡Pero, si me he paseado solo!» estuve á punto de contestar; cuando, al ver á mi padre, me callé sin saber por qué.

XV

Los cinco ó seis días siguientes apenas vi á Zenaida. Dijo que estaba enferma; lo cual no fué óbice, sin embargo, para que se hallasen presentes en su sitio de costumbre los habituales concurrentes al pabellón; excepto Maidanov, quien se desalentaba y entristecía así que le faltaban ocasiones para mostrar su entusiasmo.

Belovzorov seguía siempre mohino, sentado en un rincón, reservado y rojo. Por el fino rostro del conde Malevsky cruzaba mustia sonrisa. En efecto, había caído en desgracia con Zenaida, y trataba con particular cuidado de hacerse simpático á la vieja princesa. Un día hasta fué con ella á ver al gobernador general, pero este paso no obtuvo buen éxito, y Malevsky se llevó un disgusto por ello: recordáronle cierta historia con los oficiales del ejército, y, para justificarse, se vió obligado á decir que aún tenía poca experiencia en la época á que aludían.

Luchin iba dos veces diarias, pero no se quedaba mucho rato. Temíale yo un poco desde nuestra última entrevista, y al mismo tiempo me era realmente simpático. Un día fué á pasear por el jardín de Neskutchnoé. Aquel día estaba de muy buen humor y amabilísimo; me enseñó diferentes flores y hierbas, diciéndome sus nombres y propiedades, y de pronto exclamó, como suele decirse, á quemarropa, dándose una palmada en la frente:

—¡Y yo, imbécil de mí, que creía que era coqueta! Probablemente hay alguien por quien le parece dulce sacrificarse.

—¿Qué quiere decir V. con eso? —pregunté.

—¡A V.! Nada quiero decir— contestó Luchin con tono brusco.

Zenaida huía siempre de mí. Era imposible no reparar en que mi aparición la impresionaba desagradablemente. Se apartaba de mí á pesar suyo. ¡A pesar suyo!: esto era lo más sensible para mí. Pero, nada podía hacerse; y traté de no ponerme á su vista. Sólo de lejos la espiaba, lo cual no siempre me salía bien.

Pasaba también en ella algo incomprensible; había cambiado su cara por completo. Sobre todo, me chocó ese cambio una tarde en que, con tiempo dulce y tibio, estaba yo sentado en una banqueta al pie de

un sauce. Gustábame aquel sitio, desde el cual se veía la ventana del cuarto de Zenaida. Encima de mi cabeza, entre el oscuro follaje, agitábase un pajarillo; un gato gris, alargando el lomo, se introducía con cautela en el jardín; y los primeros escarabajos zumbaban pesadamente en el aire translúcido todavía, aunque ya menos claro. Sin levantarme del asiento, miré á la ventana, y esperé, preguntándome si se abriría. Abrióse, en efecto, y apareció Zenaida. Llevaba un vestido blanco, y toda ella, cara, brazos, manos, estaba pálida hasta la blancura. Permaneció inmóvil mucho tiempo, y su mirada fija permaneció también inmóvil largo rato bajo sus cejas fruncidas. Jamás había visto en ella semejante mirar. Luego, juntando con fuerza ambas manos, llevóselas á los labios y á la frente; de pronto, separando los dedos, echó atrás los cabellos que le caian por las orejas, los sacudió, y con una especie de arranque, inclinando la cabeza de arriba á abajo, cerró la ventana.

Tres días después me encontró en el jardín; quise evitar el encuentro, pero ella misma fué quien me detuvo.

—Deme V. el brazo—me dijo con su ternura de otros días:—hace largo tiempo que no hemos hablado.

La miré: brillaban dulcemente sus ojos, y se sonría su rostro como á través de una ligera bruma.

—¿Sigue V. indispuesta?—la pregunté.

—¡No! Todo ha pasado ya—respondió, arrancando una pequeña rosa encarnada.—Tengo un poco de fatiga, pero también eso pasará.

—¿Y volverá V. á estar como antes?—pregunté.

Zenaida se llevó la rosa á la cara, y me pareció que el reflejo de los brillantes pétalos caía sobre sus mejillas.

—¿De modo que estoy cambiada? —me preguntó.

—Sí, está V. cambiada—respondí á media voz.

—He estado fría con V., lo sé—dijo Zenaida;—pero, no debia V. haber hecho caso. No podía ser de otro modo... ¿A qué hablar de esto?

—¡No quiere V. que la ame! ¡Esa es la verdad!—exclamé con aire triste y con un arranque involuntario.

—¡No! Ameme V., pero no como antes.

—¿Pues cómo?

—Como amigo nada más.

Zenaida me dió á oler la rosa.

—Escuche V.—continuó.—Tengo más años que V., pudiera ser su tía, palabra de honor; ó si no una tía, por lo menos una hermana mayor. Mientras que V....

—Yo... ¡soy para V. un niño!—interrumpí.

—Pues bien, sí, ¡un niño! Pero encantador, bueno, inteligente, y á quien quiero mucho. ¿Sabe? Voy á darle á V. un grado: desde hoy le nombro mi paje, y no olvide que los pajes no deben abandonar nunca á su señora. He aquí la insignia de sus nuevas funciones, en prenda de mi afecto hacia V.—añadió, poniéndome la rosa en el ojal de la chaqueta.

—Antes recibía de V. otras mercedes—murmuré.

—¡Ah!—exclamó Zenaida, mirándome de reojo.—¡Qué buena memoria! Pues bueno; también ahora estoy dispuesta...

E inclinándose hacia mí, me dió en la frente un beso puro y tranquilo.

Apenas levanté hacia ella los ojos, se volvió.

—Sígame, paje mío—dijo: y se encaminó al pabellón.

La seguí, sin saber qué pensar.

«Esta joven, dulce, razonable—me decía—¿es aquella misma Zenaida que he conocido?»

Y su andar me pareció más mesurado, toda su persona más majestuosa y elevada..,

¡Oh, Dios mío, con qué nueva fuerza se reanimó mi amor!

XVI

Aquel día, después de comer, presentóse la joven princesa á los huéspedes que estaban reunidos en el pabellón. El número de los habituales contertulios estaba completo, como en la primera é inolvidable velada. El mismo Niermatsky estaba allí. Maidanov llegó aquella vez antes que todo el mundo, trayendo nuevas poesías.

Comenzó el juego de los *fants,* pero sin extraños acompañamientos, sin locuras, sin barullo; la familiaridad bohemia había desaparecido. Zenaida había dado un carácter nuevo á nuestras reuniones. En virtud de mis derechos de paje, estaba sentado junto á ella. Entre otras cosas, propuso que quien tuviese que pagar prenda, contase su ensueño. Pero esto no acabó de resultar bien. Los sueños eran poco interesantes: Belovzorov había soñado que daba de comer peces á su caballo, el cual tenía la cabeza de madera:—ó inventados: Maidanov nos contó una verdadera novela, en la cual había sepulcros, ángeles, liras, flores parlantes y sonidos que se oían á lo lejos. Zenaida no le dejó concluir, diciendo:

—Si á contar cuentos vamos, entonces que cada cual cuente por turno uno de su invención.

El primero que tuvo que contarlo para rescatar su prenda fué otra vez Belovzorov.

El joven húsar se turbó, y dijo:

—¡Yo no sé inventar nada!

—¡Qué tontería! —exclamó Zenaida.—Pues bien: imagínese que está casado, y díganos cómo pasaría el tiempo con su mujer. ¿La encerraría V.?

—La hubiera encerrado.

—¿Y hubiera permanecido V. encerrado con ella?

—Hubiera permanecido con ella todo el tiempo.

—¡Muy bien! Pero, ¿y si eso la hubiese aburrido y le hubiese engañado á V.?

—¡La hubiera muerto!

—¿Y si hubiese huído?

—La hubiera vuelto á coger y la hubiera muerto.

—¡Está bien! Ahora, si hubiese sido yo su mujer, ¿qué hubiera hecho V.?

Belovzorov no respondió en seguida.

—Me habría matado.

Zenaida se sonrió.

—Creo que con V. no se hacen largos los asuntos.

La segunda prenda era de Zenaida. Levantó los ojos al techo y se puso pensativa.

—Escuchen Vds. lo que he inventado — comenzó. — Imagínense un magnífico palacio, una noche de verano y un baile espléndido que da la reina. Por todas partes oro, mármoles, cristales, sedas, luces, perlas, flores, perfumes; todo el lujo de la riqueza...

—¿Le gusta á V. el lujo?—interrumpió Luchin.

—El lujo es bonito — respondió Zenaida — y me gusta todo lo bonito.

—¿Más que lo bello? — replicó Luchin.

— Probablemente ha dicho V. ahora una cosa muy profunda, pero no la comprendo. No me impida V. seguir. Decía que el baile es espléndido; hay muchos invitados, todos jóvenes, hermosos, valientes y todos locamente enamorados de la reina.

—¿No hay mujeres entre los invitados?—preguntó Malevsky.

— ¡No! O... espere V.... sí, las hay.

—¿Son feas?

—¡Espléndidas! ¡Hermosísimas! Pero todos los hombres están enamorados de la joven reina, la cual es alta y esbelta; lleva una diademita de oro en sus cabellos negros.

Miré á Zenaida, y en aquel instante parecía dominarnos á todos. En su blanca frente, en sus cejas

inmóviles, reflejábase un alma tan elevada, una inteligencia tan serena, un poder tan imperioso, que dije para mí: «Tú misma eres la reina.»

—Todo el mundo se agrupa en torno de ella—continuó Zenaida;—cada cual le dirige las más halagüeñas palabras.

—¿Le gusta que la halaguen?—preguntó Luchin.

—¡Qué insoportable! ¡Siempre me interrumpe! Pero, ¿quién no gusta del halago?

—Otra pregunta—dijo Malevsky.—¿Tiene marido la reina?

—No he pensado en eso. No. ¿Para qué marido?

—¡En efecto, es verdad! ¿Para qué marido?—añadió Malevsky en francés, rectificándose.

—Gracias—le respondió igualmente en francés Zenaida.—La reina escucha esas lisonjas, escucha la música, pero no mira á ninguno de sus invitados. Seis ventanas desde el techo al suelo están ampliamente abiertas, y dejan ver el cielo oscuro sembrado de brillantes estrellas, el jardín á oscuras y sus grandes árboles. La reina mira al jardín. Allá abajo, junto á los árboles, hay una fuente que aparece blanca y alta, alta como un fantasma entre las tinieblas de la noche. A través de las conversaciones y de la música, oye la reina el dulcc ruido del agua. Mira y piensa: «Jóvenes, todos vosotros sois caballerescos, inteligentes y ricos, me rodeáis, acogéis cada palabra que sale de mi boca, estáis dispuestos á morir á mis pies, me pertenecéis. Y allá abajo, junto á la fuente que murmura, me espera aquel á quien amo, aquel á quien pertenezco yo. No lleva ricas vestimentas, piedras preciosas; es desconocido; pero me aguarda, está seguro de que acudiré y ninguna fuerza me detendrá cuando quiera ir á él, y permanecer junto á él, y perderme con él allá abajo, en el jardín oscuro, entre el ruido de los árboles y el murmurio de la fuente.»

Zenaida se calló.

—¿Eso es invención?—preguntó socarronamente Malevsky.

Zenaida ni siquiera le miró.

—¿Y qué hubiéramos hecho nosotros si hubiésemos sido del número de los invitados—preguntó Luchin—y si hubiésemos conocido la existencia de aquel hombre feliz junto á la fuente?

—¡Esperad! ¡Esperad!—prosiguió Zenaida.—Voy á deciros lo que hubiera hecho cada uno de vosotros. V., Belovzorov, le hubiera desafiado en duelo; V., Maidanov, hubiera escrito un epigrama, hubiera hecho una serie de yambos como Barbier y los hubiera dado á luz en *El Telégrafo;* V., Niermatsky,

le hubiera pedido en préstamo... no, le hubiera prestado dinero con interés; V., doctor... — se quedó parada — no sé lo que hubiera hecho...

— Como médico de la reina — dijo Luchin — hubiera aconsejado á su majestad que no diese fiestas cuando su espíritu estaba en otra parte.

— Tal vez hubiera tenido V. razón. ¿Y V., conde?...

— ¿Y yo? — repitió Malevsky, con su sonrisa falsa.

— V. hubiera llevado á ese hombre feliz una cajita de confites envenenados.

El rostro de Malevsky se contrajo ligeramente, y por un instante adquirió una expresión de veneno y de sorna; pero de pronto se echó á reir.

— En cuanto á V., caballero Vladimiro... — continuó Zenaida. — Pero, basta, comencemos otro juego.

— El señor Vladimiro, en su calidad de paje de la reina, la hubiera llevado la cola cuando hubiese ido corriendo al jardín — hizo observar Malevsky, con un tono lleno de hiel.

Me levanté indignado; pero Zenaida me puso con presteza la mano en el hombro, y pronunció con voz un poco temblorosa estas palabras:

— Nunca he dado á vuestra señoría derecho á ser insolente, y le ruego salga de aquí — dijo señalando la puerta.

— Pero permita V., princesa... — murmuró Malevsky, poniéndose muy pálido.

— ¡Tiene razón la princesa! — exclamó Belovzorov, levantándose también.

— ¡Ah! ¿Qué es eso! No creí... Me parece que en mis palabras no había nada... En mi mente, no tenía la idea de ofender á nadie. Perdóneme V.

Zenaida le miró fríamente y se sonrió con frialdad.

— Pase; quédese V. — dijo con gesto desdeñoso. — El caballero Vladimiro y yo no nos hemos ofendido por nada. Se goza V. en arrojar veneno... ¡Eso, allá V!...

— Perdóneme — repitió de nuevo Malevsky.

En cuanto á mí, al recordar el ademán de Zenaida, pienso que una verdadera reina no hubiese indicado la puerta con más dignidad de lo que ella lo hizo.

Después de esa breve escena, no continuó más tiempo el juego de los *fants*. Todo el mundo se encontraba un poco molesto, más que por la escena en sí, por otro sentimiento que no podía precisarse con claridad, pero que abrumada, del cual no hablaba nadie, y que cada uno sentía dentro de sí mismo y en su vecino.

Maidanov nos leyó sus poesías, y Malevsky las elogió con redoblado ardor.

—¡Cómo quiere mostrarse amable ahora!—cuchicheó á mi oído Luchin.

Nos separamos muy pronto. Zenaida se quedó pensativa de repente. La vieja princesa envió á decir que tenía dolor de cabeza. Niermatsky comenzó á quejarse de su reumatismo.

Estuve largo tiempo sin poder dormir. Me había impresionado el relato de Zenaida. «¿Es posible que encierre alguna alusión? ¿Puede realmente deducirse de él alguna cosa? ¿Qué juicio merece? ¡No, no! Es imposible»—murmuré, volviéndome de una mejilla encendida sobre la otra. — Pero recordé la expresión del rostro de Zenaida durante su relato... Recordé las exclamaciones que Luchin había dejado escapar en el jardín Neskutchnoé, el inesperado cambio de Zenaida en su modo de ser conmigo; y me extraviaba entre un cúmulo de sospechas.

«¿Quién es él?»

Estas tres palabras las veía sin cesar ante mis ojos, escritas en la oscuridad: eran como una nube siniestra y cerrada que pesaba cual plomo sobre mí, y de donde esperaba de un momento á otro ver brotar al rayo.

Habíame habituado á muchas cosas en casa de las Zassekin: su desorden, sus velas de sebo en el salón, los cuchillos y tenedores rotos, las brusquedades de Vonifati, los vestidos sucios de las criadas, el vestir de la vieja princesa, todas aquellas irregularidades de la vida ya no me llamaban la atención... Pero no podía hacerme á ese no sé qué de indefinible que notaba en Zenaida. «¡Aventurera»—dijo una vez mi madre, acerca de ella.— «¡Aventurera» ella, mi ídolo, mi divinidad! Este epíteto me abrasaba. Huyendo de esta idea, escondí la cabeza en la almohada: estaba indignado. Y al mismo tiempo, ¡qué no hubiera hecho, á qué no me hubiera resignado por ocupar el puesto de aquel feliz mortal en la fuente!...

Hervíame la sangre, y de nuevo deliraba mi imaginación. «El jardín, la fuente» pensaba yo. «¿Y si me fuese al jardín?» Me vestí á escape, y salí con cautela fuera de casa.

La noche estaba oscura, apenas cuchicheaban los árboles, caía del cielo apacible frescor, subían del huerto olores á hinojo. Anduve por todas las sendas; el débil ruido de mis pasos molestábame y me alentaba á la vez. ¡Me detuve, esperé! Escuchaba los fuertes y precipitados latidos mi de corazón; por fin,

me aproximé á la cerca y me apoyé contra una estaca.

De pronto—¿no sería más que una ilusión?—vi un bulto de mujer. Miré fijamente en las tinieblas, conteniendo el resuello. «¿Qué será? ¿Oigo ruido de pasos, ó las palpitaciones de mi corazón?»

—¿Quién va?—tartamudeé quedo.

«¿Qué es eso? ¿He oído una risa ahogada, ruido de hojas, ó un suspiro junto á mí?» Tenía miedo.

—¿Quién va?—repetí, más quedo aún.

Enturbióse un instante la atmósfera. Se dibujó en el cielo una raya clara: corríase una estrella.

«¿Zenaida?» quise gritar; pero expiró el sonido en mis labios. De pronto, se quedó inmóvil todo en derredor mío, cual á menudo sucede en medio de la noche; los mismos grillos suspendieron la crepitación de sus élitros en los árboles; sólo se oyó el ruido de una ventana que se cerraba. Volví á esperar, y al cabo regresé á mi frío lecho.

Sentía una extraña agitación, como si volviese de una cita amorosa donde hubiera acudido yo solo, pasando junto á la dicha de otro.

XVII

Al siguiente día, sólo vi de paso á Zenaida. Salía en coche con la vieja princesa; pero en cambio, vi á Luchin, que apenas se dignó saludarme, y á Malevsky. El joven conde me habló de una manera amistosa. De todos los contertulios del pabellón, sólo él había sabido introducirse en mi casa, y mi madre le tenía afecto. Mi padre no le podía ver ni en pintura, y le trataba con una estricta urbanidad que llegaba hasta á ser ofensiva.

—¡Ah, señor paje!—exclamó en francés Malevsky.—Mucho me alegro de encontrarle. ¿Qué hace su encantadora reina?

Su rostro fresco y bonito me era tan repulsivo en aquel momento, y me miraba con tal aire de burla y menosprecio, que no le quise responder.

—¿Continúa V. amoscado?—prosiguió.—¡Eso no vale la pena! Yo no fuí quien le llamó á V. paje, y los pajes se encuentran por lo general donde las reinas; permítame que le advierta que no cumple V. bien con sus funciones.

—¿Cómo es eso?

—Los pajes deben estar siempre junto á sus soberanas; los pajes deben saber todo cuanto hacen ellas; hasta deben vigilarlas noche y día —añadió, bajando la voz.

—¿Qué quiere V. decir?

—¿Qué quiero decir? Me parece que me explico con claridad: de día y de noche. De día, aún puede descuidarse un poco: hay claridad y

gente. Pero, de noche, entonces es cuando puede esperarse una desgracia. Le aconsejo á V. que no duerma por la noche, y que vigile, y vigile con todas sus fuerzas. Acuérdese V. bien : de noche, en el jardín, junto á la fuente; ahí es donde hay que estar en acecho. Ya me dará V. las gracias por ello.

Echóse á reir Malevsky, y me volvió la espalda. No me pareció que diese gran importancia á lo que decía ; estaba reputado por un chusco de marca mayor, y era maestro en el arte de embromar en los bailes de máscaras, para lo cual ayudábale mucho el carácter embustero hasta la inconsciencia de que estaba compuesto todo su ser...

¿Quería nada más que chunguearse de mí? Pero cada una de sus palabras penetraba dentro de todas mis venas como una ponzoña; se me subía la sangre á la cabeza.

«¡Conque eso es lo que pasa; está bien!—dije para mí.—No impunemente algo me atraía hacia el jardín. ¡Pues bien; no sucederá eso así!» exclamé en alta voz y dándome de puñetazos en el pecho, sin saber á ciencia cierta que era lo que «no sucedería así».

«¿Será el mismo Malevsky quien venga al jardín? Tal vez se haya hecho traición á sí propio. Es impertinente de sobra para ello. ¿O será algún otro?»

El seto de nuestro jardín era muy bajo, y no difícil saltar por encima de él.

«En todo caso, al que caiga en mis manos no le arriendo la ganancia, y no deseo á nadie que se las vea conmigo. Probaré al mundo entero, y á ella, á esa traidora (¡la llamaba traidora!), que sé vengarme.»

Volví á mi cuarto y saqué de mi escritorio un cuchillo inglés que había comprado últimamente ; probé el filo de la hoja, y, fruncido el entrecejo, con una decisión fría y reconcentrada, lo metí en el bolsillo, cual si esa clase de asuntos me fueran muy familiares y me hubiese mezclado en ellos más de una vez.

El corazón se me endurecía con la cólera ; y hasta la noche permanecí con la frente cavilosa y mudos los labios.

No hacía más que ir y venir sin cesar, empuñando el puñal hasta ponerlo caliente, dentro del bolsillo, y preparándome de antemano para algo terrible.

Estas sensaciones nuevas y desconocidas me ocupaban y me distraían, hasta el punto de que se me había borrado la idea de Zenaida. A cada instante oía :

«Aleko, joven tzigano, ¿á dónde vas, guapo mozo? ¡Sigue acostado!...» Y luego : «¡Estás todo en-

sangrentado!... ¡Oh! ¿Qué has hecho?...—¡Nada (1)!»

¡Con qué cruel sonrisa repetía yo: «¡Nada!»

Mi padre no estaba en casa; pero mi madre, que desde hacía algún tiempo se hallaba en un estado casi constante de sorda irritación, reparó en mi aspecto huraño, y me dijo durante la cena:

—¿Qué tienes para resoplar como un ratón al trigo?

Por única respuesta me sonreí con aire de condescendencia, y pensé: «¡Si supiesen!»

Dieron las once. Me retiré á mi cuarto, pero no me desnudé, y aguardé á media noche. Por fin, dieron también las doce.

«Ya es tiempo—murmuré entre dientes; — y abrochándome hasta arriba, y hasta subiéndome las mangas, me encaminé al jardín. Había combinado de antemano el sitio donde ponerme en acecho. A lo último del jardín, en el sitio donde la cerca que separaba nuestra parcela y la de las Zassekin se apoyaba en la tapia común, hallábase un pinabete aislado.

Escondiéndome con disimulo bajo sus frondosas ramas, podría distinguir bien, en cuanto lo permitiese la oscuridad de la noche, lo que sucediera en torno mío. A mis pies se desplegaba un sendero que me parecía misterioso. Como una culebra subía arrastrándose á lo largo del seto, el cual tenía en aquella parte huellas de pasos que lo habían franqueado. El sendero conducía en derechura á un cenador redondo, de espesas acacias. Llegué al pinabete, me apoyé en el tronco y me puse á vigilar.

La noche estaba tan tranquila como la anterior, pero menos cubierto el cielo, y se distinguían las sombras de los arbustos y hasta las flores altas. Los primeros instantes de espera pareciéronme pesados; sentía una especie de miedo. Estaba resuelto á todo; sólo pensaba de qué manera obraría. ¿Iba á decir con voz tonante: «A dónde vas? ¡Párate, habla, ó morirás!» ¿O era preciso herir, sin más ni más?...

Preparábame, me inclinaba adelante. Pero pasó media hora, pasó una hora; mi sangre se tranquilizaba y se enfriaba. Ocurríaseme ya la idea de que lo que estaba haciendo en aquel instante era inútil y hasta ridículo; y que Malevsky se había mofado de mí. Abandoné mi puesto y di una vuelta por el jardín. Y precisamente, como por efecto del acaso, todo estaba tranquilo en los alrededores; todo dormía, hasta nuestro perro, hecho un ovillo junto á la puertecita de entrada. Me subí al ruinoso paredón del invernáculo. Vi en

(1) Del poema *Los Tziganos*, de Puchkin.

lontananza ante mí la vasta pradera, me acordé de mi encuentro con Zenaida, y me quedé pensativo...

Me estremecí: me pareció oir el ruido de una puerta que se abría, y después el leve roce de una rama rota. En dos zancadas bajé de las ruinas, y me quedé petrificado en el sitio.

Dejábanse oir en el jardín pasos presurosos, pero leves y prudentes; se acercaban á mí.

«¡Ahí están! ¡Ahí están, por fin!» Estas palabras me atravesaron el corazón.

Saqué convulso de mi bolsillo el puñal, y convulsivamente lo desenvainé. Ya veía rojo; empezaban á erizárseme los cabellos de ira y de miedo. Los pasos venían en derechura hacia mí. Me encorvé, me recogí para lanzarme á su encuentro. Apareció un hombre... ¡Dios mío!... ¡Era mi padre!

Le conocí en seguida, aunque iba embozado en la capa y llevaba calado el sombrero hasta los ojos. Pasó junto á mí, andando de puntillas, y no me vió; por más de que nada me ocultaba, sino que me había agachado de tal modo, que estaba casi al nivel del suelo.

Instantáneamente, el celoso Otelo, dispuesto á matar, se transformó en un chiquillo de la escuela.

Tanto me espantó el ver á mi padre, que en el primer momento no advertí siquiera de dónde venía ni hacia qué parte iba. Sólo cuando todo volvió á quedarse tranquilo, fué cuando pensé: «¿Qué hace así de noche en el jardín mi padre?»

De miedo, dejé caer en tierra el cuchillo, y ni siquiera lo busqué. Estaba avergonzadísimo. Me encontré inmediatamente despejado.

Sin embargo, á mi regreso hacia casa, me aproximé al banco desde donde podía verse la ventana de Zenaida. En los estrechos vidrios reflejábase como un resplandor azulado la luz que caía del cielo. De pronto, cambió el color; y vi, vi con claridad que el transparente blanco fué bajado con cautela hasta abajo, donde quedó inmóvil.

—Pero ¿qué significa esto?—exclamé casi involuntariamente cuando estuve de nuevo en mi cuarto.—¿He soñado? ¿O es una coincidencia? ¿O será?...

Eran tan nuevas y extrañas las sospechas que penetraron de pronto en mi cabeza, que ni siquiera me atreví á detenerme en ellas.

XVIII

Al día siguiente, me levanté con dolor de cabeza. Había desaparecido la sobreexcitación de la víspera,

y se había trocado para mí en una duda abrumadora, en una tristeza cual nunca había sentido. Parecíame que dentro de mí moría alguna cosa.

—Tiene V. la expresión de un conejo á quien se le ha extirpado medio cerebro—me dijo Luchín, quien se encontró conmigo.

Durante el almuerzo miré á hurtadillas, como un ladrón, ora á mi madre, ora á mi padre. Este se hallaba tranquilo como de costumbre; aquélla, sordamente irritada, cual solía. Me pregunté si mi padre iba á hablarme amistosamente, como algunas veces lo hacía; pero, ni siquiera me hizo su helada caricia cotidiana.

«¿Debo contárselo todo á Zenaida?—pensé.—Sin embargo, de una ú otra manera, todo ha concluido entre nosotros.»

Fuí á verla; y, no sólo no le conté nada, sino que ni siquiera tuve ocasión de hablar con ella, como hubiese deseado.

El hijo de la vieja princesa había venido de Petersburgo á pasar las vacaciones: era un colegial de doce años. Zenaida puso en seguida su hermano bajo mi protección.

—He aquí—dijo—mi querido Volodia (1) (era la primera vez que así me llamaba), he aquí un camarada para V.; también se llama Volodia. Le ruego á V. que le quiera; aún está cerril, pero tiene buen corazón. Enséñele el jardín de Neskutchinoé, pasee V. con él y tómele bajo su protección. ¿No es así que hará V. todo eso? ¡Es V. tan bueno!

Apoyó dulcemente ambas manos en mis hombros, y me turbé por completo.

La llegada de aquel muchacho me transformó también en muchacho. Sin decir una palabra, me quedé mirando al colegial, quien me miraba también sin chistar. Zenaida soltó el trapo á reir y nos empujó uno hacia otro.

—¡Pero abrazaos!

Y nos abrazamos.

—¿Quiere V. que le lleve al jardín?—pregunté al colegial.

—¡Si lo desea V....!—me respondió con una vocecilla ronca, verdadera voz de cadete.

Zenaida se rió de nuevo. Tuve ocasión de advertir que nunca había estado ella con tan lindos colores. Salí con el cadete.

Había en nuestro jardín un columpio viejo; le hice sentarse en la tablilla, y comencé á columpiarle. Estaba sentado, tieso, con su uniforme nuevo, de paño recio, adornado con anchos bordados de oro, y, con todas sus fuerzas, agarrábase á las maromas.

(1) Diminutivo familiar de Vladimiro.

—Pero, desabróchese V. el cuello—le dije.

—Eso no es nada, estamos acostumbrados—respondió tosiendo.

Parecíase á su hermana; los ojos, sobre todo, me la recordaban. Me era grato servirle; pero al mismo tiempo una áspera tristeza me mordía el corazón. «En efecto, ahora soy como un niño—pensé—¡pero ayer!...»

Me acordé del sitio donde había dejado caer el cuchillo la víspera; lo busqué, y lo encontré. El cadete me lo pidió. Cortó una rama de acebo, con la cual hizo una flauta, y comenzó á silbar. También este Otelo silbó.

Pero, en cambio, ¡cómo lloró, por la tarde, el mismo Otelo en las manos de Zenaida, cuando al encontrarle en un rincón del jardín, le preguntó por qué estaba tan triste! Brotaron mis lágrimas tan repentinamente, que se asustó.

—¿Qué tiene V.? ¿Qué tiene V., Volodia?—repitió.

Y viendo que no contestaba y no cesaba de llorar, ocurriósele la idea de besarme en las húmedas mejillas. Pero me aparté de ella, y murmuré á través de mis sollozos:

—¡Lo sé todo! Pero, entonces, ¿por qué ha jugado V. conmigo?...: ¡Para qué necesitaba V. mi amor?

—Soy culpable con V., Volodia —dijo; y añadió, juntando las manos.—¡Ah, Volodia, soy muy culpable! ¡Cuánto malo, tenebroso y perverso hay en mí!... Pero ahora no juego con V.: le amo. ¿Sospecha V. siquiera cómo y por qué?... Pero, después de todo, ¿qué es lo qué V. sabe?

¿Qué podía yo responderla? Permaneció de pie delante de mí, mirándome. En cuanto ella me miraba, era suyo de pies á cabeza... Un cuarto de hora después, jugaba ya con el cadete y con Zenaida á cogernos unos á otros corriendo. No lloraba, ni reía; por más que mis párpados, plegados por la risa, aún despedían lágrimas.

Llevaba alrededor del cuello, á modo de corbata, una cinta de Zenaida; y daba gritos de júbilo cada vez que conseguía cogerla por el talle. Hacía de mí cuanto le venía en gana.

XIX

Me hubieran puesto en gran apuro si me hubiesen obligado á contar con todos sus detalles lo que pasó por mí durante toda la semana que siguió á mi fracasada expedición nocturna. Aquel tiempo fué para mí una temporada extraña y febril, un caos en el cual giraban

como el viento los sentimientos más extremos, las ideas, las sospechas, las esperanzas, las alegrías, los dolores. Me daba miedo mirar mi interior, si es que un mozo de diez y seis años puede mirar dentro de sí. Temía darme cuenta de algo, fuera lo que fuese. Me limitaba simplemente á vivir al vuelo durante el día; y por la noche, dormía... Ayudábame la apatía propia de la adolescencia.

No quería saber si me amaban, y no quería convenir conmigo mismo en que no me amaban. Huía de mi padre; pero de Zenaida, no me era posible; la presencia de ella me abrasaba como fuego. Pero ¿por qué había de preocuparme qué clase de fuego era el que me abrasaba y derretía, desde el momento en que era dulce para mí el abrasarme y derretirme?

Me abandoné del todo á su influencia; trataba de engañarme á mí mismo, olvidando mis recuerdos y cerrando los ojos acerca de lo venidero.

Tal estado no hubiera podido durar mucho tiempo. Un trueno paró en firme las cosas y me trazó nueva vía.

Al volver á casa una vez, á la hora de comer, después de haberme dado un largo paseo, supe con asombro que comería solo, pues papá había salido, y estando mamá indispuesta, no quería comer y se había encerrado en su cuarto. Pero por las caras de los criados, comprendí que debía de haber pasado alguna cosa extraordinaria. No me atreví á interrogar; pero tenía yo un verdadero amigo en la persona del joven mayordomo Felipe, apasionado admirador de la poesía y artista con la guitarra en la mano. A él me dirigí.

Por él supe que había habido una escena terrible entre papá y mamá. Oíase todo desde el cuarto de costura; muchas cosas las habían dicho en francés, pero la doncella había estado cinco años en casa de una costurera en París, y lo comprendió todo. Mamá había echado en cara á papá su infidelidad y sus relaciones con la señorita vecina. Al principio se había defendido papá; después le había dado un arrebato, y dijo una frase cruel para mamá. «Habló de su edad.» Al oir esto, mamá había llorado y hablado de un pagaré á favor de la princesa vieja, y trató muy mal á la pricesa y á su hija; en este momento, papá prorrumpió en amenazas.

—Y toda esta calamidad proviene de una carta anónima. ¿Quién la ha escrito? ¡No se sabe! Sin ella, este asunto hubiera permanecido siempre secreto.

—Pero ¿de veras había algo?—pregunté á duras penas, mientras

se me ponían fríos los pies y las manos, y no sé qué cosa temblaba en el fondo de mi pecho.

Felipe hizo un expresivo guiño con los ojos.

—Sí que había. Esos negocios no pueden quedar ocultos. Sin embargo, su señor padre es bastante prudente; pero en esas intrigas no hay más remedio que alquilar un coche ó cualquiera otra cosa; siempre hay testigos.

Despedí á Felipe, y me eché en la cama. No gemía, no me entregaba á la desesperación, no me preguntaba cómo había ocurrido todo aquello; no me extrañé de no haberlo adivinado antes, y ni siquiera acusé á mi padre. Lo que acababa de saber era superior á mis fuerzas. Aquella revelación repentina me aplastaba... Todo había concluído... Todas las flores de mi alma habían sido arrancadas de golpe y yacían desparramadas en torno mío, marchitas y pateadas.

XX

Al día siguiente anunció mamá que volveríamos á vivir en la ciudad. Por la mañana, papá había entrado en su dormitorio y permanecido largo tiempo á solas con ella. Nadie oyó nada de su conversación, pero mamá ya no lloraba; se había calmado y había comido, sólo que no se dejaba ver, y no cambiaba un ápice en su resolución.

Recuerdo que todo el día vagué al azar, pero no fuí al jardín, ni una sola vez miré el pabellón, y por la tarde fuí testigo de un hecho pasmoso. Mi padre llevó del brazo al conde Malevsky desde el salón al vestíbulo; y, en presencia del lacayo, dijo con voz fría:

—Hace algunos días señalaron la puerta en cierta casa á vuestra señoría; y ahora no tengo ganas de entrar en explicaciones, pero tengo el honor de anunciarle que si se toma V. la molestia de venir á mi casa una vez más, le tiro por la ventana. No me gusta la letra de V.

El conde se encorvó, achicándose, apretó los dientes y se fué.

Comenzaron los preparativos de mudanza hacia la parte del Arbates donde teníamos una casa. Probablemente, papá no tenía empeño en permanecer en el campo; sólo había rogado á mamá no dar escándalo. Todo pasó en silencio, sin premura; mamá hasta había enviado á saludar á la vieja princesa, y rogarla que la dispensara si una indisposición la impedía ir á despedirse de ella.

Estaba yo como extraviado, no deseando sino una sola cosa: que

todo quedase concluido en el más breve plazo. Una idea me perseguía: «¿Cómo, ella, joven, soltera, princesa, había podido dejarse arrastrar á semejante acción, sabiendo que mi padre no era libre y que, por el contrario, ella tenía posibilidad de casarse, aunque no hubiera sido más que con Belovzorov? ¿Cuál había sido, pues, su esperanza? ¿Cómo no había temido destruir su porvenir entero?»

—¡Sí—exclamé—he ahí el amor; he ahí hasta dónde pueden llegar la pasión y la abnegación!

Y me acordé de las palabras de Luchin: «hay alguien por quien le es dulce sacrificarse.»

Acontecióme una vez advertir en una de las ventanas del pabellón una mancha pálida.

«¿Es posible que sea la cara de Zenaida?»—pensé. Sí, era su cara. No pude contenerme más; no podía resignarme ya á separarme de ella sin darla el postrer adiós; aproveché un momento favorable y fuí al pabellón.

En el salón, me acogió la vieja princesa con su habitual aspecto, distraído y negligente á la vez.

—¿Cómo es eso, caballerito, que á sus padres se les ha ocurrido abandonar tan pronto el campo en la temporada?—dijo, atiborrándose de rapé las narices.

La miré, y me sentí aliviado; las palabras «pagaré firmado» pronunciadas por Felipe, me atormentaban; y ella parecía no sospechar nada. Por lo menos, así me parecía en aquel momento.

Zenaida, vestida de negro, pálida, desrizados los cabellos, apareció en el umbral de la estancia inmediata; me cogió de la mano en silencio, y me llevó consigo.

—Oí la voz de V.—comenzó—y he venido á escape. ¿Tan poco le cuesta á V. abandonarnos, picaronazo?

—He venido á decirle á V. adiós, princesa—respondí—probablemente para siempre. ¿Acaso había V. oído ya decir que nos íbamos?

Zenaida me miró con fijeza.

—Sí, lo he oído decir. Doy á V. gracias por haber venido; hasta pensé que no volvería á verle más. No conserve V. mal recuerdo de mí. Algunas veces le he atormentado; pero, no obstante, no soy como V. se imagina.

Volvióse de espaldas, y se apoyó contra la ventana.

—Le aseguro que no soy como V. se figura; sé que me juzga V. mal.

—¿Yo?

—¡V., sí, V.!

—¡Yo!—repetí, con amargura; y mi corazón tembló de nuevo como antes, bajo la influencia de la misma fascinación inexplicable é irre-

sistible.—¿Yo?... Crea V., Zenaida Alexandrovna, que sea lo que fuere lo hecho por V., y aun cuando V. me hubiese atormentado, la amo y la amaré hasta el fin de mis días.

Volvióse ella de pronto hacia mí, y abriendo las manos, me cogió con ambas la cabeza y me besó ardorosa y fuertemente. ¡Sabe Dios para quién era ese largo beso de despedida! Pero, á pesar de todo, saborée su dulzura: sabía que nunca más habría de repetirse.

—¡Adiós! ¡Adiós!—repetí...

Desprendióse de mis brazos y salió. Yo también salí. No soy capaz de explicar con qué clase de sentimiento me marché. No desearía que se renovase una emoción análoga, pero sería infeliz si no la hubiese experimentado nunca.

Efectuóse nuestra mudanza de domicilio.

Transcurrió mucho tiempo antes de poderme desasir de lo pasado, y de volver á ponerme á trabajar. Mi herida cicatrizaba con lentitud; pero no tenía ningún mal sentimiento contra mi padre. Lejos de eso, parecía haber crecido ante mis ojos. Expliquen como quieran los psicólogos este contrasentido...

Un día, paseándome por un jardín público, con gran satisfacción mía encontré á Luchin. Gustábame por su carácter franco; además, le quería por los recuerdos que en mí despertaba. Me precipité hacia él.

—¡Ah!—exclamó, frunciendo el entrecejo.—¿Es V., joven? Veamos, que le examine. Aún está V. amarillo, pero ya no tiene V. aquella torpe expresión en los ojos; ahora parece V. un hombre, y no un perro faldero. Está bien. Cuénteme: ¿trabaja V.?

Suspiré; no quería mentir, y me daba vergüenza decir la verdad.

—¡No importa! No se desanime V.—prosiguió Luchin.—Lo principal es la normalidad de la vida, y saber apartarse de las influencias perniciosas. De lo contrario, ¿qué sucede? Se está mal en todas partes adonde no nos lleve naturalmente el oleaje. ¡Hasta cuando el hombre no le quede más que una piedra como base, permanezca á pie firme! En cuanto á mí, padezco de tos... ¿Y Belovzorov? ¿Ha sabido V. algo?

—No. ¿Qué?

—Ha desaparecido. Dícese que ha marchado al Cáucaso. Eso es una lección para V., joven. Y todo ello, porque no supo desligarse en el momento oportuno, romper los vínculos: V., por ejemplo, ha salido de ello sano y salvo. Pues bien; tenga V. cuidado, no vuelva más á caer. Adiós.

«No volveré á caer; no la veré más»—pensé. Pero mi destino era ver otra vez más á Zenaida.

XXI

Mi padre salía diariamente á caballo. Tenía un excelente alazán inglés, infatigable y de mala índole, con largo cuello fino y largas piernas; llamábase *Electric*. Salvo mi padre, nadie podía montarlo.

Un día que mi padre estaba con aquella buena disposición de humor que no se le había visto desde largo tiempo atrás, acercóse á mí. Estaba á punto de montar á caballo, calzadas ya las espuelas. Le rogué que me permitiera acompañarle.

—Juguemos más bien al caballo parado — me respondió — porque, con tu mala cabalgadura, no podrías seguirme.

—Por si hace falta, me pondré también espuelas.

—¡Vamos, sea!

Partimos.

Tenía yo un caballito morcillo, velludo, fuerte de piernas y bastante veloz. Cuando *Electric* iba al trote largo, aquél necesitaba galopar á rienda suelta; mas, á pesar de eso, no se quedaba á la zaga.

Nunca he visto jinete como mi padre. Iba tan gracioso en la silla, tenía una destreza tan natural, que el caballo parecía saberlo y se enorgullecía.

Seguimos por toda la ronda, pasamos á los campos Devitchi, saltamos muchos setos; al principio me daba miedo saltar, pero sabía que mi padre despreciaba á los cobardes, y ya no tuve miedo.

En dos ocasiones atravesamos el Moscova; y ya creí que íbamos á regresar á casa, tanto más cuanto que mi mismo padre advirtió que mi caballo estaba fatigado, cuando de pronto le vi volver grupas, alejarse por la parte del vado de Crimea y galopar á lo largo de la ribera. Le seguí; al pasar junto á una alta pila de maderos viejos, mi padre se apeó prestamente de *Electric*, me mandó que me apease también y dándome las bridas de su caballo me pidió que le aguardase junto al montón de madera, dió vuelta por una callejuela y desapareció.

Me puse á ir y venir á lo largo de la ribera, llevando los caballos detrás de mí y riñendo á *Electric*, quien no hacía más que sacudir la cabeza, gallardear y relinchar. Cuando me detenía, arañaba la tierra con uno ú otro de los cascos delanteros, mordía con un pequeño relincho el cuello de mi caballo; en una palabra, se conducía como un «pura sangre» mal criado.

Mi padre no volvía. Subía del río un fresco desagradable. Comen-

zaba á caer una lluvia menuda y jaspeaba con manchitas oscuras las grandes vigas monótonas y grises en torno de las cuales daba vueltas y que comenzaban á fastidiarme ya.

Apoderábase de mí el aburrimiento, y mi padre no volvía. Un agente municipal, de origen finnés, también vestido de gris, con un chacó viejo en forma de olla y con alabarda (¿asunto de qué había en aquél sitio un municipal?), se me acercó, y dirigiendo hacia mí su avellanada cara de vieja, me dijo:

—¿Qué hace V. aquí, señorito, con estos caballos? Déjemelos V., se los tendré un poco.

No le respondí; me pidió tabaco. Para desembarazarme de él, tanto más cuanto que iba en aumento mi impaciencia, di algunos pasos en la dirección por donde se había ido mi padre; llegué al final de la calleja; doblé la esquina y me detuve. En la calle, á cuarenta pasos de mí, delante de la abierta ventana de una casita de madera, estaba de pie mi padre, volviéndome la espalda. Estaba reclinado en el alféizar de la ventana; al paso que dentro de la casita, medio oculta por las cortinas, estaba sentada y hablando con mi padre una mujer vestida de oscuro. Aquella mujer era Zenaida.

Me quedé estupefacto: de ningún modo me esperaba eso. Mi primer impulso fué huir. «Si mi padre se vuelve de cara, estoy perdido», pensé. Pero un extraño sentimiento, un sentimiento más fuerte que la curiosidad, hasta más fuerte que los celos, más fuerte que el miedo, me detuvo. Continué mirando, y me esforcé por escuchar.

Parecíame que mi padre exigía alguna cosa, y Zenaida se negaba. Aun en aquel instante, vuelvo á ver el rostro de la joven, triste, serio, hermoso, y con una inexplicable expresión de sacrificio, de amor y de desesperación; no puedo encontrar palabras con qué decirlo. Pronunció algunas palabras, sin levantar los ojos, y sonrióse, conservando á la vez un aire sumiso y terco.

En aquella sonrisa encontré por completo mi Zenaida de otros días. Mi padre se encogió de hombros y se caló más el sombrero, lo cual era siempre en él una señal de impaciencia. Luego se oyeron estas palabras:

«Debes separarte de esta...» Irguióse Zenaida y sacó un brazo, alargándolo... De pronto ocurrió á mi vista un hecho increíble. Mi padre levantó el latiguillo con que en aquel instante daba golpecitos en el abrigo, y se oyó resonar un agudo golpe sobre aquel brazo desnudo hasta el codo.

Trabajo me costó contener un grito. Zenaida dió un salto, echó

una mirada muda á mi padre, y besó la huella que el látigo había dejado en su brazo. Mi padre tiró el látigo, subió con rapidez los pocos peldaños de la pequeña escalinata, y se introdujo en la casa. Volvióse Zenaida de espaldas á mí, y con los brazos abiertos y la cabeza echada atrás, se alejó también de la ventana.

Oprimido por el espanto, con una especie de terror y estupefacción en el alma, volví pies atrás con presteza, atravesé de nuevo la callejuela, y, á pique de dejar escapar á *Electric,* regresé á la ribera. Estaba como aturdido. Bien sabía que mi padre, frío y reservado, tenía á veces accesos de ira; á pesar de eso, no podía volver en mí por lo que había visto, y no comprendía nada de aquello. Pero desde el primer instante comprendí que me sería imposible olvidar el movimiento, la mirada, la sonrisa de Zenaida; y que su imagen, aquella imagen nueva que de pronto se había erguido ante mí, se grababa para siempre en mi espíritu. Con ojos estúpidos miré correr las aguas del río, sin sentir que de ellos corrían las lágrimas. «¡La pegan!» pensé. «¡La pegan, la pegan!...»

—¡Vamos! ¿Me das mi caballo? —dijo detrás de mí la voz de mi padre.

Le entregué maquinalmente las bridas. Montó de un salto en *Electric;* el caballo, que tenía frío, encabritóse y dió un bote de tres metros hacia adelante. Pero mi padre le dominó bien pronto, hundiéndole las espuelas en los hijares y dándole de puñadas en el cuello.

—¡Eh!... ¡No tengo el látigo!— murmuró.

Me acordé del estremecimiento y del golpe de aquel mismo látigo, y temblé.

—Pero, ¿dónde lo has puesto?— pregunté á mi padre, un instante después.

Mi padre no me respondió, y siguió adelante al galope. Le alcancé, con decidido empeño de verle la cara.

—¿Te aburrías sin mí?—preguntó, apretando los dientes.

—¡Un poco!... Pero, ¿dónde has dejado caer tu látigo?—pregunté de nuevo.

Mi padre me echó una mirada rápida.

—No lo he perdido—dijo:—lo he tirado.

Quedóse pensativo y dobló la cabeza. Entonces vi por vez primera, y probablemente por la última, cuánta dulzura y pena podían expresar sus facciones.

Galopó de nuevo, y no pude alcanzarle. Llegué á casa un cuarto de hora después que él.

«He aquí lo que es el amor», de-

cía para mí de nuevo por la noche, sentado ante mi mesa de escritorio, sobre la cual empezaban ya á reaparecer cuadernos y libros. «¡He aquí la pasión!... «¿Cómo no sublevarse?», me preguntaba. «¿Cómo soportar el golpe de una mano, sea la que fuere, aun la de una mano adorada? ¡Y, evidentemente, se puede cuando se ama!... ¡Y yo!... ¡Yo, que me imaginaba!...»

Esas últimas semanas me habían envejecido mucho. Mi amor, con sus agitaciones, trastornos y sufrimientos, ¡cuán infantil, pequeño, mezquino, me parecía ante esa otra cosa desconocida que apenas podía adivinar, y me espantaba como una imagen hermosa y terrible que en vano se trata de distinguir entre la semioscuridad!...

La misma noche tuve un ensueño raro y espantoso: parecíame que entraba en una habitación tétrica. Allí estaba de pie mi padre, con el látigo en la mano y pateando con ambos pies. En un rincón se acurrucaba Zenaida con una señal roja, no en la mano, sino en la frente; detrás de mi padre y de ella, erguíase Belovzorov, echando sangre, abriendo sus labios pálidos y amenazando con ira á mi padre.

Dos meses después entré en la Universidad; y seis meses más tarde murió de apoplejía mi padre en Petersburgo, donde hacía poco tiempo que habíamos ido á vivir.

Algunos días antes de su muerte, recibió de Moscú una carta que le agitó excesivamente. Pidió no sé qué cosa á mi madre, y hasta dícese que lloró, ¡él, mi padre!...

La mañana misma del día en que tuvo el ataque apoplético, comenzó una carta en francés para mí:

«Hijo mío, escribía: guárdate del amor, teme sus dichas, teme sus ponzoñas.»

Mamá, después de la muerte de su marido, remitió á Moscú una cantidad bastante fuerte de dinero.

XXII

Transcurrieron cuatro años. Acababa yo de salir de la Universidad; aún no sabía lo que iba á hacer, ni á qué puerta llamar.

Una noche encontré en el teatro á Maidanov. Se había casado, y era funcionario del Estado. No encontré ningún cambio en él; se entusiasmaba tan pronto como antes, y también caía tan pronto en el desaliento.

—¿Sabe V.,—me dijo, entre otras cosas,—que la señora Dolska está aquí?

—¿Qué señora Dolska?

—¿Se ha olvidado V. de la ex-princesa Zassekin, de quien todos está-

bamos enamorados (y también V.) en el campo, cerca de Neskutchnoé?

—¿Se ha casado con Dolski?

—Sí.

—¿Y está aquí ella, en el teatro?

—No; donde está es en San Petersburgo. No hace mucho tiempo que ha llegado y quiere irse al extranjero.

—¿Qué clase de hombre es su marido?

—Un buen muchacho, con fortuna, colega mío en Moscú. Comprenderá V. que después de la historia aquella que ocurrió... Debe V. saberla... (Maidanov se sonrió de un modo significativo); no era fácil para ella encontrar marido... Pero con su talento todo es posible.

Vaya V. á visitarla; se alegrará mucho de verle. Ahora está más hermosa todavía.

Maidanov me dió las señas de Zenaida. Paraba en la fonda Demut. Despertáronse en mí antiguas memorias. Me prometí ir á ver el siguiente día á mi antigua pasión. Pero no recuerdo qué asuntos me lo impidieron.

Pasó una semana, después otra; y cuando por fin me dirigí á la fonda Demut y pregunte por la señora Dolska, supe que cuatro días antes había muerto casi de repente, de sobreparto.

Un no sé qué me hirió en el corazón. La idea de que pude verla y no la había visto, que nunca la vería ya, esa amarga idea se me incrustaba, se adhería á mí con toda la fuerza de una acusación perenne, sin que me fuese posible rechazarla.

—¡Muerta!—repetía, mirando estúpidamente al portero; luego salí despacio, y me marché sin saber á dónde.

Todo lo pasado reapareció de pronto y se reprodujo ante mí. ¡He aquí cómo había terminado, he aquí hacia dónde corría agitada y rápida aquella joven existencia ardorosa y brillante!

Pensaba en esto; y volvía á ver aquellas facciones tan queridas, aquellos ojos, aquellos rizos en una estrecha caja, en la oscuridad húmeda del subterráneo sepulcral, cerquita de mí, viviendo aún, y acaso muy cerca también de mi padre.

Pensaba en todo eso, tendía hacia ello todo mi espíritu; y, sin embargo, resonaba en mi alma el cantar:

«De labios indiferentes
La triste noticia oí,
La noticia de su muerte;
E indiferente seguí...»

¡Oh, juventud, juventud! Nada te inquieta, pareces poseer todos los tesoros del mundo, hasta la tristeza te adormece, hasta la melancolía te sienta bien, tienes la seguridad y la insolencia. Dices: «¡Miradme, sólo

yo vivo!» Y, sin embargo, también tus días pasan y desaparecen sin dejar huella; y todo desaparece en ti, como la cera al sol, como la nieve... Y quizá todo el misterio de tu hechizo está, no en la posibilidad de realizarlo todo, sino en la posibilidad de creer que todo lo puedes cumplir. Consiste precisamente en que das al viento fuerzas que no podrías emplear en otra cosa; y en el hecho de que cada uno de nosotros se considera como un pródigo, y piensa que tiene derecho á decir más tarde: «¡Oh, cuántas cosas hubiera hecho, si no hubiese perdido en vano mi juventud!»

Así, yo... ¿qué no esperaba? ¡Qué espléndido porvenir preveía cuando, con un solo suspiro, por una sola sensación de tristeza, evocaba el recuerdo de mi primer amor!

¿Y qué ha sido de todas mis esperanzas? Ahora, cuando ya comienzan á caer sobre mi vida las sombras de la noche, ¿qué me ha quedado más fresco y más caro que el recuerdo de aquella tempestad de primavera que estalló y pasó con tanta rapidez?

Pero en vano me calumnio. Aun entonces, en aquel tiempo de ligereza y juventud, no permanecí sordo á la voz que me llamaba y al ruido solemne que salía del fondo de la tumba...

Recuerdo que algunos días después de haber sabido la muerte de Zenaida, atraído por no sé qué secreto deseo, asistí á la muerte de una pobre vieja que habitaba en la misma casa que nosotros.

Cubierta de harapos, tendida en duras tablas, con un saco por almohada debajo de la cabeza, agonizaba penosamente. Había pasado toda su vida en amarga lucha contra la miseria cotidiana. No había conocido ningún goce; jamás había probado la miel de la felicidad. Parece que debiera haberla regocijado la muerte, que era para ella la manumisión y la paz. Y, sin embargo, todo el tiempo que su gastado cuerpo terqueó en vivir, que su pecho se levantó dolorosamente bajo su mano yerta, antes que las últimas fuerzas la abandonasen, la anciana no cesó de hacer la señal de la cruz y de murmurar:

—¡Señor, perdóname mis pecados!

Hasta el postrer fulgor de su inteligencia no expresaron sus ojos la aprensión y el miedo de concluir.

Recuerdo que entonces, á la cabecera de aquella pobre vieja, oprimióse con angustia mi corazón al acordarme de Zenaida; y quise rezar por ella, por mi padre y por mí.

Iván Turguenef.

EL ASESINO DESNUDO

He hecho la campaña sin consultar á nadie.
(Bonaparte.)

Cuando Pedro Lurier salió de presidio, se encontró sin trabajo y sin pan.

A la edad de veinticinco años había sido condenado por robo con fractura en una casa donde acababa de entrar como ayuda de cámara. En presidio había aprendido á hacer herretes para cordones de zapatos. Pues bien, en la pequeña población de provincia donde la vigilancia de la policía le obligaba á residir, le era imposible en absoluto utilizar ese oficio enteramente especial. Además, no había que pensar en volver á colocarse en el servicio doméstico. Por consiguiente, los horizontes de Pedro Lurier eran la miseria y el hambre.

Reflexionó que con trabajar largo tiempo y mucho, si por acaso encontraba en qué, nada más conseguiría, sino reventar como un perro. Por el contrario, dijo para su coleto que, cometiendo un nuevo delito, podría ganar de golpe y porrazo, no sólo un mendrugo de pan sino quizá riquezas. No vaciló; tomó el segundo partido.

¿Qué delito cometer? Tal era el asunto. Lo primero era huir de la vista de la justicia: Pedro Lurier abandonó el pueblo donde estaba recluido.

Indocumentado y sin dinero, llevó por espacio de seis meses la dura y mísera vida de vagabundo, siempre adelante, mendigando de tapadillo, durmiendo en despoblado ó en los hórreos, flaco, macilento, andrajoso, en espera de ocasiones y rechazándolas cuando no se le presentaban bastante seguras ó buenas, dando vueltas en torno de la sociedad como un zorro alrededor de una granja, decidido á aguantarlo todo hasta el instante propicio en que se indemnizaría de su ayuno,

devorando la presa que de continuo esperaba.

Un día advirtió que estaba en Champagne, su país. Habíale arrastrado hasta su tierra no sé qué fatalidad, sin duda ese instinto bestial que conduce al bosque donde se guarecen á los animales perseguidos.

Al pronto, le entró miedo. ¡Iban á conocerle! ¡Se metía en un avispero! ¡Estaba perdido! Diéronle ganas de volverse atrás.

La reflexión le hizo quedarse. ¿Cómo habían de reconocerle? Abandonó la comarca siendo un sonrosado y rubio muchacho de doce años. Reaparecía en ella á los cuarenta de edad, con el rostro bronceado, larga barba, hundidas las mejillas y grises los cabellos.

Luego hizo un raciocinio muy exacto. En todos los lugares por donde pasó, ¡cuántas ocasiones perdidas por ignorancia, por no conocer las localidades ni las personas! Aquí, por el contrario, á pesar de las mudanzas acaecidas durante su ausencia, era sabedor de muchas cosas, lo cual era como hallarse con otras tantas armas. Bastaba con recordar bien.

Y Pedro Lurier recordó.

A unas diez leguas del sitio donde estaba, había en otro tiempo, en un pueblecillo que se llama Nizy-le-Comte, un matrimonio muy rico y sin hijos, los cónyuges Berlot, apodados en el villorrio los *Cuentacuartos*.

Pedro los había tratado mucho. Por los tiempos en que era un granujilla de aldea, desempeñaba entre ellos las funciones de un sirviente doméstico barato.

Estaba enterado de todas las costumbres, y de las entradas y salidas de la casa.

Sabía que la puerta grande, que daba al camino, era alta y con sólidos herrajes, y que las bardas de las tapias del jardín de atrás estaban erizadas de vidrios rotos; pero también sabía que los árboles del fondo habían debido de crecer, y que subiéndose á ellos desde el exterior era posible penetrar en el jardín. Sabía que desde éste no se entraba de noche en la cocina, herméticamente cerrada todos los días al anochecer; pero también sabía que el lavadero sólo estaba separado del exterior por un tenue tabique de ladrillo. Esta pared era fácil de echar abajo, y una vez dentro del lavadero estábase en la cocina. De allí se pasaba al salón, donde bajo el fanal del reloj, estaba la doble llave de la escalera. En lo alto de la escalera, el cuarto de desahogo, adonde antaño iba á alinear las escobas; y junto á ese cuarto, el dormitorio de los Berlot. Allí, ya no recordaba bien. Nunca había pene-

trado en esa estancia, habiéndola entrevisto nada más por la puerta entornada. Recordaba vagamente que la cama estaba al fondo, junto á un grande y sólido armario de roble viejo con goznes de cobre. En él dormía el *gato* tanto tiempo engordado por los *Cuenta-cuartos*, y tan ardientemente codiciado á la sazón por Pedro Lurier.

Porque al primer recuerdo que le vino á la memoria decidióse su propósito. Al fin había encontrado la ocasión esperada con tanta paciencia. Era preciso ir allá sin dejarse ver, observar si no había cambiado nada, tomar todas las precauciones requeridas como prudentes, y obrar con la mayor audacia.

En dos noches anduvo las diez leguas que le separaban de Nizy-le-Comte. Pasó un día entero oculto en un bosque, en el fondo de una cueva húmeda, con los pies en el agua, sin comer. Pero á lo menos, cuando hacia las dos de la madrugada llegó á la casa de los Berlot, estaba muy seguro de que nadie le había encontrado en el camino.

En la calleja que bordeaba la parte de atrás del jardín, tuvo la suerte de dar con un plantío de zanahorias, donde tomó un pequeño refrigerio.

Ligeramente lastrado de esta suerte, pero sostenido por la fiebre de triunfar en su propósito, escaló la tapia que daba frente á la fachada de detrás de la casa de los Berlot. Una vez en el borde se irguió de pie, sin pensar en que podía perder el equilibrio, y encogiéndose, de un salto prodigioso, fué á caer al otro lado de la calleja á un árbol del jardín.

El ruído de su caída en las ramas despertó á un perro de la vecindad, el cual comenzó á ladrar. Durante algunos minutos hubo un concierto de aullidos que se contestaban, pero cesó poco á poco. Oyóse aún la postrera nota lejana de un perro de pastor, vigilante allá abajo en los campos. Quedóse todo tranquilo. Pedro Lurier se palpó los miembros, vió que nada se había roto, y se puso á meditar.

Ya era mucho eso de estar dentro del jardín; pero aún no era nada. En efecto, Pedro Lurier habíase metido allí á la ventura, impulsado por su irresistible deseo de acabar con su mala fortuna; pero ni siquiera sabía si los Berlot vivían aún y habitaban en la casa. ¡No importa! Habíasele puesto en el caletre que era preciso ir allá, que hubiera sido imprudente tomar informes, y que, en último extremo, todo sería pasar un día en la copa de un árbol. Si los propietarios eran nuevos, volvería á marcharse la noche siguiente. Si estaban allí los Berlot, bien valía su dinero tomarse la pena para apoderarse de él.

Mientras aguardaba á que ama-

neciera, bajó á buscar qué comer. No temía encontrar perro alguno, pues en el concierto de poco antes no había oído ningún ladrido por la parte de la casa. Encaminóse, pues, resuelto hacia el corral.

Hallábase éste lo mismo que siempre, con la pocilga de los cerdos á la izquierda y el establo á la derecha. En el establo encontró una sola vaca, la cual se levantó al pronto como asustada cuando él se acercó, pero á quien calmó en seguida, hablándola y dándola golpecitos en la grupa. Al cabo de algunos momentos la creyó lo suficiente familiarizada para no temer cogerla la ubre, y mamó leche caliente que le dió gran conhorte. En la gamella donde comían los cerdos palpó á tientas, y se puso muy alegre al encontrar grandes mendrugos de pan de salvado, con los cuales llenóse los bolsillos sin hacer ascos. Eran los platos fuertes de sus comidas del día inmediato. También cogió alguna fruta en el jardín, pero con discreción, para no revelar que alguien había entrado. Hechos todos estos preparativos, dejó para la noche siguiente lo que se refería más en particular al crimen, y buscó un lecho donde descansar hasta el día.

Vió un olmo desmedidamente grueso y nudoso, y subióse en él. Hacia la mitad del árbol, poco más ó menos, el rayo había hecho sin duda en el torcido tronco una oquedad, y formaba lo que en el país llaman un *vano*. Pedro Lurier se acostó allí, donde se estaba como en una litera dura, corta y profunda. Lo principal es que se podía dormir sin ser visto y sin temor á caerse.

Pedro Lurier, desfallecido de fatiga, durmió la víspera de su delito ni más ni menos que Napoleón la víspera de Austerlitz.

El sol doraba las telarañas tendidas entre las ramas de los perales, y el rocío habíase secado sobre las hortalizas cuando se despertó.

Lo primero que vió á través de las hojas de su olmo fué al mismo tío Berlot, afanoso en los quehaceres del corral. El corazón de Pedro palpitó de alegría.

Sí; allá estaba el viejo yendo y viniendo con un cesto en la mano, echando grano á las aves. Hacía *piu, piu, piu,* y las gallinas se empujaban y derribaban, batiendo alas y con las plumas foscas, para atragantarse de avena. En seguida se fué á la cocina en busca de un cubo lleno de agua grasienta, donde sobrenadaban zoquetes de pan y mondaduras de patatas, y echó la pitanza á los cerdos, que hozaban con la geta en la artesa.

Esto hizo pensar á Pedro Lurier en que tenía hambre. Sacó de los bolsillos el pan de salvado y la fru-

ta, y almorzó con silencio, pensando en que todo se arreglaría á medida de su deseo.

En efecto; puesto que el tío Berlot cuidaba por sí mismo del corral, eso era prueba de que no tenía criado, de que estaba solo en la casa. A lo sumo, estaría con él la señora Berlot.

Hasta cosa de las once estuvo el viejo en el corral y en la huerta, removiendo, cavando, podando, traginando.

Hubo un momento en que Pedro Lurier tuvo miedo. Al pasar junto á un peral, Berlot miró con atención sus frutos, y notó que faltaban dos. Maquinalmente dirigió la vista á las tapias del jardín y á los árboles del fondo. Parecía convencerse de que había entrado en su casa un ladrón. Pero al ver tan puntiagudos los cascos de botella de los bardales tranquilizóse sin duda, porque se encogió de hombros con ademán de decir: «Es imposible».

Sin embargo, eso le preocupaba á ojos vistas, y quiso saber á qué atenerse.

—¡Pedro!—gritó de repente.

Pedro Lurier se estremeció al oir este nombre, como si le llamasen á él, y se metió más adentro en el *vano*.

Al llamamiento de Berlot, abrióse la puerta de la cocina, y salió un niño de diez á doce años, sonrosado y rubio.

Pedro Lurier tembló más fuerte aún; parecíale que él mismo era quien salía de la cocina, idéntico aldeanillo como lo fué en sus tiempos. Un segundo de reflexión le hizo olvidar tal fantasmagoría y comprender la realidad.

—¡Pedro!—dijo Berlot.—¡Otra vez me has vuelto á robar peras!

—¡Oh, no señor!—respondió el chicuelo.—Le juro á V. que no. ¿Cómo quiere V. que haga para robarle peras? Acabo de volver del campo de pastar á la vaca, y V. mismo es quien esta mañana me abrió la puerta de la cocina para ir al establo, y la puerta grande para ir al campo.

—Eres un bribonzuelo. ¿Quién me dice que no has venido de noche al jardín?

—¡Oh, señor! ¿Es posible eso estando todo cerrado por la noche en la casa?

—¡Ta, ta, ta! Pruébame que no me has robado.

—¡Oh, señor, le juro que yo no he sido! ¡Mire V. la prueba!

Entróle entonces á Pedro Lurier un miedo cerval, imaginándose que el chico había visto alguna cosa. Pero no; la prueba que quería dar era tan sólo el juramento solemne que usan los niños, y que consiste en hacer la señal de la cruz, y después levantar la mano derecha escupiendo al suelo.

Conmovido sin duda Berlot por este juramento, se contentó con tirar de la oreja á Pedro al volverse con él á casa. Dieron las doce del día.

El sonido cascado de la campana de la aldea era el único rumor que turbaba aquella hora silenciosa. Apenas una ó dos gallinas picoteaban aún acá y acullá en el estercolero, junto al establo. Los cerdos hacía mucho rato que habían vaciado su gamella, y habíanse retirado á dormir en el fondo de la pocilga. Los gorriones se habían marchado después de dar algunos picotazos á la fruta, á pesar del gran sombrero de paja puesto en un peral con objeto de servirles de espantajo, volando á los campos, donde hacen sus *razzias* por la tarde. Lo mismo habían hecho los labriegos, quienes volvieron á sus faenas después de comer. Nada se movía en el villorrio. Oíase tan sólo en la campiña un vago rumor de zumbidos, cual si la tierra suspirase al dormir bajo la luz del sol.

Pedro Lurier sintió subir entonces hasta él no sé qué sosiego y apetito de dulcedumbre. Le pareció que era muy bueno poder vivir en aquella tranquilidad. Pensó que las gallinas eran muy felices y que los pájaros debían estar contentos. Díjose que la existencia de Pedrín era encantadora, á pesar de los regaños del tío Berlot. Verdad es que le daba algunos tirones de orejas; pero comía, bebía, dormía, iba á pasearse por los prados y los bosques, sin temor y sin mirar detrás para ver si le perseguía algún tricornio. ¿Y el tío Berlot? Era rico; tenía casa propia, gallinas, cerdos, peras. ¡Qué hombre tan feliz!

¿Y por qué él, Pedro Lurier, no tenía también su parte de felicidad? ¡Ah! ¿Por qué? No tenía más que haberse quedado allí en el campo, como su padre. ¿Pero, era culpa suya si había partido? Un mala pieza le había dicho que en la ciudad se hace fortuna. Y, en efecto, hubiera podido adquirir esa fortuna. ¡Quizá! ¿Quién sabe? Buenas ocasiones no le faltaron. Un patrón le tuvo cariño desde su llegada. Pero había allí otra mala persona predicando la pereza y los placeres. Uno, dos, varios años, el tiempo precioso de la juventud, había transcurrido miserablemente sin hacer nada, viviendo al día. Luego, una mañana, harto de lucha y lleno de remordimiento, queriendo al cabo trabajar y sin saber nada, hízose de nuevo sirviente doméstico. Aún podía ganarse así la vida; pero se había agriado, rebosando deseos y duelos. Había conservado malos conocimientos, una querida que era una bribona, un amigo que era un ratero. Dió oídos al amigo para satis-

facer las exigencias de la ganforra. Y á fin de cuentas, despertóse el día menos pensado entre dos agentes de policía: era ladrón. Encausado y condenado, pasó quince años en presidio, y ahora...

¡Ah! Ahora era un miserable, un vagabundo, carne de cárceles; y á la noche sería asesino; y mañana tal vez le detuvieran de nuevo; y entonces, bien pronto sería procesado de nuevo, y esta vez condenado á muerte. ¡A muerte! ¡Cortada la cabeza!

Pedro Lurier, con los ojos fijos, no veía el jardín, ni el corral, ni la casa, sino una plaza llena de gente y una guillotina en el agujero de la cual hacía muecas.

Dió un gran grito, y ese grito le volvió á la realidad.

«¡Caramba, estoy loco! — dijo para su capote.—¿Pues no estoy ahora despierto y me pongo á gritar desgañitándome? ¡Vaya una ocurrencia! ¡Si llega á estar por ahí el tío Berlot, me arde el pelo!»

Para cambiar el curso de sus ideas, trajo violentamente á la memoria el recuerdo del patio del presidio, donde charlaba con los camaradas. Las conversaciones eran acerca de robos hábilmente hechos, asesinatos cuyos autores no habían sido descubiertos nunca.

— Mirad, muchachos — decía á menudo un zorro viejo, con varias condenas;—no hay que propasarse á mayores sino habiendo seguridad de escapar con bien. Bueno lo de *nicabar:* si le pescan á uno, sale con *estaribel,* como yo, y en paz. ¡Pero *mulabar,* un demonio! Sólo conocí uno con *buenos bastes,* y era el zanquilargo que murió dos años ha, *Chapa-de-zinc.* Ese encontró el medio de *dar mulé* á siete personas, y nunca le echaron la mano encima. Sólo que tenía su sistema. Decía que para salir bien se necesitan tres cosas: estar en tierra donde no *sus conozgan, trabajar* solo y quedarse en cueros para *dejar seco. Trabajando* solo y en país extraño, no son de temer los *chineles* ni los *soplones;* haciendo la *faena* en cueros, no se dejan piezas de convicción para el *libanó,* y no se sacan *manchas* en la ropa.

Estos consejos resonaban como un clarín de batalla dentro de la cabeza de Pedro Lurier. Era desconocido y estaba solo; se pondría á ello desnudo. Con que tenía que salir bien.

Llegó el atardecer, las gentes regresaban á sus casas. Oyerónse algunos pasos por la calleja. Mugían los bueyes, de vuelta para la aldea; ladraban los perros. Todo el mundo se disponía á cenar antes de irse á dormir.

Berlot volvió á salir de la cocina y fué á abrir la puerta trasera. Pe-

drín traía la vaca, para meterla en el establo.

—Anda, mocoso, date prisa — dijo el viejo al muchacho.—Ahora tienes que subir allá, para cambiar de ventana á la tía Berlot. El polvo va á venir por la fachada delantera; ponla un poco hacia aquí.

Subió el chico, y unos minutos después abrióse una ventana del primer piso, que daba al corral. Empujó un gran sillón hacia el hueco, y apareció la señora Berlot. Estaba inmóvil, rígida, y Pedro Lurier notó que en su cara sólo parecían vivir aún los ojos.

«¡Bueno! — pensó. — La vieja está paralítica. Eso será más cómodo.»

Una sola cosa le inquietaba: el niño. ¿En qué parte de la casa dormiría Pedrín? ¿Habría que pasar junto á él para subir allá arriba?

«¡A fe mía, tanto peor para él! Habrá que quitar estorbos del camino.»

Comenzó á oscurecer. Extendióse poco á poco la noche sobre la casa, el corral y el jardín. Bien pronto, Pedro Lurier ya no distinguió nada desde lo alto de su árbol. Unicamente por entre las ramas brillaban las estrellas.

¡Las nueve! Una luz iluminó de rojo una de las ventanas del piso primero. Sin duda, el viejo Berlot estaba contando el dinero como todas las noches. Apagóse la luz, al cabo de media hora larga. Había muchos escudos en el *gato*.

¡Las diez! ¡Qué largo es el esperar! Por la noche son muy grandes las horas.

¡Las once! Todo dormía á lo lejos.

Había llegado el momento. Pedro Lurier bajó del árbol.

Cuando llegó al lavadero, se puso á palpar el muro, hasta que encontró entre dos ladrillos un intersticio por donde meter la hoja de la navaja. Le costó largo tiempo descalzar el primer ladrillo. Pero una vez hecho este agujero, agrandóse con facilidad la abertura. Fué quitando uno por uno los ladrillos y poniéndolos en el suelo sin meter ruido. Por fin pudo hallar paso el cuerpo de Pedro Lurier.

Se quedó inmóvil un buen rato, acostumbrando los ojos á la oscuridad. Cuando comenzó á distinguir un poco los bultos, vió que sus recuerdos no le habían engañado. En frente de él estaba la puerta de pestillo que daba á la cocina.

Pero antes de penetrar allá era menester tomar sus precauciones; es decir, quedarse en cueros, preparar una linterna, encontrar un arma. La navaja que le había servido para horadar el tabique no era bastante larga y fuerte para degollar á un hombre. El asesino re-

gistró á tientas en torno suyo en los canastillos de instrumentos hacinados en la estancia, y eligió un zapapico corto, de mango fuerte, de hierro pesado y puntiagudo. A lo largo de la pared colgaban dos faroles, uno de carruaje y otro de cuadra. El primero hizo al caso; en primer lugar, porque era más pequeño, y, además, porque estaba provisto de un reflector que lo convertía en una especie de linterna sorda. Pedro metió en él el cabo de vela que había quedado de la noche en el farol de cuadra. Encontraría cerillas en la cocina; por supuesto, no quería encender sino en el cuarto de arriba, con objeto de ver claro para herir y buscar el dinero. Estando ya todo dispuesto, Pedro Lurier se desnudó, hizo un lío pequeño con su ropa, se ató á los hombros este petate con un trozo de soga, y se detuvo un instante á meditar, á fin de asegurarse de que ya no le faltaba nada.

«¡Qué morral soy! — pensó de pronto.—Tengo liados los vestidos, estoy desnudo, luego no tengo bolsillos. ¡Anda, cacho de bruto! ¿Y dónde vas á meter el dinero de los Berlot? Debe de haber escudos, monedas de Luis Felipe de cinco francos; todo eso pesa y abulta. No voy á hacerme faltriqueras en el pellejo de los muslos.»

De nuevo palpó las paredes, registró los canastos y sonrióse en silencio de gusto al sacar de un cajón lleno de avena un zurrón de lienzo, uno de esos talegos que se les cuelga del hocico á las caballerías para que tomen el pienso. En ese zurrón cabrá bien todo el *gato*. Colgóselo al cuello como si llevara unas alforjas, haciendo de bolsa trasera el petate de ropa, y de bolsa delantera el zurrón de lienzo.

Dieron las once y media.

Entonces, enteramente desnudo, con el farol apagado colgando del dedo meñique de la mano izquierda, el zapapico empuñado con vigor con la mano derecha, empujó suavemente con la rodilla la puerta del lavadero y penetró en la cocina.

Un ruido suave, regular, anunciaba el sueño del muchacho. En efecto, allá estaba Pedrín, en una cama baja, con la colcha subida hasta las orejas, acostado como gatillo de fusil y durmiendo á pierna suelta.

Pedro Lurier se acercó á la cama, apretando con más fuerza el zapapico, que comenzó á enarbolar.

—¡Bah!—se dijo de pronto.—¡Ronca tan fuerte! Por eso, no se despiertan los chicos. Cuando estaba yo en su puesto, rayos que hubiesen caído no me hubieran hecho chistar. Y luego, si no le atinase bien, vocearía y los viejos se pon-

drían en pie. ¡Pobre mocoso! ¡Qué felices son estos muñecos! ¿Y si, á pesar de todo, se despertara? Cuando esté allá arriba, acaso armaré bronca. Basta de reflexiones... ¡Ah, no, puf! Siempre tendré tiempo de sangrarle á la vuelta.

Cogió cerillas en la campana de la chimenea, pasó al salón, y dejó en el suelo el zapapico y el farol para levantar el fanal del reloj. ¡Qué gozo! Allí estaba la llave, como antaño. En tres minutos estaría junto al *gato*.

La escalera crujía bajo sus pies descalzos.

—¡Cochina de madera! ¡Pues no se pone á chillar! Sin embargo, no piso tan fuerte.

Detúvose á escuchar si habían oído el ruido. ¡Nada! La casa siempre muda. Solamente abajo roncaba Pedrín.

Dos escalones, un escalón, y ya está la meseta, luego el cuarto de las escobas; y al cabo, hete aquí la puerta, detrás de la cual, están los Berlot.

—¡Buena es esta! ¡Me parece que tengo tiritera! Por supuesto, es cosa dura despachar al otro barrio dos personas. Si sólo durmiesen como el sapo, me contentaría con robarles. Sí, pero ¡ándate con melindres! habiendo que fracturar el armario; eso los sacará de tino. Los viejos tienen buen oído, y sólo duermen con un ojo. Vamos, no hay que enredarla. Habrá que hacer *sudar el roble*. ¡Animo! ¡Aúpa!

Encendió el farol y empujó la puerta.

Al rechinar los goznes y aún más con el súbito rayo de luz, el tío Berlot sentóse despavorido. Pero no tuvo tiempo de exhalar un «¡oh!» y cayó hacia atrás, con la cabeza rota. Muda, inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, la paralítica miraba el espantoso suceso; al paso que el asesino, con golpes secos, sacaba el zapapico del agujeado cráneo. Una, dos veces, la herramienta, roja de sangre y blanca de sesos, salió de su vaina, enarbolóse formidable y se hincó con un golpe sordo en el encañonado gorro de la pobre vieja.

Todo iba bien. No había más que registrar el armario.

Metió la navaja por la cerradura de cobre, y se abrió la puerta. Uno, dos, tres talegos y un taleguito. Palpándolos, nota la mano monedas de cinco francos en los tres primeros y *luises* en el otro. ¡Eso basta! Inútil revolver todo el armario. Hay que escapar con los cuatro sacos metidos en el zurrón. ¡Alza! pesa mucho en el cuello. No hay que soltar el zapapico. ¡Si no durmiese el muchacho!

A la vez que pensaba y obraba á sacudidas, con frenesí, Pedro Lu-

rier no había levantado la vista de los dos cadáveres. Sólo un instante medio volvió la cabeza para abrir el armario, y en ese momento, sintió un frío terrible en la espalda. Cuando se ha matado, hay el impulso instintivo de mirar el cadáver hasta que un objeto material lo oculta.

Pedro Lurier salió á reculones, dirigiendo siempre la luz del farol á la cama, con el zapapico en la mano. Así llegó hasta la puerta, que había vuelto á cerrarse por su propio peso tras de él. De pronto, volvió bruscamente hacia ella, para abrirla y huir, el farol, los ojos y el cuerpo.

Un hipo de horror se le agarró á la garganta; cerráronsele de miedo los ojos. Delante de él había un hombre.

Sin esperar, sin reflexionar, sin mirar, y hasta sin ver que ese hombre estaba desnudo como él, con un farol en una mano, un zapapico en la otra y un saco al cuello, Pedro Lurier no tuvo más que una idea: matar á la aparición. Arrojó con violencia el arma; y en el mismo instante, no habiendo encontrado más que un espejo, arrastrado el cuerpo por su propio movimiento y doblada la cabeza con el peso del oro, se tambaleó y fué á dar de cara entre un estrépito de vidrio roto.

Despertándose con el ruido el muchacho, y creyendo que enfermo el tío Berlot, necesitaría de su auxilió, corrió con una vela en la mano. Mas al llegar al descansillo, cayó sin conocimiento.

Cuando al día siguiente, por la tarde, acudió la justicia para poner en claro el misterio de la casa Berlot, al subir la escalera, he aquí lo que encontraron:

La puerta, que en el interior de la habitación servía de recuadro á un gran espejo, había sido ampliamente agujereada; por ese boquete veíase la cama, cuyas almohadas formaban una masa roja donde se encajaban dos cabezas abiertas. Por ese boquete, había medio pasado también un hombre desnudo, cuya piel estaba rayada á cortaduras. Tenía un zapapico en la mano. Los pies estaban rígidos al aire, y el vientre encogido sobre el marco de madera de la puerta. Colgábale del cuello un gran saco. La arteria del cuello, desgarrada, había lanzado cinco ó seis chorros de sangre hasta el papel amarillo de la pared, y á la sazón estaba adherida al piso por un largo coágulo. En el rincón más oscuro de la estancia, hallábase agachado un niño, con los ojos enormes y la cabellera despeluznada. No respondió á las preguntas más que con una risa espantosa.

Pedrín estaba idiota.

—Siempre resulta castigado el vicio—dijo sentenciosamente el alcalde del pueblo, señalando al asesino.

Pero si Pedrín, que había subido en socorro de sus amos, hubiese podido hablar, hubiera dicho que no siempre es recompensada la virtud.

JUAN RICHEPIN.

AL LLANTO

RUBIÓ Y ORS

¡Salid, salid en lágrimas deshechos,
Mudos pesares que alimento y crío!
Tantos, tan grandes sois, que el pecho mío
Habéis colmado y aún quedáis estrechos.

¡Mísero yo, si de los hondos lechos
No os desbordáis cual represado río;
Que á impulso estallan de dolor sombrío,
Frágiles vasos, los humanos pechos!

Llorad, ojos, llorad; pues necesita
El mustio corazón que descaece,
Vuestro riego absorber piadoso y santo.

El corazón es flor que se marchita;
Rocïada la planta reflorece,
Y es dulce lluvia al corazón el llanto.

TRADUCCIÓN DE E. CARO.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

Las nuevas teorias del Derecho penal.

Uno de los primeros efectos de los progresos de la antropología criminal es la creación de nuevos sistemas criminológicos. Por más que se desconfíe y burle de los hechos, impónense por sí mismos; y se comprende que ya no se puede continuar fundando todo el armatoste del Código en una hipótesis en la cual ya no cree nadie, ni siquiera los más ortodoxos, ni siquiera los que no consienten que se toque á nada del pasado.

«Habíase creído (escribe M. Sarcey, quien, sin embargo, ensalza la justicia clásica), ó por lo menos se aparentaba creer, que todo hombre (salvo en los casos de locura muy caracterizada, de locura innegable) era responsable de los actos cometidos por él. La verdad es que no se sabe una palabra de esto.

»Lo que llamamos libertad no es, según nosotros, más que la ignorancia ó la inconsciencia de los múltiples motivos que nos hacen obrar.»

Después de esto, sería bien extraño apoyar el Código penal en esa responsabilidad.

I.—Garofalo.—Al paso que Ferri estudiaba las diferentes causas de la criminalidad é indicaba los principales medios de precaver su expansión, Garofalo concebía el proyecto de reconstruir el derecho penal por el método experimental. Sus primeros ensayos datan de 1876, pero se encuentra ya el bosquejo de su plan en un folleto publicado en Nápoles en 1870, con el título *De un criterio positivo de la penalidad.*

Su grande obra *La Criminología* (1) apareció en Turin en 1885, seguida de tres ediciones francesas

---

(1) Acaba de publicarla La España Moderna, vertida al castellano por el catedrático D. Pedro Montero.—(N. del T.)

(París, F. Alcan, editor, 1888, 1890, 1892) y otra segunda edición italiana (Turin, 1891).

La importancia de esta obra es doble: en primer término como crítica, porque Garofalo mina todos los cimientos de la teoría penal dominante hoy en nuestras facultades de derecho, negándola todo carácter científico y sosteniendo que va contra el verdadero fin de la legislación; después como reconstrucción, porque se apresura á sustituir los principios que rechaza con toda una teoría nueva, que forma un tratado completo de un derecho esencialmente diferente del otro.

Para apreciar bien la obra de Garofalo, no basta, pues, hallarse al corriente de los estudios antropológicos y sociológicos de nuestros días, sino que además es preciso conocer el estado de la ciencia penal y de la jurisprudencia. Sólo entonces puede advertirse la casi inverosímil incompatibilidad entre la ciencia por un lado y el derecho penal por otro. Garofalo se ha impuesto una pesada tarea: poner al alcance de sus lectores el estado actual de la teoría de los juristas y sus aplicaciones; y poner á la vista de cada una de las máximas refutadas por él, en el curso de este análisis, la que se deriva lógicamente de la ciencia experimental.

¿Por qué no es científico el derecho penal? Porque se cierne sobre el campo de las hipótesis derribadas por la observación. Tal sucede con la idea de que el criminal es un hombre como todos los demás, el cual ha cometido una ó varias faltas sin vínculo que las enlace, y que constituyen el género de actividad *necesaria* del individuo. Lo mismo sucede con el principio de la responsabilidad moral, á la cual pretenden los juristas de nuestra época proporcionar la penalidad;—con el de la relación ideal entre la pena y el delito;—con el de las circunstancias consideradas como atenuantes ó agravantes, introducidas en la legislación en virtud del principio de la responsabilidad moral. «En efecto, dice el autor; la consecuencia lógica de este principio es que un acto es tanto menos punible cuanto más fuerte é irresistible ha sido la pasión en el agente; lo cual, contradiciendo al fin de la defensa social, demuestra una vez más lo incompatible que es con ésta el principio de la responsabilidad moral. Reemplácese esta consideración por la de la perversidad del delincuente, y se verá que muchas circunstancias que hay costumbre de llamar atenuantes son por completo indiferentes, ó exigen diferente tratamiento. Las palabras *dulzura* y *rigor* hasta debieran desaparecer del diccionario de los criminalistas,

porque semejantes circunstancias son extrañas al fin de la penalidad.»

Garofalo funda toda su teoría en la determinación de la *verdadera necesidad social,* y sostiene que el criterio de la proporcionalidad debe reemplazarse por un criterio de *idoneidad* del culpable para la vida social. Bajo una forma un poco diferente, había enunciado ya ese criterio en su primera obra; y había forjado la palabra *temibilidad,* para designar lá cantidad de daño previsto que puede temerse del criminal, en razón á su perversidad constante y operante.

«Esto no es más, dice el autor, que un complemento lógico de la teoría de la defensa social mediante las penas. ¡Lo asombroso no es, de seguro, el enunciado de semejante criterio, sino más bien el hecho de que los mismos partidarios de esta teoría no hayan pensado nunca en servirse de ella! Porque cuando ha sido preciso establecer las reglas de la penalidad, unos han recurrido á la gravedad objetiva del delito apreciada por el daño ó por la alarma, otros á la fuerza que ha impelido al delincuente, todo ello limitado por la idea de la responsabilidad moral, y sin preocuparse de examinar el valor intrínseco de la pena en los diferentes casos y en relación con el fin que era menester alcanzar.»

Al llegar á este punto, Garofalo declara que el mérito ó el demérito de las acciones humanas y la justicia de la recompensa ó del castigo subsisten igualmente para los positivistas. El mérito de una acción no desaparece por el hecho de ser determinada, con tal de que esa acción dependa del carácter del individuo, y no pueda atribuirse á otro, sino á él mismo. Lo que se trata de ver es si la fuerza determinante nô es otra distinta del *yo;* por lo demás, poco importa la razón por la cual *el yo es lo que es.* La justicia no puede padecer por eso sino cuando se castiga por ejemplaridad; es decir, cuando, para prevenir los delitos *de otros,* se hace sucumbir á un individuo que hubiera merecido un trato menos riguroso.

«La ejemplaridad de la pena no será más que un efecto natural de la pena justa, es decir, apropiada á la individualidad del culpable; pero no debe preponderar sobre todas las cosas la consideración del escarmiento ajeno. He aquí la verdadera justicia: la que pone límites al rigorismo del principio *Salus populi suprema lex.* He aquí la fórmula: que cada uno no sufra á causa de la pena, ni más ni menos de lo que su *individualidad* merezca. Esta máxima hace imposibles todas las exageraciones, lo mismo las individualistas que las utilitarias.»

Pero ¿cómo conducirse para me-

dir la perversidad del culpable ó su grado de *temibilidad;* en una palabra, para aplicar la teoría de la *idoneidad* á la vida social?

En este punto, Garofalo lleva al lector á la antropología y á la psicología de los criminales. Hay para él un criminal típico, el *asesino,* á quien se le conoce á veces aun cuando todavía no haya matado á nadie. Hay después otros dos tipos, uno de los cuales tiene por principal carácter la carencia del sentimiento de la *compasión,* y el otro la carencia del sentimiento de la *probidad.*

Estos dos tipos tienen generalmente caracteres, y, sobre todo, rasgos fisonómicos muy marcados. Pero hay que hacer numerosas distinciones, de donde resultan subclases, que cada vez se alejan más de la gran monstruosidad, para aproximarse al común de los hombres. Llégase así á una clase *intermedia* que no puede declararse insociable, y los delitos de la cual dependen más bien de la mala educación ó de la *rudeza,* que de la falta ó debilidad del sentido moral.

Analizando Garofalo estas diferentes clases, indica para cada una el medio de represión que conviene, según sea más ó menos irreductible su anomalía, mayor ó menor su posibilidad de adaptarse al medio social. Aquí no hay nada apriórico, todo se funda en la experiencia. La necesidad de eliminación disminuye á medida que nos alejamos del criminal típico. Así, después de la pena de muerte—ó el asilo para los criminales dementes—indica la deportación ultramarina y perpetua; luego la relegación por tiempo indeterminado, y que se precisará por la misma conducta del culpable; en seguida la colonia obrera ó agrícola; y, por último, la simple exclusión de un medio dado, ó de un cargo ó empleo particular. El encarcelamiento casi no encuentra cabida en este sistema.

Para los delincuentes á quienes no hay que eliminar, Garofalo considera enteramente inútiles las penas corporales de cualquier género. La rigurosa obligación del *resarcimiento* del daño material y moral de que ha sido causa, es el fin único que se debe perseguir, obligando al culpable al pago de dos multas: una en beneficio del Estado, como reparación del trastorno y pago de costas; otra en beneficio de la parte lesionada por el delito, variable en cuantía según la fortuna del culpable y su posibilidad de pagarla por medio de su trabajo. Pero esta obligación debería ser tan severa, que fuese imposible toda posibilidad de eludirla. Los mismos proletarios debieran solventar su deuda, entregando lo superfluo de su salario, es

decir, todo lo que no sea estrictamente preciso para su subsistencia. Los holgazanes y los recalcitrantes deberían alistarse en una compañía de obreros por cuenta del Estado, donde trabajarían, que quieras que no, hasta pagar sus multas al Estado y á la parte lesionada.

Extendiendo tanto la institución del resarcimiento, en la mayoría de los casos pudiera abolirse la pena inútil, onerosa y desmoralizadora de las prisiones.

Así, pues, las dos formas racionales de la represión han de ser la eliminación y la reparación; pudiendo emplearse la última sola en todos los casos en que no se pruebe la insociabilidad del delincuente.

Todo este sistema se enlaza, pues, con la idea de dos grandes clases de delincuentes, formada una de ellas por los *verdaderos criminales*, los que cometen los verdaderos crímenes y tienen algo que los diferencia del común de los hombres civilizados de su época. Garofalo insiste mucho en su idea del *delito natural*, punto de arranque de su teoría. Su distinción entre los delitos según la falta del sentimiento, de la conmiseración ó el de la probidad que el hecho revele en el criminal, es fundamental y comienza á tener muchos partidarios, á pesar de numerosos reparos críticos. Por más que le han objetado que su análisis psicológico era incompleto, ha sido preciso convenir que en nuestros tiempos y en una sociedad civilizada, la idea de crimen se enlaza siempre con la falta de conmiseración ó de probidad en su autor. Cuando falta este elemento, no hay verdadero crimen; sólo hay, según los casos, rebeldía, desobediencia ó contravención. A esta idea refiere de continuo el autor toda su teoría, y con verdaderos motivos, puesto que es imposible un estudio científico si se confunden juntas todas las acciones que un Estado debe reprimir por medio de las penas. Los simples rebeldes, lo mismo que los criminales políticos, deben de ser objeto de otros estudios. Garofalo ha querido ocuparse nada más que de la anomalía peculiar de aquellos á quienes la conciencia pública considera como verdaderos criminales. Para éstos construye su sistema de represión, al paso que para los otros cree útil un código diferente.—A este propósito, advierte que una especialización siempre en aumento es señal de progreso jurídico; y que así como se han distinguido ya los delitos de las *contravenciones*, llegarán á distinguirse los crímenes de las *rebeldías*, de suerte que un nuevo código podrá subsistir junto al de la criminalidad.—La obra de Garofalo ha sido ampliamente discutida, sobre todo su tentativa de

distinguir la anomalía psíquica de los criminales como una cosa diferente de una verdadera enfermedad. Acerca de este punto ha hecho objeciones la escuela médica francesa, y yo mismo no estoy de acuerdo con él. Sin embargo, preciso es confesar que, desde el punto de vista legislativo, esta distinción es muy práctica; y de que puede sostenerse científicamente si, abandonando las generalizaciones, se considera la anomalía de los criminales como una desviación de una especie aparte, que puede subsistir á pesar de la carencia de los estados morbosos reconocidos como tales generalmente.

Por supuesto, la nueva escuela no limita sus críticas á los principios del Código. Derriba también casi todo el sistema procesal. Garofalo es quien, en su *Criminología* y en otras varias obras, ha atraído á esta senda á los nuevos criminalistas. Su calidad de magistrado ponía á la vista los absurdos sin cuento del sistema procesal inventado por los jurisconsultos. Garofalo se declara, ante todo, en contra de la ingerencia de la misma magistratura en los procesos civiles y criminales, porque estas dos cosas no tienen entre sí nada común. Por consiguiente, propone la distribución de la magistratura en dos cuerpos separados, con estudios diferentes; pues los que han de juzgar en procesos criminales necesitan conocer la estadística, la antropología y la criminología positivista.

El juicio debe cambiar por completo de naturaleza. El actual sistema de acusación y defensa es primitivo y casi bárbaro. Probados los hechos, el magistrado no tiene más que hacer un diagnóstico acerca de la naturaleza del criminal, su grado de perversidad, lo que puede temerse de él. ¿De qué sirve acusar ó defender para venir á parar á esto? Sencillamente lo que es necesario hacer es un profundo examen del mismo procesado, y, sobre todo, de sus antecedentes. Trátase nada más que de una indagatoria, que ha de conducirse con cuidado y paciencia, sin descuidar los detalles. Lo mismo que en todas las comisiones, uno de los miembros será el ponente, pero todos deberán examinar al acusado. Sólo cuando no hay flagrante delito y el presunto reo protesta ser inocente, es cuando significa algo la defensa; y entonces debería tener todos los medios de restablecer la verdad.

Garofalo abruma á sarcasmos la institución del Jurado, probando lo absurda que es; para honra de nuestra época, pide la abolición de esta institución que le avergüenza, incluso para los delitos políticos. Tampoco le entusiasma la institución de

la libertad provisional, que quisiera ver rodeada de serias garantías, y que verdaderamente no tiene sentido común cuando ha habido flagrante delito, ó cuando una sentencia anterior ha establecido ya la culpabilidad.

En lo que atañe á las penas, es preciso reducir el papel del encarcelamiento. Fiel á sus ideas acerca de la sustitución de la inútil pena de prisión por infracciones ligeras por la multa en beneficio de la parte perjudicada, Garofalo desarrolla un nuevo sistema completo, muy práctico para constreñir á los condenados al pago de la multa.

Teniendo *La Criminología* un carácter jurídico más pronunciado que las demás obras de la nueva escuela, se ha difundido más particularmente en el foro y en la magistratura. Como ya lo hemos dicho, es una reconstrucción del derecho penal con base científica; es decir, con un plan por completo nuevo y salvando las dificultades que los estudios antropológicos presentaban á los que no eran sabios.

II.—Fioretti.—Varios escritores se han adherido á su sistema: citaré, entre otros, á Fioretti y á Carelli. El primero, en su obra *La legítima defensa,* prueba la inconsecuencia de la ley penal que, poniendo límites excesivos al derecho de repeler injustos ataques, reniega una vez más de su misión, que es proteger á las personas honradas contra los delincuentes. El libro de Fioretti es muy estimado, á causa de la profunda crítica que hace de nuestros códigos acerca de este punto especial, siguiendo las ideas positivistas.

Carelli se ha afiliado también entre los innovadores; su *Crimen morbus* y su apéndice á *La Criminología* (segunda edición italiana), se apoyan en el método experimental y contienen interesantes estudios sociológicos.

III.—Lévy-Bruhl, diga lo que quiera, también está con nosotros.

«¿Cuáles son las relaciones entre el crimen y la locura?—se pregunta á sí mismo (1).—¿Hay criminales á quienes deba considerarse como enajenados, y por tanto como irresponsables, á lo menos parcialmente? Este problema comienza á preocupar á la opinión pública, la cual pide solución á la ciencia cada vez que un crimen extraordinario viene á sobreexcitar la curiosidad general. Nunca se plantea la cuestión con motivo de los delitos y crímenes vulgares. El cajero que juega y pierde el dinero de su principal, la soltera seducida y abandonada que se venga de su amante, no son

(1) *La responsabilité des criminels.* París, 1890.

enigmas psicológicos. Los motivos que han determinado sus actos aparecen á la vez muy culpables y muy humanos. Pero hay crímenes que asombran al mismo tiempo que espantan. La ferocidad que suponen estos crímenes, la monstruosa sangre fría de que han tenido que dar prueba sus autores al cometerlos, la enormidad de la mala acción, desproporcionada á menudo con los móviles que la han causado, todo esto nos subleva y nos desconcierta á la vez. Presentimos confusamente que esos hombres no son nuestros «semejantes» en toda la extensión de la palabra, y que les falta uno de los atributos esenciales de la humanidad, la simpatía, el sentido moral. Aún lo comprendemos más al ver criminales en el Jurado mostrar una insensibilidad completa y de ningún modo simulada; permanecer impasibles en presencia del cadáver de sus víctimas ó en las confrontaciones más dolorosas, y, por último, no dar señal ninguna de emoción ó de pesar. «Son monstruos», se dice comúnmente. De aquí á decir «son locos», no hay más que un paso, y ese paso se ha dado más de una vez.

»En primer término, hay que desligarse de un prejuicio, contra el cual están unánimes en protestar los alienistas desde hace mucho tiempo. La generalidad de las personas piensan que no hay locura como no haya un trastorno aparente de las facultades intelectuales. Y, sin embargo, existe una locura moral, como existe una locura intelectual. Verdad es que en la mayoría de los casos van juntas las dos; pero pueden presentarse aisladas una de otra; ó, más bien, al paso que la locura intelectual no va sin la locura moral, esta última puede aparecer y persistir sola.

»Pero así como hay ciegos de nacimiento y otros que han perdido la vista á consecuencia de una enfermedad ó de algún accidente, así también hay «ciegos morales», cuya ceguera se debe á una afección mental que principia, y otros en quienes la carencia de sentido moral parece ser congénita.

»Preciso es añadir que la herencia representa aquí un papel muy importante. Muy á menudo los «ciegos morales» descienden de padres locos ó epilépticos. Confirman este hecho las investigaciones estadísticas acerca de los criminales en general. «El 46 por 100 de los delincuentes han tenido padres y madres alcohólicos, y el 14 por 100 padres ó ascendientes en línea recta enajenados, dice M. Tarde (1). Si se añade los hijos de epilépticos, histéricos ó delincuentes, se llega á una

(1) *La Philosophie pénale*, pág. 177.

proporción total del 90 por 100.» Así, pues, la mayoría de los «ciegos morales» de nacimiento son casos de degeneración hereditaria. Esto se explica tanto mejor, cuanto que, siendo el sentido moral (el conjunto de los sentimientos y afectos que se designan con este nombre) la más reciente adquisición de la especie humana, es también la más precaria y la más frágil. Conocida es la ley asentada por M. Ribot acerca de la degeneración de los seres vivientes: «Lo último que se ha adquirido es lo primero que se pierde.» Nada hay más conforme con esta ley, si la «ceguera moral» aparece con frecuencia en los hijos de padres alcohólicos, histéricos ó enajenados.

»Sin duda los «ciegos morales» aún conocen la distinción entre el bien y el mal. Saben muy bien que es preciso hacer tal cosa y abstenerse de tal otra. Lo *saben*, pero no lo *sienten;* por lo cual es casi inevitable que obren como si no lo supiesen. Porque «el puro conocimiento no determina el acto»: esta es una ley puesta fuera de duda por la psicología contemporánea, sobre todo por la psicología inglesa. Nunca nos vemos impelidos á obrar por una pura idea, por la conclusión lógica de un raciocinio, por la simple representación de un objeto ó de una persona. Lo que nos mueve es el atractivo ejercido por aquella idea ó por esta persona, los deseos ó las repulsiones que hacen nacer en nosotros, las tendencias superficiales ó profundas que despiertan de nuestra naturaleza. Pero lo que nos deja fríos é insensibles no nos hace obrar. Diariamente se comprueba esta ley, lo mismo en las muchedumbres que en los individuos. Unos y otras obran, no conforme á lo que saben, sino con arreglo á lo que aman. Nadie se ha sacrificado nunca por una idea á la cual no hubiese entregado antes su corazón.

»Por consiguiente, conocer la distinción del bien y del mal no tiene el mismo sentido ni el mismo valor práctico para un hombre normal ó para un «ciego moral». Saber que es malo violar, envenenar, degollar, para una conciencia normal es al mismo tiempo detestar esos actos criminales, sentir insuperable horror por ellos, y experimentar una repulsión instintiva ante la idea no más de cometerlos. La conciencia del hombre civilizado difiere en esto de la del salvaje, que atormenta, mata y devora á su enemigo, sin más escrúpulo que el carnicero derriba á un buey y lo descuartiza. La conciencia normal siente que un delito de este género la subleva, que no podría á ningún precio decidirse á él, y que, si en un momento de pasión exasperada se dejase arras-

trar á cometerlo, sería después incapaz de tener un momento de reposo; de ahí los grandes terrores del remordimiento y la necesidad de expiación. En el «ciego moral» no hay nada semejante á esto.

»La distinción entre el bien y el mal, la calificación de crimen son para él una definición convencional y platónica, por decirlo así. Si se abstiene de cometerlo, será tal vez por falta de ocasión ó por temor á las consecuencias, pero no porque un sentimiento humano le haya desviado de él.

»Por eso los «ciegos morales» no son los «*criminales de nacimiento*» de Lombroso, sino *candidatos al crimen;* y parece igualmente difícil considerar su responsabilidad como nula y considerarla como completa. Es verdad que han conservado el discernimiento del bien y del mal, pero ese discernimiento no puede tener influencia sobre su conducta, porque les falta todo sentido moral. En los otros hombres el conocimiento del mal tiene el valor de un instinto enérgico que se opone con eficacia á los impulsos de las pasiones violentas. Para los «ciegos morales» la distinción entre el mal y el bien es puramente verbal. Se confunde con la distinción entre lo tolerado y lo prohibido, entre lo que expone y lo que no expone á la prisión ó al cadalso. Abstracción hecha de estas consecuencias sociales, nada dice á su entendimiento ni á su corazón. Les es, por tanto, infinitamente más difícil que á un hombre normal abstenerse del crimen á que la ocasión les induce, por más de que no sea imposible para ellos. Parece, pues, que debiera deducirse que su responsabilidad es parcial, atenuada hasta la proporción en que resulte más ó menos probada su «ceguera moral».

»Si existe la «ceguera moral de nacimiento» (y la observación no permite dudar de ello), debiera ser una causa de irresponsabilidad, parcial por lo menos, lo mismo que la debilidad de espíritu para los imbéciles, mentecatos é idiotas. Todo el mundo está de acuerdo cuando se trata de un trastorno de las facultades intelectuales; ¿por qué no se está cuando se trata de una perversión congénita del sentido moral?

»La razón de eso consiste en que intervienen aquí las dificultades de la práctica. Los imbéciles, los idiotas son incapaces de mantener el comercio corriente en sociedad. Su estado mental se revela por sí mismo. Por lo general, se les recluye en asilos antes de que hayan podido cometer un acto en que tengan que entender los tribunales. Sin embargo, si un idiota se hace culpable de un asesinato ó de un incendio, se le declara irresponsable por haber obrado sin discernimiento. Esta

irresponsabilidad no inquieta á nadie, porque nunca podrá ser invocada para su defensa por ningún otro asesino ó incendiario. Pero los «ciegos morales» son mucho más peligrosos para la sociedad. En primer término, viven en ella, ó, más bien, viven á expensas de ella. Su perversidad natural, sus malos instintos, los atraen naturalmente al ejército del crímen. Son sus reclutas seguros, en él se instruyen, adquieren las costumbres de la profesión, y la autoridad no les echa mano sino cuando el delito ó el crimen los conducen ante la justicia. Ese delito, ó esa crimen, pueden muy bien ser de tal naturaleza que no revele su «ceguera moral» congénita: por ejemplo, han sido cómplices de un robo ó de una agresión y les han condenado como á los otros. Sólo más tarde, puestos en libertad, tal vez cometen un crimen monstruoso que obliga á estudiarlos de cerca. Adviértese entonces la naturaleza especial y patológica de su perversidad; pero, aun entonces, el interés social no permite declararlos irresponsables, y que, en vez de castigarlos, se limite á recluirlos en asilos especiales para que no puedan hacer daño.

»¿Cuál es, en efecto, el mayor interes de la sociedad, el fin á que tiende la justicia penal? Proteger la seguridad común; y para ello, reprimir los delitos, con objeto de prevenir su repetición, en cuanto sea posible. Estos delitos (me refiero, sobre todo, á los atentados contra las personas) débense en general á la violenta explosión de pasiones antisociales; necesidad de gozar á toda costa, cólera furiosa, celos, impulsos brutales y crueles. Dos clases de frenos contribuyen á contenerlos: el freno moral, es decir, el conjunto de los instintos y sentimientos que hemos descrito, la simpatía humana, la conmiseración hacia los débiles, el horror á verter sangre, la sospecha del remordimiento; y el freno social, es decir, la previsión de los tribunales, del presidio y del patíbulo. Pues bien; para los «ciegos morales» no existe el freno moral; el único que aún puede contenerlos es el freno social. Asesinar cobardemente á un hombre que nada les ha hecho, por satisfacer su pasión ó su capricho, si no pueden lograr de otro modo su objetivo, no les inspira ninguna repugnancia; y pronto pasarían de la idea al acto, si no supiesen que en ello arriesgan su libertad y su vida. ¿Hay que suprimir, ó por lo menos debilitar también este último freno apenas suficiente, declarándolos irresponsables, aunque sólo sea en parte? ¿No sería inferir á la sociedad uno de los más graves perjuicios el desarmarla precisamente contra los que

son sus más peligrosos enemigos eventuales? ¿Y no merecen las víctimas, por decirlo así, designadas á la ferocidad de estos «ciegos morales» que se haga todo lo posible para preservarlas? Pues bien; la estadística demuestra que en cuanto se afloja la represión de un delito contra las personas, en seguida tiende á multiplicarse y con suma rapidez. En cuanto se relaja el freno social, aparece la insuficiencia del freno moral. Quizá falta más á menudo de lo que se piensa; tal vez en muchas gentes no tiene la fuerza necesaria para resistir por sí solo los impulsos criminales ó el tan peligroso contagio del ejemplo.

»Impónese, por decirlo así, la solución de este problema de responsabilidad, por las necesidades de la vida social; pero, precisamente porque así está impuesta, no es más que provisional. Entre dos males, nuestra justicia penal elige el menor.

»La sensiblería fuera aquí más que ridícula. Hay en torno nuestro mil objetos que nos dejan indiferentes, y son más dignos de nuestra simpatía que esos miserables, incapaces de justicia, de conmiseración y de remordimiento. Cuando son eliminados de la sociedad, es un beneficio para ella: su interés la impele á desembarazarse de ellos. Sin embargo, si se miran las cosas con un poco más de elevación, ¿no son aún más desdichados que culpables los «ciegos morales»? ¿No hay que reconocer en ellos unos desheredados, faltos de la más hermosa parte del patrimonio común de la humanidad, tratados por la naturaleza peor aún que los idiotas?

»La experiencia lo ha probado con exceso. El método racional consistiría en remontarse á las causas físicas y morales de donde procede la «gran criminalidad», por ejemplo: luchar contra el alcoholismo y demás vicios y enfermedades que traen consigo una degradación física y moral de todos los niños; estudiar y detener el contagio del mal. Apenas comenzamos á ocuparnos de la infancia moralmente abandonada; y, sin embargo, ¿qué interés social hay más apremiante, qué deber más imperioso?

»A todo el mundo le llaman hoy la atención los beneficios de la higiene pública, y todo el mundo reconoce lo bien motivado de sus exigencias. La opinión ha comprendido por fin la solidaridad sanitaria que se impone á todos los habitantes de una misma ciudad. Por ejemplo: si se dejan subsistir en los barrios miserables é insalubres verdaderos focos de fiebre tifoidea y de difteria, todo el mundo sabe que la enfermedad puede difundirse desde allí á la ciudad entera. El interés bien comprendido aconseja sanear esos ba-

rrios que amenazan siempre contagiar á los otros; hace consentir, por último, en los gastos que la humanidad y la justicia hubieran debido dictar desde mucho tiempo antes. Así también los perjuicios que la sociedad sufre por culpa de los criminales débeselos en parte á ella misma; se los debe á su indiferentismo, á su falta de humanidad, á su olvido de la solidaridad. Si se pusiera con celo y perseverancia á sanear las ciénagas sociales, á circunscribir los focos de infección moral, á extinguirlos en la medida de lo posible; si comprendiese que su deber y su interés le exigen á la vez asegurar á todos los niños un cultivo moral atento y serio, combatiría la criminalidad siempre creciente con más eficacia que por medio de la deportación y el encarcelamiento celular. No basta que el cuerpo social elimine los malos elementos que le molestan, sino que además sería preciso que no produjese otros nuevos y en tan gran número. Verdades elementales, que, no obstante, es muy difícil hacer pasar á la práctica. Pueden esperarse muchos progresos en la ciencia social: demostrará con tal evidencia las leyes de la solidaridad, que ya no podrán cerrarse los ojos ante las consecuencias derivadas de ella. También aquí se aplicará la máxima: «Saber para prever, con el fin de poder.»

IV.—Tarde.—M. Tarde, en su *Filosofía penal* (1890, Lyón), trata de fundar una nueva teoría de la responsabilidad criminal.

Según él, el hombre es responsable de un acto que ha cometido, no porque sea libre — condición oscura, metafísica, incomprobable— sino: primero, porque continúa siendo el mismo hombre después de ese acto y se reconoce autor de él; segundo, porque entre ese hombre y los que le rodean hay un número suficiente de semejanzas sociales para que ellos y él juzguen igualmente ese acto culpable. Cuanto más grande es la semejanza social, más vivo es el sentimiento de la responsabilidad. «Hasta en tiempos normales, un labriego se cree y siente más culpable si ha robado á otro labriego como él, que si ha robado á uno de la ciudad ó á un gran propietario vecino suyo; y, recíprocamente, un hombre de negocios que tendría escrupulo de engañar á uno de sus colegas en un proceso, mirará como una buena ocurrencia el hacer caer á un extraño en un ardid del mismo género.»

El griego no se creía responsable ante un bárbaro como ante un griego. La historia está llena de ejemplos de esta clase. La responsabilidad es, pues, un fenómeno de orden esencialmente social.

«Pero, además, dice M. Tarde,

para que el autor de un acto sea responsable de él, es preciso que sea obligado á reconocerse autor de ese acto.» ¿Es más fácil comprobar la identidad del individuo que su libertad?

Explica M. Tarde que no se trata de una identidad metafísica y absoluta, sino de una identidad relativa y temporal. Pero si nos limitamos á esto, si se admite empíricamente que todo hombre normal permanece prácticamente idéntico á sí mismo, ya no veo dificultad en admitir que también es prácticamente libre, en cuanto que su propia naturaleza es quien se manifiesta por sus actos y sin sufrir ninguna premia. En cuanto á saber si esa misma naturaleza es libre, ó si el libre albedrío en general está acorde con las leyes generales del universo, esta es otra cuestión que no puede suscitarse desde el punto de vista práctico. «En el fondo, dice M. Tarde, el problema no consiste en saber si el individuo es libre ó no, sino en saber si es real ó no, y los escolásticos lo habían visto bien.» Sí (diré con Lévy-Bruhl), lo habían visto bien, pero no lo resolvieron, ni tampoco la filosofía moderna. Esta ha abandonado casi por completo tal problema, como ha abandonado, por ejemplo, el problema de la creación, á causa de su extremada dificultad; nadie diserta ya acerca del principio de individuación, porque nadie se lisonjea de llegar en este asunto más allá de una verosimilitud muy hipotética.

«Es bastante fácil decir, objeta M. Tarde, en un momento dado, cuando se ve muy de cerca á una persona, hasta qué punto es la misma que en una fecha anterior; pero nadie puede decir en qué medida ha sido libre al obrar.» Lo uno parece tan difícil—ó tan fácil—como lo otro, según el sentido en que se tome la cuestión. Pero, desde el punto de vista científico y filosófico, la identidad no deja de ser un misterio tan grande y oscuro como la libertad.

Desde el punto de vista práctico, una y otra pueden apreciarse igualmente bien; ciertos signos objetivos sirven para reconocer á bulto cuándo un individuo se enajena, como dice M. Tarde; es decir, cuándo cesa de ser él mismo, ó de ser libre. En el fondo, la identidad de que habla M. Tarde consiste en ser *sui compos,* es decir, un sujeto que se atribuye á sí mismo la iniciativa de sus actos pensados; pero, precisamente esa es la libertad que las añejas escuelas adoptaron como fundamento de la responsabilidad.—Evidentemente, á M. Tarde le ha preocupado, por una parte, no desconocer el fundamento psicológico y moral de la responsabilidad; y, por otra parte, evitar las dificultades inhe-

rentes á la noción del libre arbitrio. Mas no por eso deja de quedar en pie el problema (1).

La teoría de la irresponsabilidad es el complemento necesario y como la contraprueba de la teoría de la responsabilidad. M. Tarde asienta, en primer término, que no existen la responsabilidad y la irresponsabilidad absolutas, perfectas, ó más bien que son límites ideales no realizados por los hechos. De ahí el concepto de una responsabilidad aproximada, que es la del hombre normal, y el de una infinidad de grados de responsabilidad atenuada ó disminuida por la acción de diversas causas que lesionan, ya á la identidad personal, ya á la semejanza social.

La primera y más importante de esas causas es la locura. «Por dos razones, escribe Tarde, nos hace irresponsables la locura: porque nos desasimila y porque nos enajena, porque nos hace extraños á nuestro medio.»

Tiende á sustituir por el *yo* normal, un nuevo *yo,* insociable, ó á lo menos incapaz de acomodarse lo suficiente á la sociedad que le rodea, y que cada vez más, sólo escuche y cree á sí propio.

Mr. Maudsley ha descrito bien la locura como la intrusión de un elemento extraño que tiende á apoderarse del *yo,* á invadirle, á sustituirle por último. Un gran cambio en el carácter: tal es el síntoma primero y necesario de la locura, y principalmente de la locura moral. Preciso es que el individuo ya no sea el mismo.

«A medida que ese estado se confirma, disminuye la responsabilidad, para desaparecer del todo cuando es completa la enajenación; porque entonces, dice, ya no hay identidad personal ni semejanza social.»

Sin embargo (y esto destruye todo su andamiaje teórico), admite que si hay casos en que la locura sustituye con la violencia, la desconfianza y el odio á la dulzura, la confianza y la bondad, otras veces, como la embriaguez casi siempre, no es más que la exageración de una disposición natural. El que siempre fué duro, insensible, se vuelve cruel; otro que nació irascible se ha vuelto frenético impulsivo; un tercero, libertino por temperamento, se ha vuelto un verdadero sátiro. Es evidente que la locura, cuando nos hace caer del lado adonde nos inclinamos desde que nacimos, no es una aberración tan profunda y no debe traer consigo una irresponsabilidad tan grande como cuando invierte nuestros hábitos. Y entonces hay que enco-

(1) Lévy-Bruhl, *Revue philosophique*, 1890.

narse contra los locos solamente porque tienen una etiología diferente de sus compañeros de desgracia. Pero la objeción más grave, es la que presenta la locura moral.

M. Tarde se esfuerza en probar que ésta es casi lo inverso de la locura. No pone en duda su existencia, pero dice que «el loco moral no es verdaderamente enajenado».

«Una Mad. de Brinvilliers, un Troppman, un hombre que ha nacido despiadado y sin vergüenza, ¿puede decirse que ya no es el mismo cuando ejecuta el crimen? No; siempre es el mismo. Sólo que su naturaleza, su persona, es antisocial. No experimenta los sentimientos humanos que nosotros los hombres civilizados consideramos como esenciales. No puede pensarse en curarle, ni enmendarle. Por otra parte, no puede bastar matarle como á una fiera extraviada por nuestras calles, puesto que se nos asemeja lo suficiente para inspirarnos, no sólo miedo, sino vergüenza, y para justificar nuestra indignación contra él.»

M. Tarde quiere que subsista la distinción entre los enfermos y los perversos, distinción que se borraría si los perversos fuesen considerados como moralmente enfermos.

Según él, es preciso que se pueda continuar castigando justamente á los perversos como responsables, al paso que á los enajenados se les debe sencillamente aislar y cuidar.

Pero para sostener su teoría, tiene que disimularse la constante intermitencia de los impulsos de los criminales congénitos y su doble personalidad, que muy á menudo hace ser forzador ó sodomita á un filántropo muy caritativo y verdaderamente religioso; olvida, en resumen, que con frecuencia el criminal es un hombre muy diferente en el momento del delito, que antes de cometerlo. Y tiene que disimular que, adoptando el principio de la temibilidad del criminal, defendería, casi igualmente, á la sociedad y á la moral.

M. Tarde (como MM. Joly y Laurent) parece, á primera vista, que está dispuesto también á poner en duda la insensibilidad física que he encontrado en los criminales.

«En París, en la enfermería de la sanidad, los detenidos soportan las operaciones, según ellos, con menos resignación y valor que los enfermos honrados.» Pero la contradicción no es más que aparente.

Dostoyusky dice, de un modo terminante, que los mismos criminales que soportan, sin quejarse, el atroz suplicio del apaleamiento, y pasan, sin dar un grito, por «la calle verde», hacen las muecas más cómicas en el hospital y se muestran ridículamente alfeñiques por

un vejigatorio ó un corte de bisturí. Explícase aquí la contradicción, porque en estos últimos casos ponen en práctica el continuo disimulo que entra siempre en juego en sus actos.

Según Tarde, el problema de clasificación de los delincuentes se resolverá por consideraciones sociológicas. Se reunirán, como semejantes, á los delincuentes que pertenezcan á la misma clase social, á la misma profesión, al mismo medio. Así, pues, lo primero es separar la gran criminalidad de la pequeña; después, en la grande, los homicidas de los ladrones; y, por último, clasificar unos y otros con arreglo á su categoría social. De aquí la distinción muy verdadera entre las dos grandes corrientes de criminalidad: urbana y rural.—Estos dos grupos son solidarios uno de otro seguramente, y su frontera es indecisa. Pero no pueden confundirse, porque se oponen por muchos rasgos característicos: el uno es muy fiel á las costumbres y tradiciones, el otro adicto á las modas y novedades; uno violento en su grosería, otro depravado en sus refinamientos.—Pueden tomarse como ejemplos la *camorra* napolitana, la *maffia* siciliana, el bandolerismo de las grandes ciudades como París y Londres.

¿Qué reformas judiciarias y penitenciarias serían más de desear, según los hechos y principios asentados más arriba? M. Tarde propone varias y muy prácticas, con las cuales estamos conformes en absoluto.

Citaremos, entre otras reformas deseadas por él, el concurso de peritos en la instrucción de ciertos sumarios criminales, en que los jueces no tienen la competencia especial necesaria; la separación de las magistraturas civil y criminal, por ser deplorable la mescolanza alternativa de ambas jurisdicciones. ¿Dónde se ha encontrado ese juez enciclopédico que ha de entregarse en cuerpo y alma por turno á poner en claro las argucias de los litigantes y á leer en los ojos de los malhechores? Puede caber la certeza de que, si tiene una de esas aptitudes, carecerá de la otra.

Esta es, ó nunca, la ocasión de aplicar el famoso principio de la división del trabajo. También habría gran ventaja en exigir á los futuros magistrados de lo criminal que hubieran cursado en las cárceles una especie de clínica, donde, bajo la dirección de sus profesores, aprendieran á conocer el personal de que bien pronto habrán de ocuparse.

M. Tarde cree, como nuestra escuela, que el prestigio del Jurado anda ya por los suelos. «Desde hace

algunos años, elévanse por todas partes, objeciones, tímidas al principio, después acusaciones formales, razones graves, estadísticas aplastantes, contra el poder fantástico é insensato que subsistía por la ciega veneración de todos. Se ponen de relieve sus ineptitudes, se satirizan sus contradicciones y burdos errores, se le trata como en los últimos tiempos del paganismo se pusieron á tratar á la Sibila, con sus acertijos no menos incomprensibles que ciertos veredictos. Nadie le teme ya entre los bribones; nadie le respeta ya entre las personas honradas. Está próximo su completo descrédito, si no su fin.»

Y M. Tarde insiste acerca de la ignorancia, la versatilidad, la inconsecuencia y la parcialidad alternativamente servil ó fraudalenta de los jurados. Esto es lo que Ferri y yo hemos sostenido hace ya mucho tiempo (1).

«La única razón que sostiene al Jurado, dice M. Tarde, es la dificultad de reemplazarlo.» Poca cosa es esto; y si el sentimiento público estaba convencido de la absoluta insuficiencia del Jurado, aquella consideración no bastaría para hacer soportar su sostenimiento.

M. Tarde acomete el problema con su método habitual.

«La penalidad, dice, fué al principio expiatoria, luego intimidatoria y ejemplar (enrodamiento, descuartizamiento), después suave y correccional con el Jurado.»

¡Qué será, pues, cuando al Jurado le suceda la pericia científica? Evidentemente, será sanitaria, para curar el desorden mental ó moral de los enfermos calificados de malhechores. «Pero en ningún caso podrá ser puramente utilitaria la pena; es decir, nunca podrá tener por fin único y suficiente el interés de la sociedad.»

«La sociedad, según M. Tarde, es una persona moral y no una fuerza ciega: no puede defenderse sino respetándose á sí misma y á los que la componen. Ni aun á los hombres perversos ó culpables puede tratarlos como parásitos peligrosos ó perros hidrófobos, de los cuales se desembaraza ahogándolos.»

Naturalmente, M. Tarde opina por encerrar en asilos especiales á los delincuentes de quienes se pruebe que obraron á impulsos de una causa patológica; además, en los penales, separar la «criminalidad crónica» de los detenidos que entran allí por vez primera y se empeorarían por el roce; fundar establecimientos penitenciarios rurales para los sentenciados campesinos de origen, donde pudieran emplearse en trabajos que conocen, en lu-

(1) *Uomo delinquente*, segunda edición.

gar de aprender en las cárceles un oficio urbano ó prepararse para la profesión de rufián. M. Tarde no espera muy buenos resultados de la deportación, y las razones que da son de mucho peso.

Prefiere el sistema irlandés, la libertad condicional y la extensión de las asociaciones de patronato. No mientras dura la condena, sino antes ó después, es cuando con más eficacia se puede obrar: después, velando por los licenciados, proporcionándoles trabajo, protegiéndoles contra sí propios y contra la desconfiada hostilidad social que parece rechazarlos inexorablemente al delito ó al crimen; antes, protegiendo á la infancia moralmente abandonada ó moralmente inficionada por padres indignos. La mejor manera de combatir al ejército del crimen sería impedir su reclutamiento.

En resumen: su provisión de argumentos es harto escasa, y aun pudiera decirse que negativa, pues muchas veces sus pruebas no son más que analogías ó semejanzas. Y como después de esto cree haber triunfado contra ideas apoyadas en millares de hechos, si no fuese por el respeto debido á un hombre tan genial, pudiera contestársele, imitándole, que en esos casos parécese á un mosquito que se diera aires de haber muerto á un buey por haberle pinchado dos ó tres veces con su aguijón; y la analogía sería tanto más completa, cuanto que, á semejanza de esos interesantes dípteros, á menudo no se alimenta sino de las ideas de sus víctimas, á las cuales pincha pero no hiere. Sin embargo, no debe olvidarse que ha sido en Francia el primero en seguir las nuevas sendas de la ciencia penal, y que ahora es tal vez el único entre los jurisconsultos y magistrados franceses que respira á pulmón lleno las corrientes modernistas que parecen cerradas para sus colegas.

V.—Drill, *Los criminales menores de edad* (Moscú, 1881-82 y 1890). — Según la opinión de M. Drill, el crimen no es más que un síntoma del estado anormal de la vida social, un indicio de la viciosa organización psicofísica del delincuente, causado por dicho estado anormal.

Según el autor, el tipo normal del hombre presenta cierta capacidad para plegarse á las exigencias de la vida pública, y precisamente esta aptitud es la que falta al mayor número de los criminales, lo mismo que á los niños, á los viejos y á los dementes.

El autor opone el examen de la criminalidad, desde el punto de vista de las doctrinas psiquiátricas, al estudio de las definiciones abs-

tractas del crimen y de la criminalidad.

La psiquiatría, después de haber comenzado por el examen de las enfermedades mentales, ha extendido sus investigaciones á los organismos viciosos mal equilibrados, propios de muchos criminales; y del conjunto de esas investigaciones resulta que no hay diferencia esencial entre las enfermedades mentales y ciertos vicios de la organización psicofísica.

De ahí nació la doctrina que ve en el delito el efecto de una organización psicofísica viciosa y poco equilibrada. Por eso la represión debiera referirse, no al crimen, sino á la criminalidad del hombre, es decir, á las particularidades personales que le determinan á cometer el delito.

Haciendo M. Drill los retratos de individuos defectuosos, insiste acerca de sus rasgos característicos: un sistema nervioso agotado que produce cierta dureza, un desarrollo exagerado y á menudo anormal de los instintos sexuales. Una serie de ejemplos citados por M. Drill prueba el íntimo enlace que existe entre los instintos sexuales y las tendencias sanguinarias.

La definición de un organismo vicioso, que se manifiesta por anomalías psíquicas, se encuentran en la literatura psiquiátrica. Pero no basta para explicar los resultados que se desprenden del examen de los fenómenos de la vida psíquica. La verdad es que los fenómenos de la degeneración orgánica no siempre son idénticos, sino que difieren casi en cada individuo. Presentan innumerables matices, desde los organismos perfectamente sanos, hasta el último grado de la degeneración orgánica. Provienen de los vicios de la organización. Es preciso necesariamente extender esta conclusión á todos los innumerables grados de la escala de los fenómenos degenerativos, pues no es posible fijar los límites en que debiera concluir ó comenzar su influencia. Y aceptada esta tesis, preséntase, necesariamente, otra más general é importante: si los vicios orgánicos, de matices diferentes y producidos por la degeneración, se expresan necesariamente por vicios psíquicos, de suerte que éstos sirven de indicio de aquéllos y viceversa, á los diferentes grados de la virtud orgánica deben corresponder también fenómenos psíquicos determinados.

Y puesto que el vicio orgánico se manifiesta por defectos psíquicos, la virtud orgánica no podría manifestarse de otro modo sino por buenas cualidades psíquicas. En otros términos: toda la vida psíquica, sean cuales fueren sus particulari-

dades, no es más que la expresión de la vida orgánica; y, como tal, lleva impresas las huellas de las cualidades y los defectos de esta última.

Así, tanto los fenómenos provenientes de una naturaleza viciosa como de una criminal, tienen un solo y mismo origen: la organización psicofísica anormal. La discusión acerca de las diferencias de la viciosidad humana sería inútil y hasta injusta en sus consecuencias. El criminal, lo mismo que el enajenado, es víctima de las particularidades de su organización, que le arrastran por la senda del crimen por no haber sido modificadas en tiempo útil por la influencia de los hombres no criminales. Así, debe igualmente desaparecer toda diferencia esencial entre el delincuente y el loco criminal, diferencia observada hasta ahora en las leyes penales; porque puesto que todo depende de las particularidades de la organización psicofísica, los rasgos distintivos de esas dos categorías no pueden constituir una diferencia esencial, sino tan sólo una diferencia de grado, ó tal vez de órganos atacados. Y en vista de esta última diferencia, sería ciertamente necesario aplicar á los individuos de una y otra categoría análogos medios, sin más que adecuarlos á las particularidades propias de cada una de ellas; pero esta diferencia no puede justificar nunca la aplicación á las dos categorías de medidas tan extrañas una á otra, como son el tratamiento de los enajenados y la represión de los criminales.

Según el autor, esta conclusión deja intacta la responsabilidad. «Sean las que fueren las fuentes de la criminalidad humana, como quiera que la sociedad sufre el mal causado por los delitos que conmueven sus bases, no puede pasarse sin medidas que tiendan á exterminar los crímenes y dirigidas al mismo tiempo contra el criminal, esté ó no esté enfermo, puesto que en él reside la causa inmediata de aquéllos.»

Pero debieran reformarse los medios de lucha contra el delito; sería necesario individualizar las penas conforme los diferentes matices de la criminalidad, y entonces cambiaría su mismo carácter.

En los tiempos en que en el delito no se veía más que un resultado de la mala voluntad, no se podía obrar de otro modo, sino aplicando en todos los casos el sufrimiento físico ó la intimidación que nos había legado el período bárbaro.

El rasgo característico común de casi todos los criminales, con muy cortas excepciones (estas últimas se encuentran entre los delincuentes de ocasión, en el sentido estric-

to de la palabra), consiste en su defectuosidad, en ciertos defectos de organización psicofísica; estos defectos difieren según los individuos, pero todos los hacen más ó menos incapaces para llenar las exigencias de la vida social.

No es nueva la teoría del organismo defectuoso desde el nacimiento, desarrollada y perseguida por la escuela italiana. En el fondo no es más que la noción vulgar del hombre malo y miserable, con la única diferencia de que dicha noción se refiere exclusivamente al lado físico, al paso que la doctrina que he expuesto estudia á la vez el lado físico y el lado moral. La imposibilidad de separar estos dos puntos de vista ha sido puesta fuera de duda por la ciencia contemporanea y reconocida por todo el mundo sabio, á pesar de la diferencia de las opiniones emitidas acerca de la esencia del intelecto.

Se ha unido á la doctrina del organismo vicioso la del organismo degenerado. Como los vicios de la organización psicofísica se manifiestan por actos prohibidos, no sólo por la moral (ese conjunto de reglas necesarias elaboradas por la experiencia secular de las naciones), sino también por los códigos penales, por eso están en desacuerdo con la vida en sociedad, en el seno de la cual es donde únicamente puede hacer progresos la humanidad. De ahí nacería verosímilmente esa creencia popular de que todo crimen cuyo autor permanece desconocido es funesto para sus descendientes. Un hombre adaptado desde su origen á la vida social, no puede adquirir semejantes vicios sino por efecto de ciertas condiciones funestas, que ponen en desacuerdo sus medios psicofísicos con las naturales exigencias de la vida social. Este es el origen de la caída, que, en tanto que no se vea detenida en su progreso por modificadores benéficos, conduce á una posición contraria al medio social; acarrea derrotas en la lucha por la existencia y nuevos deterioros del organismo; concluyendo por la depravación y la extinción de la raza que, á causa de las particularidades personales de sus miembros, haya llegado á ser incapaz de continuar su existencia en las condiciones que le son impuestas por el medio social.

VI.—Sighele, *La complicidad.*—En su notable estudio acerca de *La complicidad* (1), sostiene Escipión Sighele que la cooperación de varias personas en la comisión de un delito debe ser siempre una circunstancia agravante.

---

(1) *Archivio di Psichiatria, e scienze penale,* 1891, Turín.

Resumiremos en breves líneas sus argumentos jurídicos y antropológicos.

«Si el grado de culpabilidad, dice Sighele, se midiese verdaderamente por el grado de libertad, la asociación de malhechores debiera considerarse como una circunstancia atenuante, ya para todos los asociados á la vez, si se han sugerido mutuamente el propósito á que juntos han concurrido, ya para los que hubieren sido inducidos, si la mayoría sufrió el ascendiente impulsor de un jefe.

» El legislador, por el contrario, ha reclamado medidas enérgicas y excepcionales contra la asociación de los malhechores, lo cual prueba que se ha puesto en el punto de vista del interés social y no en el de la teoría del libre albedrío.

» Cuando cinco ó más personas, dice el art. 248 del Código penal italiano (y todos los Códigos están concordantes en este artículo), se asocian para cometer delitos, cada una de ellas, *sólo por el hecho de la asociación*, será castigada con uno á cinco años de reclusión.»

He aquí una disposición dictada evidentemente por este sencillísimo razonamiento: la unión constituye la fuerza; así, pues, el delito en el cual toman parte varias personas es más peligroso que el delito cometido por un solo individuo, y debe castigarse con más rigor.

Todo esto es muy lógico y muy justo. Pero ¿sólo es un peligro la asociación criminal cuando los delincuentes son en número de cinco? ¿No existe este peligro cuando, por ejemplo, son cuatro los asociados en lugar de cinco? Ciertamente que en ese caso disminuye el peligro, pero no puede decirse que desaparece por completo. Si en la calle ó en mi casa soy atacado por dos ó tres malhechores, con toda evidencia tengo menos probabilidades de poderme defender que cuando me ataca un solo individuo.

Al dictar lo dispuesto en el artículo 248, olvidóse, pues, el legislador de que el peligro que había advertido en una asociación de cinco personas existe también, aunque menos alarmante, en las asociaciones de dos, tres ó cuatro personas. En lugar de limitarse á hacer una figura de delito de la forma más peligrosa de la asociación criminal, hubiera debido castigar también con una disposición especial *todas* las formas de esta asociación, y estatuir en un artículo que *la cooperación de varias personas á la comisión de un delito es siempre una circunstancia agravante.*

El Código penal francés—aun cuando no establece este principio de una manera general, como se

acaba de anunciar,—sin embargo, mejor que cualquier otro Código, manifiesta el carácter particularmente alarmante de la asociación criminal. No sólo dice en el artículo 381 que «si el robo ha sido cometido por dos ó más personas, los autores serán castigados con la pena de cadena perpetua», sino que el artículo 59 establece que «los cómplices de un crimen ó de un delito serán castigados con la misma pena que los autores».—Esta última disposición es muy injusta, pero oculta en el fondo una idea muy verdadera, á saber: que el mismo vínculo que une á los cómplices en el delito, debe unirlos también en la pena. Naturalmente, no debe llevarse este principio hasta la exageración del Código francés; pero—sí hay que recordar, que si de ahora en adelante es un hecho adquirido para la ciencia que los autores y los cómplices de un delito deben ser penados según su grado de culpabilidad —no debe olvidarse que también merecen castigarse con una pena común é igual para todos, puesto que *todos* han tomado parte en *el mismo* crimen (1).

En otros términos: cuando un delito es cometido por varios individuos, cree que si cada uno de ellos debe ser castigado según la forma y el grado de su participación, aparte de eso debe ser para todos una circunstancia agravante *el solo hecho de la asociación.*

La estadística y la antropología criminal vienen en apoyo de esta conclusión. Demuestran con mucha claridad que los criminales asociados son siempre los más perversos y los más peligrosos. Es imposible dar aquí cifras y pruebas, que por lo demás serían inútiles.

Por otra parte, el criminal de

(1) Dejando á un lado los delitos que requieren *necesariamente* la multiplicidad de autores (piratería, rebelión, sedición, etc), el Código penal español señala *agravación de pena* para los coautores de los delitos contra las personas ó la propiedad, *por el hecho de ser más de uno.* Esa agravación es de carácter genérico, puesto que figura en el lib. I, tít. I, cap. I, art. 10, en el concepto de las *circunstancias agravantes:* 2.ª (alevosía); 9.ª (abuso de superioridad), y 15.ª (cuadrilla). Pero también hay agravación por determinadas figuras de delito, como indican el art. 418 (el homicidio con alevosía, que es una de las formas de asesinato) y los artículos 517, 518 y 522 (robo en cuadrilla). En cambio, la *complicidad* se pena en *un grado inferior* al correspondiente al reo del delito en cualquiera de los tres estadios de éste, según los artículos 68, 70 y 72.—Para haber *cuadrilla,* el art. 518 exige que los autores de un robo sean *más de tres* y vayan *armados.*—La jurisprudencia del Tribunal Supremo establece el *abuso de superioridad,* cuando tres personas acometen á dos (sentencia de 14 de Enero de 1874), ó dos ó más á una sola (sentencias de 17 de Junio de 1872, 1.º de Mayo de 1874, 25 de Febrero de 1876); y la *alevosía,* que califica de asesinato á un homicidio, cuando, sujeta una persona por otras dos, una tercera infiere una lesión á la primera (sentencia de 27 de Enero de 1871).—(N. DEL T.)

ocasión, y, sobre todo, el criminal por pasión, jamás tienen cómplice. «Si hay malhechores solitarios, dice M. Joly (y ciertamente que los hay), deben hallarse, sobre todo, entre los criminales por accidente. La idea de accidente excluye la idea de premeditación, y, por consiguiente, la de una mutua inteligencia.» En efecto; dar un cómplice á Otelo ó á Juan Valjean, sería un absurdo y una imposibilidad moral.

Aumentar la severidad de la represión contra los criminales asociados, equivale, pues, á aumentar la severidad contra los delincuentes congénitos y los delincuentes habituales. Y ese es el deber de la legislación penal.

Debemos á Sighele una obra muy notable: *Folla delinquente (La muchedumbre criminal)*, 1891, Bocca, editores.—El autor, que es ciertamente una de nuestras más privilegiadas inteligencias, hace observar que, entre la psicología que se ocupa del individuo aislado y la sociología que estudia la sociedad entera, es preciso colocar otra rama de la ciencia: la *psicología colectiva*. Y para probar su tesis, toma como punto de partida el principio de M. Spencer, de que «los caracteres de un conjunto se determinan siempre por los caracteres de las unidades que lo componen». Y demuestra que este principio es verdadero para los conjuntos de hombres, cuando se le considera (como lo ha hecho M. Spencer) desde el punto de vista sociológico; pero que, por el contrario, es falso, cuando se cree poder aplicarlo á todos los conjuntos de hombres, á los menos numerosos que una sociedad, y, sobre todo, menos homogéneos y menos orgánicos. «Las leyes de la sociología, escribe Sighele, son, en general, las mismas de la psicología individual, porque la sociedad no es en el fondo—como diría Comte—sino *un solo hombre* que ha existido siempre; pero hay conjuntos humanos que no pueden asemejarse á *un hombre* y con caracteres enteramente opuestos á los de las unidades que los componen.»

Tómese por ejemplo el Jurado. ¿Creéis en verdad que los veredictos sean siempre la simple suma de las opiniones de cada uno de los jurados miembros de él? A menudo se ve ser absuelto un criminal confeso de su delito. Creéis que si se hubiera interrogado separadamente á todos los jurados hubiese sido el mismo el resultado.

Tómense también las asambleas políticas como otro ejemplo. Hay un adagio romano que dice: *Senatotores boni viri, senatus autem mala bestia* (1). ¿Qué significa esto? Se-

(1) Es lo que dice también una conocida anécdota, que ha dado origen á este refrán

gún el parecer de Sighele, esto significa que pueden congregarse cien ó doscientas personas muy inteligentes y honradísimas, y ver á todas esas personas reunidas votar una mala ley ó cometer actos injustos.

Fijaos también en los teatros, los *meetings*, las muchedumbres. Una señal, una palabra, una mirada, bastan para producir aplausos ó silbidos, una proposición violenta ó moderada, una conducta pacífica ó una insurrección. Y, sin embargo, los individuos que habían ido al teatro ó al *meeting*, ó que formaban parte de la muchedumbre, no preveían y no deseaban las consecuencias á las cuales han llegado.

Así, pues, en estos casos es imposible creer con M. Spencer que «los caracteres de un conjunto se determinan *siempre* por los caracteres de las unidades que lo componen».

Para explicar esta extraña conducta de ciertos conjuntos humanos son insuficientes las leyes de la psicología individual y de la sociología, y hay que recurrir á otro orden de leyes: á las de la psicología colectiva.

Sighele estudia después la *psicofisiología de la muchedumbre*. En primer lugar, se pregunta qué es una muchedumbre y cuáles pueden ser las causas que de un millar de hombres, desconocidos unos para otros hasta entonces, hacen *una fiera sin nombre*, como ha dicho muy bien M. Tarde, que va derecha á su objeto, con una finalidad irresistible. La imitación representa ciertamente un gran papel, dice Sighele, en las manifestaciones instantáneas de la multitud; pero decir que se imita, no es explicar *por qué* se imita, y esto es lo que hace falta saber.

Algunos escritores (Ebrard, Jolly, Despine, Moreau de Tours, etc.), han tratado de explicar la imitación por la sugestión (que en el fondo sólo es una imitación inconsciente) y por el contagio moral. «Así como la resonancia de una nota musical, escribe M. Despine, hace vibrar la misma nota en todas las tablas de armonía que siendo capaces de dar esta nota se hallan bajo la influencia del sonido emitido, de igual modo la manifestación de un sentimiento, de una pasión, excita el mismo elemento instintivo, le pone en actividad, le hace vibrar, digámoslo así, en todo individuo susceptible por su constitución moral de experimentar más ó menos intensamente los efectos de ese mismo elemento instintivo.»

Este símil nos da sin duda una explicación menos indeterminada

---

castellano: *la canóniga buena*, *la cabilda mala*, (se supone en boca de un inglés).—(N. DEL T.)

que la simple imitación; pero aún es insuficiente ante nuestro problema. Para poder hablar de un modo científico de *contagio moral,* es preciso encontrar la base científica de este contagio. Sergi, en un folleto *(Psicosis epidemica),* y antes que él Tarde, en un estudio publicado en la *Revista filosófica,* han tratado de determinar cuál podía ser esta base física. Según Sergi y Tarde, cada acto humano no es más que el *reflejo* de un impulso exterior; el hombre nunca tiene una idea ni un sentimiento espontáneos; las ideas y los sentimientos son siempre sugeridos por un movimiento cualquiera que se produce fuera de él; nuestra observación harto superficial nos hace creer que somos originales; es ilusión propia del hombre social no tener más que ideas sugeridas y creerlas espontáneas.

Sighele recoge esta idea del escritor, y demuestra con ejemplos que la imitación epidémica é instantánea de la muchedumbre es un fenómeno enteramente igual á la imitación de una sola persona por otra (maestro y discípulo, amante y amada, etc.):—que esta imitación es una ley universal, no sólo en el estado normal entre las personas cuerdas y honradas, sino que también en el estado anormal entre los locos (locura de dos, tres, cuatro, etc., á un tiempo), entre los criminales (suicidio de dos, etc.);—y que es muy natural que esta imitación-sugestión pueda llegar á grados agudísimos en una muchedumbre en que las unidades de tiempo y de lugar, y el contacto inmediato entre los individuos, dan una rapidez inaudita al contagio de las emociones.

Todo esto aclara un poco la extraña psicología de la muchedumbre. Pero es preciso añadir otras observaciones.

El número tiene por sí solo una grande y doble potencia, es decir, una potencia *aritmética* y una potencia *psíquica.*

M. Espinas, en su obra acerca de las *Sociedades animales,* ha calculado muy bien esta potencia del número en la intensidad de las emociones. El miedo, la alegría, el furor, y en general todos los sentimientos, cuando son experimentados por gran número de individuos á la vez, adquieren casi instantáneamente una intensidad sin igual, porque el rostro expresa la emoción de cada uno, y esta expresión se comunica de uno á otro por la vista.

Compréndese con mucha facilidad el efecto psíquico del número. Sabido es que cada animal aumenta su valentía cuando está rodeado por otros animales de la misma especie;—y aun en los hombres, la esperanza de poder quedar desconocidos é impunes (cosa muy fácil, siendo

muchos) es otro motivo para dejarse llevar á cometer actos que á solas nunca se hubiera tenido valor de realizar. Es preciso también añadir que los que quisieran resistir el empuje de la muchedumbre no podrían hacerlo, pues, no sólo serían tratados como seres viles, sino que verían volverse contra ellos mismos el furor de la muchedumbre.

Sighele completa su obra por el estudio de la composición antropológica de la muchedumbre; analiza los criminales, los locos, los vagabundos, los ociosos, los indocumentados, los curiosos que forman parte de ella; hace un paralelo entre las muchedumbres verdaderamente criminales, que llegan al asesinato, al robo, á los delitos contra la honestidad, y algunas veces hasta el canibalismo, y las muchedumbres honradas, que saben resistir los impulsos insanos y feroces, ó á lo menos saben detenerse en la pendiente del crimen.

A propósito de esto, cita muchos episodios de las terribles jornadas de la Revolución de 1789 y de la *Commune,* de la huelga de Decazeville y del motín de los obreros de Roma en 8 de Febrero de 1889, etc.; y la conclusión que se deduce de todos estos ejemplos, es que, muy á menudo, en las muchedumbres, algunos criminales congénitos son los que cometen los delitos, al paso que la gran mayoría no hace más que mirarlos y seguirlos ciegamente, tomando parte en los crímenes por una especie de complicidad negativa.

En el último capítulo de su libro, se ocupa Sighele de las consecuencias jurídicas que se desprenden de las precedentes observaciones. Sostiene que quien se ha hecho culpable de un delito, arrastrado por el *espíritu de la muchedumbre,* no puede ser declarado irresponsable por sólo el impulso irresistible.

La sugestión hipnótica (que es la más fuerte de todas las sugestiones) nunca llega á destruir por completo la personalidad; « el hipnotizado (según la bella expresión de M. Gilles de la Tourette) *continúa siendo siempre alguien* ». Así, pues, la sugestión no destruirá jamás por completo en la muchedumbre la responsabilidad. Sólo podrá atenuarla, y esta atenuación es lo que nuestro autor propone para los crímenes cometidos por una muchedumbre.

Ciertamente que esta atenuación deberá ser más grande según los motivos determinantes del delito, y según la clasificación antropológica de los reos; un criminal de ocasión merecerá toda la indulgencia de sus jueces; por el contrario, un criminal nato deberá ser castigado con mucha severidad.

VII.—Ryckere, en su *Criminalidad femenina (Bélgique judiciai-*

re, 1890), ha hecho una erudita síntesis de los delitos cometidos por las mujeres. Diremos las conclusiones más importantes de ella.

La mujer criminal es más sofista, más razonadora que el hombre. Encuentra pretextos y excusas que asombran por su extravagancia y su extrañeza. Su hipocresía es más profunda y más repugnante. «Las mozas culpables, dice el pastor Mr. Arborox, no sólo se entregan al mal con menos reserva aún que los mozos, sino que mienten con más aplomo y descaro. Hay más arte y agudeza en las patrañas que enjaretan. Sobre todo, les superan en hipocresía.» Escribe M. Carpenter que, según sus noticias, nunca se ha corregido de la embriaguez una mujer, mientras que muchos hombres lo han logrado; y que cuesta mucho más trabajo estimular la inteligencia de las jóvenes, y sobre todo la de las adultas, descuidada en la infancia, que la de los varones.

La criminalidad femenina reviste un carácter más cínico, más cruel y más depravado que la criminalidad masculina. Octavio Feuillet ha dicho con mucha verdad: «Las mujeres se elevan á mucha más altura que nosotros en grandeza moral; no hay virtud, abnegación y heroísmo en que no nos excedan; pero, una vez lanzadas á los abismos, caen con más rapidez y más hondo que nosotros.»

En la criminalidad, como afirma el doctor Corre, cada sexo marca un doble modo de intervenir, dependiendo uno de estos modos de las condiciones extrínsecas ó de medio. Estas condiciones aparecen en correlación tan íntima, que es difícil separarlas. A la mujer caída le cuesta mucho trabajo volver al camino derecho; su caída es más lenta y más difícil que la del hombre; pero, una vez lanzada al crimen (poco importa cómo ha ido á parar á él), se muestra más fríamente cruel, más encarnizada que el hombre. Sea cual fuere el móvil que le empuje, odio, codicia, venganza, los asesinatos que comete asombran por su ensañamiento.

VIII.—Onanoff y Blocq dan en la *Revista científica* una definición natural del delito y del delincuente (*Revue scientifique,* 1890, pág. 752). Creen poder clasificar los hechos en dos categorías, según produzcan aumento ó diminución de las fuerzas vivas terrestres. En los hechos inclusos en la primera de estas categorías, fuerzas en equilibrio *estable* químico se transforman en fuerzas en equilibrio *inestable,* químico ó físico. Tal es, por ejemplo, la acción de los rayos solares en la descomposición del agua y del ácido carbónico.

En los hechos pertenecientes á la segunda categoría—fenómenos que determinan una diminución de las fuerzas vivas—fuerzas en equilibrio *inestable,* físico ó químico, se transforman en fuerzas en equilibrio *estable* químico.

Desde el punto de vista especial del género humano, colocan en esta última categoría las *catástrofes* y los *crímenes*. Esto equivale á decir que consideran que la *característica* objetiva de la catástrofe y del delito es que ambos son hechos que disminuyen en cierta medida las fuerzas vivas terrestres.

La *catástrofe* puede resultar ó no de la intervención del hombre, y en los dos casos trátase igualmente de una diminución de las fuerzas vivas terrestres. En el caso último, ese resultado es producido por un defecto del mecanismo funcional del sujeto. Habrá determinado á las cosas atributos *no idénticos* á los de la representación mental que había tenido de esas cosas. Tal es el caso de un individuo que matase á un semejante disparándole una pistola en la creencia de que no estaba cargada.

Respecto al *crimen,* según ellos, difiere de su congénere en que la diminución de las fuerzas vivas que lo constituye no es engendrada por un defecto en el mecanismo funcional del sujeto.

Así, pues, según ellos, *habrá delito cada vez que un sujeto, con representaciones exactas de los atributos de las cosas, haya derivado fuerzas en provecho personal suyo y no lo haya conseguido sino disminuyendo por el mismo acto las fuerzas vivas terrestres utilizables.*

Según estos datos, las tres grandes clases de criminales locos, criminales natos y criminales de ocasión, representan la gradación de la caducidad del *mecanismo de identificación.* Este modo funcional, á veces completamente aniquilado (en el criminal loco), otras casi conserva su rectitud (en el criminal de ocasión), ó sufre variables alteraciones (en el criminal nato).

Además, puede considerarse que la naturaleza misma de la alteración del modo funcional difiere en el criminal loco y en el criminal nato, en el sentido de que en el enajenado las representaciones mentales son erróneas en lo que atañe á los atributos de las cosas exteriores, que le parecen diferentes de lo que son; al paso que en el criminal nato las mismas representaciones mentales se encuentran pervertidas en razón á los trastornos sensacionales del individuo mismo. En cuanto al criminal de ocasión, es cierto que si en las circunstancias ordinarias de la vida funciona normalmente su mecanismo de identifica-

ción—lo cual ya le distingue de las dos categorías anteriores,—cuando está bajo la influencia de la pasión (cólera, celos, etc.) que le inspira el delito, ese mismo aparato está más ó menos falseado, de suerte que también aquí interviene un factor dubitativo.

En resumen, de estas deducciones resulta que el criminal absoluto sería un tipo *virtual,* y que cualquiera que fuere la categoría á que pertenezca un delincuente, su mecanismo de identificación está más ó menos alterado, por lo menos en el momento de cometer el acto. Todos los criminales se aproximan en grados variables al *tipo absoluto,* es decir, al que teniendo representaciones mentales exactas de las cualidades de las cosas exteriores, determina una diminución de las fuerzas vivas terrestres, y precisamente por esos grados que les aproximan al tipo, es como sería posible apreciar su *cantidad de criminalidad,* digámoslo así. Pero este tipo absoluto no existe en la naturaleza.

En resumen, el crimen está constantemente caracterizado por una diminución de las fuerzas vivas terrestres, producida por el hombre que posee un conocimiento variable de los atributos de las cosas. De aquí resulta que la medida del *crimen* se basa en uno de los términos que encierra esta proposición (la mayor ó menor diminución de fuerzas vivas realizada); así como la medida de la *criminalidad* se funda en el otro término de la misma proposición (el mayor ó menor conocimiento de los atributos de las cosas poseído por el sujeto).

Advirtamos, en último análisis, que el delito está esencialmente particularizado por una tendencia egoísta, puesto que derivando fuerzas vivas en su provecho *personal* es como el delincuente realiza dicha diminución. Esa tendencia egoísta está en oposición formal con la tendencia humana altruista, cuya resultante es, por el contrario, un aumento de las fuerzas vivas.

Lo mismo que existen en la naturaleza, en el dominio extrahumano, combinaciones físicas y químicas, y también producciones vegetales y animales que determinan necesariamente catástrofes, de la misma manera se encuentran en el reino humano sujetos que son inevitables factores de delitos. Esto resulta, indudablemente, del particular estado de equilibrio inestable del medio terrestre.

IX.—La sociología criminal de Ferri.—Enrique Ferri va á publicar muy pronto la tercera edición de su obra *I nuovi orizzonti del diritto e della procedura penale*, que ha hecho una propaganda tan fe-

cunda de las nuevas ideas. Esta tercera edición, que al mismo tiempo se publicará en francés, llevará por título *La sociología criminal.*

El nuevo título indica mejor el contenido del libro, porque Enrique Ferri es, entre los partidarios de la escuela criminalista experimental, quien ha dado mayor desarrollo al lado sociológico de las investigaciones acerca de los delitos y los delincuentes. Garofalo es más estrictamente jurista; y esta división del trabajo entre los positivistas, ha sido justamente una de las razones más eficaces para el buen éxito de la nueva escuela.

El primer capítulo de *La sociología criminal* resume «los datos de la antropología criminal» y, después de haber respondido á las principales objeciones hechas á esta ciencia nueva, deduce de ellos la clasificación de los criminales aceptada, en la actualidad, por todos los antropólogos y sociólogos.

En el segundo capítulo se estudian los datos de la estadística criminal, y en él resume Ferri las observaciones que ha hecho, sobre todo en las estadísticas francesas desde 1826, y que había publicado ya en 1880, aun antes de los resúmenes oficiales de esta serie admirable. La consecuencia de esos datos es la ley llamada por Ferri *saturación criminal;* es decir, que el número y la calidad de los crímenes y delitos en cada país están determinados cada año por las condiciones del medio físico y social, y por las disposiciones bio-psíquicas de los individuos. De esta ley deduce lo limitadísimo de la eficacia de las penas como medio de defensa contra los criminales, y opone á ellas el sistema de los *sustitutivos de la pena.* Esta es una solución original del problema, siempre planteado y nunca resuelto de una manera práctica y sistemática al mismo tiempo, de la prevención de los delitos, asunto acerca del cual aún estamos en pleno empirismo.

El capítulo tercero desenvuelve la teoría positivista de la responsabilidad, que es una de las monografías más generales hechas por Ferri, porque resuelve del modo más positivo y lógico el famoso problema: «¿Cómo puede ser punible el hombre por sus delitos, si no es moralmente libre al cometerlos?» Aceptando Ferri la única teoría del derecho punitivo admisible por el buen sentido, es decir, la defensa social contra los criminales, ha dado á esta idea el desarrollo más rigurosamente científico, en relación siempre con la clasificación de los factores del crimen, que también está aceptada ya por todos; es decir, de los factores antropológicos (biológicos y psíquicos), de los fac-

tores físicos y de los factores sociales del crimen.

«El hombre sólo es responsable porque vive en sociedad y en tanto que vive en ella.» He aquí la conclusión de Ferri, quien ha hecho de ella una aplicación muy discutida en Italia, sosteniendo la impunidad del que, por motivos humanitarios y sociales, ayuda á otro á suicidarse ó acelera la vez del que quiere morir (1).

La responsabilidad social (es decir, con respecto á la sociedad), que tiene el hombre por todo acto que ejecuta, debe adaptarse en las aplicaciones prácticas á la categoría antropológica á la cual pertenece el criminal. Si está enajenado, sigue siendo responsable ante la sociedad; es decir, que ésta reacciona, á pesar de todo, contra la actividad peligrosa de aquél; pero la forma de la defensa social es el manicomio, en vez de ser la cárcel.

Y este último capítulo de *La sociología criminal,* tiene precisamente por objeto desarrollar los medios prácticos de la defensa social adecuados á cada categoría de criminales, comenzando por los procedimientos, en los cuales propone Ferri muchas radicales reformas; después pasa á los sistemas represivos, y protesta contra la afición moderna por el sistema celular, que llama «antihumano, demasiado costoso y estúpido».

La conclusión de la obra es que el derecho criminal y penal clásico debe transformarse en una ciencia social concreta y no solamente jurídica abstracta. «La sociología general, dice Ferri, no es más que el esbozo que da las leyes más generales de la vida de las sociedades, y por el cual pueden construirse sociologías particulares, según el orden de fenómenos que se estudien.» Así puede y debe tratarse de sociología económica, y nunca más de economía política metafísica; de sociología jurídica, y no de derecho civil metafísico; y también de sociología política, y no de derecho constitucional ó internacional académico. De igual manera, y en este sentido, debe tratarse de sociología criminal y no de derecho criminal. Porque los criminalistas, por haberse limitado hasta aquí á estudiar la anatomía jurídica del delito y de la pena como abstracciones aisladas de sus condiciones generadoras y de aplicación, sin un método científico para su diagnosis, á pesar del esplendor de los tratados y de los códigos, no han podido indicar los verdaderos medios de obtener una defensa contra el delito, la cual sea más eficaz y menos costosa para la

(1) *Homicides et suicides*, segunda edición, 1886, Turín.

sociedad, menos ilusoria para los criminales mismos, y menos injusta con los pobres, á quienes se les abandona si permanecen honrados, á pesar de su miseria, y sólo se les cuida después de que han cometido delitos.

X.—Van Hamel.—En las Universidades holandesas hay la costumbre de que en el día del aniversario de la fundación de la Universidad, el rector del año pronuncie un discurso de rúbrica sobre algún tema relativo á su ciencia especial.

En la Universidad de Amsterdam, ese día es el 8 de Enero. En el año académico de 1890-91, el rector, M. G. A. van Hamel ha pronunciado un discurso magnífico acerca de «el movimiento actual de las ciencias penales».

Comienza por señalar «un movimiento en toda la línea», en todos los países: en Italia (Lombroso, Ferri, Garofalo), en Francia (Lacassagne, Tarde, Gauchler), en Alemania (Liszt), en Austria (Benedickt, Wahlberg), en Bélgica (Prins); un movimiento que congrega á los criminalistas en la Unión Internacional de derecho penal, á los médicos y criminalistas juntos en las Revistas, y reune los Congresos de antropología criminal.

Para comprender bien el carácter del movimiento, es preciso recordar el de fines del siglo XVIII, inaugurado por el libro de Beccaria. Dos grandes fuerzas estimulaban ese movimiento: un *sentimiento humanitario* y una *necesidad de reglas ciertas para administrar justicia*.

Los criminalistas, en su calidad de jurisconsultos, eran los designados para satisfacer esa necesidad, puesto que se trataba del análisis concienzudo de las nociones jurídicas. Pues bien; ese trabajo está amenazado por un grave peligro, «el dogmatismo», lo que el orador llamaba con ironía «el afán de la certidumbre en las reglas jurídicas en estado de indigestión», cuando el jurisconsulto «no se alimenta de nociones jurídicas para vivir (científicamente), sino cuando vive para el placer de tragarse nociones jurídicas». El orador pintó entonces varios de los excesos adonde había conducido y debía conducir ese dogmatismo. «El movimiento criminalista continuaba girando con la misma monotonía, sin poder darse cuenta siempre de los resultados.»

Pero muchos de esos criminalistas despertaron de su sueño dogmático por dos fuerzas, una que los asustaba, otra que los atraía. Se asustaron del «fracaso del actual sistema penal» y del crecimiento del número de reincidentes. Fueron atraídos por el carácter científico de la tendencia positiva; es decir,

por el método de las ciencias naturales, el examen de los fenómenos y de sus causas.

La gloria innegable de la escuela positiva italiana y de su fundador consiste en haber iniciado el movimiento. El orador desaprueba enérgicamente la oposición contra «los antropólogos», contra «los italianos»; oposición que se manifiesta aun entre criminalistas adheridos á la nueva tendencia. Aunque puedan combatirse con razón algunas conclusiones de ésta, sobre todo su hipótesis del atavismo, es lo cierto que el movimiento no conducirá á nada si se aparta del punto de partida de esta escuela, «el reconocimiento de la necesidad de un examen etiológico concerniente al hombre criminal y las influencias que dominan sus actos».

Y sobre todo vitupera la antítesis que varios criminalistas se empeñan en señalar entre lo que denominan «escuela italiana y escuela francesa», como si la primera fuese una escuela puramente antropológica y la otra una escuela meramente sociológica. Para demostrar que en el fondo la diferencia no es de principios, hace una exposición comparativa de *El hombre criminal* de Lombroso, y del libro *Los reclusos en las cárceles de París* del doctor Laurent, publicado con un prefacio del profesor Lacassagne. Su conclusión acerca de este punto es que precisa distinguir entre el estudio de las «*causas de la tendencia criminal*» y el estudio de las «*causas del desarrollo de esta tendencia*». Los dos estudios tienen á la vez un carácter *antropológico* y *sociológico;* pero en el primero prevalece el primer carácter, y en el otro el segundo.

En cuanto al método para el examen *antropológico* en las prisiones, el orador recomendaba, no un reconocimiento médico distinto, sino el examen asiduo por los médicos jefes del servicio sanitario en las diferentes prisiones, bajo los auspicios de un médico científico de primer orden que pudiera guiar las diversas investigaciones.

El orador pasa en seguida al método para el examen de las causas *sociales,* y señala tres métodos: el método popular de las conclusiones generales *a priori;* el método de comprobacion de esas conclusiones por los resultados de las estadísticas generales; y el método de las investigaciones estadísticas especiales. Este último debiera y pudiera seguirse mucho más de lo que se acostumbra. Minaría y debilitaría ciertamente más de una creencia generalizada, pero sin fundamento, como la que atribuye á la pobreza una influencia en absoluto funesta, y á la instrucción primaria una influencia favorable sobre el estado de

la criminalidad. Estas dos tesis están desarrolladas con amplitud y apoyadas en los trabajos de Quetelet y de la estadística francesa. (La estadística criminal holandesa ha estado abandonada casi en absoluto hasta aquí.)

Por último, señala el orador algunas aspiraciones de la nueva tendencia en el dominio especial de las medidas *penales*.

Desenvuelve cuatro de esas medidas de reforma, que recomienda con energía: un lazo más estrecho entre la represión penal y la acción civil de indemnización de daños y perjuicios; un tratamiento menos doctrinario de la infancia culpable; la condena condicional; el tratamiento especial de los reincidentes, de los criminales por hábito, sobre todo de los incorregibles, y las sentencias indeterminadas.

Acabó su discurso declarando que el mayor enemigo, á menudo oculto, pero sin embargo muy real, de la nueva tendencia, es la doctrina filosófica de la satisfacción penal; doctrina que desciende de la antigua venganza, y tiene la pretensión de confiar á los hombres una tarea que sólo puede estar en manos de Dios.

XI.—Dufay: *El somnambulismo y el derecho penal (Revue philosophique,* 1891).—Dufay, sin conocer los estudios de nuestra escuela, llega aquí á las mismas conclusiones, á propósito de los individuos hipnóticos. Supongamos, dice, que un individuo comete en estado de somnambulismo un delito ó un crimen. ¿Se le debe castigar por eso? No, de seguro; pero debería ponérsele en situación de que no pudiese repetirlo. Según él, hasta para los crímenes y delitos cometidos conscientemente en estado normal, esa misma opinión debieran tener los que, exentos de los prejuicios de la escolástica, no admiten el libre albedrío; es decir, que á la vez que se niegan á mirar al acusado como responsable de un acto determinado por condiciones orgánicas (adquiridas ó hereditarias) ó externas, causa de impulsos á los cuales no pudo ó supo resistir aquél, no pueden, sin embargo, dejar de considerarle peligroso para la sociedad, y de querer que se le ponga en la imposibilidad de reincidir.

La irresponsabilidad personal debe borrarse ante la seguridad pública. ¿No se encierra á los locos peligrosos? En uno y otro caso, será una injusticia moral, pero es una necesidad social. ¿Significa esto que al condenado se le deba separar para siempre de la comunidad para la cual se ha manifestado nocivo? De ningún modo. La pena cumplida sería una enseñanza para él, una amenaza para lo venidero, y obra-

ría sobre sus determinaciones futuras en el sentido del interés público y del bien general.

En efecto, cuando las leyes penan, tienen puesta la mira en la sociedad mucho más que en el delincuente. Al determinar sus penas el legislador, no debe excederse del grado de severidad necesaria para reprimir los sentimientos viciosos, hijos de la organización anatomo-fisiológica, ó de la falta de educación que los produce.

Sin duda, desde el punto de vista de la ética pura, esto no es más que ir de mal en peor; porque la sanción penal sólo puede emplear motivos externos de prevención futura, al paso que la educación durante la infancia desarrolla motivos internos, capaces, no sólo de impedir la ejecución de los deseos culpables, sino de hacer imposible hasta la idea de ellos.

Generalmente, en los adultos ya no es tiempo de hacer que nazca el impulso moral; entonces hay que recurrir á los medios exteriores.

Pues bien; paréceme que esa terapéutica externa puede aplicarse con utilidad á los somnámbulos criminales, que en la «condición segunda» comprenderían con claridad la causa de su reclusión y lo útil que para ellos sería no merecerla.

Asimismo, un somnámbulo realmente criminal recordaría «en condición segunda» el acto culpable por él cometido; comprendería que sufre el castigo por esa causa, y se esforzaría en no reincidir. Esto es asunto de apreciación por parte de los magistrados, previo reconocimiento é informe de una comisión médica competente.

Pero no es que yo pida entonces un fallo condenatorio, sino que me parece necesario tomar una precaución análoga á la condena por sus efectos, es verdad; pero que no priva de la pública estimación al somnámbulo criminal, digno de lástima, por el contrario.

Su detención ni siquiera debería ser en una cárcel, sino en uno de los establecimientos especiales mencionados en la ponencia del doctor T. Roussel (sección III) en nombre de la comisión senatorial encargada del proyecto de revisión de la ley de 30 de Junio de 1838 acerca de los enajenados (1884). No sucede lo mismo con la inconsciencia producida por la embriaguez ó el alcoholismo, que, lejos de admitirse como circunstancia atenuante, debiera constituir, por el contrario, una circunstancia agravante (1).

En el caso de que el delito fuese cometido en estado de somnambulis-

(1) Según el art. 9.°, circunstancia 6.ª, de nuestro Código penal, es *atenuante;* excepto: 1.°, si es *habitual;* y 2.°, posterior al proyecto de cometer el delito.—(N. DEL T.)

mo provocado ó de hipnotismo, y para obedecer á una sugestión impuesta, es evidente que habría lugar á un fallo condenatorio—en el sentido ordinario de la palabra,—pero contra el magnetizador ó el hipnotizador. (M. Liégeois, de Nancy, ha tratado magistralmente esta cuestión.)

Pero, ¿cómo conocer al culpable? Pudiera pensarse en hacer hipnotizar al sujeto por otra persona, quien le ordenaría que revelase el nombre del autor de la sugestión criminal. Pero, en primer lugar, los hipnotizados tienen, por lo general, la pretensión de que obran espontáneamente, sin sugestión extraña; y, por consiguiente, lo más probable es que el sujeto declarase que el crimen se debe á su iniciativa personal, pero sin conocer el motivo.

Además, el sugeridor primitivo no habrá dejado de encargarle el secreto, y quizá hasta de indicarle el nombre de otra persona. Por tanto, ¿qué certidumbre pudiera tenerse? En la duda, ¿no exigiría la prudencia que el instrumento del delito fuera separado de su causa para evitar una recidiva harto fácil?

Y advirtamos que, en este caso, la reclusión permitiría al médico del establecimiento, ya que no rehacer la educación moral del sujeto, por lo menos inculcarle una regla de conducta, no sólo durante el sueño hipnótico, sino en la vida normal de relación, según lo han probado las experiencias del doctor Augusto Voisin; de donde resultaría la posibilidad de hacer que la sugestión fuese un procedimiento educador infalible.

La influencia del magnetizador sobre el magnetizado conduciría á los mismos efectos. Tal vez algún día se lleguen á analizar, á disociar, los diversos fenómenos de la sugestión, por ejemplo por medio del electro-imán.

XII.—Tolstoy.—No quiero concluir este capítulo sin mencionar un fragmento precioso de León Tolstoy, *El vino y el tabaco,* (1) donde nos da, quizá en extremo recargada, la teoría de la influencia del alcohol sobre la criminalidad.

Sabido es que el hombre puede cegarse de dos maneras, con relación á un objeto que se halle delante de él: fijando la vista en otros objetos más brillantes, ó poniendo delante de su rayo visual un cuerpo opaco que oculte al otro por completo.

De igual modo puede ocultarse á sí mismo las manifestaciones de su conciencia dedicando toda su atención á diversas ocupaciones, cuidados y placeres, ú oscureciendo voluntariamente su misma facultad de atender.

Si se trata de personas que ten-

(1) Véase el tomo 75 de la «Colección de libros escogidos.» (N. del D.)

gan un sentido moral grosero ó rudimentario, les bastan simples distracciones exteriores para impedirles percibir las indicaciones que les da su conciencia acerca de la irregularidad de su vida. Mas para los hombres de una organización moral superior, no bastan esos medios mecánicos. No les impiden por completo distinguir el desacuerdo que existe entre su vida y los imperativos de su conciencia.

Y esta lucha trastorna la armonía de su modo de existir. Para olvidarlo y seguir su vida irregular, recurren á un medio interior más seguro, tratando de adormecer la conciencia misma; y lo consiguen por medio del envenenamiento del cerebro con ayuda de narcóticos.

Por ejemplo, supongamos que la vida de un hombre no esté de acuerdo con su conciencia, y que ese hombre no tenga fuerza bastante para restablecer la armonía. Por otra parte, las distracciones que debieran impedir que su atención se fije en ese desacuerdo, ó son insuficientes por sí mismas, ó han llegado á serlo para él.

Entonces, ese hombre que quiere perseverar en el mal camino á pesar de los avisos de su conciencia, se decide á envenenar, á paralizar por completo y para cierto tiempo el órgano por medio del cual se manifiesta la conciencia.

Este hábito, difundido hoy por el universo entero, de fumar y de alcoholizarse, no se explica por una inclinación natural, ni por el placer y la distraccion que eso proporciona, sino por la necesidad de disimularse á sí mismo las manifestaciones de la conciencia.

Un día que me paseaba por la calle, pasé por delante de varios cocheros de alquiler que charlaban unos con otros. Uno de ellos hizo de pronto una observación que me chocó: «¿Quién lo puede dudar—decía.—Ciertamente, hubiera tenido vergüenza de obrar así, á no hallarse ebrio.»

De modo, que á un hombre no bebido le hubiera dado vergüenza hacer lo que un borracho había hecho. Estas palabras revelan la causa real que obliga á los hombres á recurrir á los diversos narcóticos y excitantes. Los hombres los emplean con el fin de ahogar los remordimientos de la conciencia después de haber cometido un acto que condena, ó con el fin de provocar un estado de ánimo que les haga capaces de obrar en contra de su conciencia. La conciencia retiene al hombre sobrio de frecuentar las rameras, del robo, del asesinato. El beodo, por el contrario, no se inquieta con remordimientos de esa naturaleza. Así, pues, quien quiere cometer una mala acción tiene ante

todo que aturdirse por la embriaguez. Recuerdo haberme chocado la declaración de un cocinero procesado por asesinato de una señora anciana, pariente mía, en casa de la cual estaba sirviendo. De su propio relato acerca de las circunstancias del crimen que había cometido, resultaba que al coger el cuchillo y entrar en el aposento de su víctima, sintió de pronto que era incapaz de cometer un crimen semejante: «El hombre sobrio tiene remordimientos», decía. Volvióse, pues, al comedor, y uno tras otro se bebió dos vasos de aguardiente que había preparado de antemano. Sólo entonces, y no antes, se sintió capaz de cometer el delito, y lo cometió.

Los nueve décimos de los delitos se perpetran precisamente en estas condiciones. Beber antes, para adquirir valor.

De todas las mujeres que faltan á sus deberes, lo menos la mitad ceden á la tentación bajo la influencia del alcohol. Casi todos los jóvenes que van á las casas de prostitutas, lo hacen también bajo la influencia del alcohol. Los hombres conocen muy bien esa facultad del alcohol de ahogar la voz de la conciencia, y se valen de él con este objeto. Pero esto no es todo. Los hombres, no sólo oscurecen su propio entendimiento para acallar la conciencia, sino que también oscurecen el de los demás cuando quieren hacerles cometer una mala acción. Por eso, hacen beber á los soldados antes de enviarlos al campo de batalla. Cuando el asalto de Sebastopol, todos los soldados franceses estaban borrachos.

No hay que ser muy observador para advertir que las gentes que hacen poco caso de las leyes de la moral son más inclinadas que las otras á entregarse á la embriaguez en todas sus formas.

Los bandidos, los ladrones y las mujeres públicas no pueden pasarse sin alcohol.

Todo el mundo sabe, y conviene en ello, que el consumo de esos productos es con el propósito de ahogar los remordimientos de conciencia.

También se sabe y se confiesa que esos productos apagan la voz de la conciencia, y que el hombre beodo es capaz de cometer ciertas acciones que rechaza con horror en estado de sobriedad.

Todo el mundo está unánime en reconocerlo. Y, sin embargo, ¡cosa extraña!, en el caso en que el uso de esos productos excitantes no conduce al asesinato, al robo, á la violencia, etc., ó no tiene el objeto de ahogar los remordimientos, no se le vitupera. Tampoco se vitupera cuando se encuentra en personas cuya profesión no tiene nada de inmoral, y que no abusan de él; es decir, que

beben y fuman poco y con regularidad.

XIII. — Lombroso y Laschi han fundado todo un sistema penal acerca de los delitos políticos, partiendo del misoneísmo (1). En la naturaleza domina la ley de la inercia, y aún más en la sociedad humana, que tiene horror á lo nuevo. Todo cambio precipitado y no exigido por la necesidad es penoso para ella; y en política es punible, porque marcha contra la opinión y los sentimientos de la mayoría.

Si el progreso orgánico y moral no se verifica sino con lentitud y por poderosos impulsos internos provocados por las circunstancias exteriores é interiores, y si el hombre y la sociedad humana son instintivamente conservadores, preciso es concluir que los esfuerzos en favor del progreso, manifestados por medios harto bruscos y violentos en demasía, no son fisiológicos; que si algunas veces constituyen una necesidad para una minoría opresa, son en línea jurídica un hecho antisocial, por consiguiente, un delito.

Y á menudo un delito inútil, porque despiertan una reacción en sentido misoneísta; la cual, por basarse sólidamente en la naturaleza humana, tiene un alcance más grande que la acción anterior. Para ser aceptado, todo progreso tiene que ser muy lento, pues de otra manera llega á ser un esfuerzo inútil y perjudicial.

Los que quieren imponer una innovación política sin tradiciones y sin necesidad, atacan al misoneísmo y despiertan así la reacción en los ánimos que aborrecen lo nuevo y que justifican por eso la aplicación de la ley penal.

Y aquí aparece la distinción entre las *revoluciones*, que son un efecto lento, preparado, necesario, á lo sumo hecho un poco más rápido por cualquier genio neurósico ó por cualquier accidente histórico, y las *rebeliones* ó sediciones, que son una incubación precipitada, artificial, á temperatura exagerada, de embriones, que por eso mismo están condenados á una muerte cierta.

La revolución es la expresión histórica de la evolución. Dados en un pueblo un orden de cosas, un sistema religioso, científico, que ya no estén en relación con las nuevas condiciones y los nuevos resultados políticos, etc., los cambia con el mínimum de movimiento interior y el máximun de buen éxito exterior; por eso los motines é insurrecciones que provoca, aun dado que sean parte necesaria de

(1) *El delito político*, dos tomos con seis láminas y 29 figuras.—F. Alcan, ed.

ella, apenas se notan, y se disipan casi en seguida de haber estallado; es la rotura del cascarón por el polluelo que llega á la madurez.

Otro carácter de la revolución es su movimiento lento y gradual. Esto es otro motivo de triunfo, porque entonces se tolera y soporta sin sacudimientos, aunque bastante á menudo se hace necesaria cierta violencia contra los partidarios del antiguo régimen de cosas, que siempre los hay por serias que fueren las razones militantes en pro de lo nuevo; y todo ello siempre por efecto de la universalidad del misoneísmo y de la ley de la inercia.

Las revoluciones son más ó menos extensas, generales y seguidas por todo un pueblo. Los motines son siempre parciales, obra de un grupo limitado de castas ó individuos; las clases elevadas no toman parte en ellos casi nunca. Por el contrario, todas las clases toman parte en las primeras, y hasta, sobre todo, las clases elevadas; por supuesto, cuando no van contra ellas las revoluciones.

Las sediciones responden á causas poco importantes, á menudo locales ó personales, que dependen de la irritación, del alcohol y todavía más del clima, como se verá por el paralelo entre los delitos de rebelión y los de lesiones; y duran tanto menos, cuanto más violentas sean. Como no tienden hacia altos ideales, no logran ningún fin, ó consiguen alguno contrario al bienestar general. Son frecuentes en los pueblos más atrasados (como, por ejemplo, en Santo Domingo, en las pequeñas Repúblicas de la Edad Media y en las de la América meridional), entre las clases menos cultas y en el sexo más débil; y los criminales toman mucha mayor parte en ellas que las gentes honradas. (Véase más adelante.)

Por el contrario, las revoluciones aparecen siempre más raras veces, nunca en los pueblos poco avanzados, y siempre por causas gravísimas ó por elevados ideales; y los hombres apasionados, es decir, los delincuentes por pasión, ó los genios, toman parte más á menudo en ellas que los criminales ordinarios.

De ahí proviene que si las rebeliones cesan con la muerte de los jefes, las revoluciones, por el contrario, reciben por ende nuevo impulso (Jesucristo); y aun cuando los comienzos de éstas suelen ser poco favorables, casi siempre concluyen por triunfar, á la inversa de las sublevaciones que, por el contrario, sólo son victoriosas al principio.

Esto acontece hasta cuando se trata de pueblos débiles opuestos

contra pueblos fuertes, como en Grecia, en los Países-Bajos, en Milán en 1848, y en la empresa de Garibaldi. Si al principio parecen desfallecer esas revoluciones, dan lugar á un trabajo lento que termina por hacerlas triunfar. Así es cómo el partido popular de Roma, reprimido por Sila, triunfó de César; en Florencia, los Ciompi concluyeron por vencer á los Médicis; en los tiempos modernos, los movimientos revolucionarios de 1848 y 1849 en Hungría y en Italia, cruelmente reprimidos al pronto, condujeron á estas naciones á la conquista de su independencia política.

Esto se explica por el motivo de que las revoluciones se forman, cuando el terreno está predispuesto, gracias á la aparición de genios ó de monomaníacos, quienes, por la originalidad ó la mayor agudeza de su ingenio y su menor misoneísmo, presienten las necesidades que más adelante serán sentidas por todos.

Al principio, no pudiendo seguirlos en sus miras el público misoneísta, los desconoce y los abandona en brazos de algunos fanáticos apasionados y á menudo locos ó criminales; pero más tarde, cuando se cumplen sus previsiones, recogen esa unanimidad de voluntades conformes, que es la mayor de las potencias; resultado á que contribuye hasta la reacción suscitada por los sufrimientos injustos que se les impusieron. Tenemos la prueba de ello en los ejemplos de Cristo, Lutero, Szekeny, Mazzini, Garibaldi, etc.

Pero si el terreno no está preparado y es demasiado grande la distancia entre el precursor y la masa del público, éste no escucha á aquél; y entonces sólo hay una sedición, la cual no es más que el aborto de la revolución, y que, á semejanza de él, por consiguiente, no es más que una prueba de enfermedad y debilitamiento.

He aquí por qué vemos más numerosas las sediciones en los países cálidos ó en los de grandes altitudes, allí donde la baja de presión atmosférica provoca la anoxiemia; al paso que se ven más frecuentes las revoluciones en las regiones frías y templadas. Por ejemplo: los judíos, que han llegado á convertirse casi en arios al pasar del calor al frío moderado; mientras que arios muy puros, como los vándalos, al pasar del frío á los excesivos calores del Africa, experimentan un movimiento de regresión.

Por último, he ahí por qué existen países donde jamás hubo verdaderas revoluciones, donde la religión ha permanecido siendo siempre católica, bramínica ó fetichista, y donde siempre sigue el gobierno in-

dividual y despótico aun en las sedicentes republicas; al paso que las rebeliones son rarísimas en Inglaterra, en la América del Norte y en Alemania, donde, por el contrario, ha habido grandes revoluciones.

En resumen: las revoluciones son fenómenos fisiológicos; las rebeliones, fenómenos patológicos. Por eso nunca son delitos las primeras, porque la opinión pública las consagra y les da la razón; al paso que, por el contrario, las segundas son siempre, si no delitos, por lo menos su equivalente, porque son la exageración de los motines ordinarios.

Sin embargo, hay un término medio entre las rebeliones y las revoluciones, y son los levantamientos provocados por una causa justa, impersonal, general, pero que estallan prematuramente (como los de Estéban Marcel en Francia, Pedro el Grande en Rusia, Pombal en Portugal, Nicolás Rienzi y Massaniello en Italia), ó que parten de las ínfimas capas de la sociedad (como el cristianismo ó el buhdismo, los Ciompi en Florencia, la Jacquerie en Francia), ó de las más altas jerarquías sociales (como el nihilismo en Rusia, los movimientos de 1821 y de 1831 en Italia); es cierto que algunas veces acaban por triunfar; pero, entre tanto, mientras no se han adaptado al medio, se asemejan á las rebeliones.

XIV.—Joly.—En la *France criminelle* (1890), prueba M. Joly, con ayuda de la estadística, que el delito en Francia, en los períodos sucesivos de nuestro siglo, ha tenido uno tras otro por carácter dominante, primero la pasión, después la codicia, luego la depravación, y por último la inercia ó la cobardía. Los historiadores y los moralistas se encargarán de ver si esas evoluciones del mundo criminal coinciden ó no con las de nuestra sociedad entera.

También ha puesto de relieve la gran influencia de los cambios de residencia sobre la criminalidad contemporánea. Había ya elementos comparativos entre la criminalidad de los extranjeros residentes en Francia y la de los franceses; pero una estadística recientísima nos permite apreciar la criminalidad de cada departamento, con arreglo á los crímenes y delitos cometidos en todo el territorio nacional por gentes nacidas en cada territorio departamental. Con esos datos, M. Joly ha trazado un nuevo mapa de la Francia criminal. Después consagra un importante capítulo á comentar, á «ilustrar» la ley que los cálculos hechos en la cancillería permiten formular de esta manera: «De cada 100.000 franceses que no han abandonado el sitio donde nacieron, 8 van á juicio ante el Jura-

do; de cada 100.000 domiciliados en otros departamentos diferentes de aquel en que nacieron, van 29; y de cada 100.000 extranjeros residentes en Francia, van 41.»

Escribe un doloroso capítulo acerca de la precocidad del mal y acerca del espantoso aumento de la criminalidad en los adolescentes; según él, la causa de esto, sobre todo, es la desaparición del aprendizaje. En cuanto á las profesiones, M. Joly no se ha limitado á pintar las cualidades y los defectos del campesino y del obrero. Según él, «para explicar la criminalidad de las gentes, hace menos falta ver la manera cómo practican una profesión dada, que el modo cómo á menudo se ven tentados ó constreñidos á dejarla».

El universal cambio de clase le parece la causa principal, si no única, de la agravación de los delitos.

En su otra obra *Le Crime,* demuestra Joly que desde cincuenta años á esta parte el progreso moral de Francia no ha seguido á sus progresos materiales. El crimen se ha multiplicado en ella, al mismo tiempo que se ha refinado. Hacia 1854, por ejemplo, se ve disminuir la codicia, el robo; bajo el Imperio gana terreno la licenciosidad de costumbres; hoy asistimos á una especie de dejación de sí mismo, que se manifiesta por los suicidios cada vez más frecuentes.

Si se estudia la distribución de los delitos en el territorio francés, adviértese bien pronto que los grandes centros son los focos del mal; se ve también que la inestabilidad y la desorganización de la familia son sus poderosas causas. M. Joly marca muy bien el carácter de las causas de nuestra decadencia; son de orden moral, sobre todo. Pues bien; los remedios esenciales tienen que ser de la misma naturaleza. Tal es, en efecto, su conclusión. «Creo firmemente, dice, que ni el individuo culpable, ni la sociedad cómplice del delito están bajo el imperio de una fatalidad insuperable. Hasta afirmo que esta conclusión resalta á cada instante en el estudio imparcial del crimen, lo mismo en la vida pública que en la vida privada.» (Pág. x.)

Esta obra puede considerarse, pues, como una refutación de nuestras teorías. Después de haber recapitulado todas las causas de desmoralización, M. Joly prosigue: «¿Dónde está en todo esto el atavismo, tal como lo ha imaginado la escuela italiana? ¿Dónde la regresión hacia un tipo salvaje? ¿Dónde la constitución de un organismo criminal producido por los azares del nacimiento y las combinaciones accidentales de la herencia? Es muy cierto que el

crimen no deja la integridad primitiva ni al individuo ni á la familia. El alcoholismo hace degenerar á la raza; la prisión bastardea á los que en ella habitan; la irregularidad en el trabajo quiebra la voluntad; el desfallecimiento producido por las enormes dificultades de la rehabilitación, quita al organismo hasta toda su energía; la debilitación de las funciones sociales se revela por la decadencia visible del tipo y de la fisonomía del condenado. Sí, todo eso es exacto; pero en todo ello es preciso ver efectos más bien que causas del delito.» (Páginas 419-420.)

Ya he contestado á esas críticas (1); sólo añadiré que de esas dos obras, muy ricas en hechos y en estudios y muy bien escritas, emana un olor á iglesia; el autor preconiza el catolicismo como remedio de todos esos males. Nos parece inútil una refutación de esa panacea.

XV.—Frassati, en el libro *La nuova scuola penale* (Turín, 1892), ha trazado la historia completa de la difusión de la ideas de nuestra escuela por todas las naciones de Europa, sobre todo en Rusia, Francia y Alemania, así como también en América.

Con verdadero orgullo pueden ver nuestros partidarios los progresos de su obra desde hace veintidós años; pero la parte más interesante quizá de esta magnífica historia, es aquella en que descubre el *núcleo* de nuestras doctrinas en escritores muy antiguos y enteramente olvidados.

Así, Alejandro Joch, en *Ueber Belohnung und Strafe nach Turkischen Gesetzem*, 1772, niega la libertad humana; y partiendo resueltamente, como Ferri, del convencimiento de que el hombre no es libre, se pregunta en qué se funda la necesidad del derecho de castigar. «La pena es necesaria, dice, y tendrá que subsistir cuando hayan desaparecido todas las libertades.»

«El vituperio y el elogio, la pena y la recompensa, la esperanza y el temor, son las ruedas por medio de las cuales vive y se mueve la sociedad humana. Sin las leyes y las penas no pueden existir las naciones.»

«La idea de que las penas y las recompensas son inútiles si se niega la libertad, está tan poco fundada, que si el hombre pudiera querer sin principio y sin causa alguna cosa, sería inútil la pena á nuestro parecer. Para castigar á los hombres no hay más motivo que el bienestar de la sociedad: se castiga

(1) *Anthropologie criminelle*, etc., páginas 31, 35, 36. París, 1889.

á un criminal por la misma razón y con el mismo objeto que se mata á un perro rabioso.» Son nuestras ideas, hasta son casi nuestras expresiones.

Después de Joch viene Rondeau (*Essai physique sur la peine de mort,* Memorias de la Real Academia de Bruselas, 1870). También éste niega la existencia de la libertad moral, y se apoya en esta negación para pedir á Europa la radical reforma de toda la legislación criminal. Cree que el mal moral es resultado de un mal físico. El mismo asesino es un enfermo, como todos los demás criminales. Estos deben ser castigados, porque perturban el curso regular de la vida social, porque son contrarios al desarrollo de la especie.

Pero, dado que cada delito es producto natural y consecuencia lógica de alguna enfermedad, la pena no debe de ser otra cosa sino un tratamiento médico.

En su sistema represivo, todos los establecimientos penitenciarios deben transformarse en hospitales; no se intentará de ningún modo mejorar la organización de los penados. Se atenderá al ladrón y al vago, haciéndoles gustar los goces del trabajo, y recluyéndolos para toda la vida en el caso de que fuesen rebeldes á todo tratamiento.

César Lombroso.

LA ESCUELA CRIMINALISTA POSITIVA

(CONCLUSIÓN)

Pero, repetimos, admitido todo esto, ¿cómo considerar á uno responsable de lo que obra por la tiranía del organismo ó del ambiente? ¿No se trastorna y se anonada así todo criterio moral y jurídico de la pena?

Parece una pregunta terrible, para quien está siempre embrollado por los hábitos mentales de la tradicional filosofía; y, por el contrario, es una pregunta para responder á la cual basta con la más fácil observación de los hechos diarios.

Así como la sociedad recompensa y premia y festeja á los hombres por cualidades independientes de ellos, pero que por fortuna los han heredado al nacer, como el genio poético, ó científico, ó artístico, un galillo feliz ó unos pulgares de acero, igualmente la sociedad castiga y pena á los hombres, sin atender á su *culpabilidad,* sino atendiendo sólo por suprema necesidad de su existencia á los efectos dañinos de sus acciones. Y haciéndolo así, la sociedad, en todo el campo de la actividad extraña al Código penal, no hace más que seguir una ley natural que rige también para el mundo físico.

La naturaleza reacciona siempre, con una sanción muda pero inexorable, contra cualquiera que viola sus leyes: quien saca demasiado el cuerpo fuera de una ventana, con las intenciones más bienhechoras, cae y se mata; quien come demasiado, aunque sea sin motivos innobles de glotonería ú otros, quien come con las mejores intenciones una sustancia perjudicial para el organismo, enferma y sufre, y á veces muere; quien abusa del trabajo mental ó muscular, aunque sea

con un fin santo, acaba por la demencia ó por la anemia.

Así, en la vida social, el desidioso que sin mala intención, antes con el continuo disgusto de su propio defecto y con el tenaz y sincero propósito de corregirse, tropieza con los transeuntes, hace caer un objeto precioso ú ocasiona un daño á otro, es evitado en su trato, vituperado, mal visto. Puede hasta reconocerse que «no es culpa suya» el ser así, pero la reacción social no deja por eso de hallarse molesta por sus actos individuales dañosos ó incómodos. El comerciante, el industrial, que por amor al bien, al progreso, á la utilidad social, inicia una nueva empresa y tiene la desgracia de fracasar, quiebra y se le deja en la miseria, aun reconociendo que no tuvo mala intención, antes bien, confesando lo contrario.

¿Qué más? Quien comete un acto antijurídico, *sin voluntad* de cometerlo, es castigado no sólo con la reacción social de la opinión pública ó de las consecuencias económicas, sino por verdadera y propia condena penal, como en el caso de «homicidio involuntario».

Por tanto, la sociedad no siempre exige la perversa y libre voluntad para herir con su desprecio ó con su abandono ó con sus penas á quien ejecuta un acto contrario á las condiciones de su existencia, un acto antisocial.

Pues entonces, ¿por qué sólo en los delitos se ha de exigir, como condición para la pena, aquella maldad y libre voluntad, que la sociedad no exige en el mayor número de los casos?

Esto significa, pues, dos cosas: primera, que este criterio de la libertad moral como condición de responsabilidad penal es un residuo de ideas rancias inspiradas en la expiación religiosa, que en el campo estrictamente jurídico ya no tienen ninguna razón de existir; segunda, que, por consiguiente, la sociedad considera responsable á todo individuo de todas y cualesquiera acciones por él ejecutadas, y reacciona á éstas de un modo útil ó dañoso para quien las ha realizado, según sean útiles ó dañosas á la sociedad en medio de la cual se han ejecutado.

En resumen, la suprema necesidad de la propia conservación, á la que debe obedecer el organismo social como todo organismo viviente, es la razón única y positiva del derecho de penar, que con bastante menos impropiedad se llamaría derecho de defensa social.

Tenga ó no sentido moral, tenga ó no libertad moral al cometer un delito, quien lo comete es un individuo peligroso y antisocial; y la

sociedad reacciona contra él por una necesidad innegable de la propia defensa ó conservación.

Esta es la realidad pura y limpia, la única que concibe el sentido común, sin necesidad de fórmulas abstrusas y más ó menos clásicas.

Sólo que (y he aquí el oficio de la sociología criminal) la sociedad debe reaccionar diversamente según el diverso poder maléfico y antisocial del individuo de que se trata y de la acción por él ejecutada.

Y aquí es donde precisamente la diversidad de los factores del crimen y la consiguiente distinción de las varias categorías de delincuentes determina la variedad de los medios defensivos contra el delito, que la sociología criminal señala con el dedo á la sociedad, traspasando las mezquinas líneas del Código penal é introduciéndose, como antes dije, en el más vasto y fértil terreno de la prevención, coordinando en las cuatro siguientes categorías todas las formas de defensa social. Y son éstas: los medios *preventivos* ó de higiene social, que atienden á impedir la aparición misma del delito; los medios *reparadores* ó de resarcimiento civil, que son hasta ahora letra muerta, por la separación ilógica impuesta hasta hoy por la ciencia clásica entre el derecho represivo penal, el derecho coactivo civil y las medidas preventivas; los medios *represivos temporales,* que pueden ser algunos de los que ahora constituyen casi todo el arsenal punitivo; y, finalmente, los medios *eliminativos,* por los cuales, reconociendo la sociedad como inepto en absoluto para adaptarse á la vida social á un individuo dado, lo excluye del propio organismo en virtud de una función de desasimilación, que ya en todo organismo viviente es la base misma de la vida, que lucha contra los elementos no asimilables.

Y estas varias formas de defensa social se subordinan á estos dos máximos criterios de la sociología criminal: 1.°, que la sociedad debe ante todo dedicar su labor principal y asidua é inexorable á la aplicación de los medios preventivos, en vez de esperar á que se realice el mal para castigarlo después sin repararlo nunca; 2.°, que frente á un delito ya cometido, la temibilidad del delincuente sea la norma fundamental para oponer el único medio reparador, ó recurrir al represivo, ó dirigirse, por último, al extremo medio eliminador.

Pero, á propósito de esta eliminación de los delincuentes más peligrosos é incorregibles, surge de nuevo la tan *vexata quæstio* de la pena capital.

En contra de la escuela clásica, los positivistas en derecho criminal

están unánimes en considerar que la pena de muerte, escrita en todos los momentos de la existencia del mundo, es la consecuencia natural y legítima de los hechos y de las inducciones antes indicadas; frente á ciertos individuos refractarios á todas las reglas de la vida social, no cabe ninguna duda de que la sociedad tiene derecho á eliminarlos, á suprimirlos, á matarlos, porque se encuentra en esa necesidad.

Pero entre el punto de partida teórico de este principio jurídico y el punto de llegada á la aplicación práctica de la pena de muerte, creo, como buen positivista que no abandona la realidad, que hay un espacio intermedio, el cual precisa ver si es posible y útil vadear.

Sin duda, los delincuentes, contra los cuales sería únicamente aplicable la pena de muerte, son los autores de homicidios, acompañados de tales circunstancias de hecho y con tales caracteres antropológicos que, sin más, baste para colocarlos en el grupo más peligroso de los malhechores. Es decir, todos ó casi todos los homicidios calificados, el bandolerismo con homicidio ó con sevicias y gran parte de los homicidios llamados simples, según los criterios clásicos, pero que por la recidiva ó por su móvil indican igual grado de temibilidad en sus autores; es decir, tomando las cifras de los condenados anualmente en Italia por estos delitos por el Jurado, de 1.500 á 2.000 individuos cada año.

Ahora bien, aunque á los actuales modos teatrales de ejecución de la pena capital sustituyeran otros modos menos dolorosos y más rápidos, como un veneno potente ó una fortísima sacudida eléctrica, ¿sería posible en nuestro país y con nuestras costumbres una carnicería permanente de seis ó siete ejecuciones capitales por cada día del año? No vacilo en negarlo y en llegar así por otra vía á la conclusión de que en nuestro país la pena de muerte no es aplicable en aquellas únicas proporciones que la harían eficaz, como selección artificial de elementos peligrosos en grado máximo; por lo cual es fácil ver que esta principalísima razón, por la cual puede sostenerse positivamente la pena de muerte, no consiente que se haga aplicación de ella á seis ó siete individuos cada día del año, sin hablar tampoco de la nada seria costumbre de dejar escrita en el Código una pena que después no se aplica.

Y la otra poderosísima razón que tengo para afirmar lo inaplicable de la pena capital en nuestro país y en nuestra época, es la subrogabilidad de esa pena por otros medios eliminativos. Son éstos: el pre-

sidio perpetuo, la deportación á Ultramar y la deportación interior.

El presidio es de cierto el menos útil de estos medios, aunque entre los muros de la cárcel se pueda dar acomodamiento racional al trabajo de los condenados. Queda la deportación; pero cuando es á Ultramar, ya se ha demostrado impotente é inatendible por la experiencia de Inglaterra, á pesar de tantas fuerzas marítimas y tanta extensión de posesiones coloniales como tiene; y la persistencia de Francia en este sistema no vale para disminuir sus inconvenientes, que por palmarias razones serían mucho más graves para nuestro país.

He aquí por qué reservaré (admitiendo dentro de ciertos límites el presidio) toda ó casi todo la función eliminativa á la deportación de toda una categoría de delincuentes á nuestras tierras, aún no redimidas del paludismo, que tan tristemente anublan la purísima sonrisa de nuestro cielo italiano. No me detiene la duda de si la sociedad tendrá derecho á mandar á una muerte lenta á los que dice condenar á presidio; porque, por una parte, cuando la pena estuviese sancionada así en la ley, sería la que es, sin subterfugios ni reticencias; y por otra parte, porque si esa terrible diosa Fiebre no puede aplacarse sino con la hecatombe de miles y miles de hombres, no veo por qué no hayan de sucumbir antes los malhechores y salvarse los trabajadores honrados. No es justo ni humano, para el saneamiento de esas llanuras desoladas, exigir á los honrados trabajadores que pierdan allí la vida en premio de un santo trabajo. Que vayan los delincuentes, y no á dosis homeopáticas, como hasta ahora se ha hecho en el Agro Romano, atrofiando un principio fecundo, sino que vayan en falanges numerosas á los primeros trabajos en las marismas (seguidos después por los trabajadores honrados), y redímanse así con el holocausto de su vida en pro del mejoramiento económico y moral de aquella sociedad á la cual hicieron tanto daño con sus miserables obras.

Tales son las conclusiones máximas á que llega hasta ahora la sociología criminal, con la escolta de los hechos observados y que más arriba indiqué. Otras conclusiones vendrán, y todos los días se ensanchan luminosos los horizontes de esta ciencia renovada; pero ya tienen ahora las investigaciones de la escuela criminalista positiva tanto valor de verdad, que un gran inge-

nio napolitano, Rogerio Bonghi, de quien me separa sustancial diferencia de principios políticos y sociales, pero á quien no se le puede negar la solidez mental, proclamaba que sólo de ellas «puede esperar la legislación penal en Italia la corrección de las enfermedades morales y mentales que se han introducido allí».

Y ahora, al llegar al término de esta rápida carrera por el campo de la ciencia criminalista renovada, permitid que libre también el corazón se expansione y envíe una cálida onda de sangre al cerebro, para que al mesurado raciocinio siga la palpitación del sentimiento, que hermosea la vida.

Me despido de vosotros con un augurio que tiene para mí toda la fascinación de los más altos deseos. En las provincias septentrionales de Italia predomina la voluntad; en las meridionales el ingenio; venga pronto aquel día que traiga la fraternidad de la voluntad con el ingenio, y veremos á la patria realizar sus grandes destinos.

Pero el corazón también quiere daros testimonio de gratitud por vuestra acogida, que inflamada por la comunidad de edades y de los altos ideales, cada vez más altos, me seguirá como dulce eco del alma en el tranquilo oasis medioeval que me espera con el ritmo tranquilo del estudio cotidiano. Me seguirá compensación alta é inesperada, como aprobación elocuente de que, de seguro, vosotros (y os atestiguo que estáis en lo verdadero) no juzgasteis esto en mí petulante vanagloria, sino entusiasmo fuerte y sereno por la ciencia. Por aquella ciencia que habiendo dado en cambio de la otra fe, donde se apaga el espejismo irisante, la fe de la vida por la patria, no debe ya encerrarse como en pasados tiempos dentro del círculo restringido de la escuela apartada del mundo, sino que debe mostrar que en el ánimo de sus cultivadores siempre palpita y vive la vida de nuestra patria, y que apresura su expansión más alta en la senda esplendorosa de los humanos progresos con su trabajo, noble y santo también, porque es fecundo en santo porvenir.

E. Ferri.

EL PROYECTO DE CÓDIGO PENAL

PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA

Historia. — La República Argentina no tardó en reconocer la imposibilidad de seguir sometida, en materia penal, á la antigua legislación española, y desde muy luego procuró darse un Código que respondiera á las nuevas necesidades y que estuviera de acuerdo con los adelantos de la ciencia. En 1863 comisionóse al doctor D. Carlos Tejedor la redacción de un Código penal, cuya primera parte presentó dos años más tarde, declarando que estaba inspirado en el Código de Baviera, y como la comisión encargada de revisarlo se retrasase en cumplir su cometido, las provincias, usando de las facultades que les concedía la Constitución, adoptaron aquel proyecto como ley, y como tal rigió hasta que en 1886 fué sancionado el Código nacional, predominando, «sobre el interés de la perfección de la obra, el de cumplir alguna vez la prescripción constitucional, el de establecer la unidad de legislación penal de la República y el de mejorar en algo la ley penal existente (1)».

Producto de tales apremios, el Código de 1886 mostró bien pronto graves defectos, que movieron al Poder ejecutivo de la República á dictar, en 7 de Junio de 1890, un decreto nombrando una comisión encargada de proyectar las reformas que reputaren necesario introducir en aquel cuerpo de ley, y fruto de los trabajos de esa comisión es el proyecto que vamos á dar á conocer, terminado en el breve plazo de un año y elevado al Ministro argentino de Justicia, Culto é Instrucción Pública, con una larga *Exposición de motivos* (2).

---

(1) Rodolfo Rivarola: *Exposición y crítica del Código penal de la República Argentina*, tomo I, pág. 3. Buenos Aires, 1890.

(2) *Proyecto de Código penal para la Repú-*

Componían la comisión los señores D. Norberto Piñero, D. Rodolfo Rivarola y D. José Nicolás Matienzo, y se les previno que tuviesen presentes los considerandos del decreto de su creación, en los cuales se decía:

«1.° Que, según lo ha comprobado el estudio y la jurisprudencia de los tribunales, el Código penal vigente adolece de efectos que es indispensable hacer desaparecer, por los peligros que entrañan para la sociedad y para los que sufren especialmente su aplicación.

»2.° Que en los últimos años, diversos países han alterado su legislación penal, dictando sus códigos como el resultado de estudios minuciosos y completos que deben tenerse en cuenta, y que la ciencia penal se ha enriquecido con nuevas doctrinas que, si bien son objeto de discusión y no se imponen desde ya como verdades inconcusas, deben tomarse en consideración para aceptar de ellas lo que pudiera importar un progreso para nuestra legislación.

»3.° Que, además de las deficiencias apuntadas, existen vacíos que las legislaciones modernas han previsto en sus disposiciones, vacíos que es menester llenar por el carácter mismo de las leyes penales, que no deben dejar impunes ciertos hechos criminosos omitidos en sus disposiciones y que pueden ser de gravedad tal que comprometan las relaciones internacionales.»

Estructura general del proyecto.—Siguiendo el plan de casi todos los códigos penales modernos, el proyecto argentino se divide en tres libros, consagrado el *primero* á las *disposiciones generales,* el *segundo* á los *delitos* y el *tercero* á las *faltas,* diferenciándose en esto del Código vigente en aquella nación que no contiene libro alguno dedicado á las *faltas,* por más que las defina en su artículo 1.° como hace el Código español. La omisión del Código se explica por haber seguido en este punto al proyecto del doctor Tejedor, el cual, siguiendo, á su vez, al Código de Baviera, no comprendió entre sus disposiciones las referentes á las *contravenciones de policía,* por creer que debían ser asunto de otro código especial y distinto. Pero este vacío de la ley había dado lugar á dudas acerca de si competía legislar sobre las faltas al Congreso nacional ó á

blica Argentina, redactado en cumplimiento del decreto de 7 de Junio de 1890 *y precedido de una Exposición de motivos*, por los doctores Norberto Piñero, catedrático de Derecho penal en la Facultad de Derecho y Ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Rivarola, Fiscal de las Cámaras de Apelación del Departamento de la capital de la provincia de Buenos Aires, José Nicolás Matienzo, juez de la primera Cámara de Apelación del mismo Departamento. Buenos Aires, 1891, un volumen, págs. 464.

las legislaciones provinciales, dudas que los autores del proyecto que examinamos resuelven en pro del Congreso nacional, fundándose en que no existe diferencia esencial entre el delito y la falta y sí sólo de gravedad é importancia, como entiende el Código francés y todos los que le imitaron adoptando la división tripartita de los hechos punibles en crímenes, delitos y contravenciones, según la gravedad de la pena con que se castigan.

El problema, que tanto se ha agitado en Italia durante la larga gestación de su reciente Código penal, sobre si deben incluirse en éste ó deben ser objeto de un cuerpo legal distinto las disposiciones de *policía punitiva,* entrañaba, como se vé, para la República Argentina, á más de su importancia teórica y científica, una grave cuestión de interés práctico y político acerca de la competencia legislativa de las provincias y del Estado nacional, y si consideraciones de esta naturaleza pueden explicar la inclusión en un sólo código de los delitos y de las infracciones de policía, no pueden admitirse las razones en que se apoyan para hacerlo los autores del proyecto que exponemos, porque, digan lo que quieran algunos positivistas italianos, es innegable la distinta naturaleza intrínseca de ambos hechos punibles y la diferencia de criterio en que se funda su represión.

Aplicación de la ley penal.— Con buen acuerdo, á mi ver, y siguiendo el ejemplo de muchos Códigos de Europa y América, el proyecto argentino comienza con un título en que se contienen algunas disposiciones preliminares relativas á la esfera de eficacia de la ley penal por razón del lugar y por razón del tiempo y á la excepción de algunas leyes penales especiales. Nuestro Código no tiene un título semejante, y las prescripciones que en él deberían comprenderse andan esparcidas en distintos lugares del Código mismo ó en otras leyes de diferente naturaleza. Es este un defecto de nuestro derecho vigente, á que los señores Alonso Martínez y Silvela trataron de poner remedio en sus sendos proyectos de Codigo penal de 1882 y 1884, colocando á la cabeza de los mismos un *título preliminar* que abarcaba, por cierto de un modo más completo que el argentino de que tratamos, las disposiciones de referencia.

El proyecto de los señores Piñero, Rivarola y Matienzo sanciona, con más rigor quizá que ningún otro Código, el principio territorial para la aplicación de las leyes penales, extendiéndolo á los buques mercantes que lleven la ban-

dera de la República, aunque se hallen en las aguas jurisdiccionales de otro Estado, con la mira de que no queden impunes los delitos cometidos á bordo de sus buques entre los tripulantes argentinos en las aguas de aquellas naciones que, como Bélgica, dejan á la justicia extranjera la represión de estos casos, y sin temor de que puedan surgir conflictos con los países que siguen la regla contraria, por la prelación que el derecho internacional tiene sobre el derecho particular de cada Estado, por manera que si la disposición proyectada se encontrase en pugna con un tratado ó con prácticas recíprocas de otro Estado, prevalecería la ley ó la costumbre internacional. Por atenerse estrictamente al principio de la territorialidad de la ley penal no se incluyen en este proyecto las numerosas excepciones al mismo que se reconocen en otros Códigos y que el Sr. Silvela reconocía en el suyo antes mencionado, si no es la referente á los hechos punibles cometidos en el extranjero por agentes ó empleados de autoridades argentinas en el desempeño de las funciones de sus cargos (art. 3.°); pero en cambio se consigna el deber de expulsar del territorio de la República á cualquiera, nacional ó extranjero, que haya delinquido en otro país y que no haya sido juzgado y haya cumplido su condena ni sea reclamado por las autoridades competentes, despues de requeridos para su extradición, precepto éste que no encontramos en ningún otro Código, de difícil aplicación, preñado de injusticias y desigualdades, y que viene, en último resultado, á contradecir el mismo principio de la territorialidad de la ley punitiva, puesto que esa expulsión por delitos cometidos en el extranjero no sería más que una pena impuesta arbitrariamente por las autoridades gubernativas, sin las formalidades y las garantías de un proceso y un fallo judicial.

Más acertado me parece el proyecto en no querer exceptuar de sus disposiciones á los delitos de imprenta, sometiéndoles á una legislación especial, porque la imprenta es sólo un medio para cometer delitos comunes, que, por ende, deben ser castigados según las prescripciones del Código, siendo toda excepción en esta materia una restricción de la libertad de la prensa, inspirada en miras políticas y del momento, pero sin fundamento bastante en los principios directores de todo el derecho penal. En este punto, aventaja el proyecto argentino, no sólo al del Sr. Silvela, sino al mismo Código vigente en España, porque éste admite una especie de responsabilidad criminal subsidiaria de

los directores, editores é impresores para los casos en que no pueda imponerse la pena á los verdaderos autores del escrito ó estampa publicados, cosa que aquel rechaza expresamente en el artículo 77.

Penas.—Antójaseme un defecto de plan colocar antes las disposiciones relativas á las penas que las referentes al delito, como hace el proyecto argentino siguiendo al Código francés y á los que le han imitado, que son la mayoría, y porque en el orden lógico y en el cronológico precede siempre el delito á la pena, juzgo preferible el plan inverso, seguido por el Código español y el portugués y por el que actualmente rige en la misma República argentina; pero, prescindiendo de esto, habré de decir que el proyecto que nos ocupa se inspira en las tendencias modernas á la simplificación de la escala de penas, no admitiendo más que las de muerte, presidio, deportación, penitenciaría, multa, inhabilitación y destierro.

Muy atrás se queda en esta materia nuestro Código, que establece la escala de penas quizá más numerosa y complicada de todas las que existen en la actualidad, y aun el proyecto del Sr. Silvela, que, con reconocer la necesidad de simplificar la escala vigente, todavía admite diez y siete especies de penas, que se distinguen por el nombre, la duración y los efectos. El Código portugués sanciona una escala más sencilla, porque, aunque enumera muchas penas, más bien son grados distintos de una misma que penas diferentes; pero los Códigos que van á la cabeza en esta materia son, sin duda, el holandés, que sólo admite tres penas principales y cuatro accesorias, y el italiano, que consigna seis penas para los delitos y tres para las faltas.

En ninguno de estos tres Códigos figura la pena de muerte, que el proyecto que estudiamos conserva á la cabeza de la escala penal. En este extremo, la comisión encargada de redactarlo no estuvo de acuerdo, y sólo por mayoría tomó esa decisión. Deseosa, sin embargo, de limitar considerablemente la aplicación del último suplicio, propone que no se imponga cuando haya sólo prueba de presunciones, ni á las mujeres, los menores de diez y ocho años y los mayores de setenta, como ya hace el Código de su país; pero, no contenta con esto, proyecta todavía que sólo se aplique la pena de muerte á los condenados á presidio perpetuo que reincidieren en un delito por el que merezcan la misma pena (art. 85). Este sistema, que la comisión declara que no ha sido «presentado aún por ningún Código ó proyecto»

espera que «sea un límite que pueda tenerse por justo y racional, ó por lo menos admisible por abolicionistas y antiabolicionistas (1).» Creo que las esperanzas de la comisión saldrán fallidas, porque los abolicionistas, si tienen que aceptar con regocijo, como mal menor, todo lo que sea restringir y limitar la aplicación de la pena de muerte, no pueden darse por satisfechos con menos que su supresión, y los antiabolicionistas, si creen en la eficacia de esa pena, no pueden contentarse con que se la reserve para casos raros y excepcionales. Hubiera sido de desear que la comisión argentina, siguiendo el ejemplo de los Códigos que ya han abolido la última pena, hubiera borrado de su proyecto ese castigo, condenado por la ciencia y la civilización, y que en vano tratan de resucitar algunos adeptos de la escuela positiva, apoyados en las doctrinas de la lucha por la existencia y de la selección.

Inspirándose en la ley francesa de 27 de Mayo de 1885, el proyecto introduce la pena de deportación que no figura en el Código vigente en la República Argentina. Esta pena se aplicará á los reincidentes y se cumplirá en una isla por tiempo *indeterminado,* obteniendo la *exoneración* de ella los deportados que justifiquen veinte años de buena conducta. Muy lejos están los penalistas de haber venido á un acuerdo acerca de la eficacia y procedencia de esta pena, sobre la cual tanto se ha discutido; pero creo que puede afirmarse que no es admisible en buenos principios ni deben esperarse de ella beneficiosos resultados cuando se limita á abandonar lejos de la patria á los condenados, sin cuidarse de rodearlos de las condiciones necesarias y de prestarlos los medios indispensables para su regeneración moral, y algo de esto entiendo que hace el proyecto que vengo exponiendo, pues se concreta á decir que los deportados estarán sujetos á la vigilancia de la autoridad, á observar las reglas de inspección que fije la sentencia y á adoptar oficio, arte, industria ó profesión.

Me parece laudable que la deportación sea por tiempo *indeterminado,* y es de lamentar que en el proyecto se supriman las penas de presidio y penitenciaría por *tiempo indeterminado* que figuran en el Código vigente, porque la indeterminación de la pena es un principio de la moderna penología, lógicamente deducido de la consideración de la pena como un medio destinado á conseguir el fin de la regeneración del culpable, que es imposi-

(1) L. c., pág. 23.

ble determinar de antemano cuándo se realizará.

Pone, en parte, remedio á los inconvenientes de las penas á tiempo fijo la institución de la libertad condicional, que permite abreviar aquellas cuando ya aparecen como inútiles por haberse logrado el fin que se proponían, y merece alabanzas el proyecto argentino por haber sancionado esta institución, que tiene cabida en todos los Códigos modernos pero no en el nuestro ni en el proyecto del Sr. Silvela, que no se atrevió á introducir en nuestro país esta medida, que tan excelentes resultados ha dado en todas partes.

Es una exigencia, cada vez más vivamente sentida, que el Código penal señale el sistema que ha de regir en los establecimientos destinados á la extinción de las penas de libertad, y así lo hace el proyecto, fijando para las penas de presidio y penitenciaría la reclusión celular en las horas destinadas al sueño y la prisión en común durante las horas de trabajo ó instrucción. El Código holandés, el portugués, el italiano, etc., también fijan el sistema para el cumplimiento de las penas de privación de libertad; el español y el proyecto del señor Silvela callan sobre este punto, dejando su regulación ó á una ley especial ó al Poder ejecutivo, cosas ambas injustificadas é igualmente inadmisibles.

No se hallan en el proyecto las numerosas y complicadas disposiciones que en nuestro Código y en el proyecto del Sr. Silvela se encuentran referentes á grados de las penas, escalas graduales y reglas para la aplicación de unos y otras, que los hacen tan arbitrarios, mecánicos y difíciles de manejar y de que gozan el privilegio exclusivo. Ni en el Código de Holanda ni en el de Italia, por ejemplo, existe nada semejante, y los comisionados argentinos han hecho perfectamente en seguir las huellas de los legisladores de estos países, simplificando por modo extraordinario las reglas de aplicación de las penas, prescindiendo de grados, escalas y demás mecanismos que dificultan la aplicación de la ley punitiva y que, con la mira de hacerla exacta y matemáticamente precisa é igual para todos, llevan el resultado opuesto de convertirla en un puro azar, donde para nada entra la libre apreciación de las circunstancias individuales del delincuente por parte del tribunal encargado de juzgarlo.

Responsabilidad.—Bajo este epígrafe, quizá no muy propio ni adecuado, se agrupan las disposiciones referentes á la imputabilidad y á las causas que la excluyen, la dis-

minuyen ó lo aumentan, empezando por sentar la presunción de la *intencionalidad* del hecho mientras no resulte lo contrario ó sean verosímiles y no exista prueba contra las exculpaciones de su autor. Esta presunción, tomada de nuestro Código y que no sé si se encuentra en algún otro, es inadmisible, porque al ciudadano debe reputársele honrado en tanto no se pruebe lo contrario, y no es reputarle honrado presumir que ha sido intencional, esto es, criminal, el hecho que ha cometido (1).

El proyecto sigue el sistema de enumeración en la consignación de las causas que eximen de responsabilidad, y, en parte también, en lo que toca á las que la atenúan ó la agravan, sistema que es el de nuestro Código y que me parece vicioso, pues conceptúo preferible el de una fórmula general y amplia que comprenda todos los casos posibles y que no es dable determinar de antemano (2).

Ni al consignar la exención por enfermedad mental ni en ninguna otra parte, el proyecto habla de la libertad ó de la voluntad como requisito ó condición para la existencia del delito y de la imputabilidad, y en esto me parece que han procedido muy cuerdamente sus autores, poniendo su obra fuera de la ardiente discusión que en la actualidad sostienen determinantes y partidarios del libre albedrío, y haciendo que en tal respecto aventaje á todos los Códigos penales existentes, con la única excepción quizá del holandés, pues todos, en uno ú otro lugar, y con una ú otra fórmula, afirman la conciencia, la libertad ó la voluntad como elemento necesario de las acciones punibles. La intención, que el artículo primero del título de que tratamos presume en todo hecho punible, según queda dicho, no es lo mismo que la libertad ó la voluntad, como lo prueba el que sobre ella no versa la tenaz polémica á que antes he aludido. Los señores Piñero, Rivarola y Matienzo dicen expresamente, en la *Exposición de motivos* que han puesto al frente de su proyecto, que no han «añadido la condición, incluida comúnmente en los Códigos, de que el agente no tenga conciencia del acto ni de sus consecuencias, porque hoy es una verdad demostrada en Psiquiatría, que los alienados, al menos la gran mayoría de ellos, tienen conciencia de los actos que realizan y á veces hasta los premedi-

(1) Véase mi folleto *El Proyecto de Código penal. Apuntes críticos.* Madrid, 1885.

(2) Véase mi memoria *La imputabilidad criminal y las causas que la excluyen ó la modifican.* Segunda edición, Salamanca, 1891.

tan (1)», y como esto es completamente exacto, juzgo muy acertada la conducta de los tres criminalistas argentinos y preferible, en este punto, su fórmula á la del Código italiano y á la de cuantos exigen que la enfermedad mental prive de la conciencia ó de la libertad al que la padece; pero en cambio no la creo tan comprensiva y amplia como ellos suponen, porque, al hablar de *enajenación* ó *enfermedad mental,* hace dudoso si deben considerarse comprendidos en ella ciertos estados que no es fácil resolver si son ó no enajenaciones ó enfermedades mentales, como el somnambulismo natural, por ejemplo, por más de que los autores del proyecto lo consideren resueltamente como tal, ó la sordo-mudez, de la cual nada se dice en la *Exposición de motivos* ni en el articulado.

Declárase la comisión partidaria resuelta de los *manicomios criminales* para la reclusión de los locos peligrosos; pero como en la República no existen establecimientos de este género y ha de transcurrir algún tiempo antes de que se funden en número suficiente para responder á las exigencias de toda la nación (2), propone que los locos que delincan en determinadas condiciones sean recluidos «en un establecimiento de alienados criminales ó en un departamento especial de los manicomios comunes (art. 59)», donde permanecerán completamente separados de los locos ordinarios.

Introduce el proyecto la novedad de contener una declaración especial de exención de responsabilidad en favor del «que ha ejecutado el hecho en virtud de una sugestión hipnótica á que no ha prestado su consentimiento», cosa que hasta ahora no ha hecho ningún Código, por más de que los recientes estudios acerca del hipnotismo han agitado fuertemente este problema, que no halla solución completa y satisfactoria en las fórmulas y causas de exclusión de imputabilidad criminal que las leyes actuales contienen. Discuten todavía los hipnólogos sobre si es posible ó no cometer delitos por medio de personas hipnotizadas, sobre si los crímenes ficticios, hechos perpetrar en los laboratorios mediante la sugestión hipnótica, pueden hacerse cometer efectivamente en la vida real, y por esto no falta quien repute, por lo menos, prematuro todo precepto legal respecto de ellos; pero admitiendo que la ley se ocupe ya en esta clase de fenómenos, porque no debe esperar á que se presente un caso de hecho punible cometido por un sugestionado para disponer acerca

(1) Pág. 47.
(2) *Exposición de motivos*, pág. 50.

de él, sino que tiene que precaverse y prevenirse desde el momento en que es teóricamente posible su presentación, no puede considerarse satisfactoria la manera de resolver el problema propuesto por la comisión argentina, porque no toda sugestión hipnótica es irresistible y anula la personalidad del hipnotizado, como lo prueban los muchos casos de resistencia y aun de negativa á la ejecución de las sugestiones que registran los tratadistas, y porque es muy discutible que el mero hecho de prestarse á la sugestión baste para hacer desaparecer el motivo de exención, fuera parte de otras muchas dificultades y cuestiones que no puedo ni indicar ahora y sobre las cuales nada dice el proyecto en el número 3.° del art. 59, que dejo transcrito.

Entre los exentos de responsabilidad se enumeran «el cónyuge que, sorprendiendo á su consorte en flagrante adulterio, hiere ó mata á los culpables ó á uno de ellos», y «el padre ó hermano que hiere ó mata al que encuentra yaciendo con su hija ó hermana menor de quince años». Estas causas de excepción, que figuraban en los antiguos cuerpos legales, han desaparecido ya de los Códigos modernos, que á lo sumo las consideran como circunstancias atenuantes, y no se concibe que ningún pueblo civilizado pueda considerarlas de otro modo, porque si la pasión que mueve al que obra en presencia de afrentas semejantes, agita y conturba poderosamente el ánimo, no justifica que nadie se tome la justicia por su mano, en caso, en que los tribunales pueden administrarla cumplida.

Al definir y enumerar los requisitos de la defensa legítima, el proyecto argentino toma por modelo á nuestro Código, á mi juicio, con gran desacierto, porque precisamente ese es uno de los extremos en que necesita reforma, como reconoció el Sr. Silvela, que, siguiendo á los Códigos modernos, resumió en su proyecto, en una fórmula más amplia y flexible, las tres condiciones taxativamente fijadas en la legislación vigente en España y copiadas á la letra por la comisión argentina.

Esta, en la determinación y fijación de los accidentes y condiciones del delito y del delincuente que deben servir de guía para determinar la pena concreta en cada caso, no cree aceptable ni el sistema de enumeración taxativa seguido por el Código español, ni el de una definición general comprensiva, ni el de guardar silencio sobre este particular dejando al juez la libre apreciación de cada hecho, y prefiere «establecer reglas generales amplias y claras, para que los ma-

gistrados puedan tomar en cuenta y apreciar debidamente» todos los elementos que, «bien interpretados, revelan la perversidad mayor ó menor del delincuente, el peligro que ofrece y las medidas represivas que convendrá adoptar á su respecto (1)». Así lo hace, en efecto, en el artículo 61 de su proyecto, pero no contenta con ello, todavía en los tres artículos siguientes enumera algunas circunstancias que aumentan ó disminuyen la criminalidad desde el punto de vista de la naturaleza de la acción y de los medios empleados, y desde el punto de vista de la intención. Sin duda, el sistema que la comisión argentina propone es mejor que el que sigue nuestro Código y que adoptaba el Sr. Silvela en su proyecto, con leves alteraciones, pero todavía creo que sobran en él los últimos tres artículos mencionados, y que no perdería nada con concebir, en términos aún más generales, el artículo 61, porque en esta materia de las causas modificativas de la responsabilidad, todo lo que sea querer concretar y precisar es acometer una empresa quimérica y peligrosa, dado que la infinidad de esas circunstancias hace que sea imposible fijarlas y tasarlas *à priori* (2).

(1) Véase mi memoria sobre *La imputabilidad criminal*, antes citada.

(2) *Exposición de motivos*, pág. 72.

Tentativa.—De los distintos momentos ó estados que los tratadistas señalan en lo que se llama por algunos generación ó vida del delito, el proyecto que examinamos sólo habla de la tentativa, omitiendo, con gran acierto, á mi ver, la figura del delito frustrado, que no tiene razón de existir en un Código que conceda al elemento interno y subjetivo de la criminalidad al valor que merece. Inspirándose en este mismo criterio, defínese la tentativa de manera que cae dentro de ella el delito comenzado á ejecutar con medios no idóneos, que la escuela objetiva, que ha guiado en este punto al Código italiano, no quiere considerar como tal tentativa, á mi juicio con manifiesto error.

Codelincuencia.—El proyecto no admite como formas de codelincuencia más que la de los autores y los cómplices, reputando el encubrimiento un delito especial, que debe penarse por sí en el libro segundo, y en la definición y enumeración de quienes son autores y quienes son cómplices procede por fórmulas breves y sencillas, que evitan la complicación y oscuridad de algunos Códigos. Sobre todo es de notar que no atenúa ni cambia la pena para los instigadores ó inductores, como hace el Código italiano, á mi juicio desacertadamente, y que castiga por modo expreso

la complicidad en un hecho no consumado y la tentativa de complicidad, cosa que no se encuentra así, terminantemente, en casi ninguna otra ley punitiva, de las que yo conozco.

Concurso de hechos punibles.—Se agrupan bajo este título, siguiendo las huellas de los Códigos holandés é italiano, las disposiciones relativas á lo que los criminalistas llaman concurso ideal, delito continuado y concurso real, admitiendo para las dos primeras figuras de concurrencia el principio de la absorción de las penas, por virtud del cual sólo se impone la pena mayor, fundándose en que, en realidad, no hay varios delitos, sino uno solo, porque una es la determinación criminal, y sancionando para el concurso real el principio de la acumulación de todas las penas correspondientes á los distintos delitos ejecutados, aunque con limitaciones y alteraciones de importancia. La razón que para esta acumulación se aduce es la de que, los delitos son varios y el criminal se ha hecho acreedor, por cada uno de ellos, á la pena respectiva, «la cual sin duda se le habría impuesto si hubiese sido juzgado á su tiempo (1)». Yo creo, sin embargo, que, ni aun en este último caso, tiene razón de ser la acumulación de penas, porque éstas no deben considerarse como otros tantos pagos que el criminal tiene que hacer por las deudas contraídas por sus delitos, sino como medios que se aplican para la consecución del fin de su regeneración jurídica, que si ha de pensarse más difícil de lograr en un hombre que, por la repetición de sus malas acciones, ha mostrado un estado de criminalidad habitual, no por eso ha de presumirse que exija la imposición de tantas penas cuantos son los delitos cometidos. En este punto el Código italiano lleva ventaja, á mi juicio, al holandés y al proyecto argentino, que lo imita muy de cerca.

Reincidencia.—Imitando al Código italiano, pero con un criterio completamente distinto, la comisión dedica un título especial á la reincidencia, ya enumerada por ella entre las causas que deben tenerse en cuenta, en general, «para indagar la perversidad del culpable y determinar la pena que se le ha de infligir (1)». No contenta con que la reincidencia sea considerada siempre y en todos los casos como una circunstancia que aumenta la criminalidad y que los tribunales deben apreciar para prolongar la pena dentro del máximum marcado

(1) *Exposición de motivos*, pág. 93.

(1) *Exposición de motivos*, pág. 97.

por la ley y no imponerla en su término medio, que es la pena ordinaria, y queriendo dar satisfacción á las exigencias y reclamaciones de muchos criminalistas modernos, que piden que la reincidencia se mire, no como una mera circunstancia agravante, sino como un signo revelador de una criminalidad profesional, que requiere ser tratada por modo especial y propio, distinto y diferente del que se emplea en la criminalidad de ocasión ó accidental, la comisión argentina propone que, el condenado á presidio perpetuo que reincidiere en un delito por el que merezca la misma pena, sufra la de muerte, y que se imponga la pena de deportación, como accesoria de la última condena, al que haya sufrido dos condenas á presidio temporal, una á presidio temporal y dos á penitenciaría, cuatro á penitenciaría, cuatro condenas cualesquiera de las cuales una haya sido á presidio, cinco de las cuales por lo menos dos hayan sido á penitenciaría, ó siete á penas inferiores á las de presidio ó penitenciaría. La reincidencia se define de la manera más amplia y general, diciendo que existirá «siempre que el condenado por sentencia firme, aunque haya mediado indulto ó conmutación, cometa un nuevo hecho punible de cualquier naturaleza que fuere (artículo 84)», de modo que no se exige ni que el nuevo delito se cometa dentro de un plazo determinado, ni que sea de la misma especie, género, índole ó naturaleza del anterior, ni que se haya sufrido la pena impuesta por éste, condiciones todas ó algunas de ellas que requieren los más de los Códigos modernos para que exista la reincidencia.

Estimo plausibles los propósitos de la comisión, porque soy de los que entienden que debe hacerse una distinción radical y profunda entre los criminales de accidente y los criminales de profesión, sometiéndolos á tratamientos de todo en todo diversos; pero temo que resultarían fallidos si se llevaran á la práctica, porque me parece que la pena de muerte y la de deportación no son los medios más eficaces, ni los más adecuados, ni los únicos, para combatir la reincidencia.

Ejercicio de las acciones penales.—Reúnense en este título del proyecto las disposiciones referentes á los casos en que la acción penal, en persecución de los delitos, puede ejercerse de oficio ó en que es menester la denuncia ó acusación del ofendido, y fuera parte de la oportunidad y procedencia, que es muy dudosa, de colocar juntas, en el libro primero, que trata de lo general, esas disposiciones,

que se refieren á ciertas clases de delitos y que, por esto, suelen figurar en los Códigos dispersas en el libro segundo, al lado de cada uno ellos, es lo cierto que la comisión concede excesiva extensión á los delitos que sólo pueden perseguirse á instancia de parte, conceptuando como tales algunos cuyo carácter *público* es evidente y en que no se ve razón ninguna que aconseje subordinar su persecución á la voluntad del agraciado, como las amenazas y coacciones, la usurpación, los daños, cierta clase de lesiones, de abusos de armas y de extorsiones. A mi entender, hay aquí un verdadero retroceso á los tiempos en que se estimaban los más de los delitos como cosa que sólo interesaba al perjudicado por ellos, retroceso que está en contradicción palmaria con toda la evolución del derecho penal, que desde hace muchos siglos viene ensanchando el círculo de los delitos de naturaleza pública, perseguibles de oficio, á nombre é interés del Estado, y restringiendo el de las acciones cuya represión se subordina á la querella ó denuncia de la persona directamente ofendida.

Contiene, además, este título, algunos preceptos encaminados á determinar la competencia de los tribunales, y otros, cuya naturaleza procesal es evidente y que sólo se explica que la comisión incluya en el Código penal por el deseo de uniformar su aplicación, cosa que no podría lograrse de otro modo, porque, en la República Argentina, no toca á la autoridad central dictar las leyes de procedimiento.

Extinción de las acciones y de las penas.—Sobre esta materia, el proyecto reproduce, con pequeñas variantes, las disposiciones de nuestro Código y de casi todos los Códigos modernos, muy análogos en el particular, siendo sólo de hacer notar que exige por modo expreso, para prescribir la acción penal ó la pena, no sólo el transcurso del tiempo, sino la buena conducta del imputado durante él, y que, tomándolo del Código italiano, pero ampliándolo considerablemente, sanciona que el inculpado de un hecho reprimido con pena de multa, pueda hacer cesar el curso de la acción penal en cualquier estado del juicio, pagando el máximum de la multa correspondiente al hecho y de las indemnizaciones á que hubiere lugar (art. 105), precepto éste que si, en los límites estrechos en que lo establece el artículo 101 del Código de Italia (para las faltas penadas sólo con multa de cinco liras), puede dudarse si es admisible, no lo es de ningún modo en los términos generales con que lo consigna la comisión ar-

gentina, porque desconoce la naturaleza de la pena de multa, ya de suyo muy difícil de justificar, presentándola como un mero pago que se hace al Estado, el cual debe darse por satisfecho con que la cantidad ingrese en sus arcas, sin cuidarse para nada de la razón con que se impone la multa, ni de los efectos que el juicio y la sentencia pueden y deben producir sobre el penado. Así como no sería admisible, y ningún Código ha admitido, que yo sepa, que se permita á un procesado hacer cesar el juicio sometiéndose de buen grado á sufrir la pena de muerte ó el maximo de la pena de restricción de libertad que pudiera merecer por el hecho que se le imputa, sin que haya de seguirse el proceso por todos sus trámites y de dictarse la sentencia, así tampoco puede admitirse este mismo respecto de la multa, que, no por consistir en una prestación pecuniaria, deja de ser una pena con todos los caracteres y condiciones de tal.

Libros segundo y tercero.—En la imposibilidad de entrar en pormenores respecto de los libros *segundo y tercero*, habré de limitarme á decir: que su plan general, sobre todo el del segundo, es muy distinto del de nuestro Código, colocando antes los delitos contra el individuo que los delitos contra la sociedad ó colectividad; que la distribución de los hechos punibles en títulos es más ordenada y sistemática que la nuestra y que tiene muchos puntos de semejanza con la italiana; que la definición de los delitos y de sus diferentes formas y circunstancias es mucho menos casuística que la del Código español; y, por último, que en la fijación de la pena se deja mucho mayor latitud que en éste al arbitrio judicial, señalando un máximo y un mínimo bastante lejanos, dentro de los cuales el criterio del juez puede moverse con cierta holgura y libertad para proporcionar la pena al delito, en las infinitas y multiformes variedades que pueden presentarse en la práctica.

Jerónimo Vida.

EL AMOR

Estar con aquellos á quienes se ama: esto basta.
(La Bruyére.)

El amor es la luz y el sol de la vida. No podemos gozar de nada, sea lo que fuere, si un ser amado no goza de ello con nosotros. Cuando estamos solos, hacemos provisión de goces en la esperanza de compartirlos un día con aquellos á quienes amamos.

El amor dura tanto como la vida, y se modifica según la edad y las circunstancias. En la infancia tiene por objeto al padre y la madre; en la edad viril, á la esposa; en la vejez á los hijos; y en todo tiempo, á los hermanos y hermanas, á los parientes y amigos. El poder de la amistad es proverbial; y en ciertos casos, como en el de David y Jonathán, se representa como más fuerte que el amor de la mujer. Pero no necesito volver ahora sobre esto, habiendo hablado ya en otra parte de lo que debemos á nuestros amigos.

La bondad de la Providencia para con el hombre se ha comparado á menudo con la de los padres y las madres para los hijos.

«Así como una madre, de dulce y angelical rostro, se inclina en un arrebato de ternura hacia sus hijos, da un beso á uno, estrecha en sus brazos á otro, toma á éste sobre sus rodillas, sienta á aquél á sus pies, y observando sus acciones, sus maneras, sus picardigüelas, sus quejas, aprende á conocer sus diversos sentimientos y voluntades, distribuye al uno una mirada, al otro una palabra, y severa ó risueña, los ama á pesar de todo; así la divina Providencia, en su bondad infinita, vela sin cesar porque tengamos todo lo que nos es necesario, atiende á

nuestras plegarias, viene en ayuda de todos nuestros menesteres. Si no otorga todo lo que nos parece de derecho para nosotros, rehusa porque quiere que se lo pidamos; ó no rehusa sino en apariencia, y al rehusar concede.» (Filicaja.)

Sir Walter Scott tiene razón al decir: «Si hay una lágrima humana límpida y pura de las inmundicias de la pasión, es la que un padre piadoso derrama sobre la cabeza de su hija fiel á sus deberes.»

Cuéntase que Epaminondas decía que se alegraba de la victoria de Leuctra, sobre todo á causa del regocijo que por ese motivo tendrían su padre y su madre.

No pasemos del todo en silencio el amor á los animales. Es imposible no simpatizar con el salvaje que cree en la inmortalidad de ellos, y piensa que después de la muerte «admitido en el cielo, donde reina la igualdad, su fiel perro le hará compañía». (Pope.)

En el *Mahabharata,* el gran poema épico indio, cuando la familia de los Pandavas (los héroes) llega por fin á las puertas del cielo, estos héroes son bien acogidos, pero se les hace comprender que no puede admitirse á su perro. Después de haber abogado por él en vano, dispónense á partir, diciendo que no se pueden separar de su fiel compañero; en el último momento, el ángel colocado á la puerta se enternece y permite al perro entrar con ellos.

Espero que llegará día en que aprenderemos «á no trocar en placer y orgullo nuestro los sufrimientos de la más ínfima de las criaturas». (Wordsworth.)

Pero por el momento se trata especialmente del amor que conduce al matrimonio. Este amor es la armonía de la vida, ó, más bien, «la belleza es una armonía, y el canto silencioso del amor es infinitamente más dulce que el sonido de ningún instrumento». (Browne.)

El *Banquete* de Platón contiene un interesante y delicioso análisis del amor.

«El amor, hace decir á Fedro, sólo el amor da ánimo á los hombres para morir por el ser amado, lo mismo á las mujeres que á los hombres. Ved á Alcestes, hija de Pelias, dada como ejemplo á toda la Hélada; estaba dispuesta á sacrificar su vida por amor á su marido, cuando ninguna otra persona estaba pronta á hacerlo (y eso que Admeto tenía padre y madre); pero la ternura y el amor de Alcestes superaba de tal modo al de éstos, que, á la sazón, parecían haber llegado á ser tan extraños para su propio hijo como si sólo hubieran sido sus padres de nombre nada más. Pareció á los dioses y á los hombres tan noble el acto de Alcestes, que, entre las

mujeres virtuosas, es del cortísimo número de aquellas á quienes, por admiración á su virtud y á su sacrificio, les fué otorgado el privilegio de volver á la tierra. Tal es la excepcional recompensa concedida por los dioses al amor lleno de abnegación y de valor.»

Agathón es aún más elocuente. «El amor, dice, llena el corazón de los hombres de sentimientos afectuosos, y borra sus malas disposiciones, reuniéndolos en banquetes como estos. En los sacrificios, festejos y danzas es nuestro dueño, porque inspira benevolencia y destierra la malquerencia, concede la amistad y perdona la enemistad; es el regocijo del hombre de bien, la admiración del sabio, el asombro de los dioses; es deseado por los que aún no lo conocen, y caro á quienes han comprendido todo su valor; refina las costumbres y desarrolla la voluptuosidad, los deseos, las ternezas, la dulzura, la gracia; indiferente por el mal, sólo se interesa por el bien. En todas las cosas, palabra, trabajo, deseo, temor, es el piloto, el camarada, el sostén, el salvador, la gloria de los dioses y de los hombres, el mejor y el más seductor de los guías; todos nosotros debemos seguir sus pasos, modulando dulcemente en honor suyo la suave canción con la cual el amor encanta las almas de los dioses y de los mortales.»

Es evidente que hay dos diosas del amor: «una, la hija de Urano, que no tenía madre, y es la más antigua y sabia de las diosas; otra, la hija de Zeus y de Dione, la más popular y conocida». Pero no llevemos más adelante nuestro examen. También Charity nos dice de Guinevière, que «mientras vivió, amó con amor profundo, y por eso fué dichosa hasta el fin» (1).

El origen del amor ha ejercitado la sagacidad de los filósofos tanto como el origen del mal. En el *Banquete* se encuentra un discurso, que Platón atribuye en broma á Aristófanes y que es más aristofanesco, según advierte Jowelt, que ningún pasaje de Aristófanes.

«El ser humano, dice, no era en su origen lo que es hoy. El hombre primitivo era redondo, formando círculo su dorso y sus costillas; tenía cuatro manos y cuatro pies, la cabeza puesta sobre un cuello redondo, y sus dos caras, exactamente iguales, miraban á dos lados opuestos. Podía andar derecho como los hombres de nuestros días, adelante y atrás, á voluntad. Cuando quería ir lo más deprisa posible, sabía girar sobre sí mismo con gran rapidez, y voltear sobre sus cuatro manos y sus cuatro pies, total ocho, como hacen los volatine-

(1) Malory: *Muerte de Arthur.*

ros que van y vienen con los pies en el aire. Muy vigorosos y de una fuerza terrible, y ambiciosísimos además, esos primeros hombres atacaron á los dioses. A este propósito, se cuenta que Otys y Efialtes, de los cuales habla Homero, intentaron escalar los cielos y poner mano en los inmortales. En los celestes consejos vacilaban. ¿Los matarían ó los aniquilarían con el rayo como á los gigantes? Pero entonces los hombres no ofrecerían ya sacrificios, y extinguiríase el culto de los dioses; por otra parte, éstos no podían sufrir que tal insolencia quedase impune. Después de haber meditado mucho, Zeus encontró una solución:—Tengo un proyecto —dijo—el cual creo que humillará su orgullo y mejorará sus costumbres; continuarán existiendo, pero los cortaré por la mitad, lo cual tendrá doble ventaja: su fuerza quedará disminuida la mitad, y nos ofrecerán doble número de sacrificios. Andarán derechos en dos pies: si continúan sin querer estarse quietos, los hendiré de nuevo, y entonces ¡saltarán con una sola pierna!—Dijo, y al punto corta á los hombres en dos mitades, como hendís un huevo con un cabello. Después de lo cual, las dos mitades humanas, deseando cada una encontrar á la otra, se aproximaron. Ya veis que tiene larga fecha ese deseo recíproco, arraigado en nosotros, de volver á nuestra naturaleza original, de hacer un solo ser de dos y suavizar la condición humana. Cada uno de nosotros no es más que una parte de un ser humano cuando está separado, porque no tiene más que un lado, como un pez plano, y busca siempre su otra mitad.

»Cuando la encuentra, la pareja se siente como enloquecida en el éxtasis del amor, de la amistad y de la intimidad; no quieren, por decirlo así, perderse de vista ni un solo minuto; pasarán toda su vida juntos, y, sin embargo, no pueden explicar lo que desean el uno del otro. Este profundo impulso de mutua ternura de los amantes, no sólo parece provenir del deseo de la unión amorosa, sino de una aspiración hacia algo que el alma de uno y otro apetece sin poderlo expresar, y de que cada cual sólo tiene un oscuro y confuso presentimiento.»

Sea como fuere, hay en el corazón humano tal perspicacia instintiva, que forma sus juicios casi instantaneamente, y rara vez cambian sus impresiones; hasta diría yo que casi nunca son erróneas. A primera vista, el amor parece una impudencia, y, sin embargo, casi es una revelación. Parece que se reanudan los lazos de una existen-

cia anterior. «Verla, era amarla, no amar más que á ella, y amarla siempre.» (Burns.)

Si un amor verdadero rara vez se altera con los años, también es raro que un matrimonio sin amor no se modifique con el tiempo. El afecto más hondo se desarrolla á menudo poco á poco; y ¡cuántas veces un tierno amor ha sido conquistado con una fiel abnegación!

Es verdad que Montaigne declara que «pocas personas se han casado por amor sin que les pesara»; el doctor Jhonson afirmaba que los matrimonios serían generalmente felices si hubieran sido concertados por el lord canciller; pero no considero á Montaigne ni á Jhonson como buenos jueces en estas materias. «No quiero—dice Lancelot á la infortunada joven de Astolat—verme obligado á amar; el amor debe nacer en el corazón espontáneamente y no por fuerza (1).»

El amor desafía la distancia y los elementos; Sestos y Abidos están separados por el mar, pero «el amor los ha unido con una flecha de su aljaba». (Symonds.)

El amor puede ser feliz en todas partes; Byron expresa este deseo vehemente: «¡Ah! ¡Pueda yo tener por morada el desierto, con una hermosa criatura celestial para servirme; y olvidando á la raza humana, sin odiar á nadie, amarla únicamente!»

Sin duda, muchos pudieran también decir: «¡Oh Amor, cuántas horas hemos pasado juntos en el Mediodía, en el país de las palmeras y de los pinos, de las palmeras y de las flores de azahar, del olivo, del áloe, del maiz y de la viña!» (Byron.)

Lo que es cierto en materias de lugares, lo es también en cuestión de tiempos. «En tiempo de paz el amor pone acordes en la flauta del pastor, en tiempo de guerra monta el corcel del guerrero; en los castillos se le ve con brillantes atavíos, en los villorrios baila sobre la hierba. El amor gobierna la corte, los campos, las florestas, á los hombres aquí abajo, á los santos allá arriba, porque el amor es el cielo y el cielo es el amor.» (Scott.)

Cuando, como sucede en algunos pueblos del Oriente, la religión y la filosofía mismas se han unido para rebajar el amor, la verdad reaparece en los dichos populares, como, por ejemplo, en este proverbio turco: «Todas las mujeres son perfectas, sobre todo la que os ama.»

Una señora polaca citaba una vez á Abd-el-Kader el proverbio polaco: «Mejor puede arrastrar una mujer con un solo pelo de su cabeza que un par de bueyes bien unci-

(1) Malory: *Muerte de Arthur.*

dos.—No hace falta el pelo—respondió él sonriéndose—porque la mujer es tan poderosa como el destino.»

Nos place representarnos el amor como el ángel de la felicidad, y no como una fuerza directora, como el regocijo del hogar «cuando los corazones están seguros el uno del toro».

«Es la secreta simpatía, la cadena de plata, el lazo de seda que puede unir en cuerpo y alma el corazón al corazón, el espíritu al espíritu.» (Scott.)

Lo que Bacon dice de un amigo, es aún más verdadero tratándose de una mujer. «No hay hombre que al comunicar sus alegrías á un amigo no goce más, y al comunicarle sus pesares no sufra menos.»

Cuando una persona amada se aproxima á nosotros, «en seguida parece que algo nuevo y extraño ha pasado sobre las flores, los árboles, el suelo: hay un ligero y misterioso cambio en todo lo que nos rodea». (Trench.)

La Bruyère ha dicho la verdad: «Estar con aquellos á quienes se ama: esto basta.»

Podemos aplicar al Amor lo que Homero dice del Destino: «Sus pies son delicados, porque anda, no sobre el suelo, sino sobre las cabezas de los hombres.»

El amor y la razon se reparten la vida del hombre. Demos á cada uno lo que se le debe. Tan imposible es llegar á la virtud por el amor sin la razón, como por la razón sin el amor.

«El amor, dice Melanípides, siembra en el corazón del hombre la dulce mies de los deseos, y mezcla las cosas más encantadoras y las más bellas.»

«El amor es bueno y de larga resistencia, el amor es dulce y no cree en el mal, el amor es más fuerte que la muerte, por eso danos el amor.»

«Nadie puede quejarse ahora, dice Fedro en el *Banquete*, de que el Amor no tenga adoradores entre los poetas.» Por el contrario, al amor deben sus más deliciosas inspiraciones; quizá no hay nada más elevado y más hermoso que esta descripción del Paraíso por Milton.

«Cuando hablo contigo, olvido el tiempo, las estaciones y sus cambios; todos me agradan igualmente. Dulce es el soplo de la aurora y es dulce su salida, con el cántico arrobador de las madrugadoras avecillas; grato es el sol cuando comienza á difundir sobre esta tierra deliciosa sus rayos deslumbrantes sobre las hierbas, los árboles, los frutos y las flores chispeantes de rocío; la fértil tierra queda embalsamada después de suaves aguaceros, y dulce es la aproximación del atardecer apacible y encantador; luego viene la noche

silenciosa, con sus taciturnas aves y aquella hermosa luna rodeada por las pedrerías del cielo, su cortejo de estrellas. Pero ni el soplo de la aurora al levantarse con el cántico arrobador de las madrugadoras avecillas, ni la salida del sol sobre esta tierra deliciosa, ni las hierbas, ni los frutos, ni las flores chispeantes de rocío, ni los perfumes después de los aguaceros, ni la tarde apacible y encantadora, ni la silenciosa noche con sus aves taciturnas, ni los paseos á la luz de la luna ó al centelleante resplandor de las estrellas, nada es dulce sin ti.»

Por lo demás, nadie debe desesperar de contraer un matrimonio ideal. Por fortuna, son tan diferentes nuestros gustos y el amor contribuye tan poderosamente á crear el amor, que el más humilde puede esperar contraer el más feliz de los matrimonos, si lo merece; Shakespeare habla, como lo hace á menudo, en nombre de millares de personas, cuando dice: «Ella es mía; y soy tan rico, poseyendo tal joya, como si fuese dueño de veinte mares cuyas arenas fuesen perlas, néctar el agua y oro puro las rocas.»

El verdadero amor no es desatinado ni exigente.

«No me digas, amor mío, que hago mal en desprenderme del asilo de tu casto seno y de tu tranquilo espíritu para tomar las armas y acudir al combate: es verdad; ahora persigo un nuevo amor, el primer enemigo en el campo de batalla, y cojo con más confianza la espada, el caballo y el escudo; sin embargo, tal es la inconstancia humana que tú también concluirás por adorarle; querida, yo no podría amarte tanto, si no amase al honor más que á ti.» (Lovelace.)

Y, sin embargo:

«¡Ay! ¡Cómo una leve causa puede producir disentimientos entre dos corazones que se aman! Corazones que el mundo ha puesto en vano á prueba, á quienes los pesares unieron aún más estrechamente, y que han resistido los embates de la tempestad, furiosas oleadas, abandónanse á veces cuando todo parece sonreirles, como barcos que se anegan en el mar cuando en el cielo está ya todo apacible.» (Moore.)

Porque el amor es frágil. Evitad el menor choque. Es posible que sea «la pequeña grieta en el interior del laúd, la cual volverá mudo poco á poco el instrumento, y agrandándose lentamente y sin cesar, hará que se calle por completo». (Tennyson.)

El amor es delicado; basta un choque, un simple rozamiento «para herir al amor; y lo mismo podéis esperar que un violín groseramente manejado conserve el acorde de sus cuerdas, que ver sobrevivir el amor tras un enfriamiento, una he-

rida moral». Pero es un placer sostenerle continuamente «con pruebas delicadas, oscuras y bien pronto olvidadas, de simpatía y de ternura». (Wordsworth.)

«La que amáis y elegís, dice Bondi, es ahora vuestra desposada; un presente del cielo confiado á vuestra guarda. Respetadla siempre, pero no con una pasión ciega; y confiad en su virtud, velando á la vez por ella. Sed el apoyo, el guardián, el guía de su juventud; que pueda apoyarse en vuestra experiencia. Sea cual fuere la parte de dichas y pesares que le quepa en suerte, compartid con ella el gozo como el dolor; no cedáis demasiado, si la razón lo desprueba; no uséis con exceso la autoridad; la compañera de vuestra vida no debe ser ni víctima, ni tirano. Es preciso que las riendas, que con frecuencia han echado á perder la felicidad del matrimonio, apenas se dejen sentir; así vuestra mujer no echará nunca de menos al amante en el marido.»

Un amor verdadero ennoblece siempre. «Más vale haber amado y perdido lo que se amaba, que no haber amado nunca.» (Tennyson.)

Quizá ninguna mujer ha sido elogiada de una manera más encantadora que lo fué lady Elisabeth Hastings por Steele, cuando dijo que «conocerla, era instruirse». Sin embargo, cada mujer que trata de perfeccionarse debe presentir que esto, no sólo es un tesoro de goces para ella, sino un manantial de bendiciones y de elevacion para aquel á quien ella desea más ardientemente ver feliz y bueno.

El amor, el verdadero amor, se desarrolla y se hace más profundo con el tiempo. Un marido y una mujer verdaderamente unidos viven «el uno para el otro, puesto que vivir y amar son una sola cosa». (Swinburne.)

Este amor no se acaba con la vida. El amor de una madre no conoce límites:

«Se engañan los que dicen que el amor puede morir. Con la vida, todas las otras pasiones se desvanecen, todas las demás no son más que vanidad. La ambición no puede habitar en el cielo, ni la avaricia bajo las bóvedas del infierno; estas pasiones de la tierra son terrestres, y concluyen allí donde han nacido; pero el amor es imperecedero, su santa llama arde eternamente; venido del cielo, al cielo vuelve. Con harta frecuencia es en la tierra un huésped infeliz, ya engañado, ya oprimido; pero, saliendo purificado de la prueba, halla en el cielo perfecto descanso; siembra aquí con fatigas y cuidados, pero el tiempo de la cosecha del amor está allá arriba. Cuando la madre encuentra

en el cielo al hijo que perdió en la cuna, ¿no queda entonces pagada, y con exceso, en delicias infinitas, de todas sus penas y de todos sus temores, de sus días de duelo, de sus noches en vela, de todas sus pesadumbres y de todas sus lágrimas?» (Southey.)

Conforme avanza la vida, el amor conyugal, la amistad, el amor á los hijos, llegan á ser el gran consuelo y la alegría de la vejez. El uno recuerda lo pasado, el otro da interés á lo venidero; y, como se dice con mucha exactitud, en nuestros hijos volvemos á vivir nuestra vida.

JOHN LUBBOCK.

UN VETERANO DE LA VETERANA

¡Los veteranos de la veterana! ¡Los soldados del gran Emperador...! Esos Diómedes y esos Idomeneos de la *Ilíada* moderna son tan magníficos, que todos cuantos han hablado de ellos, retratándolos del natural, han recibido como un golpe de genio, como un soplo de epopeya. Véanse sino, sólo en Balzac, todas esas hermosas figuras militares: Hulot, sordo á fuerza de oir cañonazos; Chabert, el espectro, mostrando la cicatriz de su cráneo, y aquel formidable truán de Felipe Bridau, con su mirada azul de acero «que anonada á los imbéciles».

Pues bien; por joven que aún sea yo (mis cuarenta años de edad serían la adolescencia para un galán joven ó para un pensionado de de música «premio de Roma»), he podido ver y conocer todavía á uno de aquellos magníficos tiradores de sable; y este recuerdo de mi infancia es el que quisiera fijar hoy.

¡Oh! Esto se remonta muy atrás, muy lejos; como que evoco una de las primeras impresiones de mi memoria. Me parece verme á mí mismo á los cinco años de edad, llevado por la mano de mi padre ante el palacio de las Tullerías un 1.° de Mayo, día de San Felipe. Hay un gran gentío alrededor de la banda de música de la guardia nacional, que toca *La parisiense*. La multitud canta:

¡De la bandera tricolor soldado
Eres tú, De Orleans, que la has llevado!

El entusiasmo llega al último límite; y los milicianos de los batallones de ligeros ponen los chacós de plumero amarillo en las puntas de las bayonetas al aparecer en el balcón la familia real; el rey, con pantalón blanco, con el gran cordón

de la Legión de Honor debajo de la casaca azul-coronilla con botones de oro, agitando su sombrero gris; la reina, con sus venerables rizos á la inglesa, y los príncipes, con sus uniformes de generales de Africa.

Pero mi padre se encoge de hombros al oir gritar: *¡Viva el rey!*, y arrastra lejos de allí con presteza á su chiquilicuatro. ¡Qué lástima! ¡Me parecía aquello tan bonito! Pero el pobre hombre querido es legitimista; legitimista desinteresado, él que es un empleadillo sin bienes de fortuna, sencillo de costumbres y de corazón. Su rey es el duque de Burdeos, del cual tenemos en casa, con marco de caoba, un grabado, retrato suyo á la edad de diez y ocho años, con una linda carita afeminada, los cabellos con tupé y debajo el *fac-simil* de la firma del príncipe. ¡Tranquilízate, querido y venerado padre; por escéptico que en estas materias se haya vuelto tu hijo, ese retrato está siempre en su sitio, en el comedor; ese retrato hacia el cual he visto alzarse tantas veces durante la comida tu fiel mirada de hombre honrado!

Aquel día, el día en que gritaron *¡Viva el rey!* delante de Luis Felipe (¡y decir que esto pasaba en 1847!), mi padre me llevaba, como tantas otras veces, á casa de su antiguo amigo el capitán Blot. Porque el capitán era tan *enriquequintista* como mi padre, á pesar de haber sido condecorado por la misma mano del emperador en la batalla del puente de Montereau.

***

¿Cómo se había efectuado aquella conversión? Era toda una historia.

En las jornadas de Julio de 1830, Blot era capitán de dragones de la guardia real. Acá, para entre nosotros, hasta entonces no se le había dado un bledo de la política. Quinto de la gran leva de 1813, aposentador durante la campaña de Francia, subteniente en Waterlóo, había obedecido á sus jefes lisa y llanamente, como un héroe de buena pasta que era; y no me atrevería á jurar que no sintiese mucha pena, cuando por dos veces le hicieron cambiar la escarapela tricolor por la escarapela blanca. Pero en fin, permaneció en el servicio tanto por gusto como por espíritu de disciplina, porque amaba á su regimiento, á los compañeros, al uniforme y al caballo. ¡Eh! «las tres glorias» mandaba su escuadrón; al llegarle la vez de cargar, había cargado, y una triste bala perdida le rompió una rodilla. Transportáron-

le al hospital de Val-de-Grâce; Larrey (el viejo Larrey de Napoleón) le cortó la pierna á medio muslo; y uno de los oficiales mejores mozos del ejército, el hércules que hacía gemir á su yegua apretando las rodillas, salió del hospital describiendo á cada paso un semicírculo con su pata de palo, y apoyándose en una muletilla de mano.

¡Herido en un motín! ¡Amputado por un mal disparo de fusil hecho por un paisano cualquiera! Eso era fuerte cosa para el veterano dragón que había atravesado sin un rasguño por entre los botes de metralla y los fuegos de batallón en Champaubert, en Montmirail y en Quatre-Bras. Pero ¡cómo ha de ser!, había que conformarse. El capitán era un estoico: podía vivir á sus anchas con la pensión de retirado y algunos bienes que poseía. Y en cuanto instaló en un cuartito de la calle del Bac, en el fondo de un patio, sus muebles estilo del Imperio, su cruz de Montereau debajo de un fanalito de cristal, y sus panoplias de sables y pistolas, pensó que después de todo había llegado á la edad del descanso; y bien pronto hasta dejó de sentir melancolía cuando, al sentarse en uno de sus sillones de terciopelo de Utrecht amarillo con cabezas de esfinge, veía extenderse recta delante de él su pata de palo dentro del pantalón de grueso paño azul, cuyo extremo se ajustaba con una jareta y un cordón, como el cierre de una bolsa.

Pero empezó á recibir visitas de antiguos compañeros, de oficiales de la guardia dimitentes, personas de calidad que vituperaban el nuevo régimen. Todos daban testimonios de una simpatía tierna y casi respetuosa á la víctima de la revolución, al inválido de Julio; condolíanse de él, ensalzaban su hermosa conducta, su abnegación por la buena causa, por el rey legítimo. Por modesto que fuera el excelente hombre, no le desagradaban aquellos cumplimientos. Bien es verdad que, cuando se quedaba á solas, decía para sus adentros que no había hecho sino cumplir con su deber de soldado. Su coronel mandó: «¡Por pelotones, rompan escuadrones!» Arrolló entonces dos veces á la muñeca el cordón de la empuñadura del sable, para pegar más de firme, y cargó tan de ganas como en Mont-Saint-Jean al mando de Lefèvre-Desnouettes, pero sin preguntarse si Carlos X era ó no era de derecho divino. Sin embargo, cuando uno de sus antiguos compañeros de armas, un noble (un «señor *de*» como el capitán decía al estilo de las gentes del pueblo), empezaba á hablarle de su

fidelidad, de su lealtad, de sus principios, el bueno de Blot concluía por tomar en serio esos pequeños halagos, y por creer, como suele decirse, que aquello era verdad.

Luego mezcláronse en ello las mujeres, pues varios de sus camaradas eran casados; y al pasar los elogios por su boca conmovían con mucha más viveza al valiente veterano. Primero vinieron con sus maridos y después solas, libertad que autorizaban de consuno la edad ya muy respetable del capitán y su inutilidad física; y bien pronto estuvo de moda en el barrio de Saint-Germain el ir á casa de aquel á quien á la sazón llamaban «el pobre mártir» para rodearle de pequeñas atenciones y zalamerías, para hacerle obsequiosos regalitos. Júzguese la confusión del bueno del capitán cuando una marquesa, por ejemplo, le llevaba un taburete para su único pie, taburete bordado por aquellas nobles manos, y notaba que por parte de la marquesa había sido una delicadísima atención la de bordar en él algunas flores de lis.

¡Pardiez! El capitán no renegaba de su pasado; y á pesar de las carocas de disgusto que sorprendía á veces en el rostro de sus aristocráticas visitas, no había descolgado de las paredes de la sala los grabados que representaban al «Cabito» bebiendo en la calabaza de un granadero, ó echado entre dos sillas y secándose las botas en el vivac de Austerlitz. Pero el día en que la mujer de su jefe de escuadrón (una pequeña vizcondesa rubia que trascendía á perfume de verbena, y agitando el pañuelo, aromatizaba el cuarto del capitán) le regaló el retrato de Carlos X grabado según Lawrence, el dragón no pudo hacer más que dar al Borbón un puesto entre dos Bonapartes; con lo cual, al cabo de poco tiempo las ideas y los muebles del capitán presentaron las mismas inconsecuencias é idénticas contradicciones. En su pequeña biblioteca, coronada por los bustos del primer cónsul y de María Antonieta, haciendo juego, sorprendíanse de hallarse próximas las obras de Bonald (me temo que sin cortar) con el *Memorial de Santa Elena,* y las *Victorias y conquistas de los franceses* rabiaban de verse juntas con las *Memorias de Cléry.* Así también, en la pared y debajo de un trofeo de viejos sables de ordenanza que en otro tiempo habían zurrado la badana en las costillas de los coaligados, un cuadro caprichoso, con marco de terciopelo negro, presentaba la imágen de un sauce llorón, entre cuyo ramaje recortábanse, con claros hábilmente dispuestos, los perfiles de los augustos prisioneros del Temple.

***

En 1847, es decir, después de haber sido tratado de mártir durante diez y siete años, el capitán Blot era ya más legitimista que un *ligero* de Gante. Y por eso mi excelente padre, aquel día de San Felipe en que de tal modo le había irritado oir saludar con gritos de *¡Viva el rey!* la presencia del tupé y de las grises patillas del usurpador en el balcón de las Tullerías, llevábame á casa de su antiguo amigo para desahogarse allí con una conversación sediciosa.

A mí me gustaba mucho ir á ver al capitán, porque adoraba á los niños. Y en cuanto su antiguo asistente, ascendido á ayuda de cámara suyo, nos había hecho entrar á mi padre y á mí, el bravo señor (un Kléber con canas) me hacía sentar sobre su medio muslo, me llenaba de caricias y hacía ir en busca de un plato de pasteles. Luego, levantándose y andando ágilmente por el aposento, á pesar de su pata de palo, instalábame junto á la ventana desde la cual se veían los jardines, me ponía delante una mesita, abría á mi vista su «Norvins ilustrado», y me decía:

—Toma, recluta, mira las estampas.

Y mientras que comía pasteles, oyendo cantar las currucas entre el verde follaje, y veía desfilar ante mis infantiles miradas las glorias de la República y del Imperio, resucitadas por el lápiz de Raffet, ambos amigos echaban los más facciosos discursos contra el gobierno del pobre Luis Felipe, y las iras de los dos caían siempre sobre el señor Guizot como los martillos alternados de dos herreros golpeando sobre el yunque el hierro enrojecido.

Sin embargo, á veces, en el fuego de la conversación, levantábase el capitán y se paseaba de arriba abajo, haciendo crujir su pata de palo. Maquinalmente miraba por encima de mi hombro la estampa del «Norvins» abierto delante de mí. Y si por acaso representaba uno de sus antiguos combates, dejaba plantada al punto su diatriba contra los matrimonios regios españoles ó acerca de la indemnización Pritchard; y en seguida ¡adelante con los grandes recuerdos!

—Sí, sí, eso es—decía poniendo el dedo sobre el libro en la página de la batalla de Montereau.—Allí estaba *el*, en lo alto del ribazo de Surville, asestando el anteojo de campaña hacia el puente, donde los granaderos de Mortier atacaban á los wurtemburgueses á la bayoneta; y el viento, un viento muy áspero de Febrero, desparramaba los crines de su caballo y levantaba los faldones de su capote grís; y nosotros los dragones estábamos allá, bajo su mano... Entonces pasó una

cosa terrible... Un general, con el uniforme todo ennegrecido y sin sombrero, se acerca á nuestro coronel y le grita con gesto imperativo: «¡A V. le toca ahora!» Pero el coronel, un veterano curtido, mira al puente, ve que aún no lo han forzado los de la gorra de pelo, que íbamos á cargar contra los camaradas, y contesta resuelto: «No, mi general... Todavía no...» El otro se pone como una guindilla, busca instintivamente una pistola en las pistoleras... y de hecho, nuestro jefe estaba haciendo una cosa expuesta á que le saltaran la tapa de los sesos al frente de sus escuadrones... Pero el emperador, que estaba á quince pasos de allí, lo había visto y oído todo. Extendió la mano, una manita de mujer, é hizo un ademán como diciendo: «¡Haya paz!»... ¡Jem, qué hombre! ¡Darle la razón á un subalterno! ¡Comprometer de golpe la disciplina!... Pero no pensaba más que en una cosa: en ganar la batalla; y nuestro coronel tenía razón, todavía no era tiempo de cargar... Un instante después estaba libre el puente; y entonces Napoleón no hizo ni siquiera un gesto, pero lanzó al coronel una mirada que le atravesó el corazón... Entonces el veterano se volvió á nosotros, de pie en los estribos cuán alto era, con el brazo y el sable al aire, espantoso de ver. Nos largó un «¡Cara..., dragones!» que conocíamos muy bien; y todo el regimiento arrancó al galope, gritando como un solo hombre: «*¡Viva el emperador!*»

Pero de repente se detuvo el narrador; y al volverme, sorprendido, vi á mi padre que se sonreía y señalaba con el dedo al capitán el retrato de Carlos X.

—¿Qué quiere V., qué quiere V.? —dijo entonces el valiente, poniéndose rojo y balbuceando.—Es el día en que *él* me condecoró.

*
* *

Me había olvidado del capitán Blot, que tan bueno fué conmigo en mi infancia. Pero me vino su recuerdo á la memoria un día del verano último, en que me paseaba sobre un muelle abrasado por el sol, en un puertecillo de la costa del canal de la Mancha. Estaba yo mirando un cañón viejo clavado en tierra por la culata, para amarrar los barcos, y que debía de estar puesto en aquel sitio desde muchísimo tiempo atrás; porque el viento lo había llenado de tierra y de arena hasta la boca, tanto que había brotado allí una mata de cardos marinos.

Aquella florecita azulada, dentro del viejo cañón de bronce, me recordó la bondad del veterano soldado.

FRANCISCO COPPÉE.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

LOS CABOTOS

Juan Caboto, veneciano, descubre el nuevo continente por las regiones septentrionales.—Sebastián, su hijo, viene al servicio de España con títulos de capitán y piloto mayor.—Es investido con el mando de una expedición destinada á la Especería.—Fracasa, y entra en el río de la Plata.—Remonta los afluentes Paraná y Paraguay.—Pierde casi toda la gente.—Procesado á la vuelta, es desterrado á Orán.—No cumple la sentencia, siendo repuesto en el cargo de piloto mayor.—Traza excelentes cartas náuticas.—Imagina la teoría del magnetismo terrestre.—Negocia secretamente en el extranjero ofreciendo sus servicios.—Marcha á Inglaterra sin licencia.—Negóciase inútilmente la extradición.—Organiza asociación de aventureros.—Muere desconceptuado.—El secreto de sus manejos.

Juan y Sebastián Caboto, padre é hijo, descubridores del continente americano por la región que propiamente se denominó *Terranova*, han sido en Inglaterra objeto de la consideración á que les hacía acreedores el caudillaje en empresas arriesgadas, de marineros británicos, cuando éstos marchaban perezosamente á la zaga de las demás naciones marítimas de Europa.

En 1831 publicó en Filadelfia el abogado Ricardo Biddle una Memoria razonada de viajes de los Cabotos (1), que tuvo mucha aceptación: se reimprimió en Londres el año siguiente. En 1882, el escritor, también americano, Henry Harrisse, dió á la imprenta en París estudio más amplio (1). Dividido en cuatro partes, dedicó la primera á los dos navegantes, discurriendo en las otras acerca de la cartografía en la primera mitad del siglo XVI, y de la cronología de los viajes al norte de Cabo Breton.

Este último libro no tiene el carácter definitivo que el autor atribuye á todos los suyos; apenas esboza los servicios de Sebastián en los treinta años que estuvo en España; recopila, sí, noticias dispersas, y ofrece en apéndice algunos documentos, con item la bibliografía más completa que de lo concerniente á estos navegantes se haya formado.

Con motivo de la celebración del

(1) *A memoir of Sebastian Cabot with a review of the history of the maritime discovery...*

(1) *Jean et Sebastien Cabot...* par Henry Harrisse. París, Leroux, 1882.

cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, los Cabotos han salido de nuevo á luz: el mismo Sr. Harrisse ha debido tratar de sus condiciones en *El descubrimiento de la América del Norte* (1), obra que no conozco todavía; bástame, sin embargo, que haya sido anunciada al público como modelo de las historias del porvenir, para que la ponga sobre mi cabeza, y basta que el autor haya declarado en obra posterior (2), con todo el peso de su autoridad, que fué Sebastián Caboto un farsante que no descubrió nada para presumir que tampoco ha descubierto él datos que añadir á los del libro de 1882.

En el programa de la real comisión de la *Raccolta Colombiana*, presidida por el senador marqués Doria, se comprende un estudio de *Giovanni Caboto*, hecho por el Sr. V. Bellemo, que tampoco ha llegado aún á las librerías españolas, mas no interesa nuestra curiosidad, tanto como los que comprenden á Sebastián, por capitán y piloto al servicio de la corona de Castilla. En este caso está la Memoria documental formada por el Sr. F. Tarducci para la colección de la Real diputación de Historia patria de Venecia (3).

Es libro redactado con vista de los de Biddle y de Harrisse, teniendo á la mano algunos otros recientes, en que se discute la nacionalidad italiana del padre y del hijo, cuestión ociosa á juicio del Sr. Tarducci, que ilustra largamente, no obstante, si bien con argumentación no del todo convincente, por inclinarse con facilidad á admitir indicios en virtud de los cuales tiene por italiana á Felipa Moniz, esposa de Cristóbal Colón.

Juan Caboto obtuvo carta de naturalización en la ciudad de Venecia; el documento por sí solo parece acreditar que no había nacido entre los canales, y por ello escritores italianos como Desimoni, le suponen genovés, y acaso de Saona.

Que fuera italiano nadie pone en duda, y que es natural admitir por apelativo el que Sebastián escribía al firmar escrituras conservadas, no menos se generalizó, por más que Mr. Harrisse mantenga, porque bien le suena, el de *Cabot*.

Era Juan hombre de mar, entendido en cartografía, emprendedor y más rico de imaginación que de dinero; en busca del que le hiciera falta, salió de Venecia con su mujer é hijos, habiendo hecho antes las escalas de Oriente hasta el fondo del Mediterráneo y embarcado las mercancías aportadas por las caravanas. Iba á establecerse en Bristol, donde florecía el comercio de sus compatriotas, y presúmese que definitivamente lo hizo el año 1477, sin dato alguno seguro con que afirmarlo; los hay de que con anterioridad había

(1) *The discovery of North America. A critical documentary and historic investigation.* París, 1892.

(2) *Cristophe Colomb devant l'Histoire.* París, 1892.

(3) *R. Deputazione Veneta di Storia patria. Di Giovanni e Sebastiano Caboto. Memorie raccolte e documentate* da F. Tarducci. Venezia, tip. Fratelli Visentini, 1892, 8.° may., 429 p.

tentado á la fortuna en nuestra Península, residiendo en Sevilla y en Lisboa, y enterándose de los presupuestos y de las expediciones con que portugueses y castellanos intentaban con insistencia llegar á las islas del Brasil y Siete Ciudades, que se suponían hacia el Occidente; de aquellas empresas azarosas alimentadas por la tradición, que han venido á condensarse en la leyenda de Alonso Sánchez de Huelva.

«Yo he visto la carta que ha fecho el inventador, que es otro genovés como Colón (escribía al Rey Católico su embajador D. Pedro de Ayala), que ha estado en Sevilla y en Lisbona, procurando haber quien le ayudase á esta invencion. Los de Bristol, ha siete años que cada año han armado dos, tres, cuatro carabelas para ir á buscar la isla del Brasil y las Siete Ciudades, con la fantasía deste genovés (1).»

Caboto halló, pues, en Bristol la ayuda ó asociación que no había conseguido en nuestras costas, y por ello, sin duda, se domicilió en la Gran Bretaña, llevándose la familia. El hecho es, si la referencia no engaña, que desde 1491, al tiempo que Colón instaba más y más en Granada para que se aceptaran sus proposiciones, navegaba ya Caboto hacia Occidente, no con el propósito todavía reservado de alcanzar por allí los mercados de la India, sino con el de repetir una y otra vez el intento de nuestros marineros, de dar con islas perdidas en el Océano.

(1) La carta tiene fecha 25 de Julio de 1498.

Llegó en esto á Inglaterra la nueva sorprendente del regreso de los Argonautas que habían visto las tierras del Gran Kan, y fué acicate para los que costeaban el armamento de los barcos guiados por Caboto, pero éste dejó de pensar en islas más ó menos ricas ó pobladas; quiso tocar en las costas asiáticas como el otro ligur, y al emprender en 1497 nuevo viaje, en vez de cruzar lo mismo que en los anteriores, hizo rumbo directo al Oeste, y en la mañanita de San Juan topó en una isla que nombró *Prima terra vista*.

El Sr. Tarducci avanza la fecha, como antes otros lo han hecho; fúndase en la que lleva una nota del Mapamundi, grabado de Sebastián Caboto, existente en la Biblioteca nacional de París, y aceptando la de 1494, consigna el descubrimiento de la Tierra Firme ó Continente nuevo, cuatro años y treinta y siete días antes que Colón. No hay para qué examinar sus razones, por demás sutiles; la cuestión ha sido dilucidada tiempo ha por la crítica, de modo que no deja lugar á duda. En esta parte está la razón del lado del Sr. Harrisse, que explica cómo nació el error y por tiempo se ha sostenido, sin que por ello se niegue á Caboto la precedencia, pues que Colón no vió la Tierra Firme, en el tercer viaje, hasta el 1.° de Agosto de 1498.

A falta de otros datos, determinaría la fecha la carta antes citada del embajador D. Pedro de Ayala, entre cuyos párrafos se lee: «El Rey determinó de enviar *porque el año pasado* le trujo certenidad que habian hallado

tierra», noticia envuelta con otras de curiosidad, como son la de haber salido en segunda expedición cinco naos *avitallados* por un año; la de haber arribado una de ellas á Irlanda, destrozada por la tormenta, en la que iba un Fr. Buil, y la de presumir que ya tendría su alteza el Mapamundi que Caboto había hecho.

Así se explica que en el mapa de Juan de la Cosa, acabado en el Puerto de Santa María el año 1500, figuraran las tierras descubiertas por el Norte.

Por lo demás, no tienen los ingleses noticias más explícitas que las de esta carta; lo mismo que la fecha, se discute qué tierra fué la primera vista y qué barcos y qué hombres la vieron. El descubrimiento está envuelto en niebla mucho más densa que la que rodea á las expediciones españolas, sin que de los anales y crónicas contemporáneas del reino se desprenda luz que pueda penetrarla. Queda una carta patente ó privilegio expedido por el rey Enrique VII en favor de Juan Caboto y de sus tres hijos, Luis, Sebastián y Sancho *(santio)*, con fecha 5 de Marzo de 1496, autorizándoles para navegar bajo su bandera por los mares orientales, occidentales y septentrionales, con cinco navíos y los hombres que quisieren elegir, á fin de descubrir islas, regiones ó provincias de infieles á sus expensas, con poder para ocuparlas y ejercer en ellas jurisdicción por el rey de Inglaterra con títulos de gobernador y lugartenientes, quedando á beneficio de la corona el quinto de los beneficios que alcanzaran.

Parece que, en virtud del privilegio, salió Caboto de Bristol por el mes de Mayo de 1497, en un navichuelo con diez y ocho tripulantes, acompañándole, al empezar, otros tres ó cuatro no mayores. A principios de Agosto estaba ya de vuelta con la nueva de haber descubierto una isla, de haber corrido trescientas leguas de costa y visto señales de gentes y animales.

Cualquiera que conozca las declamaciones de los escritores contra la ingratitud de España por no haber satisfecho á Colón en lo que correspondiera á los productos futuros de Méjico y del Perú, creerá que el soberano de Inglaterra adivinara al punto haberle dado el navegante veneciano minas más ricas en Terranova, minas subsistentes, minas inagotables, y con ellas el fundamento de la prepotencia marítima, y que excediendo á la largueza con que los Reyes Católicos acordaron al almirante, virrey y capitán general de las Indias occidentales, honras y ovenciones; subsanando al mismo tiempo el olvido del nombre de Colón en cualquiera de las regiones nuevas, aplicara el de Caboto á las que éste había visto, y afirmaba eran parte del imperio del Gran Kan, fijándolas en el Mapamundi.

La esplendidez de Enrique VII no fué más allá que todo eso; otorgó al descubridor la recompensa de diez libras esterlinas (1).

Verdad es que en 3 de Febrero de

(1) Consérvase la cuenta y dice: *To hym founde the new Isle, l.* 10.

1498 expidió segundo privilegio tratándole de *muy amado* (1), recordando el descubrimiento que había hecho y facultándole para requerir en cualquiera de los puertos del reino hasta seis naves, la mayor de 200 toneladas, con las que emprendiera desde luego segunda expedición.

¿La emprendió? Parece que sí, aunque no cabe asegurarlo. En caso desalir á la mar debió allí alcanzarle la última hora y encargarse del mando su hijo Sebastián. No se conoce escrito que mencione la muerte, ni que de él, de su mujer y de los otros hijos Luis y Sancho, diga palabra, siquiera fuera en elogio ó remembranza.

Juzga el Sr. Tarducci que no fué Juan Caboto de los hombres de segunda fila en los descubrimientos; que está en la primera y muy próximo á Cristóbal Colón, reconocida cabeza de todos. No sería difícil, realmente, señalar puntos comunes y condiciones paralelas entre los dos navegantes; paréceme, no obstante, que es poco lo que de Caboto se sabe para intentar la comparación.

De Sebastián, el hijo, se ha reunido caudal algo mayor de noticias, gracias á los archivos españoles. Mr. Harrisse no llegó á verlas todas al escribir el libro publicado en 1882; el Sr. Tarducci consiguió pocas más para el suyo; otro literato, D. Eduardo Madero, sin propósito de estudiar al personaje más que en la expedición que hizo al Río de la Plata, por ser el objeto suyo historiar el puerto de Buenos Aires, ha sacado del Archivo de Indias y de otros depósitos, considerable número de documentos hasta ahora desconocidos, ha logrado reproducir retrato y autógrafo del navegante, haciendo parecer incompleta ó atrasada la obra que al mismo tiempo daba á luz la diputación Véneta de historia patria, á pesar de la diligencia y del interés con que la formaba el citado Sr. Tarducci (1).

Presúmese que Sebastián Caboto nació en Venecia y empezó á instruirse en la ciudad del Adriático antes de abandonarla su padre. Harrisse, Madero, y, no hay que decir, Tarducci, lo tienen por cierto, aunque hay documentos que lo consideran inglés, y se sabe que él mismo declaró ser natural de Bristol, si bien en ocasiones afirmaba lo contrario por conveniencias. Que por inglés se le tuviera es lógico, habiendo sido criado y educado en Inglaterra, y pareciendo, según algunos de sus biógrafos dicen, inglés en las afecciones y en las costumbres. Observa, de todos modos, el Sr. Madero que el amor patrio no fué, de cierto, su pasión dominante, y que, de haberle dejado la elección, acaso hubiera preferido nacer en el Atlántico. Bien puede ser: yo encuentro, sin embargo, rasgos morales que acreditarían á Caboto de veneciano, y de veneciano

(1) *Well beloved.*

(1) *Historia del puerto de Buenos Aires*, por Eduardo Madero, t. I. *Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes y fundación de las más antiguas ciudades en sus márgenes.* Buenos Aires, imp. La Nación, 1892, 8.° mayor, 389 págs.

genuino de su siglo, á falta de otros indicios.

Embarcado en tierna edad, los rudimentos de humanidades y de la esfera que aprendió en la escuela, sirvieron para desarrollar su inteligencia, bajo la dirección del padre, en aquellas expediciones, en que se buscaba la isla ideal de Siete Ciudades. Así fué formándose, á semejanza suya, marinero ante todo, piloto después, geógrafo, cosmógrafo, cartógrafo sucesivamente, con subordinación á la idea mercantil y utilitaria de tales conocimientos.

Iba asimismo en la navichuela que descubrió el continente americano por el Norte: años adelante (1544) escribió de su mano en el Mapamundi en que situaba la costa: «Esa tierra fué descubierta por Ioan Caboto, veneciano, y Sebastián Caboto, su hijo, anno del nascimiento de nuestro Salvador Iesu Christo de M.CCCC.XCVII (1).» Iba en el viaje del año siguiente, durante el cual se supone murió el padre, quedando á su cargo el mando y dirección de la empresa en demanda del Catay y de Cipango. Del laberinto de contradicciones que se notan en los escritos del tiempo, procura deducir el señor Tarducci que los expedicionarios reconocieron [illegible] desde el Labrador ó desde los Bacallaos hasta la bahía de Chesapeake, y aun que intentaron fundar alguna colonia, no consintiéndoselo la aspereza del clima. En realidad de verdad, sólo se sabe que la empresa fracasó, produciendo en la opinión pública una de esas impresiones extremosas á que fácilmente se inclina por cualquier desengaño desde el optimismo de las ilusiones. El rey se negó á favorecer nuevos ensayos, y así transcurrieron sin mención de Caboto catorce años, en los que alguna tentativa por su cuenta cree que haría el biógrafo veneciano.

Había ascendido al trono en este tiempo Enrique VIII, casado con la infanta doña Catalina de Aragón; y aliado con D. Fernando el Católico contra Francia, envió ejército en que Caboto aparece. Ofreció desde allí ponerse al servicio de España, ó á él quiso atraerlo D. Fernando, instándole á conferenciar con los que entendían en los asuntos de Indias, como lo hizo en Burgos (1), y de resultas recibió nombramiento de capitán de mar con 50.000 maravedís de salario, fecho en Logroño á 20 de Octubre de 1512.

Había de informar y tratar acerca de la navegación de los Bacallaos, trayendo á Castilla su mujer y casa, según en otra carta real dirigida en la misma fecha al embajador de España en Londres se dice; lo de la mujer es, con todo, dudoso; ni Harrisse ni Tarducci lo ponen en claro. Se llamaba Catalina Medrano, española en toda probabilidad, y pareciendo poco natural que se enlazara con ella en Ingla-

(1) Recuérdese que el Sr. Tarducci, con otros, lee XCIIII.

(1) Hállanse las cartas en la Academia de la Historia, colec. Muñoz, f. 90: las publicó el Sr. Jiménez de la Espada en las *Relaciones geográficas de Indias*, y también los Sres. Tarducci y Madero.

terra, se piensa que pudiera haber venido Caboto con cualquier objeto antes del año 1512, ó bien que se casara con posterioridad.

Preparaba en 1514 un viaje al Norte que había de emprenderse en 1516, y que se suspendió ó anuló quizá por muerte del rey, acaecida al empezar este último año (1). Quedando sin ocupación en principios del reinado nuevo, con licencia ó sin ella, hubo de volver á Inglaterra y de gestionar en su provecho, consiguiendo de Enrique VIII el mando de ciertos buques descubridores. Como también fracasó este proyecto, es de estimar que la fortuna no favorecía tantas y tan activas diligencias, hechas simultáneamente en los dos reinos y extendidas luego á la señoría de Venecia, sin que la moral acomodaticia que profesaba le reprochara el aprovechamiento del secreto profesional como mercancía que podía darse al que mejor la pagara.

Tal cual destello de las crónicas viejas, sirve al Sr. Tarducci para adjudicar á su héroe el hallazgo del estrecho y bahía conocidos con el nombre de Hudson desde 1610, presumiendo que la noticia del mar Pacífico que descubrió Vasco Núñez de Balboa y la de tantas tentativas para buscar entrada desde el Atlántico, lo espoleaban á buscarlo por las regiones á que los españoles no llegaban. La hipótesis del viaje no impide que el autor reconozca no haber producido otro resultado positivo que el de aumentar el despecho de Caboto y llevarle otra vez á Sevilla á pulsar la suerte.

Consta que el rey D. Carlos le expidió nombramiento de piloto mayor con 125.000 maravedíses de salario en 5 de Febrero de 1518, para sustituir á Juan Díaz de Solís, que había muerto. El cargo debía satisfacerle tanto por la autoridad y atribuciones, como por la honra en que se tenía y se le daba, juzgando por la narración del anónimo de Ramusio, contemporáneo (1).

«¿No sabéis, á propósito de ir á buscar las Indias por el Poniente, lo que hizo un vuestro conciudadano veneciano, que es de tanto valor y práctica en las cosas de la navegación y cosmografía, que al presente no hay par suyo en España, y su mérito ha hecho se le anteponga á todos los pilotos que navegan á las Islas Occidentales, que sin licencia suya no pueden hacer tal ejercicio, y por esto lo llaman piloto mayor?» Y respondiendo que no lo sabíamos, continuó diciendo: «que hallándose hacía algunos años en la ciudad de

(1) En la Década II, lib. VI, cap. I de Pedro Mártir de Anglería, traducción de don Joaquín Torres Asensio, se lee: «Trato familiarmente en mi casa al propio Caboto, y á veces vive conmigo, pues llamado de Inglaterra por nuestro Rey Católico después de la muerte de Enrique, rey de la Bretaña mayor, está en la corte con nosotros, y espera día por día que se le dispongan embarcaciones, con las cuales se descubra ya por fin este ignoto arcano de la naturaleza; pienso que en el mes de Marzo del año que viene, 1516, emprenderá la marcha para hacer sus exploraciones... No falta entre los castellanos quien niegue haber sido Caboto el primer descubridor de Bacalaos, y no reconocen que haya caminado tanto hacia el Occidente.»

(1) Copiada por D. Eduardo Madero

Sevilla, y deseando saber de aquellas navegaciones de los castellanos, se le dijo que había allí un veneciano de gran mérito, de ellas encargado, llamado *el señor Sebastián Caboto*, el cual sabía hacer cartas marinas de su mano y entendía el arte de navegar más que otro alguno...»

Tiene siempre la elevación inconvenientes, y no sin ellos la alcanzaría Caboto. En aquella almáciga de pilotos y descubridores formada á la sombra de la Casa de la Contratación, entre los compañeros y discípulos de los Pinzones, La Cosa, Solís, Ojeda y tantos más, la idea de ser regidos y examinados por un extranjero no dejaría de crear prevenciones y celos, aumentando las primeras la repetición de sus viajes á Inglaterra sin dejar de cobrar en Sevilla el sueldo. Por mucha que fuera su sagacidad, acaso no dejara de traslucirse que el movimiento de la persona no respondía á las necesidades de la salud. Ello es que metido en negociaciones secretas, mientras ofrecía en Inglaterra la golosina de las riquezas del Perú, instaba á la Señoría de Venecia á participar del beneficio de los descubrimientos, sobre todo desde el momento en que la vuelta de la nao *Victoria*, con Sebastián del Cano, había rasgado el velo de la figura de la tierra.

No era hombre de los que se contentan en el juego con dos barajas; sus manejos con los embajadores ó por medio de los agentes oficiosos abarcaban mucho más, y ello á tiempo en que el gobierno de España le empleaba en comisiones de tal entidad y confianza como la situación del cabo de San Agustín en el Brasil, y la determinación de la propiedad legal de las Molucas. Mr. Harrisse, con buen sentido, ha condenado la perfidia con que toda la vida se condujo Caboto; el Sr. Tarducci, refiriendo al pormenor sus enredos, no encuentra que lastimaran á la moral, porque los compromisos con España no pasaban del ejercicio de un destino sedentario, el de piloto mayor, mientras que lo que á otras naciones proponía era el empleo de su actividad é inteligencia para buscar nuevas vías al comercio. Esto le parece lícito, con tanta más razón, cuanta había de estar persuadido que la riqueza y la prosperidad de España y de Portugal herían de muerte á Venecia, su patria. No queriendo España—dice—servirse de su aptitud de navegante, ¿en qué afectaba á la conciencia, que la empleara en beneficio de otros?

El criterio del Sr. Tarducci sería singular, aun cuando Caboto no ofreciera en realidad otra cosa que despedirse del servicio de España y pasar al de otro gobierno que mejor se lo remunerara; pero las ofertas con tanta insistencia y precauciones de reserva hechas, ofertas cuyo alcance no ha podido nunca penetrarse, no habían de ser tan sencillas, y no cabe duda que en perjuicio de España se hacían por el que tenía en la mano, bajo la garantía de la buena fe, los secretos del padrón de cartas, los hilos de la navegación española. De cualquier modo, debieron ser las exigencias del negociador tanto ó más grandes que la perspectiva de

su desleal defección, toda vez que al fin y al cabo, ni Venecia ni Inglaterra la admitieron.

A todo esto, las muestras que la nao *Victoria* trajo de las especias y otras cosas de las Molucas, dieron ánimo á los mercaderes de Sevilla para proyectar el apresto de una expedición exclusivamente comercial y de provecho, cuyo mando ofrecieron al piloto mayor Caboto, obtenida la venia real. Quiso tomar parte en la empresa el emperador, muy interesado por entonces en allanar el camino del Maluco y pocos días después de la victoria de Pavía, el 4 de Marzo de 1825, firmó el asiento ó capitulación, por la cual Sebastián Caboto, con título de capitán general, había de llevar tres ó hasta seis naves, si fuera necesario, en viaje á las islas dichas de Maluco y de las otras que fueron descubiertas por Magallanes y Sebastián del Cano, para hacer rescates y cargar los navíos con oro, plata, piedras preciosas, perlas, drogas, especerías, sedas, brocados y otras cosas de valor. Caboto prestó juramento de cumplir lo estipulado, y empezó el armamento en discordia con los mercaderes que lo costeaban, porque pretendía nombrar lugarteniente á su gusto, y aquéllos mostraban empeño en que, por fiscal de sus intereses fuera un Martín Méndez que, como contador de la nao *Victoria*, había hecho el primer viaje de circunnavegación, y con cualquier empleo, un Miguel de Rojas, hombre de valor y experimentado marinero.

La contienda tomó proporciones serias por no ceder ninguna de las partes, y hubo de intervenir no sólo el Consejo de Indias con su autoridad, sino el rey mismo «poniéndoles por delante el escándalo é inconvenientes que de aquella división sucedería», con lo cual Caboto se aquietó, pareciendo conformarse, y el 3 de Abril de 1526 salió de Sanlúcar la armada, compuesta de tres naves y una carabela.

El Sr. Tarducci, poetizando su relato, presume que las diferencias entre los armadores y Caboto consistían en que los primeros tenían por norma y perspectiva la utilidad de la expedición, lo cual es muy natural, mientras que el capitán sólo pensaba en la gloria que había de reportarle; en que exigían aquéllos que por el camino surcado por la *Victoria*, les trajera pimienta y clavo, y se determinaba él á buscar islas y tierras que hombre alguno hubiera visto.

No está bien informado el autor italiano; aunque ha logrado ver algunos documentos más de los que conoció Mr. Harrisse, según queda sentado, no era la colección incompleta de que disponía, suficiente para penetrar la oscuridad en que la expedición estaba, según él mismo reconoce, y sus juicios adolecen, por tanto, de la debilidad con que están fundados. El señor Madero ha sido más feliz; teniendo á mano la capitulación firmada por Caboto, las instrucciones del emperador, el asiento de Diego García, la extensa relación de Luis Ramírez, purgadas las alteraciones que introdujo el Sr. Varn-

hagen, la Memoria del dicho Diego García, el pleito de éste, el islario que formó el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, las reales cédulas de nombramiento del Estado Mayor en que se consignan los nombres de las naves y los oficios principales de los tripulantes, con otras piezas de enlace y complemento, han disipado muchas dudas.

Por de pronto, ninguna queda de que Caboto demostró la carencia de las altas dotes de caudillo. Una vez en la mar, desautorizó al teniente nombrado por el rey, confiriendo caprichosamente las funciones al que había sido objeto de la protesta de los armadores. Aunque blasonara de conocimientos científicos, los marineros prácticos ridiculizaron sus teorías por la recalada al Brasil y el bojeo de la costa en que malgastó tres meses. Habiendo puesto nombre de Santa Catalina á la isla donde le alcanzó el cumpleaños de su mujer Catalina Medrano, y seguido á la bahía de Patos, encalló con la nave capitana en ciertos bajos, donde totalmente se perdió con gran cantidad de provisiones de boca y guerra. El siniestro excitó los ánimos ya enconados, exacerbando el suyo; desde el momento dió por caducada la empresa cuyo cumplimiento había jurado, proponiéndose registrar el río de Solís, donde le aseguraron había grandes riquezas algunos rezagados de expediciones anteriores, disipándose por encanto aquellas ideas gloriosas entrevistas por el Sr. Tarducci. Empezó á construir con tal objeto una galeota de poco calado, desoyendo observaciones y requerimientos por la detención, que originaba enfermedades y muertes, y por el proyecto contrario á los intereses de los comerciantes; y una vez concluida la embarcación, abandonó en aquel lugar selvático al lugarteniente Méndez, al capitán Rojas y á otro que le estorbaba, llegando á la embocadura del río encarecido el 21 de Febrero de 1527.

Indicadas las correcciones que *por más* hay que aplicar al relato del biógrafo italiano, justo es decir que las necesita *por menos* el juicio de Mr. Harrisse, de no haber descubierto nada Caboto. Muy lejos de esto, embocó el primero el río Paraná, que es la tercera en magnitud y extensión de las corrientes fluviales del globo, y la remontó hasta Itati, desde donde retrocedió para subir por el Paraguay, con trabajos y sufrimientos que no es ocasión de contar.

No menos requiere reparación la apasionada diatriva que hace el Sr. Tarducci de Diego García, presentándolo como figura vulgarísima, explorador adocenado, ignorante, malicioso y despreciable. García, maestre de una de las naos en la expedición de Juan Díaz de Solís, compañero de Magallanes, de los que regresaron con Sebastián del Cano, no sabía escribir ni leer, y era, sin embargo, de los hombres de mar bravos é inteligentes, que mirando á la aguja y á las estrellas tienen lo suficiente para encontrar su camino. Tanto conocía prácticamente los vientos y corrientes, lo que hoy llamamos geografía física del mar, que se burlaba

de la *estrulugía* de Caboto, por no saber aprovechar en su derrota los fenómenos naturales. Solicitó la gobernación y descubrimiento del río de Solís, y fuéle concedida por asiento en 1525. Al encontrar á Caboto dentro del espacio de su concesión, no era él, ciertamente el intruso, y el otro, sin embargo, se le impuso, pretendiendo que obedeciera sus órdenes é impidiendo por fuerza que acudieran en queja á Castilla. Si por prudencia ó por falta de medios no resistió García á mano armada, reservó la defensa de su derecho, planteándola oportunamente. Considéralo el Sr. Madero como de los marineros que por más justos títulos son acreedores á la simpatía de los platenses; estima por el testamento que tenia conciencia honrada y sentimientos de gratitud, y para juzgarlo mucha mayor copia de datos ha tenido que el Sr. Tarducci, dedicado á buscar los que favorezcan á su problemático compatriota.

Después del encuentro con García y de los conatos de someter su voluntad, quiso prevenirse Caboto enviando á España la carabela con cartas encomendadas á Hernando Calderón y á un inglés de su confianza, nombrado Jorge Barlow, dando razones por no haber continuado la navegación á la Especería, encareciendo la extensión y riqueza de las regiones del Plata, y pidiendo gente y licencia para poblar.

De buen grado le diera el emperador cuanto pedía á estar en su mano; mas no lo consentía el estado del Tesoro. Estimuló á los armadores de Sevilla á un nuevo dividendo pasivo, manifestándoles que con el acuerdo del Consejo de Indias estaba decidido á fomentar la empresa; los comerciantes respondieron «que no esperaban bien del provecho que ofrecía Sebastián Caboto».

Habían los expedicionarios remontado entre tanto hasta el Pilcomayo y construido una fortaleza en que depositaban lo que iban rescatando de los indios. Estos sorprendieron á los cristianos una madrugada, degollando buen número y llevándose la riqueza. Reunidos, por consecuencia, en junta los oficiales el 6 de Octubre de 1529 decidieron esperar socorros no más que hasta fin de Diciembre, y dar la vela para España en caso de que no llegaran.

El 22 de Julio de 1530 entraba Caboto por el Guadalquivir con la nao *Santa María del Espinar*, trayendo veinte hombres de los doscientos diez que le acompañaron al salir, cuatro años atrás. Pocos días después llegó Diego García, conduciendo á bordo al capitán Rojas, uno de los abandonados en la isla de Patos, y no transcurrieron muchos sin presentación de demandas contra el capitán general á pedimento de interesados, que fueron:

1.° Catalina Vázquez, madre de Martín y de Fernán Méndez, difuntos, é Isabel y Francisca, hermanas, por haber privado al primero del oficio de teniente general y dejádolo en la isla de Santa Catalina entre indios.

2.° Francisco Leardo, Francisco de Santa Cruz y compañeros, armadores de la expedición, por quebranto de intereses.

3.° Diego García, por intrusión y actos ejercidos en el río de Solís.

4.° El capitán Rojas por sufrimientos en la isla en que fué abandonado.

Decretada la prisión en consecuencia por orden de los oficiales de la casa de la Contratación, sugiere el hecho al Sr. Tarducci melancólicas consideraciones. «Por exento de culpa que se hallase—dice—era en realidad un general que regresaba de la batalla vencido y sin ejército; no podía ocultársele el odio profundo de algunos de los oficiales sometidos por la dureza de la disciplina. Todos eran españoles, él solo extranjero; á aquellos hacían coro los parientes y favorecedores falseando los sucesos, inventando acusaciones calumniosas; él no tenía más que la verdad por disculpa en la narración de la desgracia que le había perseguido. A su imaginación debía ofrecerse la ira de la compañía de armadores sedientos de venganza... *No hay documento alguno que dé á conocer estos angustiosos pensamientos, pero fundados en la naturaleza humana, tienen que ser ciertos* (1).»

En la condición humana entra por mucho el error, y en la ocasión presente induce al biógrafo á creer que, muerto Pedro Mártir y otros amigos de Caboto, había llegado el ánimo del emperador al colmo del despecho contra él, siendo su nombre objeto de maldición é improperios (2). La acogida dispensada por el soberano á Calderón y Barlow, portadores de la carta escrita en el río de la Plata, y las gestiones que hizo para enviarle los elementos pedidos, contradicen plenamente al juicio del Sr. Tarducci, deshecho por los documentos conocidos. Dice la demanda interpuesta por Catalina Vázquez que «el conocimiento pertenecía al Consejo de Indias, por ser, como era, mujer viuda y pobre y persona miserable, y el dicho Sebastián Caboto hombre *rico y favorecido*». Dice una memoria del Consejo que preguntó Su Majestad desde Alemania la causa de la prisión del navegante, y se le respondió que «á pedimiento de algunas personas que dicen es culpado en muertes, y por otros que desterró, y tambien á pedimiento del fiscal, por no haber guardado las instrucciones que llevó». Con esto y con el resultado de las causas piensa todavía el Sr. Tarducci que fuera Caboto hombre desvalido y menospreciado en España; piensa que fué inmotivada é inícua la prisión que con menos motivo soportaron Díaz de Solís, Cristóbal Colón y tantos otros desdichados en el cumplimiento de los deberes. Después de todo, no era muy grande la severidad del tribunal que le daba *la corte por cárcel, con fianzas*, ni tan escasa su influencia, habiendo encontrado quien las suministrara.

Recayó sentencia definitiva en el proceso, pronunciándola el Consejo de Indias en Avila á 4 de Julio de 1531, condenándole en pena de destierro de estos reinos, por un año, en la isla que fuese señalada, después decumplir destierro de otro tanto tiempo por la causa

(1) Pág. 264.
(2) Pág. 177.

del capitán Francisco de Rojas: pero las partes suplicaron, y en la segunda instancia se falló en Medina del Campo á 29 de Febrero de 1532, confirmándola, si bien con modificación de que los dos años de destierro fueran en Orán, sirviendo á Su Majestad á su costa, y obligándole á pagar á Isabel Méndez y su hermana Francisca, en término de nueve días, 16.433 maravedís que importaban las costas. Esto relativamente á las demandas privadas, no pareciendo que por parte del fisco se le exigiera la responsabilidad en que había incurrido.

Las ejecutorias, que no ha podido ver el Sr. Tarducci, se hallan en la Colección manuscrita de Navarrete (1) y en el archivo del duque de Alba, habiéndose impreso con motivo del Centenario, juntamente con otros documentos de la información de Leardo y Santa Cruz (2).

Con no acreditar tampoco la sentencia, la tempestad que el Sr. Tarducci ha visto levantada contra el mismo capitán (3), no llegó á cumplirse. El Sr. Madero escribe: «No se le mandó al destierro porque Carlos V, que tenía alta opinión de los conocimientos de Caboto, estaba en Alemania, y la emperatriz, sin consultarle, no quiso exilar al ya célebre cosmógrafo, que continuó residiendo en Sevilla.»

(1) En el tomo xv, con otros varios documentos relativos á Caboto.

(2) *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América.* Los publica la duquesa de Berwick y de Alba, condesa de Siruela. Madrid, 1892, págs. 109-120.

(3) Pág. 271.

En efecto; restituido en el oficio de piloto mayor, se ocupaba en la corrección de los mapas. Uno especial que se le había encargado, concluyó en Junio de 1533, según carta enviada al secretario Juan de Sámano, y otros dos tenía hechos para entregar á Su Majestad, que esperaba habían de contentar al Consejo, «porque verían cómo se puede navegar por redondo por sus derrotas, como se hace por una carta, y la causa por qué nordestea y noruestea la aguja, y cómo es forzoso que lo haga, y que tantas cuartas ha de nordestear y noruestear antes que torna á volverse hacia el Norte, y en qué meridiano, y con esto tendrá Su Majestad la regla cierta para tomar la longitud.»

En esta época hubo de trazar el Mapamundi fechado en 1544, cuyo original, con los de las otras cartas, se ha perdido, no conociéndose más que un solo ejemplar, grabado, existente en la Biblioteca Nacional de París, como título suficiente para acreditar el concepto científico de Caboto; mas no parece que el trabajo de bufete satisficiera á su espíritu inquieto. Suponiéndole de continuo fascinado por la gloria, cita el Sr. Tarducci una orden expedida en Inglaterra, en Octubre de 1547, para librar á su favor cien libras esterlinas con objeto de cambiar domicilio, y esto, juntamente con lo que se irá viendo, podría más bien indicar que había reanudado los manejos del negocio de su suficiencia. Sin duda los estuvo perfilando un año, emprendiendo el viaje sin pedir licencia ni renunciar el cargo que tenía,

pues otro decreto del rey Eduardo de Inglaterra dado el 6 de Enero de 1549, le acordaba pensión de 166 libras, 13 chelinas y 4 dineros anuales, á pagar desde el día de San Miguel del año anterior, en atención á los servicios que de él se esperaban (1).

Purchas vió en el palacio real de White-Hall un retrato al óleo con inscripción que rezaba *Effigies Sebastiani Caboti angli, filii Joannis Caboti militis aurati,* y supuso (otros lo han discutido) que fué recompensado con la orden de caballería. Es de suponer este retrato el mismo que poseyó Mr. Charles J. Harford, de Bristol, y que su grabado se encuentra reproducido en la obra del Sr. Madero. La inscripción en la lámina de este autor dice: *Effigies Sebastiani Caboti angli, Filii Joannis Caboti veneti militis avrati, primi inventoris terranovæ sub Henrico VII Angliæ Rege.* La figura representa un anciano de alta estatura, corpulento, cabello largo, la barba partida por la mitad, vistiendo tabardo con pieles y gorra del tiempo; gruesa cadena de oro al cuello de las que se dicen de barbada; un globo sobre la mesa, al lado, y el compás abierto en la mano derecha.

Cualquiera admitirá, aunque contraríe á las creencias del Sr. Tarducci (2), que el pintor del retrato escribió en la inscripción Sebastián Caboto, *inglés*, al dictado de la persona que él presenta y defiende como veneciana, á la persona cuya defección á España se pagaba acaso con el retrato mismo, y cuya falta de delicadeza contra la presunción benévola é igualmente arbitraria de que antes de marchar había renunciado el sueldo, está probada. En 22 de Setiembre de 1549 informaban los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, que servía el cargo de piloto mayor Diego Gutiérrez, *con poder que para ello le dejó Sebastián Caboto* (1). El emperador reclamó, pues, la repatriación, alegando con toda verdad ser criado suyo y á su sueldo, y con toda malicia se le negó, respondiendo que Caboto estaba en Londres por su voluntad, que rehusaba volver á España y á la presencia de D. Carlos, y que siendo libre y *súbdito de Inglaterra*, no había razón de compelerlo á ir contra su voluntad. Pidió el embajador español que si tal era la decisión del cosmógrafo la declarara en presencia de testigos, y así lo hizo.

Cambiadas las condiciones de la política inglesa con la muerte de Eduardo y sucesión de María Tudor, el ambicioso é impaciente piloto, aunque

(1) Había muerto su mujer Catalina Medrano, según dice una cédula del archivo de Simancas, que con otras figura en la Esposición histórica.

(2) También ha recogido este escritor noticias del retrato que algunos creyeron obra de Holbein. Del palacio real pasó á manos de particulares, probablemente durante la revolución seguida á la muerte de Carlos I. Lo poseía á principios de este siglo la familia Harford, de Bristol, y lo adquirió en 1842 Ricardo Biddle, el autor de la *Memoria de Sebastián Caboto*, llevándoselo á su casa de Pittsbourg, en Pensilvania, donde pereció por incendio. Publicó estos datos D'Avezac: *Revue critique*, pág. 268.

(1) Véanse mis *Disquisiciones náuticas*, t. VI.

viejo, abrió nuevas negociaciones secretas con Venecia, ofreciendo, no se sabe qué proyectos maravillosos de viaje, que había de explicar personalmente al Consejo de los Diez, siempre que éste manifestara, por escrito, ser indispensable su presencia para litigar la recuperación de bienes de familia, con lo cual no se despertarían los recelos del gobierno en la Gran Bretaña. Prestóse el Consejo á la ficción manifestando, por conducto de su embajador, que le sería muy grata la comunicación con el *fidelísimo* Sebastián Caboto; no llegaron, sin embargo, á entenderse, sin que conste por falta de qué parte.

Ahora, ¿daremos razón á las alegaciones del Sr. Tarducci, que continua presentando á su héroe en persecución de la gloria, con preferencia al juicio severo de Mr. Harrisse calificándole de traidor?

Veamos antes un documento que ni uno ni otro han conocido, que no ha llegado tampoco á manos del Sr. Madero, aunque se publicó en Madrid cincuenta años ha (1). Lo comentó é ilustró con gran competencia, en lo que atañe á las fechas y personajes citados, M. Girard de Rialle, director de los Archivos del Ministerio de Negocios extranjeros de Francia, y apareció impreso en opúculo curioso (2).

(1) En la Colección de documentos inéditos para la Historia de España, tomo III, página 512-514. Madrid, 1843.

(2) *Sébastien Cabot et Charles-Quint*, par M. Girard de Rialle. *Bulletin de Géographie historique et descriptive.* París, Leroux, 1890.

Los despachos de la embajada de Venecia en Londres se cursaron en el mes de Setiembre de 1551; pues bien, en 15 de Noviembre escribía Caboto al emperador tentando el vado de la reconciliacion, después de haber despachado emisario que la procurara verbalmente. Temiendo morir pronto, por la avanzada edad en que andaba, quería declarar á Su Majestad un secreto, y habíaselo enviado por escrito. El caso era que el embajador de Francia Bodofín (1) le había pedido con insistencia informaciones sobre el Perú, con objeto de prevenir buena armada, de acuerdo con Nortarbelán (2), remontar el río de las Amazonas con cuatro mil soldados y alzarse con la tierra. Bodofín llevó dos mil libras que le dió el duque para empezar el armamento, y convenía, por tanto, apercibirse.

Tocante á situar la costa de Guinea «conforme á la variación que hace la aguja de marear con el pólo», si el rey de Portugal cayese en ello, el remedió ya lo había dicho á Su Majestad.

Lo que sigue merece copia al pie de la letra:

«Asimismo lleva el dicho Francisco de Urista, para que V. M. las vea, dos figuras que son un Mapamundi cortado por el equinocio, por donde V. M. verá las causas de la variación que hace la aguja de marear con el polo, y

(1) Claude de Montmorency-Laval, llamado *Le Gros Boisdauphin*, según M. Girard de Rialle, en las referidas ilustraciones.

(2) El duque de Northumberland, protector del reino, decapitado en Agosto de 1553 al advenimiento de María Tudor. Idem.

las causas por qué otra vez torna á volver derechamente al polo ártico ó antártico; y la otra figura es para *tomar longitud* en cualquier paralelo que el hombre estuviese, de las cuales el dicho Francisco de Urista hará relación á V. M. para el efecto que son, porque yo acá le he informado de todo ello, y él, como es hombre que entiende el arte marítimo, es también en ello. Y en lo que toca á la carta de marear que tiene el dicho Francisco de Urista, yo he escrito á V. M. antes de agora sobre ello lo que importa á su servicio, y también dí una relación firmada de mi mano á Joan Esquefe, su embajador (1), porque á V. M. se la enviase, y según me ha dicho está en poder del secretario Eraso, á la cual me remito, y digo que la dicha carta conviene mucho al servicio de V. M. para lo tocante á la línea del repartimiento hecha entre la corona real de España y de Portugal, por las razones que en la dicha relación digo. Suplico á V. M. reciba mi voluntad buena y el deseo que he tenido y siempre terné, mediante la gracia de Dios y de su santísima Madre, de servir á V. M., la cual tenga por cierto que si no fuera por mi indisposición, yo quisiera más irle á besar las manos, y hacer la relación por mi persona de todo lo que aquí digo, que no enviarle por escrito. Dios guarde, etc. De Londres á 15 de noviembre 1554 (2). —Sebastián Caboto.»

(1) Juan Scheyfve, embajador de D. Carlos en Inglaterra, luego canciller de Brabante. Idem.

(2) M. Girard de Rialle demuestra el error del año, que debe ser 1553.

No dejó el Emperador de tener en cuenta la denuncia de amagos al Perú, escribiendo al príncipe D. Felipe desde Bruselas en 16 de Febrero de 1554 con inclusión de la carta de Caboto, tratando en otras sucesivas (1) del refuerzo de la armada y de prevenciones que D. Felipe ofrecía adoptar en el próximo viaje á Inglaterra, donde se había concertado su casamiento con la reina María. A Caboto no consta que se contestara nada, ni acusándole siquiera el recibo de los mapas ó cartas de marear.

Ocupado en otros asuntos creó una asociación que se tituló «Compañía de mercaderes aventureros de Inglaterra para descubrir tierras, islas y señoríos incógnitos», reservándose ú obteniendo de los accionistas mismos, la dirección ó presidencia con título de gobernador. Decidióse la expedición hacia el Nordeste, que rigió con mala estrella sir Hugo Willougby, redactando Caboto las instrucciones con fecha 9 de Mayo de 1553. Vuelven á oscurecerse luego sus pasos, ya lentos y premiosos, como de hombre octogenario. Parece le fué suprimida la pensión que del gobierno disfrutaba, restaurada á poco y al fin reducida á la mitad, en lo que acaso influyera el contacto de los hombres de Estado de Inglaterra con los de España, y, por consecuencia, el descubrimiento del juego del cosmógrafo, aunque el Sr. Tarducci á ingratitud lo achaca.

(1) Hállanse en el tomo III de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España, antes citado, pág. 511.

Ello es que no se sabe á punto cierto dónde ni cuándo murió el descubridor de la costa septentrional de América, el primer explorador del Paraná, el hombre de quien razonadamente escribió Campbell (1) «que fué autor de la riqueza y del poder naval de Inglaterra por origen de sus colonias», no pasando de presunción las noticias vagas que ajustan su fin con el del año 1547, en Londres ó en sus alrededores, donde se hallaba Ricardo Edén, el traductor al inglés de las *Décadas*, de Pedro Mártir de Anglería, amigo que le asistió en la hora postrera y le cerró los ojos, habiéndole oído decir en la agonía que «por revelación divina conocía un método infalible para calcular la longitud, y no podía confiarlo á ningún hombre».

Es equitativa la apreciación honorífica que hace el Sr. Tarducci de Sebastián Caboto como cartógrafo; el ejemplar único del Mapa-mundi que se conserva en la Biblioteca nacional de París; esa hoja solitaria, muestra de tantos otros trabajos mencionados en la correspondencia del piloto mayor y de los que vieron Kochaf, Hakluyt, Ortelio, Willes, Edén, Worthington, Ovando y Bautista Gesio; ese papel en que con emoción se lee «Sebastián Caboto, capitán y piloto mayor de la S. Ç. C. M. del Imperador don Carlos quinto deste nombre y Rey nuestro sennor hizo esta figura con sus vientos como carta de marear, imitando en parte al Ptolemeo y en parte á los modernos descobridores, así Espanoles como Portugueses, y parte por su padre y por él descubierto, por donde podrás navegar como por carta de marear, teniendo respecto á la variacion que hace el aguia de marear con estrella del norte», esa hoja monumental, «figura extensa en plano, fecha anno del nacimiento de Nuestro Salvador Jesu Christo de MDXLIIII annos», basta para dar fama al autor entre los primeros maestros. Juzgada está con unánime calificación que condensan las observaciones de un crítico competente: «Si se confrontan el globo de Martín Behaim y el planisferio de Sebastián Caboto, nótase al primer golpe de vista el prodigioso adelanto que había hecho la ciencia geográfica en el breve espacio que separa el año 1492 del 1544 (1).»

En lo que toca al secreto del piloto mayor, lo mismo que á las misteriosas gestiones que hizo para utilizarlo, no está, á mi entender, tan acertado el biógrafo italiano. El prejuicio de que se ha dejado influir le ha extraviado, esterilizando la investigación erudita y el examen crítico de antecedentes buscados en la antigüedad por su diligencia. Llega á penetrarse de que los pen-

(1) John Campbell: *Lives of the Admirals*. Biddle dijo: «*He gave a Continent to England; yet no one can point to the few feet of earth she has allowed him in return.*» Esto es, dió á Inglaterra un continente y nadie es capaz de señalar los pocos pies de tierra que le han concedido en cambio.

(1) El almirante Jurien de la Gravière, *Les marins du XVI siècle*, citado por el señor Tarducci.

samientos, las esperanzas fundadas en profundo estudio, el anhelo, la fiebre de gloria de Caboto, consistían en la certeza de hallar por el Nordeste el camino de Catay; de acaparar el comercio de China franqueando el mar polar. «No era Caboto—escribe—hombre inconstante que cambiara de ideas á cada momento, ni menos de aquellos que por la codicia se venden al mejor postor: era el hombre de genio que vislumbra un alto ideal, y que tratando de realizarlo, sin medios propios, acude á la vía que le parece mejor, y si la encuentra obstruida, busca por otra y otra la salida á la meta buscada.»

Convengamos por el momento en que así fuera. ¿Qué interés podía tener para España, para Portugal, para Venecia, ese camino de los hielos? Pudiera tentarlo cuando más Inglaterra, como á lo último lo hizo, con alguna probabilidad de beneficio, más ¿qué atractivo había de tener la empresa para los mercaderes del Adriático? ¿Cabe suponer que fuera esto lo que una y otra vez con insistencia y rodeándose de precauciones ofreciera á la señoría el navegante que se decía hijo suyo? Además, si al fin descubrió el secreto á la Compañía de aventureros creada en Londres, quedaría satisfecha la ansiedad viendo partir las naves que habían de regirse por sus indicaciones. ¿Por qué entonces le acompañaba la amargura en el lecho mortuorio y el secreto asomaba todavía en el delirio de la agonía?

Procuremos acercarnos á la verdad utilizando algunos de los datos que el Sr. Tarducci no ha interpretado con su ordinario acierto.

En 1522, tratando el embajador veneciano Gaspar Contarini de las negociaciones secretas con Caboto, escribía al Senado: «discurriendo conmigo de cosas geográficas, me habló de un método que había ideado por medio de la brújula para conocer la distancia entre dos lugares, *de levante á poniente*, muy bello y *no conocido de nadie*, como podrá ver vuesa señoría por él, yendo allá (1)».

En 1533 el mismo Caboto comunicaba al secretario Juan de Sámano, como se ha visto, que tenía hechas cartas de marear que habían de dar contento al Consejo de Indias, porque verían *cómo se puede navegar por redondo...* y con esto tendrá S. M. *la regla cierta para tomar la longitud.*

Transcurridos doce años sin que las indicaciones dieran resultado, pasó á Inglaterra en la forma que se sabe, y por noticia que á Livio Sanuto se debe, explicó al rey Eduardo la desviación del eje magnético, demostrándole cómo era y que en ningún lugar de la tierra era igual, *secreto que había descubierto en su navegación á la India* (2).

Poco después, en 1551, habiéndose negado á volver á España, y reanudando las diligencias en Venecia, reco-

(1) Carta del embajador fecha en Valladolid á 31 de Diciembre de 1522. Tarducci, pág. 370.

(2) Geografía di M. Livio Sanuto, in Vinegia, appresso Damiano Zenaro, MDLXXXVIII, pág. 2.—Citada por el Sr. Tarducci, pág. 309, 310.

mendaba el Consejo de los Diez al embajador Soranzo que se esforzara en conocer pormenores *e il disegno suo di questa navigatione* (1).

Finalmente, en 1553, ensayaba el postrer recurso en la carta al Emperador, transcrita en la parte de interés, relativamente á las dos figuras que servían para *ver las causas de la variación que hace la aguja de marear con el polo... y para tomar la longitud en cualquier paralelo.*

Sin parar mucho la atención en los términos de la oferta repetida, se han sorprendido algunos como el Sr. Tarducci (2), de que presumiera Caboto la primacía de observaciones que había hecho anteriormente Cristóbal Colón, sobre todo en el segundo viaje de 1496. Nuestro D. Martín Fernández de Navarrete, conforme con Muñoz, fué aún más lejos, admitiendo á Colón por primer observador de la variación de la aguja, y censurando á los que trataban de rebajarle este mérito por levantar los de Caboto, en su número el P. Feijóo, M. de Fontenelle y el P. Fournier. A tal extremo le llevaron las impresiones del P. Las Casas y de Antonio Herrera. Hoy se sabe:

Que la variación se había observado desde que la aguja se montó sobre estilete, que la consentía girar libremente; es decir, desde que vino á ser en verdad instrumento, constando que Peregrini la conocía ó la presintió desde 1262.

(1) Despacho copiado por el Sr. Tarducci, pág. 414.

(2) Pág. 313.

Que lo que observó Colón, lo mismo que los pilotos y marineros que le acompañaron en el viaje de descubrimiento, fué que la variación de la aguja no era la misma en todos los lugares de la tierra, antes bien, que al llegar, pasadas cien leguas de las Azores, a una línea de Septentrión en Austro, *como quien traspone una cuesta*, las agujas de marear, que hasta entonces nordesteaban, noruestean una cuarta de viento todo entero; más ni se persuadió bien del misterio, ni menos llegó á explicárselo (1). La prueba mejor de no haber penetrado Cristóbal Colón el fenómeno, está en las frases escritas por su hijo D. Fernando más de veinte años después: «Ninguna certinidad hay, ni hasta agora se sabe la diferencia precisa que el aguja hace, ni hay regla que tal diga, ni los pilotos tienen instrumento ni otra cosa con que lo puedan saber (2).»

El sabio Humboldt insinuó que lo ideado por Caboto era valerse de las curvas de variación para determinar la longitud de la nave (3), y esto es lo exacto. Bastan las frases de la carta escrita á Juan de Sámano, en Junio de 1533, afirmando enseñaría al consejo de Indias *la causa por qué nordestea y noruestea la aguja y cómo es forzoso que lo haga*, para dar á entender que formuló la primera teoría del magnetis-

(1) V. *La nao Santa María.— Memoria de la Comisión arqueológica.* Madrid, 1892, pág. 72.

(2) V. *Disquisiciones náuticas*, tomo VI, pág. 512.

(3) *Cosmos*, t. IV, pág. 50; citado por el Sr. Tarducci, pág. 313.

mo terrestre, adelantando considerablemente á los hombres de su tiempo, pues en el *Arte de navegar*, del maestro Pedro de Medina, impreso en Sevilla en 1545, y sobre cuya excelencia dió Caboto parecer en su calidad de piloto mayor, no hay siquiera noción de la existencia de la Variación de la aguja, cuanto más de las alteraciones que ésta experimentaba (1).

Caboto consolidó sus ideas antes de 1522, año en que ofrecía ya el aprovechamiento á la señoría de Venecia: recogió, sin duda, los datos existentes en la casa de la contratación de Sevilla; examinó los diarios de navegación, comprendiendo á los de la nao *Victoria;* compulsó las observaciones de muchos pilotos con las suyas, y discurrida la teoría la aplicó al trazado de las curvas en las cartas de marear, que no otra cosa puede significar la figura de Mapamundi, cortada por la equinocial que envió al Emperador, por donde se veían *las causas de la variación que hace la aguja con el polo.*

Comprendiendo la importancia que la resolución del problema de la longitud en la mar tenía, si no el primero ó el único, pues sábese que otros lo concibieron y que Alonso de Santa Cruz escribió una memoria estudiando seis métodos, hubo de ser Caboto el que inició el de la Variación, conocido por entonces con los nombres de *Punto fijo* y de *Navegación Este-Oeste*, objeto, en el transcurso de más de un siglo, de estudios, aberraciones, supercherías, ideadas ante el brillo de los 8.000 ducados de renta vitalicia que por premio vino á ofrecer el gobierno del rey Felipe III, ó de las 20.000 libras esterlinas á que se extendió después el Parlamento británico (1).

Caboto creyó haber resuelto el problema, y éste era su secreto; esto lo que brindaba á Venecia, á Inglaterra, á España, porque á todas las naciones marítimas interesaba igualmente. Las últimas palabras pronunciadas en el lecho de muerte, amarga desilusión tras cincuenta años de lucha; lo que delirio creyeron los testigos; la íntima exclamación de conocer «un método infalible para calcular la longitud, que no podía confiar á ningún hombre», descubren la disposición de su ánimo y el móvil de las acciones de su vida, no comprendido entonces, y no es mucho, pues que aun en nuestros días ofrece materia de estudio á los biógrafos.

---

(1) D. Francisco de P. Márquez: *Discurso de recepción en la Academia de Ciencias*. Madrid, 1875.

(1) Véase mis *Disquisiciones náuticas*, t. IV, págs. 117-207. El Sr. Eugenio Gelcich, director de la Escuela Imperial Náutica de Lussimpiccolo, que ha reunido muchos datos acerca de la iniciación del problema de la longitud en la mar en su interesante estudio titulado *I primi passi della scienza nautica*, Roma, 1892, no menciona los trabajos de Caboto; tanto eran secretos.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

DOLORAS [1]

LAS LOCAS POR AMOR

—«Te amaré, diosa Venus, si prefieres
que te amen mucho tiempo y con cordura.»
—«No»—respondió la diosa de Citeres—
«prefiero, como todas las mujeres,
que me amen poco tiempo y con locura.»

EL PREMIO Á LA VIRTUD

I

No alcanzó el premio á la virtud, María,
aunque con santa calma
vivió como una niña casta y fría,
casada con el cuerpo y con el alma.

II

Mas lo alcanzó cierta mujer casada
que, venciendo á la suerte,
aunque vivió de otro hombre enamorada,
fué fiel á su marido hasta la muerte.

(1) En la «Colección de libros escogidos» hemos empezado á publicar las obras completas en prosa y verso de D. Ramón de Campoamor. El tomo primero, que ha visto la luz obteniendo el éxito que era de presumir tratándose del insigne poeta, comprende las *Ternezas y flores*, los *Ayes del alma* y las *Fábulas*.

Del tomo segundo, que verá la luz á la vez que el presente número de La España Moderna, en el cual irán incluidas todas las *Doloras* y los *Cantares*, entresacamos tres Doloras *inéditas*, que leerán con gusto nuestros suscritores.

EL ARTE DE SER FELIZ

A la señora Doña Enriqueta Carrasco.

I

No acierto, Enriqueta hermosa,
cómo has llegado á pensar
que yo te puedo enseñar
el arte de ser dichosa.
¡Ay! Es en vano que acudas
á mi cátedra á aprender.
Mi saber llega á saber
que dudo... hasta de mis dudas.

II

En cambio, el que no cree en nada,
lleva, exento de ilusión,
dentro de su corazón
la conciencia emparedada,
y á ratos, afortunado,
vive en el mundo sin pena,
comiendo la fruta ajena
con cercado ó sin cercado.
Sabe por su buena suerte
el hombre que es descreído
que es un bálsamo el olvido
y un gran descanso la muerte.
Por eso, cuando afanada
quieras encontrar reposo,
ten presente que el dichoso
lo cree todo... ó no cree nada.

III

Y ya que por tu virtud
eres una gran creyente
que sabe llevar de frente
la alegría y la salud,
imita la fe de aquellas
que, á través de un santo velo,
jamás advierten que el cielo
tiene más nubes que estrellas.
Cree mucho, y obra de modo
que, haciendo santo el dolor,
aceptes hasta el amor
con retóricas y todo.
Con fe, ó sin fe, tú reniega
de mi incertidumbre odiosa,
y si quieres ser dichosa,
no dudes; afirma ó niega.

CAMPOAMOR.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

COLECCIÓN DE LA AMÉRICA DEL NORTE

Quizá parezca á los lectores un poco pasada la ocasión de hablar de la Exposición Histórico-Americana. Cumplido el Centenario, cerró sus puertas ese certamen magnífico con que España conmemoró el suceso, y casi todas las comisiones americanas y europeas se aprontaron á embalar sus colecciones para remitirlas á Chicago. Pero las naciones respectivas, queriendo dar una última prueba de simpatía á la que realizó el descubrimiento del Nuevo Mundo, han hecho donación de muchas de las preciosidades que expusieron, las cuales enriquecen hoy día la Sección Etnográfica de nuestro Museo Arqueológico nacional. Esos donativos y las colecciones de alguna república americana han servido de base á una nueva Exposición, resumen de la primera y medio de comparación de las civilizaciones americanas con las grandes civilizaciones históricas. No es, por lo tanto, inoportuno dedicar un recuerdo al certamen primeramente celebrado. Además, los catálogos (esos catálogos tan injustamente apreciados por algún crítico, que sin duda no los ha leído, cuando piensa que España podía cometer la demasía de enmendar la plana á los sabios americanos y europeos) contienen datos preciosos, que deben tenerse muy en cuenta para apreciar en conjunto el fruto que de la Exposición Americana podrían prometerse los cultivadores de la ciencia.

***

La primera cuestión que se ofrece siempre que se trata de inquirir el oscuro pasado de América, es la del origen de los americanos. Bien conocidas son las hipótesis formuladas respecto de la comunicación del Mundo Antiguo con el Nuevo, y aunque no están divulgados, harto elocuentes son los hechos que patentizan las inmigraciones por el mar de Groenlandia como por el estrecho de Behring. En tal sentido tienen suma importancia los objetos etnográficos presentados en la Exposición por Suecia y Dinamarca. Proceden los prime-

ros de la expedición polar sueca, efectuada de 1878 á 1880, conforme al pensamiento del eminente profesor barón de Nordenskiold, que fué al frente de ella, deseoso de hacer la travesía del paso del Noreste, vanamente intentado durante los siglos XVI y XVII por algunos navegantes ingleses y holandeses. El fin de tal viaje era recorrer la costa septentrional de Siberia hasta el estrecho de Behring. Destacaba en primer término, en la sala de Suecia, un grupo de dos feschutchos, vestidos de pieles, pescando en una hoya abierta en la nieve. De estos feschutchos de la parte oriental de Siberia, veíanse expuestos varios objetos que demuestran la vida miserable de aquellas gentes pescadoras en esas regiones glaciales. El interés de tales objetos se completa con los pertenecientes á los habitantes del puerto de Clarence, en el territorio de Alaska, extremo Noroeste de América, pues indica el parentesco y la afinidad que existe entre las gentes de uno y otro lado de aquel estrecho. Como muestra curiosa de las costumbres pescadoras de los habitantes de Alaska, es de citar un *kayak* ó embarcación estrecha y cerrada, revestida de piel de foca, con un agujero en su parte superior, por donde asoman desde la cintura dos pescadores sentados dándose la espalda, vestidos con camisotes de intestinos de pescado (prendas de que posee algunos ejemplares nuestro Museo Arqueológico nacional), con un remo y un arpón para acometer á la foca, la morsa ó la ballena blanca.

Las colecciones de Dinamarca nos ponían de manifiesto la vida de los esquimales en la Groenlandia, en el extremo Noreste de América y la tierra europea más inmediata que es la isla de Islandia (ambos territorios pertenecientes á Dinamarca), cuyos naturales se supone que fueron los primeros exploradores del Nuevo Mundo. En la serie de Groenlandia eran de notar, además de un cuadro que representa una familia esquimal, cuyos individuos, de pequeña estatura, de rostro triste y de trajes pobres, exentos de toda gala, representan cumplidamente aquella raza sedentaria que desde tiempos remotos había en el país. Había además dos trajes de piel de foca, varias cajas y vasos de madera, utensilios domésticos, un modelo de tienda formado con piel de foca, otro de una casa para invierno, un modelo de piragua y otro *kaïak* ó barca cerrada, cubierta de piel de foca como la de Alaska ya citada, con su aparejo de pesca y el traje de piel del pescador.

La serie de objetos de Islandia nos dió á conocer una nueva fase ó punto de vista en el contacto de Europa con America. Allí encontramos unas jambas y una puerta de madera tallada, cuya ornamentación es de un estilo que, tanto por lo que tiene de geométrico como por la mezcla de bichos fantásticos con roleos y entrelazados, recuerda ese estilo del Norte que los franceses llaman *céltico* y que se asemeja al románico de nuestras iglesias de los siglos XI y XII. Al siglo XI corresponden la puerta y las jambas. Del mismo estilo había una silla ó sitial

(reproducción), y unas telas ó tapices, una decorada con árboles y figuras de ciervos, de colores amarillo y pardo, y otra con labor geométrica de vivos colores. Completaban la colección varios objetos, entre los que sobresalía una gargantilla de gruesos alambres de plata retorcidos en espiral, idéntica á los *torques* romanos, y que, sin duda, se usó en Islandia por costumbre tradicional de los pueblos *bárbaros* de Europa, que fué de quienes los romanos tomaron esa insignia militar. Algunos manuscritos, y el vaciado de una piedra sepulcral con inscripción rúnica, brindaban al estudio de la paleografía islandesa. Y, por último, había un modelo de casa antigua con pilares de madera tallados, representando figuras humanas, fantaseadas, que guardan relación con algunos trabajos de talla de los indios de los Estados Unidos.

***

Estas colecciones, enviadas á la Exposición por Suecia y Dinamarca, no eran más que la introducción al estudio de la América del Norte, cuyas numerosas y estimables colecciones expusieron los Estados Unidos en seis salas. La abundancia y variedad de ejemplares permitían apreciar el pasado y aun el presente de aquella parte vastísima del Nuevo Continente desde sus varios puntos de vista.

Los antropólogos pudieron estudiar allí las osamentas humanas, especialmente cráneos, recogidos en distintos yacimientos, tales como Osprey, en la Florida, montículos y otras sepulturas de Wiscousin y de California. Los datos antropológicos hasta hoy reunidos no han dado aún conclusiones definitivas. Divididas las opiniones, sólo nos atrevemos á presentar aquí la de una autoridad tan notoria como el doctor Putnam, que la comisión de los Estados Unidos ha copiado al frente de su catálogo de la parte arqueológica. Dicho sabio señala cuatro razas: una preglacial ó interglacial, es decir, de los tiempos geológicos; el hombre que solamente se servía de instrumentos de piedra tallada, hombre de cabeza ovoidea (dolicocéfalo), que podría haber sido *autochtonus* ó emigrado del Norte de Europa; los esquimales, también dolicocéfalos; otra raza, de tipo análogo, que se extendió por las regiones del Norte y de la costa, difundiéndose hacia el Sur; y, por último, una raza braquicéfala ó de cráneo ancho, que probablemente vino de la parte central y Sur del Asia y se extendió hacia el Este y Norte, mezclándose con los esquimales y difundiéndose por el Sur de América.

Las colecciones arqueológicas aportan nuevos datos á la cuestión de la existencia del hombre en América en los tiempos geológicos, y nos ofrecen elementos preciosos para apreciar el grado de cultura de las indicadas razas. No consiente la índole de este trabajo que entremos aquí en detalles respecto de la geología americana; mas tampoco debemos pasar en silencio que en América, como en Europa, los primeros pobladores, contemporáneos del

megaterio, del milodón, de un oso tan temible sin duda como el de las cavernas, y de otros animales de especies extinguidas, vivieron en lucha con fenómenos naturales más terribles aún, tales como convulsiones terrestres, diluvios, inundaciones seguidas de aparición de montañas y erupciones volcánicas. Los geólogos, al encontrar las huellas de tan remotos cataclismos, han podido apreciar que los períodos glaciales se renovaron ó repitieron. En los depósitos cuaternarios americanos, no sólo se han descubierto restos humanos y de animales en estado fósil, sino también instrumentos de piedra análogos á los del prehistorismo europeo. Dichos instrumentos tallados, se han encontrado y se encuentran en abundancia, por el Norte de América, á varias profundidades, entre las piedras de los ríos y muchas veces á flor de tierra, habiéndolos puesto de manifiesto sencillamente la reja del arado.

Este hecho no es nuevo : en Europa se han dado casos análogos, y nada tiene de extraño que la condición primitiva de que da testimonio el empleo de la piedra se prolongara en los tiempos de la formación terrestre actual. Pero lo que sí es de notar respecto de América, y muy especialmente respecto de la América del Norte, es que el empleo de la piedra no corresponde allí exclusivamente á una época remota, sino que se perpetuó á través de los tiempos y de los progresos de la cultura, hasta los días de la conquista, y todavía fabrican instrumentos de piedra y se sirven de ellos algunos pueblos indígenas que viven aún su vida primitiva. Al contrario que en Europa, fué la piedra en América coetánea del metal, y en los largos tiempos del empleo de la piedra no pueden, en rigor, señalarse los dos períodos *paleolítico*, ó de la piedra tallada, y *neolítico*, ó de la piedra pulimentada, pues los instrumentos están en su mayoría tallados.

Hacemos estas advertencias para hacer más comprensible lo que tenemos que decir respecto de las colecciones de la América del Norte. Y será bien añadir que, por rara circunstancia, el Norte de América se nos ofrece con un carácter prehistórico primitivo, en que el hombre pasa del estado salvaje á un modo de vivir en tribus, que no llega á constituir una nación poderosa; en Méjico y en la América Central, encontramos, por el contrario, naciones fuertes y adelantadas, que tienen un arte grande y saben construir importantes monumentos; y en el Sur hallamos pueblos y tribus más semejantes al indio actual que los mejicanos. De modo que, estudiando América de Norte á Sur, puede obtenerse un conocimiento de las distintas fases de la cultura en aquel continente.

Vengamos por fin á ocuparnos de los instrumentos de piedra.—Estos se han hallado por centenares en las varias regiones de los Estados Unidos. En la colección expuesta había unas especies de morteros que parece fueron descubiertos entre las capas de lava volcánica; y si esta circunstancia es exacta, se trata de los ejemplares más primitivos, siendo de notar que están puli-

mentados. Más claro es el caso que ofrece el abrigo de roca de Claymont Naaman's Creek (Delaware), cuyo modelo presentó el doctor Hilborne, de Filadelfia, pues allí se han encontrado ruinas y restos de sucesivos tiempos; en las capas inferiores, instrumentos toscos, parecidos á los de la cultura *paleolítica*, y en las capas superiores, puntas de flechas, vasijas de barro y otros objetos idénticos á los de la época *neolítica*. Entre los objetos hallados en terrenos cuaternarios, ningunos más importantes que los de la montaña llamada La Mesa *(Table Mountain)*, en California, consistentes en hachas y en mazos y morteros.

La comisión norte-americana puso singular esmero en agrupar y exponer todos los objetos del modo más propicio á la observación desde el punto de vista que ofreciese mayor interés en cada serie. De éstas, pocas más curiosas que la que nos ofrece los descubrimientos de las canteras prehistóricas y talleres de la manufactura de la piedra en Flint Ridge, condado de Licking (Ohío), pues allí se ven los núcleos ó grandes trozos de pedernal de que se sacaron los instrumentos, y los instrumentos á medio tallar ó ya concluidos; colección preciosa que se cuenta entre las regaladas á España.

En cuanto á las hachas de pedernal de los Estados Unidos, afectan (como puede verse en los ejemplares regalados) la forma almendrada, típica en Europa, y las hay también de un género especial, ranuradas, es decir, con una ranura en torno, en el sentido de su menor eje, paralela al filo, que está en el extremo del lado más largo. Estos instrumentos estaban considerados por los arqueólogos norte-americanos como típicos de su país; pero uno de estos arqueólogos, el Sr. H. C. Mercer, ha visto, no sin asombro, que entre los objetos neolíticos de España que forman parte de la colección de antigüedades prehistóricas de nuestro Museo Arqueológico nacional, hay unos instrumentos de análoga forma, también con ranura, que facilitaba el modo de sujetarlos á un mango, por medio de tiras de piel ó tendones de buey, para que sirvieran de mazo. Estos mazos proceden, en su mayor parte, de la provincia de Granada, y fué tal la sorpresa de aquel distinguido arqueólogo, que no queriendo dar crédito á sus ojos, nos preguntaba, cuando le acompañábamos en una de sus visitas al Museo, si realmente se habían hallado en España.

Las hachas pulimentadas de los Estados Unidos son de la forma corriente en todos los yacimientos del mundo.

En cambio, hay una clase de objetos de piedra, norte-americanos, que no se parecen á los de ninguna parte. Les distingue la circunstancia de estar perforados. Esta operación acredita de muy hábiles á aquellos aborígenes. Hay taladros anchos ó delgados, rectos ó curvos, regulares é irregulares de igual cavidad en toda su longitud, ó cónicos. Se hacían con istrumentos de madera y de cobre, y las piedras taladradas son duras, como jaspe, cuarzo, etc., ó piedras blandas. Los obje-

tos taladrados son tubos y cuentas, azadas, discos, algunos de los cuales son de los usados por los indios en el juego llamado *changkee*, que consistía en rodar el disco por el suelo, y objetos varios, entre los que son de notar unos en forma de banderas, que pudieran ser insignias, y otros en forma de ave.

En cuanto á las armas, ó sea las puntas de flechas y de lanza, de jaspe, caldedonia, y con mucha más abundancia de obsidiana, son admirables por la excelencia de su trabajo. Gran parte de ellas fueron expuestas con arreglo á una clasificación que establece tres grupos principales: 1.°, en forma de hoja, que es el tipo más antiguo, y que pueden ser elípticas, ovales, oblongas, con puntas en los extremos ó brazuelos; 2.°, en forma triangular; 3.°, con espiga que en unas es puntiaguda, en otras roma, etc.; y se agruparon aparte las formas especiales en algunos yacimientos.

Completaban la colección de los instrumentos de piedra, que, como ya indicamos, corresponden á todos los tiempos del período precolombino, martillos, uno de actinolita con mango, de Point Barrow, en Alaska, cuchillos de piedra con mangos de madera, y variedad de utensilios, entre los que no faltaban las piedras de moler.

***

Llamaban la atención, entre tan numerosas series de objetos de piedra cuyo excelente trabajo indica bien claro largos siglos de cultura, otros objetos que revelan al industrial ingenioso y al artista. Queremos hablar, en primer término, de los instrumentos de cobre. Los americanos, en los tiempos precolombinos, no conocieron el bronce. Abundaba el cobre en estado nativo, sobre todo en el Lago Superior, y los naturales lo labraban como piedra maleable; de suerte que, sin más herramientas que el martillo, sabían hacer hachas y hojas de lanza, de formas en un todo idénticas á las de los pueblos *bárbaros* de Europa. Los 395 ejemplares que envió el Sr. Fred. S. Perkins, de Wiscousin, donde se hallaron casi todos, en montículos ó lugares de sepulturas, asombran por la regularidad y finura del trabajo.

No menos curiosa era la colección de pipas, esculpidas en piedra ó modeladas en barro; y empleamos estos términos porque entre su variedad de formas abundan las representativas de hombres, cabezas ó manos humanas y de animales diversos, manatí, castor, gato montés, oso, mastodonte, serpientes, lobos, aves de numerosos géneros, etc. El uso del tabaco no fué considerado por los antiguos americanos como un vicio. Los europeos, desde que descubrimos América, fumamos por disipación. Los indios fumaban por costumbre religiosa. En sus ceremonias, el tabaco tenía una importancia y una significación especiales. La pipa debía ser para ellos un especie de incensario; el humo un homenaje á sus ídolos. De ahí que las pipas fueran objetos embellecidos por el arte.

Otra industria artística de los aborígenes de Norte América, era el trabajo de la concha. En la Florida, en el Missourí superior, en el Mississipí, en Virginia, en California y en otros lugares, se han hallado numerosas conchas, generalmente con labores grabadas, que debieron usarse como adornos, ó convertidos en utensilios, como vasos, cucharas, etc. Los ejemplares expuestos son sumamente curiosos, y entre ellos deben citarse unas conchas labradas en figura de cara humana.

Esta misma representación es la que se ve en las esculturas de los aborígenes de los Estados Unidos, que se hallaban expuestas. Son de piedra y de un arte tosco, que tiene el carácter primitivo propio de toda obra de gente atrasada.

Emplearon, á lo que parece, roca dura lo mismo que blanda; sus instrutos de esculpir eran el martillo, y el procedimiento consistía en rozar ó picar la piedra, que después pulían por frotamiento. No se sabe á punto fijo si tales imágenes les valían como ídolos ó como objetos de mero adorno. Los esquimales los hacían de madera, por carecer de piedra.

Más artistas se muestran los antiguos habitantes de los Estados Unidos en la cerámica. Para su habilidad manual era más fácil modelar que esculpir. El Museo Nacional de los Estados Unidos expuso en dos vitrinas sendas colecciones de vasos de barro, procedentes, una de los montículos y terraplenes, y otra de los *pueblos*. Los montículos y terraplenes en la región que comprende los valles del Mississipí, del Missourí, del Ohío y sus tributarios, los *pueblos* ó reuniones de viviendas en los senos de las rocas que forman los *cañones* de Arizona y del Nuevo Méjico, representan dos civilizaciones distintas de los tiempos precolombinos, la primera, al parecer más antigua, la segunda, más moderna, tanto, que los españoles hallaron *pueblos* habitados y aún lo están algunos por los descendientes de la raza que los levantó. No tienen nada de común los vasos de los montículos y los vasos de los *pueblos*. Aquéllos son de manufactura en general más tosca que la de éstos. Ni unos ni otros acusan el empleo de la rueda del alfarero, aunque los segundos la dejan sospechar. Los vasos de los montículos varían en sus formas desde el plato y el cuenco á la olla esférica y á la botella de alto cuello. Los adornos, ó están pintados, y en este caso consisten en dibujos geométricos sencillos, ó la decoración consiste en que el vaso es figurativo y representa algún pescado ú otro animal, ó la persona humana.

En general, son de un arte infantil. Sólo dos vasos entre los que fueron expuestos, deben citarse como excepción y encarecer su mérito, Cada uno de ellos representa una cabeza humana, con rayas en el rostro como indicando un tatuaje, y el modelado, no solamente es fino, sino que revela un sentimiento del natural tan espontáneo como justo. El catálogo indica que estos dos vasos son los ejemplares más curiosos de escultura apli-

cada al arte cerámico que han sido descubiertos en los terraplenes. — Los vasos de los *pueblos* son de formas más bonitas, aunque sencillas, pues el cuenco, el jarro y una especie de urna de base cónica, lo componen todo; pero les dan aspecto más grato las peregrinas labores geométricas de colores negro y rojo violado que destacan sobre el fondo blanco ó amarillo ocre de su arcilla.

La sociedad de Etnología de los Estados Unidos presentó unos modelos en bulto de montículos y *pueblos* que sirven para completar el estudio indicado. Uno de los modelos permite apreciar el sistema de construcción de los montículos, pues reproduce en sección uno de los del grupo Stowah, en el condado de Bartow (Georgia). Son perceptibles en tal sección, las diferentes capas de tierra que forman el montículo, la disposición de los sepulcros de piedra á distintas alturas, y dentro de las fosas la posición de los restos humanos. Otro modelo nos da á conocer el gran montículo Stowah, de la misma localidad: es un montículo de forma oblonga algo irregular. Los terraplenes ó antiguas fortificaciones de tierra en Illinois, una de las obras más importantes de aquellos aborígenes, es de apreciar en otro modelo. El original está situado en el valle del Mississipí. Viene á ser un recinto cuadrado de tres mil quinientos pies de largo, cerrado por muralla en todos sus lados, menos por el Noreste, y dentro del recinto se levantan cuatro montículos y gran número de hondonadas pequeñas, que indican los sitios donde estuvieron las chozas. También había un modelo que muestra el contenido de un montículo sepulcral, el cual consistía, dentro de un gran hoyo ó excavación circular, en una serie de tumbas de forma cónica, construidas con guijarros y barro, habiendo algunos esqueletos á flor de tierra, sin resguardo alguno.

La ruina de *Casa Blanca*, en el cañón Chelly, en Arizona, muestra lo que eran las viviendas levantadas en parajes de difícil acceso, al abrigo de una roca, que tan frecuentes, y, por lo visto, tan necesarias eran, dados los peligros que la vida ofrecería, en aquella región inhospitalaria, á sus antiguos habitantes. Los muros son de adobes.

Alguna semejanza ofrecen los *pueblos* con estas viviendas, como puede apreciarse por los modelos. Dos eran éstos, en cuanto á los *pueblos* se refiere: uno reproduce el pueblo de Taos, que está en un valle y otro el de Wolpi, que se halla en lo alto de una meseta; ambos son típicos. El de Taos se encuentra sobre el río del mismo nombre, tributario del Río Grande en Nuevo Méjico; el de Wolpi (que también se ha escrito Hualpe), está en el extremo occidental de la región de los *pueblos*, y pertenece hoy á los indios tusayanes, antiguamente llamados moquises. Mas ¿qué eran los *pueblos?* Este nombre, que dieron los españoles á tales construcciones, indica claramente el aspecto y la naturaleza de los mismos. Eran, en efecto, un conjunto de

viviendas, pero no separadas, sino unidas, unas junto á otras y unas encima de otras, en dos y hasta tres pisos escalonados, á los cuales se subía por el exterior con escaleras de mano. En conjunto forman una sola construcción, pero su misma fachada da á entender la plularidad de vecinos. Los muros son de adobes, alguna vez de piedra, interiormente muy bien enlucidos con barro blanco, y lo mismo los pisos cuando no están enlosados; el entramado de los techos, de mimbres con cañizo. Tienen ventanas, en las que antiguamente ponían hojas de mica y hoy vidrios. La disposición escalonada de los pisos dejaba lugar á los terrados, lugar favorito de los moradores para sus juegos. Cerca de las casas, ó en los grandes patios que suelen formar algunos *pueblos*, hay unas construcciones cerradas por cúpula cónica, abierta por arriba: las llamadas *estufas*, que eran los hornos para cocer el pan sagrado ó el de los banquetes. En la sección de Suecia había un curioso modelo de *estufa* é interesantes fotografías de *pueblos*, entre ellos el del *Navajo Cañón*, que permitían completar el estudio de estos monumentos, que no tienen par ni antecedente en parte alguna del globo.

***

Todas las curiosidades de que hasta aquí hemos dado cuenta constituían la mayor parte de los envíos oficiales del gobierno de los Estados Unidos, y los objetos pertenecen al Museo Nacional y á algunas sociedades ó corporaciones, pocos á particulares. La colección de que ahora vamos á dar cuenta, y que llenaba una sala, bajo el lema de *Expedición Hemenway*, fué formada y expuesta por la iniciativa particular de una dama norte-americana, la señora Mary Hemenway, de Boston. ¡Dichoso país, donde una mujer gasta sumas respetables en provecho de la ciencia!

El fin de la indicada expedición fué investigar los problemas arqueológicos y etnológicos de los pueblos indios de Nuevo Méjico y Arizona. Varios años duraron los trabajos. Los efectuados en 1891 y 1892, tuvieron por objeto el estudio de los *pueblos* Ho-pi, en la provincia de Tusayán, en Arizona, y el fruto de estos trabajos son las colecciones que se exhibieron (una parte de las cuales se cuenta entre los citados donativos) y de que vamos á dar cuenta. La comisión, de que formó parte el inteligente etnólogo señor Culin, exploró las ruinas de antiguos *pueblos* que en la localidad existen, y estudió á los indios que actualmente viven como sus antepasados (ellos por tales tienen á los antiguos moradores de los *pueblos* arruinados). En rigor, la semejanza de los productos antiguos con los modernos salta á la vista, de modo que los estudios arqueológicos vienen á completarse con los etnológicos, llegando por tal medio el curioso á reconstituir la vida antigua, ó por lo menos á darse cuenta de lo que eran los habitantes de los *pueblos* antes de la conquista.

Lo que más abunda, y más llamó la atención de las personas inteligentes en la sala de que tratamos, es la cerámica. Trátase de una colección única; bastante numerosa y de ejemplares sin duda alguna escogidos. Comprende dos partes, la antigua y la moderna. En la cerámica antigua se ve desde luego que hay tres clases de vasos: unos, los más antiguos, de manufactura tosca, de barro mal preparado, hechos sin más molde que las manos, pulimentados con un guijarro ó un palo, vasijas de las usadas para guisar, rara vez con algún dibujo, ó con incisiones hechas con la uña del pulgar; otros, caracterizados por sus dibujos, que, según se indica en el catálogo especial de estas colecciones, puede clasificarse en cinco grupos, que son: cerámica negra y blanca, de transición, anaranjada, de varios colores y roja; y, por último, los vasos con incisiones, extraño modo de decorar que los indios supieron llevar á una regularidad particular. Los vasos pintados son los que más nos interesan. Prescindiendo de la clasificación, porque nos faltan tiempo y espacio para detenernos á hacer un examen detenido, haremos notar que las formas ya indicadas, el cuenco, la olla ó ánfora esférica, á veces grande, y la especie de urna de base cónica, son las predominantes. Como manufactura, son dignos de citarse, por lo fino de la pasta, los vasos rojos, cuya decoración es de colores blanco y negro, la cerámica de varios colores, que es de lo mejor, y que puede ponerse al lado de las mejores piezas análogas de otras procedencias. La decoración es de dibujo geométrico, predominando como motivos principales la honda y el meandro, de aspecto tan griego, que recuerda los vasos corintios y arcáicos de la antigüedad; y los colores no pasan del blanco, negro, el anaranjado y el rojo violado, que en algunos vasos, decorados con figuras de aves.

Los vasos modernos de los tusayanes son del mismo estilo que los antiguos, pero de muy inferior manufactura, y con adornos toscamente ejecutados, como copias torpes de los primeros. No faltaban en la colección hachas y otros instrumentos de piedra de los usados para la agricultura, é ídolos, fetiches de piedra y de barro, de los que, en épocas ó ceremonias determinadas, acostumbran los indios hopi á rociar con harina y á echar el humo de la pipa, que simboliza las nubes. Entre los varios objetos etnográficos eran curiosos una manta de ceremonias, de algodón, con figuras simbólicas, de las que los maridos regalan á sus mujeres con ocasión de la boda, y se ponen los hombres para los bailes sagrados; la manta que usan los sacerdotes en el baile de la serpiente, con la imagen de ésta y del arco iris; variedad de objetos indumentarios y simbólicos; los muñecos de madera, pintados de blanco y verde, amarillo y negro, con vistosos adornos, que representan divinidades y constituyen el regalo que con ocasión de una fiesta se hace á las niñas, las cuales no los tratan como ídolos; el mosaico de arena ó pintura seca, de los que se hacen

con seis colores en las *estufas* ó habitaciones sagradas, durante las ceremonias religiosas, y unas especies de azulejos de adobe con figuras simbólicas pintadas.

Por último, el Museo Nacional de los Estados Unidos presentó, por su parte, una numerosísima colección etnológica, en la que había armas, instrumentos, utensilios de todo género y de muy distintas procedencias, muñecos por el estilo de los descritos, caretas de ceremonias, variedad de adornos y prendas indumentarias, preciosos maniquíes con vistosos trajes indios y excelentes fotografías de tipos vivos de diversas tribus, todo lo cual sirve de mucho para el estudio comparativo, en la arqueología americana tan necesario.

José Ramón Mélida.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El 1.º de Mayo.—Condenación del socialismo.—Complicaciones orientales.—Hechos más significativos en estas complicaciones.—El viejo partido panslavo ruso y el emperador Alejandro III.—Política natural de éste.—Recelos naturales de Alemania.—Entrevista de León XIII y Guillermo II.—El Pontificado y el Imperio.—Conversaciones probables entre los representantes de ambas potestades.—El sufragio en Bélgica.—Esperanzas de mejorar las relaciones humanas por progresos como el de Irlanda.—Conclusión.

No recordamos haber visto en la vida terrores como los prestados al sentimiento público por fechas cual este 1.º de Mayo, parecido á una grande amenaza cósmica y apocalíptica. Todo aquello del terror medioeval á la llegada del año 1000 parecen tortas y pan pintado, si lo comparáis con los temores á un cataclismo, aguardado, no al cumplirse los mil años del advenimiento de Cristo, al empezar el mes en que todo sonríe y huele y canta en la creación. Jamás participamos nosotros de tales temores. Desde la llegada del segundo aniversario, dijimos cómo éste perdería de importancia é interés á medida que fuese la misma libre asociación, por su virtud propia, destruyendo la electricidad en los aires y dando las benéficas consecuencias consiguientes al práctico ejercicio de la libertad. Los pueblos triunfan siempre que piden su derecho, como ha pedido Irlanda su autonomía propia y Bélgica su sufragio popular; los pueblos nada consiguen cuando sustentan el sofisma. Nunca se muestra la inania del socialismo tan claramente, como al verse obligados por la necesidad sus fanáticos sectarios á dejar las vaguedades brillantes de la declamación y de la teoría, para descender á formular principios en cánones claros y lógicos, susceptibles de realización y arraigo en la práctica. No se propone un remedio decorado con el pomposo título de ciencia moderna que se halle por completo exento de un espíritu contrario, y por tanto letal, á la democracia moderna. Examinadlos todos, y veréis en el Banco del pueblo aquellos cambios rudimentarios y primitivos de las especies entre sí; en la supresión del interés al dinero, aquellas tasas vejatorias é inútiles para el movimiento de toda

actividad económica; en el colectivismo, aquellas tribus comunistas de las primeras edades históricas; en los gremios por el Estado, aquellos organismos artificiales, por la revolución rotos, y propios sólo para el privilegio; en las pensiones á inválidos, un aumento de burocracia inútil y una diminución de ventajas efectivas para el trabajador; en la protección al jornalero nacional con detrimento del extraño, barreras al comercio libre y á la navegación como las puestas por los primeros teócratas del mundo asiático á la inteligencia y á la comunicación estrecha entre las razas; en el socialismo entero, una verdadera reacción, de todo en todo incompatible con la sociedad, forjada hoy á la temperatura del horno de revoluciones henchidas por el espíritu moderno. Allende la libre asociación y la libre concurrencia, no se hallará principio alguno de los propuestos por el socialismo como remedio á los males del trabajador, que no le detenga en su movimiento de ascensión progresiva, con tan grandes sacrificios iniciado, y no le sujete al eslabón histórico de sus antiguas cadenas, roto con tan heroico y soberano esfuerzo. Ya sabemos nosotros que no puede un Estado absorbente, como el Estado lo ha sido hasta hoy en Europa, desasirse por completo de la secular tutela ejercida sobre todos los intereses, y dejarlos entregados al equilibrio natural producido por sus propios movimientos. Ya sabemos que mientras las sociedades humanas, por la virtud eficaz del tiempo y de la costumbre, no recobren la elasticidad que les quitaran el absolutismo histórico y sus atrofias, precisará ocurrir con medios artificiosos al desarrollo de muchas entidades sociales; pero estos medios tendrán por fuerza un carácter transitorio, como los andadores, indispensables á la infancia, ó como la tenue nutrición propia de los estómagos incipientes. La ley natural y definitiva de las sociedades humanas, como á su vez la ley moral de los individuos humanos, se halla en la libertad. Todas las teorías germánicas bautizadas con el nombre de socialismo universitario no sustituirán á la intrínseca naturaleza del hombre. Así, hase visto y demostrado que los curanderos y dulcamaras socialistas, ya truenan contra las máquinas y sus cooperaciones al trabajo; ya maldicen de la competencia y su aguijón saludable; ya proponen vejámenes absurdos al trabajor extranjero; y no pueden salir de algún expediente, más ó menos cuerdo, para disminuir males que no se concluirán como no cambie desde la naturaleza del Universo hasta la complexión del hombre, y desde la complexión del hombre hasta el organismo de la sociedad.

Las manifestaciones del socialismo no pueden tener importancia, semejándose á esos relampagueos de verano, tras los cuales no cae nunca ni piedra, ni lluvia, ni centella. Lo que toma gravedad grandísima para todos cuantos auscultamos lo porvenir, es la complicación, crónica ya, de los asuntos orientales, que aparecen como henchidos por vapores de inminente gue-

rra. Dos matrimonios, hace poco celebrados; una regia minoridad concluida; un viaje ahora en curso, llevan dentro de sí terribles síntomas, á cual más alarmante. Resentida Rumanía con Rusia, por el reparto que se hiciera de su territorio en Berlín, ha unido en regio enlace de carácter político al heredero de su trono con una princesa británica, pariente muy cercana del Czar por su madre, pero adscrita por su padre y por su estado civil y por su apellido á la nación más enemiga de Rusia que hay en el mundo, á Inglaterra. Pues tras este matrimonio del heredero de Rumanía, sobreviene otro matrimonio de carácter político, que une con la archiduquesa de Austria, es decir, de la segunda potencia enemiga del Imperio ruso, al príncipe reinante sobre Bulgaria, puesto en el trono de Sofía contra los anatemas y los vetos moscovitas. El viaje, también peligroso, como antes apuntáramos, es el emprendido por ministro tan célebre como el maestro de escuela Stambouloff, hombre de mérito sumo, pues desde su combatido gobierno desafía con arrogancia las iras del Czar, quien observa con sumo interés la presencia suya en Viena, y frunce con ira el ceño en cuanto sabe le han honrado sus rivales de Austria con el menor obsequio. Imaginaos, siendo esto así, cómo se habrá encolerizado al saber la entrevista celebrada entre personaje, tan abominado por él como el dichoso maestro, y su primo imperial, el Czar austriaco, empeñadísimo éste de antiguo en poner á la Rusia obstáculos siempre que á Constantinopla se dirige, y en retarla para una guerra cruel por la conquista y posesión de Macedonia. Pero lo más grave de todo, lo que muestra cuántas sendas iras laten de suyo en el corazón de los austriacos y de los rusos por la influencia sobre los Balkanes y sus anejos, está en el drama de Belgrado: exámenes del rey pupilo Alejandro; banquete regio celebrando la nota conseguida en los exámenes; coloquios en el banquete alegrísimos de los ministros y regentes servios que se creen ya perdurables en las alturas; ingreso del rey en sus habitaciones con la cabeza baja como cumple á un doctrino, y reaparición inmediata del rey en la comida con su frente muy alta, y su uniforme de general muy ceñido, y su sable de combate muy desenvainado; estupor de los sorprendidos regentes, que se imaginan asaltados por una grande alucinación hipnótica, y protestan unánimes, requiriendo la guardia del palacio á mantenerlos en sus puestos; entrada de las tropas, mas no para seguir á la regencia, para obedecer y apoyar al rey; disposición de éste prendiendo á los tutores y ministros al par que declarando su mayor edad, con estupor de los presentes y alegría del pueblo, quien echa las campanas á vuelo en cuanto sabe lo sucedido, muy propio de una tierra oriental. Pero lo cierto es que mientras con los matrimonios de Rumanía y Bulgaria, sumados al viaje del buen Stambouloff, parece que adelanta el Austria, en su camino á Macedonia; con el golpe de estado servio, golpe moscovita de suyo, parece que adelanta Rusia en

su camino á Constantinopla. Y pesando cual pesa la mole llamada Rusia en Oriente, y siendo quien es el Emperador Alejandro III, temblemos por la paz europea, pues basta para temblar acordarnos de la significación que tiene, y del ideal que acaricia, y del influjo que toma, y del plan que trama este dueño de la dominación más vasta existente hoy en Europa, y á quien humildes y encadenados siguen miles de pueblos, semejantes á los que siguieron en sus irrupciones á Tamerlán y Atila.

Alejandro III pertenece decididamente al partido que de antiguo se llama en su Imperio el partido ortodoxo. Los ortodoxos han tenido tres hombres que descollaban sobre todos: Komekoff, el dialéctico; Kireyefski, el místico; Aksakof, el fanático. Komekoff era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria, prodigioso; en fantasía, poeta; en argumentación, poderosísimo; en los debates incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada; muy armado de silogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo, y cuyo único propósito se reducía á demostrar en todas sus conversaciones que la razón humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la iglesia griega, depositaria del espíritu divino y de la divina palabra. Kireyefski, con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un día horribles desventuras los lanzaron al pie de los altares, donde padecían, se desesperaban, como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monjes: corrían á las iglesias, se arrodillaban al pie de las imágenes, absorbían su vista y su idea en la contemplación, desvaneciéndose en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habían concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mutuos dichos: «Pronto se cumplirán nuestros únicos deseos; pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.» Aksakof representaba la acción. Su entusiasmo era tan grande, que creía encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta, y en la reacción hacia los tiempor verdaderamente rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el odio que á todo lo occidental sentía, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles, que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serían sus odios á todo lo occidental. Pedro I, que había

recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilización y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veía en él sino al perturbador de la vida rusa; al asesino, como Felipe II, de su propio hijo; al verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas; al plagiario de Occidente; al fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, fastuosa corte de los tiranos alemanes. Y si este horror experimentaba hacia Pedro I, experimentábalo más intenso aún hacia los sucesores de Pedro en el trono, hacia Catalina II especialmente, alemanes de abolengo y origen, fundadores de la dinastía germánica que aún oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendiaba en reivindicación del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia, más crecía su fanatismo. La pasión le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creía exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular y era una ilusión tal creencia. De todas suertes, esta escuela elevó la personalidad del Czar, capaz de volver, por contradicciones rusas, á los altares de de los dioses.

El único en corresponder á este tipo es Alejandro III, el Czar hoy reinante. A virtud de grandes conjunciones de la educación y de la naturaleza, es todo un esclavo. Lejos de tener la estatura colosal de los czares germánicos, tiene la estatura media de los czares tártaros. Su cabellera un poco encrespada, sus hombros anchos, sus ojos vivos, su ademán resuelto, denotan el eslavo, á quien los fisiólogos suelen llamr árabe rubio. Y dejaría de pertenecer á la raza eslava si no sintiese irreconciliable enemistad con la raza germánica. Por tal afecto se ha guiado en todas sus acciones y por tal afecto ha dirigido y determinado toda su vida. Revélanse los pueblos más en sus leyendas poéticas que en su historia civil, y la leyenda poética de los eslavos se reduce á dos ideas capitalísimas: la conquista de Constantinopla y el castigo de Alemania. Quizá Alejandro II aparecerá en lo por venir como el último emperador alemán de Rusia. Alejandro III, de haber tenido en sus manos la autoridad que hoy tiene cuando la guerra prusiana, se decide por Francia. En su odio á los alemanes, prohibía hasta hablar el alemán á la corte propia, y se negaba siempre á participar de las manifestaciones germánicas. Así, la bomba nihilista que inmolara la persona del anterior Czar ruso hirió la política del anterior canciller alemán. Entre los consejos de Pedro el Grande se halla uno maquiavélico, según el cual sus herederos deben alternativamente ayudar á Francia contra Germania, y á Germania contra Francia, para tenerlas débiles y sumisas á ambas. Nadie extrañará, pues, los angustiosos telegramas de la corte de Berlín á la corte de Petersburgo en la muerte de Alejandro II, y la palabra del emperador Guillermo al nuevo Czar: «Ya sabéis que contáis siempre con fieles y leales vecinos.» Alejandro III asistió en persona, rodeado de su esta-

do mayor, á la guerra eslava por excelencia, que las profecías apocalípticas de los moscovitas habían con tanto empeño preparado; á la guerra llamada por nosotros última guerra de Oriente. Si abrierais un cronicón de la Edad Media para investigar en su latín bárbaro las emociones de aquellos cruzados, á quienes la voz de los frailes exaltaba, impeliéndoles á dejar sus hogares y á vestir el sayal con la roja cruz al pecho, para encaminarse, sin saber por qué vías, con el instinto de las aves viajeras, hacia la santa Jerusalén donde murió el Salvador, concebiríais la pasión que del eslavo se apodera en cuanto acierta de algún modo á oir en su estepa el nombre de la ciudad de Constantino, en cuyo seno triunfó el cristianismo y surgió el dogma; y la necesidad que siente de arrancar la media luna de Ostman y devolver la bizantina cruz de Justiniano á la basílica de las basilicas, á Santa Sofía, madre sacrosanta é inmortal de la Iglesia helénica. Esta idea impulsó al heredero del trono ruso á mover el animo de su padre para que entrara como libertador en el imperio musulmán, con riesgo de encender la guerra europea. A la luz de esta fe oyó el clamor revolucionario de los insurrectos bosniacos; sostuvo las declaraciones guerreras de los soberanos servios y montenegrinos; lanzó sus ejércitos á las orillas del Danubio y sus escuadras á las aguas del mar Negro; congregó á la confederación militar en que entraban todas las naciones dispersas por la península de los Balkanes; atravesó las líneas de defensa que Turquía tiene, así en sus anchos ríos como en sus elevadas cordilleras; trazó con sangre de los suyos la la línea que se extiende desde Sistova hasta Andrinópolis; holló los pasos formidables sobre los cuales todavía corre la sombra de Trajano; mantuvo el terrible sitio de Plewna, en que tantas veces su empuje llegó á quebrarse en la tenacidad de las tropas turcas; rindió Erzeroum y Kars, hasta disolver el imperio de los califas, erigir en reinos los antiguos principados danubianos, emancipar á Bulgaria, tender un puente por medio de la Bessarabia y la Dobroutzka, desde la Moscovia triunfante á la Turquía rendida, dejar en pie el problema de Grecia, y despertar las ambiciones de Austria, con el fin de coronarse algún día, como los héroes de Venecia ó como los cruzados de Francia, emperador de un nuevo imperio de Oriente, á las orillas paradisíacas del Bósforo, en la rebautizada Bizancio, dispuesto, según sus providenciales vocaciones, á llevar el Evangelio y el nombre griego por los caminos de Alejandro hasta los centros del Asia.

Si quisiéramos contener y encerrar en dos aforismos la política del emperador de Rusia, diríamos que se propone sustituir al viejo imperio británico en Asia con el nuevo Imperio esclavón; y extirpar en Europa los dos emperadores, sus rivales, el emperador de Austria y el emperador de Alemania. No debe, pues, maravillarnos que Guillermo, en vista de tamaño peligro, llame á todas las puertas y haga lo posible por mantener unidas á las poten-

cias componentes de la triple alianza y por acercar hasta el Papa romano á tal confederación germánico-latina, frente á frente de la enorme tribu guerrera que se denomina Esclavonia. ¡Poder de la religión y del catolicismo! Cuanto ha sucedido en las entrevistas del monarca italiano con su huésped queda eclipsado por la visita del Emperador germano al Pontífice, tan atendida y comentada. ¡Contrarios y extraños destinos! Este imperio germánico nació bajo el ala maternal de la Iglesia, en los tiempos más tristes y oscuros de la Edad Media. Los carlovingios, que en la Noche Buena del año 800 recibieron la corona imperial, guardada por el Papa entre las ruinas de Roma, dejáronla caer de sus sienes en menos de un siglo. Y los Papas, que por su ministerio universal, por su carácter cosmopolita, por sus luchas internas con Italia, necesitaban de un poder extranjero, entregaron á los Othones de Sajonia el título brillante llevado desde Carlo Magno por los sucesores de Clodoveo en Francia. Agapito II, si no estoy trascordado, fué el primero en conocer la necesidad que tenía, para contrastar el poder del patriciado laico sobre el trono pontificio, de un magnate poderoso y lejano que le diese su fuerza y no le molestase con su presencia. Y así entra en escena, al mediar el siglo x, la gran fuerza política llamada Imperio alemán, que, disgregada y dividida del Imperio carlovingio, venía, rebasando los Alpes, á posesionarse de la dirección política de nuestra Europa, merced á los conjuros de la Iglesia. Señora del espíritu, la Roma católica llamaba necesariamente á su regazo á todos los hombres, sin distinción de familia, de raza ni de naciones; y señora también de un territorio reducido y limitado á las necesidades de la política diaria, debía combatir como reina á los mismos á quienes debía amar y bendecir como madre. En los tiempos feudales, tiempos de guerra, el poder político de los Papas sosteníase por la fuerza y amparábase tras el seguro de las armas. No consentía tal cosa la naturaleza del poder espiritual, y de aquí una contradicción permanente ó un conflicto perpetuo entre los deberes del Pontífice y los deberes del rey. Así, todos los príncipes extranjeros fueron llamados á Italia por los Papas reyes. Si los primeros Pontífices la preservaron de las irrupciones bárbaras, y si no la preservaron, supieron de tal suerte endulzar estas grandes calamidades, que se modificaran á su prestigio y cedieran á su poder moral; luego, más tarde, las invasiones lentas, continuas, tenaces, pertenecen á los Papas. León III corona á Carlo Magno. Estéban IV llama á Ludorico Pío. Pascual I exalta á Lotario. Sergio II invoca al rey Luis II, á quien León IV corona emperador. Benedicto III convierte los ojos á Bizancio. Juan VIII exalta á Cárlos el Calvo y á Cárlos el Craso. Formoso conjura á Arnolfo para que se mueva contra Roma. Juan IX se esfuerza para asegurar el dominio de Lamberto. Benedicto IV corona á Ludovico de Provenza. Juan X ofrece al inquieto Beren-

guer la corona imperial. Juan XI trae al rey Hugo hasta el Castillo de San Angelo, y Juan XII, hijo de Alberico, desmintiendo la política de su padre, llama á los alemanes y funda el nuevo Imperio germánico, protector de la Roma católica, que tan funesto debía ser en el transcurso de los tiempos á toda la gente latina. Así, el Imperio alemán ha sido hasta Metternich, hasta nuestros días, á un tiempo la oposición y la fuerza de la Iglesia. Por circunstancias históricas, de todos alcanzadas, el antiguo imperio católico ha pasado á una dinastía protestante. El humilde elector del Brandeburgo ha eclipsado al César de Austria. ¿Por qué? Porque desde el siglo XVI ha representado, así en los conflictos que sucedieron á la Reforma, como en los conflictos que engendraron la paz de Westphalia, así en el siglo XVI como en el siglo XVII, así en el siglo XVII como en el siglo XVIII, las ideas y el espíritu moderno.

Si pudiera la memoria evocar todos los hechos generadores de las instituciones, ¡cuántas ideas contradictorias se agolparían á las dos inteligencias de Guillermo II y de León XIII, al verse uno frente de otro en aquellos salones históricos del Vaticano, sin igual sobre nuestro planeta! Desde luego, ¡cuántas disputas y guerras sobre si era uno el primer luminar, el sol, y otro el segundo, el melancólico luminar de la noche, ó sea la luna, y á estas disputas cuántas y cuán graves guerras han subseguido! El Pontífice podía pensar cómo fué un tiempo en que reinaba sobre los Brandeburgos, caballeros y cruzados de una marca, por luengos siglos adscrita como un feudo espiritual, á la fe católica; y podía pensar el Pontífice cómo la palabra de un monje rebelde le había quitado con fulminantes frases un día esta Marca, en torno de la cual se agrupa el protestantismo continental y germánico, á la manera que se agrupa en torno de Inglaterra el protestantismo insular y sajón. Pero ¿quién sabe si habiendo en el espíritu la impenetrabilidad de los pensamientos, como hay en el espacio la impenetrabilidad de los cuerpos, á estos recuerdos altísimos no darían lugar las minucias de ceremonias y entrevistas? El Emperador iba de la Emperatriz acompañado. Unos severísimos coches, transportados desde Berlín á la embajada germánica, conducían el imperial matrimonio por las calles de Roma, henchidas del pueblo-rey, quien acaso podía pensar ó decir como ninguna de las ciudades mercantiles é industriales, ni la que ha hecho del rayo nuestra corona, podía presenciar un espectáculo como el que presenciaba esta ciudad poética y pontificia, menguada en su antiguo poder, mas imperante hoy todavía en los espíritus por sus inspiraciones y por sus dogmas.

La Emperatriz había recibido comunicación de las exigencias que tiene la etiqueta con todo el mundo; aunque llevaba por la carrera el sombrero francés, en el Vaticano se puso la mantilla española, sin lo cual no hubiera podido ver al Pontífice, quien la

impone á todas las damas, sean cualesquiera el culto y el origen y el carácter suyo, para las visitas á su persona en el amplio y sublime Vaticano. Descendidos los Emperadores en el patio de San Dámaso, donde los aguardaba un patricio romano, de aquellos que ilustran la historia con sus recuerdos y con sus títulos, detuviéronse á reposar un momento en la sala Clementina, de menos gusto, y aun de menos arte que las estancias decoradas por el inspirado Rafael; pero digna según su riqueza y segun su ornamentación, de aquel palacio divinizado por los primeros buriles y los primeros pinceles del mundo moderno. León XIII, cuyo temperamento nervioso y cuya delgadez nativa le permiten á sus años moverse y andar de la guisa que guste, salió al encuentro de sus ilustres visitantes, y les condujo al salón amarillo, adornado con tapices riquísimos para la ceremonia, sentándolos en dos tronos parejos, puestos á los sendos lados del suyo, que ocupaba la parte central del salón. Con destreza de consumado diplomático, León XIII regaló á la Emperatriz una obra de arte, preciosa y rica, un mosaico de subido precio, reproduciendo en piedrecitas diminutas y multicolores, como piedras preciosas, el Vaticano, sin duda para demostrar lo injusto y lo desatentadísimo que Lutero estuviera de suyo, al sublevarse contra maravilla tan grandiosa, cristalización en piedra de algo divino como la fe misma, cristalización de las inspiraciones del arte. Y á su vez, como para demostrar la pobreza de Berlín en materias artísticas y el carácter entre militar y burgués de su familia cesárea, la Emperatriz regaló al Pontífice una fotografía iluminada industrialmente al cromo, representando las efigies del matrimonio y su prole numerosa en los senos de su hogar. Tras unos veinte minutos de conversación particular y doméstica, fuese la señora en compañía de varios cardenales á visitar las principales obras artísticas de aquel museo sin segundo, y se quedaron solos el Papa y el Emperador frente á frente. Nada de las irreverencias en Guillermo y de los despegos en León del primer viaje. Sabía el regio joven cuánto le costaran su garrulidad y su inquietud en la postrera visita y de los escarmentados salen los avisados. Nada de pasear en las antesalas Herberto de Bismarck con aire provocativo de matón en riña; nada de abrir un príncipe mozo, el príncipe Enrique, la puerta del salón donde se hablaban las dos potestades ó interrumpir su coloquio; nada de alzar la voz el Emperador adrede, ni caérsele, por la violencia de los ademanes, el casco á los pies del Pontífice indignadísimo; nada de frotarse las manos tras el fin de los diálogos é irse al Quirinal con engreimientos de haber hecho pasar un mal rato al representante de una institución, así odiada por los emperadores protestantes de Alemania, como por los reyes gibelinos de Italia: una dolorosa experiencia le ha mostrado cuánto vale, aun después de Lutero, el catolicismo en Europa, donde brilla como

ideal de pueblos inmortales, y cuanto significa el venerable anciano León XIII ante su propio Reistach, de cuyas resoluciones supremas puede todavia decidir; y, por tanto, hase mostrado con gran corrección en todas sus palabras y en todos sus actos, procediendo en términos con el superior suyo por la dignidad y por los años, que, León XIII, tan resentido hace poco, le acaba de acompañar allende los límites trazados á su cortesía por la etiqueta vaticana, y después de haberle abrazado con efusión, acaba de salir, según algunos, á los balcones para saludarle y despedirle, promoviendo ruidosas manifestaciones en el pueblo congregado allí en grande número con razón para presenciar una escena, la cual pocas veces podrá repetirse de nuevo en la humana Historia. ¿De qué hablaron? Pues nadie lo sabe. Pero no creo difícil adivinarlo. Durando el coloquio de las dos potestades una hora entera, debieron hablar del Catolicismo en Alemania; del Centro parlamentario católico y su anhelado voto en las reformas militares; de la triple alianza; de la República francesa; del imperio turco y del imperio moscovita; de las mil cuestiones pendientes, en las cuales todo el mundo sabe cómo piensan y proceden el Emperador y el Papa, que se despidieron, quedándose muy satisfecho el anciano y yéndose á su vez el mozo embargadísimo por altos y graves pensamientos. Dejémonos de cavilosidades y adivinanzas acerca de tan importante materia. Los hechos han de mostrarnos, más que los dichos, cuanto trataron en estos importantísimos diálogos Papa y Emperador. Miremos, para concluir, las cuestiones belgas y británicas.

En estrecho triángulo, cuyo vértice da sobre el mar y cuyos lados sobre las fronteras de Francia y Alemania, extiéndense los húmedos Países Bajos, combatidos á la continua por las hirvientes olas de los mares del Norte, y á la continua inundados por las turbias desembocaduras del Rhin, del Mosa y del Escalda. Semi-celtas y semi-germanos aquellos pueblos, según que se aproximen á las fronteras de Francia ó á las fronteras de Alemania, casi han escapado y huido al poder omnímodo y absoluto del Lacio en sus inciertas y fangosas marismas, á pesar de nominales sumisiones en tiempo del Imperio. Verdad que César exterminó alguna de sus tribus más numerosas y fuertes, sin dejar varón alguno á vida; pero verdad también que si les impuso tributo, no lo pagaron jamás, acaso, cual dice con gracia un escritor moderno, porque no tuvieran medios con que pagarlo. Distinguiérase con distinción verdadera entre todos aquellos pueblos el pueblo bátavo, quien unas veces se unía con los germanos y otras veces con los latinos en sus luchas constantes. El nombre de Civilis flota entre los héroes opuestos á Roma, como el nombre de Viriato en España, y como el nombre de Arminio en Alemania. Sin embargo, nada hoy de cierto se alcanza respecto al fin de la historia de Civilis; y no sabemos todavía si murió frente al poder ó bajo el poder de la diosa Roma.

El Imperio tuvo á los Países Bajos entre sus provincias; pero no los marcó profundamente con su indeleble sello. Cuando las irrupciones bárbaras vinieron, hallaron coexistentes y sin mezclarse sus dos razas fundamentales, la raza celta y la raza germánica. Desde los tiempos de Vespasiano hasta los tiempos de Odoacro, los Países Bajos tuvieron la dominación de Roma; pero no el carácter romano. Así reciben las irrupciones bárbaras sin protesta y quedan esencialmente los mismos celto-germanos como en sus comienzos, bajo el poder nuevo de los francos. El caudillo Carlos Martel sujetó los Países Bajos á la monarquía franca y el prelado Bonifacio á la Iglesia católica. En tiempo de Carlo Magno sublevároнse al par que las tribus sajonas, pero Carlo Magno los sometió bien pronto y los tuvo reunidos bajo un solo cetro. Este mismo Carlo Magno quiso restaurar el antiguo Imperio romano, poniéndolo bajo la tutela de los Pontífices de Roma; y sus tiempos no se lo consintieron. En cuanto el grande hombre se tendió sobre su lecho de granito en Aquisgrán, el feudalismo, rudo germen de futuras edades regado con sangre, debió estallar, para que la ley de variedad se cumpliese fielmente, como en el universo, en las humanas sociedades. Indignos sucesores dejaron caer de sus manos debilitadas la unidad formidable que fundaron Pipino y Carlo Magno. Los Países Bajos penetraron por entonces en el caos propio de la Edad Media. Aquí los obispos de Utrecht, allá los condes de Brabante, acullá los duques de Luxemburgo, más lejos los barones de Malinas y los marqueses de Amberes, constituían varios Estados sin unidad, erigidos todos en la fuerza. Cinco siglos duró este régimen de tristísimo aislamiento. Pero en estos cinco siglos dibújanse los tres elementos que han de disputarse con disputas eternas el predominio en las sociedades cristianas y han de tejer la nueva urdimbre de una civilización poderosa. Estos tres elementos resultan la nobleza militar, que funda en la espada su derecho y que tiene la espada por cetro de gobierno y por balanza de justicia; el clero, que representa por sí solo el ideal humano de aquellas edades y difunde con la luz de su ciencia eclesiástica el calor de la vida espiritual; y el comercio que, trabajando y vendiendo, aquista oro, con el oro independencia, con la independencia libertad, con la libertad derechos, con los derechos una fuerza muy superior á la fuerza del ejército y un ideal mucho más luminoso que todo el ideal de la clerecía. La clase mercantil funda y compone las grandes ciudades que darán su carácter democrático y su gobierno republicano á Holanda. Los normandos con sus irrupciones, las cruzadas con su mezcla de clases, el movimiento municipal con su carácter emancipador, el comercio con su riqueza que levantaba y ennoblecía el trabajo, las cartas donde se hallaban escritas ideas confusas de libertad, echaron los fundamentos de aquellos progresivos Estados, los cuales habían bien pronto de iluminar y

esclarecer la tierra con el calor y la luz de sus progresivas democracias. No puede separarse ningún movimiento y menos el movimiento último belga de su Historia nacional. Unidos los Países Bajos en el siglo XVI, so el cetro de Maximiliano, casado con la heredera de Carlos el Temerario, mantuvieron esta unión bajo Felipe el Hermoso y Juana la Loca, como bajo nuestro emperador Carlos V. Pero, en cuanto vino la Reforma, una insurrección formidable se pronunció en ellos, y después de guerras larguísimas quedaron separadas Bélgica y Holanda, más fiel á los españoles aquélla por su catolicismo, y constituida ésta en régimen republicano, que había de contribuir mucho á preparar las libertades modernas en Suiza, en Inglaterra y hasta en el Norte de América, difícilmente podrán ya entenderse. Pero los tratados del 15 unieron la ortodoxa Bélgica con la protestante Holanda en este nuestro siglo bajo un mismo cetro; y esta unión imposible se rompió el año 30, constituyendo la Bélgica, separada de Holanda, una monarquía muy constitucional y muy parlamentaria, pero muy de clase media. Y esta monarquía consagró las libertades políticas y las libertades locales; pero también el censo restringido, para que Bélgica fuera siempre un país libre, y no fuera nunca un país democrático. Mas la democracia surgió en los últimos tiempos y reclamó el sufragio universal. Puesto el censo en la constitución del Estado, no había más remedio para conseguir el sufragio que alterar la Constitución, pasando por cosa tan grave como un período constituyente. Así congregó el Gobierno una Cámara con este fin, y apenas reunida, comenzó á buscar burladeros de su mandato. Todo sufragio le parecía bien, menos el sufragio universal. Tamaña resistencia engendró un movimiento violentísimo, y en medio de tal violencia, se ha proclamado el sufragio de todos con la restricción del sufragio cualitativo para los rentistas ya machuchos, que tendrán tres votos por votante. Un trabajo hercúleo ha producido el reconocimiento de los derechos individuales con más ó menos amplitud en todas las naciones cultas, y con este reconocimiento logrado un ejercicio intenso y provechoso de las facultades humanas, en grado muy superior al que antes tuviera el pensamiento, sometido, no sólo al imperio de leyes restrictivas, á la tiranía de costumbres intolerantes. Y después de haber el derecho reconocido la entidad llamada espíritu individual, consagrando sus libertades omnímodas, también ha reconocido la entidad llamada espíritu nacional, consagrando su autonomía y su independencia naturales. Podrá la realidad macular con sus impurezas irremediables tales resultados del progreso contemporáneo, mas no puede, no, dudarse, cómo nos hallamos ahora mucho más lejos de la tiranía dentro del pueblo y de la conquista entre todos los pueblos que nuestros infelices antecesores. La existencia de Constituciones en todos los Estados europeos, con excepción del moscovita y del tur-

co, así como la surrección de tantas nuevas nacionalidades, Italia, Hungría, Servia, Rumanía, Bulgaria, no me dejarán mentir, antes bien corroborarán lo dicho por mí con la demostración evidentísima de sus adelantos, provenidos todos del triunfo de sus derechos. En el desarrollo humano jamás un ideal se cumple sin que surja otro ideal nuevo en lontananza; y jamás un problema se resuelve, sin que, dentro de los términos de su solución respectiva, otro problema se contenga. Proclamados los derechos individuales con restricciones más ó menos valederas, y constituidas ya en cierto modo las nacionalidades, otro problema surge de suyo en el espacio y en el espíritu, es á saber, el problema de las relaciones á urdir y anudar entre los hombres de todos los países y entre las naciones independientes de todas las latitudes. Conócese á la simple vista en el orden social un trabajo análogo al cumplido por el orden natural, el trabajo de unificación y de diversificación coincidentes, el cual trabajo concreta y generaliza; separa y acerca, produce los individuos y las especies; siembra mundos en la inmensidad y luego los enlaza en rededor del foco de una elipse; genera los átomos y al mismo tiempo los agrupa por medio de la cohesión para formar los cuerpos; da por substrato de sus combinaciones lo particular y lo general, cuya correlación misteriosa tanto calentara las cabezas de los teólogos en la cavilosísima Edad Media. Sucederá quizá por esa unidad de fuerzas, tan encarecida en la filosofía contemporánea; mas no hay que desconocer cómo, por la virtud social, que individualiza y concreta, tenemos derechos individuales y soberanía nacional más ó menos claros y seguros, separando y distinguiendo las entidades fundamentales, mientras, por la virtud social que universaliza, tenemos relaciones diplomáticas, tratados mercantiles, principios comunes de justicia y derecho internacional, todo aquello que identifica las entidades dichas unas con otras dentro de algo universal y común. En cosa ninguna se conocen tales propensiones incontrastables de las sociedades particularísimas á la unidad, como en este grande ideal del reconocimiento de la unidad superior entre los pueblos de una misma raza. El sajón de América y el de Europa, siquier se distingan tanto en instituciones y en costumbres, se reconocen uno á otro en la raíz común de su origen germánico; los dos Estados de la península escandinava, siquier estén aún hoy en competencia perpetua, se identifican uno con otro en sus progenitores normandos; las varias familias de origen eslavo, excepción hecha de los polacos, se adscriben á una verdadera confederación espiritual, no obstante las divergencias arraigadas de antiguo entre búlgaros y servios; el magyar y el turco confiesan hoy que han hecho mal ayer en combatirse tanto entre sí para servir á sus rivales, cuando sienten la sangre misma en las venas, proviniendo de una madre, de Mongolia; y las tres naciones latinas, con sus tres pueblos, hispano, francés

é itálico, á pesar de sus rivalidades rayanas en enemigas implacables, sellan sus artes con caracteres análogos, profesan la misma religión y hablan una lengua derivada de aquella divinidad antigua, en cuyo seno las tres se formaron, derivada de Roma. Y estas ideas y estos sentimientos, difundidos entre todos, prueban que, si antes nos embargó el problema de los derechos humanos y de las nacionalidades modernas, hoy debe, por una consecuencia natural, embargarnos el problema de las relaciones á establecer entre los hombres y entre los pueblos. Mas, para estas relaciones, hay que combatir un elemento bien odioso, la guerra europea, y hay que proclamar un principio bien progresivo, la libertad mercantil. Si no renunciamos al armamento excesivo que nos abruma, y no sostenemos la libertad mercantil que puede hacer todos los intereses continentales solidarios, no esperemos en obtener ni un espíritu de nuestro continente, como el reconocido ya en las naciones, ni un espíritu de la humanidad, como el connatural á los hombres. Para conseguir esta necesaria unidad necesitamos repeler los armamentos contemporáneos y proclamar el cambio universal. Más; para la sustitución del régimen de combate y guerra por un régimen de trabajo creador y de industria progresiva, necesítanse factores de progreso también. Y uno importantísimo puede ser Irlanda libre y pacífica. Regocijémonos de que haya triunfado en segunda lectura el *bill* de sus reformas, y continuemos trabajando por la humanidad y su progreso.

EMILIO CASTELAR.

ÍNDICE

Páginas.

Primer amor, por Ivan Turguenef..... 5
El asesino desnudo, por Juan Richepin..... 66
Al llanto, por Rubió y Ors, traducción de E. Caro..... 77
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por César Lombroso..... 78
La escuela criminalista positiva, por Enrique Ferri..... 125
El proyecto del Código penal, por Jerónimo Vida..... 131
El amor, por John Lubbock..... 146
Un veterano de la veterana, por Francisco Coppée..... 155
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro..... 161
Doloras, por Campoamor..... 181
La exposición histórico-americana, por José Ramón Mélida..... 184
Cronica internacional, por Emilio Castelar..... 195

España moderna

AÑO V NÚM. LIV

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

JUNIO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

VICTORIANO SARDOU

Había en cierta ocasión una hada, ya muy vieja, que se llamaba Virginia Déjazet; y un autor dramático, muy joven todavía y casi desconocido, que se llamaba Victoriano Sardou...

En verdad, parece que voy á contar un cuento y es una historia, la valerosa historia de uno de los maestros del teatro de estos tiempos, una historia verdadera, aunque en ella no faltan los genios ni las hadas. Lo interesante, y á veces conmovedor, en la vida de un hombre en la plenitud de su gloria, no es su existencia actual, toda ella poderío y triunfo, sino más bien la narración de los ásperos comienzos, de las animosas luchas, de esas magníficas horas de juventud con bríos que prepararon los honores y las alegrías de hoy. Nunca se ha hecho de pies á cabeza el retrato literario de Victoriano Sardou; y sólo él sería capaz de pintarse relatando su vida, evocando en sus conversaciones, llenas de chispa, de verdadero ingenio, de ciencia profunda y de amena erudición, un pasado en que aparecen tantas figuras y se agolpan tantos recuerdos. Sin embargo, después de muchos *bocetos* bosquejados por mí mismo acá y acullá, y tantos juicios diversos, voy á acometer el ensayo de caracterizar de un modo definitivo, á mi antojo, el hombre y sus obras á la vez; el hombre más bien que las obras, pues todo el mundo las conoce, las aplaude, se las sabe de corrido, al paso que, en resumen, poca gente ha podido introducirse en lo íntimo de su pensamiento y de su vida.

Y no es que Victoriano Sardou no sea gustosamente afable ni se halle rodeado de amigos devotos suyos; pero su existencia de prodi-

giosa labor y de acción incesante, no siempre le deja tiempo para evocar pasados días. En alguno de los venideros escribirá sus *Memorias,* como debe escribir sus *Paseos alrededor de Marly,* y la muchedumbre sabrá, con detalles más cautivadores que una novela, cómo se pelea cuando se tiene bravura y cómo se triunfa cuando el talento está á la altura del valor. Ese día se romperán las hojas que voy á escribir, pero las cuales mientras tanto serán el primer capítulo de una gloriosa historia, el principio de un hermoso cuento de hadas. Pero no. Ya no hay hadas en este mundo; sólo hay hombres, obreros de su destino, y que ellos mismos se crean su puesto y su porvenir.

Victoriano Sardou nació el 5 de Setiembre de 1831, en una vieja casa de la calle Beautreillis. Es un parisiense, hijo de un provenzal, cuyo padre, un erudito que publicó en otro tiempo una notable edición de *Rabelais* con notas, era entonces profesor de teneduría de libros en la Escuela de Comercio de Charonne, fundada por M. Pinel Grandchamp. M. A. Sardou, al nacer, no parecía destinado á dar lecciones. Tenía un padre rico, el abuelo de Victoriano Sardou, antiguo voluntario del 92, cirujano del ejército de Italia; y el cual, gran propietario de olivares en el Cannet, poseía un vasto comercio de aceitunas con Marsella y Grasse. Una helada le arrebató en una noche la fortuna, y por efecto de esto, á su hijo mayor; el padre del futuro autor dramático vino á París á los diez y seis años de edad á probar fortuna.

Dando lecciones de día, por la noche trabajaba en escritorios mercantiles. Vivía en el *Hotel du Gaillardbois* en casa de un buen hombre cuyos *libros* llevaba; y en 1829, un viajero de Troyes, como preguntase al padre Lecerf si conocía un buen tenedor de libros para poner en claro sus cuentas, Lecerf le indicó á Antonio Sardou, un muchachote de veintinueve años, dispuesto á irse á la Champagne. El viajero troyense llamábase M. Viard, y egercía en Troyes la profesión de *pañero,* una de las grandes industrias locales. Tenía dos hijas: M. Sardou se enamoró de una de ellas, la pidió en matrimonio, se la trajo á París, y no hace tres años aún, bajo los grandes árboles de Marly los dos esposos de 1830 celebraban, como en un cuadro de Greuze, sus *bodas de oro* entre las alegres risas de sus nietos.

Después de un año transcurrido en Charonne, Victoriano Sardou, nacido en París, fué llevado á una pequeña ciudad borgoñona, Brienon-l'Archevêque, una de las estaciones actuales del ferrocarril de

Lyon, cerca de Joigny. Su padre fué allí director del colegio, y las sencillas gentes de Brienon sostienen todavía que el autor de *Patria* nació entre ellos. La verdad es que en Brienon aprendió el niño á leer y á escribir; y el viejo maestro de escuela de Brienon-l'Archevêque tiene derecho, si vive aún, á estar orgulloso: no se han perdido sus lecciones.

En 1837 regresó á París M. Antonio Sardou, prosiguió sus estudios en la Escuela de Comercio, y escribía libros de educación. Es digno de notarse que fué uno de los más antiguos autores editados por la casa Hachette; recuerda haber visto al fundador de esta admirable librería en una tiendecita de la calle Pierre-Sarrazin, con una blusa puesta sobre la levita, y por todo ayudante un solo mancebo. M. Sardou publicó en esa casa un tomo de *Teneduría de libros* y una *Gramática*. Parece que contamos algo como una leyenda—interesante y conmovedora en su misma sencillez burguesa—del buen París antiguo de otros tiempos.

Y mientras el padre explicaba en la Escuela comercial, Victoriano Sardou iba á clase en la calle Juvenal-des-Ursins, donde encontró precisamente á su maestro de escuela de Brienon.

En 1838 entra por un año en la Escuela de comercio de Charonne, instalada en la calle de Charonne, en la misma casa de Ricardo Lenoir. Al año siguiente, una violenta fiebre escarlatina le pone á las puertas de la muerte; le salva un buen médico, quien, padre también, al hacer tres ó cuatro visitas al enfermito, repetía: «Yo también tengo un mocito, que si no llega á ser un buen químico, me quedaré muy asombrado; los domingos de salida se los pasa revolviendo sustancias y frascos en mi laboratorio.» El doctor Berthelot, que cuidaba á Sardou, veía claro: su *mocito,* es hoy M. Berthelot, el gran químico.

Una recaída de la escarlatina obligó á los padres de Sardou á enviar á éste á la tierra, á tomar el aire saludable del Mediterráneo, á casa de un tío, en Cannet. Allí se zambulliría á sus anchas, crecería de lo lindo y recobraría las fuerzas. Eso era la salud para él, pero también era el destierro. Amaba ya á París y *su* plaza de la Bastilla, con el gran elefante hoy demolido. Cuando cruzaba por la plaza Real, parábase bajo los balcones de Víctor Hugo y miraba pasar los hijos del poeta, los cuales iban allí cerquita, al colegio Carlomagno. ¿Y había que abandonar todo aquello? Al llegar á orillas del Mediterráneo, el que llamaban *el pequeño parisiense* se

puso á vivir al aire libre la vida de los chicuelos nicenses. Hablaba en *patoá,* corría tras de las sillas de posta, bañábase en el mar, aspiraba el aire de ese país, donde no se conoce el fuego en el invierno, donde apenas echan en la chimenea unas cuantas piñas desgranadas, y se encontraba amo en aquella comarca en que sólo se había construido entonces una *villa:* la de lord Brongham.

Transcurrió un año muy pronto de esa manera. Sardou regresó á París. Alojóse en la calle Garancière, y el sonido de las campanas de San Sulpicio arrulló sus infantiles sueños. Acaso volviera á oir sus lejanas voces cuando en *Patria* puso en escena el admirable episodio del campanero Jonás. Su padre daba entonces lecciones particulares en su propia casa á cinco ó seis jóvenes del barrio de San Germán, cuyos apellidos históricos suenan muchísimo menos que este nombre magnífico nacido ayer: *Victoriano Sardou.* Iba entonces al colegio de Enrique IV.

Mudáronse de casa y fueron á vivir á la calle del Infierno, número 47. Aquí comienza, si así puede decirse, la vida pública de Sardou. En la calle del Infierno tiene por vecinos á un granujilla, que se llama Carlos Chaplín y llegará á ser el pintor exquisito de las rosadas carnes femeninas, y al hijo de un notario de Argenteuil, que será con el tiempo el coleccionista y comerciante en muebles Récapé. Hay en esto predestinación. Sardou, es perito ducho en cachivaches, tiene por compañero de su infancia un insigne *cachivachero;* y (¡cosa más notable todavía!) en el viejo estudio del notario de Argenteuil, en casa de M. Récapé, es donde se descubrirán un día los documentos acerca de la hija de Molière, Mad. Montaland, por un incomparable erudito, Eudoro Soulié, quien comenzará precisamente en Argenteuil sus búsquedas acerca de Molière y será el padre de la señora de Victoriano Sardou.

En aquella casa de la calle del Infierno habitaba también una mujer de mucho talento y de una existencia novelesca, Mad. de Bawr, autor de *Las consecuencias de un baile de máscaras,* quien había tenido á Graty como profesor de música cuando se llamaba ella la señorita de Champgrand, y cuyo retrato nos llevaría muy lejos, nada más que bosquejado. Viuda de un M. de Bawr, y también del reformador Saint-Simón, Mad. de Bawr educaba como á un hijo á un adolescente apellidado Vernier, camarada de infancia de Sardou y que, como suele decirse, llegó á ser un pintor de *lo moderno,* un Gavarni,

un Eugenio Lami. Sardou representaba con él comedias en casa de Mad. de Bawr; y los recuerdos dramáticos de la excelente señora, sus narraciones de antaño, tuvieron la mayor influencia en la dirección de la vida de Sardou, como él mismo lo ha confesado.

¿Seguiremos á través de sus habitaciones parisienses á Sardou mientras crecía? Habita en la calle de Postas, junto á la plaza de la Estrapada, á diez pasos de la casa de Michelet el ciego, en el callejón sin salida de las *Monjas fuldenses,* donde le asalta constantemente el recuerdo de Víctor Hugo. Ve de cerca todas las luchas armadas de Junio de 1848, y cuenta este capítulo de la historia en un periódico que ya ha desaparecido: *Los sucesos ilustrados*. Tiene diez y siete años; ha visto la toma de las Tullerías, oído gritar: «*¡Viva Lamartine!*», visto pasar las Vesubianas, penetrado en los clubs, y, siguiendo con la vista el espectáculo como un curioso, trabaja mientras tanto, es bachiller y hace versos.

—Ahora—le pregunta un día su padre—ya estás en edad de empezar á ser hombre. ¿En qué quieres ocuparte?

—¿Yo? ¡Quiero escribir!

El padre soñaba con verle ingresar en la Universidad; pero la Escuela normal disgustaba á Sardou. Vaciló entre el derecho y la medicina, porque podía adelantar allí más desde el punto de vista literario; y durante diez y ocho meses estuvo de practicante *benévolo* en la clínica de Lenoir, del hospital Necker. Pero la clínica no bastaba á su actividad; había escrito ya su primera obra, *Los amigos imaginarios,* comedia moderna donde puede hallarse una vaga idea de *Nuestros íntimos*. Luego emprendía un asunto histórico y extranjero, una tragedia sueca, *La reina Ulfra*, donde por una innovación estupenda las sílabas de los versos estaban en razón directa de la importancia social de los personajes, hablando la reina en alejandrinos, los ministros en versos decasilábicos y el pueblo en jácara. Había un extraño revoltillo de Corneille y de Shakespeare en esa *Reina Ulfra,* donde oíanse á la vez como ecos de la antigua Roma y de la terraza de Elseneur.

Ese romanticismo atenuado tenía que parecer aún en extremo romántico á los universitarios que rodeaban á Victoriano Sardou y á su familia. Sin embargo, encontrábase entre ellos un doctor Londe, bibliotecario del Luxemburgo en 1848, amigo de Luis Blanc y que daba alientos al joven *trágico,* diciéndole: «¡Hay que enseñar esta obra á la Raquel!» ¡Claro es! La Raquel era omnipotente á la sazón. ¿Pero cómo

llegar hasta la Raquel? Sigue Sardou entonces el consejo de un pintor amigo suyo, Mouillard, y marcha en derechura á llamar á la puerta de Chotel, director del teatro de Belleville, quien había representado algunas veces con la Raquel en provincias. Asombro del cómico viejo al ver presentársele aquel joven, que de buenas á primeras le pide que presente á la Raquel ¡nada menos que una tragedia!

—¡Pero si aburren á tragedias á la señorita Raquel! ¡Pero si autores de nombradía hacen antesala en su casa, con los manuscritos debajo del brazo! ¡Pero si el mismo Musset!...

—¿Pero qué le cuesta á V. intentarlo?—dice Sardou.—A mi *Reina Ulfra* precede una *dedicatoria* á la señorita Raquel. ¡Acaso pueda ablandar esto á la gran artista!

Y desplegaba ante los ojos de Chotel los cinco actos de su tragedia. Al cómico parecióle, en efecto, la *dedicatoria* capaz de lisonjear á la Raquel.

—Bien, sea; dese V. una vueltecita por aquí dentro de ocho días. En ocho días, la señorita Raquel habrá leído la tragedia de V.

Al cabo de ocho días vuelve Sardou á casa del director del teatro de Belleville. Chotel le da noticias de los pasos que ha dado: la dedicatoria ha complacido á la Raquel; el comienzo de *La reina Ulfra* le interesaba, pero muy pronto interrumpió á Chotel, que leía, para decirle: «No. ¡Una obra cuya acción pasa en Suecia, imposible! Diga V. á ese joven que me escriba una obra griega y... ¿quién sabe?... ¡tal vez la represente!»

Tal era el fallo de la señorita Raquel. Pero Chotel añadióle, con una profunda sencillez bondadosa que aún recuerda Sardou, consejos muy de apreciar en boca de un actor viejo: «¿Quiere V. que le diga mi parecer? He leído su *Reina Ulfra*. No le digo que sea una obra maestra, pero hay en ella instinto del teatro, vida teatral; logrará V. ser autor. ¡Siga, trabaje, vuelva á empezar! Y nada de café, de vida de bohemio, nada de perder el tiempo entre bastidores. Ante la mesa de trabajo es donde se sube. ¡Y V. subirá!» Sardou se llevaba consigo, además de su manuscrito, estas palabras confortantes del cómico. No conseguiría hablar nunca con la Raquel; pero (¡cuán extraño es el destino!), la trágica había de morir en casa de un primo rico de ese joven desconocido entonces, en Cannet, en la *villa* Sardou.

El consejo de Chotel era bueno. Para *subir*, era preciso trabajar; y para encontrar tiempo de trabajar, era preciso tener posibles para vivir. El padre de Sardou, triste por la pérdida de dos hijas, una de ca-

torce años y otra de doce, muertas de fiebre tifoidea en la misma semana, y desanimado de aquella vida parisiense en que treinta años de asiduo trabajo no le habían producido una fortuna, ni siquiera un buen pasar, habíase vuelto á su país; y el autor de *Ulfra* se encontraba solo, á la edad de veinte años, en medio del arroyo en París, sin más recursos que su instrucción y no pudiendo contar en adelante más que consigo mismo. Aquí comienzan para él los siete años de terrible lucha y á menudo de negra miseria, las siete vacas escuálidas y hambrientas.

El periodismo le parecía su salvación. Un buen muchacho llamado Mille-Noé, hoy difunto, le puso en relaciones con un empresario de periódicos teatrales, Carlos Desolme, quien dirigía la *Europa artística*. Desolme le pidió una crítica de la Exposición de pinturas. ¡Magnífico! Corre Sardou á la Exposición, vuelve á su casa, escribe su primer artículo, lo lleva al periódico y éste lo inserta. Pero al siguiente día, le dice el redactor en jefe: «No va mal el *asunto;* pero no es eso. Habla V. de Corot, elogia á Corot, va V. en derechura á los artistas que se cotizan alto en el mercado. En cualquiera otra parte estaría ese bien. ¡Pero aquí!... Yo no escribo un periódico de arte, sino un *reclamo de filfa*. Quiero establecer junto á mi periódico un almacén para la venta de cuadros; y como no puedo tenerlos de los Delacroix, ni los Decamps, ni los Dupré, ni los Corot, quiero que se «pegue» á los cuadros de los *famosos* y que se pongan en los cuernos de la luna los lienzos de los desconocidos, los cuales lanzaré y venderé. No me dirijo al lector, sino al consumidor. ¿Está V.?»

Tan enterado quedó Sardou, que plantóse allí mismo. De la mañana á la noche, entró en la prensa periódica y se salió de ella. Su único artículo de revistero de Exposiciones se encuentra en la colección del año 1852.

Desanimado para siempre del oficio de *gacetillero,* Sardou sacó partido de su erudición. Trabajó para los *Diccionarios* y colaboró en la *Biografía general* de Fermín Didot. Sabía hasta lo más recóndito de la Reforma, Erasmo, Cardán. Manejaba en las bibliotecas montones de libros, para escribir veinte líneas concisas y profundas. Vivía entonces con un amigo en el muelle Napoleón, en una buhardilla, como Bonaparte en las horas famélicas. M. Huilard-Bréholles le encontró un discípulo, un niño egipcio hijo de un francés, el coronel Selve, á sueldo de la Puerta, y de una musulmana; un niño criado en el harén

y transplantado en pleno París, con M. de Luynes por *encargado;* un ser medio mahometano y semicristiano, á quien Sardou enseñó los clásicos de la antigüedad y le hizo explicar el *De Oficiis*. Esa educación duró dos años. Sardou recibía cinco francos cada dos días por inculcarle el espíritu moderno. El alumno de Sardou ha crecido. Parece ser que por allá abajo es uno de los más feroces enemigos de los cristianos, tiene horror á París; es un *Viejo Turco,* en toda la extensión de la palabra. Cicerón, ni aun comentado por un agudo parisiense, no ha podido triunfar de Mahoma.

En esta época, Victoriano había escrito ya *La taberna de los estudiantes,* que guardaba en cartera, no desesperando de hacer ante todo representar *La reina Ulfra*. A falta de la Raquel, por un momento creyó haber encontrado su trágica en una señorita Desfossés, que Romieu y sus amigos querían oponer á aquélla; Sardou fué presentado por una Mad. Mercier, comerciante en paraguas. ¡Oh comedia de las comedias! Buscábase una obra para la señorita Desfossés, y Sardou buscaba una trágica para su tragedia. Sardou había decretado ya que la señorita Desfossés representaría la obra, que sería ella una gran actriz y él un grande hombre. Y bruscamente, como por escotillón, desaparece la señorita Desfossés y se queda inédita *La reina Ulfra*. El autor pensó entonces en *La taberna*. La lleva al Odeón, donde iba á estrenarse una nueva dirección, la de Gustavo Vaez y Alfonso Royer, con M. Carlos Narrey como asociado. El portero Constant se echó á reir al ver llegar con su manuscrito á ese hombre joven, flaco y de larga melena: «¡Ja, ja, ja! ¡Otra más! ¡Quizá haga el número cincuenta de las del día de hoy!» Y enseñaba al aterrado Sardou el enorme paquete de manuscritos.

La taberna de los estudiantes se encontró por casualidad (¡de qué depende la gloria!) la segunda en ese montón de papelotes salidos de manos del copista. Los directores se repartieron los primeros manuscritos para leerlos, y á la primera quedaron recibidos: *La conquista de mi mujer,* de Luis Leroy, *A la primavera,* de Laluyé, y *La taberna*.

¡Recibida! M. Camilo Doucet, siempre complaciente y bueno, fué quien hizo saber el resultado á León Pillault, el crítico musical amigo de Sardou. ¿Y á qué debía Sardou esa acogida? A su letra, fina, legible, femenina, que había chocado á la señorita Bérengère, una encantadora actriz enredada entonces con uno de los directores: «¡Ah, qué letrita tan mona!», había dicho. Y se puso á leer *La taberna*. ¡Cuánto

ha cambiado la letra! Luego, quiso la casualidad que Gustavo Vaez encontrase entre los versos de Sardou una chacota acerca de los cambios de domicilio; y precisamente él mismo había hecho la misma burla en una de sus comedias. El principiante, que tenía las mismas ocurrencias que él, no podía menos de ser un hombre de infinito ingenio. ¡Obra aceptada! En los grandes destinos hay azares infinitamente pequeños.

Ya tenemos á Sardou loco de contento. A la sazón habitaba precisamente en la calle de las Bellas Artes, el cuarto ocupado antaño por Ponsard, ignorado, pero en vísperas de *Lucrecia*. ¡Ponsard, *Lucrecia*, el Odeón! Había allí algo de predestinación, y de seguro, antes de poco tiempo el autor de *La taberna* iba á ser aclamado en este mismo escenario, como lo había sido el poeta del Delfinado. Mientras tanto, Sardou seguía trabajando en las *Biografías*. Había dado la de *Jerónimo Cardan* al doctor Hoefer, para Didot. Seis ó siete meses de investigaciones condensadas en unas cuantas páginas. Preséntase en la caja y recibe *treinta y dos francos*. ¡Treinta y dos francos! Eso era un sarcasmo. Renunció á los trabajos de erudición, como había renunciado al periodismo.

Por otra parte, el teatro iba á vengarle de estos sinsabores. El 1.º de Abril de 1854, el Odeón daba á la vez la obra en verso *A la primavera*, de Laluyé, y *La taberna*, de Sardou. La dirección había tenido el mal acuerdo de hacer añadir estas tres palabras en el cartel: *La taberna de los estudiantes*. Esparcióse el rumor en el barrio Latino de que la obra de ese principiante, *protegido* por la Administración, era un ataque *encargado por el gobierno* contra la juventud escolar. ¡Oh estulticia de esos chismes de cervecería! Parece ser que el buen Filoxenes Boyer no era del todo extraño á la leyenda. Si no la había inventado, la propagaba por el *barrio*. Los estudiantes eran entonces los amos del Odeón. Aún había allí *paraíso*. El paraíso estaba resuelto á silbar, y al primer pretexto silbó:

¡No existe juventud, ya no hay pudor!
¡Y hay quien se cree sabio y soñador!

¡Qué tempestad! Insulto á la juventud. Estrépito, protestas. El *estreno* fué un temporal deshecho; la segunda representación fué más lamentable. Durante una escena de amor entre el actor Buthiau y la señorita Bérengère, apágase de pronto el gas. Enseguida estalló un formidable griterío: «¡Esto es inmoral! ¡Es odioso! ¡Insultáis á la juventud! ¡La besará! ¡No la besará!» La obra tuvo cinco representaciones.

Esto era derrumbarse desde lo alto muchas esperanzas. Pero el autor era joven y animoso; además tenía como consuelo esta frase de M. Narrey, dicha en el saloncillo de los artistas después de la tormenta: «Esta noche se ha representado á Laluyé y Sardou; han aplaudido á Laluyé y silbado á Sardou. Pues bien: ¡el autor dramático es... Sardou!»

Lo que entristeció más hondamente á este hombre de veintitrés años, que venía ya luchando algunos, fué el haber rechazado una nueva empresa, un *Bernardo Palissy* en verso, que figuraba en el registro oficial con la palabra «aceptado» tres veces escrito por Gustavo Vaez y borrada tres veces por Alfonso Royer. «Si el *Palissy* de V. se hallase aceptado, lo representaría yo—dijo M. de La Rounat á Sardou;—pero, ya lo ve V., ¡no lo está! «Por un momento se desalentó Sardou, destrozándosele el corazón. ¡Qué hundimiento! Pero no era hombre de estériles tristezas. Tenía fe en su buena estrella, y arrojó de nuevo el grito de Julián Sorel: «*¡A las armas!*»

En el Odeón se había relacionado con el profesor Boudeville, una especie de *Sobrino de Rameau* del arte dramático, quien había representado un papel en *La taberna*. Boudeville conocía á Paul Féval. Sardou, presentado al novelista, escribía entonces un drama, *Flor de liana,* cuya acción pasaba en el Canadá, y que aceptado en el Ambigú por Carlos Desnoyers, iba á representarse por Dumaine y Mad. Laurent. Pero muerto Desnoyers, el Ambigú ya no representaba *Flor de liana;* ni tampoco el Odeón, después de marcharse Vaez, representaría *Bernardo Palissy*. Sardou llevó su drama canadiense á Féval, quien tal vez no lo leyera; pero habló á su joven visitante de un papel de jorobado, que deseaba representar Fechter. El guapo mozo Fechter, el Armando Duval de *La dama de las camelias,* tenía ese capricho de presentarse ante el público feo y contrahecho, con una joroba en la espalda y con ingenio en los labios. «Había en la calle Quincampoix, en tiempo de Law—dijo Féval á Sardou—un jorabadito que alquilaba su joroba á los banqueros bolsistas *(Mississipiens)* y que hizo fortuna. ¡Piense V. en ese personaje!» Sardou pensó tanto y tan bien, que de ahí resultó *El jorobado,* con Cocardasse, Passepoil y el famoso desenlace, el culpable entregado por sí mismo gracias á una falsa prueba, excelente recurso tomado de *La gallina negra,* de Berquin. Fechter iba, pues, á representar *El jorobado;* pero cambia de idea, toma por su cuenta la dirección del

Odeón, representa el *Tartufe*, y ¡adiós drama!

Todo crujía en torno de Sardou y se despedazaba entre sus manos. Del infeliz drama colgado, sacaba Féval una novela para el folletín de *Le Siècle;* luego trató de que representase la obra.

Mélingue, cuya mujer, la excelente Teodorina, asustábase ante la idea de ver á su marido jorobado, y el cual, solicitado para *Fanfán el Tulipán*, escrito entonces por Paul Meurice, prefería *Fanfán* á *El jorobado*. Victoriano Sardou daba entonces lecciones al hijo de un comerciante en vinos de Charenton, adonde iba á pie hiciera el tiempo que hiciese. ¡Pensad en estas pruebas, vosotros los que soñáis desde el primer paso con el buen éxito y el dinero en la literatura! ¡He aquí cómo se llega! Se necesita tener para ello don y ánimos. ¡Lo que es éste no ha robado su gloria!

El jorobado cayó en el olvido. Sardou había escrito una comedia moderna, *El reverso de París*, de donde luego ha tomado más de un episodio (entre otros, la gran escena amorosa de *Nuestros íntimos*), y había llevado la obra á Montigny. Confuso el director del Gimnasio, viendo en ella cualidades sobresalientes, pero asustado de muchos detalles atrevidos, no tenía valor para rechazar ni aceptar la obra. Pide á Sardou permiso para enseñársela á Scribe, el cual la lee y se subleva contra aquella escena. Escribe á Montigny: «¡Eso es inmundo! ¿Adonde vamos á parar?...» Era cosa de desesperarse. Sin embargo, estaba ya escrita con una maestría asombrosa *Las patas de mosca*, esa obra maestra de agilidad escénica, de gracia y de fantasía. Sardou lleva la obra al Vaudeville, destinándola á la señorita Fargueil. Luis Lurine ni siquiera la lee. El autor la lleva al Gimnasio. Montigny la lee y la acepta. ¡Vamos; Sardou ya ve un poco de azul entre las pardas nubes! Y aún más que eso. Un rayo de sol viene á iluminarlo todo. La *buena hada* entra en escena.

En unas páginas en cierto modo primaverales, rozagantes de juventud y vibrantes de emoción, ha referido Victoriano Sardou su primera entrevista con la Déjazet en Seine-Port y cómo la entregó, con el corazón palpitando con fuerza, su primera obra. No creo que el admirable autor de *Patria* y de *El odio*, haya escrito nada más hondamente sentido:

«Era muy problemático, pero me jugué el todo por el todo.

»Desde que cuatro años antes habíase venido abajo *La taberna*, ¡había yo llamado inútilmente á tantas puertas! Estaba harto de dar

pasos inútiles, de esperanzas fallidas; y, agotada al fin la paciencia, agarré la carta que me daban para la Déjazet, y partí con dirección á Seine-Port. ¡Cuántas reflexiones me hice durante el largo trayecto! ¡Extraño paso, después de todo! ¡Y cuán poco me fiaba del buen éxito de mi empresa! ¡Cuántos otros, y con la misma intención, debían de haber recorrido antes que yo ese mismo camino, sin más efecto que hacerse inoportunos! ¿Por qué había yo de ser más afortunado?

»En Cesson, donde se apea, no hay ómnibus. Pero tomando informes, vi que era cuestión como de unos tres cuartos de hora de fácil camino á través de los bosques. Además, un tiempo radiante... ¡Qué sol! Conservaré siempre el recuerdo de aquel sol, el primero que luciera en mi camino.

.....

»En las primeras casas de la aldea, dos campesinas, que caminaban con banastas en la cabeza, me saludaron como á un conocido. Más adelante, un perrazo tumbado junto á una fuente, vino á lamerme amistoso la mano. Un niño me indicó la casa de la Déjazet. Aquella verja de allá abajo, en la plaza... ¡Sólo Dios lo sabe, con qué palpitaciones de corazón tiré de la campanilla! No acudió nadie; y advertí que la verja no estaba cerrada. Todo parecía abrirse delante de mí, como á un golpe de la varita de un hada. Una sirviente de rubia cabeza me gritó desde lejos, sonriéndose (también ella):

—»Entre V. en el salón; voy á avisar á la señora, que está en el jardín.

»Entré en aquella sala que la emoción no me impidió mirar con mucha curiosidad. Sabía yo que aquella casa había pertenecido á Bosio y después á la marquesa de La Corte; y que, en el sitio de honor, un gran cuadro representaba *El Amor* ¡con las facciones de Julio Janin! Examinaba ese buen mueblaje del Imperio, esos sillones de terciopelo de Utrech, y las tazas amarillas puestas en veladores con cerco de cobre, cuando abrióse una puerta detrás de mí. Dije en mi interior: «¡Es ella!» Y reuniendo todo mi ánimo para soltarla el discursito preparado en el camino, me volví. En efecto; era ELLA, y permanecí quedo, con la boca abierta y mudo como un pez.

»Traía llenas de yeso las manos, lo cual me desorientaba por lo imprevisto para mí. Vió mi estupor, y me dijo riéndose:

»—¡Dispense V. ¡Estaba ocupada en componer una pared!

»Tartamudeando no sé qué, la dí mi carta, que produjo maravilloso efecto. Roto el hielo, ignoro lo que

dije... Sin embargo, parece ser que no anduve muy torpe... Presenté con bastante fortuna mi *Cándido* (porque era un *Cándido* en cinco actos), por supuesto, haciendo resaltar lo que tendría de picante ver colaborar á Voltaire y Déjazet, etc.

»Deposité mi manuscrito encima de la mesa, estreché sus *blancas* manos con entusismo y tomé el tole sin volver atrás la cabeza.

»¡Ah, qué lijero iba entonces!... El cielo me parecía más azul, el aire más tibio, las aves más alegres y las flores más aromosas que á mi llegada. Es que una voz secreta me decía: «¡Queda roto el encanto, ha llegado tu hora!» Y mi suerte juvenil, aprisionada hasta entonces, rompía su capullo y por vez primera batía sus alas... Corría yo, volaba, saltaba las zanjas (me parece estar viéndolas) llenas por completo de gordolobos blancos y flores campestres, de que hice cosecha y me llevé buena copia religiosamente. Han transcurrido de entonces acá doce años largos (1869), y aún duran sus aromas.»

¿No es verdad que esto es hechicero y exquisito (1)?

Ahora ya estaba hecho. Sardou era Sardou. Abrumado á pedidos, podía dejar ya *El jorobado* á Paul Féval, sin percibir un cuarto; podía desafiar á la suerte, aclamábase el nombre del autor de *Patas de mosca;* corrían á ver *El señor Garat;* iban á aplaudir sin cansarse *Nuestros íntimos.* Sardou era al presente, dueño de su vida. Aún más. ¡Era un maestro; tenía gloria, popularidad, triunfos, y no había cumplido treinta años!

En adelante, tiene trazado el camino. Acomete con inaudita felicidad, un ingenio de mil demonios, una viveza y una energía prodigiosas, la comedia satírica, alegre y dramática á la vez, con *Nuestros íntimos, Nuestros buenos aldeanos, El tío Gam;* entra en batalla, con raro ardimiento, con un supremo desdén y como apetencia del peligro, con *Los Ganaches, Rabagás, Daniel Rochat;* escribe los dos más hermosos dramas de estos tiempos, *Patria* y *El odio;* triunfa además con la comedia íntima, *Fernanda,*

(1) Falta saber qué se hicieron esos cinco actos de *Cándido* que llevaba Sardou. Cogniard no quiso admitirlos en Variedades; Déjazet los admitió para su teatro. Pero intervino la censura, y prohibió la obra. Déjazet pidió á Sardou otra comedia en reemplazo de *Cándido;* y dió *Las primeras armas de Fígaro,* asunto del cual había hecho una especie de melodrama donde Fígaro tiraba contra Almaviva por encima de una tapia, mientras que Sardou hizo una comedia brillante, nerviosa, movida y lijera como una verdadera comedia de Beaumarchais. Y el mismo día que en el bulevar del Temple se aplaudía *Las primeras armas de Fígaro,* Teodoro Barrière daba lectura á los actores del Palais-Royal de *Las personas nerviosas,* cinco actos escritos por él y por Victoriano Sardou.

Serafina, *Odette*, donde la dulzura de las lágrimas únese con el gozo de las sonrisas; mezcla, con arte admirable, la arqueología de las *Maravillosas* ó de su drama flamenco, con el vivo sentimiento contemporáneo, actual, que le induce á pintar su tiempo, apoderarse de él y fustigarlo al paso. ¡Con qué flexibilidad icomparable, este parisiense neto que ha escrito *La mariposa* y *Casa nueva*, que pasmará con el estro de esa obra maestra de burla, donosura y aticismo *¡Divorciémonos!*, se doblegará á la ciencia, á la evocación, al mismo lenguaje de una época ó de un pueblo! *El odio*, traducido al italiano, tiene enteramente todo el sabor de una verdadera crónica de Siena.

Sardou sabe de todo, ha leído de todo, habla como nadie. Al autor dramático iguala en él—y no es poco decir—el asombroso conversador, erudito, rápido en concebir, ligero, profundo, incomparable. Es un cuentista exquisisto y *dice* con perfección. Bien se ha visto cuando leyó en la Academia su discurso acerca de los premios á la virtud, brillante como una de sus comedias; y cuando ha sucedido á José Autran en la compañía.

Logró un gran triunfo de estilista y de *lector*, en una palabra, por su manera de *decir*. Pudiera aplicársele la frase de M. Villemain al recibir la Academia á M. Scribe: «Caballero, el discurso de V. ha tenido tan gran éxito como una comedia suya.» M. Sardou, que hubiera sido un magistral novelista á lo Dumas, con la precisión más la erudición, este enciclopédico Sardou es, como M. Legouvé, un *lector* de primer orden. Diga él cuanto quiera, es un gozo para los artistas á quienes destina los papeles oirle leer una de sus obras. Las detalla, las interpreta de una manera extraordinaria. Su voz se pliega á todas las entonaciones de los personajes. Hasta *pinta* los mismos apuntes de las decoraciones, las manifiesta, las hace ver en realidad. Es un maestro en eso, como en todo. Así, puede decirse á los que aplauden sus comedias, aun representadas por asombrosos artista: «¡Ah, si se las hubierais oído leer á él!»

Después de haber contado los rudos comienzos de Sardou, quisiera yo representarle feliz, aclamado y respetado por los literatos, popular entre el público, en plena madurez y en plena gloria, descansando bajo sus grandes árboles de Marly, con París en el horizonte, entre sus hermosos hijos y la que, siendo hija de un sabio sin par, lleva tan dignamente el brillante nombre del dramaturgo. ¡Descansando! Me equivoco; trabajando sin cesar, leyendo, clasificando sus grabados,

compulsando los viejos pergaminos, ideando construcciones en Niza, nuevos edificios en Marly; artista y curioso, que pasa de un grabado de Debucourt á una novela de Walter-Scott, y va de Felibiano á Molière, y de Beaumarchais á Shakespeare; y escribiendo todos los días hasta las tres en ese gabinete de trabajo en la planta baja, lleno de sol, con los blancos tableros adornados con obras de arte, la ancha puerta abierta hacia el verdor del parque, con la blancura de las estatuas, riéndose allá lejos entre los macizos de árboles...

Quisiera mostrar á este maestro encantador en el coronamiento de su vida de lucha y de renombre bien ganado, paseándose por los bosques vecinos, ó puesto de codos en el blanco mármol de su terraza, y mirando á lo lejos en el horizonte ese París domeñado, conquistado, ora entretenido, ora atenaceadas sus entrañas por sus estupendas invenciones, la risa clara é incomparable de sus comedias ó la sublime voz magistral de sus dramas. Pero todo el mundo conoce á este Sardou aclamado. Desde *Nuestros íntimos* hasta *Fedora*, todo el mundo, sin equivocarse, puede citar la larga lista de sus obras, que algún día reunirá él bajo la forma definitiva de *Teatro completo*. El Sardou de hoy, que es también el Sardou aplaudido del mañana, pertenece á la historia literaria de estos tiempos. He creído más interesante, más atractivo y conmovedor á la vez, mostrar cómo se vence cuando se tiene los demonios en el cuerpo, el genio de la vida, el corazón en su sitio y el fuego sagrado.

Lo más curioso en la existencia de un hombre es la formación misma de su ser moral y de sus obras. Victoriano Sardou escribió *Las primeras armas de Fígaro*. Yo he tratado de contar *Las primeras armas de Victoriano Sardou*. Y, conforme con el voto de Gœthe, saludo á ese «hermoso ensueño juvenil» realizado por la edad madura de este hechicero y de este valiente.

JULIO CLARETIE.

LA PERLA NEGRA

I

Cuando llueve en Amsterdam, llueve que es una bendición; y cuando hay truenos, truena de lo lindo. Esto pensaba una tarde de verano, al anochecer, mi amigo Baltasar Van der Lys, corriendo á lo largo del Amstel para llegar á su casa antes que se echara encima la tormenta. Por desgracia, el viento del Zuyderzée corría más deprisa que él. De pronto saltó una racha espantosa por el muelle, sacudiendo postigos, rompiendo muestras, retorciendo veletas; buen número de tiestos de flores, tejas, *espías* (1) y tablas desprendidas de los aleros ó de las ventanas fueron á parar en confuso tropel al canal, y tras ellos el sombrero de Baltasar, quien pasó las grandes fatigas del mundo para no seguir á su sombrero. Después de lo cual retumbó el trueno; después de lo cual desgajáronse las nubes; después de lo cual quedó Baltasar calado hasta los huesos, y echó á correr á más y mejor.

Sin embargo, á la altura del Asilo de huérfanos recordó lo peligroso que es producir corrientes aéreas cuando hay tempestad; sucedíanse los relámpagos sin cesar; rugía trueno sobre trueno; pronto sucede una desgracia. Esta observación le espantó de tal manera, que se refugió á ciegas debajo del toldo de una tienda, donde alguien le recibió en sus brazos y á pique estuvo de rodar con él por el suelo, un caballero tranquilamente sentado en una silla—y ese caballero no era otro sino nuestro común amigo Cornelio

(1) Llámanse así unos espejos colocados en los balcones y ventanas, para iluminar más las habitaciones y para ver desde dentro á los transeuntes.—(N. DEL T.)

Pump, que presento á Vds. como el primer sabio de la ciudad.

—¡Caramba!... ¡Cornelio!... ¿Qué demonios haces ahí en una silla?—dijo Baltasar, sacudiéndose.

—¡Eh, eh!—respondió inquieto Cornelio.—¡No te agites así, que me vas á romper el hilo de mi cometa!

Volvióse Baltasar, creyendo que su amigo se burlaba de él; pero no sin asombro, le vió seriamente ocupado en cobrar, por medio de un cordoncillo de seda, la más hermosa cometa que jamás haya visto Amsterdam suspensa en los aires. Ese majestuoso juguete cabeceaba á prodigiosa altura sobre el canal, y parecía descender á tierra de mala gana. Cornelio tira que tira, la cometa tira que tira; y el viento, complicando las dificultades, divertíase mucho con esa pequeña porfía. Pero lo más admirable era la cola de la cometa, dos veces más larga de lo usual, y adornada toda ella con un sinnúmero de tirillas de papel.

—¿Qué demonio de idea te ha dado—exclamó á la postre Baltasar—de jugar á la cometa con un tiempo como este?

—Bobo, no juego á la cometa—contestó Cornelio, sonriéndose de lástima; —estoy comprobando la presencia del ácico nítrico en las nubes cargadas de electricidad... Testigo (añadió el sabio, quien pudo por fin apoderarse de la cometa, resueltamente vencida, y echó una mirada á los papelitos que guarnecían la cola), testigo mi papel de tornasol, que se ha enrojecido como ves...

—¡Ah, bueno!—replicó Baltasar con esa sonrisa un poco guasona del ignorante que no comprende una jota de esas puerilidades de la ciencia.—¡Ah, es para estudiar!... ¡Bonito momento!

—¡Ya lo creo!—respondió cándidamente Cornelio.—¡Y qué observatorio!... ¡Mira bien eso! ¡No hay casas próximas! ¡Magnífico horizonte! ¡Diez pararrayos á la vista, y todo echando chispas! ¡Bastante tiempo hace que vengo atisbando á esa pícara tormenta, y prometiéndome venir aquí á mirarla cara á cara!

Tras estas palabras, estalló el vielento estampido de un trueno.

—¡Anda, anda!—prosiguió Cornelio.—¡Regaña y gruñe cuanto quieras, que al fin te tengo y te haré desembuchar!

—¿Y qué ves ahí tan interesante?—dijo Baltasar, á quien empezaba á alcanzarle el agua del arroyo y no estaba de buen temple.

—¡Pobre hombre!—replicó Cornelio con una sonrisa de compasión.—Respóndeme, ¿qué es aquello?

—¡Vaya una cosa! ¡Un relám-

pago!—dijo Baltasar deslumbrado.

—¡Sí! Pero ¿de qué naturaleza?...

—De la naturaleza de los relámpagos.

—No me entiendes: hay relámpagos y relámpagos—repuso Cornelio.—Tenemos el relámpago de *primera clase*, en forma de surco luminoso, contraído, de marcadísimo contorno, en forma de ziszás y de color blanco, purpúreo ó violáceo; además, el relámpago de *segunda clase*, difusa capa de luz, generalmente roja, que puede abarcar todo el ámbito del horizonte; y, por último, el relámpago de *tercera clase*, que rueda y rebota, elástico y de forma esférica por lo común. Pero éste ¿es globular en realidad, ó sólo se trata de una ilusión óptica?... ¡He ahí el problema que tanto tiempo ha me preocupa! Verdad es, me dirás, que los globos de fuego han sido perfectamente observados por Howard, Schubler, Kamtz...

—¡Oh, no digo ni pizca de eso!—respondió Baltasar.—Lo que digo es que crece el agua y quisiera irme de aquí.

—Espérame—dijo Cornelio.—En cuanto haya visto mi relámpago esférico...

—No, á fe mía. Estoy nada más que á trescientos pasos de mi casa; me arriesgo. Y si quieres buena lumbre, buena cena, buena cama en caso necesario, y, en materia de globo luminoso, el de mi lámpara, te ofrezco todo eso. ¿Está dicho?

—Espera un poco; no puede tardar mi relámpago...

Baltasar iba á lanzarse á la calle sin responder, cuando de pronto un relámpago siniestro y cobrizo desgarró la nube, y en el mismo instante, á unos centenares de pasos, cayó un rayo con horrible estrépito. La sacudida fué tan violenta, que Baltasar dobló las rodillas y poco le faltó para caerse.

—Positivamente, hay globo—dijo Cornelio;—ahora lo he visto bien. ¡Vamos á cenar!

Baltasar, cegado y aturdido, se encogía.

—¡El rayo ha caído por la parte donde está mi casa.

—¡No!—contestó Cornelio.—¡Es en el barrio de los judíos!

Sin escucharle, Baltasar echó á correr, á despecho del peligro; y Cornelio, recogiendo los papelitos y cubriéndose la cabeza con la silla, decidióse á seguirle á pesar de ir la lluvia en aumento.

A la entrada del Zwanerburgerstraat, donde está su casa, Baltasar quedó tranquilo por completo. Ninguna llama iluminaba la calle, y aún estaba en su sitio la casa. Subió de un salto la escalerilla del pórtico y dió dos ó tres aldabazos de amo. Sin embargo, se dieron tan poca

prisa para abrirle, que Cornelio tuvo tiempo de alcanzarle. Baltasar repicaba con alma.

—¿Por qué no abre esta Cristiana?

Al fin, Cristiana se decidió. Estaba tan pálida, que metía miedo, temblaban sus manos, y apenas podía hablar.

—¡Ah, señor!—dijo.—¿Ha oído V. ese trueno?...

—¿Acaso te ha dejado sorda?—respondió Baltasar, metiéndose á escape en casa.—¡Hija mía, pronto, ropa, un buen fuego y los cubiertos!...

De una zancada subió los cuatro ó cinco peldaños de la escalera; y empujando la puerta del salón, fué á arrellanarse en una butaca con un suspiro de alivio. Cornelio le seguía con su silla...

II

Una hora después ambos amigos acababan de cenar; y, puestos de codos en la mesa, se mofaban del viento y de la lluvia que se oían con furia por afuera.

—He aquí—dijo Cornelio—el mejor momento del día. Una buena botella de curasao blanco, un buen fuego, buen tabaco y un buen amigo con quien charlar: no hay como eso. ¿No es así, Cristiana?...

Cristiana iba y venía, poniendo en la mesa el pesado frasco de barro y las copas antiguas, de esbelto pie. Su nombre, pronunciado por Cornelio, la hizo ruborizarse; pero no respondió nada, temblando aún de miedo.

Ya es hora de decir á Vds. que Cristiana era una joven recogida por caridad en la casa de nuestro amigo Baltasar; y os pido permiso para contar su historia tan pronto, que no daré tiempo á la impaciencia. Poco después de la muerte de su marido, la señora de Van der Lys, madre de Baltasar, estaba un día en misa, cuando sintió en la falda un leve tirón; y figurándose que alguien trataba de limpiarla el bolsillo, calculó con tanto acierto, que cogió en el acto la mano del ladrón. Era una mano de niña, regordetilla, sonrosada y fresca. A la buena señora llenáronsele de lágrimas los ojos al ver esos deditos de querubín ejercitados tan pronto en hacer mal. Su primera intención fué soltar á la niña, por lástima; la segunda, retenerla por caridad. ¡A esto último se decidió su noble alma! Llevóse consigo á la pequeña Cristiana, que lloraba de miedo á que la pegase *su tía*. La señora Van der Lys la consoló, la hizo hablar y supo lo suficiente para com-

prender que el padre y la madre de la criatura eran unos de esos bohemios que recorren las ferias; que la niñita se había acostumbrado desde la más tierna infancia á todos los ejercicios de los saltimbanquis; que el padre se había matado al ejecutar un arriesgado ejercicio; que la madre había fallecido de miseria; y, por último, que la pretensa *tía* era una meguera que molía á golpes á la niñita y la enseñaba á robar, esperando á que creciera para enseñarla otras cosas.—Yo no sé si Vds. han conocido á la señora Van der Lys, pero era tan buena mujer como buen muchacho es su hijo. Conservó á su lado la niña, que, como se figurarán Vds., no fué reclamada por su *tía;* la educó, la enseñó á leer, escribir y contar; y bien pronto fué modelo de dulzura, decencia y buenos modales. Y luego, ¡qué dispuesta para el arreglo de la casa!... Cuando murió la buena señora, al menos tuvo el consuelo de dejar á su hijo, á la vez que su cocinera, la vieja Gúdula, sorda y un poco torpe ya de piernas, una joven de quince años, despierta y vivaracha, que jamás dejaría apagarse el fogón de Baltasar ni enfriársele la comida, y que sabía dónde encontrar la mantelería buena y la hermosa vajilla de plata para los días de gala. Además de eso, atenta, de buen componer, dulce y bonita: á lo menos, tal era la opinión de Cornelio, quien había descubierto en aquellos ojos unos relámpagos mucho más interesantes que los de la *tercera clase*...—Pero, ¡chito!... Hago aquí punto por no murmurar.

Sin embargo, debo añadir que Cristiana dispensaba buena acogida á Cornelio, quien la prestaba buenos libros; en su calidad de sabio, el joven hacía más caso de una mujer casera, como Cristiana, que de las más lindas muñecas de la ciudad, las cuales á menudo para nada sirven. Pero aquella noche parecía que la tormenta paralizó la lengua de la joven. Habíase negado á sentarse en su puesto á la mesa, donde estaba su cubierto como de costumbre; y so pretexto de servir á los dos amigos, iba y venía, sin escuchar apenas, contestando á tuertas y haciendo la señal de la cruz á cada relámpago... hasta el momento en que, al volver la cabeza Baltasar, no viéndola, creyó que se había retirado á su cuarto.

Pocos minutos después acercóse á escuchar á la puerta de aquella alcoba, que daba al salón paralelamente al gabinete de estudio; y como nada oyese, quedó convencido de que la joven dormía ya, y volvió á sentarse junto á Cornelio cargando la pipa.

—¿Qué tiene esta noche?—dijo

Cornelio señalando con un gesto al cuarto de la joven.

—Es la tempestad—respondió Baltasar.—¡Son tan miedosas las mujeres!

—Si no lo fueran, amigo Baltasar—contestó Cornelio—no tendríamos la inmensa dicha de protegerlas como á unos niños... sobre todo esta, ¡que es tan delicada y poquita cosa!... No puedo mirarla, de veras, sin que se me llenen de lágrimas los ojos: ¡es tan dulce, tan buena..., tan tierna! ¡Ah, qué hechicera criatura!

—¡Vamos, profesor Cornelio—replicó sonriéndose Baltasar—casi tiene V. tanto entusiasmo por Cristiana como por los truenos!

Ruborizóse Cornelio un poco y murmuró:

—¡No es lo mismo!

—Naturalmente—repuso Baltasar soltando la carcajada y cogiendo afectuoso ambas manos de Cornelio.—¡Vaya! ¿Crees que no veo lo que pasa?—le dijo con esa plácida sonrisa que nace del corazón y por la cual es imposible no querer á ese muchacho.—No sólo juegas á la cometa sobre el Amstel (como un niño grande que eres), sino que además juegas á la pala con Cristiana... y vuestros dos corazoncitos hacen de volantes...

—¡Cómo! ¿Crees tú...?—tartamudeó desconcertado el sabio.

—Ya va para tres meses, amigo Cornelio (y no creo que sólo por mis lindos ojos), tres meses que vienes aquí dos veces diarias: al mediodía, cuando vas á tu cátedra del Jardín Zoológico, y á las cuatro de la tarde, cuando sales de allí.

—Es el camino más corto...—dijo con timidez Cornelio.

—Sí, para hacerte amar...

—Pero...

—Vaya, razonemos—repuso Baltasar sin escucharle:—Cristiana no es una chica como otra cualquiera; tiene un corazoncito y una cabecita muy inteligentes, te lo aseguro; y basta con eso para dejar lelo á un sabio como tú. La estrechas las manos, te inquietas por su salud, la prestas libros que ella devora. La das un pequeño curso de química con motivo de una mancha en su traje, de historia natural acerca de un tiesto de flores, ó de anatomía comparada con ocasión del gato. Y ella te escucha haciéndose toda oídos, toda ojos; ¿y no quieres que meta la pata el amor, entre un profesor de veinticinco años y una discípula de diez y ocho?

—Pues bien; ¡la amo! ¿Y qué?—contestó con resolución Cornelio.—¿Qué quieres hacerle?

—Yo nada. ¿Y tú?

—¡Pues bien; quiero casarme con ella!

—¡Pues bien; entonces díselo!

—¡Pues bien; se lo digo!

—¡Pues bien; entonces abrázame!—exclamó Baltasar.—¡Viva la alegría! ¡Yo también me caso!

—¡Oh!—exclamó conmovido Cornelio.

—Y me caso—continuó Cornelio con el entusiasmo de un enamorado que no ve ni oye más que á sí mismo—y me caso con la señorita Susana Van Miellis, la hija del banquero.

Cornelio hizo un ademán que podía expresarse por «¡Diablo!» con signo de admiración. Baltasar prosiguió:

—Cornelio, fíjate en que la amo desde seis años ha, y con pasión. Pero la señorita Susana, que es hoy hija reconocida de un gran banquero, no era entonces más que su hija natural. Era tan pobre su madre, que ambas venían á coser en casa. ¿Te acuerdas?... Si por aquel tiempo me hubiese atrevido á decir en voz alta: «He aquí mi mujer», ¡vaya una de gritos que hubiese armado mi familia. Por tanto, decía para mí: «Más tarde, más adelante...» Y ha llegado el *más tarde*. Cuando menos lo pensaban, un día hicieron á Susana y á su madre subir á un coche, y ¡arrea, cochero! Ese gran egoísta de Van Miellis, que jamás había querido á su hija, la había encontrado por casualidad; habíase conmovido; le daban remordimientos, según su dicho; lo que yo creo es que tenía gota y necesitaba quien le cuidase; pero, sea lo que fuere, sabes lo demás lo mismo que yo. Ha muerto el invierno último, dejando á su hija una de las mayores fortunas de la ciudad.

—¡La más redonda!—dijo gravemente Cornelio.

—Pues bien; eso es lo que me molestaba, Cornelio, y lo que me impedía ver á Susana; el que era demasiado rica. No me atrevía á presentarme en su casa; hubiera creído parecer que iba allí por su dinero. ¡No puedes formarte una idea del diluvio de gente que ahora quiere casarse con ella! La vez primera que me la encontré, después de su cambio de posición, fué en el Jardín Zoológico. Alrededor de ella había media docena de caballeros de todas las edades, ¡qué galantes... qué obsequiosos!... Jamás me hubiera yo atrevido á acercarme á ella. Hay que ser justo, ella fué quien me llamó: «¡Eh, caballero Baltasar! ¿No saluda V. ya á sus antiguos amigos? Yo me deshacía en cumplidos: ¡Señorita!... ¡Señora!...» Los otros reíanse quedo; pero cuando ella me tomó del brazo y su madre me convidó á comer, ya no se reían ni pizca aquellos á quienes no se invitaba... ¡Y pasé una velada aquel día!... ¡Ay, Dios, qué hermosa velada!...

—¿Y después?—dijo Cornelio.

—Después... ya no abandoné su casa. La amaba como un loco, pero nunca me hubiese atrevido á decir ni una palabra. La madre fué quien me incitó á que hablara... Ya sabes, una buena mujer que me quiere porque yo era atento con ella cuando era pobre. Días atrás me dijo, al acompañarme hasta la puerta: «Pero hable V., don Baltasar; vale V. mucho más que toda esa gente. ¡Cuán feliz sería yo llamándole hijo mío!...» A fe que esto me decidió; me cogí el corazón con entrambas manos, ¡y aquella noche, cuando me quedé á solas con Susana, le dije la gran palabra! Tenía el aspecto de quien se la estaba esperando; pero eso no era óbice para que estuviese tan conmovida como yo... Ruborizábase... y, sin embargo, me miraba. ¡Oh! Me miraba hasta el fondo del alma; tanto, que todo daba vueltas en torno mío. Al fin me respondió: «Baltasar, no se ofenda V. por lo que voy á decirle; pero, desde que soy rica, le aseguro que soy muy desgraciada. Ya no sé distinguir los que me quieren y los que no me quieren. Veo tanta gente que me adora, que desconfío de todo el mundo. Y antes que casarme con un hombre en quien supusiera yo un vil cálculo, ¡primero arrojaba mi fortuna en el Amstel!...

—¡Ah, señorita—exclamé (¿comprendes?)—¡Oh!—repuso ella—bien sé que V. no es de esos, caballero Baltasar... ¡Sería muy triste cosa!... Pero no basta; voy á decir á V. mi bello ideal. No quisiera aceptar por marido sino á quien me hubiese amado cuando pobre... ¡Ah, cuán segura estaría del amor de éste, y cómo habría de devolvérselo con creces!... Pues entonces—exclamé—¡ese soy yo!... señorita, yo soy quien ama á V. desde hace más de seis años; y si nunca me he atrevido á decírselo, V. ha debido de advertirlo. Me respondió con dulzura: «Tal vez, sí...» Y continuó mirándome de una manera extraña... Bien veía yo que ella anhelaba creerme y que no se atrevía...

—Oiga V.—replicó;—¿quiere V. que me convenza de lo que me dice? ¿Recuerda V. aquel día de verano que trabajaba yo en su casa con mi madre? Trajeron unas flores nuevas para el jardín... ¡Ah, bien me acuerdo, señoritas! Eran orquídeas. Sí; y me permitieron ir á ver con V. aquellas flores. Las había de todas formas ¡y tan raras! Una parecía una mariposa, otra una avispa, otra parecía una figurita; pero sobre todo, había una que superaba á las demás, que de diez flores del mismo pie, ni una se le asemejaba: era como un corazoncito de color de rosa, con un par de alas azules á

cada lado... ¡de un rosa y un azul tan bonitos!... Nunca he visto otra igual... ¿Y después?... Y después, déjeme V. que diga la continuación, señorita... Después, al inclinarnos ambos para ver más de cerca la flor, no sé cómo sucedió que los cabellos de V. hubieron de rozarme un poco en los míos, y con el brusco movimiento que hizo V. para retirarse, su mano, que tenía cogida la flor para verla mejor, la hizo desprenderse de su tallo... Aún me parece oir el grito de V.; aún la veo próxima á echarse á llorar por aquel accidente y á pedirme perdón...; cuando su madre la llamó á V. desde la ventana, y yo... ¿Y V.? Y yo ¡recogí del suelo la flor caída! ¿La recogió V.? Y la guardé en memoria de aquel brevísimo momento de ventura, tan fugaz y tan dulce... ¿Con que la tiene V. guardada?... Como una reliquia, señorita; ¡y se la enseñaré cuando V. quiera!

Amigo mío, ¡si hubieras podido ver entonces á Susana! Ya no era la misma, Cornelio, no; era una nueva criatura, y cien veces más hermosa, si cabe... Refulgían sus ojos, su cara esplendía. Me tendió ambas manos con un movimiento tan lindo, que un ángel no lo hubiese hecho mejor. «¡Ah!—me dijo;—eso es lo que yo quería saber, amigo mío: ¡qué dichosa soy!... Si recogió V. la flor en memoria mía, es que me amaba V. ya; y si la ha guardado hasta ahora, es que todavía me ama V. Traígame mañana nuestra florecilla de alas azules: ¡es el regalo más bonito que puede V. poner en mi equipo de boda!» ¡Ay amigo, así que hube escuchado estas palabras de «*el equipo*» y «*la boda*», á poco me desmayo de golpe... Me levanté, y de fijo hago una locura si no entra la madre. Me eché al cuello de la buena señora y besé una docena de veces á su hija en las mejillas: eso me calmó. Cogí el sombrero y eché á correr, con la esperanza de llevar la florecilla á Susana esta misma noche... Pero ese monstruo de tempestad lo ha echado todo á perder, y tengo que aplazar hasta mañana mi ventura... ¡Ahí tienes toda la historia!...

—¡Ah, santos del paraíso—exclamó Cornelio, echándose en sus brazos:—dos bodas á la vez!

Y aquí el buen muchacho, imitando á los pilluelos á la puerta de la iglesia, tiró su gorra al aire gritando:

—¡Viva la boda!... ¡Que vivan los novios!... ¡Viva la señora de Baltasar!... ¡Viva la señora de Cornelio!... ¡Vivan los pequeños Baltasares!... ¡Vivan los pequeños Cornelios!

—¿Quieres callarte?—dijo Baltasar, riéndose y tapándole la boca. —Vas á despertar á Cristiana.

—¡Ah—dijo Cornelio bajando la voz;—no despertemos á Cristiana! Ahora enséñame tu flor de alas azules, para que la admire...

—Está—dijo Baltasar—en un cofrecillo de acero, en el fondo de mi mesa de despacho, con todas las alhajas de mi pobre madre. La engasté en un medallón de cristal, con marco de oro y perlas negras. Esta misma mañana la estuve mirando. Es una cosa hechicera... ¡Ya verás!

Al decir esto, cogió la lámpara, sacó del bolsillo un manojo de llaves y abrió la puerta de su gabinete.

No había hecho más que entrar, cuando Cornelio le oyó dar un grito... y se levantó... Baltasar reapareció pálido en el quicio de la puerta.

—¡Cornelio!... ¡Ay, Dios mío!...

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—exclamó asustado el sabio.

—¡Ay, Dios mío!... ¡Ven!... ¡Mira!... ¡Mira!...

Y Baltasar levantó la lámpara con objeto de alumbrar el interior del gabinete...

III

¡Lo que vió Cornelio justificaba, en efecto, el grito de Baltasar!... El piso estaba sembrado por completo de papeles de todas clases; y aquella profusión de papelotes explicábase al ver dos carpetas verdes arrancadas de su casillero de madera, y vaciadas encima de la alfombra. Añádase á eso una gran cartera de tafilete, donde guardaba sus cartas Baltasar, abierta y desencajada á pesar de su cerradura de acero... ¡y enteramente vacía, después de haber desparramado acá y allá algunos centenares de cartas!...

Pero esto no era sino una mínima parte del mal. Al ver ese estrago, de que aún no trataba de darse cuenta, lo primero que á Baltasar se le ocurrió fué ir corriendo á la mesa de despacho. ¡Estaba forzada!... La cerradura de acero había resistido, sin embargo, mejor que la de la cartera; y el pestillo permanecía valientemente dentro de su caja. Así, pues, en la imposibilidad de arrancar la cerradura, tuvieron que destrozar el frente del cajón. Toda la parte de la madera adherida á la cerradura estaba—al pie de la letra—picada, recortada, hecha hilas; y la misma cerradura, suelta por todas partes, colgaba míseramente, con los clavos retorcidos y rotos. En cuanto á la tapa, redondeada y movible como las de todos los escritorios de sistema Tronchin, estaba levantada tres cuartas partes de su abertura; lo suficiente para permitir á la mano

registrar todos los cajones y escondites del mueble.

Pero... ¡cosa extraña!... la mayoría de los cajones no protegidos por nada contra la violencia y que contenían valores en papel, habían sido respetados por el ladrón, y hasta parecía que no se tomó el trabajo de abrirlos. Toda su atención se había concentrado en aquél donde estaban las monedas de oro y plata; unos mil quinientos ducados, doscientos florines y el cofrecillo de acero lleno de alhajas, de que había hablado Baltasar. Ese cajón, salido de su hueco, estaba absolutamente vacío como si lo hubiesen vuelto boca abajo. Todo había desaparecido de él, oro, plata, joyas, sin dejar ni rastro. Y lo que fué para Baltasar el golpe más cruel es que, habiendo levantado del suelo el cofre de acero, se cercioró de que también estaba vacío, ¡y que el medallón había sido robado como todo lo demás!...

Esta cruel pérdida, que le afectaba más que la de todo su dinero, hizo suceder á su primer estupor un verdadero acceso de locura. Abrió bruscamente la ventana que daba á la calle y se puso á gritar como un energúmeno: «¡Ladrones!» Toda la ciudad iba á responderle, como acostumbra: «¡Fuego!» si ese primer grito no hubiera llamado la atención á una escuadra de agentes de policía puestos en campaña para descubrir y arreglar los estragos producidos por la tormenta. Corrieron al pie de la ventana, donde Baltasar, gesticulando y vociferando, no supo acabar de explicarse. Sin embargo, M. Tricamp, su jefe, comprendió muy claro que se trataba de objetos robados. Luego de decir á Baltasar que hiciese menos ruido, por conveniencia de sus propios intereses, apostó dos agentes en la calle para vigilar los alrededores, y rogó á esos caballeros que le introdujesen en la casa sin despertar á nadie; lo cual hizo Cornelio en el acto mismo.

IV

Una vez que le abrieron sin ruido la puerta, entró de puntillas M. Tricamp, seguido por su tercer agente, á quien dejó en el zaguán con orden de que á nadie permitiera entrar ni salir. Serían poco más ó menos las doce de la noche; dormía toda la ciudad; y por lo tranquila que estaba la casa, comprendieron que un poco sorda Gúdula y fatigada Cristiana por las emociones de la tormenta, no habían oído nada de aquella tramoya y descansaban tranquilamente.

—Ahora—dijo M. Tricamp bajando la voz—¿de qué se trata?

Baltasar le condujo al gabinete; y, sin fuerzas para decirle una palabra, le enseñó aquel cuadro.

M. Tricamp era un hombrecillo un poco rechoncho, pero no obstante, muy vivo y muy ligero; añádase á esto una cara de pascuas, aire de satisfacción personal justificada por su gran renombre de hábil... ¡pretensiones de elegancia, de buen lenguaje y de saber!... Por lo demás, un hombre mañoso, astuto y sin más defecto para su profesión que el de una excesiva miopía: molesta contrariedad que le obligaba á mirar las cosas muy de cerca, lo cual no siempre es el verdadero medio de verlas bien.

Evidentemente se quedó sorprendido; pero es de regla en todos los oficios el no parecer asombrado ante los *clientes*. Limitóse á murmurar: «¡Muy bien, muy bien!» sonriéndose y echando á todos lados miradas de profesor perito.

—¡Vea V., caballero!—le dijo sofocado Baltasar.—¿Ve V.?

—¡Muy bien!—respondió M. Tricamp.—¡Forzada la cartera, forzado el escritorio! ¡Muy bien, perfectamente!...

—¿Cómo, perfectamente?—dijo Baltasar.

—Han cogido el dinero, ¿no es así?—continuó M. Tricamp.

—Sí, señor, todo el dinero.

—¡Bueno!

—Y las alhajas... ¡Y mi medallón!

—¡Bravo! Robo con fractura, en casa habitada... ¡Excelente!... ¿Y no sospechan Vds. de nadie?

—¡De nadie, caballero!

—¡Tanto mejor! Así tendremos el gusto del descubrimiento.

Baltasar y Cornelio se miraron con sorpresa. Pero M. Tricamp continuó tranquilo y sin asombrarse:

—¡Veamos la puerta!

Baltasar le enseñó la única puerta del gabinete, provista de su magnífica cerradura del tiempo viejo, una obra maestra como las que sólo se hallan ya en nuestros buenos Países Bajos. Tricamp hizo funcionar la cerradura: *¡cric, crac!* El cierre era limpio, sonoro, fácil... Sacó la llave, y de un solo vistazo se cercioró de lo imposible que era abrir aquella cerradura por medio de las ganzúas corrientes. La llave tenía la forma de un doble trébol, complicada con un secreto que, por excepción, no conocía todo el mundo.

—¿Y la ventana?—dijo M. Tricamp, entregando la llave á Baltasar.

—La ventana estaba cerrada—dijo Cornelio—y nosotros la hemos abierto para llamarle á V. Además, caballero, repare que está provista de fuerte reja, con los barrotes muy juntos.

M. Tricamp se convenció, en efecto, de que los barrotes no hubieran podido dejar paso ni á un niño de dos años, y volvió á cerrar él mismo la ventana. Después de lo cual, naturalmente, encaminóse á la chimenea. Baltasar seguía sus movimientos sin decir nada, con idéntica confianza á la del enfermo que mira al médico escribir su receta.

M. Tricamp se inclinó y se puso á mirar con atención la chimenea; pero también allí quedóse despistado. Una reciente obra de albañilería había rellenado tres cuartas partes del conducto, no dejando más que la abertura necesaria para dar paso al tubo de una estufa. Esa estufa, desmontada todos los años por la primavera, para limpiarla y volverla á armar á los primeros fríos, estaba á la sazón en el desván, y la chimenea vacía en absoluto. Ni por un solo instante se le ocurrió á Mr. Tricamp que ese tubo de estufa pudiera permitir el paso á nadie, y se levantó más confuso de lo que pretendía representar.

—¡Muy bien!—dijo.—¡Diablo!

Y miró al techo, después de reemplazar su anteojo por un par de gafas.

—Tampoco hay nada sospechoso por esta parte, ni aun dudoso.

Cogió la lámpara de manos de Baltasar y la puso encima del escritorio, quitando la pantalla; y, de pronto, esa maniobra le hizo descubrir un detalle que hasta entonces habíasele escapado...

V

A tres pies por encima del escritorio y á distancia casi igual del piso y del techo, estaba clavado en el tabique una especie de cuchillo; reconocido ese cuchillo, resultó ser de Baltasar. Era un arma extranjera, regalo de un amigo, la cual estaba por costumbre encima del escritorio; pero lo sorprendente era el extraño uso que de ella se había hecho. ¿Con qué fin se habría hincado ese cuchillo en la pared?—En el mismo instante, Tricamp hizo notar que el alambre de la campanilla que iba á lo largo de la cornisa, por encima del escritorio, habíase roto y retorcido, y ambos fragmentos colgaban en dirección al cuchillo. Saltó con presteza en una silla y luego en el tablero del escritorio, disponiéndose á examinar más de cerca la cosa. Pero apenas se puso de pie en aquella escala improvisada, cuando exhaló un grito de triunfo. En efecto; no tuvo más que extender el brazo entre el cuchillo y la escocia del techo, para

levantar un trozo del empapelado desprendido por tres partes, y para descubrir debajo una ancha abertura circular hecha en el tabique, tapada hasta entonces como con una válvula por ese papel.

Este descubrimiento era tan inesperado, que los dos jóvenes lo presenciaron con la boca abierta. Sin embargo, el asombro no fué de larga duración; Baltasar se acordó bien pronto y explicó que aquella abertura, condenada y olvidada de mucho atrás, había servido primitivamente de ventanillo para dar luz á la estancia vecina, la cual no era más que un gabinete de tocador. Más tarde, una reconstrucción parcial de la casa había permitido á M. Van der Lys transformar ese tocador en alcoba, dándole luz por medio de una ventana á la calle; y el ventanillo, inútil ya, se había tapado, pegando encima por las dos habitaciones, un lienzo y un trozo de papel igual al de cada una de ellas. M. Tricamp les hizo notar que el trozo cuadrado de papel puesto antiguamente por la parte de acá había sido despegado con suma habilidad, lo cual hacía suponer en el operador la intención de volver á pegarlo más tarde. Empinándose un poco, pudo meter el brazo por la abertura y se cercioró de que igual trabajo habían hecho por la parte de allá en el papel de la alcoba inmediata, con las mismas precauciones, idéntica maña y evidentemente con iguales propósitos.

Ya no cabían dudas; con seguridad, por ese sitio era de presumir que se introdujera el ladrón, siendo el ventanillo redondo bastante ancho para dejarle pasar. Bajándose M. Tricamp de su pedestal, creyóse en el deber de explicar de un modo sumamente fácil toda la conducta del malhechor, desde su llegada hasta su partida.—«El cuchillo—dijo—puesto á igual distancia de la mesa y del agujero redondo, claro se ve que es un escalón dispuesto para la subida de retorno, más difícil que la bajada. El alambre de la campanilla, roto desde el principio, cuando estaba al alcance de su mano, ha podido servirle de cuerda y punto de apoyo, no por la parte que hubiese movido la campanilla, sino por la otra que sólo podía agitar el cordón; y, en efecto, sólo parece retorcido por este uso el fragmento de alambre que va á parar al cordón. En cuanto á los cartapacios deshechos encima de la alfombra y cuyo saqueo nada justifica, fácil es comprender que nuestro ladrón, al trepar para salir, ha podido escurrirse y perder el equilibrio; en cuyo caso se agarró al primer objeto que estuviese á su alcance. Pues bien; estando la taquilla más alta que la mesa, respondía preci-

samente á esta necesidad. Mientras el pie derecho se apoyaba en el cuchillo, el pie izquierdo, balanceándose en el vacío, iba por un momento á apoyarse en la taquilla, la cual hubo de moverse y cayeron dos carpetas al suelo...; las dos carpetas superiores, como Vds. ven, que naturalmente habían de caerse las primeras. Después de lo cual, afirmándose en este ligero apoyo, pudo alcanzar sin obstáculo hasta la claraboya; y la taquilla, después de la impulsión, ha recobrado naturalmente el equilibrio. — A este trastorno causado por la caída de las carpetas, atribuyó la negligencia del ladrón, dejando sin volver á pegar los trozos del empapelado, que no hubiese desprendido con tanto esmero á no proponerse dejarlos en su primitivo estado.—¿No les parece á Vds. todo eso racional, evidente, claro como la luz del día?

Baltasar y Cornelio escucharon con cierta admiración esa ingeniosa requisitoria. Mas el primero no era hombre para extasiarse mucho tiempo; no veía más que una cosa, su medallón; y, seguro ahora del modo cómo había penetrado el malhechor, ya no deseaba saber sino por dónde había salido...

—Paciencia—le respondió M. Tricamp, regodeándose con un polvito de rapé y con todo el orgullo del triunfo;—ahora que conocemos el modo de proceder el ladrón, estudiemos su temperamento.

—¡Su temperamento!—exclamó Baltasar.—¡Tiempo tenemos para ocuparnos de eso!...

—¡Oh, dispense V.!—replicó Tricamp—no podemos hacer nada mejor; y este caballero, que es un sabio, me comprenderá en seguida. La aplicación de los conocimientos fisiológicos á los sumarios, informaciones y exámenes judiciales es un hecho consumado ya, señor, y que arruina de arriba abajo todo el empirismo de la añeja rutina...

—¡Pero mientras V. habla, mi ladrón corre!—dijo Baltasar.

—¡Déjelo V., que ya le atraparemos! — respondió M. Tricamp.— Digo que no sabrán Vds. remontarse con seguridad á las fuentes del crimen, si se privan voluntariamente del estudio de los caracteres por los cuales se afirma el criminal y se denuncia á sí propio en cierto modo. ¿Y qué carácter, qué marca, qué sello hay, señor, tan infalible como los del temperamento, el cual se revela por completo en los *matices del acto?* Nada se parece menos á un robo que otro robo, á un asesinato que otro asesinato. El autor, estad seguros de ello, firma su nombre con todas sus letras en el modo cómo se comete el delito, en el más ó menos ingenio, talento, brutalidad y limpieza con que se ejecuta.

No se trata más que de irlo deletreando. Por ejemplo: ayer mañana, entre dos criadas igualmente sospechosas de haber robado un chal á su señora, pude indicar á primera vista cuál era la culpable. La ladrona podía elegir entre dos cachemiras, una azul y otra amarilla: ¡había escogido la azul! Una de las criadas era rubia y la otra morena, de suerte que estaba seguro de no equivocarme deteniendo á la rubia; evidentemente, ¡la morena hubiera elegido el chal amarillo!

—¡Eso es admirable!—dijo Cornelio.

—Pues bien—añadió Baltasar—dígame V. el nombre de mi ladrón... y pronto, porque tengo una impaciencia febril.

—No le diré á V. en seguida el nombre—replicó M. Tricamp—pero sí puedo afirmar desde ahora mismo que el culpable hace sus primeras armas... La habilidad con que ha sido despegado este papel de la pared, pudiera engañarnos por un momento acerca de *sus facultades;* pero el papel puesto hace cinco ó seis años en un sitio se despega por sí solo con tanta facilidad, que no hay en ello gran talento. La abertura estaba hecha y el mérito consistía en descubrirla; pero el papel sobrepuesto para taparla era un indicio más que suficiente. ¡No digo nada de esa cartera tan burdamente despanzurrada, ni de ese mueble forzado de un modo brutal y salvaje! Todo eso es cuestión de encogerse de hombros; está *trabajado* sin gracia y sin gusto. ¿Dónde me dejan Vds. esa cerradura que cuelga? ¡Eso es deplorable!... Ni siquiera han sabido hacer saltar el pestillo de su muesca. Preciso es que gaste herramientas de zapatero. ¡Y eso es imperdonable, hoy que la industria inglesa nos fabrica instrumentos tan ligeros, tan delicados, tan cómodos!... ¡Ah, señores; yo les haré conocer, cuando quieran, artistas que os forzarán los escritorios de una manera que les entusiasmará á Vds!

—De modo—dijo Cornelio—que ¿es un novicio?

—Evidentemente... Y además un zafio. Un ladrón que se respeta á sí mismo un poco, tiene el cuidado de no dejar tal desorden en una habitación, pone en ello más coquetismo... Saundersen, á quien hemos ejecutado días atrás, hubiera vuelto para dejar cada cosa en su sitio, caballero. ¡Eso es un artista! Añadiré que esta persona no debe de ser muy alta ni muy robusta. No necesito más pruebas que el empleo de ese cuchillo y del cordón de la campanilla, cuando un hombre de un vigor y de una estatura razonables se hubiese empinado con facilidad á pulso. Además, una mano

robusta hubiese clavado el cuchillo de un solo golpe, mientras que nuestro ladrón ha tenido que golpear mucho tiempo para que penetrara en el tabique; y si no, vean Vds. en la punta del mango este aplastamiento reciente.

—¡Es verdad!—dijo Baltasar, deslumbrado por aquella profundidad de miras.

—Pero sin embargo—objetó Cornelio.—¿Y ese escritorio con la madera hecha hilas?

—¡Ah, caballero—exclamó Tricamp—en eso precisamente se revela la debilidad! La verdadera fuerza es tranquila y serena, porque está segura de sí mismo. Da un puñetazo, ¡uno solo!, en un escritorio de tapa convexa, fácil de saltar, ¡y salta! Al paso que esto es obra de un impotente que pierde la cabeza. Resistía el objeto, lo ha golpeado, hecho picadillo á diestro y siniestro, lo ha reducido á astillas, á migajas, á papilla... ¡No hay músculos ni nervios!... Trabajo de niño ó de mujer.

—¿De mujer?—exclamó Baltasar.

—Caballero—respondió Tricamp—desde que estoy aquí, no he dudado de eso ni un minuto.

Baltasar y Cornelio se miraban...

—Y, para resumir—añadió Tricamp tomando otro polvo de rapé—es una mujer joven... porque trepa; pequeña... puesto que necesita escala; morena... porque es rabiosa; familiarizada con vuestras costumbres, puesto que ha aprovechado el momento de estar Vds. fuera para obrar á sus anchas... puesto que ha ido derecha al cajón que contenía el dinero, sin hacer caso de los otros. Y, por último, para concluir en breves palabras, si tienen Vds. aquí alguna querida joven, ó alguna joven sirviente... no busquen Vds. más lejos, ¡ella es!

—¡Cristiana!—exclamaron á un tiempo ambos jóvenes.

—¡Ah! ¿Conque hay aquí una Cristiana?—dijo M. Tricamp.—Pues bien: ¡es Cristiana!

VI

Baltasar y Cornelio mirábanse pálidos... ¡Cristiana!... ¡La linda Cristiana!... ¡Su Cristiana, tan buena, tan dulce... una ladrona!... ¡Ni por pienso!—Y, sin embargo, recordaban su origen y la manera cómo había entrado en la casa... Después de todo no era más que una bohemia...—Baltasar se había dejado caer en una silla, como un hombre embriagado. En cuanto á Cornelio, le parecía que acababan de quemarle el corazón con un hierro hecho ascua, y que iba á morirse de resultas...

—¡Veamos, pues, á esa Cristiana—dijo M. Tricamp, sacándoles de pronto de su estupor—y visitemos su alcoba.

—¡Su alcoba!—respondió Baltasar, tratando de levantarse.—¡Pues ahí está su alcoba!

Y señaló á la ventanilla redonda del tabique.

—¿Y no lo han adivinado Vds. todo?—replicó sonriéndose el agente de policía.

—Pero—dijo Cornelio haciendo un esfuerzo por hablar—¡ha tenido que oirnos!

Tricamp agarró la lámpara, salió de prisa, empujó la puerta de la habitación próxima, y entró en el dormitorio de Cristiana seguido por los jóvenes... ¡El cuarto estaba vacío!...

Los tres prorrumpieron el mismo grito: «¡Ha huido!»—M. Tricamp se cercioró en un periquete de que no se había deshecho la cama, y al mismo tiempo, de que nada habían escondido en el colchón ni en el jergón.

—Ni siquiera se ha acostado—dijo.

En el mismo instante oyeron ruido en el zaguán; abrióse bruscamente la puerta del salón y entró el agente puesto por Tricamp de centinela, empujando hacia adelante á Cristiana, quien parecía sorprendida más que asustada...

—Señor Tricamp—dijo el agente—es una joven que iba á salir y á la cual he detenido cuando descorría el cerrojo.

Cristiana los miraba á todos con un asombro tan natural, que todo el mundo se hubiera compadecido de ella... excepto M. Tricamp.

—Pero ¿qué quieren Vds. hacerme?—dijo ella al agente, que cerraba la puerta.—¡Don Baltasar, díga les V. quién soy!

—¿De dónde vienes?—dijo Baltasar.

—De arriba—contestó ella.—Gúdula tiene miedo á los truenos; como retumbasen aún cuando subió á acostarse, me rogó que la hiciese compañía, y he dormido en su cuarto sobre una butaca. Me desperté, he visto que había mejorado el tiempo y he bajado para meterme en la cama, iba á cerciorarme de que no se le había olvidado á V. echar el cerrojo, cuando ese señor me ha detenido... ¡Buen miedo me ha hecho pasar!...

—Miente V.—replicó bruscamente M. Tricamp.—Iba V. á descorrer el cerrojo para salir, y no se ha acostado V. por no tomarse la molestia de volver á vestirse, y para atisbar más fácilmente el momento oportuno de huir.

Cristiana le miró con el aire más cándido del mundo.

—¡De huir! ¿Qué fuga es esa?

—¡Ah!—murmuró M. Tricamp—¡Tenemos aplomo!

—Ven aquí—dijo Baltasar, á quien aquella escena daba fiebre—¡Acércate y te contestaré!

Cogió del brazo á la joven y la llevó al gabinete.

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó la joven desde el umbral.—¿Quién ha hecho esto?

Parecía tan sincero el grito, que hubo un segundo de vacilación; pero las emociones de M. Tricamp duraban poco. Condujo á Cristiana hasta el escritorio; y, señalándola la tapa rota, la dijo brutalmente:

—¡Eso es cosa de V.!

—¡Yo!—exclamó Cristiana, dando muestras al pronto de no saber lo que la querían decir.

Miró con aire alelado á Baltasar y luego á Cornelio... Después, volviendo la vista á la mesa de escribir, reparó en el cajón vacío... Y entonces, cual si de pronto comprendiese, gritó con desgarrador acento:

—¡Ah...! ¡Dice V. que yo le he robado!

Nadie tuvo valor de contestar. Cristiana dió un paso hacia Baltasar, quien bajó los ojos ante su mirada... De repente, llevóse la mano al corazón, como si se ahogara... trató de hablar, pronunció dos ó tres palabras incoherentes, entre las cuales sólo se distinguían las de «¡Robado...! ¡Yo...! ¡Robado...! ¿Yo...!» y desplomóse en el suelo como una muerta. Cornelio precipitóse encima de ella y la levantó, estrechándola entre sus brazos.

—¡No!—exclamó.—¡No... es imposible...! ¡Esta criatura no es culpable!

Corrió á la alcoba inmediata y acostó á la joven en la cama. Baltasar le seguía conmovido; M. Tricamp, siempre risueño, iba á entrar en pos, cuando uno de los agentes le tiró con suavidad de la manga...

—Con su permiso, señor Tricamp; ya tenemos una noticia acerca de esta joven.

—Veamos la noticia—dijo Tricamp, bajando la voz.

—Mientras mi compañero estaba de ojeo en la calle, el panadero de enfrente le ha contado que esta tarde, poco antes del trueno gordo, ha visto asomarse á la señorita Cristiana por la ventana de la habitación grande que da á la calle. Echó un bulto á un hombre de capa y sombrero ancho...

—¡Un bulto!—dijo con presteza Tricamp.—¡Bien, perfectamente! Apunte el nombre del testigo y continúe vigilando los alrededores de la casa; pero antes, vaya á buscarme el ama de gobierno... Duerme en el primer piso.

Los agentes se alejaron y mon-

sieur Tricamp entró en el cuarto de Cristiana.

Cristiana seguía echada en la cama, desvanecida aún, á pesar de los esfuerzos de Cornelio para reanimarla. Sin detenerse á verla, M. Tricamp se puso á examinar la alcoba y vió en primer término, encima de la cómoda, el ventanillo redondo que daba al gabinete de Baltasar, y el papel de la pared tan hábilmente despegado como en la otra pieza. Cogió una silla, la puso encima del mármol de la cómoda, y, midiendo la distancia, convencióse de que por medio de esta improvisada escalera era lo más fácil del mundo el escalamiento.

Al cabo de algunos minutos de reconocer la misma cómoda, volvióse á Baltasar con la sonrisa en los labios...

—Después de todo—dijo este último, quien contemplaba tristemente á la joven inmóvil y yerta—¿qué pruebas hay de que haya sido ella?

— Pues... ¡ esta ! — respondió M. Tricamp, poniéndole en la mano una de las perlas negras, desprendida del medallón.

—¿Dónde la ha encontrado V.?—dijo Baltasar.

—¡Ahí!—contestó el agente de policía.

Señalaba á un cajón de la cómoda, todo lleno de objetos pertenecientes á Cristiana, y el cual había quedado abierto por descuido.

Baltasar corrió al mueble, sacudió los vestidos y la ropa blanca, lo revolvió de arriba abajo todo en aquel cajón y en los demás... pero inútilmente... El medallón no estaba allí. Miró en torno suyo; aquella cómoda, la cama y una mesa sin cajón eran todo el ajuar de Cristiana. No había cofre, ni armarios, ni nada que pudiera servir para guardar los objetos robados.

Reanimábase la joven. Abrió los ojos y miró á todos los circunstantes; haciendo al fin memoria, volvió la cabeza y se deshizo en llanto, escondiéndose bajo la almohada.

—¡Ah!—murmuró Tricamp.—¡Ya hay lágrimas!... ¡Vamos á confesar!

Y suavemente se inclinó hacia ella, diciendo con voz más dulce:

—¡Vamos, hija mía, un buen impulso!... ¡Confiese V. que no ha podido resistir una mala tentación!... ¡Ah, Dios mío, no hay nadie perfecto!... Tendremos á V. todas las atenciones que se le deben á una muchacha encantadora... Conque un poco coqueta, ¿eh?... ¿Nos gusta adornarnos para estar aún más guapa?... ¿Con que queremos agradar á alguien?...

—¡Ah! ¡Por Dios, caballero!...—dijo Cornelio.

—¡Chito, joven!—replicó á media

voz M. Tricamp.—Tenga V. la seguridad de que hay un cómplice.

E inclinándose de nuevo hacia Cristiana, añadió:

—¿No es cierto, querida mía, que V. es?...

—¡Ah!—exclamó Cristiana irguiéndose de pronto.—¡Máteme V...., pero no lo repita!

Fué tan vivo el apóstrofe, que M. Tricamp saltó hacia atrás.

—Caballero—le dijo Baltasar—haga V. el favor de dejarnos solos con esta criatura; la presencia de V. la irrita, y nosotros sacaremos de ella mejor partido que V.

M. Tricamp hizo una reverencia.

—Como V. guste, caballero; pero desconfíen Vds. ¡Qué buena pieza!

Y salió de allí...

VII

Cornelio cerró bruscamente la puerta tras él. Después ambos jóvenes se acercaron con dulzura á Cristiana, la cual se había sentado en la cama, mirando de frente, con los ojos fijos y ya sin lágrimas, estremeciéndose de fiebre todo su cuerpo.

—Vamos, Cristiana, hija mía—dijo Baltasar, tratando de cogerle la mano crispada sobre el lecho—ahora estamos ya solos; está V. entre amigos, nada más... ¿Hablará V.?

—¡Yo no quiero estar aquí!—dijo Cristiana, con voz ronca y seca.—¡Quiero irme!... ¡Déjeme V. que me vaya!...

Cornelio la hizo con dulzura volver á sentarse, diciéndola:

—No puede V. salir, Cristiana; no puede V. hacerlo, sin contestarnos.

—Díganos V. la verdad—añadió Baltasar—se lo suplico, Cristiana; toda la verdad, hija mía... Nada le harán á V.; se lo juro por mi honor... Yo la perdonaré, y nadie lo sabrá; se lo juro á V., Cristiana, delante de Dios... ¿No me oye V?...

—Sí, señor—contestó Cristiana, que no le escuchaba.—¡Ay! ¡No puedo ya llorar!... ¡Ah, si pudiese llorar!... ¡Hagame V. llorar!...

Cornelio miró á su amigo con aire inquieto. Cogió á la joven las manos ardorosas, y estrechándolas dulcemente entre las suyas la dijo con toda la ternura posible:

—Cristiana, hija mía; hay misericordia para todos, y nosotros la queremos demasiado para no ser compasivos. Escúcheme, se lo ruego. ¿No me conoce V. ya?

—Sí—dijo Cristiana mirándole; y se la humedecieron los ojos.

—Pues bien; yo la quiero, yo... bien lo sabe V.... ¡yo la quiero con todo mi corazón!

—¡Ah!—exclamó la joven, enternecida y derramando lágrimas. —¡V. es quien dice que yo he robado!

—Pues bien; ¡no!—respondió Cornelio con presteza.—¡No, yo no lo digo! ¡No, yo no lo creo! Pero, niña querida, ya ve V. que necesito ayuda para justificarla y encontrar el culpable. Y por eso hay que ser franca conmigo y decírmelo todo ¡todo!...

—¡Sí; V. es bueno, V.!—respondió Cristiana llorando. —¡V. se apiada de mí, y no cree lo que dicen! ¡Defiéndame V!.... ¿No ve V. lo estúpidos que están con su robo?... ¿Y qué quieren que robe aquí yo?... ¿Es que esta casa no es todo mi corazón?... ¿Hay en esta pared—prosiguió con más exaltación, golpeando en la pared—hay una sola piedra que yo no adore?... ¿Hay quien robe su propia vida y su propia sangre?... ¡Y decir que ya no está aquí mi buena madre!... —Es el nombre que daba á la señora Van der Lys.

—¡Ah, si ella estuviese aquí... os haría meter bajo siete estados de tierra con vuestro robo!... Pero, estoy sola ¿no es así?... Y se me acusa porque soy una bohemia... porque he robado cuando era pequeña... Y me llaman *¡ladrona!... ¡ladrona!... ¡ladrona!...* ¡Me llaman *ladrona!*

Volvió á desplomarse en la cama sollozando.

Baltasar no pudo contenerse más. Se echó de rodillas ante la cama, y con la voz más humilde y suplicante, como si él mismo hubiera sido el culpable, exclamo:

—¡Cristiana, hermana, hija, criatura mía, mírame!... ¡Estoy de rodillas, ya lo ves! Te pido perdón por todo el daño que te he hecho. No hay más que decir, no se hablará más de esto, ¡se acabó!... ¿Oyes?... Pero puesto que me quieres... no querrás mi desgracia, ¿no es así?... ¿No querrás compensar con penas y tormentos los beneficios que has recibido? Pues bien; si sabes dónde está mi medalloncito, conjúrate, no te pregunto donde está, ¿entiendes?... no quiero saberlo... me da lo mismo...—Pero si tú lo sabes, te lo suplico, por el nombre de mi madre á quien tú llamabas madre tuya, haz que yo lo encuentre... ¡nada más que él sólo!... Toda mi vida depende de él, y quien me lo quitó me ha privado de toda mi ventura... Devuélveme mi medallón... ¿quieres, dí?... ¿quieres devolvérmelo?

—¡Oh!—dijo desesperada Cristiana.—¡Si en la sangre de mis venas estuviese, ya lo tendría V.!...

—¡Cristiana!...

—¡Pero yo no lo tengo!... ¡No lo tengo!... ¡No lo tengo!—dijo ella, retorciéndose las manos.

Desesperado Baltasar, se enderezó de un salto.

—¡Pero, desdichada!...

Cornelio le detuvo... y Cristiana se llevó ambas manos á la frente, y dijo, riéndose:

—¡Ah! Cuando me haya vuelto loca... se concluyó, ¿no es así?

Y desfallecida, tapándose la cara, como resuelta á no contestar más, doblóse sobre sí misma.

VIII

Cornelio se llevó á Baltasar fuera de la alcoba; le veía tambalearse como un hombre que sufre un vértigo. En el salón encontraron á M. Tricamp que no perdía el tiempo. Había hecho bajar á la vieja Gúdula, quien, despertándose con sobresalto, medio sorda y sin comprender nada de lo que pasaba, respondió á sus preguntas, llorando y lamentándose.

—Vamos, vamos, buena mujer—la dijo M. Tricamp—tranquilícese V.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Mi buen amo!—exclamó Gúdula al ver á Baltasar. — ¿Pero qué sucede?... ¡Me han despertado tan bruscamente!... ¡Ay, Dios mío! ¿Para qué me quieren?

—Serénate, mi buena Gúdula—respondió Baltasar.—No se trata de ti... Pero me han robado, y buscamos al culpable.

—¿Han robado?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío!—prosiguió desesperada la pobre sirviente anciana.—¡Pero si jamás de los jamases ha ocurrido eso! ¡Treinta años llevo en la casa, y nunca ha faltado un alfiler!... ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Y había de suceder eso antes de que yo me muriera!...

—Vaya, veamos—replicó M. Tricamp—respóndame V. sin lamentarse, buena mujer.

—Hable V. un poco alto—dijo Baltasar — ya sabe V. que está sorda.

—Queremos saber—dijo Tricamp alzando la voz—si estaba V. en casa cuando han robado.

—Pero, señor, ¡si no he salido!

—¿Nada, nada?

—No, señor; porque presentía la tempestad, y á causa de mis muchos años no tengo piernas esos días.

—Entonces—dijo Baltasar—¿estabas en tu cuarto?

—No, señor; toda la tarde he estado en el salón haciendo media junto á la lumbre.

—¿Y ni siquiera te has movido para ir á la cocina?

—No, señor.

—¿Tiene V. buena vista, mujer? preguntó Tricamp.

—¿Señor?...—dijo Gúdula, que no oía bien la pregunta.

—Pregunto—repitió Tricamp—¿si tiene V. buenos ojos?

—¡Oh! En cuanto á eso, sí, señor. Oído, no; es un poco duro. Pero los ojos aún marchan bien, lo mismo que la memoria.

—¡Ah, tiene V. buena memoria! Pues bien; ¿qué personas han venido por la tarde?

—Señor, ha venido el cartero; y luego, una vecina para pedirme un rodillo de amasar pasteles... y después Petersen, que ha venido á pedir no sé qué cosa á Cristiana.

—¡Ah!... ¿Quién es ese Petersen?

—Es un vecino, señor; un vigilante nocturno, mi amo le conoce mucho.

—Sí—dijo Baltasar á Tricamp—es un pobre diablo que ha perdido la mujer hace un mes, y tiene enfermos á sus dos hijitos... Un buen hombre, á quien se le hacen aquí algunos favores...

—Y ese Petersen—continuó Tricamp—¿ha entrado?...

—No, señor;—respondió Gúdula—solamente ha hablado con Cristiana por la ventana.

—¿Para decirle...?

—No he oído, señor...

—¿Y después de él?... ¿Nadie?...

Gúdula se hizo repetir la pregunta, y respondió:

—¡Nadie!...

—¿Y dónde estaba Cristiana—prosiguió Tricamp—mientras V. hacía calceta?

—Pues bien, señor; esa criatura iba y venía como siempre; cuidaba de la cocina por mí, puesto que yo no podía. ¡Es tan complaciente!

—Pero ¿no estaría siempre en la cocina?...

—No, señor; al cerrar la noche ha entrado en su alcoba.

—¡Ah! ¿Conque ha entrado en su cuarto, no es así?

—Sí, señor; para componerse un poco, á causa de la cena.

—¿Y estuvo mucho rato en su habitación?

—Una hora, señor.

—¿Una hora?...

—Sí, señor, ¡una hora larga!

—¿Y nada oyó V. en ese tiempo?

—¿Qué dice V., señor?

—Pregunto si no ha oído V. algún ruido... por ejemplo, martillazos sobre madera.

—No, señor.

—Sí—dijo Tricamp volviéndose hacia los jóvenes—es sorda.

E inclinándose hacia Gúdula, dijo alzando la voz:

—Y luego, ¿zumbaba ya la tempestad, no es así?...

—Sí, señor; ¡oh, bien se oían los truenos!

—Ha confundido ambos ruidos—murmuró Tricamp.

Y prosiguió, alzando la voz:

—¿Y después?...

—Después, señor, hacía una noche como boca de lobo; estalló la tormenta; el amo no regresaba á casa... Tuve mucho miedo, me hinqué de rodillas, recé mis oraciones... y entonces salió de su alcoba Cristiana, toda temblorosa... muy pálida... y en aquel momento estalló el trueno ¡con una fuerza!...

—¡Ah!—dijo con presteza Tricamp.—¿Reparó V. que estaba pálida y temblorosa?

—¡Caramba, como yo, señor! Esa tempestad me tenía destrozados los brazos y las piernas. Yo no podía levantarme... y entonces comenzó á pegar aldabazos el amo... y Cristiana abrió... ¡Señor, eso es todo lo que sé... tan cierto como soy cristiana y mujer honrada!...

—No llores, buena Gúdula—repitió Baltasar.—¡Ya te dije que no es á ti á quien se acusa!...

—¿Pues entonces, á quién señor? ¿A quién, entonces?... ¡Virgen santísima!—exclamó acudiéndole de pronto una idea... ¿Acaso será á Cristiana?

Nadie respondió.

—¡Ah!—repuso Gúdula.—¡No contesta V.!... ¡Ah, señor, eso no es posible!...

—¡Mi buena Gúdula!

—¡Cristiana, señor!—continuó la buena mujer sin escucharle.—¡Una criatura como Dios manda!...

—¡Vamos, vamos!—dijo Tricamp.—¡Puesto que no es V...!

—¡Ay, señor, más lo querría!—replicó Gúdula desesperada. ¡Mejor quisiera que me acusasen á mí... ¡Vaya, que me acusen!... Una vieja como yo... que estoy *acabadita*... ¿qué me importaría?... Iré á dar mis cuentas allá arriba, y eso no tardará... ¡pero esta criatura! Yo no quiero que la toquen, señor... ¡Ay; señorito Baltasar, no deje V. que la toquen! ¡Es sagrada! ¡No haga V. caso de ese mal hombre; él es quien todo lo arma!

A un gesto de M. Tricamp, impacientado, los agentes agarraron cada cual de un brazo á la vieja para llevársela de allí.

Gúdula dió algunos pasos; luego se dejó caer de rodillas junto al fuego, sollozando y lamentándose de no haber muerto antes de *semejantes maldiciones*, y M. Tricamp hizo señas á sus agentes para que la dejasen allí rezando...

IX

—Pues bien—dijo el agente de policía, dirigiéndose á Cornelio;—

ya lo ve V., nadie ha venido de quien razonablemente puedan caber sospechas... ni del cartero, ni de la vecina, ni de ese Petersen. De modo que quien ha robado es la *vieja,* ó la *joven;* y como no creo á la *vieja* en estado de hacer esa gimnasia, ruego al señor sabio que saque él mismo la consecuencia...

—¡No me pregunte V. más!—dijo Cornelio.—¡Ya no sé qué pensar; me parece que estoy soñando, y que todo esto es una horrible pesadilla!

—Yo no sé—replicó Tricamp—si esto es un ensueño; pero, sin embargo, me parece que estoy muy despierto, y que raciocino muy bien.

—¡Sí, sí—dijo Cornelio, yendo y viniendo con fiebre;—raciocina V. bien!

—¡Y mi lógica es bastante rigurosa!

—¡Sí, sí, rigurosa!

—¡Y hasta aquí, todo me da la razón!

—¡Sí, todo le da á V. la razón!

—Pues bien... ¡No!—respondió con calor Cornelio, parándose en firme delante del agente de policía. —¡No! ¡Eso no lo creeré, en tanto que no la oiga á ella misma acusarse!... ¡Y Dios sabe!... Había de decirlo ella en este instante... aquí... ante nosotros... ¡y aún juraría yo su inocencia!...

—De verdad—objetó estupefacto el agente—¡eso de su inocencia!... Pero ¿qué demonio de prueba?...

—¡Ay! No la tengo, lo sé—replicó Cornelio.—Y conozco todas las que V. invoca... Y mi razón está pronta á confesar que son ¡evidentes... terribles... implacables!...

—Pues bien, ¿y entonces?...

—¡Pero mi conciencia se subleva al punto contra mi razón!... Pero mi corazón está aquí diciéndome: «¡No, no; esas palabras, ese rostro, esa desesperación!... ¡No, todo eso no es de una culpable; y, te lo juro, es inocente! ¡Yo no puedo probarlo... pero lo presiento...; estoy seguro de ello, y te lo grito con todas mis fuerzas, con todas mis angustias, con todas mis lágrimas!... ¡No escuches á los que la acusan!... ¡Mienten!... Su lógica es la de la tierra, que se engaña... la mía es la del cielo, que no miente. ¡Ella se llama la *razón!* ¡Yo me llamo la *fe!*...»

—¡Pero y qué!...

—¡No los escuches—continuó Cornelio con más exaltación—y acuérdate de que en esos malos días en que tu orgullo de sabio está dispuesto á negar al mismo Dios... basta un estremecimiento de tu corazón para afirmártelo!... ¿Y cómo quieres que te engañe acerca de la inocencia de una criatura... ese corazón que no miente, cuando se trata de Dios?...

—¡Muy bien!—dijo Tricamp.—¡Si la policía discurriese así!...

—¡Oh! No pretendo convencerle á V.—replicó Cornelio.—¡Pero cumpla V. con su oficio, que yo cumpliré con el mío!...

—¿El de V.?...

—Sí, sí... ¡Busque, revuelva, registre! ¡Acumule V. prueba sobre prueba, para aplastar á esta desventurada criatura!... ¡Yo también sabré, por mi parte, reunir todas las que puedan defenderla!

—¡Entonces—respondió Tricamp—no le aconsejo á V., caballero, que cuente entre estas últimas lo que acabo de hallar en el cajón de la señorita!...

—¿Qué?—preguntó Cornelio.

—¡Esta perla negra, desprendida del medallón!...

Cornelio cogió la perla... Temblaba.

—¿Dentro de su cajón?...

—Sí, amigo mío, sí—exclamó Baltasar.—Dentro del cajón de su cómoda... hace poco... ¡delante de mí!...

¡Cornelio estaba pálido, inmóvil, anonadado! Era tan convincente, tan espantosa, la prueba!... ¡Aquella desdichada perlita le quemaba la mano y le aplastaba con su pesadumbre!.. Mirábala maquinalmente sin verla... ¡y sin poder apartar de ella los ojos!... Baltasar le cogió la mano... pero Cornelio no sintió nada...: ¡parecía estupefacto, y no cesaba de mirar la perla!...

—¡Cornelio!—exclamó inquieto Baltasar...

Pero Cornelio le rechazó vivamente, y se inclinó como para ver mejor la perla, haciéndola brillar á la luz.

—¿Pero qué es?—murmuró Baltasar.

—¡Quítate de ahí!—respondió Cornelio.

Y apartándole bruscamente, corrió á la ventana y miró la perla más de cerca.

Baltasar y Tricamp cambiaron una mirada de sorpresa. Y, en el mismo instante, Cornelio se lanzó al gabinete, sin decir una palabra.

—¡Está loco!—murmuró M. Tricamp, siguiéndole con la vista.—Don Baltasar, ¿me permite V. echar una copita de curasao á mi gente? Empieza á amanecer, y la calle debe de estar un poco fresca.

—Hágalo V., caballero—dijo Baltasar.

Salió Tricamp. Al volverse Baltasar, vió á la anciana Gúdula arrodillada y rezando en un rincón; y fué á reunirse con presteza al gabinete con Cornelio.

X

El sabio miraba con la mayor atención el mango del puñal y el

aplastamiento advertido por M. Tricamp. Este examen duró algunos segundos; durante los cuales, abrumado y desalentado Baltasar, miró maquinalmente á su amigo, sin tomarse el menor interés por su conducta. Cornelio, sin pronunciar una palabra, se subió en una silla y observó con el mismo cuidado los alambres de la campanilla y la manera cómo habían podido romperse...

—¿ Dónde está la campanilla ?—preguntó bruscamente.

—En la sala grande —respondió Baltasar.

Cornelio tiró del alambre que debía estar puesto en comunicación con ella, pero no se oyó ningún campanillazo.

—¡Ah!—dijo Baltasar.—¡Ella lo había previsto todo; había desenganchado el tirador!

Cornelio, sin responder, miró con atención el sitio por donde pasaba el alambre: era por un tubito de hoja de lata, del diámetro de un cañón de pluma; el alambre corría con facilidad, y, evidentemente, el obstáculo no procedía de allí.

—Vete á ver la campanilla—dijo á Baltasar.—¿Se mueve cuando tiro del alambre?

Baltasar fué al umbral de la puerta, y obedeció sin comprender.

—¿Se mueve?—repitió Cornelio, tirando varias veces del alambre.

—Un poco—dijo Baltasar;—pero no puede tocar. Está derecha y vuelta, con la boca hacia arriba. Parece como si alguna cosa la retuviese en esa posición.

—Está bien—dijo Cornelio;—luego lo veremos. Sujétame la mesa de escritorio, para que me suba en ella.

Baltasar volvió al gabinete é hizo lo que le mandaban. Cornelio pasó de una pernada desde la silla á la mesa; y ayudándose con el cuchillo, se empinó trabajosamente hasta el ventanillo redondo, como si hubiese querido juzgar por sí mismo las dificultades de la empresa.

Baltasar abría la boca para interrogarle, cuando oyó á Gúdula llamarle desde la pieza inmediata. Salió á escape y encontró á la vieja emocionadísima, y á los agentes de policía que habían acudido á su llamamiento.

—¡Señor—gritaba—acaba de escaparse!

—¿Cristiana?

—Sí, señor. Acababa yo de levartarme; la he visto atravesar la habitación y huir por la parte del jardín. ¡Ay, Dios mío! ¡Corran ustedes, á escape, que va á ocurrir una desgracia!

—¡Ah, viborilla!—exclamó monsieur Tricamp.—¡Cómo se hacía la muerta! ¡En marcha; vosotros por el jardín!

Todos los agentes salieron, con M. Tricamp á la cabeza. Y Baltasar entró corriendo en la alcoba de la joven para cerciorarse de que Gúdula decía la verdad.

En efecto, Cristiana había desaparecido; pero encontró en la alcoba á Cornelio, quien había bajado por el ventanillo redondo. El sabio tenía apartadas las cortinas de la cama, y su actitud demostraba la más viva estupefacción.

—¡Sí, sí! ¡Anda... búscala!—le dijo Baltasar furioso y convencido de que la causa del estupor de su amigo era la desaparición de Cristiana.—¡Echala un galgo! ¡Bien ves que es culpable, puesto que huye!

—Lo que veo—respondió volviéndose Cornelio, temblando de emoción y echando lumbre por los ojos—lo que veo es que la inocente es ella, ¡y nosotros los culpables!... ¡y nosotros somos los estúpidos!

—¿Estás loco?

—¡Y tengo cogido á tu ladrón!—añadió Cornelio con exaltación creciente.—¡Voy á decirte yo todo cuanto ha hecho, y cómo ha entrado, y cómo ha salido!... ¡Y te diré su nombre!... Y, en primer lugar, no ha entrado por esta alcoba, ni por este agujero; sino por la chimenea de tu gabinete.

—¿Por la chimenea?

—¡Sí, por la chimenea!... Y como, según costumbre, iba tras el metálico, en pos de tu oro y de tu plata, ha corrido en primer término á tu cartera, forzando su cerradura de acero; luego á tu escritorio, rompiendo la cerradura de hierro; y haciendo un bulto con tus florines y tus ducados y tus alhajas, se lo ha llevado todo, dejándote por despedida el puñal en el tabique... Y desde ahí, despegando el papel de la pared, ha saltado á la alcoba de esa infeliz criatura, donde ha dejado caer una perla... ¡Y si quieres ver lo que ha sido de tu medallón, ven!

Separó las cortinas de la cama y mostró á Baltasar el pequeño crucifijo de cobre de la joven, enteramente dorado de pies á cabeza, y resplandeciente en ese nuevo estado...

—¡He ahí lo que ha hecho con el marco de oro!...

Y metiendo la mano en la concha que servía de pila de agua bendita en el crucifijo, sacó de ella las dos placas de cristal del medallón, fundidas en una sola pieza, con la flor en el centro:

—¡Y he aquí lo que ha hecho con lo demás!...

Baltasar miraba á su amigo con aire extraviado.

—¡Y si quieres también saber cómo ha salido—prosiguió Cornelio, llevándole á la ventana sin darle tiempo ni para respirar—mira!...

Y señalaba al vidrio más alto, horadado por un agujerito del diámetro de una bala común; y tan limpio, tan redondo, tan perfecto, que el operario más hábil no hubiera podido hacerlo mejor.

—¡Pero—exclamó al fin Baltasar, que creía estar en sueños—¿quién ha hecho todo esto?...

—¡Ah, majadero!... ¿No ves que ha sido EL RAYO?

Uno que hubiese caído á los pies de Baltasar no le hubiera atontado más... E iba á pedir explicaciones á Cornelio, cuando éste le impuso silencio, y se puso á escuchar. Un gran clamoreo alzábase por la parte del muelle, y parecía subir desde la calle al aproximarse. Abrieron la ventana y vieron agitarse la muchedumbre, gritar y refluir hasta la escalinata del pórtico, donde se detuvo para abrir paso á una camilla conducida por agentes de policía... ¡y en la cual estaba tendido el cuerpo de Cristiana!...

XI

La desdichada criatura se había arrojado al Amstel, de donde acababa de sacarla Petersen, el vigilante nocturno.

Al ver ese pálido rostro, esos ojos al parecer cerrados para siempre, y esos brazos rígidos, por donde corría el frío de la muerte, Baltasar y Cornelio precipitáronse al encuentro de la camilla, cogieron en brazos á la joven, y la transportaron al salón, delante del fuego, sobre un colchón que M. Tricamp tuvo cuidado de hacer que extendieran allí. Trataron de reanimarla, la calentaron entre sus brazos, suplicándola y llamándola como si hubiera podido oirles; pero las manos estaban heladas... el corazón ya no latía. Al ver la desesperación de de ellos, no hay nadie que teniendo alma no se hubiera deshecho en llanto. ¡La pedían perdón, se acusaban á sí mismos! Todo el mundo lloraba; porque la multitud había invadido la estancia y los rodeaban. Al fin, en medio de su dolor, Cornelio tuvo un rayo de luz; y pegando sus labios á los de Cristiana, se puso á aspirar y respirar con fuerza, facilitando con las manos el juego de los pulmones. Durante ese tiempo, M. Tricamp hacía calentar botellas de barro, planchas y todo cuanto pudiese valer lo mismo para ponerle debajo de los brazos y las piernas de la joven... ¡Hubo un terrible momento de angustia y de silencio!... Las mujeres rezaban en voz baja, los hombres miraban alargando el cuello...

—¡Bah!—dijo alguien.—¡Demasiados afanes por una ladrona!...

Baltasar dió un salto; pero no tuvo nada que hacer. Habían puesto ya al hombre á la puerta.

—¡Respira!—exclamó Cornelio jadeante.

Hubo un clamor de alegría. Todo el mundo creía en el robo. Pero ¿de qué serviría la desgracia si no fuese para tener compasión de los culpables?

Algunos minutos después Cristiana suspiró, y reapareció un poco la vida en sus mejillas. Un médico que acudió dijo que estaba salvada, y que era preciso conducirla á su alcoba. Quedáronse solas con ella las mujeres, la desnudaron y la metieron en la cama. Cornelio y Baltasar iban y venían llenos de gozo, dando consejos á través de la puerta, preguntando qué hacía falta, yendo en su busca, y en medio de todo esto, felicitándose y apretándose la mano. En cuanto á los hombres, disertaban gravemente al rededor de la lumbre, acerca de la mejor manera de reanimar á los ahogados.

—Don Baltasar—dijo M. Tricamp—voy á retirarme con mis hombres, porque la muchacha no está hoy en estado de ir detenida...

—¡Detenida!—exclamó Baltasar. —Pero ¿no le ha dicho á V. Cornelio...? Pero ¡si es inocente...! Conocemos al ladrón.

—¡El ladrón!—replicó M. Tricamp.—¿Pues, quién es?...

—¡El trueno!—dijo Baltasar.

M. Tricamp abrió unos ojos de á palmo.

—¿El trueno?...

—Sí, señor Tricamp—dijo Cornelio con burla:—el trueno, ó más bien ¡el rayo! V. aplica la fisiología á la investigación de los delitos... Yo aplico la física...

—¿Y me sostendrá V.—exclamó M. Tricamp exasperado—que el rayo es quien ha hecho todo esto?

—¡Ha hecho mucho más!—replicó Cornelio.—¿Y los clavos que planta en un espejo sin romperlo; y la llave que saca de la cerradura y deja colgada en su clavo; y el papel de cigarrillos que aparta delicadamente del bronce puesto en fusión; y la plata que volatiliza á través de las mallas de la bolsa que permanece intacta; y las herramientas de zapatero que clava en el techo, y las imana tan bien que las agujas corren como locas tras del martillo; y la pared que arranca de su sitio y transporta en una sola pieza á veinte pasos más allá; y el bonito agujero que ha hecho en la vidriera de Cristiana, y el papel del tabique despegado con tanta pulcritud; y ese medallón cuyos dos cristales ha fundido sin estropear la flor, para dejar galantemente á nuestro amigo el más delicioso esmalte que pueda verse, y á su futura un regalo de boda que ningún obre-

ro hubiera sabido hacer; y, en fin, el oro del marco con el cual ha dorado todo el crucifijo de Cristiana!...

—¡Vaya!—replicó M. Tricamp.—¡Eso no es posible!... ¡Y el bulto... ese bulto que ella entregó por la ventana á un hombre!...

—¡Presente!—exclamó Petersen.—¡Ese hombre era yo!

—¿V.?

—Sí, señor Tricamp. Y el paquete es ¡ropa blanca que ella me había preparado para mis hijitos, que están enfermos!...

—¡Bueno, bueno: ropa blanca!—dijo Tricamp exasperado.—Pero ¿y el oro, la plata, los ducados y florines, y las demás joyas, dónde están?...

—¡Pardiez!—dijo Cornelio, dándose una palmada en la frente.—Ahora me lo recuerda V....

Saltó sobre la mesa arrimada á la pared, y volviendo boca abajo la campanilla, con un violento esfuerzo, exclamó:

—¡Aquí están!

Un gran lingote de oro, plata y pedrería cayó de la campanilla, con el badajo suelto, todo ello fundido y aleado, como sabe el rayo fundir y alear. El metal en fusión, acarreando las piedras finas y las perlas, había seguido el alambre conductor de la campanilla, con esa facilidad de transporte y ese capricho de recursos que sólo tiene la electricidad, y que participa del prodigio y del milagro.

M. Tricamp recogió el lingote y quedóselo mirando con asombro.

—Pero, en fin—dijo dirigiéndose á Cornelio;—¿qué le ha puesto á V. en la pista?...

Cornelio se sonrió.

—Aquella misma perla negra que me puso en la mano V. mismo, señor Tricamp, desafiándome á que viese en ella una prueba de inocencia.

—¡La perla negra!

—Sí, señor Tricamp: mire V. ese puntito blanco imperceptible... ¡Es una quemadura! La Providencia no necesita más para salvar á una criatura humana.

—A fe mía, señor—dijo Tricamp saludándole—el sabio es mucho más fuerte que yo. Me inclino... y ahora mismo voy á ponerme á estudiar física y meteorología... Pero nada menos que esta prueba hacía falta para alejar de mi espíritu una sospecha que comenzaba á ir en aumento, y que ruego á V. que me perdone... Y es la de que ¡V. era el cómplice de la señorita!

—En último caso—dijo Cornelio riéndose—lo que puede servir á V. de consuelo es que no se equivocó en el sexo:

—¡Era la *chispa* eléctrica!

M. Tricamp se marchó, por no oir

más, seguido por la muchedumbre ansiosa de propalar la extraña noticia; y Gúdula se presentó á anunciar que Cristiana iba mejor, que lo sabía todo y que deseaba verles.

¿Qué decir de aquella escena? Baltasar reía, Cornelio lloraba; Cristiana, á quien le estaba prohibido hablar, reía y lloraba.

—Mi pequeña Cristiana — dijo Baltasar de rodillas junto á la cama; —si no quieres darme un disgusto, no rechaces el regalo que te voy á hacer.

Y dejó encima de la cama el lingote de oro, plata y pedrería.

Cristiana hizo ademán de rehusarlo.

—¡Oh!—dijo con presteza Baltasar, tapándola la boca.—Necesitas una dote...

—... Si me quieres por marido— añadió Cornelio.

Cristiana no respondió nada; pero miró con húmedos ojos al buen sabio que la había salvado el honor y la vida... Y yo, que estaba allí presente, les aseguro á Vds. que aquella mirada no quería decir que «¡No!»

V. Sardou.

LA MARQUESA DE AUREBONNE

I

En la playa de Hyères, á orillas de un mar tan azul y tan bello como el golfo de Bayas, hay unas ruinas que los habitantes del país llaman indiferentemente *la Manare* ó *Almanare*, y que los sabios hacen remontarse hasta los romanos. Estas ruinas, muy mal conservadas, se reducen á algunos lienzos de muralla, algunor arcos de bóveda mutilados y un recinto cuyas líneas principales aún pueden reconocerse entre las malezas, las plantas trepadoras y los altibajos del terreno.

Como si la naturaleza hubiese querido á la vez humillar é indemnizar á los hombres por el contraste entre su inmortal juventud y lo deleznable de sus obras, ha cubierto esos informes escombros con galas que renueva cada primavera y cuya magnificencia nada puede igualar. Entre las piedras desparramadas brotan citisos, cambroneras, alfónsigos, granados, higueras silvestres, que animan con sus frondas vivaces esos tétricos restos. De los demolidos arcos cuelgan, entrelazándose, parietarias, glicinias, clemátidas, toda una vegetación exuberante que festonea con sus randas incontables los restos de una arquitectura olvidada. La baya del madroño, la rosa de los bosques, la elegante campanilla de la pervinca, la madreselva, el jazmín, constelan cada grieta de esas bóvedas que se hunden, de esas murallas que se caen.

Entre las ruinas y el mar álzase un grupo de pinos gigantescos, que se ven desde todos los puntos del paisaje y no dejan penetrar ni un rayo de sol, no permiten crecer ni una mata de hierbas á sus pies.

Cuando sopla la brisa de la tarde, esos pinos seculares responden con armoniosos murmullos con los de la costa y mezclan su penetrante aroma con el acre olor de las olas.

A la derecha de este macizo, en la falda de una colina frondosa, cuyas últimas ondulaciones van á morir á la playa, se han edificado algunas casas blancas y presumidas, que se destacan vivamente sobre el fondo oscuro de los verdes árboles. Por lo común son de dos pisos, las precede un pórtico saliente, las corona un terrado con balconcillo, y las adorna un par de esbeltas columnas que sostienen una galería exterior, bastante parecida á la de las casitas rústicas suizas, y de la cual sobresale en forma de sobradillo un alero de tejas encarnadas. Los propietarios de estas casas no suelen ocupar más que el segundo piso y alquilan el principal á extranjeros que, por motivos de salud ó amor á la soledad, gustan más de alojarse á esta distancia de la villa; ó que, seducidos por aquella posición admirable, esperan encontrar allí el suave calor del Mediodía, atemperado por el aire fresco del mar y de las colinas. Es muy raro que, al cabo de algunos días, no se establezca amable familiaridad entre propietarios é inquilinos. ¡Tanto trabajo es el que costaría permanecer taciturno bajo un cielo tan hermoso, y conservar el *cant* británico ó la frialdad parisiense en aquel país encantador donde todo es flores, verdor, aromas, azul y sol!

Hace quince años, la más linda de esas casas pertenecía al doctor Assandri, médico de origen milanés naturalizado en Francia hacía mucho tiempo, donde se había casado. Viudo y con una hija, el doctor Assandri repartía su existencia entre su hija y sus enfermos. En veinte leguas á la redonda disfrutaba de una grande y legítima reputación. Lo más notable en él era el ojo médico, fruto de una larga experiencia y que le servía á las mil maravillas en el estudio de esas enfermedades del pecho, para las cuales los médicos del Norte no han inventado mejor remedio que un viaje á países cálidos. Todos los años veía llegar por otoño, como bandadas de aves frioleras impelidas por la proximidad del invierno, pálidas y delicadas jovencitas, fugitivas *estrellas* de Almack ó de West-End, huyendo de los miasmas helados de sus nieblas y de los ardores febriles de sus salones; hombres de Estado, rendidos de fatiga por una campaña parlamentaria ó enfermos de nostalgia ministerial; muchachos agotados por esos excesos que les hacen viejos á los treinta años de edad; luego los más infelices, los más desesperados de todos, los que, portadores de

un gérmen hereditario de consunción y de muerte, vagan de playa en playa, pidiendo á las regiones donde florecen los limoneros una salud que nunca lograrán, y sintiendo escapárseles la vida en el momento mismo en que respiran esas vivificadoras atmósferas: á semejanza de esos hijos de criminales que ven pesar sobre su frente el anatema y lo irreparable, hasta en medio de sus esfuerzos por bañarse en las fuentes del honor y del bien.

El doctor Assandri tenía para todos palabras consoladoras, consejos bienhechores, cuidados infatigables; su habilidad obtenía á veces hasta ruidosos triunfos, y burlaba las previsiones siniestras de sus célebres colegas de Londres ó de París. Y sin embargo, á pesar de sus trabajos y de sus triunfos, era muy mediana su fortuna; y la casa de Almanare, con el jardín, algunas yugadas de viña y unos cuantos pies de olivo, formaban lo más saneado de sus bienes. Y es que con una mano daba á los pobres lo que con la otra recibía de los extranjeros y de los ricos.

Durante la *estación muerta,* que en Hyères dura desde Mayo á Octubre, recorría el campo, tratando y curando las fiebres endémicas en la comarca á causa de la proximidad de las marismas. Todos sus ahorros del invierno convertíanse entonces en ropa blanca, en caldo, en vino de Burdeos, en provisiones de todas clases, preparadas con inteligencia por su hija y conducidas de cabaña en cabaña por este singular médico que tenía la costumbre de pagar así las visitas á sus enfermos. Después de todo, no se entristecía por eso; y si cada noche encontraba un poco ligera su bolsa, consolábase repitiendo que la alegría del corazón y la paz de la conciencia valen más que el placer de atesorar. Un solo motivo de preocupación anublaba de vez en cuando la faz inteligente y dulce del doctor Assandri: era su hija, su hija Susana, á quien adoraba, próxima á cumplir diez y ocho años. Al pensar que no podría dar más que una pequeñísima dote á Susana, costábale trabajo reprimir un suspiro, y de buena gana hubiera exclamado con nuestro sublime José de Maistre: «¡Ah! ¡Si cualquier hombre novelesco quisiera contentarse con la felicidad!»

Por supuesto, ninguna joven hubiera justificado esta exclamación paternal mejor que Susana Assandri. Decir que era hermosa no sería dar suficiente idea de aquella belleza en que se confundían los dos tipos más perfectos de la naturaleza meridional. Tenía de su madre, arlesiana de la más pura sangre, esos cabellos rubios con reflejos de

oro, esas líneas admirables, ese perfil de camafeo, ese busto á la vez espléndido y esbelto, eterno arrobamiento de artistas y poetas. Al mismo tiempo revelábase el origen italiano de su padre, en sus ojos garzos, rodeados de largas pestañas negras, en la palidez mate y sana de su rostro, en la expresión de su fisonomía, que hubiera parecido tal vez demasiado seductora y viva en extremo si no hubiesen templado su fuego una languidez deliciosa, un encantador velo de castidad y de dulzura. A pesar de aquella belleza incomparable, Susana era tan modesta y tan buena que desarmaba á la envidia. Caritativa como su padre, pero añadiéndole esa gracia femenina que es el aroma de la caridad, los pobres la saludaban como su bienhechora, los ricos como honor y gala de la comarca; los enfermos fijaban en ella una mirada sonriente y reanimada. Entre sus compañeras no contaban más que amigas. Si en un acceso de galantería madrigalesca decían á una joven de su edad que era la más bonita del país, al punto contestaba: «¡Oh, después de Susana Assandri!» Y esto sin despecho, sin amargura; se la hubiese honrado como un ángel más bien que envidiarla como una rival.

Una mañana, á fines de Octubre de 1838, el doctor Assandri advirtió á su hija y á Juanilla, su sirviente, que fuesen á preparar, limpiar y poner en buen estado el piso principal, porque aquella misma tarde esperaba inquilinos. A pesar de todas sus perfecciones, Susana era hija de Eva. Interrogó á su padre acerca de sus nuevos huéspedes. «A fe mía—respondió—no estoy mucho más enterado que tú: he aquí la carta que me ha escrito el duque de Givry, mi enfermo del invierno último:

«Ginebra, 25 de Octubre...

»Querido doctor: Guardo tan buen recuerdo de sus atenciones y tengo tal confianza en su talento, que hablo de V. á todos mis parientes y amigos. A fuerza de oirme ensalzar los méritos de V. y elogiar el clima de su hermoso país, mi prima, la marquesa de Aurebonne, se ha dejado convencer. Parte mañana, con su único hijo Raúl, para pedirle á V. hospitalidad. Le recomiendo á V. ambos. Hay pocas situaciones más interesantes y más tristes que la de esos dos seres, á quienes el cielo parece haberles prodigado todo: nacimiento, riqueza, distinción de espíritu, buena figura. Tendrá V. una buena ocasión para ejercitar su talento observador, esa seguridad de vista de que tantas prue-

bas tiene dadas. Devuelva V. el sosiego á esa pobre madre, y merecerá V. una vez más que le bendigan los que sufren.

»Dígnese V. recibir, querido doctor, etc..., etc...»

—Según esta última frase—prosiguió M. Assandri—parece ser que Raúl, el hijo de la marquesa, es quien está enfermo y necesita de mí; pero ¿en qué condiciones? He aquí lo que no me dice el duque de Givry, y lo que no tardaremos en saber...

—¡Pobre joven!—murmuró Susana, conmovida ya sin saber por qué.

El día pasó en preparativos. Acercábase la caída de la tarde y comenzaban á creer ya que sería preciso esperar al día siguiente, cuando el doctor vió en la rada una falúa procedente de Tolón y tripulada por doce marineros de la marina real. Bien pronto pudo distinguir, con anteojo de larga vista, una mujer y un joven sentados á popa en la falúa, destacándose sobre las blusas azules de los remeros. Recordó entonces que el duque de Givry era contraalmirante; comprendió que probablemente, al llegar á Tolón, habría dado órdenes para que su prima pudiese hacer por mar aquella corta travesía; y dedujo que esos dos pasajeros eran la marquesa de Aurebonne y su hijo.

Nada era menos lúgubre, ni dado á promover ideas tristes, que aquella escena iluminada por los rayos del sol poniente. Sabido es con qué rítmica precisión levantan y dejan caer los remos los marineros de nuestra armada. La falúa avanzaba hacia la costa, con un movimiento uniforme y veloz, deslizándose sobre esas olas azules acariciadas por tibia brisa. Cuando estuvo á pequeña distancia de la playa, el doctor Assandri acudió corriendo con su hija para recibir á los que llegaban, y desde ese mismo instante pudo hacer sus primeras observaciones.

La marquesa de Aurebonne (porque era ella) parecía tener unos cuarenta años. Aún era muy guapa, con una belleza robusta y sana que alegraba la vista y alejaba todo pensamiento siniestro. Sin embargo, mirándola con más atención, descubríase en sus ojos una expresión de inquietud que turbaba la serenidad de su rostro y que se hacía más intensa cuando se dirigía hacia su hijo. Pero esta ansiedad, que parecía habitual, no había podido alterar los firmes contornos de su cara, ni las vigorosas proporciones de su busto, ni ese aire de fuerza y salud que en ciertas naturalezas resiste hasta los mismos dolores morales; como esos robles

que, combatidos por la tempestad, no entregan á ésta sino las hojas y conservan todo el invencible vigor del tronco y de las ramas.

Su hijo Raúl se parecía tanto á ella, que se hubiese dicho que era un hermano joven puesto bajo la protección de su hermana mayor. Tenían la misma abundancia de cabellos negros, los mismos hombros cuadrados, la misma apariencia de fuerza difundida por toda su persona. Sólo su mirada, en vez de manifestar una especie de angustia casi febril, como la de su madre, tenía una expresión lánguida y desalentada.

Todos estos detalles fueron observados por el doctor Assandri en mucho menos tiempo del que hemos necesitado para bosquejarlos. La embarcación atracaba, y bien pronto cruzáronse entre la falúa y la orilla las palabras de rigor.

—¿El señor doctor Assandri?

—¿La señora marquesa de Aurebonne?

A una seña de su padre, Susana ofreció el brazo á la marquesa, quien la dirigió algunas frases llenas de graciosa cordialidad. Por su parte, el doctor se apoderó de Raúl, y con pretexto de desterrar desde los primeros instantes toda frialdad ceremoniosa, le cogió las manos con ademán amistoso y diligente. Esas manos estaban tibias y flexibles; el pulso no tenía más que esa rapidez regular que resulta del movimiento y del ejercicio. Raúl de Aurebonne acababa de ser mecido por el oleaje durante más de dos horas; y, sin embargo, su respiración era tan libre como si acabase de salir del dormitorio; su pecho no daba indicios de sobrealiento y de fatiga. Todos esos síntomas tranquilizadores dieron que pensar al doctor, quien recordaba la carta del señor de Givry. Cuando llegaron al umbral de la linda casa de Almanare, el crepúsculo, tan rápido en aquella estación y en ese clima, invadía ya el mar y el paisaje. El doctor condujo á la señora de Aurebonne á su habitación, donde la esperaba un buen fuego, y donde Juanilla sirvió una cena modesta pero sustanciosa, á la cual hicieron grande honor sus huéspedes. Luego se despidió de éstos y les dijo que una buena noche era la primera cosa que recetaba á todos sus enfermos. Al pie de la escalera encontró á Susana.

—¿Qué te parece la marquesa de Aurebonne?—la preguntó.

—Es encantadora: me ha hablado con una gracia exquisita, con una bondad afectuosa, como si fuésemos ya antiguas conocidas. ¿Y Raúl?—añadió con voz menos segura.

—Simpático y buen muchacho—respondió el doctor con cierta brusquedad.—Sólo que no lo entiendo

ni pizca: ¡desde hace treinta años que ejerzo la medicina, jamás he visto un enfermo tan bueno y sano!

II

Al siguiente día, un poco antes de salir el sol, Raúl de Aurebonne entreabrió la ventana de su cuarto, y de pié detrás de la cortina, se puso á contemplar el paisaje que la víspera medio le habían ocultado las primeras sombras de la noche.

Presentóse á sus ojos un cuadro lleno de grandeza y de gracia. No había en el cielo una nube; y el ligero vapor que flotaba en el horizonte, entre ese cielo tan puro y aquel mar tan tranquilo aumentaba la serenidad de esta hora del amanecer, armonizando con un tinte uniforme de ópalo y de oro ese doble infinito, ese doble azul. Un viento fresco hacía correr por la ensenada, como fugaces escalofríos, pequeñas olas que iban á expirar suavemente en la playa, y cuyas crestas irisaban espléndidas con los rayos del sol naciente. Acá y allá destacaban algunas barcas pescadoras sobre ese fondo azul su blanca vela, semejante al ala de una gaviota. En el último término, medio envuelto por la bruma, balanceábase con indecible majestad un buque de la marina de guerra, el *Valmy*, el mismo cuya falúa se había puesto á las órdenes de la señora de Aurebonne. Al mirar más cerca de sí, no quedaba menos encantado Raul. A pocos pasos de la costa veía los magníficos pinos de Almanare, cuyo tono vigoroso y oscuro hacía resaltar mejor la transparencia y la frescura del horizonte, las lejanas islas, el cielo y las olas. Junto á ese macizo, las ruinas, agrandadas y embellecidas por la distancia, prodigaban á la brisa y al rocío del alba sus arcos de bóveda, sus columnitas, sus capiteles de verdor y de flores. Sin embargo, después de vagar complacidos los ojos de Raúl por aquel armónico conjunto, siguieron otra dirección, y bien pronto absorbióse en ella por completo.

En el jardín del doctor, que hubiera hecho las delicias de un botánico, y donde se hallaban reunidas con tanto gusto como ciencia las plantas tropicales y las indígenas, una joven jugaba con una gacela; graciosa hija del desierto que le había regalado como recuerdo de gratitud, al marcharse, un inglés hipocondríaco casi curado por Assandri. Había tal acuerdo entre esas dos encantadoras criaturas, tal familiaridad de movimientos y actitudes, que un pintor hubiera que-

rido fijar al instante en el lienzo aquella linda escena con tan delicioso fondo de cuadro. El ágil animal, hostigado por Susana, se le escapaba bruscamente dando leves gritos despavoridos; luego volvía á acercársele con aire zalamero, y frotaba contra las faldas de la joven su fina cabeza, con ojos tristes y dulces. Sacaba entonces Susana del bolsillo un pedazo de pastel y se lo enseñaba á la gacela; adelantábase ésta á cogerlo; pero su ama, levantándolo ó bajándolo con rápido ademán, no la entregaba el objeto de su gula sino después de mil evoluciones en que ambas sostenían un asalto de gracia, elegancia y flexibilidad.

Al mirar el magnífico panorama del mar y de las islas, Raúl había murmurado muy quedo: «¡Qué hermoso es!» Luego, cuando fijó los ojos en Susana, súbito rubor le enrojeció las mejillas y dijo á media voz: «¡Qué hermosa es!»

Pero de pronto, como si un pensamiento terrible, desolador, mortal, le hubiese atravesado el corazón, cerró la ventana, corrió la cortina, y echándose atrás con violencia, se dejó caer en un sillón; después, cubriéndose el rostro con ambas manos, exclamó con aguda expresión doliente y desesperada: «¿Para qué? ¿Para qué sirve todo esto? ¡Qué importan la naturaleza y sus maravillas, el paisaje y sus esplendores, la mujer y sus gracias, cuando sólo le quedan á uno dos años de vida!»

Durante este tiempo celebraban una larga y dolorosa conferencia, en una alameda apartada, la marquesa de Aurebonne y el doctor Assandri. Contábale aquélla á éste su historia. El marqués de Aurebonne, su marido, había muerto á la edad de veinticuatro años, de una enfermedad del pecho. El padre del marqués había muerto á la misma edad y de idéntico mal. Y desde luengos años había habido casi en cada generación, en la línea masculina de los ascendientes de Raúl, un retorno casi periódicamente regular de esa dolencia, á la misma edad y con igual desenlace. Como la mayoría de las jóvenes que se dejan casar sin saber nada de lo pasado ni de lo venidero que se encierra para ellas en el nombre de su marido, la señora de Aurebonne, cuando fué pedida por el marqués, ignoraba todos esos detalles. Era de ilustre cuna é inmensamente rico; mientras que ella era de familia antigua, pero numerosa y pobre. Deslumbrados por las ventajas de esta alianza, sus padres, si nada hicieron por ocultarla ese triste secreto, tampoco hicieron nada para advertirla de esa herencia de luto y muerte que se cernía sobre la cabeza jo-

ven y pálida ya del señor de Aurebonne. Cuando lo supo, era demasiado tarde; apenas faltaban algunas horas para el momento de casarse. Retirando de golpe su consentimiento y rechazando á su futuro, temió no poder explicarle el motivo de esa brusca negativa y recordarle de una manera harto cruel el germen de muerte que llevaba consigo. Prefirió ir al altar con resolución y unir su hermosura, su juventud y su fuerza con aquella frágil vida, condenada de antemano.

Así había comenzado para la señora de Aurebonne una existencia de abnegación y sacrificio, continuada desde el ataúd de su marido á la cuna de su hijo. Sin embargo, Raúl no se parecía á su padre. Tan débil y enfermizo como éste había sido siempre, otro tanto pareció Raúl desde la infancia vigoroso y robusto. La marquesa agotó todas las estratagemas de la más ingeniosa ternura para que ignorase, al crecer, bajo qué siniestros auspicios había nacido. Pero si en una familia existe algún secreto que se trate de ocultar á los hijos, puede estarse en la seguridad de que precisamente ese es el que bocas indiscretas les revelarán; Raúl lo supo todo en el momento de entrar en la adolescencia. No se alteró su salud, pero quedó herida su imaginación. Logró que un criado viejo é imbécil le contase todas las circunstancias, todos los detalles de la muerte de su padre y de su abuelo; y bien pronto se persuadió de que no pasaría de la edad en que ambos habían sucumbido. Apoderándose de él esta idea con una fuerza siempre creciente, reaccionó sobre su inteligencia, que era viva y pronta, paralizó sus estudios seguidos hasta entonces con asombrosa facilidad, y acabó por introducir en todos sus pensamientos un fondo de desaliento y de tristeza, enfermedad moral que parecía preludio de la otra. Amaba apasionadamente á su madre, la idolatraba; y este sentimiento, tal dulce y consolador por lo común entre los hijos únicos y las madres que temprano quedan viudas, llegó á ser para la marquesa y Raúl un manantial de nuevos dolores. No había escatimado ella ningún medio de tranquilizarle y distraerle; pero estaba demasiado preocupada por el mismo temor para no hacerse traición á sí propia de vez en cuando; y ya se sabe con qué terrible sagacidad, los que se creen atacados de una enfermedad incurable, tienen el arte de adivinar y sorprender, en las personas que les rodean, indicios de fúnebres previsiones que responden á sus propios presentimientos. Por eso, todos los esfuerzos de la señora de Aurebonne iban á estrellarse contra

la secreta y obstinada convicción de Raúl. Había recorrido con él los países más hermosos del mundo, permanecido en todas las capitales de Europa, bebido las aguas minerales más bienhechoras y célebres, ensayado todos los medios para halagar su imaginación y ocupar su mente. ¡Vanas tentativas! No había logrado encontrar sosiego, ni dárselo á él.

El doctor Assandri escuchó este relato con profunda atención. Reflexionó largo rato, y después preguntó á la señora de Aurebonne qué edad tenía su hijo.

—Veintidós años y unos meses—respondióle ella.

—Y durante estos últimos años, ¿nunca ha notado V. en él ninguno de los síntomas que, sin duda, precedieron á la enfermedad y á la muerte de su abuelo y de su padre?

—Ninguno. Desde su más tierna edad, todo en él indica fuerza, salud, vida. Temiendo aumentar aún más sus negras ideas con cuidados exagerados, le he permitido cometer algunas imprudencias en estos últimos tiempos; ha salido de ellas tan sano y tan dispuesto como el joven más robusto. En los raros instantes en que consigue aturdirse y olvidar, le veo hacer prodigios de agilidad y de vigor. Algunas veces, en Suiza ó en los Pirineos, le ha ocurrido desafiar de pronto á sus compañeros de viaje á subir con paso ligero y firme durante largas horas los senderos más abruptos, las cuestas más escarpadas. Llegado á la cima, tenía húmeda de sudor la frente, pero no le latía más deprisa el corazón, las piernas no se le doblaban; su pecho, amplio y tranquilo, aspiraba á plenos pulmones el aire vivo y salutífero de las montañas. Entonces, por un instante más fugaz que el relámpago, me miraba con aire de triunfo; pero si veía brillar en mis ojos el gozo y la esperanza, la cruel criatura parecía recordar al punto que aquel regocijo era falaz, que aquella esperanza era vana. Con una palabra, un gesto, una mirada, volvíame á poner frente á este pensamiento implacable, que forma entre los dos un lazo más. ¡Vínculo fatal parecido á esa cadena que aherroja á dos presidiarios con un mismo esfuerzo y un mismo dolor!

—¡Desdichada madre!—murmuró el doctor, vivamente conmovido.

—¡Sí, desdichada madre!—prosiguió la señora de Aurebonne con lúgubre energía.—Desdichada entre todas las madres, porque lo que constituye su felicidad es mi suplicio. Cada vez que mis ojos se encuentran con los de mi hijo, siento un íntimo sufrimiento que va desde su corazón al mío y que desmiente las palabras indiferentes ó frívolas

que cruzamos. No hay una fibra de su alma desconocida para mí, ni un repliegue de la mía oculto para él; lo que le atormenta, me desgarra; lo que me consume, le mata. A menudo tratamos de engañarnos ambos; él aparenta una alegría juvenil, y yo me esfuerzo por estar alegre como él. Pero cada uno de nosotros dos sabe lo que disfrazan esas sonrisas; y á veces aún se sonríen nuestros labios, cuando una lágrima semivelada humedece ya mis párpados y los suyos... ¡Oh, sí, desdichada madre! ¡Y el que me consolara, el que me devolviese mi hijo, sería para mí el representante visible del Dios clemente y bondadoso!

Hubo otro rato de silencio. El doctor consiguió dominar su emoción, y dijo á la señora de Aurebonne:

—¿Es V., señora marquesa, quien amamantó á su hijo?

—¡Sí por cierto!—respondió con un relámpago de orgullo materno.

—Pues bien... no quisiera tranquilizarla demasiado en absoluto y exponer á V. á que más tarde ca yese desde lo alto de sus esperanzas á una horrenda realidad... Pero en cuanto es posible fiarse de la más conjetural de las ciencias, creo, creo sinceramente que su hijo no está ni estará nunca enfermo del pecho...

—¡Oh, señor! — interrumpió la marquesa con tal explosión de júbilo que se quedó él espantado.

—No se apresure V. demasiado pronto á regocijarse—prosiguió con presteza. — Todos los síntomas son tranquilizadores: lo que ha tenido V. la bondad de decirme y lo que yo mismo pude observar ayer tarde en el momento de llegar Vds., todo confirma mis esperanzas. Señora marquesa, ha recibido V. del cielo una salud admirable; y ese Dios á quien invoca, el Dios de los huérfanos y de las madres, se habrá dignado hacer que esa salud se transmita sin alteraciones á ese hijo querido, que lo es de V. dos veces, por la maternidad y por la lactancia. Sé que existen ejemplos de familias entregadas durante varias generaciones á una enfermedad hereditaria, y que de pronto se templan, se regeneran, se reavivan por la mezcla con una sangre vigorosa y pura. La entrada de V. en la familia de Aurebonne habrá producido ese milagro. Pero junto al riesgo que le preocupa á V., y que tengo por imaginario, hay otro muy real; y es ese espíritu absorto sin cesar en la misma idea, ese permanente temor que en el alma del hijo de V. resiste á todo lo que debiera disiparla, creándole, en vez de un mal que teme y no tiene, otro mal que pudiera alterar ¡ay! su razón,

amenazar sus días, prepararle una lenta y dolorosa agonía...

— ¡La idea fija, la locura, la muerte! ¡Ah, me lo sospechaba!— exclamó la señora de Aurebonne con voz ahogada por las lágrimas.

—Lo importante sería, pues, curar esta imaginación enferma; lo esencial sería, sobre todo, que pudiese llegar más allá de esa edad de veinticuatro años que considera como el término fijado de antemano á su vida, sin que su estado físico y moral reciba de aquí á entonces un menoscabo demasiado grave, demasiado irreparable. Una vez que transcurriese ese término, cada día que pasara le parecería un venturoso mentís dado á sus presentimientos y temores; cada semana, cada mes que ganase á ese enemigo invisible, le devolvería poco á poco esta seguridad que me parece su único medio de salvación. Vería V., señora, levantarse su hermosa frente, brillar en sus ojos la esperanza y la vida, reanimarse la sonrisa en sus labios; y de la noche á la mañana, despertaríase su hijo tranquilo, apaciguado, sereno, curado...

— Pero ¿qué es preciso hacer para eso?—preguntó la señora de Aurebonne, con las manos juntas y la mirada suplicante, como si hablase con un ser dotado de un poder sobrehumano.

—¡Ay señora marquesa! — respondió el doctor; —si yo fuese un charlatán, le ofrecería á V. al instante diez medios á cual más infalibles; pero no soy más que un médico, lo cual no es lo mismo, á despecho de las malas lenguas, y no puedo indicarle á V. sino las recetas más vulgares... Sería preciso hallar distracciones que divirtiesen á Raúl, ó bien un trabajo que le ocupase; ó, aún mejor, despertar en él un gusto, un sentimiento que hiciese de derivativo y le ayudase á recorrer, sin él notarlo mucho, ese temible intervalo, esos diez y ocho meses, durante los cuales todo es de temer, y pasados los cuales todo es de esperar.

—Pero ¿no se lo he dicho á V.? Nada hay que yo no haya intentado por conseguir ese fin. A Raúl parecían gustarle los viajes: le he llevado á Italia, á Suiza, á Grecia, á España, á Escocia, á todas partes donde los recuerdos ó los paisajes pudieran apoderarse de su imaginación y librarle de ella misma. Algunas veces creí haberlo conseguido. Entregábase con ardor á las emociones que excitaba en él la vista de un monumento, de un sitio, de unas ruinas. Pero bien pronto veía yo palidecer y extinguirse esa llama ficticia. A los transportes, á las admiraciones de los primeros momentos sucedía una especie de impa-

ciencia nerviosa, de sorda irritación, como si el desgraciado hubiese tomado tirria á la naturaleza por ser tan hermosa, y á los hombres por haber dejado en la tierra tan hondas huellas de su fuerza y de su vida; esta irritación calmábase á su vez; no tardaba en abrumarse, y su mirada sin brillo y lánguida me decía: «¿Cuándo partimos?»

—¿Y las ciencias? ¿Y las artes? ¿Y los placeres mundanos?

—Las mismas tentativas é idénticos desengaños. En la buena sociedad, donde su gran fortuna, su ilustre apellido y sus ventajas exteriores le han hecho acoger bien, con facilidad, ha tenido horas, menos que eso, minutos de aturdimiento y de olvido; durante esos breves ratos estaba animado, encantador, irresistible; luchaba en verbosidad con los demás, por su brillante conversación y en bríos con los bailarines más intrépidos; tenía un capricho en dejar sin aliento á las valsadoras más infatigables. Un instante después, iba á sentarse en el rincón más oscuro de la estancia. Allí le encontraba yo, sombrío y solo, con la cabeza entre las manos y la frente cargada de nubes. «¡Me ahogo, vámonos!» —me decía. Admirablemente dotado para las ciencias, deteníase desalentado en el momento en que iban á desplegar ante él sus misteriosos tesoros. Murmuraba con amargura: «¡No tengo tiempo de acabarlas de aprender; prefiero ignorarlo todo!» —Las mismas artes, esas admirables consoladoras, convertíanse para él en cómplices de sus dolores é instrumentos de su suplicio. Al verle apasionado por la música, conseguí por gran favor que Chopín le diese lecciones. Al principio quedé absorta de sus progresos, del interés que parecía tomarse por este nuevo estudio, y me felicitaba de haber hallado por fin una distracción poderosa. Me equivoqué: en lugar de distraerle de su idea fatal, la música le reconducía á ella. Chopín y él habíanse sentido recíprocamente atraídos por esa especie de doloroso magnetismo que une entre sí las organizaciones enfermizas, las almas dotadas de una sensibilidad peligrosa, dedicadas á una predestinación melancólica, ó puestas en una situación excepcional. Maestro y discípulo se causaban mutuamente un mal horrible; y para convencerse de ello, bastaba oirles tocar juntos aquella música que parecía el ensueño ardiente ó desolado de un enfermo, y á la cual obligaban á interpretar sus angustias y sus tormentos. Pretexté un viaje, y quedaron interrumpidas las lecciones. Con la poesía no me ha ido mejor. Uno tras otro,

Raúl leyó, devoró, saboreó á lord Byron, Goethe, Lamartine, Víctor Hugo. Pero en las obras de esos grandes poetas, jamás ha cesado de buscar, interrogar y releer los pasajes que responden á su constante pensamiento y suministran al fantasma que le acosa un lenguaje melodioso. Un día cogió uno de esos tomos, se lo llevó como una presa á su cuarto y lo guardó allí largo tiempo; cuando pude recobrarlo, encontré una página casi borrada á fuerza de ser leída: era *El joven enfermo,* de Andrés Chenier...

—Pero en esa poesía arrebatadora—interrumpió el doctor, sonriéndose á través de su tristeza—me parece que el joven enfermo no muere, y que se encuentra un medio de curarle...

Al decir estas palabras, y antes de que la señora de Aurebonne tuviese tiempo de contestarle, vieron venir hacia ellos á Susana, quien después de haber dado el desayuno á la gacela iba á abrazar á su padre. Estaba tan linda en su ligero trage de mañana, en medio de las flores que parecían sus compañeras y sus vasallas, que una misma idea hizo estremecerse al mismo tiempo al señor Assandri y á la marquesa. Sólo que esta idea, muy vaga, muy remota aún, fué para aquél un temor y para ésta una esperanza.

III

Raúl de Aurebonne y su madre habían pasado parte del otoño á orillas del lago de Ginebra. Antes de regresar á Francia, la marquesa había escrito á su servidumbre que fuese á buscarla á Hyères; pero sea por descuido ó por error de fecha, no habían llegado aún. Sería mentir el afirmar que la molestase ese contratiempo que la permitía vivir algunos días más en familia con sus huéspedes. Apoyóse, pues, con una familiaridad amistosa en el brazo de Susana, y significó casi alegremente al señor Assandri que no le bastaba que estuviesen alojados bajo su techo, sino que le pedía un sitio en su hogar y á su mesa. Susana se apresuró á responder con regocijada premura; mas con gran sorpresa de la señora de Aurebonne, se anubló la frente del doctor, quien clavó en ella una mirada tan profunda y penetrante, que, á pesar suyo y sin saber por qué, notó que se ponía encarnada. Por lo demás, aquella vacilación fué momentánea; y como si sintiera que se le hubiese adelantado su hija, respondió á su noble locataria en los términos más

cumplidos que todo estaba á sus órdenes en la casita de Almanare.

¿Había esperado en verdad la marquesa, al ver aparecer á Susana cual comentario vivo de la consulta del doctor, que Raúl la amaría y encontraría en ella esa distracción poderosa é infalible, que en vano perseguía tantos años? ¿Había adivinado el doctor aquella inspiración del egoísmo materno y se había estremecido de antemano su corazón de padre, pensando que lo que quizá salvase á Raúl fuese probablemente la desgracia de Susana? Este doble pensamiento, nacido al mismo tiempo en dos almas igualmente rectas y puras, fué más bien instintivo que reflexivo; y, aparte de todo, nada lo justificó durante los primeros días que siguieron. Todo ocurrió del modo más natural y sencillo: la señora de Aurebonne colmaba á Susana de muestras de amistad. ¿Qué tenía de particular esto? ¿Era posible resistirse al encanto que aquella amable joven ejercía en torno suyo? ¿No hubiera sido, por el contrario, inexplicable que la marquesa, buena y afectuosa para todos, no tratase con particular distinción á aquella niña, cuya belleza y cuya sonrisa parecían desvanecer todo sombrío presagio, y cuyo padre la había dejado oir palabras de consuelo y de esperanza á propósito de Raúl? — Susana manifestaba afectuoso interés por Raúl; pero ¿qué persona enferma ó desventurada le había sido nunca indiferente? ¿A qué aflicción había jamás negado su dulce y simpática conmiseración? Desde el primer día comprendió que estaba amenazada la vida de aquel joven, que había en su destino un secreto de melancolía y de duelo; ¿no era eso suficiente para inspirarla ese misterioso atractivo que en las mujeres superiores se mide por los sufrimientos que tienen que calmar y las heridas que tienen que curar? El principal interesado, aquel que servía de centro á todas sus preocupaciones, tenía con el señor Assandri y su hija una reserva rayana con la frialdad ó la contención: hubiérase dicho que evitaba todo lo que le pusiera en contacto demasiado directo con Susana. El doctor, después de observarlo todo con su habitual sagacidad, sintió aminorarse poco á poco sus aprensiones y desconfianzas; bien pronto, llamado por otros enfermos, obligado á volver á su vida de trabajo y sus caminatas por la villa ó los contornos, ya no vió ningún inconveniente en dejar á Susana hacer los honores de aquel bello país á Raúl y á su madre. Los tres tuvieron allí días hechiceros. En ausencia del señor Assandri, la señora de Aurebonne, algo cortada desde entonces en adelante con su huésped, sea porque hubiese

comprendido que éste la había adivinado ó porque realmente su propia conciencia la acusara de algo, tenía el mayor placer en ver juntos á Raúl y Susana, en abarcar con una misma mirada esas dos fisonomías coronadas ambas por la juventud y la belleza. Había en ella tales tesoros, tanta riqueza de amor materno que, sin empobrecerse, derramaba una parte sobre aquella joven, invocada en voz baja, en lo más recóndito de sus ensueños, como el ángel visible de su hijo; y, por una ilusión complaciente, imaginábase á veces experimentar por Susana algo de lo que sentía por Raúl.

Así, pues, comenzaron bajo graciosos auspicios sus paseos por esas márgenes encantadas, á las cuales sólo les falta, para igualar en renombre á los sitios más célebres, el estar á quinientas leguas de París y separadas de nosotros por Océanos. Los países del Norte no tienen más que una primavera ¡y gracias! Los países del Mediodía tienen dos. La segunda primavera de Hyères comienza en el mes de Octubre, cuando las primeras lluvias del otoño han refrescado la atmósfera, reavivado las hierbas y las plantas todas, y renovado al borde de los senderos, en las vertientes de los barrancos, en las faldas de las colinas, mil florecimientos que sólo esperaban una gota de agua y un soplo de aire para renacer. Momentos había en que Raúl, á pesar suyo, á despecho de sus siniestras previsiones, dejábase penetrar por ese sentimiento de bienestar universal, que parece la temperatura propia de esta suave estación. Todos los objetos que se presentaban á su vista le ligaban á la vida, haciéndosela ver bajo sus más risueños y simpáticos aspectos. Veía junto á él á su madre y Susana, unidas las dos en la misma tarea, esforzándose ambas por distraerle y dichosas casi por igual cuando lograban llevar á su frente un reflejo de aquella deliciosa serenidad que irradiaba en el exterior. Asombrábase entonces Raúl de experimentar sensaciones desconocidas, y se preguntaba á sí mismo si esos bosques y valles, el verdor de esas colinas y lo azul de aquel mar poseían una magia, un talismán misterioso, vanamente buscados hasta entonces á través de paisajes tan hermosos, frente á espectáculos tan magníficos como estos. La marquesa, para quien el corazón de su hijo era un libro abierto, y en el cual leía ella mejor que él mismo, ponía en claro sus impresiones confusas, no explicadas, ese sentimiento nuevo que se infiltraba gota á gota en el corazón de aquel alma enferma; y, con una gratitud apasionada, atribuía á Susana esos primeros

fulgores de la esperanza, entenebrecidos aún con muchas angustias.

Al cabo de diez días llegó la servidumbre de la señora de Aurebonne, con los caballos, los carruajes y todo el tren de las grandes fortunas. Esa llegada produjo cierto trastorno en la humilde y tranquila casa de Almanare. Fué preciso buscar en las cercanías cuadras y alojamientos suplementarios, doblegarse á las exigencias del cocinero y del cochero, aguantar los aires de importancia que, en tales casos, no dejan de tomar los criados de los grandes señores, como para corregir el efecto de la sencillez y llaneza de sus amos. Pero sea el que fuere ese trastorno exterior, no fué tan grande como el que agitó el ánimo de Susana. Este incidente tan natural y tan previsto, le recordaba la inmensa distancia que la separaba, á ella pobre hija de un médico de provincia, del heredero de uno de los más ilustres apellidos y una de las más grandes fortunas de Francia. No fué su vanidad quien sufrió, porque desconocía ese sentimiento; ni mucho menos su simpatía hacia Raúl, porque se hubiera muerto de vergüenza y de dolor, antes que sospechar que pudiera darse otro nombre á aquel compasivo afecto. Su alma cándida no fué á buscar tan lejos los motivos de su tristeza. Lo que la afligió fué el sentirse tan inferior al hombre á quien hubiera querido proteger, serenar, distraer; fué el ver disiparse aquella igualdad aparente, dulce ilusión que la familiaridad de los primeros días había hecho nacer y que se completaba más por el modo casi maternal con que la señora de Aurebonne trataba á Susana.

Desde entonces hubo más respeto y reserva en las maneras de la joven para con sus huéspedes. Estos notaron el cambio sin adivinar la causa; ya se sabe, y nuestros modernos novelistas lo han olvidado harto á menudo, que los advenedizos, los ricos improvisados, son los únicos que dan importancia á los signos exteriores de la riqueza y del lujo, los únicos que gustan de ostentarlo como un medio de realzar su propia valía, de asegurarse una superioridad ficticia sobre los demás hombres. Para Raúl y su madre, vivir en esta atmósfera privilegiada, verse redeados de todos los refinamientos de la elegancia secundada por el dinero, tener un excelente jefe de cocina, magníficos caballos y carruajes, era una cosa tan perfectamente natural, que no pensaban ni recordaban haber pensado nunca en ello. Además, ambos estaban dominados por una preocupación demasiado dolorosa, harto potente, para no absorber y anoda-

dar esos detalles de la vida real. ¿Qué le importaba á la señora de Aurebonne esos bienes que se envidian? ¿Sería menor su desesperación por eso si perdiese su hijo, y más feliz si lo salvase? ¿No hubiera sacrificado todos ellos, no hubiera aceptado con júbilo las privaciones de la pobreza, á cambio de un día de sosiego y un rayo de esperanza para Raúl? Al encontrar en su camino una aldeana llevando de la mano un niño alegre y mofletudo, ¡cuántas veces no había murmurado en voz baja que su ventura suprema sería trocar su destino brillante por ese humilde destino!

La marquesa y su hijo no podían, pues, comprender lo que pasaba en el corazón de Susana, y atribuyeron á otra causa su reserva y su frialdad. Sobre todo Raúl, más ardiente, más pronto á recaer en sus ideas siniestras, imaginóse que Susana se había cansado de mostrarse halagüeña y atenta con un ser desdichado, excepcional, importuno para los demás y para sí mismo, atormentado por fúnebres presentimientos; y que su belleza y su juventud temían el contagio de esa tristeza y de ese duelo. No hizo falta nada más para que en Raúl hubiese una de esas frecuentes reacciones que desesperaban á su madre, y que, después de algunos días serenos, después de algunos esfuerzos para adherirse á la vida, le rechazaban atrás violentamente, más tétrico y más desanimado. El dolor de la señora de Aurebonne fué tanto más profundo esta vez cuanto más viva había sido su esperanza y más había contado con la influencia de Susana. Injusta, como lo son los corazones dominados por un solo afecto, acusó mentalmente á la joven de haberse cansado demasiado pronto de su tarea reparadora, y tuvo menos expansión y ternura en su trato con ella. Susana lo notó; era altiva. Creyó que la marquesa se arrepentía de haberla manifestado desde el principio demasiada familiaridad y harto abandono; acrecentóse su reserva. Pero todos esos cambios no se efectuaban sin ajar y marchitar en sus fibras más íntimas á esas almas en quienes jamás había germinado un mal pensamiento, que se habían sentido un instante atraídas una hacia otra, y á las cuales separaban ya funestos errores. Ciertamente, cualquiera que desde la orilla de aquel mar límpido hubiese visto en aquella blanca terraza, bajo los rayos de un alegre sol de invierno, entre matas de geránios y limoneros, á aquel guapo mozo junto con aquellas dos mujeres, la una en todo el esplendor de la hermosura maternal, la otra con todo el verdor de su virginal belleza, hubiera dicho: «¡He ahí unas

personas felices! » Y se hubiera engañado: todo era gozo y luz en torno de esas frentes; todo oscuridad y duelo en el fondo de esos corazones.

Sin embargo, es privilegio del amor materno el ser siempre el primero en temer y el último en desesperar. Un irresistible instinto arrastraba á la marquesa de Aurebonne hacia Susana, y bien pronto halló otro pretexto para aproximarse á ella: entre los caballos que Raúl había hecho venir, había dos de sangre árabe, de suprema elegancia, de una docilidad perfecta, y que las mujeres más tímidas podían montar sin peligro. Habiendo aconsejado el señor Assandri el ejercicio á Raúl y obstinándose éste en no montar más que sus caballos más difíciles, convínose entre el doctor y la señora de Aurebonne que acompañara ella á su hijo, sin lo cual se hubiera muerto de inquietud durante sus ausencias. Sólo que como aún no conocían bien el país, la marquesa obtuvo, no sin trabajo, que fuese algunas veces con ellos Susana, montada en el otro caballo árabe.

Este arreglo les permitió llevar más lejos sus excursiones á través de los campos, y esos nuevos paseos no carecieron de encantos. Cuando Raúl iba á caballo, transfigurábase, por decirlo así. Ya no era el sombrío y melancólico joven, con la vista baja y la frente mohina, atormentado por el demonio de sus pensamientos. Su arrogante talle se erguía, reanimábanse sus negros ojos. Tenía un extraño placer en domar al noble bruto que sentía estremecerse bajo su mano, en dominar su fogosidad y sus caprichos, y, finalmente, en lanzarse con él á través del espacio, en cortar aquel aire vivo que corría por entre sus cabellos y le secaba el sudor de las sienes. En esos momentos estaba tan guapo que su madre le contemplaba embebida; y á veces, impulsada por un doloroso orgullo, hasta lo mostraba con la vista á Susana, quien volvía á un lado el rostro ruborizándose. Así recorrieron los encantadores valles de Sauvebelle y de la Roquette, las deliciosas márgenes del Gapeaux, riachuelo virgiliano, digno de que en él bebieran las cabras de Melibeo ó de ofrecer sus rústicos ecos á las melodiosas luchas de Menalcas y de Damœtas.

Una mañana, seducido por uno de esos hermosos días de Marzo, fugaces preludios de las magnificencias primaverales, ensancharon el círculo habitual de sus paseos y se encaminaron á algunas leguas de allí, hacia la Cartuja de Monrieux. Raúl aún estaba más triste que de costumbre, sea porque le turbase la presencia de Susana, ó porque el

presentimiento de una muerte próxima le pareciese más cruel y lastimosa en frente de esas laderas y llanuras, de donde se escapaban ya mil gérmenes de renovamiento y de vida. Conforme avanzaban, reflejábase en los objetos exteriores aquella impresión de tristeza. Abandonaron el camino para meterse por una garganta estrecha, formada por grandes peñascos grises cortados á pico y festoneados acá y allá de retamas y brezos. El camino trazado entre esas peñas retorcíase en innumerables revueltas, ora dominando profundos barrancos, ora serpenteando á lo largo de un torrente, ó atravesándolo por un frágil puentecillo formado por un tronco de encina y algunas ramas de pinabete. Poco á poco aumentaban la soledad y el silencio en derredor de nuestros tres paseantes, quienes no oían más que el trote regular de sus caballos apretados unos contra otros, ó el ruido de las piedras desprendiéndose bajo sus pies y rodando por el precipicio. A pesar suyo, apoderábase de la marquesa y de Susana un vago sentimiento de inquietud, que iba en aumento cuando miraban el pálido rostro de Raúl, cuya expresión pasaba á cada instante de un abatimiento doloroso á una exaltación febril. Al cabo les anunció el término de su carrera una cruz de palo, puesta á la entrada de un espeso macizo de arces, y el sonido lejano de una campana. Ensanchóse el paso ante ellos, se apartaron las rocas; encontráronse en un vallecito plantado de árboles frutales y se les apareció el humilde monasterio, pegado á esas montañas que lo separaban del resto del mundo. Ese monasterio no era más que una ruina, en la cual sólo habían dejado las revoluciones una capilla, un trozo de claustro y algunas celdas. Sin embargo, seis cartujos vivían allí y fertilizaban en torno suyo un terreno escatimado con mano avara por la municipalidad vecina. La religión es una flor que languidece en los palacios y prospera en las ruinas.

La señora de Aurebonne, Susana y Raúl llamaron en la puerta exterior y se sentaron en un banco de piedra, fuera del recinto consagrado; en seguida fueron acogidos por una hospitalidad atenta aunque invisible. Un criado del convento les trajo una frugal refacción, cuidó de sus caballos y dijo á Raúl que, si quería visitar el interior de la Cartuja, el superior tendría mucho gusto en enseñarle todos los detalles. El joven aceptó y las dos mujeres se quedaron solas.

El momento hubiera sido favorable para una de esas conversaciones íntimas que curan todas las heridas y disipan todas las nubes. Sin embargo, sólo se dijeron palabras in-

significantes; un apuro indefinible, una especie de pudor instintivo detenía en sus labios las expansiones y confidencias que en secreto pedían sus almas. Deslizábase con trabajo la conversación en observaciones comunes acerca de la hermosura de los cielos, las promesas de la primavera, el efecto melancólico de aquel sitio silvestre, y la rígida regla de los cartujos que les prohibe dejarse ver de las mujeres. Ese doloroso contraste entre el interés profundo de lo que hubieran querido decir y la ociosa futileza de lo que decían, hacíales más pesado y lento el curso del tiempo. Sin embargo, pasaban las horas y Raúl no volvía; ya se sabe lo fatigoso y penoso que es el esperar en esos momentos. La señora de Aurebonne se quejaba de esa larga ausencia, primero con una impaciencia nerviosa, después con extraño temor. En vano se esforzaba Susana por tranquilizarla enseñándola aquella hospitalaria puerta, esos delgados tabiques, y repitiéndola mil veces que los claustros no retienen sino á quienes quieren quedarse allí. En vez de destruir la inquietud de la marquesa, estas últimas palabras la redoblaban. «¡Infeliz y cruel criatura!»—murmuraba con una agitación creciente que se comunicó á Susana.

Por fin, en el momento en que el sol comenzaba á inclinarse al horizonte, y en que grandes sombras descendían envolviendo la techumbre de la Cartuja, reapareció Raúl; un fuego sombrío brillaba en sus pupilas y estaba pálido, pero resuelto.

—¡Madre mía!—dijo con voz firme—vengo á despedirme; me quedo aquí.

—¡Qué dices!—exclamó la marquesa palideciendo.

—¡Digo que estoy rendido de disputar mi vida al germen fatal que me consume y mata; hastiado de recorrer el mundo para buscar en él impotentes paliativos y de no hallar allí sino implacables fantasmas! Cuando se está condenado como yo, no hay mejor asilo que un claustro como este; al menos aquí nos halla listos la muerte: ¡no hay más que pasar del reposo y el silencio de un día al eterno silencio y al descanso eterno!...

—¡Pero y yo, tu desventurada madre! ¿No me tienes ya en nada? ¿Qué será de mí?

—¿Y qué será de ti el día en que tengas que recibir mi último suspiro, echar el sudario sobre mi cabeza, oir la última paletada de tierra caer lentamente sobre mi ataúd? ¡No te separo de un hijo vivo sino de un moribundo á quien cada hora le acerca la inevitable agonía! ¡No te privo de una felicidad; te libro de

una angustia! A lo menos aquí, la sombra de este claustro, ese muro que me separará del mundo y de ti, te ocultarán los progresos de esa terrible enfermedad que me ha sido legada con la sangre; no verás abrumarme de semana en semana esa funesta herencia, y el día en que todo haya concluido no lo sabrás... ¡Podrás creer que aún estoy arrodillado en estas losas, cuando me encuentre ya echado debajo de estas piedras!

A pesar de toda su energía, la señora de Aurebonne estaba abrumada; y murmuró con voz extinta.

—¡Raúl, Raúl! ¡No harías eso si supieras todo lo que he sufrido para ti, por ti, contigo! ¡Desde que naciste, tu alma es mi alma, vivo de tu vida, respiro con tu aliento, y nada hay que al desgarrar tu corazón no haya desgarrado el mío! ¡Harto he sufrido, y merezco que me escatimes sufrimientos! ¡Eso que me dices, no es posible! ¡No es posible que de ese modo te separes de mí, de golpe, sin preparación, sin motivo; de mí, que jamás te he abandonado, y que soy tu madre! ¡Mira, dime pronto que eso era una broma, una broma cruel; arrójate en mis brazos, y vámonos!

—¿Con que yo no sé lo que has sufrido?—contestó Raúl con indecible amargura.—¡Ah! Para saberlo no he necesitado más que consultar mis propios sufrimientos. ¿Crees haberme engañado ni una sola vez? ¿Te figuras que ni un sólo momento me he equivocado al ver tu aire de seguridad y de esperanza? ¿Y te he engañado nunca yo mismo? ¿Me has creído jamás cuando afectaba delante de ti alegría é indiferencia cuando parecía triunfar de mis presentimientos? Todo eso era un papel, un disfraz, una mentira. En el fondo, cada uno de nosotros dos sabía lo que pasaba en el alma del otro. Pues bien, ya es hora de concluir con eso; ese papel me cansa ese disfraz me pesa, ese embuste me irrita; prefiero sepultarme vivo en este monasterio, donde no me veré obligado á engañar á nadie y donde me dirán todas las mañanas: «¡Hermano, morir habemos!»

—¡Oh, Raúl! ¡No tienes lástima de los que te aman!

—¡Los que me aman!—prosiguió el joven, exaltándose.—¡Si los hay quiero huir de ellos, huir para siempre! ¿Qué soy para ellos, madre mía? Una víctima y un verdugo. Me entristecen con su conmiseración, los desconsuelo con mis tristezas; á pesar mío, los hago cómplices de esta lúgubre comedia que se representa junto á mí; por eso se cansan pronto, y tienen razón. ¡No puedo acusarles ni quejarme!

Al pronunciar estas últimas palabras, Raúl dió algunos pasos hacia la puerta de la Cartuja. La marquesa, loca de desesperación, dirigióse hacia Susana, que había guardado silencio durante toda aquella escena. En vano se esforzaba la hija del doctor en contener las lágrimas que surcaban su pálido rostro; había en su actitud y en su mirada tanto dolor y tal angustia, que eso fué para la señora de Aurebonne una revelación repentina. Sin decirla una palabra, señaló á su hijo con aire suplicante.

Entonces adelantóse con timidez Susana hacia Raúl, y le dijo con voz temblorosa:

—Raúl, ¿qué le hemos hecho para que nos cause una pena tan grande?

Hubiera sido preciso ser de mármol para resistirse á aquel acento tan dulce, á aquella fisonomía encantadora, á la cual prestaba nuevos encantos una emoción casta y contenida. Raúl se detuvo bruscamente y permaneció inmóvil un instante, fijos los ojos con ardor en Susana, como para darse cuenta del sentimiento que esas palabras acababan de delatar; luego volvió pies atrás, y dijo con un tono casi feroz:

—¡Está bien! ¡Puesto que las dos lo quieren, obedezco!... ¡Pero no me dejéis un momento más... ya no tendría fuerzas para irme de aquí!

Trajeron los caballos. Mientras Raúl montaba en el suyo, la marquesa se acercó á Susana y murmuró á su oído, apretándola la mano:

—¡Gracias, hija mía!

No había llegado el término de las alarmas de la señora de Aurebonne. Como si le hubiese pesado haber cedido á la súplica de Susana, apenas montó á caballo Raúl, lo lanzó á todo galope por el estrecho camino que bordeaba el torrente y el precipicio. Las dos mujeres exhalaron un grito de espanto al verle, suspenso sobre el abismo, seguir en su furiosa carrera aquella estrecha línea blanca que se dibujaba á lo lejos sobre el saliente de los peñascos. Incapaz de dominar su inquietud, la marquesa dió un fuerte latigazo al caballo que montaba; y el dócil bruto partió con un galope tan rápido, que en diez minutos la señora de Aurebonne casi alcanzó á Raúl. Pero ¡cuál no sería su enternecimiento y su sorpresa, cuando al salir de aquel desfiladero peligroso y tranquila ya respecto á su hijo, que había llegado á la carretera, vió á Susana, quien la había seguido tan de cerca, que iba á galope junto á él!

IV

Al regresar á la casa de Almanare, nuestros paseantes encontraron allí al doctor Assandri. Les chorreaban de sudor las frentes; sus facciones descompuestas, sus cabellos en desorden, la emoción que aún vibraba en sus rostros y en sus palabras, todo probó al doctor que acababa de ocurrir algo extraordinario, algún drama misterioso de que habían sido protagonistas Raúl y Susana. Acometiéronle de nuevo con más fuerza sus primeras sospechas; penetró con una mirada en el corazón de la señora de Aurebonne, y dijo para sí con secreta amargura que ésta no retrocedería ante nada por salvar á su hijo; pero se prometió á sí mismo á la vez ponerse en guardia, y ser en lo sucesivo tan vigilante en su amor á su hija, como intrépida era la marquesa en su ternura hacia Raúl.

No se necesitaba una perspicacia muy grande para notar los estragos que en el alma pura y amante de Susana había hecho un sentimiento tanto más peligroso cuanto que ignoraba ella su alcance, su naturaleza y sus riesgos. Sin saberlo ella, la pobre niña había sido atraída por lo que había de extraño en la posición de Raúl, á la par bella como un héroe de novela é interesante como un enfermo, concentrando en su persona los prestigios de la vida y los privilegios de la muerte; en una palabra, hecho para ser amado en el momento en que sólo se creía compadecerle. Por eso, ¡adiós la alegría de Susana, adiós la encantadora serenidad que se retrataba en sus ojos, como la luz de aquel cielo, como el reflejo de aquel mar! Hundíanse sus mejillas, sus ojos se esforzaban en vano por ocultar las huellas de las lágrimas. ¿Por qué lloraba? No lo sabía; pero su padre sí, y experimentaba por ello un sufrimiento horrible, con mezcla de resentimiento y de cólera. Por primera vez, aquel hombre tan sencillo y tan bueno sentía penetrar en su corazón algo parecido al odio. Ya hemos dicho que Susana era su único bien y su única alegría; viudo y padre casi al mismo tiempo, había amado doblemente á su hija, por la felicidad que recordaba y por la que ella misma le producía. Habíale visto crecer á su lado, engalanarse cada día con una nueva gracia, desarrollarse en belleza y juventud, tal como esas plantas que recompensaban sus cuidados con tantas magnificencias y tan exquisitos aromas. Interrumpir el sosiego de Susana era atacarle á él en lo

más íntimo de su ser, en aquella fibra siempre viva y pronta á sangrar que lleva cada cual dentro de sí, y que no puede tocarse sin que todo se desgarre y se marchite. Algunas veces la irritación y el dolor del señor Assandri se volvían contra él mismo, y se acusaba de ceguedad y negligencia; preguntábase cómo no había previsto qué recomendar á la marquesa que distrajese *á toda costa* á su hijo hasta que pasara de los años fatales, era designarle de antemano aquella joven que justamente tenía allí á su alcance, bastante graciosa y bella para que después de haberla visto no se quisiese ya morir.

Sin embargo, cuando el doctor dirigía sus miradas á Raúl y su madre, sentíase desarmado: ¡tan desventurados parecían! El episodio de la Cartuja, que al parecer debiera haber provocado una explicación y aproximado esos corazones dolientes, por el contrario, había concluido por entristecerlos y desunirlos. Raúl había comprendido mejor que Susana la naturaleza del sentimiento que les arrastraba uno hacia otro: habíale asustado, como una nueva desgracia que llevaba al colmo su infortunio. No conocía el amor aún; y, con mucha frecuencia había dicho para sí, que si en el corto tiempo que le parecía quedarle de vivir le aconteciera enamorarse, cerraría su corazón y sus labios herméticamente primero que hacer traición á su secreto y asociar su breve y triste destino á un porvenir joven y risueño. Por eso, después de la escena de Monrieux, en que había dejado adivinar á sus dos acompañantes el imperio que sobre él ejercía Susana, no desperdiciaba ocasión de hacerlas creer que se habían equivocado de medio á medio, que no había obedecido más que á un fugaz capricho, á una de esas extravagancias sin consecuencias á que están sujetos los enfermos. Buscando más que nunca la soledad, salía á caballo con el alba, sin decir á dónde iba, sin querer que le acompañase su madre y hasta ningún criado, y no regresaba hasta muy entrada la noche, mohino, maltrecho, taciturno, indiferente á la fatiga de su caballo, que volvía jadeante y blanco de espuma. La señora de Aurebonne estaba desesperada; y el dolor de Susana, más silencioso y contenido, reflejábase día por día como en un espejo harto fiel en el alma y en las facciones de su padre.

Una tarde habíase prolongado aún más que de costumbre la ausencia de Raúl. A la puesta del sol había estallado una de esas violentas tempestades que en el Mediodía produce la desigual temperatura del mes de Abril. Hacía largo tiempo

que las barcas pescadoras, echadas de alta mar por el viento y la lluvia, se habían refugiado á lo largo de la playa, replegando las velas desgarradas. Algunos aldeanos de las cercanías de Almanare, que trabajaban en el llano, habían vuelto precipitadamente y muy asustados, gritando que el Gapeaux se desbordaba y que sería muy peligroso vadearlo en cuanto entrase la noche. La inquietud de la señora de Aurebonne, muy viva siempre que salía Raúl solo, llegó entonces al colmo, porque sabía que los paseos de su hijo eran, por lo común, más allá del cŭrso del Gapeaux y llegaban hasta el extremo de los valles de Sauvebelle; su consternación era tan honda que al mismo doctor le hubiera dado lástima, si no hubiese tenido fija la atención en Susana, tan conmovida como la marquesa. Por fin, cuando se oyó á lo lejos el galope de un caballo, las dos mujeres se levantaron á la vez, el mismo relámpago brilló en sus ojos y poco faltó para arrojarse una en brazos de otra, cuando apareció Raúl en el umbral de la puerta.—¡Ah! ¡Por fin estás aquí!—exclamó la marquesa, con acento de queja en que se mezclaba una alegría nerviosa. Susana no dijo nada; volvió á caer en su asiento, y el súbito rubor que había reanimado un momento sus mejillas desapareció, sustituyéndolo aquella palidez mate que se había hecho habitual en ella.

En ese instante, el doctor Assandri se situó entre su hija y la señora de Aurebonne, y con un tono autoritario que ésta no le conocía, la dijo á media voz:

—Señora marquesa, ¿tiene V. la bondad de concederme mañana por la mañana un cuarto de hora de conversación?

La señora de Aurebonne le miró con fijeza y dirigió luego los ojos á Susana. Lo comprendió todo y dijo al doctor con una dignidad afectuosa y triste:

—Se lo iba á rogar á V.

Al día siguiente, temprano, el doctor llamó á la puerta de la señora de Aurebonne, la cual estaba dispuesta y le esperaba.

—Señora marquesa—dijo—la felicito á V.: seis meses han transcurrido desde su llegada á Hyères, y la salud de su hijo no se ha perturbado ni un momento. Lo que tuve el honor de decir á V. desde el primer día, creo podérselo repetir hoy con más certidumbre; la enfermedad que él teme y que teme V. por él, no le atacará.

En cualquiera otro instante, una declaración tan precisa y positiva hubiera embriagado de gozo á la señora de Aurebonne; sin embargo, había en la actitud y en el tono del señor Assandri algo que probaba

que no había ido sólo á tranquilizarla. Guardó silencio ella, y continuó él diciendo:

—Pero junto á ese joven que se cree condenado, hay otra persona que no sospecha el peligro que ella corre, la desdicha que la amenaza; una persona á quien veo desmejorarse ante mis ojos, ante los de V., señora marquesa... ¿Sabe V. á quién me refiero?

—¡Susana!—murmuró la señora de Aurebonne.

—Sí, Susana; mi hija única, como Raúl es hijo único de V.; Susana, mi único bien y mi único amor como Raúl es el único amor y el único bien de V. Hace seis meses, cuando vino V., Susana era feliz y estaba tranquila. Bastaba mirarla para leer en su frente la paz de la inocencia de su alma. Inclinado sobre esta alma encantadora como sobre un agua límpida, no veía yo otra imagen sino la del ángel de su guarda, que la sonreía como á una hermana.

Hoy está destruida esa felicidad, turbado para siempre ese reposo: esta alma pura forcejea contra el mal desconocido que la consume y devora... ¿Sabe V. por qué, señora marquesa?

—Porque ama á Raúl—respondió la señora de Anrebonne sin vacilar.

—¡Ah! ¡Sabía V. eso, señora—replicó el doctor animándose.—¡Lo había V. previsto, deseado, esperado quizá! ¡Qué necio é insensato soy, al no haberlo adivinado!... Sí, el médico ha absorbido en mí por un momento al padre; no he visto más que una mujer desolada, que me mostraba su hijo rogándome que le salvase; la he dicho, como es verdad, que la imaginación de ese hijo estaba más enferma que su cuerpo, que era preciso derivar esas ideas siniestras, y que si con ayuda de una distracción poderosa se conseguía hacerle pasar de esos veinticuatro años que creía no poder cumplir, ese joven estaba savlado... ¿Una distracción dije? ¿Había alguna más poderosa y dulce que unos amoríos con la hija de este médico, viviendo bajo el mismo techo y obligada á estar en continuo roce con sus huéspedes? ¿Qué importaban ya el reposo, el honor, la vida de esta criatura? Lo que podía ser la perdición de mi hija, podía ser salvación del hijo de V.; no tenía V. necesidad de ningún otro pretexto, ni excusa... ¡Oh, señora marquesa! ¡No soy más que un pobre médico de pueblo; pero por todo el lustre de la alcurnia y toda la inmensidad de las riquezas de V., no querría yo haber hecho eso!

—¿Y quién le dice á V.—replicó la señora de Aurebonne—que esas riquezas y alcurnia sean un obstáculo entre Raúl y Susana?

Pronunció estas palabras con un aire tan sencillo y tan noble, que el doctor sintióse dominado, á su vez, y se calló; y prosiguió ella:

—¿Con que tanto me desprecia V.? ¡V., el mejor y más leal de los hombres, me ha creído capaz de semejante infamia! ¡Ah, sin embargo, era V. digno de comprenderme del todo! ¿No se lo he dicho á V. desde el primer día? Desde veintitrés años ha, desde que existe Raúl, soy presa sin cesar del mismo pensamiento, del mismo temor; de continuo veo pasar entre Raúl y yo como una sombra de luto, el recuerdo de su padre, de su abuelo, de toda esa estirpe fúnebre que parece llamarle desde el fondo del sepulcro... Es el suplicio de mis días, el espectro de mis noches; de tal modo se ha identificado ese perpetuo terror con mi ternura maternal, que ya no puedo separarlos. ¿Y cree V. que en medio de esas angustias, que son toda mi alma y toda mi vida, puede haber un hueco para las preocupaciones ordinarias de nacimiento y de fortuna? ¿Cree V. que esta madre, que se pregunta mañana y tarde si salvará ó perderá á su hijo se inquiete mucho por saber si le casará con una noble y rica heredera ó con la hija de un médico, rica con sus buenas obras y noble con sus virtudes? Y cuando dijo V. á esa madre que una distracción poderosa, un sentimiento apasionado, podrían salvar á su hijo ayudándole á triunfar de los fantasmas que le fascinan, á pesar de aquel momento más allá del cual no vislumbra más que un féretro; cuando, apoyada en el consejo de V., ha puesto los ojos en una doncella que, por su hermosura y su gracia, parecía predestinada á esa obra de salvación, ¡ha supuesto V. que esa madre, una mujer honrada que nunca ha hecho daño á nadie, que aloja V. bajo su techo y que sienta á su mesa, había esperado, combinado, calculado... ¿qué? una seducción vulgar, unos amoríos de algunos meses, para distraer y ocupar á su hijo, *mientras tanto!*... ¡Oh, caballero, eso está mal, está muy mal pensado: le creí á V. más justo y perspicaz!

—¡He hecho mal, señora... perdóneme V.!—tartamudeó el doctor confundido.

—¡Esta alcurnia, estas riquezas! —prosiguió la señora de Aurebonne con una especie de violencia.— ¡Pero si las odio, si las detesto! ¡Esta herencia de oro y pergaminos es también una herencia de muerte, esa sangre que ha hecho rico y noble á Raúl, es también una sangre que mata!... Además, ¿qué soy yo? Una madre, y nada más. ¡Conservar mi hijo, eso es todo; el resto no es nada! No pido

más sino que Raúl sea feliz y esté tranquilo, que un amor correspondido le ayude á esperar y vivir... ¿No ha creído V., doctor, que su hija me pareciese digna de casarse con mi hijo? ¡Ah! Si Raúl amase y me pidiese á la última moza del pueblo, con tal de ser honrada, y si al casarse con ella encontrara la seguridad y el sosiego, yo la amaría, la bendeciría, la serviría de rodillas.

Ante este lenguaje tan expresivo, tan irresistible, ocurriósele al perturbado espíritu del doctor una idea, y dijo á la señora de Aurebonne:

—La creo á V., señora marquesa. Pero ¿y entonces?...

—¡Ah, sí!—le interrumpió ella con dolorosa precipitación.—Sé lo que tiene V. derecho á decirme; puesto que es así, puesto que no veo ningún obstáculo entre Raúl y Susana, ¿por qué no ir en derechura al fin? ¿Por qué no pedirle á V. para mi hijo la mano de su hija, que V. no me negaría?... ¿Es eso lo que iba V. á decirme?

—Sí, señora—respondió con timidez el señor Assandri.

—Tiene V. razón, y hubiera debido confiarle antes el nuevo dolor que me desgarra...

—¿Que Raúl no ama á Susana?

—La quiere con toda su alma, con un ardor que me asusta; con un amor apasionado, profundo, infinito, tal como tenía que sentirlo una naturaleza joven y fuerte, largo tiempo comprimida y entenebrecida; sus mismos esfuerzos por luchar contra este amor, lo hacen penetrar más hondamente en su alma, como esas flechas que el león herido siente penetrar más adentro conforme se sacude de ellas. Pero la idea de hacerse amar por Susana, de obtener de ella una confesión amorosa, de casarse con ella tal vez, asusta á Raúl como una desventura y como un delito. Durante estos últimos tiempos, veinte veces he intentado hacerle hablar, provocar una confidencia, ponerle en el caso de que me pidiese un consentimiento que se revela ya con claridad en mis miradas, en mi conducta, en mi lenguaje; veinte veces he sido rechazada por ese sentimiento funesto, por esa inflexible idea que opone Raúl al amor, á la esperanza, á la dicha, y que se resiste á todo, hasta á mis ruegos, hasta á las aspiraciones de su corazón, ¡hasta á la hermosura de Susana!...

—¿Y cuál es esa idea?—interrumpió con espanto el doctor, que harto la comprendía.

—¡Oh, caballero! ¿No la acierta V.? Raúl se cree destinado á morir dentro de un año; desde ahora hasta entonces dispónese á arrastrar la vida como el presidiario arrastra la cadena, contando las

horas y las minutos; y se acusaría de egoísmo y cobardía si tratase de unir á su corazón marchito ese corazón radiante de esperanza y juventud, de proyectar de antemano la sombra de su agonía sobre esa existencia que principia, fresca y lozana como la primavera.

—¿No me engaña V.?—dijo el doctor Assandri, clavando en la marquesa una mirada penetrante.

—Jamás he engañado á nadie—respondió ésta.

—Pues bien, señora—prosiguió él con acento de dolorosa conmiseración—yo, que vine para acusarla á V., no puedo menos de condolerme: es V. más desventurada que yo, y podemos darnos la mano.

—¿Y eso por qué?—dijo la señora de Aurebonne.

—Sí—continuó—si su hijo, menos preocupado aún que V. en lo que atañe al nacimiento y á la fortuna, apasionadamente prendado de Susana, casi seguro de hacerse amar y de no ver obstáculos en ella ni en V., ni en mí, lucha contra ese amor y rechaza esa ventura; si está harto dominado por su imaginación, harto persuadido de su próximo fin para imponer silencio á su corazón y preferir el sufrimiento á la felicidad, entonces el mal es más grande de lo que había yo creído; entonces el mal es irreparable...

—Y morirá de él, ¿no es así?—exclamó la marquesa con toda la energía de la desesperación.

—Sí, morirá... Pero no de la enfermedad cuyo germen cree tener dentro de sí, sino de ese mal extraño, misterioso, destructor, que engendran á la larga las imaginaciones enfermizas. Marasmo ó locura, languidez ó idea fija, sea cual fuere el nombre que demos á esa predisposición fatal, ni su razón ni su vida podrán resistirla...

—¡Ah, eso, eso es lo que me dijo V. el primer día que le hablé de Raúl!—murmuró la marquesa, cuyos ojos secos y ardientes revelaban horrible angustia.

—Sí, señora, entonces esperaba yo; ahora no espero ya nada. No conozco ningún remedio contra esa dolencia.

—¡Pues yo conozco uno, yo!—exclamó la señora de Aurebonne, cuyo rostro iluminóse con una claridad repentina, á la vez radiante y terrible.

—¡V., señora!—dijo el doctor, en el colmo de la sorpresa.

—¡Sí, yo!—replicó ella, con creciente exaltación.—Pero para eso es preciso que Susana y V. me dejen sola... sola con Raúl; es menester que mientras le hable no puedan Vds. vernos ni oirnos; estas mismas paredes, esta casa, estos objetos inanimados que me rodean, es necesario que ahoguen y olviden

lo que voy á decir. ¡Y yo, yo que voy á hablar, quisiera poder extinguir cada una de mis palabras al pronunciarlas, ó morir después de haberlas pronunciado!... Salga V., doctor, salga V. á escape; váyase con Susana á esperarnos en el jardín. No dé V. tiempo á que mi resolución vacile y se debilite; no hay que perder un momento, si no quiere V. que mi ánimo decaiga antes de estar consumada mi obra...

El señor Assandri la contempló un instante con aire de duda y de inquietud, como si temiese que aquella serie de pruebas hubieran perturbado su razón. Luego salió con lentitud y se oyó en la escalera el ruido de sus pasos.

Entonces la marquesa cayó de rodillas.

—¡Dios mío!—dijo con las manos juntas y los ojos alzados al cielo.—¡Dios mío, no hay más medio que éste! ¡Tú, que castigas la mentira, ten piedad de mí! ¡O si alguien ha de ser castigado, hiéreme á mí sola! ¡Toma mi vida y que se salve Raúl!

En seguida, corriendo á la puerta é inclinándose hacia afuera, gritó con voz vibrante, que resonó en toda la casa:

—¡Raúl! ¡Raúl!

Raúl estaba todavía en su cuarto; acudió corriendo, y encontráronse frente á frente el hijo y la madre.

—¡Raúl!—dijo la señora de Aurebonne, con una tranquilidad que el temblor de sus labios desmentía —permíteme que me regocije contigo por el feliz resultado de nuestra estancia en Hyères. A menos de querer atormentarnos por capricho, es imposible negar que en tu estado nada justifica nuestras inquietudes de otros tiempos. Cuanto más te vas aproximando al término que antes mirabas como fatal para ti, más se robustece tu salud, más seguridades hay de que la misericordia de Dios, conmovida por mis ardientes oraciones, te habrá protegido y salvado...

—¿Lo crees así?—replicó Raúl con tétrica ironía.

—Esa es la opinión del doctor y la mía propia. Ahora, Raúl, para vivir no tienes más que quererlo. ¿Y por qué no lo habías de querer? ¿Qué te falta para ser dichoso? Un poco más de fe en lo futuro, un poco más de confianza en tu madre... ¡Escucha! Desde hace algunos meses, he adivinado que un sentimiento nuevo se había apoderado de tu alma... ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me has hablado de eso como á un amigo, á un camarada? Tal vez temas que haya, por mi parte, objeciones y resistencias fundadas en no sé qué desigualdades de posición y de fortuna... Desengáñate: todo hubiera podido arreglarse, todo se pudiera arreglar aún...

—No te comprendo — dijo Raúl.

—¡Oh! Dispensa, me comprendes muy bien—repuso la marquesa, á quien poco á poco le abandonaba su calma ficticia. Comprendes muy bien que estoy hablando de Susana. Tú la quieres, y ella te quiere á ti... ¿Tratarás de negarlo?

—No, madre mía.

—Pues bien—prosiguió ella esforzándose por sonreirse;—por lo común, cuando un joven noble y rico ama á una joven de condición inferior, él es quien va á suplicar á sus padres que no se opongan á ese enlace desigual. Hoy trueco los papeles, y yo soy quien viene á conjurarte que no te opongas á nuestra felicidad y que consientas en casarte con Susana.

Un relámpago de alegría y de agradecimiento brilló en los ojos de Raúl; pero al punto recobró su aire sombrío y resuelto, y respondió á su madre:

—Eso es imposible.

—¡Imposible!—exclamó la señora de Aurebonne, sin poder disimular apenas el sordo estremecimiento que la agitaba. — ¿Y por qué? ¿Quizá estoy equivocada? ¿Tal vez no amas á Susana?

—¡Oh! ¡Puesto que tan bien me adivinas — replicó él con horrible sonrisa—ya sabes con qué pasión, con cuánto ardor la amo! ¡Sabes que hacerme amar por ella y darla mi nombre sería el deseo más ardiente de mi corazón, la ventura más grande de mi vida!

—¿Y por qué callarte ese deseo tan querido y rechazar esa dicha tan grande?

—¡Ah, también lo sabes, tú que me sabes adivinar!—repitió él con más fuerza y amargura.

—¿Es porque crees estar seguro de morirte á la edad de veinticuatro años, y languidecer de aquí á entonces?

—Sí, madre mía.

—Pero ¿y si te engañas? — insistió la marquesa, cuya palidez y miradas anunciaban una resolución suprema.—¿Te casarías con Susana si te probasen que tus inquietudes no tienen fundamento, que estás al abrigo de esa funesta herencia, que la sangre que corre por tus venas no tiene esos gérmenes mortales que te figuras?

—¿Si me casaría con ella?— exclamó Raúl con delirante acento de amor y desesperación.—¡Ah! Pregúntale á un condenado si seguiría al ángel que de pronto le abriese el camino del cielo. ¡Si me casaría con ella! Desde el primer día en que la vi, todas mis fuerzas han sido pocas para combatir el invencible atractivo que me impele hacia esa divina criatura. Tal como soy, con la horrible certidumbre de que nada puede librarme, viendo de

continuo la fecha fatal, el término inexorable erguirse ante mí como mi sentencia de muerte, cien veces he estado á punto de caer á los pies de Susana y decirla con lágrimas que tal vez me hubieran aliviado: «¿Me quieres? ¿Quieres mi vida? Será corta; pero después serás rica y llevarás un título ilustre. Viuda de Raúl de Aurebonne, serás saludada y festejada en el mundo de los felices; y no te pediré en tu memoria más recuerdo que el puramente preciso para no turbar tus placeres ni tu reposo.» Quizá hubiera yo dicho y hecho esto si la amase menos, si Susana fuese otra mujer... ¡Pero á ella! La conozco, madre mía... La arrastraría conmigo en mi mortal destino; esa alma llena de amor y abnegación quedaría destrozada por el mismo golpe que me destrozará, y la misma losa nos cubriría á los dos en la misma tumba.

En lugar de responder, la señora de Aurebonne se arrodilló delante de su hijo.

—¡Santo Dios! ¿Qué haces?—exclamó éste.

—Raúl—respondió ella acentuando cada palabra con una energía que parecía tomar de su mismo dolor;—me arrodillo para revelarte un secreto que va á cambiar al instante todas tus determinaciones. Hubiera debido hacértelo saber mucho antes, y te hubiera evitado tormentos muy crueles... No he tenido valor para hacerlo... Raúl, si entre Susana y tú no hay más obstáculo que esa enfermedad hereditaria á que de antemano te crees condenado, puedes casarte con ella sin temor; no eres hijo del marqués de Aurebonne.

—¿Qué dices?—murmuró Raúl tan turbado, que no comprendió al pronto el alcance de esta revelación.

—¡Oh, hijo mío; por favor, no me preguntes más! ¡Apiádate de mí, de este rubor que la vergüenza hace subir hasta mi frente!... Ni un detalle, ni una palabra más... Ya sabes ahora lo suficiente... Perdóname dos veces: por haber cometido esta falta, y por no habértela revelado en cuanto vi apoderarse de ti la idea fija que te consumía... ¡Perdón, Raul, perdón!

Pero Raúl no la atendía; conforme se presentaban con más claridad á su espíritu las consecuencias de la confesión de su madre, una delirante alegría se retrataba en su rostro. Con un ademán hizo callar á su madre; precipitóse de un salto hacia la ventana, y la abrió con violencia, exclamando:

—¡Oh! Por primera vez, desde que estoy en el mundo, veo, siento, respiro, existo. Tomo posesión con delicia de esta vida, que creí proxima á apartarse de mí; ¡este aire, que me asfixiaba, trae á mi pecho

los balsámicos aromas de aquella playa y de esas flores!... ¡Yo no conocía ese cielo, esos árboles, esas colinas, esas islas, ese mar! Todo eso no se me aparecía sino á través de un velo negro: el velo ha caído. ¡Salve, naturaleza encantadora, que admiraba yo con amargura, y cuyas bellezas me irritaban como un insulto á mi desgracia! Recobro mi puesto entre los seres creados para comprenderte y amarte; ya no soy una criatura maldita, fuera de la ley común, y que en cada día encuentra una parte de su agonía... Soy joven, soy fuerte, soy feliz...

—¡Gracias, madre mía!

La señora de Aurebonne se había levantado, y, con paso vacilante habíase arrastrado hacia la ventana. Con uno de los brazos enlazó á Raúl, como para saborear más de cerca su embriaguez y sus transportes; y con la otra mano le mostró, medio ocultos tras de un macizo, en el fondo del jardín, al doctor y su hija que dirigían inquietas miradas hacia el sitio de la casa.

—¿No le corresponde á V. llamarlos, madre mía?—preguntó Raúl con ese aire zalamero que tan bien sienta á las personas felices.

Hizo ella una seña; acudieron el señor Assandri y Susana; pocos segundos después, ambos estaban en la habitación.

—Doctor—dijo la marquesa con una dignidad incomparable—tengo el honor de pedir á V. la mano de la señorita Susana Assandri, su hija, para mi hijo, el marqués Raúl de Aurebonne.

Y cayó desmayada.

V

«Las existencias felices no se narran» ha dicho nuestro más simpático cuentista, al terminar uno de sus más hechiceros relatos. No tendríamos, pues, nada que añadir, y aquí concluiría nuestra tarea si sólo se tratase de narrar y describir la dicha de Raúl y de Susana.

Después de la terrible escena que salvó á Raul, la marquesa de Aurebonne se sintió presa de una de esas languideces que suelen seguir á las grandes crisis de la vida. Ya no quiso abandonar ese modesto rincón de tierra donde en algunos minutos había agotado todos los dolores, angustias, humillaciones y alegrías que caben en el corazón de una madre.

A pocos pasos de las ruinas de Almanare hizo edificar á media ladera una linda casa, parecida á la del doctor Assandri y bastante espaciosa para alojar bien á su hijo y á su nuera. Estableciόse allí y se

resistió á las instancias de Raúl y Susana, que querían llevarla consigo en sus viajes y á París, donde todos los años pasaban el fin del invierno y el principio de la primavera. Con gran pesar de Susana se habían arreglado así las cosas. Tampoco ella hubiera querido perder de vista jamás aquella risueña colina donde dejaba á su padre, donde había crecido, amado, sufrido y pasado en un momento desde la más honda tristeza á la felicidad más embriagadora. Era hija de los campos y de la soledad; los placeres del mundo la atraían poco, y con gusto hubiera trocado todo el ruido y el esplendor de sus fiestas por un paseo en la playa de Hyères, con su padre, su marido y la señora de Aurebonne.

Pero este arreglo había parecido agradarle á Raúl, y bastaba eso para que ella se apresurase á aceptarlo. Al adherirse á la vida, había tenido prisa por reparar el tiempo perdido, sacudir la inacción en que tanto tiempo le habían retenido sus presentimientos, y recuperar en la sociedad el alto puesto que le asignaban su cuna, su riqueza, lo distinguido de su persona y de su talento. Como esos convalecientes que, al salir de una larga enfermedad, están ávidos de todo lo que les prueba que están curados y vivos, Raúl hubiera querido abarcar en esos primeros tiempos con un abrazo todo lo que podía ser visto, pensado, dicho recorrido y admirado. Poesía, bellas artes, libros, conversaciones, placeres mundanos, espectáculos de la naturaleza: á todo hubiera querido prodigar las riquezas desterradas hasta entonces de su imaginación y de su alma, los retrasos de su entusiasmo y de su juventud.

Esos primeros años fueron dulces para la señora de Aurebonne. Después de sus viajes de veraneo, hacia el mes de Octubre y como para festejar un precioso aniversario, Raúl y Susana regresaban junto á ella y permanecían en Hyères hasta fines de Febrero. Encontraban con encanto esos dos hogares hospitalarios, casi fraternales, que les aguardaban con igual impaciencia, y en cuyos umbrales les acogían la más indulgente sonrisa, el más tierno abrazo. La señora de Aurebonne gozaba con los relatos de su hijo, con sus triunfos en la buena sociedad, con sus proyectos de trabajo, con su aire de salud y de fuerza, con todo lo bueno y encantador acerca de los involuntarios triunfos de Susana, de cuya casta y angelical belleza se hacían lenguas en todas partes. Con tan bienhechor influjo se disipaba entonces el velo de melancolía y de tristeza con harta frecuencia echado sobre la frente

de la marquesa, desde su decisiva entrevista con su hijo.

Transcurrieron cinco años. Había pasado con mucho el término fatal que en otro tiempo tan horriblemente habían temido Raúl y su madre; y esos años habíanse deslizado sobre él sin otro efecto más que el de hacerle más vigoroso y más robusto. Dos hermosos hijos habían venido á aumentar y consagrar su amor por Susana, y á dar á la señora de Aurebonne esos goces de la *abuela,* que son á los goces maternales lo que una hermosa velada del otoño á los ardores del estío. Parecía, pues, que tras tantas pruebas nada había de faltar para su ventura, que ya sólo la quedaba descansar en su bendita obra; y, sin embargo, hacia aquella época, el doctor Assandri, que tenía por ella una admiración apasionada y la veía casi á diario, advirtió con doloroso asombro que iba quedándose muy desmejorada.

Al pronto creyó que sufría por las largas ausencias de Raúl, y que ese sufrimiento se agravaba con sus esfuerzos por no aparentarlo. Pero muy luego notó con creciente sorpresa que ese desmejoramiento se hacía más visible precisamente al aproximarse el regreso de Raúl y mientras duraba su estancia en Hyères. Entonces imaginó que luchaba contra ese sentimiento ¡ay!, demasiado común en las madres, que las hace tener celos de sus nueras y ser desdichadas al no ocupar ya en el corazón de sus hijos más que el segundo lugar. Pero algunos días de atenta observación le bastaron para reconocer que aquel alma superior era inaccesible á ese sentimiento vulgar, y que no había pasado ni una nube por el afecto de la señora de Aurebonne para Susana. Entonces fijó la atención en Raúl, y su asombro no tuvo límites cuando leves pero irrecusables indicios le demostraron que Raúl ya no era tan tierno ni tan respetuoso con su madre.

En los primeros tiempos posteriores á la revelación de la señora de Aurebonne, la dicha de librarse de una funesta herencia había borrado en su hijo todas las demás impresiones. Vivir, ser feliz, casarse con Susana, arrojar lejos la abrumadora carga bajo la cual se doblegaba desde tantos años atrás: no había visto nada más que eso. Pero á medida que el recuerdo de sus angustias fué haciéndose poco á poco más lejano en su memoria, y que al salir del mundo de los muertos se aclimató en el mundo de los vivos, verificóse en él un cambio extraño, imperceptible, pero real, sin embargo; á pesar suyo, se fueron apoderando de él los sentimientos y las ideas de su nueva exisiencia. En

lugar del enfermo, del condenado que saludaba con un grito de gratitud la voz que le redimía y salvaba, volvióse lo que sin su idea fija hubiera sido siempre: el aristócrata de puro y antiguo linaje, partícipe de todas las susceptibilidades del honor, y pronto á lavar con sangre la menor mancha arrojada sobre sus rancios blasones. Desde entonces sintió menos hondamente lo que para él había tenido de beneficiosa y salvadora la confesión de su madre, y reparó más en su lado humillante y culpable. La primera vez que su pensamiento se extravió por esa pendiente, estremecióse como un hombre que despertándose de pronto en medio de un acceso de somnambulismo se encontrara al borde de un tejado ó de un precipicio. Enseguida se repitió á sí mismo que eso no era posible; y, para probárselo á sí propio, redobló los halagos á su madre. Sin embargo, ese sentimiento, tan vago al principio y rechazado luego con tanta fuerza, volvía sin cesar á su espíritu y se implantaba en él con tanta mayor persistencia cuanto que nadie podía confiárselo. En vano se acusaba de ingratitud y se avergonzaba de sí mismo.

Insensiblemente se acostumbró, y bien pronto no tuvo vergüenza de él solo. Prometióse, á lo menos, que la señora Aurebonne no podría sospechar lo que pasaba dentro de su corazón. ¡Se olvidaba de que nada se les oculta á las madres, y que es más fácil matarlas que engñarlas!

Ya hemos dicho que la marquesa leía en el alma de Raúl como en un libro abierto; asistió día por día, hora por hora, á ese trabajo interior, á esa transformación gradual, que en vano trataba él de disfrazar ó de combatir. Renunciamos á pintar lo que sufrió ella por esa causa: este dolor fué más agudo que todos cuantos la habían desgarrado mientras temblaba por la vida de su hijo. El primer movimiento de aquél enérgico carácter fué el de sublevarse, romper violentamente contra ese holocausto que le robaba hasta su último bien, desengañar á Raúl y reconquistar con una palabra su amor. Pero ¿lo creería Raúl? Y si no la creía, ¡qué humillación! Y si la creía, ¿no sería eso lo bastante para devolverle esas inquietudes y esos temores que estuvieron á pique de matarle? La señora de Aurebonne esperó, reconcentróse en sí misma, comprendió que moriría por eso, y desde entonces se resignó. Una vez resignada, se produjo en su corazón una claridad maravillosa, y así como hubo un momento supremo en que la madre había vencido á la cristiana, ahora la cristiana dominó á la madre. Dijo para sus adentros que toda mentira,

sea cual fuere el motivo y la excusa, era una falta; que la suya merecía castigo, é inclinándose ante la voluntad divina, dando gracias á Dios por haberla elegido para la expiación, le suplicó como última gracia que no castigase más que á ella sola.

Se necesitó tiempo para quebrantar aquel organismo fuerte y sano. Transcurrieron muchos años, durante los cuales, absortos en su dicha Raúl y Susana, no advirtieron el desmejoramiento de la señora de Aurebonne. ¡Admirable superioridad del amor materno sobre todas las demás ternuras! Raúl no había conseguido ocultar á su madre un pensamiento que apenas se confesaba á sí mismo; y ella conseguía ocultarle un sufrimiento que la llevaba al sepulcro. Sólo el doctor hubiera podido delatarla, porque éste no se llamaba á engaño; pero á la primera palabra que la dijo él acerca de eso, lo rechazó de tal modo, le probó tan bién que estaba á las mil maravillas y le suplicó con tanto ardor que se callase y no intranquilizase á sus hijos, que dominado el señor Assandri por aquel invencible ascendiente que había tomado la marquesa sobre él, y comprendiendo además que había allí un doloroso misterio contra el cual nada podían sus medios usuales, se decidió por guardar silencio.

Por fin, al cabo de tres ó cuatro años, en otoño, en el momento en que Raúl y Susana desembarcaban, según su costumbre, ante las dos blancas casas de Almanare, encontraron sólo al doctor esperándoles en la playa; estaba tétrico, y fijaba en Raúl miradas casi iracundas.

—Pues ¿qué pasa?—preguntó con espanto el señor de Aurebonne.

—Pasa... que su madre de V. está enferma—respondió el doctor con tono brusco.

Desde ese momento, todo lo que en el corazón de Raúl no era amor y veneración por su madre borróse y desapareció; algunos instantes después, cuando arrodillado junto al lecho de la señora de Aurebonne, que no había tenido fuerza para levantarse, vió los estragos de la enfermedad en ese noble rostro, el grito de su desesperación fué tan irresistible y tan verdadero, que la marquesa comprendió que recobraba por completo á su hijo y sintióse perdonada y consolada. Tal vez, si hubiera podido penetrarse en lo hondo de su alma, hasta se hubiera reconocido que ese momento y los sucesivos fueron los más dulces de aquella vida tan duramente probada. Parecíale á la señora de Aurebonne que sus sufrimientos y su próximo fin la purificaban por entero ante los ojos de Raúl, que acababan de desarmar en él ese sentimiento

de susceptibilidad caballeresca que tanto la había hecho sufrir y del cual estaba orgullosa en adelante, porque aquella inflexible apreciación de la honra revelaba un alma grande. Al mismo tiempo, por una especie de superstición consoladora, persuadíase la marquesa de que su vida rescataba definitivamente la de Raúl; y de que, al aceptar Dios aquella sustitución y ese sacrificio, la anunciaba que se había apiadado de sus ruegos y sus lágrimas.

Por eso, durante esas últimas semanas los ojos de la señora de Aurebonne se fijaban en Raúl con una expresión inefable en que el amor materno parecía ya iluminado y santificado por el amor celestial. Ella le animaba y consolaba, repitiéndole sin cesar que nunca había sido más dichosa. Bajo el impulso de su dolor, dos ó tres veces estuvo Raúl á punto de decírselo todo, de confesarla como un crimen el sentimiento cruel de que no había podido defenderse; adelantósele ella, consiguió detener en sus labios la confesión, y nada turbó la tranquilidad melancólica de esos días de reparación y de luto.

El útimo día de Octubre, en una hermosa y suave tarde, la señora de Aurebonne, sin quejarse de sufrimientos más vivos, pidió que la llevasen junto á la ventana. El cielo estaba puro; el sol poniente difundía tintas inflamadas por el mar y las lontananzas, una brisa tibia y embalsamada llegaba hasta la habitación; las facciones de la enferma se iluminaban con serenidad divina.

El doctor había advertido con una mirada á Raúl y Susana que se acercaban los últimos instantes. Acababa de salir el sacerdote, después de haber pasado con la señora de Aurebonne parte del día. Los dos niños, juntando las manitas, recitaban las oraciones que su madre les había enseñado y lloraban de ver llorar en torno suyo.

En ese momento, la marquesa, reuniendo sus fuerzas, hizo señas á su hijo y á su nuera de que se retirasen al fondo de la estancia, y al doctor de que se acercase.

—Señora—murmuró éste á su oído—¿no tiene V. nada que mandar decir... más tarde... á Raúl?

—Doctor—le preguntó muy quedo—¿hay alguna edad en que el hijo de un hombre muerto del pecho pueda creerse irrevocablemente preservado de la enfermedad de su padre? ¿Hay certidumbre de eso?

El señor Assandri reflexionó un instante, y luego respondió:

—Probabilidad sí; certeza, nunca.

—Pues bien; entonces nunca tendrá V. que decir nada de mi parte á Raúl—repuso la moribunda, dejándose caer.

Era el postrer sacrificio, y fueron

también las últimas palabras que pronunció. Durante algunos minutos, viéronse moverse sus labios como para rezar. Luego fijó la vista, velada ya por las sombras de la muerte, en Raúl, que sollozaba sostenido por Susana. Y expiró.

—

En el cementerio de Hyères, modesto recinto que señala á los ojos del transeunte oscuras pirámides de ciprés, se ve un sepulcro muy sencillo, con esta inscripción:

AQUÍ YACE LA MARQUESA DE AUREBONNE,
MUERTA EN HYÉRES,
DE EDAD POCO AVANZADA,
EL 31 DE OCTUBRE DE 1846.
«¡ORAD POR ELLA!»

Un poco más abajo, otra mano ha grabado con caracteres irregulares, pero legibles:

«*¡Mártir y santa!*»

Raúl no sabe, ni sabrá nunca, que estas tres palabras han sido escritas por el doctor Assandri, quien todo lo ha adivinado.

A. DE PONTMARTIN.

EL ARTE

El verdadero arte no consiste solamente en cambiar ó perfeccionar la naturaleza, sino en buscar á través de ella «las cosas que son buenas, las cosas que son puras», y amándolas, poner todo cuanto poderío ó seducción tiene el pintor para expresar la hermosura de ellas, con el fin de hacerlas comprender á los demás. El amor á la belleza expresado por el pintor: he aquí lo que constituye la grandeza del arte, á condición de que este amor no sacrifique la menor partícula de verdad.

(RUSKIN.)

Las más antiguas obras de arte que poseemos son figuras de animales, sin duda groseras, pero asombrosamente características, grabadas ó esculpidas en un hueso ó en un asta de ciervo. Encuéntranse en las cavernas de Inglaterra, de Francia, de Alemania, con instrumentos de piedra, otros objetos primitivos y restos de mamíferos pertenecientes á fines de la época glacial, lo más probable, osamentas de ciervos, de osos y de otros animales que aún habitan en la Europa templada, así como cuadrúpedos cual el reno, el carnero almizclado y el mammuth, que se han retirado hacia el Norte ó han desaparecido en totalidad. Hasta creo que podemos atrevernos á esperar que más tarde se encontrarán otros dibujos que nos den informes complementarios acerca de los usos y costumbres de nuestros antepasados en esas remotas edades.

En seguida vienen, por orden de antigüedad, las esculturas y pinturas de las tumbas, de los templos y

de los palacios en Egipto y en Asiria.

Sin duda, esas escenas de los siglos pasados, consideradas como obras de arte, tienen muchas imperfecciones; pero ¡qué pintorescas y expresivas son! En la realidad, un rey no es generalmente más corpulento que sus soldados, y siempre se le representa así en esas escenas de batalla. No olvidemos que en las guerras de antigüedad los jefes tomaban evidentemente la más activa participación en los combates. Los relatos homéricos parécense desde este punto de vista á las representaciones de la vida en Egipto y en Asiria. En todos los casos, hasta el espectador más superficial sabe distinguir en seguida quién es el rey, cuáles son los oficiales, qué bando es el vencedor; ve las luchas y los sufrimientos de los heridos, al enemigo en fuga, la ciudad de refugio; al paso que en las modernas pinturas de batallas la acción es menos clara y el ojo inexperto no ve durante un rato nada más que rojo y humo.

Aun cuando no tienen la belleza de un arte más reciente, estas obras es lo cierto que tienen una grandiosidad y nobleza particularísimas.

El arte alcanzó en Grecia una perfección que jamás ha sido superada, y logró una admiración que quizá nunca ha encontrado después.

Cuando Demetrio atacó á la ciudad de Rodas, Protógenes estaba ocupado en pintar la quinta de Ialysos. «Lo cual—dice Plinio—impidió á Demetrio apoderarse de Rodas, por miedo á quemar el cuadro. Como no podía poner fuego á la ciudad por ningún otro lado, prefirió salvar el cuadro más bien que conseguir definitivamente una victoria que estaba ya en su mano. En aquel entonces Protógenes estableció su taller en un jardín extramuros de la ciudad y muy próximo al campamento enemigo, adonde á pesar del ruido de los soldados iba todos los días á dar las últimas pinceladas á los cuadros que tenía ya comenzados. Habiéndole hecho Demetrio que compareciese á su presencia, le preguntó de dónde provenía su audacia de pintar así, enmedio de los enemigos. Y respondió al rey: «He comprendido que hacías la guerra á los rodios y no á las artes.»

El arte declinó con la caída de la Grecia; no se volvió á levantar hasta el siglo XII, con Cimabue, y desde entonces no ha cesado de progresar de una manera brillante.

El arte es, sin disputa, uno de los elementos más puros y elevados de la felicidad humana. Forma el espíritu mediante los ojos, y los ojos mediante el espíritu. El arte colorea la vida, como el sol las flores.

«En el arte verdadero — dice Ruskin — la mano, la cabeza y el corazón del hombre forman una unidad. Pero el arte no es una simple distracción; no se debe aprenderlo á ratos perdidos, ni estudiarlo á falta de otra cosa mejor que hacer.»

No sólo en Oriente es donde las grandes obras, debidas en realidad al estudio y al trabajo, se han atribuido á la magia.

No basta estudiar y trabajar para llegar á ser un artista, pero nadie puede sobresalir sin eso en el arte. En arte, dos y dos no suman cuatro; y jamás cierto número de cosas pequeñas formarán una grande.

Siguiendo á graves autoridades, se ha dicho que la finalidad del arte consiste en agradar. Esta definición es muy imperfecta. Lo mismo pudiera decirse que una biblioteca está hecha nada más que para recreo y adorno.

El arte tiene sobre la naturaleza la ventaja de que introduce un elemento humano, que desde ciertos puntos de vista es superior á la naturaleza. «Si tomáis un hombre — dice Platón — tal como está formado por la naturaleza, y lo comparáis con otro hombre tal como lo representa una obra de arte, la obra de la naturaleza parecerá siempre menos bella, porque el arte es más correcto que la naturaleza.»

Bacón, en el *Progreso de las ciencias,* habla también «del mundo como inferior al alma, por la razón de que el espíritu necesita una grandeza más imponente, cualidades más reales y una variedad más completa que la que se halla en la naturaleza».

Los poetas nos dicen que habiendo hecho Prometeo una admirable estatua de Minerva, quedó tan prendada de ella la diosa, que ofreció bajar del cielo lo que quisiera para aumentar su perfección. Prometeo la rogó prudentemente que le llevara con ella, á fin de ser libre de elegir por sí mismo. Minerva consintió en ello, y viendo Prometeo que en el cielo todo estaba animado por el fuego, trajo de allí una chispa que dió vida á su obra.

En realidad, la imitación es el medio y no el fin del arte. La historia de Zeuxis y de Parrasio es una linda anécdota; pero engañar á los pájaros y aun al hombre, ¡qué objeto tan frívolo, comparado con las elevadas funciones del arte! Imitar la *Ilíada,* dice el doctor Young, no es imitar á Homero; aun cuando, como hace observar sir Joshua Reynolds, «cuanto más estudia el artista la naturaleza, más se aproxima al ideal absoluto y verdadero del arte».

En efecto, el arte debe crear tanto como copiar. Como dice Víctor Cousin, «el ideal sin la realidad

carece de vida, pero la realidad sin el ideal carece de hermosura. Ambos necesitan reunirse, tenderse la mano y firmar su alianza. Sólo así pueden terminarse las más bellas cosas. La belleza es un ideal absoluto, y no una simple copia de la imperfecta naturaleza».

La composición de un cuadro es evidentemente de la mayor importancia. Sir Joshua Reynolds nos demuestra con dos notables ejemplos cuánto puede ser modificada una figura por lo que la rodea. En uno de sus cuadros, Tintoreto ha cogido el Sansón de Miguel Angel, y poniéndole un águila á los pies, el trueno y el rayo en la mano derecha, en lugar de la quijada de un asno, le ha transformado así en Júpiter. El segundo ejemplo es más chocante todavía: Ticiano ha copiado la figura de la bóveda de la capilla Sixtina, que representa la Divinidad separando la luz de las tinieblas, y la ha introducido en su cuadro de la batalla de Cadora para representar un general cayéndose del caballo.

No olvidemos que el artista debe formar el ojo, pero no engañarlo; y que debe proponerse hablar al espíritu más bien que á los ojos. Los que aman la belleza, la verán en todas partes donde esté.

No cabe ningún género de duda que «dorar el oro fino, pintar el lirio, perfumar la violeta, pulimentar el espejo y añadir un nuevo matiz al arco íris, ó con un cirio encendido querer añadir luz al ojo espléndido del cielo, es una prodigalidad excesiva y ridícula». (Shakespeare.)

Pero no es oro todo lo que reluce, no todas las flores están vestidas como el lirio ni hay tanta libertad para elegir como para representar.

«Lo verdadero, lo bueno, lo bello—dice Cousin—no son más que formas de lo infinito. ¿Qué amamos verdaderamente en lo verdadero, lo bueno y lo bello? El infinito mismo. El amor á lo infinito sustancia se esconde bajo el amor á sus formas. Tan es así, que el infinito es lo que nos seduce en lo verdadero, lo bueno y lo bello, que no bastan estas manifestaciones solas. El artista queda descontento hasta de sus más bellas obras; aspira á más alto.»

Objétase á veces que la pintura de paisaje no es verdadera, pero nosotros preguntamos: ¿qué es la verdad? ¿Consiste en reproducir en el espíritu la misma impresión que la escena real? Si es así, tratad de dibujar de memoria un grupo de montañas y probablemente encontraréis que en la imagen que vuestro espíritu ha retenido de ellas, las montañas son más altas y escarpadas, los valles más profun-

dos y más estrechos que en la realidad; así, pues, un dibujo exacto al pie de la letra no sería verdadero, en el sentido de que no produciría idéntica impresión que la misma naturaleza.

En realidad, el arte—dice Gœthe—se llama *arte* precisamente, porque no es la naturaleza.

No basta elegir un hermoso punto de vista y dibujarlo con exactitud. El artista no debe ser un simple copista; es necesario algo más elevado y más sutil; debe crear, ó en todo caso interpretar, tanto como copiar.

Turner nunca se ha limitado á copiar ni aun el más maravilloso paisaje; ha cambiado de sitio y hasta suprimido las montañas.

Cierto caballero estaba muy deseoso de ver el modelo por el cual pintaba Guido Reni sus arrebatadoras figuras de mujeres; éste hizo tomar al que le molía los colores, hombre gigantesco y vulgarísimo, cierta actitud, y se puso á dibujar una admirable Magdalena: «Mi querido conde—dijo—lo bello, el puro ideal debe estar en el espíritu; poco importa en tal caso el modelo que se tiene.»

Pintando el San Miguel de la iglesia de Capuchinos, en Roma, Guido «deseaba tener las alas de un ángel para subir al Paraíso y contemplar las formas de esos espíritus de una hermosura perfecta, con arreglo á los cuales hubiera podido copiar su arcángel; pero no siendo capaz de subir tan arriba y como hubiera sido tiempo perdido para mí buscar su semejante acá abajo, me he visto obligado á mirar dentro de mí mismo ese ideal de belleza que me había forjado en mi propia imaginación.» (Dryden.)

En tanto que lo permiten los cortos límites de las facultades humanas, la ciencia trata de reproducir los hechos positivos de una manera un poco escueta, si se quiere, pero sincera, sin consideración á tiempos ni lugares. Para conseguirlo, debe someterse á muchas trabas vejatorias y que presentan graves inconvenientes. Por el contrario, el arte debe tratar de hacer resaltar algún aspecto particular del original para producir la viva impresión de éste.

En cierto modo, el arte da, mejor que ninguna descripción, idea clara y viva de una comarca desconocida. En literatura, una roca no es más que una roca; pero en pintura, debe ser de granito ó de pizarra, y no una roca cualquiera.

Desde hace mucho tiempo han reconocido los artistas la necesidad de aprender la anatomía, y esta ciencia siempre ha sido enseñada en la Real Academia; al paso que sólo hace pocos años que han compren-

dido la utilidad de tener conocimientos en botánica y en geología, y aun ahora mismo dista mucho de ser universalmente reconocida la importancia de estas ciencias.

Se ha escrito mucho acerca de los méritos respectivos de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Este examen, poco útil en sí mismo, holgaría aquí del todo.

La arquitectura, no sólo produce un placer intenso, sino la impresión de algo ideal y sobrehumano. Mad. de Staël la ha definido diciendo que es «una música helada», y una catedral es para ella una magnífica muestra del «pensamiento en piedra», cuyos ventanales son muros transparentes de tintes suntuosos.

Carraccio dice que los poetas pintan con palabras y los artistas hablan con sus obras. Estos últimos tienen una gran ventaja, porque una simple ojeada á una estatua ó un cuadro, basta para dar una idea más viva de las cosas, que una larga y minuciosa descripción.

La otra ventaja del arte consiste en ser comprendido en todas las naciones civilizadas, mientras que cada una de ellas tiene un lenguaje diferente.

Además, desde un punto de vista práctico, el arte tiene grandísima importancia. En un discurso reciente, sir Frederick Leighton ha hecho notar que el estudio del arte se hace de día en día más esencial, si no se quiere que tenga que resentirse la prosperidad material del país; porque la rivalidad entre la industria de Inglaterra y la de las otras naciones, rivalidad áspera y ardiente, que para algunas de las ramas de la industria equivale á una verdadera lucha por la vida, no recae ya exclusivamente en la excelencia de los materiales y la solidez de la fabricación, sino, sobre todo, en el encanto artístico y en la belleza del dibujo.

«El servicio más elevado que el arte puede prestar al hombre es el de darle, á la vez, el medio de expresar sus más nobles aspiraciones y de disciplinar sus emociones; de esta misión, más que de perfección estética, es de lo que hoy nos ocupamos.» (Haweis.)

El arte y la ciencia son como dos hermanas, ó más bien como hermano y hermana. Bajo cierto aspecto, la misión del arte se asemeja mucho á la de la mujer. Su función consiste menos en tomar parte en la dura batalla de la vida que en rodearla de una aureola de belleza y transformar el trabajo en regocijo.

En ciencia esperamos, naturalmente, el progreso, pero en arte ya no es tan evidente la cosa; sin embargo, sir Joshua Reynolds no va-

cilaba en expresar su convicción de que la pintura haría tales progresos en lo venidero, «que el mejor cuadro de nuestro tiempo sólo parecerá la obra de un niño». Podemos esperar que nuestro poder de gozar aumente en la misma medida. Wordsworth dice que los poetas tienen que formar el gusto para sus propias obras; en cierto modo, igual puede afirmarse de todos los artistas.

Hay un dominio en que los pintores modernos parecen superar á sus antecesores; gracias á ellos, tenemos la dicha de gozar con más intensidad las bellezas de la naturaleza.

No tengo la pretensión de hablar sobre este asunto con autoridad, mas paréceme que antes de Turner, hasta en los más grandes maestros, la pintura de paisaje era notablemente inferior á la de figura. Sir Joshua Reynolds nos refiere que Gainsborough amañaba una especie de modelo de paisaje encima de la mesa, con piedras rotas, hierba seca y trozos de espejo «que agrandaba y convertía en peñascos, árboles y masas de agua.» Sir Joshua discute en serio el acierto de tal procedimiento. «¿Hasta qué punto —dice con gravedad—puede servir para evocar ideas? Los profesores de paisaje son los únicos que pueden apreciarlo.» Pero no lo recomienda; y estoy dispuesto á creer que, en resumen, es más funesto que útil.

En el cuadro de *Céyx y Alcyones,* por Wilson, que, según Cunningham es, con Gainsborough, el fundador de nuestra escuela de paisaje, dícese que el castillo fué pintado teniendo á la vista un jarro de cerveza *porter,* y los peñascos por un queso de Stilton. Según otra versión, aquella pintura fué vendida por un jarro de *porter* y un queso ; lo cual no hace formar una idea muy elevada de la estimación en que por aquella época se tenía al arte del paisaje.

Hasta una fecha muy próxima, la opinión general era poco favorable á los paisajes de montaña, y se pensaba con Tácito: «¿Quién querría abandonar el Asia, el Africa ó la Italia para ir á Germania, aquella región sin belleza de líneas y sin carácter, de oscuro cielo, de aspecto melancólico?»

Es curioso leer la opinión del doctor Beathie, acerca de este punto, en su tratado especial *Verdad, poesía y música,* escrito á fines del pasado siglo: «*Los Highlands* son, en general, de un aspecto muy melancólico. Son largas extensiones de montañas cubiertas de matorrales sombríos, á menudo aún más oscurecidas por brumas; estrechos valles poco poblados y surcados por

precipicios donde se precipitan con estruendo los torrentes; un suelo tan abrupto y un clima tan triste, que la mayor parte de la Escocia no posee ni el encanto de los países de pastos, ni la actividad de las comarcas agrícolas; no se oye más que el monótono rodar de las olas que se quiebran en los bordes de los golfos y de los lagos, y ruidos siniestros que despierta cada cambio de viento en aquellas solitarias regiones llenas de ecos, de peñascales y de cavernas. No puede imaginarse hasta qué punto ese paisaje adquiere una apariencia extraña y pavorosa á la luz de la luna; esas formas indistintas proyectan como una sombra en la imaginación.»

El mismo Goldsmith miraba la naturaleza de los Highlands como pavorosa y horrible; en cuanto á Johnson, sabemos que sienta como un axioma que el más hermoso punto de vista para un escocés «es el camino real que conduce á Inglaterra.» Por eso dudamos que haya podido decir acerca de la Calzada de los Gigantes: «Merece la pena de ser vista, pero no de ir á verla.»

Mad. de Staël declaraba que andaría quinientas leguas para encontrar un hombre de talento, pero no se tomaría el trabajo de abrir la ventana para contemplar la bahía de Nápoles.

En otro tiempo, no era el paisaje lo único que se desdeñaba. El mismo Burke ha dicho, hablando de la ciudad de Stonehenge: «No tiene nada de notable, ni como situación, ni como monumentos.»

En ciertos casos un paisaje feo puede producir desastroso efecto en el sistema cerebral. Se ha supuesto ingeniosamente que si Don Quijote perdió el seso, fué menos por el estudio de los libros de caballería que por el monótono aspecto de las provincias de la Mancha.

El amor á la naturaleza no se debe ciertamente al arte sólo. Una feliz alianza del arte y de la ciencia es lo que nos ha enseñado á ver la belleza de lo que nos rodea.

El arte nos enseña á ver. «Hay centenares de personas que saben hablar, por una que sepa pensar; pero hay millares de ellas que saben pensar, por una que sepa ver. Ver con claridad es á la vez poesía, profecía y religión... Acordémonos siempre de que la grandeza del arte consiste, en primer término, en la comprensión sincera é intensa de los hechos naturales, y después en el arreglo de esos hechos por el poder de la inteligencia humana de manera que resulten útiles, interesantes y bellos para todos los que los contemplen. El gran arte no puede compararse más que á una vida noble y digna, porque el hombre inferior no ve nada con clari-

dad en todo lo que le rodea, no mira nada de frente, y se deja arrastrar por el torrente impetuoso y la fuerza irresistible de las cosas que no ha querido prever ni podido comprender; al paso que el hombre superior mira frente á frente las cosas de este mundo, y sondeándolas con una rara penetración, entra en pugna con ellas, sin premura y sin turbación, gracias á su inteligencia y á su fuerza de voluntad, agente activo é importante en las luchas por el bien y contra el mal.» (Ruskin.)

Esperamos que aún habrá mayores progresos en este punto, que se revelarán bellezas nuevas, y que hay de reserva placeres desconocidos para que los gusten quienes vengan después que nosotros; placeres que no podemos apreciar, ó de los cuales, á lo sumo, sólo podemos tener superficialísima idea.

Ahora mismo, no hay choza donde no se encuentre algún objeto que, más ó menos, se relacione con el arte (cuadro, fotografía, estatuilla); y, sin temeridad, podemos esperar que si el arte contribuye mucho ya á la dicha de la vida, esto mismo sucederá cada vez más en lo futuro.

John Lubbock.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

LOS CONGRESOS

San Petersburgo.—Amberes.—Berna.—Cristianía.—Periódicos.

Cuando se dice que los Congresos nunca son serios, se exagera ciertamente. Son una dilución de las academias, de las ferias de vanidades; pero nos dan la resultante de las medianías, del hombre de buen sentido; nos enseñan hasta qué punto ha penetrado una doctrina en una época dada, entre la turbamulta de los semisabios que forman su mayoría, y cuáles son los lados más accesibles.

I. — Congreso de San Petersburgo.—Así, hemos visto en el Congreso penitenciario de San Petersburgo algunos hombres de genio, como Latyschew, Alongi, Sichart, Prins, protestar contra las ilusiones de los juristas rancios. Allí fué donde Sichart formuló las tesis siguientes, con las cuales estamos conformes, pero que no fueron aprobadas ciertamente por ese Congreso oficinesco:

«1.° Es un hecho probado por la estadística y explicado científicamente por la antropología criminal, que la pena impuesta por la ley es incapaz de enmendar moralmente á un número muy grande de criminales.

2.° Por consiguiente, por conveniencia de la seguridad pública, la ley debiera estatuir penas de una duración indeterminada contra los criminales incorregibles y peligrosos á la vez; y contra los incorregibles, pero no peligrosos para la sociedad, debiera dictar penas de una duración relativamente corta, pero otro tanto más severas en cuanto á su modo de ejecutarse, con el fin de destruir, ó por lo menos atenuar la tendencia perversa que esos

individuos tienen á violar la ley, y ejercer sobre ellos el mayor tiempo posible una influencia intimidatoria.»

También M. Alongi escribió allí:

«Quien nace redondo, no puede morir cuadrado. Todos los criminales por hábito y de profesión son radicalmente incorregibles, y hay que procurar dos cosas: 1.°, hacerlos impotentes; 2.°, disminuir su número per la pena de muerte, ó por el aislamiento y el trabajo.»

Y M. Latyschew:

«El régimen celular se funda en la teoría de la perfectibilidad indefinida de todos los hombres, y en la creencia religiosa de que la soledad provoca inevitablemente el arrepentimiento y conduce por necesidad al bien.

»Los partidarios exaltados del nuevo sistema, inventado más alla del Océano por la secta de los cuáqueros, en su entusiasmo, creían haber encontrado una verdadera panacea universal, capaz de obrar en todas las voluntades culpables y de regenerar para una nueva vida á cada criminal, sean cuales fueren sus antecedentes, su edad, su carácter.

»Sin embargo, los resultados obtenidos en los primeros ensayos de enmienda estaban lejos de corresponder á las esperanzas de los creyentes. Un considerable número de licenciados, en la enmienda de los cuales se creía, reingresaron en la cárcel para cumplir nueva condena.

»Empezaron á introducirse diversas modificaciones en el sistema, esperando dar con un régimen penitenciario más eficaz desde el punto de vista moralizador.

»Después de haber agotado, sin resultado ninguno, todas las formas posibles del encarcelamiento, comiénzase á sospechar que la impotencia del régimen para mejorar á los presos no tiene por única causa lo imperfecto de los medios de aplicación, y que es preciso distinguir tipos criminales en la masa general de los reclusos.»

Pero, lo repito, ante las medianías, ante el montón anónimo, no tiene eco la idea genial. Hasta hubo allí congresistas, y de los más furibundos, que después de negar en público la existencia del criminal congénito, confesaron en particular que sabían muy bien que existe, pero que les conviene admitirlo á los hombres graves, magistrados, directores, etc.

Y depués de animadísimos debates, desechóse la idea de una incorregibilidad absoluta y se sustituyó por la idea de una incorregibilidad de hecho.

«Sin admitir que, desde el punto de vista penal y penitenciario, haya criminales ó delincuentes incorre-

gibles en absoluto, sin embargo, la experiencia demuestra haber de hecho individuos rebeldes á la doble acción penal y penitenciaria, los cuales, por hábito y como por profesión, reinciden en infringir las leyes de la sociedad. La sección manifiesta el deseo de que debieran tomarse medidas especiales contra esos individuos.»

Se aceptó por unanimidad. Una gran mayoría votó después proposiciones estableciendo una distinción importante en el conjunto de lo que ahora llamamos recidivistas ó relegables; el Congreso ha querido distinguir individuos menos perversos, como los mendigos ó vagabundos inveterados, recomendando contra ellos la reclusión por tiempo suficiente en establecimientos de trabajo obligatorio.

Otro párrafo proponía una reclusión prolongada, ó, según los casos, el envío á territorios ó posesiones dependientes de los países interesados, pero siempre con las garantías que la autoridad debe otorgar á los que se ven privados de la libertad—y la posibilidad de que recobren la libertad completa—por su buena conducta, sobre todo por el sistema de la liberación condicional.

He aquí las otras proposiciones votadas por el Congreso:

EXTRADICIÓN

1.° Sería de desear que las legislaciones penales particulares adoptasen como regla general el principio de la extradición, hasta sin la condición previa de reciprocidad (salvo las reservas que cada Estado creyese deber estipular).

2.° Tendiendo á convertirse la excepción en regla, de adoptarse en principio por las legislaciones particulares, la extradición, los tratados internacionales acerca de ésta, podrían cambiar de procedimiento, y en lugar de enumerar las figuras de delito sujetas á la extradición, enumerarán las figuras de delito para las cuales no se concediese la extradición.

EMBRIAGUEZ (1)

1.° El estado de embriaguez no constituye delito por sí sólo; no

(1) Diversos oradores parecieron querer considerar la embriaguez como un simple estado patológico que necesita, según se ha dicho textualmente, «de una solicitud especial» y requiere atenderse en un establecimiento *ad hoc*. Si se encarcelase á los borrachos—exclama un miembro del Congreso—muchas veces habría que encarcelar entre nosotros al vecindario entero de un pueblo. Por otra parte, algunos congresistas italianos querían que la embriaguez fuese delito, con la única condición de ser pública y notoria. Según ellos, el Estado, con un fin

da lugar á represión sino en el caso de manifestarse públicamente en condiciones peligrosas para la seguridad, ó por actos propios por su naturaleza para perturbar la tranquilidad y el orden públicos.

2.° No puede negarse la utilidad de disposiciones legislativas estableciendo medidas coercitivas, tales como la reclusión en un hospicio ó una casa de labor, de los individuos habitualmente entregados á la embriaguez y que llegasen á estar á cargo de la asistencia ó beneficencia públicas, ó se entregasen á la mendicidad, ó fuesen peligrosos para sí mismos ó para otro.

3.° Urge hacer á los dueños de despachos de vino ó de espirituosos penalmente responsables por despachar licores fuertes á individuos manifiestamente beodos.

4.° En caso de infracción penal cometida en estado de embriaguez:

I.—El estado de embriaguez incompleta no puede en ningún caso eximir de responsabilidad; como circunstancia que influya en la cuantía de la pena, el legislador no puede declararla atenuante ni agravante, sino que su influjo sobre dicha cuantía debe depender de las circunstancias de cada caso particular.

II.—El estado de embriaguez completa exime de responsabilidad en principio, excepto en los casos siguientes:

a). Cuando la embriaguez constituya por sí misma una figura de delito; y

b). En el caso de las «*actiones liberæ in causa*», cuando el autor se embriaga sabiendo que en estado de ebriosidad *debe ó puede* cometer una infración criminal; en el primer caso se hace responsable de un delito cometido con premeditación; en el segundo, de un delito por negligencia.

ENSEÑANZA DE LA CIENCIA CRIMINAL (1)

1.° El congreso es de parecer que es muy útil la enseñanza de la

---

preventivo debiera castigar, por lo menos como culpable de una falta de policía y como responsable de todos los desórdenes consecutivos, á cualquiera que se presentase en un sitio público en estado de embriaguez evidente.

Los miembros franceses de la sección pidieron que para ser penada la embriaguez no sólo fuese pública y manifiesta, sino que notoriamente diese margen á un escándalo ó á un peligro.—¿Un peligro para quién?—se ha preguntado.—Para otro ó para sí mismo—se ha respondido. Y estas últimas palabras se encuentran, en efecto, en el texto de las conclusiones votadas por la sección y por la Asamblea general.

(1) Varios oradores han podido establecer que esta enseñanza se daba ya en sus respectivos países, y que la disciplina de las prisiones no se había resentido en manera alguna por la especie de clínica penitenciaria por medio de la cual se trataba de completarla.

Joly pidió por vía de enmienda, que el tí-

ciencia criminal y penitenciaria, y muy de desear; y que el estudio científico de la aplicación de las penas puede compadecerse fácilmente con las exigencias de la disciplina penitenciaria.

2.° Hace votos porque en las universidades de los diferentes países se cree una cátedra de ciencia criminal y penitenciaria, y porque la administración penitenciaria ofrezca las facilidades necesarias para sostener y alentar ese estudio.

3.° Es de parecer que convendría crear bibliotecas de ciencia penitenciaria en los establecimientos penales y para uso de los funcionarios de esos establecimientos.

OCULTACIÓN FRAUDULENTA (1).

Para combatir de una manera eficaz la ocultación de objetos robados, cabe:

1.° Dictar disposiciones reglamentarias destinadas á precaverla, respecto á ciertas profesiones, tales como las de banqueros ó cambistas, joyeros y corredores de alhajas, etc.

2.° Hacer que la ocultación de cosas robadas no sea un caso de complicidad, sino un delito especial.

---

tulo de la cátedra reclamada se modificase ligeramente, y que la frase «enseñanza de la ciencia penitenciaria» se sustituyese por esta otra: «enseñanza de la ciencia criminal penitenciaria.» Para combatir á un enemigo, sea el que fuere, ante todo importa conocerle bien. Por eso, la lucha de la sociedad contra los malhechores debe ilustrarse por medio de un conocimiento tan profundo como sea posible acerca de la naturaleza del crimen y del delito, de sus variedades, de sus causas y de su historia. Dicha enmienda se aceptó por unanimidad de votos.

(1) La discusión puso de manifiesto cierto número de hechos interesantes. Esta práctica es antigua, y se ha perfeccionado y extendido. Los delegados de España y Portugal afirman que en sus países la práctica de la ocultación por terceras personas de los objetos robados es un elemento constante de toda asociación criminal. Un delegado de Baviera llama la atención acerca de ciertas casas organizadas para la ocultación clandestina, como otras lo están para el libertinaje clandestino, con diferentes salidas y escaleras. Recuerda que se ha propuesto considerar estas casas como barcos de piratas, y que se ha pedido su confiscación. Pero otros miembros insisten más en el carácter internacional que la ocultación fraudulenta ha tomado en nuestros días. Todo el mundo sabe que las agencias inglesas han organizado muy sabiamente esta fructuosa industria. Centralizan en Londres los objetos robados y sobre todo los títulos; luego fingen haber encontrado esos títulos y haber obtenido la restitución de ellos, y se los ofrecen á sus legítimos propietarios mediante un corretaje de 30 á 60 por 100, según los casos.

A propósito de esto, M. Dumas, director de asuntos criminales en el ministerio de Justicia de Francia, dió á la reunión cifras edificantes suministradas por una indagación de la prefectura de policía. En un solo año, las investigaciones hechas en París han reconstituido un total de 2.500.000 francos, transportados de Francia á Inglaterra, según noticias de la policía, y que han dado lugar á ese tráfico de sedicente restitución, hasta concurrencia de la mitad de dicha suma próximamente. No cabe duda de que un comercio análogo se practicará igualmente en detrimento de Bélgica, y también, sin duda, de Alemania.

3.° Establecer una agravación progresiva de penas para la reincidencia en esta materia.

REPRESIÓN Y DELITOS DE LOS DETENIDOS

No ha lugar á eximir de la jurisdicción de los tribunales ordinarios los delitos contra el derecho común cometidos por los reclusos durante su encarcelamiento, de cualquiera naturaleza que aquellos fueren; salvo, naturalmente, el caso en que esos delitos tengan señalada una pena especial por las leyes ó los reglamentos concernientes al orden y á la disciplina de los establecimientos penales.

PRISIONES

1. Es de desear que para la detención preventiva se establezcan prisiones especiales en cuanto fuere posible, y en caso contrario, que se destine al efecto un departamento especial en las cárceles.

2. Para la detención preventiva se adoptará como regla general la separación individual, y no podrá reemplazarse por la detención en común durante el día, á petición del detenido, sin que lo autoricen el poder judicial ó el administrativo.

3. Cuando los detenidos fueren menores de edad se les aplicará también el régimen de separación individual, y la detención sólo se ordenará en los casos de necesidad absoluta; es de desear que los menores de diez y siete años beneficien el estado de libertad, hasta el momento en que recaiga fallo definitivo acerca de su suerte.

4. La separación individual será reemplazada por la detención en común para las personas que no pudieren soportar aquélla impunemente para su salud, á causa de edad avanzada ó de indisposiciones físicas ó psíquicas.

5. Los detenidos deben ser tratados con arreglo al derecho común. La detención preventiva sólo traerá consigo las restricciones exigidas por su objeto mismo y para sostener el orden de la prisión.

6. La administración local no podrá aplicar á los detenidos preventivamente más que las medidas disciplinarias previstas en los reglamentos, y estrictamente necesarias para mantener el orden y la tranquilidad.

7. La actividad de las sociedades de patronato organizadas en pro de los cumplidos de condena, debiera extenderse también en pro de los presos que gozan de la libertad provisional.

LIBERTAD CONDICIONAL

1. Estando destinada á la vez toda pena á castigar al culpable, á colocarle en la imposibilidad de hacer daño y á darle medios de rehabilitarse, y permitiendo las penas de larga duración, esperar más que las otras, la enmienda del penado, la organización de estas penas deberá inspirarse en los principios de reforma que rigen á las penas de corta duración.

2. Toda pena de larga duración comenzará por cierto tiempo de reclusión celular.

3. Después de ese tiempo de reclusión celular diurna y nocturna, cuando el penado sea admitido al trabajo en común durante el día, continuará siendo encerrado en celda durante la noche.

4. La administración deberá organizar lo más posible trabajos al aire libre, y de preferencia trabajos públicos, pero con la condición indispensable de que esos trabajos se instalarán de tal manera que los detenidos no puedan estar nunca en contacto con la población libre.

5. La libertad condicional sólo se concederá con todo el tiempo posible y siguiendo una gradación paralela á la enmienda del penado.

6. Se crearán patronatos, por iniciativa privada ó de la administración, para proteger á los penados mientras dure su libertad condicional y velar por ellos hasta que, después de su libertad definitiva, parezcan enmendados por completo.

TRABAJO EN LAS PRISIONES

1. Siendo necesario el trabajo útil, y en lo posible productivo, para los detenidos, cualquiera que fuere el régimen penitenciario á que estén sujetos, conviene examinar en cada país, según su situación, cómo puede suministrarse prácticamente el trabajo y dirigirse de modo que corresponda á las reglas y necesidades diversas de la obra penitenciaria, sea por el sistema de administración ó por el sistema de contrata.

2. Siendo el trabajo la parte principal de la vida penitenciaria, debe someterse en su organización y funcionalismo á la autoridad pública, única con atribuciones para inspeccionar la ejecución de las leyes penales. Así, pues, no pueden abandonarse los penados á la explotación de intereses particulares.

3. De una manera general, pero sin que convenga imponer reglas absolutas, el sistema de administración parece facilitar mejor la subordinación del trabajo, como de cualquiera otra parte del régimen penitenciario, á la obra que se trata de

realizar. Pero en razón á las dificultades que puede presentar la organización de los trabajos de interés público, es concebible que la administración recurra á empresas ó industrias privadas, con tal de que la utilización de la mano de obra no constituya el dominio de un contratista sobre la persona y la vida de un penado.

4. En la organización de los trabajos penitenciarios y particularmente en el sistema por administración, es de desear que las ventajas de la mano de obra se le reserven al Estado; y puede manifestarse, por consiguiente, que el Estado sea, en la medida de lo posible, productor y consumidor á la vez de los objetos trabajados por la mano de obra penal.

Dada la obligación estricta de hacer trabajar á los penados, es inevitable y necesario que su mano de obra dé productos útiles, como hubiera de darlos en la vida libre. Sin embargo, el trabajo penal, si está organizado con discernimiento por una administración dueña siempre de regular sus condiciones, parece que sólo puede hacer una competencia de escasa importancia al trabajo libre.

Esta concurrencia parece, sobre todo, que equitativamente no puede ser objeto de reclamaciones, cuando se trata de trabajos agrícolas de interés público y con la ventaja de evitar el cambio transitorio de profesión de los trabajadores del campo, ó de trabajos industriales que funcionen para el mismo uso de los establecimientos penales ó para otros servicios públicos que corran por cuenta del Estado.

De un modo más especial, y sin pretender fijar reglas absolutas, el Congreso se cree en el deber de recomendar:

1.° Que la mano de obra se utilice en lo posible, y sin perjuicio de los fines penitenciarios de necesidad, en las mismas necesidades de la vida de los penados y en el funcionalismo de los establecimientos penales.

2.° Que las ventajas que puedan resultar de esta mano de obra se reserven lo más posible para el servicio del Estado y no en beneficio de las explotaciones ó empresas particulares.

3.° Que la fijación de los efectivos de cada industria en un lugar determinado, la elección, variedad y reemplazo de esas industrias, la determinación de los salarios y tarifas del trabajo, estén combinados de manera que no permitan constituir protección, privilegio, ni fuerzas abusivas capaces de deprimir las industrias libres correspondientes.

4.° Que la autoridad pública

conserve siempre, de cualquier modo de organización que fuere, el medio de contener toda competencia abusiva que se produjere, llegar al paro de los penados y sin abandonarlos á la explotación ó al poder de cualquier asentista ó industrial.

ESTÍMULOS AL TRABAJO

1. Un sistema de recompensas y estímulos materiales y morales á los penados, que indicase el reglamento y la administración fuese libre de escoger, sería provechoso para la buena disciplina y para la enmienda de los reclusos.

2. Las medidas indicadas debieran ser la retribución de la asiduidad en el trabajo y de la buena conducta, sin perjuicio del carácter y propósito de la pena.

3. Cabe dar la mayor extensión á los medios morales de estímulo y recompensa, como la esperanza de abreviar la pena, la autorización para adquirir libros, para enviar socorros á la familia.

4. En punto á estímulos materiales, es admisible la autorización de sustancias alimenticias que, sin tener el carácter de golosinas, parezcan útiles desde el punto de vista higiénico.

5. El penado pudiera ser autorizado para disponer en beneficio de sus necesidades materiales y morales de una parte alícuota de su peculio, limitada por el reglamento en general y por la opinión razonada del jefe del establecimiento en cada caso particular.

6. La parte de peculio puesta de reserva debiera depositarse, al dar libertad al cumplido, en manos de las autoridades ó de las sociedades de patronato, quienes se encargarán de írsela entregando por fracciones al licenciado, conforme á sus necesidades.

7. Sólo con autorización del director del establecimiento podría admitirse que el penado disponga de su patrimonio, independiente de su peculio, como medio de satisfacer sus necesidades en el interior del penal.

FUNCIONARIOS DE ESTABLECIMIENTOS PENALES

1. Desde el punto de vista de los intereses de la obra penitenciaria, tiene la mayor importancia el reclutar bien los funcionarios, empleados y agentes del servicio de las prisiones.

2. Respecto al camino que para ello se debe tomar, debe distinguirse entre el personal superior y el personal inferior.

3. En primer término, importa determinar las condiciones de admisión para esos cargos. Podrán

admitirse con preferencia: para los empleos superiores, las personas que posean la instrucción general que requieren; para las funciones inferiores, en tanto sea posible, antiguos militares que hayan terminado su servicio obligatorio.

4. La preparación de los candidatos á las funciones superiores comprenderá: *a)* cursos de historia y teoría de la ciencia penitenciaria, *b)* el estudio práctico de todos los detalles del servicio de las prisiones, dirigido por los jefes de las cárceles modelo. Concluido el período de práctica, los candidatos se incluirán en una lista de aspirantes, para ser nombrados por quien tuviere atribuciones para ello.

5. La instrucción preparatoria de los candidatos á las funciones inferiores, comprenderá sobre todo un servicio práctico penitenciario, que pudiera equivaler, por ejemplo, á la institución de las escuelas de vigilantes que funcionan en ciertos países; siendo dirigido este servicio por jefes de prisiones experimentados en los mismos lugares en cuyo radio tengan que entrar en funciones los candidatos.

6. Es esencial asegurar al personal emolumentos y ventajas correspondientes á la tarea tan honrosa y tan difícil que tienen que realizar para bien de la sociedad; una parsimonia exagerada no podría menos de ser perjudicial, desde todos los puntos de vista.

II.—Congreso de Amberes.—El Congreso internacional para el estudio de las cuestiones relativas á la protección de la infancia, al patronato de los presos y cumplidos, á la mendicidad y vagancia, que se abrió en Amberes el 9 de Octubre, con trescientos setenta y ocho congresistas, dió resultados mucho más importantes, que resumo en estas conclusiones:

Protección de la infancia

1. El mejor sistema aplicable á los niños incluseros, abandonados ó huérfanos es, en principio, colocarlos con familias, particularmente del campo.

2. Entiéndese por *niños moralmente abandonados* los que por efecto de achaques físicos, negligencia, vicios de sus padres ú otras causas, se encuentran abandonados á sí mismos y faltos de educación.

3. La colocación de los niños moralmente abandonados irá precedida, por regla general, de una información acerca de la conducta y el carácter del niño, la situación y moralidad de los padres, y si ha lugar á ello, de un tiempo de observación y estudios especiales acerca del niño mismo.

4. Las maneras de educar apli-

cables á los niños moralmente abandonados, según la edad en el momento de admitirlos y según las circunstancias, son:

La colocación en familia, particularmente en el campo;

La escuela, en calidad de interno ó semiinterno;

La colocación aislada, y

La colocación por grupos.

En principio, está reconocido como lo mejor la colocación en familia.

5. Debe pronunciarse la privación de la patria potestad contra los padres ó ascendientes condenados por crímenes ó delitos que puedan comprometer la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

Esa inhabilitación será obligatoria ó potestativa, según la naturaleza y la gravedad de los crímenes y delitos.

La misma inhabilitación podrá pronunciarse contra los padres ó ascendientes cuya notoria mala conducta, embriaguez habitual, malos tratos ó abusos de autoridad, comprometiesen la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

6. Los hijos de padres inhabilitados para la patria potestad serán puestos bajo la tutela de la autoridad pública, á menos que los tribunales no decidan otra cosa.

7. Es de desear que la privación de la patria potestad no se pronuncie *nunca* de un modo absolutamente definitivo ó irrevocable, sino que *en todos los casos* quien ha incurrido en ella pueda ser rehabilitado judicialmente y recobrar el ejercicio de los derechos que le incumben para cumplir con sus hijos el deber de educarlos, que por la naturaleza y por la ley le está impuesto.

8. La detención carcelaria por vía de corrección paterna debe suprimirse.

9. La reclusión del hijo por vía de corrección paterna sólo puede ordenarla el juez, quien debe tener siempre derecho para hacerla cesar (1).

---

(1) El Código civil, en el párrafo segundo del art. 156, dice que: «Asimismo *(el padre, y en su caso la madre)* podrán reclamar la intervención del juez municipal para imponer á sus hijos *(legítimos, legitimados, naturales reconocidos ó adoptivos)* hasta un mes de detención en el establecimiento correccional destinado al efecto, bastando la orden del padre ó madre, con el V.° B.° del juez, para que la detención se realice.» Según el art. 157 del mismo: «Si el padre ó la madre hubieren pasado á segundas nupcias, y el hijo fuere de los habidos en anterior matrimonio, tendrán que manifestar al juez los motivos en que fundan su acuerdo de castigarle; y el juez oirá, en comparecencia personal, al hijo, y decretará ó denegará la detención sin ulterior recurso. Esto mismo se observará cuando el hijo no emancipado ejerza algún cargo ú oficio, aunque los padres no hayan contraído segundo matrimonio.» Y el art. 158, dice así: «El padre, y en su caso la madre, satisfarán los alimentos del hijo detenido; pero no tendrán intervención alguna en el régimen del establecimiento donde se le detenga, pu-

Los niños reclusos serán puestos bajo la tutela de la autoridad pública, á menos de que los tribunales no decidan otra cosa.

PATRONATO DE LOS PRESOS Y DE LOS CUMPLIDOS

1. El patronato de los rematados es el complemento indispensable de todo sistema penitenciario normal.

2. Debe revestir la forma más adecuada á las tradiciones, costumbres y legislación de cada país.

Sin proscribir ninguna de ellas, el Congreso considera que, para producir todos sus efectos, el patronato debe ser obra sobre todo de la iniciativa privada, estimulada y sostenida por el apoyo moral, y, si es preciso, por la ayuda pecuniaria de los gobiernos.

3. El Congreso expresa su deseo de que se creen sociedades de patronato en todos los lugares donde exista algún establecimiento de represión, con una organización que permita seguir á los licenciados á los puntos donde se dirigieren.

4. El Congreso expresa su deseo de ver que las juntas de patronato se recluten entre toda clase de profesiones, y que adquieran la cooperación, no sólo de los patronos industriales, sino también de los contramaestres de fábricas ó talleres, y de los obreros ó de las corporaciones gremiales.

5. Recomienda relacionar entre sí las instituciones de cada país por medio de un órgano central que, conservando á cada sociedad su carácter propio y su autonomía, multiplique sus medios de acción con el cambio de impresiones y de informes, y con la asociación de los esfuerzos.

6. Además, es de desear que se entablen relaciones entre las instituciones de los diversos países para favorecer la acción común en los términos del voto emitido por el reciente Congreso de San Petersburgo.

7. El patronato debe estar preparado antes del licenciamiento del recluso. Para ello, se harán visitas á las cárceles por miembros de las sociedades reconocidas por el gobierno, respetando los reglamentos carcelarios y sin usurpar atribuciones del servicio penitenciario.

8. El patronato consiste, ante

---

diendo únicamente levantar la detención cuando lo estimen oportuno.»

Por su parte, el Código penal dispone en su art. 603, párrafo 7.º, que: «Los hijos de familia que faltaren al respeto y sumisión debidos á sus padres serán castigados con la pena de cinco á quince días de arresto y reprensión.» Según el art. 602, se castigará con la pena de arresto menor en su grado máximo á quien causare á su hijo, padre ó cónyuge, lesiones que le impidan trabajar ó requieran asistencia facultativa, de uno á siete días.—(N. DEL T.)

todo, en buscar, y, si es posible, organizar el trabajo.

También se recomiendan la reconciliación con la familia ó con los antiguos patronos, la repatriación, la expatriación; y para los jóvenes, el aprendizaje y el enganche en el ejército, según los usos de los diversos países y las circunstancias.

9. Sólo excepcionalmente puede admitirse el socorro en metálico, para una necesidad determinada, y casi siempre á título de préstamo.

10. El patronato debe comprender, en cuanto sea posible, la asistencia de los miembros de la familia á cargo del detenido ó del rematado de condena.

11. Convendría que el peculio del licenciado pudiese confiarse á las sociedades de patronato para entregársele en fracciones y según sus necesidades.

12. El Congreso, en conformidad con los votos hechos por el de San Petersburgo, considera como una traba real para el patronato, como un obstáculo contra la posibilidad de hallar trabajo, y, por consiguiente, como una causa fatal de recaída para los cumplidos, la divulgación que se hiciese con demasiada facilidad á los particulares, de los informes contenidos en los autos procesales ó en manos de la policía.

13. Los refugios ó asilos con el fin de recoger provisionalmente á los rematados sin recursos, ó de darles trabajo á falta de colocación fuera de ellos, son un medio de acción necesario para las sociedades que tienen que asistir á gran número de patrocinados.

La división de los rematados en pequeños grupos recomiéndase en todas partes donde pueda establecerse sin grandes dispendios.

Los principios esenciales para la organización de los asilos, consisten en: la libertad de ingresar, la libertad de salirse, un reglamento preciso acerca de la duración de la estancia y los motivos de prolongarse ésta, un régimen sencillo, una disciplina adecuada al fin moral que se proponen, y la instalación de medios para proporcionar trabajo á los refugiados.

14. La sujeción á la vigilancia de la policía es un grave obstáculo para la obra del patronato.

En el estado de la legislación penal, sería de desear que el individuo puesto bajo la vigilancia especial de la policía quedara relevado de ella, mientras estuviere sometido á la acción del patronato, ya por indulto, ya por libertad condicional.

MENDICIDAD Y VAGANCIA

1. *a)*—Todo individuo reconocido incapaz en absoluto para ga-

narse la vida, tiene derecho á la asistencia pública, y no puede considerársele como mendigo ó vago, ni incurre bajo este título en los rigores de la ley penal.

b)—La asistencia pública tiene el deber de guardar ó de ayudar eficazmente á los convalecientes, hasta que tenga la fuerza necesaria para ejercer su oficio ó profesión.

c)—Los establecimientos ó sociedades de asistencia pública y privada, deben completar su obra ocupándose en buscar trabajo para los indigentes á quienes asisten, y mientras tanto, emplearlos en un trabajo momentáneo que cubra parte de los gastos de la asistencia prestada.

Las administraciones de las ciudades cuidarán de emplear lo más posible á los asilados en los servicios públicos.

d)—Los establecimientos y las sociedades benéficas, deben favorecer la repatriación á los pueblos de su naturaleza, de los indigentes de las grandes ciudades.

Los municipios de donde sean naturales los vagos, deberán coadyuvar á esta repatriación.

Conviene obtener de las compañías de ferrocarriles, para esa repatriación, billetes á precio reducido ó pases gratuitos.

2. Como remedio contra la vagancia y la mendicidad, conviene desarrollar las instituciones de previsión y de beneficencia, no sólo particulares, sino también las de carácter público, tales como las cajas de seguros, las cajas ó los asilos para los inválidos del trabajo, etc.

3. En cuanto, conforme á las leyes de cada nación, se reconoce á un individuo como vago, recidivista calificado, debe permanecer el mayor tiempo posible bajo la tutela del Estado, y ser sometido á un régimen más severo, con facultad, por parte de la autoridad, para aplicar la libertad condicional.

4. Para atajar los progresos de la vagancia y de la mendicidad, conviene alentar la creación de instituciones, y provocar medidas legislativas destinadas á combatir el alcoholismo.

Aspiración general.—El Congreso hace votos porque los poderes públicos favorezcan con la mayor amplitud posible la extensión y la iniciativa individual en pro de todas las obras de beneficencia.

III. Unión alemana del Noroeste para la reforma de las prisiones (1).—Se ha declarado opuesta á la institución de la «condena condicional», útil tan sólo para reemplazar á las penas cortas; vale más recurrir exclusivamente á la institución de condenas suspensivas.

---

(1) *Nord-West Deutsch. Verein fur Gefonguissevesen*, 1890.

Respecto á la necesidad reconocida de una reforma, sólo se ha decidido la transformación racional de las penas de corta duración. La asamblea ha tenido presente los serios peligros que podría producir aquella institución, dado, sobre todo, su carácter potestativo. Por otra parte, una vez admitida la condena condicional, con carácter obligatorio, pudiera asegurar la impunidad del primer delito á gran número de delincuentes.

Por otra parte se ha propuesto, para sustituir á la condena condicional, en ciertos casos, la pena de represión judicial; así como también sustituir, en numerosos casos, las cortas penas privativas de libertad, por la pena de trabajo forzado (pero remunerado), sustituible, en caso de falta de ejecución, por la pena privativa de libertad.

Esta pena de trabajo forzado parece también recomendable como pena eventual, en los casos en que no se hagan efectivas las multas.

IV. Congreso de la Unión Internacional de derecho penal.—La Unión Internacional de derecho penal, fiel á su bandera, que es también la nuestra, ha votado estas conclusiones, en su segunda reunión celebrada en Berna bajo la presidencia de M. Ruchonnet, presidente de la República helvética:

1. Hay malhechores en quienes, por su estado físico y moral, es insuficiente la reacción habitual de la pena ordinaria.

2. En esta categorían entran, en particular, los reincidentes endurecidos, que deben considerarse como criminales degenerados, ó criminales de profesión.

3. Estos malhechores deben ser sometidos, según el grado de su degeneración y el peligro que ofrecen, á medidas especiales destinadas á ponerles en condiciones de no poder dañar y de enmendarlos, si es posible.

Estas proposiciones nos manifiestan que cuanto menos oficiales son los Congresos, más se aproximan á lo verdadero.

V.—Unión internacional de derecho penal. (Sección alemana).—En la reunión de la Sección alemana de la misma Unión, celebrada en Halle los días 26 y 27 de Marzo de 1890, discutiéronse diversas cuestiones importantes, entre las cuales apuntamos las siguientes:

1.° ¿En qué condiciones parece que se debe recomendar introducir la condena condicionalmente en la nueva legislación penal?

Se ha zanjado la cuestión en el sentido que parece necesario modificar el actual sistema penitenciario, restringiendo el empleo de las penas de corta duración; por eso, cabe recurrir á la condena condi-

cional cuando se trata de una pena privativa de libertad menor de *tres meses*.

2.° ¿Cómo debe precisar la ley penal los elementos de la reincidencia, y qué penas deben aplicarse á los reincidentes, en especial á los incorregibles?

Después de una larga discusión se decidió casi por unanimidad extender lo más posible los elementos de la reincidencia, y hasta el caso en que el nuevo delito no sea idéntico al primero. Bastaría que fuese del mismo género, incumbiendo su designación al legislador. Quien ha cometido varias recidivas debe sufrir una agravación de pena, con reclusión ulterior en una casa de trabajo correccional, perpetua en caso necesario para los incorregibles, con libertad condicional después de un plazo de cinco años (1).

(1) Nuestro Código penal castiga la *reiteración* (art. 10, núm. 17) y la *reincidencia* (art. 10, núm. 18), reputándolas como circunstancias *agravantes*. Dicen así, textualmente: «Art. 10, núm. 17. Haber sido castigado el culpable anteriormente por delito á que la ley señale igual ó mayor pena, ó por dos ó más delitos á que aquélla señale pena menor. (Esta circunstancia la tomarán en consideración los tribunales, según las circunstancias del delincuente y la naturaleza y los efectos del delito).—Art. 10, núm. 18. Ser reincidente. (Hay reincidencia cuando al ser juzgado el cupable por un delito, estuviere ejecutoriamente condenado por otro *comprendido en el mismo título* de este Código).»—Como se ve, la reiteración se funda en la *cuantía* de la pena, y la reincidencia en la *calidad* del delito (los dos casos de *recidiva*).—(N. DEL T.)

VI.—Congreso de Cristianía.—Las resoluciones siguientes fueron votadas por el útimo Congreso de la Unión en Cristianía (Agosto de 1891):

1. Mediante una organización satisfactoria de la pena pecuniaria, cabe recomendar á la legislación y á la jurisprudencia un empleo más extenso de aquélla, especialmente:

a) En los casos menos graves, como pena principal potestativa;

b) En todos los casos, como pena accesoria potestativa.

2. Al fijar la cuantía de la multa, aparte de las otras bases para la determinación de la pena, deben tenerse en cuenta las condiciones de fortuna del culpable.

3. En las legislaciones contemporáneas, cabe aumentar el máximum de la multa y fijar su mínimum lo más bajo posible.

4. Cabe recomendar vivamente á los legisladores que faciliten todo lo posible el pago de la multa, más que nada autorizando para hacer pagos parciales (pago á plazos).

5. Es preciso, en cuanto sea posible, excluir la transformación de la multa incobrable en pena privativa de libertad.

6. Cabe aplicar á las penas pecuniarias el principio de la condena condicional.

1. La legislación penal debe tener en cuenta, más de lo que lo ha hecho hasta hoy, la reparación debida á la persona lesionada (1).

2. Para las infracciones ligeras contra la propiedad no debe pronunciarse ninguna pena si en tiempo oportuno el culpable ha indemnizado á su víctima.

Este principio no es aplicable si anteriormente el culpable ha sido condenado por algún delito contra la propiedad.

3. Merece investigarse, y hasta qué punto, si el peculio puede destinarse á la reparación debida á la persona lesionada.

---

1. Para el más completo estudio del carácter y nocividad de los delincuentes por hábito, sobre todo de los incorregibles—estudio absolutamente indispensable para la legislación—la Unión encarga á su junta directiva que se dirija á los diferentes gobiernos para hacer resaltar el gran interés que tiene una estadística detallada, precisa, uniforme, de la recidiva, y que se preste á un estudio comparativo.

2. Respecto á los delincuentes por hábito é incorregibles, es absolutamente necesario que el juicio del último delito cometido no estatuya en definitiva acerca del tratamiento del delincuente, sino que esta decisión quede para una instrucción relativa á la persona del delincuente, su pasado, su conducta durante un período de prueba que se haya de determinar, etc.

VII.—Periódicos.—También citaremos como una de las mejores pruebas de los recientes progresos de la antropología criminal, la fundación de *La scuola positiva*, revista quincenal que aparece en Nápoles desde el mes de Mayo de 1891, bajo la dirección de Ferri, Fioretti, Garofalo y Lombroso.

---

(1) El art. 18 del Código penal dice que «toda persona responsable criminalmente de un delito ó falta, lo es también civilmente». El cap. II, tít. II, lib. I, determina las personas responsables civilmente de los delitos y faltas, tanto principal como subsidiariamente. El tít. IV, lib. I, determina cómo se hará efectiva la responsabilidad civil antedicha. El núm. 3.º del art. 121 preceptúa la indemnización de perjuicios. El art. 124 declara que «la indemnización de perjuicios comprenderá, no sólo los que se hubieren causado al agraviado, sino también los que se hubieren irrogado por razón del delito á su familia ó á un tercero». Respecto al trabajo de los condenados, los arts. 107 y 110 preceptúan que los sentenciados á cadena temporal ó perpetua, y á reclusión perpetua ó temporal trabajarán en beneficio del Estado; el art. 111, que los condenados á relegación temporal y perpetua podrán dedicarse *libremente* á su profesión ú oficio; el art. 114, que el producto del trabajo forzado de los condenados á presidio se destinará á *hacer efectiva la responsabilidad civil*, á indemnizar los gastos ocasionados al establecimiento, y para formarles un peculio; el art. 115 determina también lo mismo para la pena de prisión, y el art. 118, para el arresto mayor.—(N. del T.)

Hasta ahora nuestra escuela sólo tenía un órgano en la prensa científica italiana, el *Archivio di psichiatria e di scienze penali*.

El carácter teórico de los estudios publicados en el *Archivio* hacía de él una revista que interesaba exclusivamente á los hombres de ciencia. *La scuola positiva*, por el contrario, ha querido ponerse al nivel de la gran mayoría de los abogados y de los magistrados, publicando artículos de una importancia enteramente práctica.

La batalla dada contra el nuevo Código penal, y la crítica de la legislación y de la jurisprudencia hecha con un método hasta aquí desconocido para los metafísicos del derecho, han derribado el palenque cerrado de los juristas rancios que no esperaban ver criticar en nombre de la antropología y de la psicología criminal los fallos de los tribunales de apelación y de casación, y que creían ser los estudios de nuestra escuela un simple *ludus scientificus* extraño al derecho y que jamás había de ejercer influjo ninguno sobre la jurisprudencia.

Casi todos los artículos publicados en *La scuola positiva* tienen una importancia relativa y particular á Italia. Y fácilmente se comprende la razón: las discusiones acerca del nuevo Código penal italiano, naturalmente, sólo á los italianos pueden interesar.

Sin embargo, algunos estudios escritos con un espíritu más general merecen llamar también la atención de los jurisconsultos extranjeros. Citemos, por ejemplo, los estudios del consejero de casación, Arabia, acerca de la administración de justicia en Italia; de Ferri, sobre los sustitutivos penales y la criminalidad en Italia; de Garofalo, Carelli y Sancipriano, respecto al Jurado y las reformas del enjuiciamiento; de Fioretti, acerca de la noción clásica del robo; de Singhele, á propósito de la jurisprudencia sobre el porte de armas.

Los colaboradores de la nueva Revista son muy numerosos: la *Scuola positiva* ha publicado ya artículos de corresponsales de casi todas las grandes ciudades de Europa y de América, entre los cuales citaremos á M. Blanchemanche, de Bruselas; el Sr. Pérez y Oliva, de Madrid; Mr. Morrison, de Londres; Van Hamel, de Amsterdam; el señor Vieira de Araujo del Brasil; Mr. Mac Donald, profesor de criminología en la Clark University (Estados Unidos), etc.

Y también tiene corresponsales en las ciudades de Italia, quienes examinan sobre todo los debates desde el punto de vista positivista, como los Sres. Moschini, sustituto

del procurador del rey, Albano, Fabriz, etc.

M. Tarde ha publicado, en uno de los últimos cuadernos, un artículo interesantísimo acerca de las leyes de la imitación. Y monsiur Naquet, el apóstol del divorcio, se ha dignado elegir esta Revista para contestar á una conferencia dada en Roma por el señor marqués Crispolti, un papista inflexible pero muy inteligente.

La *Scuola positiva* no descuida el estudio y las reformas del derecho civil, al cual se intenta ahora en Italia, por muchas innovaciones, aplicar el método experimental para rejuvenecer esta vieja rama del derecho, harto ligada aún con las reglas del antiguo derecho romano. Sobre todo desde el punto de vista penal se quiere reformar el derecho civil, harto apegado hasta aquí al individualismo, por lo que toca á la propiedad, á la sucesión, á los contratos industriales, etc.

Y la *Scuola positiva* ha publicado ya acerca del derecho civil artículos de los señores D'Aguanno, Mortara, Gianturco, Salvioli, Fioretti, Vadalà Papale, Cogliolo, Tortori, etc. La nueva Revista tampoco descuida los estudios económicos, que representan hoy uno de los puntos más importantes del movimiento científico y que tienen vínculos tan estrechos con la sociología criminal y jurídica en general. Nitti, el autor del *Socialismo católico*, nos ha dado brillantes artículos sobre la manifestación obrera del 1.° de Mayo y sobre el *Salvation Army;* Cavagnari, el autor *I nuovi orizzonti del diritto civile,* ha publicado estudios acerca de la infancia abandonada y de la cuestión obrera en Milán; Alongi, el autor de los estudios sobre la *Camorra* y la *Maffia,* ha escrito á propósito de la vida social en los pequeños municipios rurales; Zerbogli ha escrito acerca de la prevención social del alcoholismo, etc.

Otro periódico que ha hecho mucho en pro de la antropología criminal es el *Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie,* de Kurella, que ha publicado los últimos descubrimientos de Lombroso, Ottolenghi, Sighele, Roucoron, y una revista completa de los últimos trabajos acerca de esta materia, por Kurella y Morel.

La Belgique judiciaire tiene también un magnífico trabajo de Rickere sobre la criminalidad femenina.

Les Archives d'antropologie criminelle de Lyón han publicado los artículos de Gonzar y de Benedickt, que hemos resumido nosotros.

En el *Archivio di psichiatria, antropologia criminale,* etc., han aparecido todos los trabajos de que

hemos hablado en nuestros dos últimos tomos.

La nueva ciencia jurídica publicada hace pocos días por César Silió y Salillas, en Madrid, ha publicado ya tres buenos trabajos de Salillas acerca de un regicida español, con retrato, acerca de los homicidios por Silió, y acerca del tatuaje de los criminales.

Otro periódico, *A Revista jurídica,* de Bernardo Lucas, aparece en Oporto (Portugal) con magníficos estudios antropológicos de Lucas y de Maltos acerca de una envenenadora típica.

César Lombroso.

RESPETO Á LOS POETAS

¡Pueblos, reverenciad al sacro vate!
¡Reyes, honrad al genio soberano!
¡Desventurado quien con golpe insano
O venenosa lengua le maltrate!

¡Cuidad, si le ofendiereis, no desate
Castigos justos misteriosa mano;
Que los celestes Númenes no en vano
Quieren que á su elegido el mundo acate!

El sigue en paz su solitaria vía,
Al imperio y al oro indiferente,
Adorando y buscando la armonía;

Y cuando airado el Padre Omnipotente
Rayos á los alcázares envía,
Alza sereno la inculpada frente.

M. A. Caro.

LA IDEA DE JUSTICIA EN EL REINO ANIMAL

I

El problema que casi me limitaré á plantear en este artículo, exigiría un libro si se hubiera de examinar con el detenimento que merece. Y aun dando al estudio toda la extensión que un libro supone, dudo que se lograse otra cosa que *ver* el problema en toda su compleja dificultad, llegando á lo sumo á proponer soluciones provisionales, hipótesis más ó menos admisibles y justificadas. Por eso quizá, á pesar de la importancia y trascendencia del problema, el libro no se ha escrito aún, lo cual no impide que haya dispersas, en obras más comprensivas y amplias, valiosos elementos, indicaciones sugestivas, datos para orientarse y hasta vislumbres de una solución posible.

Trátase, en efecto, de lo siguiente: los antecedentes de la vida natural, y aun más concretamente, de la vida animal, ¿son favorables ó contrarios á la idea del *derecho*, á la idea de la bondad y de la armonía del mundo racional? Tomadas tal como se revelan y manifiestan las relaciones sociales, pueden señalarse dos corrientes distintas, que implican dos maneras ó formas diferentes de resolverse y ordenarse: ya domina la lucha, el imperio del poder material ó de la astucia, con todo su cortejo de crueldades y bajezas, con toda su indiferencia hacia el dolor que causa y su cobardía ante el dolor sentido, ya domina la nobleza y elevación de miras, el espíritu del sacrificio, del *deber*, como impulso con todo su hermoso cortejo de heroísmos ó de bondades, y su benéfico influjo para aliviar el dolor ajeno y afrontar el propio. Pues bien; en la vida no humana ¿cuál de esas dos corrientes impera en la conducta? Si la conducta es, en

definitiva, como quiere Spencer, serie de actos dirigidos á un fin, adaptación de medios á fines, y hay, como el gran sociólogo sostiene, una conducta universal y hasta una ley universal de la conducta, la conducta que no es humana... racional, ¿cómo es? ¿Implica la idea de la justicia, del bien, de la bondad, ó implica el frío cálculo del egoísmo, la *lucha cruenta* y dolorosa?... Porque ¡quién no ve cuánto puede importar para la solidez definitiva de la justicia humana, para el criterio optimista ó pesimista, la solución en uno ú otro sentido!

Mas para plantear el problema de un modo adecuado, sería necesario ponerse antes de acuerdo sobre algunos puntos capitales, entre ellos, por ejemplo, sobre lo que se entiende por *derecho*, y también si á esta idea le repugna ó no verse aplicada á órdenes de la realidad que se reputan inferiores (psicológica, moral y hasta físicamente hablando) al humano... Pero si hubiéramos de atender á todos los antecedentes y de definir todos los términos, en vez del artículo habría que escribir el libro. Así que, contrayéndonos á lo indispensable, he de recordar que por *derecho* hay que entender aquella manera de vivir... buena, virtuosa, ordenada, pacífica, sana, espontánea, que surge de las almas de buen temple y que se produce por la acción de todas las energías que contribuyen á elaborar una conducta con la misma naturalidad, por ejemplo, que mana el agua de una fuente, brota la flor de un árbol y la planta de su semilla fecundada. Hay que ver la justicia como un resultado y un acicate... como la consecuencia natural del imperio de lo racional en la vida, del triunfo del derecho en todos los momentos y en todas las relaciones humanas.

Siendo esto el derecho, ¿repugna aplicar esta idea sublime á las relaciones que no sean de hombres? El evolucionismo nos aconseja desde luego que venzamos toda repugnancia. Darwin, por ejemplo, nos habla del sentido moral entre los animales, y del sentido moral brota el sentimiento de la justicia. Consecuente con su teoría, así como el organismo fisiológico del hombre lo conceptúa como un resultado de la transformación del de especies inferiores, así también considera sus facultades morales é intelectuales como el resultado de una transforción paralela de las facultades más ó menos análogas de los animales que ocupan un lugar más bajo en la escala zoológica al del hombre (1).

---

(1) Véase, especialmente, *La descendencia del hombre.*

II

Realmente, sin que se tome el evolucionismo darwinista y spenceriano como dogma irrebatible, lo cierto es que hoy ya no puede señalarse cualidad alguna humana que se repute como característica *irreductible*. El mejor y más detenido conocimiento de la vida humana en sus manifestaciones más rudimentarias por un lado, y de la vida animal en sus manifestaciones todas por otro, hace imperar en la ciencia más el sentido de la continuidad de la realidad, según lo entiende Spencer, que el de la división y separación de la misma realidad en zonas, por decirlo así, irreductibles que dominaba, por ejemplo, en Compte. Hoy no existe fenómeno alguno del orden fisiológico ó psíquico ni del orden moral, de que no sea dable encontrar ciertas formas análogas en la vida animal y aun en la vida física. De ahí que, sin prejuzgar la cuestión, no hay por de pronto repugnancia alguna que nos impida dirigir nuestra mirada hacia la realidad toda, en busca de argumentos en pro ó en contra del triunfo definitivo del derecho en la vida y aun del triunfo del bien y del placer en la realidad.

¡Qué digo repugnancia! hay hasta una profunda razón metafísica que nos impele á hacerlo. Cuando se siente esa repugnancia es porque se conceptúa la cualidad del derecho como cualidad de un género superior que imprime al ser humano un sello tal de dignidad y de honor, que se sentiría como rebajado con sólo intentar buscarle un antecedente, una preparación, en la vida de otros seres... Pero colocados en una cierta posición de serenidad y de desinterés, al contemplar la realidad como un todo y á todas las cosas en ella, iluminadas, vivificadas por la realidad misma, ¿cómo creer que en la realidad se sube ó se baja, y cómo no ver en toda ella una misma sublime dignidad? Antes bien, parece que se siente más sólida la vida esta, limitada, individual, efímera, flor de un día, del hombre, al considerarla en medio de la realidad, formando parte integrante de ella y siendo eternamente una condición esencial de sus transformaciones y modos.

Mas prescindiendo de tal género de consideraciones, y en el supuesto de que no repugna á la idea del derecho el tener quizá sus análogos, ya que no sus antecedentes en el mundo animal, ¿qué podremos decir respecto del problema principal?

Si quisiéramos inspirarnos en el

evolucionismo, parece como que los antecedentes del mundo animal son contrarios á que el derecho sea la manifestación reflexiva humana de una ley universal de atracción simpática, de bondad y de sacrificio. En efecto, el evolucionismo transformista, en la opinión de su gran maestro, de Darwin, tiene como ley universal la de la lucha por la existencia. Un ilustre cooperador del gran zoólogo-filósofo, Russell Wallace, aprecia la cuestión en estos términos: «No hay quizá fenómeno natural que sea á la vez tan importante, tan universal y tan poco comprendido como el de la lucha por la existencia, que se mantiene continuamente entre los seres organizados. A los ojos de la mayoría de las gentes, la naturaleza aparece en calma, pacífica, regular. Ven los pájaros que cantan en los árboles, los insectos revoloteando alrededor de las flores... y todas las cosas vivas en posesión de la salud y del vigor, gozando una existencia solaz... Pero no ven, y les importa poco saberlo, por qué medios se obtiene la belleza, la armonía y la felicidad de ese mundo encantado. No ven la necesidad de encontrar el alimento cotidiano, ni los que perecen en esta labor incesante... (1)». Otro escritor no menos ilustre y que sigue análogas tendencias, Huxley (1), habla de los miles de miles de generaciones de animales herbívoros que han sido atormentados y devorados por los carnívoros, y de los carnívoros y herbívoros, sujetos también á las miserias de la vejez y de la multiplicación excesiva, concluyendo por afirmar que si nuestro oído fuese bastante fino, oiríamos continuamente suspiros y gemidos dolorosos, como los que Dante oía á la puerta del infierno, y que, por tanto, el mundo no puede estar gobernado por el amor.

Sin duda alguna, de atender á los datos del sentido, de fiarse de estas grandes apariencias del mundo, su ley parece el egoísmo, la misión de la vida, la destrución de la vida, y el resultado de todos los esfuerzos dominar el dolor propio á costa del dolor ajeno... En realidad, el antecedente del derecho, que es ley de amor, no se encuentra aquí muy claro que digamos.

Pero quizá no se ven bien del todo las cosas con verlas sólo de esa manera. El mismo Wallace, pocas páginas (2) más adelante de aquella en donde dice lo que queda copiado, razona lo que el llama el *aspecto moral de la lucha por la existencia.*

(1) *Le darwinisme*, trad. franc., pág. 19.

(1) *Nineteenth Century*, Febrero, 1888, página 162 y 163.

(2) Página 50 y siguientes.

«Creo—dice, rebatiendo á Huxley—que los *tormentos y miserias* de los animales tienen una realidad más supuesta que efectiva, y reflejan las sensaciones imaginarias de hombres ó mujeres que se figuran pasar por circunstancias análogas á las que se describen en los animales, y que, además, la suma positiva del sufrimiento causado por la lucha por la existencia, entre los animales, es completamente insignificante.» Por de pronto, uno de los orígenes de sufrimiento mayor para nosotros, es la muerte ó la aprensión de la muerte; no existe entre los animales —dice Wallace;—de donde resulta que el animal goza la vida con goce actual pleno. Además, la mayoría de las muertes que suponemos dolorosas para quien las sufre y que son el resultado más inmediato de la lucha por la existencia, no son dolorosas. Tales son las muertes violentas. Hay datos para afirmar, con testimonios de casi muertos (Livingstone bajo las garras del león, Whimper cayendo de gran altura y chocando al caer de roca en roca), que en tales muertes no hay propiamente dolor. Por otra parte, los refinamientos del dolor producido por el ensañamiento reflexivo y calculado del que lo produce con conciencia, no existen en el mundo animal, á pesar de lo que dicen á veces los criminalistas italianos (Ferri y Garofalo, por ejemplo). «El enemigo—afirma Wallace—animal no caza por divertirse, por distraerse, sino para comer; es muy dudoso—añade—que en el estado de naturaleza ningún animal comience á perseguir su presa antes de sentir el acicate del hambre.»

Sin salir de este punto de vista general, más bien ampliándolo, acaso sea lícito reconocer que la ley general del mundo, más bien es ley de armonía, de composición, ley de *bien,* en suma. El choque material ó de la voluntad, que es lo que produce la desarmonía y el desarreglo es quizá el último extremo á que el ser acude. Todos viven en paz mientras pueden, y cuando luchan y destruyen, es porque no hay otro camino... para conseguir la paz. Una imagen de la vida, según este criterio, nos lo ofrece, por ejemplo, el agua de un río. Vedle; su tendencia parece ser la de permanecer quieta, cristalina, tersa, en su lecho natural; corre mansa y suave cuando la pendiente de su lecho se inclina; va impetuosa y en forma de torrente... cuando no puede menos, y aun entonces, vedle cómo busca el surco, cómo se vuelve ante el obstáculo y cuán pronto se ensancha y pierde al encontrar el espacio sin límite de los mares.

III

Pero esta idea general nos separa en parte del asunto del artículo. Mucho es para infundir alientos y despertar esperanzas, poder imaginar la realidad tranquila y armónica; pero la cuestión está ahora en determinar si este fenómeno humano, que consiste en tener la paz y en realizar el bien con conciencia, en este espíritu de justicia, que se elabora en el seno de cada ser racional... y que el ser tantas veces desconoce y trunca, tiene antecedentes ó analogías en la vida de los otros seres. Spencer, en un libro muy reciente, el último que ha salido hasta ahora de su pluma y que se titula *La Justicia* (1), respondiendo á la tendencia general de su filosofía, que tiene, como *metafísica,* elprincipio de la continuidad de la realidad según la ley de la evolución, no reduce la realización positiva de la idea de *Justicia* al mundo de las relaciones humanas; la *Justicia* abarca muchas manifestaciones de la conducta, y la conducta es, según afirma en los *Fundamentos de la Etica,* conjunto de actos adaptados á un fin, ó adaptaciones de actos á fines, siendo la moral la forma que reviste (ó debe revestir) la conducta universal en las últimas etapas de su evolución... (1). Así, puede hablarse primero de una moral animal y luego de una justicia *sub-humana (sub-human justice).* Sin embargo, la idea de la justicia de Spencer, aun cuando en definitiva lleva á un optimismo universal, en virtud del principio utilitario, que hace por una parte triunfar en la vida de los seres al más apto, porque *esto es lo más justo* (2), y en la vida humana lo mismo, y como consecuencia de este mismo principio, que se mantengan y perpetúen aquellas formas de vida superorgánicas ó sociales más útiles; la idea de justicia de Spencer, repito, no me parece clara, y, sobre todo, aceptable como principio de acción racional, como motivo interno de elaboración de conducta jurídica. Atiéndese con demasiado exclusivismo al aspecto de los resultados. Así, al formular la ley de lajusticia *sub-humana,* dice: «Cada individuo sentirá los beneficios y sufrirá los perjuicios de su propia naturaleza y de la conducta que de

(1) *Justice being, part. IV, of The Principles of Ethics.* Londres, 1891 (traducción francesa, 1892), cap. I y II y Apéndice D.

(1) *Fundamentos de la Etica,* cap. V.

(2) No es posible exponer aquí con todos sus detalles la idea de la *Justicia* de Spencer. Tarea es ésta que pienso realizar en otra ocasión.

esta se desprende.» Entre los animales—añade luego—que llevan una vida solitaria, el principio primordial de la justicia *sub-humana,* que exige que cada individuo sufra las consecuencias favorables ó adversas de su propia naturaleza... principio que lleva á la supervivencia de los más aptos, no se complica más que con las obligaciones relativas al parentesco». Este principio adquiere luego otros desarrollos de conformidad con la mayor complejidad creciente de la vida. Pero debe observarse que se mira la justicia como una noción del medio sobre el ser, en virtud de la conducta, y se atiende poco al elemento activo, es decir, al impulso propio del ser que implica, no ya que comprende cuál dirección debe imprimir á la conducta por razón de los resultados inmediatos, ni tampoco el dominio real inconsciente de las necesidades superiores de la especie cuando se ve al individuo supeditado á los intereses de la especie, sino la intención de obrar según exigencias naturales, pero que pueden suponer el sacrificio de la propia individualidad.

Por otra parte, Spencer, que nunca se detuvo en su *Sociología* á observar el fenómeno del derecho sino como ley positiva, en su último libro, al tratar de la idea de la justicia animal, fíjase á lo más en su aspecto represivo: ve la justicia pero no piensa en el derecho. Por ejemplo, reconoce que los resultados de la conducta, según la regla y principio de la justicia que quedan formulados, puedan encontrar una sanción, no sólo en el medio ciego, sino en los seres mismos que reobran por impulso propio con espíritu de justicia. Así, cita «el elefante vagabundo expulsado del rebaño, sin duda á causa de su humor agresivo; el castor (ejemplo tomado de Dallas, *Cassells Natural History,* III, 99) ocioso, que es expulsado de la colonia y puesto de este modo en la imposibilidad de aprovecharse del producto de un trabajo de que no participó; el caso bastante repetido de la ejecución de un culpable, después de ruidoso debate, en una banda de cornejas, etc., etc.

Mucho significa, sin duda, la existencia de esta reacción de la *justicia* animal; pero no es ese el antecedente de la idea del derecho que bastaría para acusar en el mundo animal antecedentes ó analogías satisfactorios. Es preciso buscar otro espíritu más activo, una manifestación de la voluntad más espontánea que nos ofrezca la idea, no sólo de este aprecio de los resultados buenos ó malos, ó mejor, útiles ó perjudiciales, sino además la idea de la sumisión voluntaria del ser á la realización de fines que trasciendan de su interés egoísta. En una palabra, es

preciso ver el fenómeno de lo que llaman los mismos positivistas altruismo, y que es el fundamento del orden moral y jurídico en la vida humana; pues no se mantiene este orden tanto en virtud de la apreciación fría y calculada de los resultados, cuanto de las manifestaciones espontáneas del bien querido con supremo desinterés.

IV

Un autor, citado que Lubbock (1), M. Grote (2), considera como un hecho evidentemente necesario, que es imposible á una sociedad mantenerse sin sentimientos de moral, porque desde el momento en que no se encuentren extendidos por toda ella en una cierta medida, los caprichos, los deseos, las pasiones de cada individuo en particular, harían imposible la existencia común. A estos sentimientos es á los que me refiero, y éstos son los que había que investigar en el mundo animal para poder formular la hipótesis de un antecedente del derecho en la vida infrahumana. Ahora bien; decidir si en las relaciones sociales, imperfectas y más ó menos perfectas que los animales tienen, impera el principio de la *moral* ó del derecho, ofrece siempre una gravísima dificultad. En efecto, la moralidad ó inmoralidad de un acto, su justicia ó injusticia, ó bien su carácter indiferente, depende de condiciones psicológicas internas, tan difíciles de apreciar, que aun tratándose de hombres en pocas ocasiones, fuera de los actos propios, podemos afirmar con plena certeza, cuando un acto es del individuo como ser moral y jurídico, ó bien es un acto producido por estímulos inconscientes ó no conscientes á lo menos.

Sin embargo de esto, las observaciones hechas por los que han estudiado las costumbres de los animales nos proporcionan un inmenso número de ejemplos, en los cuales por comparación con lo que pasa entre los hombres, puede apreciarse si existe ó no en las relaciones animales actos que impliquen lo que en el hombre llamamos orden moral, conciencia moral, fundamentos del orden jurídico. El célebre Agassiz, que no duda en hablar de una moral animal, dice lo siguiente: «¿Quién al ver el Sun-fish *(Pomotis vulgaris)* balanceándose sobre sus huevos y protegiéndolos semanas enteras, ó el gato marino *(Pimelodias catus)* moviéndose con sus pequeñuelos como una gallina con

(1) *Fourmies, abeilles*, etc., t. I, pág. 79.
(2) *Fragments on Ethicals Subjects.*

sus pollos, no queda convencido de que el sentimiento que los guía en esos actos es de la misma naturaleza que el que lleva la vaca á su pequeñuelo, ó la madre al hijo (1)?» El insigne Lubbock, que ha estudiado tan de cerca y con tanto cuidado las hormigas, esos seres diminutos que viven formando sociedades tan numerosas como Londres ó París, nos cita bastantes ejemplos, de los que se puede inducir que tienen las hormigas un sentimiento activo de justicia que es en el hombre la condición del derecho. Y cuenta que Lubbock (2) no va tan allá como otros observadores, por ejemplo, M. Saint-Fargeau (3) quien afirma que «ninguna hormiga encuentra á otra de su especie herida sin llevarla al hormiguero». Lubbock, en sus curiosísimas experiencias, enumera casos demostrativos de tendencias nada morales, pero al lado de ellas registra otras de hormigas caritativas. Esta tendencia del instinto moral, de la caridad, del desinterés, se acentúa en los animales superiores, entre los vertebrados. La obra de Brehm, sobre la *Vida de los animales*, es un arsenal inagotable de datos, pudiendo verse también no pocos en Darwin, *Descendencia del hombre*, y en Espinas, *Las sociedades animales*. Hay entre los animales cooperación. «Los cazadores—dice Jäger—saben cuán difícil es acercarse á los animales reunidos en bandos ó rebaños.» «Los pelícanos—advierte Darwin—pescan en común; los bisontes machos de la América septentrional, ante el peligro, ponen las hembras pequeñas en medio del hato y las rodean para defenderlas (1).» El caso citado por Brehm, de la defensa hecha por un papión viejo de otro joven y débil contra los perros con exposición de su vida, indica cierta tendencia hacia la abnegación. También indica algo el caso referido por el capitán Stansbury, del pelícano viejo y ciego encontrado en el lago de Utah, y el cual estaba, sin embargo, muy grueso, lo cual no podía ser sino porque sus compañeros le habían alimentado; como sin duda tienen un alto significado la conducta fiel de los perros, su escrupulosidad, que hace afirmar á Agassiz que poseen algo que se asemeja mucho á la conciencia(2)...

Pero no hace falta que prolonguemos mucho las citas y ejemplos, ni que tampoco para compensar las diferencias comparemosla baja mo-

(1) Agassiz: *De l'espèce*, pág. 90.
(2) Obra citada.
(3) Citado por Lubbock.

(1) Darwin: Obra citada, pág. 121.
(2) Ver á propósito de los perros el interesante Apéndice D. del libro *La Justicia* de H. Spencer. Son curiosísimos los datos que á éste le suministran varios observadores.

ralidad instintiva de las razas humanas más redimentarias que quizá son ejemplos vivos de lo que fué el hombre primitivo. Lo dicho nos basta para indicar cómo puede interpretarse la vida animal ante la idea de la justicia y del derecho humano.

V

Tenemos, ante todo, la tendencia á la armonía que es sin duda una característica universal de la realidad. Todo es orgánico, todo entraña un principio de concentración expansiva desde el astro hasta la monera. En las manifestaciones de la vida en sus centros de energía individual que constituyen los seres, ocurre un fenómeno notado admirablemente por Espinas. La vida más rudimentaria, es decir, de aquellos seres de estructura menos compleja, es vida que tiene como nota saliente la indiferencia *moral;* vive el ser, cuanto menos desarrollado se encuentra fisiológica y psíquicamente, más para sí, pero también esta vida es menos expuesta al dolor. Es idea ésta que confirma la observación antes copiada de Wallace. A medida que la vida del ser se complica, que surge y se afirma la conciencia, á medida que el ser siente más estímulos internos suyos, la vida que, por no decir otra cosa más acentuada, diremos sólo que tiene formas morales, aparece y adquiere una mayor importancia. En efecto, puede verse que las ideas de abnegación, de simpatía, de sacrificio, en fin, todo lo que supone esa sumisión voluntaria del yo en beneficio y para el bien de otro, se acentúa conforme subimos grados ó peldaños en la escala zoológica. Más es: parece como que la lucha por la existencia y todo el trabajo mil veces más secular de la evolución, se hace precisamente para convertir aquella armonía espontánea, natural, pacífica, de las cosas sin conciencia individual, en una armonía querida y establecida reflexivamente hasta donde es posible. Ciertas ideas de Hegel adquieren aquí una gran relación positiva. Después de todo, Spencer, al esforzarse en demostrar que la ley de la justicia imperfecta como ley de la conducta animal, es ley que surge espontánea de la conducta misma en razón del influjo de los resultados, tiende á ver en el mundo animal antecedentes favorables al triunfo definitivo del derecho humano (lo más útil).

Acaso lo racional sea creer que esa tendencia hacia la afirmación del sentido moral, que se advierte en los seres inferiores al hombre,

no va á truncarse en el hombre. Antes bien, se puede afirmar que en el hombre (no en todo hombre) se realice plenamente, de un modo reflexivo, con una amplitud creciente, dentro de su evolución particular, ese principio de justicia activa, que rudimentariamente observamos en los animales superiores, y que, como forma total y espontánea, reviste el mundo. Ya que no sea posible hoy señalar una línea de demarcación absoluta entre el hombre y los demás animales, porque no tiene aquél ningún órgano nuevo ni facultad alguna nueva, sobre todo si contamos en la humanidad todos sus hijos, es preciso ver el rasgo distintivo en el mundo de la conciencia en este grado altísimo que el hombre puede llegar á alcanzar, y por virtud del cual, á la vez que se educa físicamente para adquirir con unas formas más nobles la belleza serena de la armonía del conjunto, procura vivir bajo la ley imperativa del deber, sometiendo á razones desinteresadas é ideales su conducta en todos los momentos de la vida.

Por esto mismo, porque el derecho supone, si no esta plenitud de razón á que aludimos, al menos la razón en alguno de sus grados, es por lo que el mismo constituye un carácter propio del hombre; pero entiéndase bien, con sus antecedentes, en la vida *animal* del hombre mismo, y pudiendo señalarse un orden análogo en las relaciones entre seres que no son el hombre, pero que como él viven bajo las leyes generales de la armonía universal.

Adolfo Posada.

FERNAN-CABALLERO

I

Con mucha frecuencia encontramos en sociedad graves y caracterizados personajes, tan cargados de años y de achaques como de negocios, que se preocupan profundamente con la lectura de cuantas novelas llegan á sus manos, y toman tal interés en sus peripecias y se enamoran con tanto entusiasmo de sus héroes, que llegan á esperar el desenlace con la misma ansiedad que si fuera grave suceso de familia.

No hace mucho tiempo fuimos testigos de la verdadera emoción con que dos respetables señoras esperaban cada día el folletín de cierto acreditado periódico, para devorar las páginas de una novela que publicaba, de esas de grandes sensaciones, haciendo cálculos y discutiendo acaloradamente sobre la suerte que alcanzarían aquellos personajes dibujados con brochadas de efecto por un novelista francés, harto conocedor del público para quien escribe, y que por eso, en lugar de estudiar la novela psicológica ó la fisiológica, se lanza á la narración de aventuras tras aventuras, enmarañando las situaciones para hacerlas interminables, extremando los caracteres y forjando, en cuanto es posible, un libro de caballerías para los lectores de esta época, que parece de suyo apegada á la realidad y á lo positivo, y en la que se encuentra, sin embargo, una gran masa dispuesta á dejarse entusiasmar por cuanto tiene visos de maravilloso, que no pregunta si es verdadero ó bien trazado lo que lee, sino únicamente si le divierte y entretiene.

La exageración de esa curiosidad llega al extremo cuando al interés ficticio del argumento pueden agregar los lectores algún otro más positivo, ora por creer ó sospechar que en el asunto se encierra algún fondo de verdad, ora porque la existencia del autor ofrezca algunas de esas particularidades que señalan la vida de grandes escritores, ó tales misterios que den pábulo á la

investigación, aunque en realidad no lo sean, ó queden reducidos á insignes bagatelas cuando se les despoja de los adornos con que la imaginación los ha revestido.

A todas estas causas reunidas se debe la celebridad que acompaña al nombre de *Fernán-Caballero*. La principal de ellas, y muy bastante por sí sola para rodear de aureola gloriosa el nombre de un escritor, es el mérito indisputable de sus obras; pero si á éstas se agrega que aquel nombre era perfectamente desconocido en la república de las letras, que muy luego comenzó á circular la sospecha de que á pesar de su española construcción no era de un personaje cierto, y que tras de su apariencia clásica se ocultaba el perfil de una dama joven, hermosa y desgraciada, ya se encontraron motivos suficientes para justificar la espectación general y el interés que inspiraron al público las *Novelas*, *Relaciones* y *Cuadros de costumbres*, que desde mediados del siglo actual empezaron á circular en España como debidas á la pluma de *Fernán-Caballero*.

II

Hasta aquel momento, hasta que en los folletines del acreditado periódico de Madrid que se titulaba *El Heraldo*, aparecieron en el año 1849 los primeros capítulos de *La Gaviota*, puede decirse que la novela española no tenía carácter peculiar, ni los lectores otro gusto que el formado por las obras de los escritores transpirenaicos.

Pocos autores se habían señalado en el campo de las letras escribiendo novelas originales. Ofrecían éstas escaso aliciente á los empresarios ó editores, que con la impresión de ligeras traducciones de las obras de Walter Scott y de Balzac habían encontrado pingües utilidades con corto gasto; y que aumentado el número de lectores con la fama que adquirieron Federico Soulié y Jorge Sand, Mery y Gozlan con otros innumerables, y sobre todos ellos Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Eugenio Sué, inundaron de novelas francesas, distribuídas por entregas, todos los pueblos de España, encontrando abundante mina que explotar á poco trabajo. Cualquiera de esas traducciones encontraba mejor acogida que las obras originales españolas, aunque en escribirlas se habían ejercitado tan ilustres literatos y poetas como Villalta y Escosura, Villoslada, Espronceda y Mariano José de Larra. Ninguno había logrado alcanzar la boga y renombre de *Nuestra Señora de París* y de *Los tres mosqueteros* ó *El conde de Montecristo*, sin necesidad de acudir al éxito extraordinario de *El Judío errante*, que fué leído no sólo en toda España, sino en toda Europa, por la intención que el autor dejaba ver de oposición á una institución respetabilísima, poderosa y sabiamente constituida, y por el alcance que se le suponía, mucho más que por su mérito literario.

Pero aun el movimiento que produjo aquella novela, aunque más político

que otra cosa, contribuyó á extender la afición á la literatura francesa, y su lectura se hizo general. Ni en los escritores de nuestra patria, ni en la inmensa mayoría de los lectores, se notaba tendencia determinada; el autor que mayores simpatías gozaba por la amenidad y variación de sus argumentos, por el interés que sabía comunicar á sus diálogos y sus inimitables dotes de narrador era Alejandro Dumas. Las ediciones de sus novelas se multiplicaban y corrían de mano en mano, y también servían de modelos á los pocos escritores españoles que empezaban á cultivar el género, aspirando á lograr el aplauso y la aceptación del público.

La aparición de *La Gaviota* fué una revelación. Los primeros que la leyeron comunicaron su extrañeza á otros; se buscaron con insistencia los números de *El Heraldo*, y en todas partes se hizo mención de aquella obra que embelesaba á los lectores con la sencillez del asunto, la verdad de los caracteres, la vivacidad y gracia del diálogo, y más que todo, y sobre todas las otras condiciones, con la pintura exacta de las costumbres del Mediodía de España, de estos pueblos de Andalucía, sobre cuyos tipos y usos tanto se ha fantaseado y mentido de palabra y por escrito, y que en *La Gaviota* se encontraban palpitantes, vivos, verdaderos, con su color local y sus pasiones ardientes.

Y, lo que era natural, desde la admiración de las obras se pasó al deseo de conocer al autor. Se buscaron otras novelas del mismo ingenio y no se encontraron, ni aun rastro alguno en la literatura contemporánea de aquel *Fernán-Caballero* que se manifestaba por vez primera con un libro que despertaba la curiosidad y en su género no tenía precedentes en la novela contemporánea.

III

Secreto de muchos, malo es de guardar; y más todavía si esos muchos son literatos, propensos por costumbre á la comunicación de las ideas y muy dados á la caza de anécdotas y de sucesos curiosos. Pronto empezó á susurrarse que el autor de *La Gaviota* no era autor, sino una dama, y corrieron varias versiones acerca de la patria, calidad y linaje de la misteriosa escritora. Se referían con interés muchas inverosímiles invenciones, y los que se preciaban de mejor informados solían ser los que menos sabían de la verdad.

En diferentes periódicos y en volúmenes sueltos aparecieron sucesivamente otras novelas que aumentaron entre los literatos, y aun en el público todo, el deseo, ya muy vehemente, de conocer al autor de *Clemencia*, *La familia de Alvareda*, *Callar en vida y perdonar en muerte*, con que se había enriquecido en poco tiempo nuestro caudal literario; porque á todos desesperaba, y al círculo de escritores más que á otros, el no encontrar entre ellos rastro alguno de aquel novelista

que con tan originales obras se presentaba en la palestra.

A muy renombrados literatos se atribuyeron en un principio las novelas que hemos citado; pero muy luego fueron desechadas aquellas suposiciones, porque ni Bretón de los Herreros, ni Ventura de la Vega, ni Rubí, ni Hartzenbusch, ni ningún otro de nuestros más célebres poetas en quienes se pensaba, tenían las especiales condiciones que brillaban en el novelista que trazara aquellas singulares producciones.

Los más ilustrados críticos convenían en reconocer la sensibilidad de un corazón femenino, en quien había trazado las escenas de *La Gaviota* y de *Clemencia*, pintando con tan sin par delicadeza las gradaciones del amor; pero muchos se resistían á creer que la observación y la inteligencia de una mujer pudieran llegar á la altura de aquel estudio del corazón humano y al conocimiento de la sociedad española, cuya pintura tan magistralmente se trazaba, dibujando con verdad pasmosa la antigua manera de ser de nuestra sociedad, las nuevas ideas que en ella se iban infiltrando y el choque producido en las costumbres y en la familia por la antítesis que entre ambas resultaba.

El velo, sin embargo, se iba descorriendo paulatinamente. Los sucesos políticos del año 1854 hicieron salir de Madrid á gran número de escritores de los que habían seguido fielmente la bandera política del conde de San Luis, y muchos de ellos buscaron tranquilidad y reposo en Andalucía, y allí, en Sevilla, en Cádiz, en Sanlúcar de Barrameda, conocieron personalmente á *Fernán-Caballero*, trabando con él amistad íntima y cariñosa, que fué de trascendencia en la suerte del novelista.

Ya desde entonces empezaron á correr algunas noticias ciertas del oculto escritor, y supieron muchos que era una señora, hija de aquel docto alemán á quien tanto deben las letras españolas, que estudió con pasión y publicó una de las mejores Antologías, que se imprimió en Hamburgo en 1821 con el título de *Floresta de rimas antiguas castellanas*. Mas como por carácter era naturalmente reservada, poco expansiva, y por varios accidentes de su vida, la hija del ilustrado D. Juan Nicolás Bölh de Faber vivía en cierto alejamiento y retiro, pocos eran los que personalmente la conocían, y menos aún los que gozaban de su amistad, por lo que las noticias eran contradictorias y poco seguras, propalándose muchas falsas por cada una que se aproximaba á la verdad. Unos la suponían nacida en Cádiz, otros la creían inglesa, muchos aseguraban había visto la luz en el mar á bordo de un barco de vela en que viajaban sus padres; y tan varias como acerca de su nacimiento, eran las relaciones que se hacían de sus costumbres, de su edad y de su persona.

IV

Doña Cecilia Bölh de Faber, hija de D. Juan Nicolás y de doña Francisca

Javiera Larrea, natural de Cádiz, había nacido en Morges, pequeña población del cantón de Berna, en Suiza, en 25 de Diciembre de 1796, pero por mera casualidad.

Natural de Hamburgo, donde vió la primera luz en 1770, y dedicado por sus padres al comercio, D. Juan Nicolás Bölh, después de haber permanecido algún tiempo en Londres, se estableció definitivamente en Cádiz, en donde contrajo matrimonio; y de allí salió con su esposa, dirigiéndose á su país natal en los últimos meses del año 1796. Al atravesar el cantón de Berna, en la aldea de Morges, vino al mundo el primer fruto de aquella unión, y como en la población no había iglesia católica, la niña, que había nacido en la noche del 25 de Diciembre, permaneció sin recibir las aguas del bautismo hasta el día 13 de Marzo del año siguiente de 1797, que fué cuando la madre pudo ponerse en camino; y en aquel día, en la iglesia parroquial de San Juan de Echalens, fué bautizada, poniéndole los nombres de Cecilia, Francisca, Josefa, la que luego había de ser tan célebre en la historia de nuestra literatura.

Esmerada fué la educación que aquella recibiera. Eran su madre y su abuela señoras muy ilustradas, y ambas á porfía se desvelaban por cultivar las dotes naturales de inteligencia y bondad de la niña Cecilia, que pasó su infancia alternativamente en Cádiz y en Hamburgo, al lado de una ó de otra de aquellas señoras, instruyéndose en las lenguas vivas al mismo tiempo que en las más delicadas labores propias de su sexo, y cobrando afición á las letras con las lecciones de su padre y la lectura de los selectos libros que formaban su rica biblioteca.

Según testimonio de muchos de sus contemporáneos, la hermosura de la joven Cecilia era verdaderamente notable, y llamaba la atención tanto en Sevilla como en Cádiz, en cuya buena sociedad empezaba á brillar cuando apenas contaba veinte años.

Prendóse de ella un capitán del regimiento infantería de Granada, tan joven y gallardo como arrojado y ligero, y concertada en brevísimo plazo la unión, contrajo matrimonio doña Cecilia Bölh, en los primeros días de Abril del año 1816, con D. Antonio Planells y Bardají, y muy poco tiempo después se embarcaron los esposos para Puerto Rico, á cuya capitanía general fué destinado el oficial, que deseaba adelantar en su carrera.

Breve, pero desdichada, fué la unión. No hermanaban los caracteres de ambos esposos; sus gustos, sus aficiones eran muy diferentes; la sensibilidad de la esposa no encontraba eco en el corazón de su marido. Interpretó éste de muy torpe manera la tristeza que se apoderaba del ánimo de aquella niña tan inocente, al verse lejos de su patria, separada de sus padres y de todas las personas de su intimidad; y dando entrada en su corazón á los celos más infundados, y por lo mismo más atroces, privó á su esposa de toda clase de relaciones, encerrándola tan duramente, que ni aun á misa la permitía salir sino en su compañía y antes de que

alumbrara la luz del sol. Por fortuna ó por desgracia, aquel violento estado fué de corta duración. El capitán Planells enfermó y murió en muy pocos días, al año escaso de su permanencia en la isla; su joven viuda, que á nadie conocía ni trataba por la aviesa condición de su esposo, fué acogida noblemente por la señora del capitán general, y acompañada á España hasta que volvió á encontrarse en Cádiz al lado de sus padres.

En su novela *Clemencia*, dejó pintados con tristísima verdad algunos de los sufrimientos que acibararon sus días en aquel año que vivió en América durante su primer matrimonio.

V

Algunos años después de su regreso á España, pasó á segundas nupcias doña Cecilia. Fué su segundo esposo D. Francisco Ruíz del Arco, marqués de Arco-hermoso, capitán de guardias españolas, y el matrimonio se celebró en Cádiz en 26 de Marzo de 1822. A una posesión del marqués, situada en la villa de Dos Hermanas, á dos leguas de Sevilla, se trasladó el matrimonio para gozar la llamada luna de miel, lejos del bullicio de la sociedad; y allí, conmovida por una tragedia reciente que le refirieron testigos presenciales, escribió *La familia de Alvareda*, primera narración en que se ejercitó la pluma de doña Cecilia Bölh, sin tener por entonces ni la más remota idea de darla á la estampa.

Desde entonces no dejó de escribir algunos de los cuentos que oía en boca de la gente del campo, cuyo gracejo especial y característico la encantaba, y de recoger asuntos que más tarde lo fueron para sus novelas y relaciones, en los sucesos que presenciaba ó que los campesinos le referían.

En Sevilla, fué la casa de los marqueses de Arco-hermoso centro de la más escogida sociedad durante muchos años, concurriendo á sus salones, además de la juventud sevillana, cuantos extranjeros de distinción visitaban la ciudad. En aquellos años conoció y trató á doña Cecilia el barón Taylor, enviado por el rey Luis Felipe con la misión artística de recoger cuadros y esculturas de los mejores maestros españoles, para enriquecer su museo particular. Allí concurrieron también Sir William Stirling, Washington Irving, y otros muchos famosos escritores, poetas, literatos y pintores.

Mas ninguno de ellos pudo admirar en la marquesa de Arco-hermoso más que la discreción y la hermosura, y un talento tan elevado cuanto era necesario para brillar en los salones, sin que ninguno pudiera sospechar, como decía más tarde el Sr. D. Antonio de Latour, que también fué gran amigo y admirador de la escritora, que tras la dulce figura de aquella ilustre dama, que con tanta gracia, distinción y finura hacía los honores de su casa, se ocultaba una gran novelista.

Sin embargo, en aquel tiempo, y so-

bre un suceso que fué muy público en Sevilla, escribió la marquesa de Arco-hermoso la obra primera, que dió á la prensa inmediatamente, más sin que nadie pudiera sospechar su procedencia; la intituló Sola, *cuadro de costumbres sevillanas;* la escribió en alemán, y la hizo imprimir en Viena ó en Hamburgo, en las páginas de un periódico literario, en el año 1831.

Y por cierto ha sido extraña la suerte de esta novelita, muestras primeras del ingenio de la autora, que tan alto nombre alcanzó años adelante. Dada á luz en lengua extranjera, no se ha conocido en España á pesar de la celebridad que consiguieron luego las obras que de su pluma brotaron. El periódico alemán fué olvidado, y aunque doña Cecilia hizo una traducción de su novela, y la publicó en el *Semanario Pintoresco Español* en el año 1849, lo había olvidado hasta tal punto, que no conservaba en su memoria el nombre del periódico, ni pudo darla para que formara parte de la colección de sus obras.

Poco feliz fué en sus enlaces doña Cecilia Bölh. Agobiado por larga enfermedad, que cambió en tristeza la alegría de su casa, falleció al cabo el marqués de Arco-hermoso en Mayo del año 1835, y cuando su esposa, segunda vez viuda, se encontraba entregada á su dolor, y aislada completamente de todo trato, sin poder dominar su pena, nuevas desgracias y no menos sensibles vinieron á turbarla con otros sufrimientos que la hicieron desechar un tanto el sufrimiento anterior.

Enfermó gravemente en el Puerto de Santa María D. Juan Nicolás Bölh de Faber; corrió á su lado su hija, y tuvo el desconsuelo de verle morir, aunque cariñosamente rodeado de su familia, el 10 de Noviembre de 1836.

VI

Todavía contrajo nuevo enlace doña Cecilia, que no permaneció viuda sino dos años, verificándose su unión con D. Antonio Arróm de Ayala en la misma ciudad del Puerto de Santa María, en 17 de Agosto de 1837.

Entre las causas que produjeron este matrimonio y que decidieron á doña Cecilia á dejar por segunda vez el luto de viuda, fué una de las principales la traidora enfermedad que al pretendiente afligía, y que si por una parte le prestaba el interés que siempre comunica la tisis á las personas que ataca, hizo temer por otra que un desengaño precipitara funesto desenlace, teniendo en cuenta el impresionable carácter del joven Arróm, y la viva pasión que se apoderó de su pecho con el trato continuo con doña Cecilia, cuya casa frecuentaba á la muerte de su padre.

Después de este casamiento fué cuando aquélla se dedicó por entero al cultivo de las letras, contribuyendo á ello muchas circunstancias.

Como remedio á su enfermedad, preceptuaban los médicos más célebres á D. Antonio Arrón, entre otros, el de

que hiciera largos viajes por mar. El primero que hizo con tal objeto, aunque fué breve, pareció que influía favorablemente en la salud del enfermo; y como quiera que en aquella misma época los bienes del matrimonio habían sufrido grave quebranto, por pérdidas ocasionadas en las quiebras de varias casas alemanas donde tenía colocadas doña Cecilia cantidades de alguna importancia, pensaron ambos esposos en reducir sus gastos, retirándose á vivir la mujer modestamente en Sanlúcar de Barrameda, y haciendo el marido el viaje á Australia, para donde obtuvo el nombramiento de cónsul general de España.

En la soledad de su pulcra casita de Sanlúcar, y como esparcimiento y distracción en sus penas, se decidió doña Cecilia Bölh, por consejo del literato D. José Joaquín de Mora, que había sido muy amigo de su padre, á dar á la estampa algunos de los libros que tenía escritos, y á trabajar en otros en los que tenía comenzados, y entonces fué cuando por mediación de aquel amigo envió á la redacción de *El Heraldo* el manuscrito de *La Gaviota*. Pero la escritora, que estaba muy lejos de sospechar el mérito literario de sus cuadros, y que era tímida y modesta por carácter, buscó el medio de que se publicara la obra sin que se conociera al autor, y la dió bajo el nombre de *Fernán-Caballero*, que era el de un pueblecito de la Mancha, aplicado por vez primera á un sujeto que había de hacerle tan célebre en todo el mundo, cuanto hasta entonces había sido ignorado.

VII

La Gaviota tuvo un éxito muy superior á cuantas esperanzas concibieran, no solamente su autora, sino también los amigos que la animaron para que la diese á luz. D. Eugenio de Ochoa, crítico de gran concepto, encargado entonces de las revistas literarias del periódico *La España*, le consagró un detenido estudio, que terminaba vislumbrando para las letras un Walter Scott español.

Y estuvo, en verdad, acertado en su profecía el reputado escritor. Animada doña Cecilia por la acogida del público y la benevolencia de la crítica, dió sucesivamente varias novelas y artículos que fueron acogidos con avidez, y muy luego publicados en colección bajo el cuidado del señor D. Fermín de la Puente y Apecechea, que fué uno de aquellos que habían bajado á Andalucía á consecuencia de los sucesos políticos del año 1854.

Vino también entre éstos el señor D. Manuel Cañete, docto sevillano, cuya reciente pérdida deploran nuestras letras patrias, y que en unión con su amigo el ilustre catedrático de literatura D. José Fernández Espino, fundó en Sevilla la *Revista de ciencias, literatura y artes*, que alcanzó verdadera importancia por los muchos trabajos interesantes que dió á luz en sus páginas. Uno de sus más constantes colaboradores fué *Fernán-Caballero*, y á

sus artículos debió la Revista gran parte de su fama.

Ya hemos indicado cuál fué el juicio que se formó de *La Gaviota*. Poco tiempo después, en el semanario titulado *Museo español*, apareció una de las mejores novelas de *Fernán-Caballero*, *Clemencia*, y en la citada revista de Sevilla se dió á luz la de *Tres almas de Dios*, que después coleccionó con el título de *Un servilón y un liberalito*, que conserva, en el concepto de muchos lectores, uno de los primeros lugares entre las obras de la escritora, por la viveza de su colorido y el carácter especial que la distingue entre todas.

En el intermedio de esas tres obras había dado á la estampa doña Cecilia algunos *cuadros de costumbres*, con el objeto, según el título lo significa con harta claridad, de poner en relieve los usos y los caraçteres de los hijos de Andalucía, especialmente de las clases campesinas, sin que el desarrollo del asunto ni lo complicado del argumento fueran parte á sostener el interés. Sin embargo, en muchos de ellos entran como actores individuos de clases más acomodadas, aunque no por eso pierdan su corte, su índole particular, que el autor escogió para presentar enseñanzas morales, sin más recursos que una narración sencilla y varios caracteres bien delineados.

Porque esta es la tendencia constante, el fin principal que se propone *Fernán-Caballero* en todos sus trabajos. Como síntesis de la obra literaria de esta célebre novelista, puede señalarse el concepto moral, el propósito de señalar el círculo de sus deberes á las clases elevadas, estimulando en ellas el amor á sus subordinados, la compasión hacia los menesterosos, la caridad cristiana, en una palabra, en su acepción más noble y más elevada, pintando para ello, con hermosos rasgos, los corazones, los sentimientos de los hombres del pueblo, cuyos caracteres estudiaba con amor y retrataba con extraordinaria verdad.

Alrededor de este gran pensamiento gira y se desarrolla y crece toda obra de *Fernán-Caballero*, desde su novela más importante á su más pequeño rasgo; y así lo reconocen los críticos más eminentes de nuestra patria y muchos de los más célebres de Francia, de Alemania y de Italia, en cuyas lenguas corren traducidas sus producciones, siendo tan conocidas como entre nosotros, y habiendo contribuido su popularidad á rectificar el equivocado concepto que de las costumbres de nuestra patria, y sobre todo de Andalucía, se tenía en aquellas naciones.

VIII

Mientras que *Fernán-Caballero* vivía aislada y solitaria en Sanlúcar de Barrameda, su nombre literario adquiría gran celebridad con la publicación de sus obras en aquella colección que ya dijimos había tomado el cuidado de dirigir el Sr. D. Fermín de la Puente y Apecechea, y publicó el editor de Ma-

drid, D. Francisco de P. Mellado, entre los años 1855 y 1857. Su fama crecía sin que ella lo advirtiera, é insensiblemente también, y tal vez porque no lo procuraba, crecían sus relaciones con personas de alta posición y su prestigio entre todos los que frecuentaban su trato.

Fué uno de los principales, y sin duda alguna de los más entusiastas, el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, literato de relevantes condiciones, de sólida instrucción, y gran aficionado de las letras y de las artes españolas, que estudiaba con asiduidad, y en las que era tan entendido como apasionado. Vino Latour á España acompañando á los infantes duques de Montpensier después de los sucesos políticos que en el año 1848 produjeron en Francia la caída del trono popular del rey Luis Felipe; y como aquellos establecieron, poco tiempo después de su venida á Sevilla, una residencia de verano en Sanlúcar de Barrameda, allí fué á establecerse D. Antonio de Latour, y en su afición á las cosas de España le fué agradabilísima y muy útil la amistad de *Fernán-Caballero*. El entusiasmo que le causaron las novelas de aquella dama, fué conocido muy luego por el Duque y por su esposa la Serma. Sra. Infanta doña María Luisa Fernanda. Presentada doña Cecilia Bölh á la ilustre señora, tanto se prendó ésta de su gran inteligencia y de sus elevados sentimientos, que llegó á profesarla un afecto cordialísimo que duró hasta su muerte.

La escritora fué la confidente de las obras de caridad que la piadosa infanta derramaba á su alrededor con el mayor secreto, fué la mano intermedia por la que llegaban al necesitado los auxilios del poderoso, y la voz amiga que hacía llegar á oídos de ésta las necesidades que de otro modo nunca hubiera conocido. ¡Dulcísima tarea la de ambas señoras, muy grata á sus corazones, y papel muy apropiado á sus sentimientos el que desempeñaba *Fernán-Caballero*, teniendo siempre gran cuidado en que su persona permaneciera ignorada y oculta su mano cuando distribuía los beneficios de la infanta de España!

El entusiasmo de esta señora por la simpática novelista llegó muy pronto hasta las más altas regiones. La magnánima reina doña Isabel II leyó también las obras de aquélla y quiso dispensarla sus favores; pero la escritora rechazó con modestia y dignidad todo ofrecimiento de pensión y aun se opuso á que se hiciera por orden de la reina una edición de sus obras que había de regalársele, y sólo admitió, después de algunas instancias de sus amigos, una de las casas del patrimonio real contiguas al Alcázar de Sevilla, donde pudiera vivir gratuitamente durante sus días.

Impulsó á doña Cecilia para admitir aquella generosa oferta el reconocimiento á la bondad de doña Isabel II; pero también fué parte á decidirla el lugar que se le ofrecía para su morada. Dentro del recinto amurallado del alcázar mauritano, aislada por completo por la forma especial de su construc-

ción, y muy próxima, sin embargo, á la suntuosa iglesia Catedral y al magnífico edificio del Consulado, donde se encuentra el archivo de las Indias; rodeada de jardines, cuyos olores la embalsaman de continuo, aquella casa parecía destinada para vivienda de un escritor.

Resucitan en aquella soledad las figuras más grandes de nuestra historia patria, los recuerdos más gratos y las más poéticas tradiciones. Palpitan allí, si así puede decirse, las voces del santo rey Fernando y la de don Pedro *el Justiciero;* se escuchan las armonías de los cánticos sagrados que resuenan bajo las bóvedas de la Catedral, y á poco que la imaginación se despierte, ve levantarse en toda su imponente grandeza las memorias de la Reina Católica y de Cristóbal Colón y sus heroicos compañeros; como si se cierran los ojos á la realidad se contemplan las tradicionales aventuras de Sancho Ortíz de las Roelas y don Juan Tenorio, y los sucesos de Mañara, de Alonso de Ojeda, de Vázquez de Leca y de tantos otros, sobresaliendo siempre por su especial carácter las de don Pedro I de Castilla, que evocan las memorias de doña María Coronel, de doña Blanca y doña María de Padilla y la del infante don Fadrique rodeado de los célebres ballesteros...

No hay necesidad de lanzarse á suposiciones aventuradas para comprender que *Fernán-Caballero* aceptara con gozo el ofrecimiento de vivir en tal lugar, dentro de los muros del Alcázar, y que en él se entregara por entero á su afición á las letras y escribiera gran número de sus celebradas producciones.

IX

Allí se deslizaban tranquilas y dulces las horas de la novelista; allí recibía las visitas de sus amigos y las de muchas personas de distinción, tanto de España como del extranjero, que movidas de curiosidad deseaban conocer al misterioso actor de tantas obras amenas; allí se dedicaba á escribir continuamente, ora por su propio deseo las novelas cuyos argumentos ya tenía trazados, ora los artículos que para muchos periódicos le pedían, cuando un triste suceso vino á turbar la paz de su ánimo y á acibarar por mucho tiempo su existencia.

Aunque no de una manera definitiva, sino con el propósito de arreglar algunos asuntos difíciles, ampliar el círculo de sus relaciones comerciales y regresar á Australia, donde todavía sus negocios le obligaban á residir por algún tiempo, había venido á España en el verano de 1858 D. Antonio Arróm. Después de haber permanecido algún tiempo al lado de su esposa, salió precipitadamente para Madrid, donde le llamaban asuntos de su consulado, con ánimo de volver de nuevo á Sevilla; pero noticias graves le obligaron á marchar á Londres, donde adquirió la triste evidencia de un desastroso suceso que arruinaba su comercio, y no pu-

diendo soportar aquel golpe... puso fin á sus días.

.....

Preciso es hacer un largo paréntesis, al llegar á este punto desgraciado, en la vida de *Fernán-Caballero*. Siempre piadosa la escritora, de sensibilidad exquisita, hasta el extremo de aparecer excesiva, aquel grave acontecimiento la produjo una alteración indescriptible. Meditando de continuo en la pérdida que acababa de sufrir y en las horribles circunstancias que la acompañaban, se encerró en la soledad de su casa, donde solamente recibía las visitas de sus sobrinas que acudían á llevarle los consuelos de su afecto, y las de algunos amigos predilectos; de éstos, pocos, muy pocos, pues rompió casi por completo con todas sus amistades. Dejó también la pluma; y en aquellos días de aislamiento nació en su mente la aspiración de consagrarse á más forzosa reclusión retirándose á un convento; resolución *que maduró durante mucho tiempo*, como ella decía, y trató luego de llevar á efecto con la tenacidad propia de su convicción, aunque al cabo hubo de desistir de ella, tanto por los obstáculos que se le opusieron, cuanto por los deberes que en el claustro eran de obligación, y no se sintió con fuerzas para aceptar.

X

Después de este suceso de familia, que tan gran perturbación causó en su modo de ser en el interior de su casa, y cuando se iba serenando algún tanto con el transcurso de los años y la continua ocupación literaria, la revolución de Setiembre del año 1868 fué otro gravísimo suceso que sorprendió grandemente á *Fernán-Caballero*, dando un golpe á sus convicciones, á sus sentimientos más arraigados. Ni encontraba las causas, ni sospechaba los móviles, ni alcanzaba las consecuencias de aquel acontecimiento, ni aun quería dar fe á lo que ante sus ojos pasaba. Era profunda y candorosa su convicción monárquica, y no comprendía que todo el pueblo español dejase de abrigar igual sentimiento y de amar la institución y respetar á la augusta señora que ceñía la corona; y sus correspondencias de aquellos días y aun de mucho tiempo, cuando lamentaba las convulsiones políticas y el malestar del pueblo español, demuestran claramente que buscaba sus causas en diferentes circunstancias, sin fijar ni por asomo sus miradas en el trono, ni creer que pudiera peligrar nunca su existencia; y esto explica las afirmaciones absolutas contenidas en muchas de sus obras, y más todavía en alguna que tal vez por esta razón no ha visto ni verá la luz pública. Para *Fernán-Caballero*, la fe monárquica del pueblo español era artículo de fe.

El movimiento anti-religioso que señaló los primeros tiempos de la revolución de Setiembre en toda España, pero en especial en Sevilla y Cádiz, fué también causa de profunda pena en el ánimo de la escritora, y queda de su

sentimiento una prueba que por verdadera casualidad podemos ofrecer como dato curioso y como escrito desconocido de Fernán-Caballero.

Antes de que, declarados en venta los bienes que pertenecieron al real patrimonio, se notificara á la novelista la orden de que abandonara la habitación que había merecido á la magnanimidad de doña Isabel II, dispuso la Junta revolucionaria de Sevilla se destruyesen todos los signos de devoción que aún quedaban en diferentes sitios de la ciudad. Ordenes de igual naturaleza se habían dictado en varios períodos revolucionarios desde el año 1840, y aunque muchos retablos, cruces y ex-votos habían desaparecido, conservábanse algunos que se habían salvado, por los grandes recuerdos que conmemoraban, por su mérito artístico ó por algunas particulares circunstancias.

Mandó el alcalde algunos operarios que procedieron á quitar los dos retablos que en la entrada del Patio de Banderas y en el Apeadero del alcázar se conservan; resistiólo el alcaide, administrador del patrimonio, por estar aquéllos dentro de los muros de la casa real, aunque en tránsitos francos para el público y no creer que alcanzaban sus facultades á permitir se causara novedad alguna en el palacio confiado á su custodia, y *Fernán-Caballero* aprovechó aquella ocasión para hacer alarde de sus sentimientos y acudió á la esposa del ministro D. Juan Bautista Topete, con una carta en que la rogaba se apoyara al alcaide del alcázar, impidiendo que la revolución destruyera aquellos emblemas religiosos que tan grandes recuerdos conservaban.

La carta decía así:

XI

«Señora: La envidiable fama que V. E. goza de piadosa, me da valor para molestar su atención con estos renglones, en los que le voy á hacer una petición en nombre de todos los que habitamos en el regio alcázar de Sevilla, hoy propiedad del Estado, á cuyo frente se halla con sus compañeros el señor esposo de V. E., general Topete.

»Este ayuntamiento ha mandado al señor administrador de este histórico monumento que destruya los retablos que en él existen; el administrador contestó que esto no estaba en sus atribuciones, lo que es bien claro, puesto que el municipio no tiene el menor derecho á disponer de este alcázar puertas adentro.

»Difícil sería pintar á V. E. la desolación de *todos* los que en este alcázar habitamos, al ver que á pesar de la negativa del Sr. Terán, el municipio impío, no contento con haber destruido cuantos retablos y capillas existían en esta católica Sevilla, insiste en su obra de destrucción sin causa ni razón, ni aun pretexto. No le arredra siquiera el respeto á la historia: pues estos retablos fueron aquí colocados por la gran reina Isabel la Católica, ni el interés de

la tradición, que afirma que en el retablo que está á la entrada rogaba Colón á la santa Madre de Dios y amparo de los afligidos que favoreciera su magna empresa, y que á su regreso del Nuevo Mundo se postró agradecido á su patrocinio á sus pies, con dos indios cristianos ya, que traía consigo.

»Estos retablos son, señora, parte integrante de este histórico monumento; forman ó le dan su fisonomía. ¿Qué dirán los viajeros que de todas naciones acuden á ver esta joya curiosa, este monumento histórico, al ver arrancado de sus muros el sello de su época grande y piadosa?

»Muchas cosas, al ver el giro que las públicas han tomado, no habrán podido evitar los hombres cultos y cristianos que están al frente de la nación, pero el real patrimonio no tiene ni debe reconocer otra autoridad que la de estos señores, y aquí están ampliamente en su derecho para impedir un mal grave y trascendental.

»Que V. E. influya en que así lo hagan, es la súplica que en nombre de los habitantes del alcázar me atrevo á dirigir á V. E., asegurándole que si lo consigue habrá merecido bien de la religión, de la historia, de la cultura y de la razón.

»Perdóneme V. E. mi atrevimiento, y discúlpelo con la confianza que inspiran la bondad y la virtud para esperar de ellas bondades y virtudes. B. l. m. de V. E. s. s. s.

Fernán-Caballero.

Sevilla 20 de Febrero 69.»

XIII

No sabemos si obtuvo resultado esta instancia. Lo que sí fué cierto, que declarados en venta los bienes del patrimonio y vendidas en pública subasta las casas del Patio de Banderas, se comunicó á la escritora la orden de desocupar su habitación, y después de doce años próximamente abandonó Fernán su morada en el alcázar y se trasladó á la modesta cuanto agradable casita de la calle que entonces se nombraba de Juan de Burgos, donde pasó el resto de sus días.

Los años de la revolución fueron de continuada zozobra y de verdadero sufrimiento para *Fernán-Caballero*. No desconocía los trabajos que se dirigían á preparar la restauración, porque muchos de sus mayores amigos estaban comprometidos en ellos y animaban sus esperanzas. Proseguía en su labor literaria, pero con cierto desaliento; la falta de fuerzas físicas, el decaimiento de su cuerpo, vencido por los años y por las penas, se reflejaba en su espíritu, y no le permitía consagrarse con asiduidad al trabajo, que era su único recreo, y tal vez lenitivo y aun medicina de sus males.

Cuando el que se llamó *golpe de Estado* del 2 de Enero de 1874 puso fin al gobierno republicano y creó nuevamente aquella interinidad sin nombre que durante un año rigió los destinos de España, doña Cecilia sintió reani-

marse sus esperanzas, y se atrevió á pedir á algunos de sus amigos que habían entrado en la corporación municipal restablecieran la antigua costumbre de que los vigilantes nocturnos al cantar la hora dieran antes la voz de *Ave María Purísima*, como siempre se había practicado durante siglos, y cuya supresión habían ordenado los ayuntamientos de la Revolución.

Por la moción que hizo la escritora en su nombre y en el de muchas señoras de la ciudad, se acordó restablecer la tradicional invocación; y ya poco después esperaba confiada y ansiosa el momento de saludar al hijo de doña Isabel II ocupando el trono de sus mayores. Su impaciencia era tan grande, que no pasaba día sin que se informara con insistencia de los pasos que adelantaba la restauración, y bien claramente dejó pintada toda su alegría en la carta que dirigió al Excmo. Señor D. Leopoldo A. de Cueto, que figura al frente del *homenaje poético* de Alfonso XII.

«Estimadísimo amigo: Salgo de la cama, en que me han tenido muchos días fuertes calenturas. Estoy tan débil y nerviosa que apenas puedo escribir, y Dios sabe si podrá V. leer estos temblorosos renglones.

»Contesto á su grata y apreciadísima carta.

»¿Una *corona poética*? ¡y compuesta por literatos reunidos con este objeto en casa de V., es decir, la flor y nata, las primeras espadas de los escritores y poetas! ¡Una corona de laureles con hojas de oro!... ¿Qué parecería entre ellas una hojita de césped del campo? Yo no escribo versos, y las prosas no deben desarmonizar tan bella y completa obra como será la que se proyecta.

»Además, ¿qué diría?... Cuando postrada en el lecho oí el magnífico repique de nuestra catedral, tantas veces profanado, lo oí tan alegre, tan glorioso en esta ocasión, que parecía que las campanas repicaban solas y por su propio impulso. No pude hablar, pero mis lágrimas expresaron los sentimientos de mi corazón. Lo levanté á Dios, dándole gracias por lo que patentemente ha sido obra suya, y repetí con el gran poeta francés:

«Celui qui met un frein à la fureur des flots, saura bien des méchants arreter les complots.»

»Así ha sido. ¡Bendito mil veces el iris de paz que Dios manda á España en ese rey, tan joven de años y tan maduro de saber, de prematura experiencia y tan rico de virtudes! Esto es lo que siento y quisiera expresar de manera más escogida, que no lo puede ser la que usa una pobre convaleciente, que ni siquiera ve lo que escribe.

»Ya ve V. que yo no puedo ocupar un puesto en tan elevada y noble *Corona*, que aun antes de salir á luz va cobrando renombre y fama. Me aterra la idea de presentar al público, al público culto y literario, un escrito *en prosa* y *prosaico*, que no tendría más en su favor que el ser alfonsista. No me es dado, pues, corresponder á la inmerecida honra que V. y sus ilustres amigos me dispensan,

sino con mi corazón, mis simpatías, y mis votos por el joven y dignísimo príncipe, que, como enviado por la providencia, viene á ocupar el trono secular de sus antepasados, trayendo en una mano la espada para defenderle, y en la otra la rama de olivo, símbolo de la paz, que tanto anhela nuestra España. Mucho cumple y mucho promete para el porvenir. Tiene en su favor el sagrado apoyo:

Dieu et mon droit.

»En cuanto á la expresión del sentimiento poético popular de que V. me habla, lo único que en tan poco tiempo, en mi encierro, he podido recoger, son estas coplas que cantaban cuadrillas de máscaras por las calles:

Don Carlos quiere corona,
Que la haga de papel,
Que es la corona de España
Para el hijo de Isabel.
.....
Si Carlos quiere corona,
Que soñando se la forme,
Que es la corona de España
Para el rey Alfonso doce.

»Termino mi carta dando á V. y á esos señores las más sentidas gracias por la tan lisonjera distinción que me han hecho, juzgándome digno de unir mi insignificante nombre al suyo tan claro y distinguido en las letras de nuestra patria.

Ruego á V. de nuevo me perdone, por la imposibilidad en que estoy de mostrar en una obra literaria, como yo quisiera, mi cordial y calurosa adhesión al hijo de mi reina doña Isabel, y créame su más agradecida y sincera amiga,

FERNÁN-CABALLERO.»

XIII

Esta carta lleva la fecha de 9 de Febrero de 1875. La célebre escritora se encontraba muy débil de cuerpo, aunque conservaba la plenitud en su inteligencia. Los años por una parte, pues contaba ya muy cerca de los ochenta, y los disgustos que habían turbado su existencia por otra, habían agotado las fuerzas en aquella naturaleza, bastante más fuerte y sana de lo que á primera vista podía creerse. Desde aquella fecha, aunque mucho más complacida por la marcha de los negocios públicos y por ver consolidada la restauración monárquica, su vida comenzó á hacerse más penosa, y su familia y sus amigos comprendían con dolor que no se había de prolongar por mucho tiempo aquella existencia tan querida en todos ellos.

La muerte de una de sus hermanas, la última que le quedaba, vino á acibarar los postreros días de su existencia. ¡Triste impresión producen en el ánimo las últimas cartas de Fernán-Caballero! Con fecha 26 de Octubre de 1876, decía doña Cecilia á su excelente amigo el Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel, que le había escrito

procurando consolarla un tanto en su aflicción:

«Mil gracias por sus sentidas palabras de pésame. Creí que ya en mi trabajada vida no llegaría el caso de que se me pudiesen dirigir, pues era la mayor de mis hermanas, ¡pero Dios lo ha dispuesto de otro modo! La muerte es una separación temporal, por lo que mientras más anciana se verifica más corta es... ¡Qué consuelo!»

Sus fuerzas continuaban acabándose; la fiebre se iba apoderando de ella... Sin embargo, siempre se encontraba dispuesta á favorecer á los que acudían á su amparo y valimiento. Léase la carta que en aquellos mismos días dirigió á otro de sus constantes amigos, cuyo original tenemos á la vista:

«No sé cómo escribo.—Diez días de calenturas, cama y dieta me tienen hecha una pavesa.—Pero la hija de mi portera, que he criado, se ha casado con un cabo de municipales, Miguel Velasco, que es una persona fina y excelente, hermano del cura de Marchena.—Es soldado cumplido con brillante hoja de servicios.—Está destinado en el distrito de la puerta de Carmona, y, por consiguiente, á una legua de mi casa, en la que moran, y me dicen sería una cosa fácil para V. el pedirlo para el distrito de la Magdalena, que es mi parroquia.»

»No veo lo que escribo;—me tiembla el pulso; nada, nada puedo, sino querer y apreciar á V. muchísimo

FERNÁN.»

XIV

Agravándose el padecimiento y postrada completamente la enferma, sin poder abandonar el lecho, la noticia de su estado produjo penosa impresión en toda Sevilla. No contentos con recibir frecuentes informes, la reina doña Isabel, y su augusta hermana la Serenísima Infanta Duquesa de Montpensier visitaron personalmente á la ilustre escritora, que consagrada por entero á las prácticas religiosas, entregó su alma al Creador en la mañana del 7 de Abril de 1877.

XV

No es fácil ni posible en estrechos límites analizar las obras de *Fernán-Caballero*, ni formar juicio de cada una de ellas. Los escritores más eminentes de nuestra patria y muchos extranjeros ilustres han tomado á su cargo ese trabajo quilatando los méritos de las novelas principales, y manifestando su opinión sobre las dotes de la original novelista.

Como síntesis, recogeremos cual verdad reconocida é indudable la intención moral de *Fernán-Caballero*, su entusiasmo religioso, su ardiente fe y la consoladora filosofía que, cual dulce luz, se desprende de todos sus escritos. En este punto es intachable y modelo.

Su cualidad más excelente es la de trazar los caracteres con pasmosa verdad, poniendo de relieve la figura del personaje y su fisonomía moral, de manera tan gráfica, tan apropiada, tan natural, que se graba indeleble en el ánimo de los lectores. En este punto se iguala á los más célebres escritores, á Shakespeare y á Cervantes. La María protagonista de *La Gaviota*, el D. José Mentor de las *Tres almas de Dios*, *Clemencia*, y Perico *Alvareda* con otros muchos que forman numerosa galería, son personajes vivos que no tienen movimiento ni palabra que no sea propia de sus caracteres respectivos, retratos sorprendidos á la naturaleza misma con la luz de un genio observador, más expresivos que las fotografías, porque tienen voz y animación.

Con tales condiciones, *Fernán-Caballero* es en nuestro concepto, y en el de muchos críticos de merecido renombre el eslabón inmediato á Cervantes en la sucesión de los novelistas españoles. Ninguno ha poseído en tal grado la finísima observación, ninguno ha trasladado al papel con mayor verdad y exactitud el fruto de sus observaciones.

José María Asensio.

COSTUMBRES LITERARIAS DEL TIEMPO PRESENTE

Cierto día, formando parte del cortejo que iba en pos de ilustres funerales (1) que fueron un acontecimiento público en este París, tan frívolo de ordinario, tan fácilmente olvidadizo é ingrato, me puse á reflexionar sobre los destinos diferentes de las generaciones intelectuales que se han sucedido en Francia hace medio siglo, y á comparar las circunstancias en que se han producido y sobre la escena y papeles diversos que han desempeñado. Cuando se ve desaparecer uno á uno los representantes de un pasado tan reciente todavía, nos sentimos tentados á creer que hay una decadencia intelectual en la raza y que el siglo se empequeñece. Los grades antepasados que se retiran delante de las nuevas generaciones, sin que se pueda ver bien qué consuelos nos reserva el porvenir, ¿dónde quedará la superioridad manifiesta de las inspiraciones, la novedad incontestable de los puntos de vista, la amplitud y la altura de las concepciones, cuando los últimos supervivientes de esta fuerte generación hayan desaparecido? ¿Dónde estará la originalidad del talento y la autoridad que es su signo revelador? Distingo una multitud de nombres que se presentan á mi memoria confusamente apiñados en los confines de la celebridad; pero en esa multitud de escritores de diversas opiniones y distinto origen hay algunos que traspasan el límite en que se detiene la multitud, y que una superioridad decisiva de talento reserva el privilegio de esas situaciones consagradas por el asentimiento público, elevado sobre la controversia pública y como al abrigo de ella. ¿A quién le corresponde, en las nuevas genera-

(1) Los de M. Coussin.

ciones, el reinado intelectual? Y, en primer término, ¿este reinado corresponde á alguien? Las condiciones que se habían fundado hace cuarenta años estas soberanías del espíritu no existen. A la desgracia de perder estos hombres que han sido durante tantos años investidos por la opinión de una especie de magistratura intelectual, parece juntarse otra desgracia, la de no verles reemplazados. El examen de las condiciones nuevas en que se encuentra la generación presente comparadas con las condiciones anteriores, es el asunto que quisiera tratar rápidamente sin ilusión retrospectiva y sin otro propósito que el de ver las cosas con justicia. Se ha producido un singular fenómeno en la región del espíritu: tiende á reinar cierta nebulosa democracia. El rasgo saliente de este nuevo régimen en el orden intelectual, y que acaso no es del todo conveniente, consiste de una parta en la transgresión de ciertas reglas de las que en otro tiempo era guarda celosa la opinión pública, y de otra parte el olvido de la autoridad del talento que en cada generación estaba representada por grandes nombres. Actualmente la individualidad de los escritores puede producirse en plena independencia con sus riesgos y peligros fuera de toda tutela y disciplina. Esta emancipación absoluta, ¿es un bien ó un mal? Enunciado el hecho, tratemos de explicar las diversas causas antes de apreciar las consecuencias, siquiera éstas no se desarrollen aún más que de una manera bastante confusa ante nuestros ojos, y de las cuales sólo el porvenir podrá juzgar los desastres ó los beneficios.

Cosa fácil es á un observador imparcial comprender hasta qué punto han cambiado entre nosotros las costumbres literarias desde hace veinte años. Es un síntoma significativo oir, como nosotros hemos oído, desde el día mismo de estos funerales que llevaban hacía el eterno silencio una de las voces más elocuentes de este siglo, irónicas protestas contra la emoción de la multitud. ¿Qué habrá respetable si no se respeta, ni al día siguiente de su muerte, á esos hombres que han sido grandezas visibles de un país? En torno de sus féretros, las simpatías del público no imponen, como en otro tiempo, el silencio y la actitud voluntariamente desarmada de los adversarios; no se ve reinar esta tregua de Dios, que parecía de buen gusto á la hora de esas muertes históricas, que son una fecha en un siglo. Hay entre los cantores de todas categorías como una emulación de indiferencia burlona ó de hostilidad sistemática, un impulso de triste agonía por mostrarse libres

de toda superstición á la consideración del poder caído. De aquí esa multitud de anécdotas, de dichos vulgares esparcidos por manos crueles sobre una ilustre memoria, á fin de proyectar sobre ella algunos rasgos del ridículo.

Es la venganza de los espíritus pequeños contra todo lo que es grande. De aquí también esas sentencias densas, altaneras, implacables, pronunciadas desde lo alto de un aparente puritanismo. Es la venganza de ciertos orgullos austeros, que por su propia autoridad privada han tomado entre sus contemporáneos la carga de grandes jueces, y se han atribuido en el presente la misión de la posteridad. De aquí, en fin, esa crítica, de la cual admiraría yo el frío desdén si reemplazase lo que destruye y que aplica las formas del dogmatismo más altivo á la demostración de los dogmas en filosofía. Es la venganza de los escépticos y su desquite contra la larga dominación de las ideas detestadas. Al ver semejante concurso de escritores sin ilusión, tan inclinados á exponer al día las miserias secretas del hombre ó los desfallecimientos del talento, parece que cada uno de ellos no se propone otra cosa que mostrar que no se deja engañar, que el enternecimiento de la multitud no es contagioso para las gentes de talento, y que el privilegio de la crítica es conservar su sangre fría ante una tumba ilustre. ¿Qué ventajas tiene esto? ¿Qué se gana con ello? Una cosa solamente: se habrá matado la última forma de respeto en Francia, ese respeto que sobrevivía á tantas ilusiones destruidas, el respeto al talento. ¡Gran provecho! ¡Cómo podrán aplaudirse á sí mismos los escritores que conspiran en favor de ese resultado! Deben, sin embargo, tener cuidado. Los que se han constituido en los primeros jefes é instigadores de esa revolución en nuestras costumbres literarias, podrán convertirse alguna vez en víctimas. La justicia de la opinión tiene terribles adivinaciones y toma á veces severas represalias.

En estas manifestaciones de la crítica frívola ó apasionada, veo un signo nada equívoco de las disposiciones del público literario, cada vez más enemigo de las aristocracias intelectuales, mirando con ojeriza cuanto se eleva por encima del nivel común. Parece que estas superioridades inquietan ese amor á la igualdad que jamás se había visto reinar en las letras con tan ardiente celo. Qué cantidad de mezquinos intereses heridos y miserables rencores, cuántas vanidades alarmadas y envidias literarias entran en esta disposición de los espíritus no trato de calcularlas. Intento hacerme la

ilusión de que en el fondo de ese movimiento vivísimo de la opinión contra toda autoridad de doctrina ó de talento, no hay otra cosa que el culto austero de la independencia del pensamiento, que teme verse amenazado por la tiranía de las grandes inteligencias. Quiero creer que ese excepticismo ante la gloria, oculta sólo nobles pasiones. Si otra cosa oculta, quiero ignorarlo. Todo ello no es más que un síntoma particular que revela un estado general de la sociedad. Penetremos más hondo bajo esta superficie móvil de la vida literaria hasta el corazón del público mismo, analicemos sus tendencias y sus inclinaciones, las secretas pendientes en que se abandona, ese conjunto de disposiciones, de *hábitos* y de gustos que componen las costumbres intelectuales de un pueblo ó de un país. Encontraremos de este modo explicación verdadera del fenómeno que estudiamos y que se produce bajo una forma singular: un contraste marcado entre la población siempre creciente de escritores y el número cada vez menor de talentos superiores reconocidos y consagrados. Jamás ha existido en Francia mayor cantidad de hombres dedicados á la profesión de escribir. Hasta me atrevería á añadir que jamás ha habido mayor facilidad literaria, dones más felices para la improvisación, más apariencias de talento, más ingenio bajo formas ligeras que por todas partes penetran; pero al mismo tiempo nunca ha habido errores más manifiestos de esas inteligencias que llevan en sí mismas algo parecido á un signo real, que parecen haber nacido para tomar la dirección filosófica ó literaria de una época y para ejercer una especie de dictadura sobre las ideas. Justo es suponer que el público no es completamente responsable de este estado de cosas. ¿Hasta qué punto y en qué medida lo es?

Esas inteligencias soberbias no habían creado ellas solas su imperio; lo habían encontrado preparado por las circunstancias, y cuando se las ha visto elevarse tan fácilmente es que todo estaba dispuesto en su favor. Para que un gran talento se desarrolle y se imponga, es preciso que sea ayudado por la sociedad; debe encontrar en la opinión una parte de sus recursos y de sus fuerzas. Es necesario que el gusto público no esté en oposición flagrante con el del escritor, ni con sus instintos de grandeza. Y cuando la inspiración personal de un autor se siente en relación con las simpatías de la multitud inteligente, aquélla recibe un singular acrecentamiento de poder y de extensión. De este concurso feliz entre ciertos

espíritus superiores y el público preparado para comprenderlas, es de donde nacen, en el orden intelectual, esas dinastías de talento y de idea que, como acabamos de ver, no se encuentran tampoco, como las otras dinastías, al abrigo de golpes imprevistos y de revoluciones.

Transportémonos con el pensamiento á los años ya lejanos de 1820 á 1830, y veamos si jamás ha existido un medio más favorable, un conjunto de circunstancias más feliz para el brillo y desarrollo de los grandes talentos. Yo he tratado de pintar otra vez ese movimiento prodigioso que acaso no volverá á ver este siglo. Fué aquella una época única para la libre y fecunda variedad de los talentos, para todas las nobles curiosidades á un mismo tiempo despiertas y todas las emociones de lo bello al mismo tiempo excitadas, para la actividad casi heroica del espíritu que se precipitaba en todos sentidos á la conquista de lo desconocido y también por el ardor serio y el candor del público entusiasta entonces hasta la ilusión. Los testigos de esta edad ya casi legendaria sólo con emoción hablan de ella.

E. Caro.

(Se concluirá)

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Cambio de decoración.—Canarias.—Puerto-Rico.—Habana.—Navegación de las carabelas.—Cómo se han portado.—Aplausos merecidos á los tripulantes.—Viaje de los Infantes y del duque de Veragua.—Colón sigue también viajando.—Más estatuas y más libros.—Sácanse del polvo los antiguos.—Oro y poesía.—Isagoge de un fraile retórico.—Geografía sublime.—Alonso Sánchez de Huelva en carne y hueso.—Navegación velocísima.

En el intervalo de tres meses, transcurrido desde que dimos cuenta de clausura de la Exposición americana en el palacio de Recoletos, cesando por aquí los actos externos, se han preparado escenarios donde continuarlos sin tregua. Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, en las islas Canarias, luego Puerto-Rico, después la Habana, han ejercitado la inventiva festejando con galas y espectáculos el paso de las carabelas, al repetir el derrotero de las imitadas del siglo xv, sobre todo el de la *Santa María,* capitana que, dejando respirar libremente á los desconfiados y á los pesimistas, ha hecho la navegación á la vela sin escolta, sola, con su vetusto velamen, y habiendo experimentado malos tiempos y sufrido por remate un huracán en la bahía de Cheasapeake, bizarramente y con oportunidad ha llegado á su destino, dando ocasión á los que la tripulan para añadir una página honrosa á los hechos de los marinos españoles; mereciendo el aplauso que los de todas las naciones les han tributado en la revista naval de Nueva York y la satisfacción que con su lucimiento siente la patria.

En pos de las carabelas ha marchado el hermoso trasatlántico *Reina Cristina* conduciendo á SS. AA. los Infantes doña Eulalia y don Antonio, y con ellos la varita de virtudes de que las hadas se sirven en los cuentos infantiles para alegrar los ánimos y vestirlo todo con risueños colores.

La recepción que en los Estados Unidos han tenido, corresponde, por lo que el telégrafo anticipa, á lo que de aquel gran pueblo debía esperarse, y á las expresivas manifestaciones hechas en el momento solemne de inauguración y apertura de la Exposición universal de Chicago.

En aquel acto recibieron los señores duques de Veragua un homenaje que

excede á cuanto puede decirse; una ovación elevada al glorioso ascendiente suyo, iniciador de la vida, de la civilización y de la historia de la nación americana, pero que en alguna manera se extiende á la nuestra. Por doquiera ondeaba la bandera española junto á la de las estrellas y las fajas, presidiendo al clamor de los hurras y los cañonazos.

Colón, el insigne descubridor, ha repetido con este motivo los viajes, emprendiendo uno más su efigie esculpida por el académico D. Jerónimo Suñol y fundida en bronce en los talleres barceloneses de Masriera, para permanecer en la ciudad neoyorquina.

Difícil es ya calcular el número que hace la estatua entre las que se han erigido y siguen levantándose al marinero inmortal. Hay que contar además otra que en el distrito nombrado Colón, de la isla de Cuba, se ha descubierto en estos días, y la que en la fundición citada de Masriera se está moldeando con destino á Salamanca, sobre el modelo del escultor D. Eduardo Barrón. ¿Habrá en la historia de la humanidad persona que tantas haya inspirado, comprendiendo á los emperadores endiosados?

La pregunta habrá de extenderse á los libros, porque continúa creciendo la biblioteca del Centenario, no ya sólo aumentada con las piezas sueltas, hijas de la oportunidad del momento, sino con las que, por mayor alcance, necesitaron preparación y trámites que han retrasado necesariamente la salida á luz. De las primeras suelen dar noticia los periódicos locales; llegan aquí por rareza, ajenas como son al comercio de librería (1), cuando no figuran por duplicado en revistas literarias, receptáculo general de estudios sueltos, que ya en este caso alcanzan ma-

---

(1) De estas, son:

Velada celebrada por la sociedad «Escuela literaria» el día 11 *de Octubre de* 1892, *en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.* Panamá, 1892.

Reseña de las fiestas que con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América han tenido lugar en Toluca los días 11 *y* 16 *de Octubre de* 1892.

Sur quelques documents peu connus relatifs à la découverte de l'Amerique, por Gabriel Marcel. París, 1893, 8.°, 8 páginas.

La astronomía en España antes del descubrimiento de América, por don Rafael Delorme. Salto, 1892.

Addres d livered on Columbus Day, October, 21, 1892, *at the Library and Museum Building of the University of Pennsylvania, Philadelphia*, by Daniel G. Brinton. Philadelphia, 1892, 8.°, 8 páginas.

Gabriel D'Almeida. *A Ilha de Santa María (Em que esteve á tripulaçao dos navios de Colombo no seu regresso da descoberta da América)*, 1432-1893. Typograhia popular. San Miguel (Açores), 4.°, 24 páginas.

Descubrimiento del Nuevo Mundo. Crónica dialogada de la conmemoración secular de este grandioso descubrimiento, por Luis Vidart. Madrid, imp. de Enrique Rubiños, 1893, 8.°, 101 páginas.

Le congrès de Huelva. Rapport de Adrién Planté. Orthez, 1893, 8.°, 44 páginas.

Christophe Colomb et la découverte de l'Amerique. Bulletin de la Société Royale belge de Géographie, 1892, núm. 6.

El descubrimiento de América, poema en tres cantos, por Diego Teso Ramírez. Caracas, 1882.

Christophe Colomb, sa vie, ses voyages, sa mission religieuse, par l'auteur des *Deux nouveaux martyrs, Perboyre et Chanel.* París, Casterman, 1892, 8.°, 144 páginas.

yor circulación y ofrecen facilidad de consulta á los curiosos.

Así, en *El Centenario* (1) se ha publicado una disertación interesante de D. Calixto Oyuela, de Buenos Aires, titulada *Colón y la poesía*, y otro artículo de D. Carlos Amer, cuyo título, *El confesor de Colón* (2), ha engañado la esperanza de algún descubrimiento reciente, porque repite novela forjada, al parecer, en una de tantas genealogías fantásticas del siglo XVI, novela mucho tiempo ha conocida por el manuscrito de la Biblioteca Nacional, que el reverendo P. Fita dió á la imprenta, nombrándola *La primera misa en América* (3), como en el manuscrito se lee.

La Ciudad de Dios, en estudio del P. Fr. Manuel F. Miguélez, titulado *Fr. Luis de León y el descubrimiento de América* (4), merece más atención por testimonio del juicio que el insigne maestro tenía formado del singular suceso. Creyendo que, tanto como otros de escasa significación, había de estar anunciado en las Sagradas Escrituras, repasa las profecías, singularmente las de Isaías y Abdías.

«Porque si los Profetas nos predijeron cosas de menor cuantía que no atañen tan de cerca á la historia y progreso de la religión cristiana, ¿habían de callar acerca del acontecimiento más grande y memorable que en la Iglesia de Dios se ha verificado después de la redención? Nadie creía en la existencia de otras regiones tan espaciosas y dilatadas como las nuestras; y si alguno llegó á sospecharlo, daba por cierto desde luego ser imposible que estuviesen habitadas por hombres. Y he aquí que casi en nuestros días se ha realizado este prodigio; un Nuevo Mundo ha salido al encuentro de los españoles, después de atravesar vastísimos mares en busca de él; por ellos sabemos que está habitado por innumerable multitud de hombres tantos siglos ocultos en las tinieblas de los vicios; y que cuando se creía haber llegado el eco del Evangelio á los oídos de todos los que pueblan la tierra, vemos que ni siquiera un leve rumor tenían de la doctrina evangélica los habitantes de aquellas islas, cuyos ferinos corazones son hoy amansados con la predicación. Sin duda alguna los Profetas en sus escritos mencionaron estas cosas admirables, sólo que no las hemos conocido hasta que los hechos han venido á servirnos de luz y guía en las sinuosidades y tinieblas de sus escritos.»

El maestro, nada blando en ciertos conceptos con los conquistadores, desarrolla su pensamiento de que fueron los españoles elegidos por Dios para secundar y cumplir los planes de la Divina Providencia en los destinos de tan gran parte del mundo, y por raro que parezca, ni cita ni alude para nada á Cristóbal Colón, caudillo de los expedicionarios descubridores.

En vista de este escrito y de los de

(1) Madrid, núm. 32.
(2) Idem, núm. 31.
(3) *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XVIII, pág. 551.
(4) *La Ciudad de Dios*, revista religiosa. Madrid, 5 Febrero, 1893.

Abraham Ortelio, manifestando (1) que «lo único hecho por el navegante genovés fué poner el Nuevo Mundo en comunicación estable de comercio y utilidad con Europa», se forma idea de la opinión general al cumplirse el Centenario primero, como para conocerla en el tercero sirve la cita anteriormenhecha de la *Historia política* del duque de Almodóvar (2) y todas para corroborar que el concepto colombino exagerado (3) empezó á formarse en nuestros días.

A la refutación de exageraciones y extravíos de índole distinta que van dando fama singular en Francia á M. Henry Harrisse, acude el Sr. Vidart en la *Revista contemporánea* con dialéctica seria, meditada y contundente que no deja en el mejor lugar al crítico norteamericano (4) antes controvertido en La España Moderna y en el *Nuevo Teatro Crítico* de la señora Pardo Bazán (5).

Otro error acreditado por el historiógrafo italiano Luigi Bossi, al divulgar que la nao grabada en Roma con la leyenda *Oceanica clasis*, que apareció ilustrando la carta de Cristóbal Colón á Gabriel Sánchez, estampada en el año 1493, representaba á la capitana de la expedición según dibujo de mano del Almirante, ha sido destruido por la revista inglesa *The Athenæum* (1) con la evidencia de hallarse el mismo grabado, si bien invertido ó al revés, en las *Perigrinationes* de Breydenbach, impresas en 1486. Así, poco á poco se van rectificando y corrigiendo especies que han circulado y pasan todavía por válidas sin más fundamentos que la autoridad de los autores que las echaron á volar.

Al mismo fin propende el libro especial titulado *Cristóbal Colón*, *Historia del descubrimiento de América*, obra compendiosa de D. Francisco Serrato, escrita con vista de mucho de lo escrito durante el período del Centenario, con criterio desapasionado y con el mejor deseo de acierto, según con razón dice en el prólogo D. Roque Chavás, canónigo de la Metropolitana de Valencia (2), siendo de notar que el defecto denunciado por la bondadosa consideración del padrino, á saber, la firmeza con que sostiene la creencia del origen ilegítimo de D. Hernando Colón, no es defecto tal, siendo el Sr. Chavás el que se equivoca por bondad también, suponiendo entre D. Cristóbal y Beatriz, no doña Beatriz Enriquez, lazos legales que la crítica tiene perfectamente definidos. Otros lunares hay en la obra del Sr. Serrato, que al fin es obra humana, en general originados

(1) *Theatr. Orbis terr.* Edic. de 1601, páginas 5 y 6.

(2) La España Moderna. Marzo, 1893, página 185.

(3) Idem. Marzo, 1892, pág. 166.

(4) *Los aciertos del Sr. Pinheiro Chagas y los errores del Sr. Harrisse*, por D. Luis Vidart. *Revista contemporánea*, Madrid, Febrero y Marzo de 1893, tirada aparte. Imp. de los hijos de M. G. Hernández, 1893, 8.°, 62 pág.

(5) Madrid, Diciembre, 1892.

(1) Londón, Jan. 28, 1893.

(2) Madrid, *El Progreso editorial*, 1893, 4.° XIV,—422 páginas con láminas.

por seguir opiniones de autores de crédito, entre ellas la de que volvió Colón á Portugal cuando recibió la carta del rey D. Juan dándole seguro para emprender el viaje, pero en sucesos de más importancia sigue su propia impresión, componiendo con ella una historia *española*, adjetivo que por desgracia no puede aplicarse á todos los libros dedicados al descubrimiento del mundo occidental, escritos como están, por lo común, con vista y con servil pauta de obras extrañas, propensas á infamar á nuestra nación y á sus hijos. Por historia *española* se distingue y se recomienda la del Sr. Serrato, sin otras condiciones no menos de alabar.

La que casi al mismo tiempo ha aparecido en Londres, redactada por M. Federico Saunders (1), difiere naturalmente en este punto de vista, estando por cualquiera otro en nivel de inferioridad palpable. El autor piensa que Colón tuvo en Islandia noticia de los viajes de los escandinavos, y por este este estilo acoge muchas creencias refutadas, inclusa la de la autenticidad de los restos últimamente exhumados en la catedral de Santo Domingo.

Tiene carácter más amplio el tomo de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, dedicado expresamente al Centenario (2). Contiene un Manual de ministros para conocer y extirpar las idolatrías de los indios; memoriales y cartas de autoridades de varias regiones, Perú, Nueva España, Paraguay, Uruguay, con firmas tan estimadas como de Hernán Cortés, Hernando Pizarro, Sebastián Benalcázar, el duque de Alburquerque, etc., y una de D. Diego Colón, el segundo almirante de las Indias, muy curiosa, comunicando al arzobispo de Toledo las primeras nuevas de los secretos de Cuba y Puerto Rico. De don Cristóbal no faltan tampoco noticias, y aunque incidentales, de las que hacen saber cosas ignoradas.

El licenciado Rafael de Torres Marañón, juez de la majestad del rey D. Felipe II, y uno de tantos arbitristas que andaban en corte, enderezó un memorial sobre la moneda, escribiendo:

«Los cronistas Oviedo, Gómara, Herrera y otros dijeron en sus crónicas, que Colón encubría y encubrió las minas, y en alguna manera pudo ser verdad; porque cuando lo tuvo descubierto, luego con émulos y relaciones envidiosas le fatigaron, maltrataron, enviaron preso á España desautorizadamente, y con grillos, y dieron muchos disgustos, aunque muy fuera de la intención del santo y católico rey D. Fernando; y agora se halla de su mano y letra de Colón una Memoria de todas las minas que él supo, en lo que descubrió, la cual ha estado sepultada hasta agora, y mirando en ella y poniendo trabajo, se cree sería de gran fruto, y porque las más minas son de oro, para su recomendación no uso sino de lo que el mismo Colón escribió en sus cartas al rey D. Fernando. Dijo, pues: «*Señor, el oro es muy estimado*

(1) *The story of the discovery of the new World by Columbus*, by Frederick Saunders. Londón, Astor, library, 8.° menor.

(2) Tomo CIV. Madrid, 1892.

de las gentes, y es bueno, tanto, que Dios no se desdeña de llevar por él al Paraiso.» Quiso Colón decir que el cristiano, teniendo oro, hacía obra pía, y Dios por ella hacía misericordia. Estas minas son las que aquí se pondrán.

» Allende desto, he visto unas cartas misivas de Colón, de su mano y letra, duplicadas de todas las que envió al rey D. Fernando, que las minas de Veragua y Dorado, se cree era parte de Urabá, confinan con las de Salomón, y eran continuadas. Dos lindas razones suyas y de Josefo, lectura de estimar, que á su tiempo podría ser de fruto y alegrarse con ello S. M., lo uno, para confirmar cosas, lo otro, para investigar unas y otras tener presentes, y mejor guiallas todas, si la persona que las tiene las quisiere mostrar, que no prometo dallas ni hacellas dar.»

Parece, por de pronto, en este memorial, la existencia de un documento autógrafo de Colón, la *Memoria de las minas*, que nadie conocía, y compruébase la del original de la carta fecha en Jamaica á 7 de Julio de 1503, llamada entre los bibliófilos *Lettera rarísima*, por la que impresa se encontró en la biblioteca de San Marcos de Venecia. La indicación de citas de Josefo y de las minas de Salomón bastan para reconocerla, y como no ha sido visto el escrito autógrafo, que debía poseer el licenciado Porres, es de importacia la variante de la frase estampada en la de Venecia; «el oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al paraíso», variante que hubo de suavizar Lope de Vega en su comedia *El nuevo mundo descubierto por Colón*, escribiendo:

> «Señor, dineros, que el dinero en todo
> es el maestro, el norte, la derrota,
> el camino, el ingenio, industria y fuerza,
> el fundamento, y el mayor amigo.»

Trae el recuerdo del verso como de la mano, mención de la *Antología de poetas hispano-americanos, publicado por la Real Academia Española*, tomo I de la obra con que la corporación literaria perpetúa el recuerdo de las fiestas, reuniendo florestas de México y de América central, con introducción escrita por D. Marcelino Menéndez y Pelayo que bien pudiera titularse historia de la poesía en las regiones citadas (1).

Asimismo encaja la noticia de haber terminado su ardua tarea el jurado compuesto por la señora Pardo Bazán y los académicos Castelar y Valera, eligiendo entre los cuatrocientos y tantos sonetos que optaban al premio de mil pesetas, ofrecido por el Sr. Vizoso, el que mejor les pareció. Abierto el pliego que encubría el nombre del autor, resultó ser obra del difunto insigne poeta Zorrilla, y con él también resulta que no es ya sólo el Cid en ganar victorias después de muerto. Algo recuerda el soneto, en los tercetos, al que escribió Quevedo por epitafio al gran duque de Osuna. Es así:

---

(1) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893, CLXXXII, 397 págs. 4.°

Á ISABEL LA CATÓLICA

POR EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Vencedora en Granada, hallas mezquino
el mundo antiguo, en la sublime idea
que de tu pueblo tienes, y desea
abrir tu alma á su expansión camino.
Proteges á Colón, y el peregrino
plan se logra por ti, que la europea
ciencia extendiendo, en cuanto el mar rodea
planta la cruz del Redentor divino.
Así tu gloria América proclama,
y á las naves de Hiran causa desdoro
y al bienhechor ejército de Osiris.
Sorata te alza al éter: Tequendama
se hunde en tu aplauso: Niágara sonoro
como nimbo de luz te ciñe el íris.

Trasladándonos con la imaginación al continente de los montes y ríos citados, tropezamos con nuevo libro y esta portada:

Isagoge histórico apologético general de todas las Indias y especial de la provincia de San Vicente Ferrer, de Chiapa y Guathemala en el orden de Predicadores. Libro inédito hasta ahora, que con motivo de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, ha mandado publicar el gobierno de la República de Guatemala, siendo presidente de ella el general D. José María Reina Barrios (1).

Carece de prólogo ó introducción en que se indique quién fué el autor del manuscrito y las vicisitudes de éste hasta el momento de salir á luz. Por la lectura puede conjeturarse que es obra de un fraile de la Orden de Santo Domingo, que residía en alguno de los conventos de Guatemala corriendo el siglo XVIII, y que no solamente tuvo á la vista los libros impresos de los Padres Remesal, Cogolludo, Torquemada, Acosta, Marroquín, y los de Bernal Díaz del Castillo, Solórzano, Martínez y Herrera, sino también los manuscritos del Padre Las Casas, los del mismo Bernal Díaz, por copia que poseía su descendiente, el capitán de caballos, D. José de Torria y del Castillo, estante en la misma ciudad de Guatemala, y el que allí habría compilado don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán con título de *Recordación florida*, que es la fuente principal de que se sirvió para historiar.

De todos estos escritores hay algo en la segunda de las dos partes en que la obra se divide, que tiene por título especial, *De la conquista de este reino de Goathemala, fundación de la ciudad de Santhiago de los Cavalleros, venida de la Religión de N. P. S. Domingo á la Nueva España, y fundación del Convento de dicha ciudad, hasta la muerte de su Fundador, el P. Fray Domingo de Betanzos.* Lo original, lo curioso, demostración de que las aficiones retóricas del autor no se extendieron á profundizar en ciencias físicas y naturales más que en ortografía, se contiene en la parte primera, designada con este otro título significativo: *De el origen y venida de los Indios y de otras Naciones á estas tierras, y controverzias de los antiguos acerca de ello, hasta su descubrimiento por el Almirante D. Christova*

(1) Madrid, tipog. de Tomás Minuesa de los Ríos, 1892, 4.° mayor, 445 págs.

Colón y venida de la Religión de N. P. Sto. Domingo.

Es singular la idea que se había formado de la figura de la tierra, prolongada hacia el Sur por una eminencia en que coloca al paraíso (aunque algo se acerca á las de Aristóteles, á las del Stagirita y á las de Dante), no menos que la teoría de la distribución y diferencia de nivel de las aguas en muchas leguas, singularidades razonadas, porque hasta el presente, dice, «no se sabe que alguno ayga rodeado el mundo de el norte al sur. Ni aun sabemos que alguno ayga navegado de el polo ártico al antártico, siendo así que de uno á el otro polo están más patentes los mares sin rodeos ni embarazos de tierra, como los ay grandísimos para dar la vuelta de oriente á poniente. Y aun se dice que ninguno ha llegado á ponerse perfectamente debajo del polo de el norte y mucho menos debajo de el polo de el Sur, pues ni aun se ha llegado á él en más de treinta grados de distancia. De estas experiencias se convence que es mucho mayor la distancia de el Orve de el norte á el Sur, que de el oriente al poniente».

Teniendo por suficiente la muestra de la geografía del Padre Dominico, es de saber que refiere cómo, después de expulsados del paraíso terrenal en el lejano Sur, los padres del género humano fueron marchando, pian piano, desde la Tierra del Fuego hasta el estrecho de Anian, caminito de Damasco, donde habían de parar, y como llamaron al trayecto por las tierras de la primera etapa *Arsareth*, nombre apropiado y significativo, más que lo son los de Indias Occidentales, Nuevo Mundo, América y otros de que se ha servido la general ignorancia para designar las regiones por mucho tiempo desconocidas; nombre que empleó el profeta Esdras al consignar por qué fueron á poblarlas las diez tribus de Israel, cautivas de Salmanasar, por ruta inversa de la de Adán y Eva; nombre que por lo mismo adopta y repite el guatemalteco fraile en el fruto de sus meditaciones.

Los fenicios y los españoles visitaron á su tiempo las tierras de *Arsareth*, dejando en Copan, Quiché y otras poblaciones de ruinas subsistentes, huella de su arquitectura y representación exacta de sus trajes, armas y tocados; mas todo esto llegó á borrarse de la memoria de las gentes, y aun del recuerdo de los españoles, distraídos con la guerra de reconquista de los moros, hasta que el temporal que arrastraba la nao de Alonso Sánchez de Huelva enseñó como cosa nueva lo que de puro viejo estaba apagado. Colón, importunando en España primero, en Inglaterra y en Portugal sucesivamente, al fin con fruto en España otra vez, consiguió las naves, y después de muy larga y peligrosa navegación descubrió tierra de los lucayos.

En este primer viaje fueron religiosos de la orden de San Francisco, llevando por prelado al R. P. Fr. Juan Pérez *de Marchena*, guardián del convento de la Rábida, que tomó posesión de todo el Nuevo Mundo por la Igle-

sia, en una que se formó de ramas, donde celebró misa.

Merece especial consideración lo que el autor escribe tratando de los críticos que rechazan las noticias del inca Garcilaso relativamente á la tradición de Alonso Sánchez, en esta forma:

«La verdad de la relación de el Inga Garcilasso, se halla en esta ciudad (de Guatemala) tan corroborada, que ninguno prudentemente la puede dudar; pues como dice Don Francisco de Fuentes y Guzmán en su *Recordación florida de las historias de este reino de Guatemala*, tomo I, lib. III, cap. VI, uno de los fundadores de esta nobilísima Ciudad de Santhiago de Goathemala fué Juan Sanchez de Güelba, que fué el piloto derrotado y que reconoció primero estas tierras, y el que dió las noticias y demarcación de estas regiones al almirante Don Cristóval Colón; de todo lo cual tenía testimonios auténticos juntos con los de su legitimidad, el dicho Juan Sánchez de Güelba. Esta noticia ninguno otro author la trae ni la puede traer, porque ninguno podía tener razón de los papeles de Juan Sánchez de Güelba, fundador de esta ciudad, sino su historiador Don Francisco de Fuentes; mas no por eso se puede negar el crédito á tan auténtico testimonio. Esta misma noticia pudo tener por algún camino el Inga Garcilasso, y no porque no lo dicen otros historiadores se le ha de negar el crédito.»

Compulsando las citas he visto que lo escrito por D. Francisco de Fuentes y Guzmán es muy distinto, en la primera edición impresa con notas y aclaraciones del Sr. D. Justo Zaragoza (1) y habrá que pensar que el manuscrito de que disfrutaba el P. Dominicano era otro, ó bien que se distrajo al verlo. D. Francisco de Fuentes consigna en el libro impreso, tomo I, lib. III, cap. V, pág. 96, que habiendo examinado el antiquísimo becerro fundación de la ciudad de Guatemala, copió los asientos, y había uno del tenor siguiente:

«Juan Sánchez de Huelva descendiente de Alonso Sánchez de Huelva, que fué el piloto que dió las demarcaciones á Colón.»

En descargo del fraile apologético hay que decir, en cambio, que no pensaba menoscabar los méritos del almirante de las Indias, probándolo las declaraciones que copio, de suyo importantes.

«El almirante Colón no pudo conocer por demostraciones que aquí había tierras, y si no hubiera tenido las noticias ciertas por la experiencia de alguno que hubiese llegado antes á reconocerlas, aunque en el descubrimiento de estas Indias fuese muy afortunado, el intento de descubrirlas hubiese sido muy imprudente, lo cual no se puede decir de tan discreto varón. En cuanto á la Divina revelación, no es dudable que pudo tenerla. También se ha de en-

(1) *Recordación Florida, escrita por el capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, publicada por primera vez* por don Justo Zaragoza. Madrid, Luis Navarro, editor, 1882, 4.°

tender que Colón, por sí, y por medio de otras personas santas, encomendaría á Dios un negocio tan grave, y que su Divina Majestad lo fortalecería para tan ardua empresa; pues quien en el nombre de Cristóforo le había prevenido su empleo de pasar á Christo de una á la otra parte de las aguas, no le negaría sus inspiraciones y auxilios necesarios para emprender, continuar y conseguir tan grande obra. Mas el reducir todo esto solamente á Divina revelación y negar por eso todos los otros medios humanos y naturales, es muy ajeno de razón; pero siendo necesario que Colón comunicase sus intentos con soberanos reyes, con príncipes y con grandes letrados, no es creíble de un hombre de juicio que para cosa de tanto peso fuese fundado solamente en su revelación privada, que ni Colón podía prudentemente declararla, ni hombre alguno de seso debía creerla. Ni se puede entender que fortaleciese Dios á Colón para esta empresa con sobrenaturales auxilios y le faltase los humanos y naturales medios tan necesarios para tratar esta materia con los hombres y para persuadirlos á que entrasen en el empeño de descubrir estas tierras. Siendo, pues, el único medio humano por el cual solamente pueden certificarse los hombres de la existencia de estas tierras, la relación de alguno que hubiese llegado á registrarlas, no se debe dudar que la Divina Providencia se lo dispuso al almirante Colón, y esto fué mediante la derrota de el piloto Alonso Sánchez de Güelba, cuyo suceso refiere el Inga Garcilaso.»

Quede el contenido del *Isagoge* para solaz de curiosos desocupados, mas sea perdonado al marino que antes de cerrarlo se fije todavía en la navegación de dos Padres del orden de Predicadores, que habiéndose metido, perseguidos de los indios, en un bergantín destrozado y sin velas, en veinticuatro horas anduvieron las doscientas leguas que separan á la isla Margarita de la Española. En memoria de este maravilloso suceso, dice el autor, tiene por armas la provincia de Santa Cruz de la isla Española, una nao con sólo el mástil, y una imagen del santo Crucifijo en la proa, y la de N. P. Santo Domingo en la popa y dos religiosos arrodillados junto al mástil.

Cesáreo Fernández Duro.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

Veamos ahora de tratar de los restantes tapices que pertenecen al siglo XV.

Hay uno muy curioso y de carácter verdaderamente típico por el colorido y aun por el dibujo, que pertenece al señor conde de Valencia de Don Juan. Le he visto en la sala XIX y lleva el número 6. Es flamenco: su materia, seda y lana, sin que se conozca á punto fijo el sitio de sus telares. Bajo un dosel hay dos figuras que parecen mirarse como de medio lado y las cortinas del dosel levántanlas dos ángeles alados que visten sendas capas. Créese que las figuras centrales son las imágenes del duque de Orleans, asesinado en 1405, y de su esposa Valentina de Milán, hija de Galeazo Visconti. El fondo tiene flores.

Hay inscripciones: VISCONTI y.... AL,.... que prueban lo indicado; y está sin orla: no sé si será completo.

Los demás tapices ya todos son de orla, dentro de la Exposición. Para no salir de la misma sala, el que lleva el número cuatro, que es un tapicito precioso, representa á la Virgen sentada teniendo al niño sobre sus rodillas. En la parte superior dos ángeles sostienen una corona sobre la cabeza de María y otro en la derecha una corona de espinas, y á la izquierda está San José. Es ya de orla. (Sala XIX).

Sin salir de la misma sala, indicaré la existencia de un frontal tapiz, de muy completa conservación y dividido en tres compartimentos, en los cuales se ven las representaciones de San Cristóbal llevando al Niño Jesús, de Santiago y la Fé. El Santo patrón de los españoles aparece con una indumentaria que he visto repetida mucho en la imaginaria religiosa de la misma exposición. Se lee en el tapiz: SOLA FIDES SUFFICIT.

La sala XV encierra parte de la colección de la Casa Real. Primeramente cuenta con dos telas de tapiz, próximamente de un tercio de metro de altas por tres metros cincuenta centímetros de anchas. Las escenas que en ellas se

advierten son escenas campestres, y los que intervienen en ellas son personas de nota, pues hasta músicos amenizan la reunión. Las materias son, oro, seda y lana. Considéranse como elementos suplementarios de la tapicería conocida por la Tapicería de David y Betsabé.

El que precede, número 5, de la herencia de Felipe el Hermoso, pertenece en sus cartones á la escuela de Juan Van Eyck. El argumento desenvuelve varios pasajes de la Vida de la Virgen María, dividido en seis compartimentos. Casi domina el oro, acompañándole la seda y la lana. Tanto de ancho como de alto excede de tres metros.

El tapiz compañero número 6 técnicamente es un todo idéntico al anterior, y en cuanto á lo que expresa no es más que la continuación de la vida de María. En el cuadro central superior, hállase representada la coronación de la misma Virgen, mientras los coros angélicos la celebran.

Todas las escenas se colocan dentro de arcos de preciosa labor ojival.

El tapiz de San Jerónimo, vestido de cardenal y orando ante un crucifijo, y en medio de varios animales ya es muy diferente en cuanto al colorido. El paisaje se compone de árboles, flores, un río y un hermosísimo convento. También aparece lleno de rusa severidad el mochuelo. Es casi un cuadrado de próximamente tres metros de lado. Dominan el rojo, el azul, verde y amarillo. La cenefa es de flores.

El tapiz del lado opuesto aún es de menores dimensiones pero ¡qué hermoso! Su cenefa es de flores y racimos, encuadra admirables escenas y admirablemente dibujadas en los cartones y pasadas al tapiz con maestría. El dibujo corresponde á la escuela de Roger de Van der Weyden.

En el centro se ve cómo los discípulos de Jesús le bajan de la cruz. El sentimiento de María, que al pie y arrodillada, espera á su hijo, raya en lo sublime.

A la derecha del espectador aparece el santo entierro, y á la izquierda, Jesús triunfador que saca del seno de Abraham á los santos Padres. Es el todo una obra maravillosa del arte textil.

Con muy buen acuerdo el señor conde de Valencia de Don Juan, jefe de la Armería Real, buen arqueólogo é instalador inteligente y pulcro de cuanto hay en la Exposición que pertenece á la Corona, ha colocado cerca una hermosísima tabla del mismo Roger Van den Weyden, tabla que representa la Crucifixión y que es una obra maestra pictórica.

Así se pueden comparar las dos labores del pintor flamenco: la perpetuada de sus cartones en el tapiz y la pictórica en la tabla.

Los que representan pasajes de la vida de San Juan Bautista también caen dentro del siglo xv. (Sala XVI.) No son los de palacio solos. Zaragoza ha presentado dos y pertenecen á la iglesia catedral.

Trataré de todos.

Riquísima la cenefa: admirable todo el arquitectónico elemento, encantador

el fondo. Allí se expresa el Nacimiento del Precursor; toda la riqueza y habilidad del arte flamenco han desplegado sus maravillas. La armonía del colorido encanta.

Se lee en la cenefa superior:

SANCTUM INFANTULUM STERILIS PER MIRACULUM PARIT ELIZABETH QUEM MARIA VIRGO HUMILIS ZACHARIE NOMINANDUM EXHIBET.

En efecto, entre los cuadros en el en el tapiz representados se ven dos escenas. La madre en el lecho: las mujeres que la asisten y que lavan al niño: y en el centro la presentación del Bautista que María hace á Zacarías (número 3).

Le sigue el que lleva el número 16, segundo de la colección que se compone de cuatro piezas. San Juan pide licencia para ir al desierto y hacer penitencia.

Lo mismo que el anterior ejemplar nos enseña la inscripción el contenido del argumento y en el mismo sitio de la cenefa superior, así dice:

PETIT LICENCIAM Á SUIS DEVOCIUS
AD PENITENCIAM MATURAT OCIUS.

El cuadro principal corresponde á la despedida y en el ángulo superior (derecha del que mira), se ve al Bautista arrodillado ante una reina que sostiene en la mano un zurriago. ¿Será la Penitencia?

Aquí cuadraba el describir la tela que representa *El Bautismo de Jesús*. No ha sido traído á la Exposición, y le sigue en el orden el del *Bautista en el desierto*.

Aparece encabezado con la siguiente leyenda:

SI PER PRISTUS IPSE SIT QUERUNT PHARISEI
PREDICANS CUNCTIS DICIT ECCE AGNUS DEI

Como es natural, nada aparece aquí de ornamentación arquitectónica, pues todo ocurre en el desierto, aunque no tan deprovisto de arbolado que el paisaje no aparezca muy ameno. Las dimensiones no pasan de cuatro metros cuadrados.

Esta colección nos lleva de la mano á la de Zaragoza compuesta de dos piezas: en la una vemos á San Juan bautizando á los que deseaban seguir sus enseñanzas, y en la otra se ve al Precursor llevado á la prisión; luego que se le presenta delante de Herodes y después al banquete del mismo Herodes en el que Herodías baila ante él.

El estilo varía. Se cree sean los cartones de Lucas de Holanda. Ambas llevan inscripciones siendo las de la primera. (Núm. 57, sala X.)

TU ACCINGE LUMBOS
ET ABIECIT VESTIMENTUM SUUM A SE

Y las de la segunda (numero 56, sala X).

IMPIUS PREVALET ADVERSUS IVSTUM
ARGUIT TE MALICIA TUA

Repito que no me salgo del siglo XV.

Otro que pertenece á la tapicería que consta de cuatro paños y denominados *Moralidades* lleva el número dos en la

misma sala XV. Sobre fondo rojo y con letras blancas se hace constar que

OMNES INCLINAT NATURA HOMINES AD HONORES
QUOS VIRTUS PRECLARA VIRIS INSIGNIBUS OFFERT

Todo el campo del tapiz vese lleno de representaciones de grandes personajes históricos y mitológicos, en medio de un campo lleno de árboles.

El del milagro de la *Misa de San Gregorio* también es una pieza de singular belleza.

En los ángulos anteriores aparecen David y San Agustín; ambos con filacterías y en ellas las siguientes leyendas:

PANEM ANGELORUM MANDUCAT HOMO (DAVID)
SACRAMENTUM EST PASSIBILIS JESU CHRISTI VISIBILIS FORMA

Tres cuadros contiene: El primero, presenta el acto de besar Judas al Maestro, después de la oración de Huerto: el segundo, la ida al Calvario con la cruz acuestas y también la Crucifixión.

En el centro el acto mismo de la Misa en la que San Gregorio vió delante de sí á Jesucristo con todos los atributos de la Pasión.

Otros de cartones correspondientes á la Escuela italiana se pueden ver en la sala XXI. La representación es alegórica y denota la Fama. Domina en ellos el color azul.

Sin que fácil sea determinar el argumento, otro tapiz representa pasajes de la vida de un rey, en tres secciones: bajo hermosa arcada ojival, es de carácter íntegramente flamenco. Está en la sala XX.

Un banquero, el Sr. Salcedo, ha presentado uno también de la misma época y de argumento correspondiente al origen de Roma. A estar completo sería muy bueno, pues en la restauración le han truncado en el paño inferior: se le puede examinar en la sala XXVI, núm. 161.

El de la sala primera, que es una pieza pequeña y que pertenece á Palacio, representa el Nacimiento de Jesús. Es de los más primorosos del siglo XV. También tiene inscripciones.

El del señor marques de Casa-Torres merece mención especial por el argumento que contiene; parece ser la confirmación de un fuero si bien no puede asegurarse.

La sala VIII ofrece también algunos ejemplares del siglo XV, un tapiz que pertenece á Tarragona, de regulares dimensiones. Comprende parte de la historia de José hijo de Jacob.

Bien pueden ser colocados entre los del siglo XV los tapices de Palencia (Catedral), sala IX. En el episcopologio palentino se da cuenta de que el señor obispo Fonseca regaló á la Catedral el año 1503 unos tapices con asuntos de *Historia eclesiástica* y con la *Salve*. Todos son flamencos y regular conservación los mantiene en buen estado. No sé por qué los de Burgos figuran como del siglo XVI. En los argumentos convienen también con los de Palencia, y además llevan inscripciones.

Ya del siglo XVI son dos prendas de singular valía, ambas de Palencia, y

son dos tapicitos flamencos de seda. lana y plata. En ambos se halla representada la Crucifixión. Uno lleva marca B. B. (Bruselas, etc.).

Burgos presenta los tapices de los Vicios y Virtudes; algunos llevan inscripciones y en ellas los nombres de los mismos personificados vicios y virtudes. El que está en la sala XIV, que pertenece á *La Fe*, ya es de otra colección y carácter diferente.

Y volvemos á Zaragoza, pues entre las piezas del siglo XVI contiene otras varias propias suyas y son tapices de valía. El uno de argumento pagano, calcado en la Ilíada de Homero, los antecedentes y parte de la guerra de Troya. El argumento está dividido en cinco compartimentos. Todo se desarrolla sobre hermosas arcadas rebajadas de estilo ojival (núm. 149, sala VIII).

Semejante en un todo la colección siguiente á la que expone la Real Casa, se halla no también conservada, pero demuestra que la Catedral zaragozana posee hermosas joyas del arte textil.

En el centro del tapiz hay pasajes de la vida de María Santísima, y á ambos lados la escena de la Samaritana y de la mujer adúltera, manifestando así el contraste de la pureza de María (núm. 148, sala VIII).

Los otros dos restantes se encontrarán en la sala X, núms. 62 y 63. Hay en la sala XVII, correspondiente á Palacio, una pieza idéntica en estilo y factura y en argumento al de la sala VIII, y como en Palacio aún queda otro sin exponer y diferente de todos en cuanto á lo que representa, se desprende que tal colección repetida en Madrid y Zaragoza se componía, por lo menos, de cuatro piezas. No es muy fácil deslindar los argumentos. Eso sí, entran en el dominio religioso del Antiguo y Nuevo Testamento.

Veamos ahora los tapices del siglo XVI. Campean en primer término dos ejemplares de la Casa Real (sala XV, núms. 7 y 8). En el primero está Jesús en tierra con la cruz á cuestas. El segundo nos representa el descendimiento. Esta colección consta de cuatro paños, tejidos por Pannamaker. Los cartones del tapiz del descendimiento recuerdan el cuadro de Roger Van der Weiden. Claro es que son flamencos.

La colección romana es notable en los fondos, y más aún para mí en las orlas. ¡Qué belleza! ¡Qué pulcritud!

Los argumentos son conocidos desde que se dan las leyendas de cada uno; así dicen:

Núm. 9.

REMUS Á LATRONIBUS CAPTUS TRADITUR. AMULIO QVI PER ROMULUM ET REMUM DOLOSE CEDITUR. NUMITOR REX CONSTITUITUR.

Núm. 10.

ROMULUS ET REMUS URBE ARATRO DESIGNANT. ACCIPIUNT AUGURIA. ROMULUS FIT REX. DAT NOMEN CIVITATI. OCCIDIT REMUM.

Núm. 11.

ROMULUS NEGATIS PER VICINAS CIVITATES UXORIBUS ALLICIENDIS PUELLIS INSTITUIT NEPTUNALIA. CÆNVT UTRIUSQUE SEXUS.

Núm. 12.

RAPIVNTUR Á ROMVLI MILITIBUS VIRGINES SABINAE. ADDUCITUR ROMVLO HERSILIA. PARENTES AC MARITI DOLENTES ABEUNT.

Las cenefas de estos tapices son hermosísimas y contienen flores, hojas, frutos y algunas representaciones humanas. Las inscripciones hállanse en la parte superior sobre fondo azul y letras de oro.

La técnica es de primer orden respecto del tejido, color y dibujo. La composición un conjunto armónico, admirable. Tanto en los países, como en la ornamentación arquitectónica, la perspectiva lineal revela conocimientos superiores y aun la aérea encierra primores dignos de estudio.

No se crea, que en cuanto al argumento, se sigue en todo lo que dicen los historiadores romanos. Se aparta el autor de los cartones, pero no son variaciones muy extravagantes.

La cenefa del tapiz núm. 10 es de lo más delicado que se conoce y en un todo igual la del núm. 12.

He querido dejar para este sitio los tres tapices del armado solio ó dosel que en la ya citada sala XVI, aparece tanto el superior en el que campea la imagen del Padre Eterno, como los dos restantes, uno le creo del siglo XV; como los dos restantes son delicadísimos.

El de la Crucifixión figura entre los mejores que se conocen.

La cenefa, compuesta de guirnaldas, tiene amorcillos en los ángulos. Así como el de las santas mujeres contienen en las mismas hojas, flores y racimos.

Bien merecen ponerse al lado del tapiz de la Crucifixión los dos tapicitos de Palencia; en nada desmerecen de[1] que recuerda la composición de Van der Weiden

De la admirable tapicería de la Apocalipsis, sólo un paño aparece expuesto en la sala XV. En la franja superior y en su centro, sobre fondo rojo y letras de oro, se encuentran los siguientes dísticos.

ILLA DIES VENIET CHRISTO CONTRARIUS ILLE
IN COETUS FIDOS ULTIMA BELLA CIET
VICTA RUET BABILON SED PROLES PERDITIONIS
SUPPLICIUM AETERNUM CUM BABILONA LUET

Jesús cercado de los cuatro animales, y abajo, como en un círculo, los ancianos todos coronados. La prostituta sobre el dragón de siete cabezas; éste varias veces representado. Los de la mesa están con el cordero, etc. Todo ello es un conjunto de singular valía. Es el núm. 9.

El tapiz de la cena lleva el núm. 10. San Juan está en él recostado en el pecho del Salvador; dos Apóstoles le proveen de vino; el todo, bajo una habitación cuyo techo sostienen columnas y pilares.

Llego á la colección de Ciro y trato de ella según el orden de colocación que presenta en la sala XIV. Primero daré las inscripciones latinas y luego el contenido de cada tela.

Núm. 1.

NOVIT AMPLISSIMA REGNA ASSIRIORUM CUM BABILONE NON SINE MV(sic)TU DEI SIBI CONCESSO CVIVS GENTEM AD REDIFICANDUM CAPTIONE LAXATA HIEROSOLIME RHANUM CVM THESAURO CRATERIS ET SACRA VASA DIMISSIT.

Ciro sentado, vestido de rey y de amplio ropaje y tiara aparece á modo de principal personaje; delante de él hay un sujeto que tiene desarrollado un papiro y leo en la parte superior, á modo de encabezamiento de orden real HEC DICIT CIRVS REX. Lo restante imita letras pero no lo son. En la esclavina de uno de los presentes se halla SAB(B)ATA SANTIF(ICATE)-HAB(ACUCH).

Ciro está en su tienda: la escena se representa en el campo en medio de un arbolado. La composición expresa el presentarle los vasos sagrados de Jerusalém.

Las franjas son anchas y muy ricas, con hojas, flores, frutas y figuras humanas.

Las inscripciones están en la franja superior en fondo, al parecer azul muy oscuro; y en la inferior en dos rectángulos también se dice:

1.° FAMA CONSTAT BELLUM.
2.° REGNUM AUTEM JUSTITIA ET LIBERALITATE.

Leyendas que se repiten en todas las piezas de la colección.

Todos los tapices en las franjas exteteriores hállanse adornados de emblemas con sus correspondientes figuras y leyendas.

Así son las del que ahora describo:

1.° Una cigueña con una serpiente en el pico y al pie, en su correspondiente cartela se lee:

CUIQUAM NOCEAT.

Sigue otra ave con las alas extendidas y que encima tiene el sol, y ella coloca las patas en fuego, y la inscripción nos da:

QUIA SOLA INFELIX.

En un tapiz de Badajoz, sala V, se lee lo mismo.

El medallón que sigue presenta una mujer al pie de un árbol en cuyo tronco enroscada está una serpiente.

El emblema adjunto representa un águila en el aire luchando con una garza tendida en el suelo, y se lee:

EXITUS IN DUBIO EST.

El que falta ofrece dos ánades volando y un mochuelo muy tranquilo en el suelo, y allí se dice:

TEMERITAS NON DIU FELIX.

En el siguiente hallo:

REX MEDIORUM ASTIAGES EX FILIA NEPOTEM CIRUM NECANDUM MANDAT HERPAGONI QUI NEGARE NEC REGALI PROLI SEVIRE AUSUS REM PER REGIS BUBULCUM AGERE PUTAT CUIUS UXORIA PIETATE SERVATUR CUNCTE ORIENTIS IMPERIO REGNATURUS.

Una mujer con dos niños, y además una cabaña. En el campo corren y andan diferentes cabezas de ganado. Ante la mujer que tiene el niño hay un guerrero con espada y lanza.

Los emblemas son:

1.° Una cierva y su cría, y se lee:

RATIONI NON FERITATI FIDENDUM.

2.° Un caimán y una serpiente, y

MORSUS ARTE LEVABO.

3.° Un cuadramano raro,

DISSIMILIS ANIMO.

4.° Gallinas riñendo, y un águila que viene en su ayuda,

NON TALE AUXILIO.

TAPIZ 3.°

CROESUS ROGO IMPOSITUS FIT MEMOR DICTI SOLONIS QUO CIRUS ADMONITUSQUE VICISITUDINE RERUM PERPENSA CROESUM CUM COETERIS IUBET DEPONI.

Hay dos personajes sobre una peña. Un edificio derruido y ardiendo. Un río del que soldados sacan agua con herradas para extinguir el fuego. Dos personajes en el primer término. Soldados. Campo abierto.

TAPIZ 4.°

CIRUS IN EUROPAM COGITANS CLASSEM STERNIT HELLESPONTEM CUI BELLATRIX ARTHEMISIA FERT SUPPETIAS.

En efecto; aparece el Helesponto con embarcaciones. Ciro está acompañado de un guerrero, y Artemisia arrodillada, á la que siguen sus damas.

En el pendoncillo que llevan los soldados en sus lanzas se lee: CARIA, y en la franja que remata la vestidura en su parte inferior, ARTHEMISIA REGINA CARIE.

En los emblemas se lee:

UT QUIESCANT ALY (sic)
DEBITA PARENTI PIETAS
VICTOR VICTUSQUE CADENT
NEC QUIDQUAM NOCENT.

TAPIZ 50

La inscripción nos da:

ADULTUS CIRUS AD IMPERIUM ASCITUS VICIT ASTRAGEM QUEM NON UT VICTOR SED HUMANITATE FRETUS PROPOSUIT MAGNO (sic) HIRCANORUM GENTI AC MEDORUM SOLIUM AC TERSAS (sic) TRANSFERENS REGNUM VALDE AUXIT.

Después los que en todos se hallan:

FAMA CONSTAT BELLUM
REGNUM AUTEM IUSTITIA ET LIBERALITATE.

Los emblemas encierran lo siguiente:

NATURA REPUGNAT.

Hay un elefante y un ratón.

DURUM ALIENA VIVERE OPE
AGILIOR QUIA SOBRIUS

Un dromedario.

TOTIS NON VIRIBUS.

En el vestíbulo que corresponde á la entrada de la calle de Serrano hay dos paños de la reproducción de la indicada tapicería hecha en Madrid por los hermanos Van Dergoten, el de Creso y el de Artemisia.

En el vestíbulo que corresponde á la entrada principal, puede ser estudiada

la famosa colección que representa la Conquista de Túnez por Carlos V, obra de Juan Vermeyer y Guillermo Pannemacker. Dos telas se han perdido. Las expuestas así indican sus argumentos en versos exámetros. La traducción castellana se ve en la parte superior.

1.ª

Impia turcarun cupiens contundere Cesar
Arma virumque simul Soly manni iussa sequentem
Et procul Hesperiæ regnis fera bella moventem
Auspicio divum Carolus cognomine Quintus
Comparat hinc clases et signa minantia poenis
Signis Hesperiasque rates Ligurumque carinas
Sicque more impatiens dum tempus et hora ferebant
Impiger at naves properat Fidosque sodales.

2.ª

Madriti campos ac tecta relinquit avita
Caesar et in laetis Barcinni constitit arvis
Signaque dum lustrat proceres turmasque recen-
En pia vota facit expandens vela fer auras [set
Ut freta bina secans Baleares explicet undas
Sardoasque simul quo classis iussa coire
Germanos italamque manum veteresque cohortes
Portat iberorum et lybicis advertit arenis.

3.ª

Erumpit turca atque italo custode repulso
Et duce sublato vallum transcendit ibero
Pulsus abit: post hunc coeli caligine fretus
Aggreditur valloque fugat. Sed pulsus ibero
Turca iterum cedit: tenui comitante caterva
Rex venit Hassamus, Ludovicus marchio pugna
Sancius excedit: Carolus quum turba laboret
Subvenit: at pulsum tormentis exuit hostem.

4.ª

Hic quesita prius magno discrimine frustra
Pabula: praesidio multo maiore petuntur
Ductore Albano vallus producitur, Hostes
Erumpens iterum telis infestat iberum.
Hic ira rapitur animos stimulante feroces
Tentat opus coeptum premit urget fervidus instat
Impiger aggeribus Golette prelia miscens
A tergo rediens hostili a mole laborat.

5.ª

Ut repetit Caesar Golettam et pristina castra
Hanc munire iubens custodi tradit ibero
Inque fidem recipit percusso foedere poenum
Regibus hispanis quid vectigalis in annos
Pendat, decernit complexus lege nepotes
Laeti deinde domum reliqui iam classe redire
Quisque sua iussi discedunt et veterana
Ipse manu Drepanum transmittit victor ad urbem.

Como sería extendernos demasiado si entráramos en las inscripciones de toda la tapicería, remitimos al lector al Catálogo general de la Exposición y en él se tendrá cuanto se desee. El Sr. Martín Mínguez, auxiliar agregado á la delegación para tales trabajos, no ha dejado ningún paño sin examinar.

Cerraremos el artículo con una síntesis de toda la tapicería. Así podremos en otros dos condensar todo lo restante de la Exposición Histórico Europea.

CASA REAL

Las telas presentadas son las siguientes:

El Nacimiento de Jesús, *El triunfo del Tiempo*, *El triunfo de la Muerte* (sala I). *Campañas* y *Triunfo de Escipión contra los Cartagineses* (sala III). *Los pecados capitales*, dos series, y una la del conde de Egmón (salas IV y XXII). Una de las colecciones llamada de Moisés (sala XI). La grande y principal de Ciro (sala XIII). *La tela de Coriolano*, *Las de David y Betsabé; otras dos con pasajes de la Vida de la Virgen*, *Las de San Jerónimo*, *La del descendimiento de Jesús*, *La cena y una*

de la serie del Apocalipsis, tres con la historia de San Juan Bautista, ocho telas de la serie llamada de los Honores (seis en la sala XVIII). Una de *Las moralidades. La misa de San Gregorio, La colección de Rómulo, La Pasión del Señor, El descendimiento* y *el dosel de Carlos V*, y *el paño de las profecías acerca de Jesús* y *María* (sala XVI).

Otra colección diferente acerca de la historia de Moisés (sala XVII) y la *Colección pequeña de Ciro* (sala XIX).

En las salas XVIII y XXII se ven los paños de las tentativas de San Antonio, por el Boscho.

En los vestíbulos campean la colección magna de la conquista de Túnez por Carlos V (vestíbulo principal), y en el otro la reproducción que los hermanos Vandergoten hicieron en Madrid de la de Ciro que está en la Sala XIII. La de los asuntos de la vida mitológica de Teseo y Ariadna, y la Historia del hombre, juntamente con tres sobrepuertas de la sección de David, Absalón y Salomón, etc., y los fabricados según los cartones de Rafael (sala VII).

Conocidas son por los sabios las maravillas artísticas encerradas en tantos paños. Bueno fuera que la casa real mandase publicar una obra acerca de sus tapices.

CABILDOS

ZAMORA

Dos admirables ejemplares presenta. Ambos de historia profana: *La toma* y *el incendio de Troya* y *Tarquino, rey de Roma*, del siglo XV, sin cenefas.

ZARAGOZA

Se halla en la misma categoría: Asuntos de la Virgen y de Jesús en tres cuadros semejantes á los de palacio. Pasajes de la vida del Bautista, en dos. Los dos de la redención y otros dos del triunfo de Heraclio contra Cosroes por recuperar la Santa Cruz, y las soberbias telas acerca del libro de Ester. Los ejemplares de la redención de Heraclio y éste no tienen cenefas (salas X, IX y VIII).

TOLEDO

El astronómico de la catedral primada es también un ejemplar precioso por su carácter técnico y por su contenido científico. Aun sólo dentro de la historia de las ciencias, merecerá siempre un lugar distinguido. Siglo XV.

SIGÜENZA

En la sala II hay un paño de tumba, regalo del cardenal Zapata á la catedral de Sigüenza. La parte histórica y el dibujo, juntamente con los dos tapices, de argumento de la historia y religión romanas. Los tapices están en la sala V y fueron hechos en Bruselas. Son de poca importancia. En el uno se lee JUAN LE CLERE, y D. EG. en el otro.

PALENCIA

Cuatro son los tapices de la catedral, dos pequeños y los restantes de buenas dimensiones; los primeros, tal vez destinados á doseles, representan La crucifixión, El triunfo de la Gracia sobre la Ley Antigua. Los mayores pertene-

cen por su contenido á la historia eclesiástica según el mismo Episcopologio manifiesta. Estos son regalos del obispo Fonseca, así como los de la colección llamada de *La Salve* y que guarda la misma catedral palentina.

Corresponden al arte flamenco. Siglo xv, dos de ellos de Bruselas.

TARRAGONA

El tapiz de la arzobispal catalana pertenece á los comienzos del siglo xv ó al finalizar el mismo. Es flamenco. Representa pasajes de la vida de José, hijo de Jacob.

BURGOS

La catedral burgalesa cuenta también en la Exposición con telas de gran valía dentro de la tapicería. En la sala VI expone dos: uno de argumento bíblico, y el otro perteneciente á la historia de Roma. En la sala X se encuentra otro de argumento alegórico moral religioso.

Cuatro más se dan en la sala IX, muy hermosos, y revelan el mismo carácter que los de Palencia. Uno es idéntico al que publica *Muns*, de la colección de Erlanger.

JACA

Son ambos del siglo xvii, hechos en Bruselas por Martín Reymbouts. El contenido manifiesta el *Rapto* y *Recuperación* de Elena. Cenefas bastante buenas, ornadas de estípites y figuritas. Están muy mal arreglados.

SANTIAGO

Dos tapices caen dentro de un gusto muy decadente. Pertenecen por su argumento á la mitología griega. Son de Juan Raes, Bruselas.

En la sala VIII hay otros tres, propios de la misma catedral, núm. 5, 145, 146 y 150.

El que está hecho en Bruselas por Antonio Leyniers, es muy hermoso. Su argumento pertenece á la historia de Roma y de Cartago. Los otros dos son de carácter arquitectónico.

BADAJOZ

Ya de época más reciente son los tapices de Badajoz, números 170-169.

El contenido se refiere á escenas campestres. No son de mucha importancia.

OSMA

Un solo tapiz, pequeño: Santa Ana, La virgen y San José. Muy bien conservado, lleva leyenda. Flamenco, siglo xv.

HUELGAS DE BURGOS

Toda la tapicería es de aplicaciones y bordados. Las banderas dan á la colección de telas subido precio científico é histórico.

MONJAS DE SANTA CLARA DE PALENCIA

Curiosas y notables son las alfombras mudéjares que han presentado. Su tegido, su ornamentación geométrica,

enthomática y zoológica, las dan un crecido interés, y esto sin contar con el escudo del Almirante de Castilla (sala XXII).

Particulares.

EXCMO. SR. DUQUE DE SEXTO

Crecida riqueza presenta el Sr. Marqués de Alcañices. Las salas XIII, XXIII y XXIV ofrecen preciosos ejemplares de todas clases, dentro de la tapicería.

EXCMO. SR. CONDE DE VALENCIA DE DON JUAN

Aunque no en tanta abundancia, en calidad y gusto igualan los paños del Sr. Conde á los del Sr. Marqués de Alcañices y uno bien puede compararse, que carece de cenefas, ó sea el de *Valentina*, con las telas de Zamora (sala XIX).

MARQUÉS DE CASA-TORRES

Tres tapices. Uno del siglo XV (1) ya al final, y otros dos del Renacimiento, siglo XVI. Los dos últimos hermosísimos, y sobre todo en sus cenefas. Son pasajes de la mitología, referentes á Diana y Neptuno (sala II). En palacio hay tres tapices de la misma colección.

D. MARIANO HERNANDO

Los tres tapices que presenta, dos sobre todo, los que ya están en Roma, todos del siglo XV, eran de singular valía é importancia. El uno contiene un argumento teológico, *La creación de la naturaleza y de la gracia* (sala XXII).

EXCMO. SR. MARQUÉS DE CASTRO SERNA

Siete paños ha presentado. El de la Crucifixión se acerca á los de la Redención de Zaragoza, aunque de menores dimensiones (Sala XX), y el de la Verónica y otros dos de fines del siglo XV y principios del XVI, y de no aclarados argumentos que se ven en la misma sala, son del arte flamenco también y de muy buena clase. Decae el que corresponde al siglo XVII. Su argumento es: *César lleva cautiva á Cleopatra*. La marca es *M. D. Broe*.

En la sala XXI tiene otros dos: los de *La Fama*, siglo XV. Su colorido es muy especial. Muy buenos, llevan leyendas.

D. JUAN JOSÉ ESCANCIANO

El tapiz (siglo XV), de argumento religioso. Tapiz frontal, por sus dimensiones es muy lindo. Pertenece al arte flamenco.

SR. D. ALBERTO SALCEDO

De la misma época también, y de mayores dimensiones, es el tapiz de argumentos de la *Historia de Roma*, que ha presentado el Sr. Salcedo. Corresponde también al arte flamenco. Está incompleto en la parte inferior ó base.

(1) ¿Es la confirmación de un Fuero?

D. PEDRO BOSCH

Ya de estilo decadente los paños *Historia de Tito y Vespasiano*, que presenta el Sr. Boch. Son tres, mas uno de otra clase que no merece especial mención. Son del artista G. VAN, LEFEDAEL. (Bruselas) B. B.

EXCMO. SR. D. JOAQUÍN GONZÁLEZ

FIORI

Representaciones profanas contienen los tres tapices. Forman una misma colección y de muy poca importancia. Proceden del arte flamenco siglo XVI.

Alfombras.

Las alfombras persas de las salas XXI y II y la mudejar con el escudo de los Reyes Católicos (sala XXI), entran en el número de los buenos ejemplares.

Museo arqueológico.

Los paños que hallamos en el Museo Arqueológico Nacional, uno es del siglo XV, procedente de Zaragoza; flamenco. Representa á la Virgen con el Niño Jesús. Hermosísimo.

De carácter decadente, aunque de labor muy diestra y suma riqueza, figuran los tapices llamados del Conde duque de Olivares. Al que con rigor los examina, no deben llenarle, atendiendo al carácter técnico y del buen gusto, aunque por bellezas de perspectiva no dejan de llamar la atención.

Tal es, en abreviada forma, la síntesis de la tapicería.

Y el gobierno español para nada se ha preocupado de sacar reproducciones por medio de la fotografía, ni de que se haya hecho el estudio, publicado oficialmente, que merecen. Sólo se ha contentado con poner por agente y director principal de la Exposición á un político, desconocedor de tales materias, y que ni siquiera ha cumplido con el deber reglamentario de publicar la memoria exigida. Se llama D. Juan Navarro Reverter, ingeniero de montes, y profano en los asuntos arqueológicos y artísticos. Así ha salido ello: todo queda á su disposición, y un ministro, que no vigila, le da alas para que aun los archiveros, bibliotecarios y anticuarios hayan sido pospuestos á los que los han tomado nada más que como simples factores de colocación de objetos.

El ministro haría bien si desde luego los anticuarios, los archiveros y los bibliotecarios se hicieran cargo de sus secciones y pusiera en la calle á los intrusos políticos. Así caerá artísticamente la Exposición. De lo contrario, ni aún con música se ablandará la Parca.

NICOLAO STURMALOF.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Repugnancia invencible á ocuparnos en los asuntos españoles.—Causas de esta repugnancia.—Reservas necesarias del historiador cuando es actor en los hechos referidos.—La coalición republicana.—Características de sus grupos.—Imposibilidad en ella de acción y pensamiento común.—Democracia práctica.—Evoluciones y fases de las ideas.—Necesidad de una inteligencia con los monárquicos en las repúblicas conservadoras y con los republicanos en las monarquías democráticas.—Confirmación de tal tesis por las sendas índoles de ambas clases de gobierno y por los ejemplos diversos de la historia contemporánea.—Solidaridad universal.—Lo que fué la República en 1873.—Necesidad de una política que pueda impedir el readvenimiento de tal catástrofe.—Conclusión.

Pocas, muy pocas veces hablo en estas crónicas internacionales de los asuntos relativos á mi patria, recelando crean los lectores parcial é interesada una historia, en cuyos capitales hechos tanta parte ha tenido el historiador que los relata. Por años enteros elido la nación española de mis anales; y si alguna vez derogo tales reglas y llego á mentarla, suelo hacerlo en virtud y por obra de la relación y concordancia entre los hechos particulares hispanos y los capitalísimos hechos europeos. Mas atravesamos ahora una tan crítica situación, y representa por algún tiempo en esta crisis papel tan frecuente quien estas líneas escribe, que no puede sustraerse á la obligación de historiarla, é historiándola, no puede por menos que señalarse á sí mismo la parte correlativa con sus ideas y con sus obras. Llegó el partido liberal en fines de noventa y dos al gobierno, sin que le llamara directamente la corona cual otras veces; llegó por una crisis parlamentaria, independiente y aparte del influjo ejercido por los demás poderes públicos. Y al llegar de nuevo, desvaneciendo toda veleidad hacia las reacciones y fortificando los derechos individuales con el gobierno de la nación por sí, á cuyo logro contribuyéramos nosotros en primera línea, creyeron muchos aquella la oportuna sazón para el ingreso de mis correligionarios en el gobierno, como legítimos

representantes de la legalidad democrática y seguros vigías así de su conservación como de su desarrollo. No creí oportuna yo la hora del ingreso, y con agradecimiento decliné sincerísimas ofertas y quedéme dentro de la misma posición que antes ocupaba y ejerciendo en la democracia un ministerio idéntico al que antes ejercía. Pero si los compromisos míos y la historia no me permiten dejar el carácter y el nombre de republicano, permítenme un patriotismo fervoroso y un lazo con la historia de los últimos veinte años muy estrecho contribuir á la clausura y término del período constituyente, cuya reanudación traeríanos males sin cuento; y contrastar las tendencias revolucionarias, amortiguadas pero no extintas, de nuestro pueblo, con el culto á la estabilidad, áncora de nuestros grandes bienes, áncora del gobierno parlamentario, de la democracia progresiva, de la libertad omnímoda. No todos los viejos republicanos piensan como yo, no todos. Las experiencias últimas nada les han enseñado; y el dolor, que tantas revelaciones guarda para el común de las gentes, no les ha dicho cosa ninguna, y por ende no ha enderezado en ellos ninguno de sus añejísimos entuertos. Porque han formado entre sí una coalición accidental con los tres grupos militantes en la democracia radicalísima, como pudieran haberla formado con los teócratas ó con los conservadores, creen sus contradictorias ideas un sistema encadenado y sus disueltas fracciones un organismo viviente. Pero, ¿qué sistema puede resultar en la multiplicación de cantidades incongruentes y heterogéneas? ¿Ni qué proceder metódico cabe allí, donde tres procedimientos en guerra tiran cada cual por su lado, y se anulan mutuamente dentro de una contradicción y combate, internos hoy, en los cuales únicamente puede contenerse y encerrarse la guerra civil futura?

Con ánimo de no sacar mucho á plaza las personas, sólo atendibles cuando aparecen como personificaciones de las ideas, debo decir que Zorrilla, Salmerón y Pi representan tres repúblicas, tan irreconciliables cada cual con las otras dos, como puedan serlo todas ellas con la monarquía. Viejo monárquico, Zorrilla, presidente de la Cámara, que reproclamó el principio hereditario cuando estaba en tierra, y lo puso por corona de una democracia liberal recién manumitida por la revolución de Setiembre, no profesa la república como dogma, sino como instrumento superior á la monarquía para producir cierta dictadura, contraria en todo régimen constitucional moderno, venida con

el firme propósito de hacer la felicidad entera de la democracia contra su voluntad y mal de su grado, bajo un boulangerismo civil, ó, mejor, bajo un balmacedismo, inadaptable á la complexión y á la historia de nuestra libre patria. Orador Salmerón, publicista Pi y Margall, saben á maravilla cómo tal régimen absurdo no podría subsistir sino suprimiendo prensa y tribuna; por lo cual se oponen á él con la misma fuerza que me opongo yo, y en resumidas cuentas, con la misma franqueza. Muy vago y confuso el sistema de Salmerón, hay que calificarlo por adivinaciones más que por estudio; pues cuanto con mayor empeño lo explica y más lo define, tanto menos lo esclarece, por causa de una oscuridad, en cuyas tinieblas os exponéis á topar con todo, menos con la razón y con la ciencia. Se me alcanzará poco á mí en materia de achaques políticos; si Salmerón no establece un semisocialismo y un semifederalismo, dentro de cuyas laberínticas sinuosidades jamás encontraréis el hilo conductor que os oriente y mucho menos una salida de verdadera solución que os satisfaga. Pero lo que debe ahora mismo decirse, y sin temor á equivocarse, ¡oh!, es que la escuela salmeroniana opone al partido zorrillista la prensa y el parlamento libres, con los cuales no pueden compadecerse y compaginarse las dictaduras en sus varias manifestaciones ó especies. Más claro, más concreto, más lógico, más de suyo sabio y en materia de política competente Pi y Margall. En él cesan las sendas vaguedades á sus dos émulos congénitas. Con él nos encontramos dentro de pleno socialismo intransigente y en plena democracia federal pactista. Pi y Margall quiere hacer á imagen y semejanza de su sistema desde las apropiaciones del suelo hasta la organización del Estado. Quiere que sea, la tierra como el aire, propiedad común de todos, y no respeta la nación, tal como se ha hecho en el espacio por el tiempo; quiere suspenderla, pretensión, de suyo tan vana, como si quisiera suspender la vida; y luego renovarla por un pacto, aunque hubiera en esta labor de la renovación y en los ajustes del contrato, aunque hubiera de perderse y acabarse para siempre. Las mismas contradiciones que los zorrillistas y los salmeronianos entre sí tienen, súmanse luego para contradecir y contrastar la república de Pi. Yo pregunto á todos los conocedores de la política, y espero confiado su respuesta: ¿creen posible un gobierno, de unidad necesitado siempre, con tres factores tan contradictorios y en pugna?

Quienes apenas pueden hacer

oposición á los que tienen de suyo en frente y en contra, porque les falta tiempo para combatir á sus afines, ¿podrían fundar un gobierno en paz? Y no me digan tener de común la república, porque los federales aseguran sus preferencias por cualquier monarquía sobre la república unitaria; y los unitarios su tristísima seguridad de que la república federal trae aparejado el carlismo. Y si en lo referente á principios están desacordes, estánlo más aún en lo referente á método. Mientras Zorrilla, educado en las conjuras españolas y en sus pronunciamientos, quiere á toda prisa la revolución; Azcárate, instruído en la política inglesa por sus lecturas predilectas, no la quiere jamás; y Salmerón la proclama condicional en teoría, sin encontrar nunca la condición propicia de su comienzo; mientras Pi y Margall la proclama incondicional siempre, pero en esta incondicionalidad se reserva dentro de su inercia olímpica el derecho de no principiarla nunca. Si, por desear la revolución, es ya uno revolucionario, desde mañana por la mañana, todos los pobres, que deseamos ser ricos, y no obstante tal deseo, no hacemos nada para serlo, debíamos llamarnos millonarios. Acabemos: no están los conocidos con el nombre de republicanos por antonomasia concordes en cosa ninguna; y ante su discordia permítanme los lectores dirigirles algunas observaciones sobre mi política, observaciones que no deben echar en saco roto. Figuraos que me hallo presente ahora en la Cámara, de donde me alejan propósitos anunciados hace seis años y puestos por mí en obra desde entonces. De haberme allí hallado, hubiese dirigido, poco más ó menos, á mis afines antiguos estas observaciones, que creo provechosas al conocimiento y explicación de nuestra política.

Después de haber hablado mucho, ignoro si por lo avanzadísimo ya de mi edad, ó si por lo alcanzado allende las esperanzas mías en política, siento á la tribuna y á la palabra tales invencibles repugnancias, que no pueden vencerlas, ni un deseo tan vehemente como mi deseo, ni una voluntad tan firme como mi voluntad, las cuales, en este momento, para moverme á orar, cual hicieran tantas otras veces, necesitarían colocarme bajo la fuerza imperiosa é incontrastable del mandato categórico de la conciencia, que me constriñese al cumplimiento estricto de deberes sagrados para con la democracia y con la patria. Pero yo no necesito hablar ahora en el Parlamento. Los ideales, cuando están en el período de sus radiantes difusiones, en su

período de propaganda y apostolado, necesitan del pensamiento y del verbo, especie de soles, que cumplen su cometido con irradiar calor y luz; pero así que penetran por el desgaste y el enfriamiento que les traen el tiempo y el espacio, ó los roces con ellos, en el período de su completa realización, han de reducirse á estrechos límites, han de acomodarse á cien impurezas irremisibles, han de ir apagándose poco á poco y extinguiendo sus antiguo esplendores, para que puedan dar de sí aire vital, no demasiado puro, pues el aire demasiado puro no lo podemos resistir nosotros, aire respirable; y vida, no eterna, porque todo en el tiempo cambia y muere, vida sujeta por necesidad á las imperfecciones connaturales con toda contingente realidad. La idea es, primero, cual un sol, teórica; después, cual un cometa sin órbita cognoscible y sin curso calculable, revolucionaria; y, por último, como un planeta, frío y oscuro, pero real y vívido, práctica. Así, cuando pasa la idea por el primero y segundo período, necesita del Verbo, del apostolado, de la predicación; y cuando llega de suyo al último, necesita del esfuerzo, de la constante acción, sólo de la constante acción, que ha de recortar los ideales, y encerrarlos dentro de condiciones y límites, en cuyas estrecheces aparecerán menos encendidos y luminosos, que cuando eran cometas ó soles, pero mucho más vivideros y vívidos. El ideal aparece como los planetas; á medida que menos luminosos, también más habitables. En principio es el Verbo, como San Juan dice, pero al Verbo sucede la natural acción, jamás tan pura como el pensamiento y la palabra. Hombres de pensamiento, los renovadores sociales, hombres de palabra también, pues cada especie política tiene las facultades en correspondencia con sus destinos, como cada especie orgánica los órganos; habiendo llevado el ideal como una lengua de fuego sobre su cabeza; tenido el verbo de todas las ideas progresivas en sus labios; puesto su voz al servicio de todos los oprimidos y de todos los esclavos; al salir del cenáculo de los Apóstoles, donde el Espíritu Santo de la libertad los ha esclarecido y sustentado para la obra del progreso común; y encontrarse con que todos sus ensueños se han cumplido; con que no hay un solo siervo en esta tierra, llena de horrorosas ergástulas antes; con que se ha desvanecido la última sombra de la Inquisición extendida por las instituciones reaccionarias y se ha hundido en el abismo la barca del negrero y se ha cerrado la ignominiosa venta de seres humanos que ayer todavía se

verificaba á nuestra vista en los babilónicos mercados de la esclavitud; no tienen más remedio que reconocer esta feliz emancipación; y reconociéndola, no tienen más remedio, en cumplimiento de sus obligaciones, que conservarla; y para conservarla, no tienen más remedio que cederla, videntes, idealistas, profetas, no tienen más remedio que cederla, por las misteriosas divisiones del trabajo, á los partidos hoy de acción y á los hombres hoy de gobierno.

¿Digo yo esto ahora, por casualidad, ahora que me hallo por vetos de mi conciencia íntima y de mi historia personal alejado por completo del gobierno? Lo dije, cuando yo tenía en mis manos, aunque sin merecerlo y por brevísimo tiempo, la suprema dirección del Estado. Entonces llamé á una situación puramente democrática, cual aquélla que presidía yo usando las fracciones y escuelas monárquicas; y lo declaré así, declaré que las llamaba para repartir con ellas el gobierno, con la franqueza propia de mi particular índole, y en voz muy alta, y en tonos muy resonantes, á todos mis correligionarios y amigos. Nave recién hecha la república y velerísima, como antes decíamos de los barcos ligeros; con una caldera de vapor altamente impulsiva, necesitaba lastre; y no podía encontrarlo sino en los viejos elementos históricos, para que así nos respetaran el espacio, contrario á toda celeridad suma, y el tiempo, enemigo de toda súbita creación, los cuales, tiempo y espacio, entidades más ó menos subjetivas, no por esto dejan de tener una certeza evidentísima y castigar, como los antiguos dioses mitológicos, á quienes intentan, desatinados, ó desconocerlos ó burlarlos. Aquella tripulación republicana conocía mucho el álgebra, mucho el cálculo, mucho lo absoluto y abstracto; estaba industriadísima en todas las ramas del saber teórico, aparecía digna de cualquier escuela y universidad científica; pero carecía de lo esencialísimo al gobierno, de práctica y experiencia, sólo aquistables, admitiendo en su seno y compañía otros menos sabios navegantes, pero más conocedores de los bajíos que debían evitarse, de los derroteros que debían seguirse, de los puertos adonde se necesitaba estar al pairo y echar el ancla, para que la tempestad no pudiera sorprendernos con sus asaltos y sobrevenirnos el consiguiente naufragio. En la inexperiencia, propia de teorizantes y profetas, aquellos republicanos querían, unos descoyuntar la nación en porciones disyectas y enemigas, obra tan difícil como descoyuntar el planeta en sus terrenos diversos, y organizarla separando

sus organismos en la vida como pudiera separarlos una tabla ó un Museo de Historia Natural; en medio de una guerra tripartita, la cual, como toda guerra, solamente obedecía de suyo á la fuerza, y resultaba en su esencia siempre un despotismo frente á otro despotismo, proponían otros, sin parar mientes en que indisciplinaban el ejército, la increíble abrogación de un factor, al ejército y á su disciplina tan indispensable como la pena, base de las ordenanzas militares; cuando más se necesitaba del clero para conjurar moralmente la prepotencia de los carlistas, señoreados de pueblo y suelo en media Península, proponían otros la separación de la Iglesia y el Estado, quitándole al gobierno toda intervención en el mundo eclesiástico y exponiéndose á que se hubieran sentado los curas cabecillas en todas las sedes vacantes: errores enormísimos provinientes de la edénica inexperiencia, que aqueja por necesidad á los partidos teorizantes ó profetas, y que sólo podía remediarse con la suma de aquellos estadistas y partidos, más puestos al cabo de los secretos de la viva realidad y más autorizados para conformarse con ella y para someternos á su imperio. Aparte otras muchas, la principal causa del rompimiento entre las demás fracciones republicanas y la fracción que yo, sin méritos para ello, dirigía, estuvo en esto, en la propensión nuestra inevitable á entendernos, desde la gobernación del Estado, con los partidos monárquicos, por creerlos aquel sólido lastre, necesario de suyo á prestarnos la solidez de que nosotros carecíamos, y traernos aquella seguridad que absolutamente nos faltaba, inexpertos, á nosotros. Y luego, cuando por la intransigencia y la ignorancia de los partidos extremos y revolucionarios, marró esta inevitable transacción, vino la monarquía; y dentro ya nosotros de tal institución, como hay que colocarse dentro siempre de toda legalidad, aconsejamos á los monárquicos que procedieran con los republicanos como los republicanos jamás quisieran proceder con ellos, y admitiesen, ya que no sus personas, sus principios sustantivos, á fin de que se llegase á una transacción, ya que no entre todos los españoles, por quedarse fuera de ella, desgraciadamente, los carlistas, entre todos los liberales en sus diversas fracciones y matices, que no habrían de contender sobre lo fundamental; contienda siempre grave, pues nos condenaba por necesidad á un período constituyente gravísimo; y no teniendo que contender sobre lo fundamental ni que atravesar períodos constituyentes largos, podrían consagrarse á lo exigido por la salud y el bien

de nuestro pueblo, á las prácticas en administración y hacienda, y descuidadas maltrechas entre las oscilaciones violentas de la revolución á la reacción y de la reacción á la revolución, en que hace ochenta y más años están metidos desde nuestro suelo hasta nuestro espíritu.

Nave la monarquía menos velera y movida que su contraria, como ésta pide lastre para no naufragar, ella pide impulso para moverse, y no puede no encontrarlo, sino en la democracia, innovadora y progresiva por su naturaleza y por su historia. De suerte que aconsejamos á los republicanos una transacción indispensable con las fracciones históricas, y los republicanos, en su victoria, no nos oyeron, por lo cual marraron; y más tarde á los monárquicos les aconsejamos una transacción análoga con los principios y los partidos democráticos, y como los monárquicos nos oyeran, los monárquicos se han salvado. Pero seamos francos y leales, hablemos con la conciencia desentrañada de su clausura natural y con el corazón en la mano. Los fundamentos y bases de toda transacción estaban en esto, en que los monárquicos hicieran dentro de la república todo lo posible por los principios conservadores, menos destruir la república misma; y los republicanos hicieron dentro de la monarquía todo lo posible por los principios progresivos, menos destruir la monarquía misma. ¿Y qué resultó de este pacto, no propuesto por nadie, no escrito en papel sellado ni por mano ninguna, no registrado en escribanías ni metido en protocolos? Pues resultó lo que decía con frase gráfica el ilustre presidente de nuestro Congreso en la sesión inaugural: que somos el pueblo más libre de la tierra. Y como yo escribí siempre por la libertad, como yo hablé por la libertad, como yo padecí por la libertad, como yo por la libertad me desvivo; ahora con esta libertad me ufano á tanta costa conseguida; y fiando en Dios que habré de vivir muchos años, no me cansaré nunca de poseerla y de gozarla, para lo cual sostendré desde cualquier parte donde yo me halle, á cuantos gobiernos la conserven, conservando con ella lo que más al hombre honra en este mundo y lo que más en la historia dignifica y engrandece á los pueblos.

Yo pregunto: ¿qué monarquía liberal de las recién fundadas vive sin el concurso de los republicanos, y qué república existente de las recién fundadas vive sin el concurso de los monárquicos? ¿Será por ventura la monarquía de Italia, será la monarquía de Austria, será la monarquía de Suecia, será la monarquía misma de Alemania? ¿Cuál de

los republicanos españoles podrá parangonarse con Garibaldi? Ninguno de nosotros ha luchado como él por la república en el Plata y en el Tiber; ninguno como él sobre las ruinas de Roma y entre las selvas y ventisqueros de los Alpes. Sin embargo, cuando acababa de lanzar un trono en tierra con su sola presencia, nada le fuera tan fácil como establecer una república parthenópea, república ya con antecedentes y con historia; pero, en el minuto de la ocupación, cuando podía decidirse por un partido ó por otro partido, se le aparecieron la república de sus ensueños y la patria de sus conciudadanos, y optó por la patria, merced á lo cual tiene una estatua en cada encrucijada de la Península y forma en el coro inmortal de los grandes fundadores de Italia.

Diréisme: Garibaldi era hombre de acción y conocía poco la política. Pues más hicieron todavía los hombres de pensamiento. Ninguno de nosotros escribió jamás sobre Filosofía de la Revolución y sobre República Federal esos libros magistrales de Ferrari, que aparecen como la fórmula brillante del saber político moderno; y sin embargo, este inmortal teorizante del derecho y este historiador del triunfo de las democracias aceptó de la monarquía italiana y del rey un cargo tan de gracia real como el cargo de senador vitalicio en aquella monarquía parlamentaria. ¿Pero á qué cansarnos? El más brillante jefe de la izquierda italiana, el más activo de los primeros ministros con que ha contado el rey Humberto, es Crispi, el discípulo de Mazzini, quien odiaba mucho á todos los reyes, pero ponía sobre su aborrecimiento de los reyes el amor á la Italia, en cuyo seno pudo morir tranquilo y tener hoy un sepulcro de verdadera inmortalidad. Y lo que ha pasado en Italia, también ha pasado en Alemania, donde se han reclutado lo mismo el partido liberal que el partido conservador gobernantes en aquellos revolucionarios de Francfort y de Baden y de Stutgardt, que se habían pasado un transcurso de tiempo tan largo, como el mediante entre la reacción del cincuenta y la guerra del sesenta y seis, proponiendo bajo una república la unidad alemana y el sufragio universal, que luego debieron aceptar de la victoria militar y del Imperio cesarista. Y lo que pasara en Alemania, pasó en Austria-Hungría. También allí se conservaba como un mito sacro el recuerdo de todas las revoluciones contra la dinastía y como un pontífice de las reivindicaciones por venir al patriarca sublime Kossuth, que personifica la patria separada del Austria y de los Hapsburgos: con la soberanía nacional ejercida por

un régimen y un gobierno republicano. Sin embargo, vino como un inesperado accidente, la batalla de Sadowa, y se dieron con un canto en el pecho aquellos partidarios y discípulos de Kossuth, el republicano, viendo la patria libre con la monarquía y los Hapsburgos, que penetraban en Buda-Pesth á ceñirse la corona de San Esteban entre las delirantes aclamaciones del pueblo. Mas ¿por qué citar las monarquías liberales recientes, cuando lo mismo han hecho las monarquías liberales antiguas? No hay ninguna, por la solidez de sus bases y por la expansión de sus principios, como la monarquía inglesa, producto feliz de la razón pura combinada con la experiencia secular. Diríase que sus fundamentos arraigan hasta en la raíz de aquel suelo y que su solio lo consideran tan necesario á su existencia los ingleses como el aire de su atmósfera. Y sin embargo, tuvo que recurrir á los republicanos. El joven, que había propuesto se levantaran en las calles de Londres á Mazzini estatuas; el economista que había soñado con juntas federadas de trabajadores muy parecidas á los cantones helvecios; el cuákero, cuya elocuencia recordaba los sermones calvinistas y puritanos de la primera república y que bendecía el Occidente, ó sea, el Nuevo Mundo, pidiéndole un regreso de los peregrinos que llevasen á los horizontes de su madre patria, de su metrópoli augusta, las estrellas del pabellón americano; todos han pasado por el ministerio, sin desdoro suyo ni de nadie, y todas se han impuesto á la reina, más reina que hay en el mundo, por mandatos incontrastables de la voluntad y de la conciencia nacional. Pero esto que pasa en las monarquías, ¿no pasa en las repúblicas también? Si las monarquías contemporáneas están servidas por republicanos, á su vez, ¿no están las repúblicas servidas por monárquicos? La única que hay de reciente fundación en Europa es la república francesa. Pues bien; la república francesa se debe principalmente á la previsión de Thiers, á la lealtad de Mac-Mahón, á la sabiduría económica del orleanista León Say, á la ciencia militar de un viejo partidario del imperio, que se llama Freycinet, á innumerables monárquicos, puesto que en aquella tierra de la democracia pura y del sufragio universal sólo habían tenido los republicanos durante el Imperio un grupo relativamente corto, y una ilustre, nobilísima, imponderable, pero escasa representación en la Cámara. Mas ¿á qué buscar extraños ejemplos? Lo mismo que ha pasado fuera, pasó entre nosotros. Yo, dentro del Congreso de 73,

encontré un decidido apoyo, un concurso franco, un ministerialismo á toda prueba en el monárquico señor Ríos Rosas, en el monárquico señor Romero Robledo, en el monárquico Sr. Becerra, en el monárquico Sr. Salaverría, en el monárquico Sr. Estéban Collantes, en toda la fracción constitucional que desde fuera dirigía el monárquico Sr. Sagasta, en toda la fracción conservadora que desde fuera dirigía el monárquico Sr. Cánovas, en toda la fracción radical que desde fuera dirigía el monárquico señor Zorrilla, y lo que pasó conmigo pasó también y á su vez con el gobierno Salmerón, votado, mantenido por todas las fracciones monárquicas, sin que á nadie se le haya ocurrido darles en rostro con tal concurso, con tal ministerialismo, con tal proceder, porque se hallaba todo ello en la lógica de los hechos diarios, en la moral de los procedimientos políticos, en la necesidad inevitable de las cosas humanas, en la serie que junta y enlaza las ideas, extiende los minutos del tiempo y los puntos del espacio, agrupa los seres orgánicos en especies, los astros en constelaciones, las ciencias en sistemas; y reina con un implacable vigor sobre todos los aspectos de la vida y sobre todos los seres de la naturaleza, como también sobre la sociedad, y especialmente sobre la política: que desde la estrella Sirio hasta el átomo último obedecen á esta ley universal de la evolución y de la serie.

Yo ignoro de qué sirven la filosofía en el mundo, si no sirve para demostrarnos las fatalidades invencibles del universo, y la interna lógica de los hechos, y la solidaridad y comunidad entre las naciones, y la fuerza del movimiento universal, y la existencia de innumerables elementos, á cuyo poder nos sustraeríamos tan difícilmente como al poder del aire y de la luz. Cuando un hecho, como el antes apuntado, coexiste con esa inmanencia en el tiempo y con esa extensión en el espacio, es porque se halla en el organismo interno de la sociedad y en las facultades varias del alma. Lo sucedido ahora sucederá en todos los tiempos hasta la consumación de los siglos; creedlo, creedlo. Como tras la caída de los carlovingios el feudalismo surgió con grandes coincidencias de varios hechos en Europa entera; como el terror milenario se apoderó del Norte al Mediodía de todos los ánimos y determinó la teocracia con su omnímodo influjo; como las monarquías se sometieron todas á la Iglesia para que les ayudase contra el feudalismo, y tras un hecho tan eclesiástico, cual fueron las cruzadas, se aliaron á una con los municipios para comen-

zar su emancipación de la Iglesia misma; como coincidieran los reyes santos, Don Jaime, San Fernando, San Luis, en el siglo XIII, y los reyes crueles como los Pedros de Castilla, Portugal, Aragón, en el siglo XIV, y los descubridores como Magallanes, Colón, Gama en el siglo XV, y como Luis XI, y Fernando el Católico, y Carlos el Temerario, y Enrique VII parecen una persona misma en diversos tronos; y como coinciden las reacciones religiosas en la abrogación del edicto de Nantes y en la expulsión de los moriscos; y como la enciclopedia se sienta con Carlos III, José II, Luis XV, Federico y Pedro el Grande bajo los solios europeos á un mismo tiempo; la coincidencia del gobierno de las monarquías por las radicales y del gobierno de las republicas por los conservadores aparece con estos mismos caracteres y toma este universal imperio porque tiene algo de aquella necesidad fatal, cuyos decretos no han contrastado, desde el Cáucaso hasta Santa Elena, ni Prometeo, ni Napoleón, es decir las primeras fuerzas y las primeras inteligencias del mundo.

Creer que con el esfuerzo aislado de un individuo, ni siquiera con el mayor y más fuerte de un partido, por conjuraciones de mayor ó menor entidad y por pactos de mayor ó menor lógica; vais á contrastar corrientes impulsadas por hechos innumerables y decisivos desde remotos siglos, es como si creyerais que con el aliento de vuestra boca vais á modificar el aire, con los fluidos de vuestros nervios la electricidad, con los relampagueos de vuestros ojos el éter, con los átomos de vuestro cuerpo el medio ambiente, con el sistema de vuestro cerebro el sistema general de nuestro complicado universo, cuando nadie ha menester en esta pícara vida de tanta circunspección en sus procederes y de tanto espíritu conciliador en su ánimo como aquel que, nacido para innovar y para impeler, se encuentra con generaciones hechas á costumbres, tan pegadas al espíritu, como las carnes al hueso; con tiempos viciados por los miasmas desprendidos de innumerables cadáveres; con supersticiones creídas como un dogma y adoradas en verdadero culto; con espacio, no como aquellos del Nuevo Mundo abiertos á toda idea, rebeldes al progreso por endurecidos en una secular tradición y en una gloriosa historia. Cuando se tiene una sociedad como la cera de blanda, y un poder como el poder divino de omnímodo; cuando es uno César, autócrata, dictador, puede llevar al mujick ruso, como Pedro I, en un santiamén, la filosofía germánica; por un rescripto á lo Enrique VIII

cambiar en anglicana la religión católica; coger los campesinos y las campesinas de Pomerania como Federico I y ayuntarlos en matrimonios oficiales á guisa de caballos en remonta para el progreso de la casta; expulsar en una noche los jesuítas, cual Carlos III los expulsara, y después de haberles secuestrado sus bienes, dejarlos en desvencijadas naves, á merced de los vientos y de las olas para ver si todos se ahogaban; eso pueden hacer los autócratas cuando les venga en mientes y les pase por la voluntad; pero un demócrata, que deberá consultar á todos, necesita valerse de todos, ir con todos, especialmente con el pueblo, de una grande ignorancia por su larga servidumbre, de un apego á sus propias cadenas que ayer aún las aclamaba y bendecía al déspota que las remachaba, de un instinto simio casi á la imitación y de una obediencia servil á las diversas clerecías; un demócrata, si se empeña en llegar á ser abstracto; en hacer la federal por haber traducido un libro de Prudhon; en abolir la pena de muerte en medio de una guerra civil porque contra la pena de muerte ha tronado desde su cátedra de Metafísica; en hacer una revolución porque se la pide á los maquinadores de pronunciamientos el cuerpo; en prescindir del estado de los tiempos y del estado de los ánimos, francamente, lo creo condenado, ó bien á un período extático de contemplación que confine con la nirvana, ó bien, si el gobierno cayere sus manos, á producir unas procelas tales, una tempestad en el aire tan intensa, un terremoto en el suelo tan profundo, un descoyuntamiento de todo y una sublevación de todos tan atroces, que á los pocos días de su dominación tendríamos que optar entre un absolutismo impuesto por la necesidad ó la disolución de nuestra patria.

¿Por ventura necesitamos nosotros emplear el cálculo de las probabilidades para saber qué sería en España una política de secta sobrepuesta con artificio á las ideas, á las costumbres, á las tradiciones, á la complexión de nuestro pueblo? ¿Basta con la concepción por un sabio de una república teórica para que pueda en la realidad cumplirse y animarse de suyo en la vida? Los tránsitos de un estado político á otro estado político cuestan enfermedades mortales, pues las instituciones que mueren y las instituciones que nacen juntan á los achaques de la vejez y á los trances de la muerte todos los horrores del parto y todos los contigentes del costoso crecimiento y de la frágil deleznable infancia. Para saber esto, para en esto industriarnos, ¡ah!, no hemos

necesidad alguna de acudir á libros de filosofía é historia; bástanos con volver la vista del espíritu á los recuerdos que llevamos en la memoria y la vista del rostro á las cicatrices que llevamos en el cuerpo. Evoquemos el período nunca con bastante insistencia evocado, evoquemos el setenta y tres. Hubo días de aquel verano en que creímos completamente disuelta nuestra España. La idea de la legalidad se había perdido en tales términos, que un empleado cualquiera de guerra asumía todos los poderes y lo notificaba á las Cortes; y los encargados de dar y cumplir las leyes desacatábanlas, sublevándose ó tañendo á rebato contra la legalidad. No se trataba allí, como en otras ocasiones, de sustituir un ministerio al ministerio existente, ni una forma de gobierno á la forma admitida: tratábase de dividir en mil porciones nuestra patria, semejantes á las que siguieron á la caida del califato de Córdoba. De provincias llegaban las ideas más extrañas y los principios más descabellados. Unos decían que iban á resucitar la antigua coronilla de Aragón, como si las fórmulas del derecho moderno fueran conjuros de la Edad Media. Otros decían que iban á constituir una Galicia independiente, bajo el protectorado de Inglaterra. Jaén se apercibía á una guerra con Granada. Salamanca temblaba por la clausura de su gloriosa Universidad y el eclipse de su predominio científico en Castilla. Rivalidades mal apagadas por la unidad nacional en largos siglos, surgían como si hubiéramos retrocedido á los tiempos de zegríes y abencerrajes, de agramonteses y viamonteses, de Castros y Laras, de Capuletos y Montecos, de guerra universal. Villas insignificantes apenas inscritas en el mapa, citaban asambleas constituyentes. La sublevación vino contra el más federal de todos los ministerios posibles, y en el momento mismo en que la Asamblea trazaba de prisa un proyecto de Constitución, cuyos mayores defectos provenían de la falta de tiempo en la comisión y de la sobra de impaciencia en el gobierno. Y entonces vimos lo que quisiéramos haber olvidado; motines diarios, asonadas generales, indisciplinas militares, republicanos muy queridos del pueblo muertos á hierro en las calles, poblaciones pacíficas excitadas á la rebelión y presas de aquella fiebre, dictadura demagógica en Cádiz, rivalidades sangrientas de nombres y familias en Málaga, que causaban la fuga de la mitad casi de los habitantes y la guerra entre las fracciones de la otra mitad; desarme de la guarnición en Granada, después de cruentísimas batallas; bandas que salían

de unas ciudades para pelear ó morir en otras ciudades sin saber por qué ni para qué seguramente, como las bandas de Sevilla y Utrera; incendios y matanzas en Alcoy, anarquía en Valencia, partidas en Sierra Morena; el cantón de Murcia entregado á la demagogia y el de Castellón á los apostólicos; pueblos castellanos llamando desde sus barricadas á una guerra de las comunidades, como si Carlos de Gante hubiera desembarcado en las costas del Norte; horrible y misteriosa escena de riñas y puñaladas entre los emisarios de los cantoneros y los defensores del gobierno en Valladolid; la capital de Andalucía en armas, Cartagena en delirio, Alicante y Almería bombardeadas, la escuadra española pasando del pabellón rojo al pabellón extranjero, las costas despedazadas, los buques como si los piratas hubieran vuelto al Mediterráneo, la inseguridad en todas partes, nuestros parques disipándose en humo y nuestra escuadra hundiéndose en el mar, la ruina de nuestro suelo, el suicidio de nuestro partido, y al siniestro relampagueo de tanta demencia, en aquella caliginosa noche, la más triste de nuestra historia contemporánea, surgiendo como rapaces nocturnas aves de los escombros, las siniestras huestes carlistas, ganosas de mayores males, próximas á consumar nuestra esclavitud y nuestra deshonra, y á repartir entre el absolutismo y la teocracia los miembros despedazados de la infeliz España.

Así, de los escarmentados salen los avisados. Y aquellos que fuéramos heridos por sucesos tales, no haremos nada, ni directa ni indirectamente, para traerlos otra vez al seno de la patria. Determinados por el propósito consciente de evitarlos, hemos puesto en práctica la evolución, y opuesto este método moderno y científico al antiguo revolucionario; ya fuera condicional, ó ya incondicional esta revolución. Y para con el ejemplo acreditar este método, hemos tratado de conseguir en cuatro lustros y hemos á la postre conseguido la restauración, una por una, de todas las democráticas libertades individuales y el gobierno de la nación por sí misma en el sufragio universal, complemento y corona de la igualdad política. Mas para conseguir esto, como quiera que formáramos un pequeño grupo los conocidos por posibilistas, hemos llamado en todas las Cámaras de los cuatro lustros corrientes al partido liberal y lo hemos encontrado dispuesto á practicar nuestro programa en todo cuanto á la monarquía no se opusiese; oposición que nosotros, en los grandes sentimientos de honor, no podíamos pro-

ponerle, ni aceptar él con traición é indignidad manifiestas. Y como quiera que, por la derecha, nos encontramos con una suspicacia de los conservadores, tan fundada en la historia personal nuestra, como que intentábamos todo aquello para traer la república; y por la izquierda, nos encontrábamos con un empuje continuo á fundarla venido de la coalición republicana, pusímonos un límite al trabajo nuestro con grande anticipación, y lo declaramos concluido así que se proclamara como ley en la *Gaceta* el sufragio universal. Desde tal hora, viéndonos con una democracia viva, siquier estuviese rematada por una monarquía tradicional, hemos puesto punto á nuestra obra retirándonos del Congreso que forma parte de los poderes públicos, para no aspirar por ningún camino á la gobernación del Estado, vedada por leyes del honor á republicanos cual yo; pero no hemos renunciado á influir en la sociedad española con nuestra palabra y nuestra pluma á favor del progreso pacífico y del continuo mejoramiento social. Para nosotros, ha concluido el período constituyente; para nosotros, lapolítica del pueblo español hoy responde á las necesidades doble de movimiento y estabilidad que tienen las sociedades contemporáneas; para nosotros, el país debe concentrar todo su pensamiento y reconcentrar toda su actividad en las cuestiones de Administración y Hacienda; para nosotros, después de haber fundado la libertad, la paz, hay que prosperarlas, estableciendo un presupuesto congruente con la paz y con la libertad; para nosotros, escarmentados en la ruina de nuestra Europa, la cual no puede tirar más de sus armamentos universales y de sus ejércitos enormes, como lo prueba el conflicto entre la corona y el Reichstag en Alemania, y lo corrobora el que, armados todos los pueblos hasta los dientes, ninguno se atreve á declarar la guerra, no hay gloria comparable á la grande conseguible por el comienzo é iniciación de un presupuesto nivelado, verdadero comienzo de la solución del problema social, cuyo continuo despejo de incógnitas, interminables como la vida humana, sólo debe fiarse á la libertad proveniente de nuestra naturaleza fecunda siempre, y no á fórmulas cabalísticas de un socialismo trasnochado que puede agravar todos los males del pueblo, no aliviando en realidad ninguno. Por esta fórmula salvadora, por esta fórmula del presupuesto nivelado, nuestro partido se halla en coincidencia con el partido liberal; y nuestros amigos prestan el homenaje debido por gentes expertas á la Constitu-

ción y á la estabilidad, lo mismo que á esas impersonalidades augustas llamadas leyes, dignas de obediencia en todas partes, dignas de culto allí donde contienen las fórmulas del derecho y de la libertad. Pecaríamos de fantaseadores, si nos ocultáramos á nosotros mismos y ocultáramos á los demás, cómo nunca podrá plantear ningún partido el presupuesto nivelado sin tropezar con intereses provenientes de antiguos privilegios, que han de revolverse contra nosotros, y modernos. Así necesitamos por escudo contra esta rebelion moral, un poder fuerte; y no hay cosa que debilite á los poderes públicos y mantenga las agitaciones insanas, como un período costituyente, capaz de revolver Málaga con Malagón, y de juntar el cielo con la tierra. Y, como nada bueno puede hacerse allí donde reina el deshonor consiguiente al olvido de los compromisos, todos mis correligionarios estarán dentro de la legalidad y apoyando al partido liberal, mas cada uno de ellos con las reservas por su conciencia personal impuestas, y en aquel sitio que crea congruente con su tradición y con su historia. Ni una palabra más.

Emilio Castelar.

IMPRESIONES LITERARIAS

«LA CRISIS DE LA AGRICULTURA», POR D. S. S. MARTÍNEZ Y GONZÁLEZ

Cuantas personas hayan parado mientes en la angustiosa y desastrada vida de los agricultores castellanos y echado de ver las calamidades de diverso género que los asedian y afligen, de seguro que habrán sentido por ellos no poca compasión. La antigua abundancia de los campos castellanos hase convertido en precaria estrechez; los surcos, fecundos en otro tiempo y empapados con el sudor de tantas generaciones, no recompensan ya el trabajo del agricultor. Dijérase al verlos producir tan poco fruto á cambio de tantos y tan ímprobos esfuerzos, que nunca como al presente se ha cumplido la maldición divina: «Maldita será la tierra en tu obra.» Sobre esa tierra casi agotada trabaja sin tregua ni descanso la población rural de Castilla. Movido á piedad ante el doloroso espectáculo, y después de estudiarlo concienzuda y profundamente, el catedrático salmantino Sr. Martínez y González, ha dado cima á la ardua empresa de señalar los males de la agricultura, las relaciones que estos males tienen con el actual estado de la sociedad, y los remedios que conviene y urge aplicar á tan graves dolencias.

No es *La Crisis de la agricultura*, como por el título pudiera colegirse, un estudio árido y de carácter técnico; es un cuadro lleno de vida y rico en atinadas observaciones, es la obra de un escritor que á una gran fuerza de pensamiento une una extraordinaria de vigor y de expresión. Por esto, aun siendo ajeno el asunto al objeto de estas *Impresiones*, he creído que no es inoportuno llamar hacia tan interesante libro la atención de mis lectores. No me propongo juzgarlo. Temerario sería en mí semejante propósito; me ceñiré tan sólo á dar una idea de su contenido, añadiendo,

sin pretensión alguna científica, las observaciones que me ha sugerido su lectura. Soy un lector que piensa en voz alta, no un juzgador que analiza ordenada y minuciosamente una obra con la pretensión de dictar sentencia.

***

Procede el Sr. Martínez en su obra á la manera como procede el médico con la enfermedad: la primera parte de *La Crisis de la agricultura* es el diagnóstico del mal. Su origen y raíz, según el autor, arrancan del concepto moderno del Estado. Desde el instante en que se supone á la sociedad fuente del derecho de la propiedad civil, se va lógicamente camino del socialismo, puesto que si la propiedad de la tierra depende de las leyes civiles, la ley que la estableció puede ser derogada por otra ley, y como ésta no es más que el resultado de la voluntad del mayor número, y las clases proletarias son las más numerosas, ellas llegarán á ser, por consiguiente, árbitro del Estado. De esta concepción del derecho se derivan, al decir del Sr. Martnez, todos ó la mayor parte de los males que pesan sobre la sociedad y la agricultura. Como se ha supuesto que en la ley civil descansaba el derecho de propiedad, el Estado ha dispuesto de los bienes colectivos vendiendo los predios ó fincas que pertenecían á comunidades y corporaciones, con lo cual ha contribuido al desarrollo de un feroz individualismo. «Todos aquellos bienes que por espacio de siglos dieron á los labradores auxilio, á las viudas y menesterosos pan, á los afligidos consuelo, á los municipios desahogo y poder, á la Iglesia independencia y firmeza al Estado, se entregaron á la libertad de los mercados.» Sin este auxilio, encontróse el hombre del campo abandonado á sus propias exclusivas fuerzas, y por todo consuelo, cuando se queja de su suerte, lánzansele á la faz las sarcásticas palabras con que los judíos increpaban á Jesús: «*Sálvate á ti mismo.*»

Demás de esto, reprimida la libertad de testar y rotas todas las trabas que se oponían á las transmisiones de dominio, la propiedad pasa de mano en mano, el interés por el mejoramiento de la tierra es escaso ó nulo, la población agrícola no se fija en los campos y la familia campesina no se perpetúa. Los propietarios, ansiosos de placeres ó de disfrutar de la vida cómoda de las ciudades, abandonan sus haciendas en manos de administradores, tanto más estimados por sus amos cuanto más esquilman á los colonos, y como los susodichos propietarios no ven por sus propios ojos la miseria de los labriegos, ni entre señores y arrendatarios exis-

te el afecto que engendran el trato y comunicación continua, acontece que ni aquéllos guardan consideración alguna á sus colonos ni éstos tienen estimación hacia sus dueños. Qué clase de relaciones existen entre unos y otros, decláralo elocuentemente la fórmula de arrendamiento usual en las notarías de Castilla, «entendiéndose que por ningún caso de cielo y tierra se consideran los colonos desligados del cumplimiento del contrato». Como si esto no fuese bastante, pesa sobre los agricultores castellanos con inmensa pesadumbre la plaga cancerosa de la usura, esto es, *tomar dinero á daño* según la antigua frase oportunamente recordada por el Sr. Martínez. «Los usureros de profesión—dice el autor de *La Crisis agrícola*—no se contentan con menos del diez, veinte y treinta por ciento, cuando el préstamo se realiza en dinero.» Cuando los préstamos se hacen en especie, el despojo es aún mucho mayor.

A agravar todavía más la penuria del labrador contribuye el crédito, «ficción mediante la cual, una y misma cantidad tiene dos usos y dos frutos: uno el del verdadero dinero, otro el del fingido». «¿Quién podrá calcular—sigue diciendo el autor de *La Crisis agrícola*—las veces que el crédito puede multiplicar la acción del numerario en un momento dado? Consta de un balance de la casa de liquidación *Caring Housse* de Londres, que con solas doscientas mil libras esterlinas saldaba diariamente operaciones que importaban quince veces esta suma.» Consecuencia de semejante artificio es el desequilibrio entre el trabajo y el dinero, la facilidad del acaparamiento y de los monopolios, y como mal mayor entre otros muchos, la ruina del pequeño propietario y la esclavitud del trabajador... esto sin contar los negocios de mala fe, las quiebras fraudulentas y los *kracks* criminalmente preparados.

Nada hay que oponer respecto á la existencia de estos males: todos ellos son rigurosamente verdaderos, y todos, con los demás que luego expone el autor, agobian y debilitan y sacrifican á la agricultura. No se contenta—como ya he indicado—el Sr. Martínez con la enumeración descarnada de estas desdichas. La vista de tantas miserias le arranca frases de dolor salidas del alma, concisas y amargas protestas, y le sugiere rasgos tan enérgicos como verdaderos con que pintar cuadros conmovedores y dramáticos; todo lo cual da á su libro subido valor literario. Páginas hay en que el sabio profesor, sin echar mano de lacrimosas sensiblerías, sabe llegar hasta lo más hondo del corazón de los lectores. Con

estas palabras, describe un embargo judicial en una aldea: «...El padre se aflige ante el porvenir incierto de la mujer y de los hijos, puestos por Dios á su providencia y á sus cuidados, la mujer ante la tristeza del marido y la suerte de los hijos y éstos ante el hondo pesar y la ansiedad de los padres. Los circunstantes que han sido testigos de la laboriosidad y buen orden del despojado, se conduelen también al considerar cómo por las injusticias de los hombres y el desconcierto social, falta á aquella familia lo que se concede á las aves del aire, los frutos del trabajo. Hasta la vaca y la mula parece como si dieran muestras de pena y desolación. Aquellos animales, compañeros de su estéril fatiga, al ser espectadores de la revolución que tiene lugar en la casa de su dueño, aunque inconscientes, sea que la tristeza del ánimo de los concurrentes bañe, como sucede, con sombríos colores los objetos que al hombre triste rodean, sea que al extrañar las horas y las personas, su instinto les haga barruntar males á bulto, es lo cierto que dan señales inequívocas de dolor. Las prendas de familia, por pobres y sin valor que sean, tienen siempre uno inapreciable en el recuerdo de sus poseedores, y provocan entonces en ellos, tanto más dolorosos ayes, cuanto mayor es la incertidumbre sobre las manos á que irán á parar en la subasta y los usos á que serán destinados.» En medio de todo este desastre evoca el autor la fiera y despiadada figura del usurero gritando: «Yo no como con lágrimas, como con monedas de cinco duros.» ¡Tiene razón el señor Martínez: el acto, aunque llevado á ejecución á la sombra de las leyes, es injusto!

La pintura, como se ve, está copiada de la realidad; es una triste página arrancada de la historia del campesino, más conmovedora y más verdadera que las pinturas naturalistas trazadas por Zola en su célebre libro *La terre*.

*
* *

Antes de pasar adelante en el examen de tan interesante obra, he de consignar aquí algunas observaciones que, como suele decirse, saltan á la vista. Muy exactos son los males enumerados por el catedrático de Salamanca; pero ¿puede atribuirse la misma exactitud á las causas ó á la causa de donde, sin excepción, los hace dimanar? Sea cualquiera la concepción que del Estado se tenga, ya se considere, como el Sr. Martínez afirma, que el derecho de propiedad es anterior al Estado, ya se haga provenir todo derecho de un contrato social, ¿es justo deducir en buena lógica que el egoísmo, el absen-

teísmo, la usura, las demasías del crédito proceden de tal ó cuál escuela filosófica ó política? ¿No son todos esos defectos hijos de la naturaleza humana? Acaso se dirá: «La libertad de interés, por ejemplo, no ha existido hasta época reciente.» Podrá recordarse con textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y con los decretos de los Concilios III, IV y V de Letrán, y con el II de Lyon y el de Viena, y con los testimonios de Santo Tomás, de San Buenaventura, de Suárez, y con el Sínodo diocesano y con las opiniones de multitud de escritores y textos eclesiásticos, que la usura, ó sea el *beneficio del préstamo*, era cosa prohibida á los cristianos y perseguida en los códigos. Pero si esta forma de la usura era castigada, ¿no ha existido el mismo vicio de la ganancia excesiva explotando la necesidad en todos los tiempos y en todas las sociedades? La famosa venta de la progenitura de Esaú por el plato de lentejas, ¿no fué una especie de usura en que mediaron el hambre de una parte y de otra el abuso? ¿No son también casos de usura los incluidos en lo que San Agustín calificaba de *vili velle emere et caro vendere?* Lo esencial de la usura, que es el lucro exorbitante, ha existido siempre.

¿Qué culpan tienen las escuelas liberales del absenteísmo? Sin contar las épocas en que los jefes de las más grandes casas de Castilla guerreaban lejos de su patria por cumplir sagrados deberes, y también por alcanzar gloria y riquezas, no hay más que abrir la historia por cualquiera de los reinados de los Austrias para ver que, por regla general—como ahora sucede—los más nobles y acaudalados apetecían mejor el brillo y regocijo de los saraos cortesanos que la vida austera y ruda del campo. ¡Qué pocos García del Castañar encontramos en la historia!...

Tampoco era muy envidiable en otros tiempos la condición del campesino. Cuál era la consideración social que se le otorgaba, pruébalo el sentido despreciativo de la palabra *villano*. El Sr. Martínez habla, sin precisarla, de otra época de ventura, especie de edad de oro en que los labradores vivían sin duda según la fantástica descripción que en su famoso discurso hizo Don Quijote á los cabreros; pero ¿dónde está esa época, qué fechas la limitan, en qué siglo se encuentra? No hay que buscarla en tiempo de los godos: entonces, los que más tarde habían de llamarse castellanos apenas si eran de mejor condición que los antiguos esclavos. Durante la reconquista, las algaradas continuas, las banderías, la ambición de los nobles, la necesidad de guerrear, causas fueron de que las tierras cas-

tellanas más que campos de pan llevar fueran campos de batalla. No he de enumerar yo aquí, por demasiado sabidas, las mil vejaciones que pesaban entonces sobre los agricultores. Sin necesidad de acudir á otros textos, basta, por ejemplo, para dar idea de la felicidad de otros tiempos con leer las famosas coplas de Mingo Revulgo, y en siglos posteriores las razones que oponían los representantes castellanos á las continuas exacciones de los monarcas. El absenteísmo de los nobles, el interés personal, ó sea el espíritu aventurero, las guerras sostenidas en todo el mundo, el empobrecimiento de todas las industrias, y en particular de la industria agrícola fueron tales y tan continuados, que ya bien entrado el siglo XVIII escribía el festivo Gerardo Lobo ciertas famosas décimas, entre las cuales elijo la siguiente, que da por cierto una bien triste idea de lo que era un pueblo de Castilla durante el reinado de Felipe V:

«Aquí nació la carencia,
madre de la poquedad;
parió á la necesidad
en brazos de la abstinencia.
Si de Dios la omnipotencia
me saca de esta ensenada,
quedará glorificada
otra vez, pues es lo mismo
el sacarme de este abismo
que el hacerme de la nada.»

La transcrita décima no es ciertamente un modelo de poesía, pero tanto ella como todas las demás que forman la composición á que me refiero, dan, no obstante su forma burlesca y exagerada, idea bastante exacta de la desastrada vida de los labradores en el siglo XVIII.

En todo tiempo la condición del campesino pobre fué penosísima. Tierras de lágrimas fueron siempre sus tierras y más abrojos que espigas cosecharon. Cierto que hoy, como el Sr. Martínez dice, los pobres todos son ó están además desesperados. Cierto también que la producción es menor, ¿pero qué culpa tiene de ello el liberalismo? ¿Por ventura las buenas cosechas y la feracidad del terreno dependen de las ideas políticas ó religiosas? Injusto es atribuir al liberalismo las causas de tanta desesperación y de tal agotamiento. Estos males tiene su origen en una ley histórica, reflejo y como copia de una ley natural. No por muy repetida deja de ser cierta la afirmación de que es nuestro tiempo puente de transición entre una sociedad que acaba y una sociedad que quiere nacer. La nueva evolución de la actividad reclama nuevo ambiente, y como éste no se ha formado todavía, sentímonos mal hallados con instituciones y costumbres que en otro tiempo respondían perfectamente á nuestras aspiraciones y necesidades. Efecto de esta transición, todo lo antiguo flaquea ó

se desacredita. La ciencia jurídica moderna está en oposición con lo que los códigos vigentes establecen; la medicina nos muestra enfermos en los que antes creíamos ver criminales; la economía ha destruido sistemas que contaban siglos de antigüedad; las ciencias naturales y los descubrimientos de todo género que se suceden sin interrupción, transforman por completo las relaciones de los hombres. La nueva sociedad, al brotar del seno de la sociedad pasada, la destruye como el ave al nacer rompe y abandona el huevo que la contuvo. No hay nacimiento sin dolor y sin lágrimas, y el paso de una existencia á otra, de un medio á otro medio, produce siempre malestar y tristeza. Mas por encima de las angustias del presente debe alzarnos y sostenernos la fe en el porvenir: las perturbaciones momentáneas que ahora nos afligen contienen gérmenes de nueva y lozana vida. La historia nos confirma en esta creencia. En rigor no hay catástrofes, sino evoluciones.

***

Haciendo derivar del liberalismo todos los males de la agricultura y de la sociedad, sigue el Sr. Martínez, en la segunda parte de su libro, estudiando la organización actual del Estado. Los gobiernos, lejos de procurar el bien de sus gobernados y de respetar sus derechos naturales, los quebrantan con perjudiciales tratados de comercio y con la imposición de onerosos tributos. Así como es entre los individuos el egoísmo la norma que regula las transacciones, entre los pueblos las relaciones comerciales están sujetas á la ley del más fuerte. La libertad de comercio deja á las naciones débiles á merced de las más poderosas. ¿Cómo España habrá de competir en punto á cereales con las tierras vírgenes de América ó con las inmensas estepas de Rusia? De esto se sigue que los precios á que el labrador de Castilla puede vender sus granos no son bastantes, no ya á premiar su trabajo, pero ni aun á satisfacer sus más urgentes necesidades. No es este el único perjuicio que los actuales tratados de comercio ocasionan al labrador. Como en ellos no está protegida ninguna industria agrícola, y como á cada paso varían, el campesino tantea sin cesar nuevos cultivos; pasa del de los cereales al de los viñedos y de éste á la cría de ganados, con lo cual, destruida ó debilitada la unidad del esfuerzo, ninguna de estas industrias medra ni prospera.

Bien claro se ve que en esta parte de su libro, como en la anterior, el Sr. Martínez, siguiendo su criterio sistemático, achaca también á las ideas liberales defectos en mu-

chos siglos anteriores á la aparición del liberalismo. No es de ahora que los débiles opriman á los fuertes, y para no amontonar pruebas históricas, basta con recordar la clase de relaciones comerciales que en tiempos eminentemente cristianos tuvo España con los pueblos de América. Podrá ser triste, pero es una verdad incontrovertible aquello de «que la fuerza oprime al derecho». Cierto que el catolicismo ha protestado siempre contra esta iniquidad, pero su divino influjo no ha podido impedirla ni casi atenuarla. Es un corolario del tremendo *Væ victis!*, grito que viene resonando de generación en generación y de gente en gente, lo mismo en las luchas prehistóricas de las selvas, que entre el fárrago de fórmulas cancillerescas de los gabinetes europeos.

Muy atinadas son las reflexiones que el autor de *La Crisis agrícola* consagra al crédito público. Verdad es, ó por lo menos por tal la tengo, la creencia expuesta por el Sr. Martínez de que la deuda nacional acarrea á España más inconvenientes que ventajas. Es muy difícil que el capitalista, sabiendo que con el sólo trabajo de cobrar el cupón cada trimestre puede obtener un beneficio por lo menos de un 5 por 100, es muy difícil, digo, que quiera aventurar su dinero en empresas industriales de dudoso éxito y mucho menos en explotaciones agrícolas. ¡Es tan agradable vivir sin trabajar!... De aquí el verdadero furor que se ha apoderado de todos los capitalistas grandes y chicos, y más desde el momento en que se crearon los títulos pequeños. Al paso que vamos, será maravilla que dentro de poco haya un solo capital que no se emplee en papel de la deuda. ¡Triste cosa es que tantas riquezas como podrían fecundar nuestros campos ó nuestros talleres, se aparten de día en día de la actividad fecunda del trabajo! Poco se me alcanza de estas cuestiones, pero sinceramente creo, contra lo que generalmente se piensa, que el alza sostenida de los valores públicos, á pesar de los males que pesan sobre la hacienda española, es un síntoma por todo extremo alarmante.

De notar son las reflexiones que en presencia de esta fase de la vida moderna expone el Sr. Martínez, y oportuna la cita que hace de las palabras de cierto diputado austriaco, quien recientemente ha dicho: «El labrador se cuida más de su bestia que el gobierno de su bestia de carga, el labrador», pues mientras que se agobia á éste con todo género de tributos, se deja libre de cargas al negociante de papel, y en tanto que el rentista disfruta de todos los

placeres y de todas las comodidades, el hogar del campesino «es un moderno ergástulo lleno de horrura y de necesidad, en donde no hay camisa para la limpieza, ni luz, ni aire para la salud, ni lecho para el descanso, ni abrigo contra el temporal, ni educación para los hijos, ni ternura entre los esposos, ni fe, ni esperanza...» Y más ennegrecido se nos presenta aún este cuadro, cuando nos hacemos cargo de la pesadumbre de los impuestos que se llevan la sustancia del trabajo de los labradores. «Por todo se le impone contribuciones exorbitantes, paga como colono, como propietario, por lo que consume, por la cédula personal, por la entrada de sus granos en las ciudades, paga al medidor, al descargador, paga por vender sus granos... En una palabra, no puede dar un paso sin tropezar con agentes y satélites del Estado que le molesten, detengan y secuestren sus géneros á la menor negligencia». Consecuencia de todo esto es que «el labriego se echa ya con su carga», y renegando de la patria, que es para él mala madrastra, abandona la tierra en que nació, los campos que él y sus mayores labraron, y parte á lejanas tierras, diciendo á su manera, al ver hundirse tras del horizonte la playa del patrio hogar, como el legislador griego: «¡Ingrata patria, no guardarás mis huesos!...»

No sólo perjudican al labrador las anteriores calamidades; también dejan en los montes, en los ríos, en el clima mismo sus huellas desoladoras. El interés personal, falto de trabas que le sujeten, y espoleado por la codicia, ha querido quebrantar las leyes naturales en beneficio propio, y estas mismas leyes son ahora su azote y su castigo. Despoblados los montes por la codicia á fin de utilizar los maderos y de roturar el terreno que los árboles ocupaban, hase privado el país de las barreras que le defendían contra el embate de los vientos, han disminuido las lluvias, se han hecho más frecuentes las tempestades que en el espacio de una hora destruyen el trabajo de un año, y se han aniquilado ó ahuyentado las aves que exterminaban antes los insectos enemigos de los frutos. Desembarazados los cauces de los arroyos y torrentes de la resistencia que á las aguas oponían troncos y raíces, ha aumentado el número de inundaciones, y á causa de ellas ha desaparecido, de las en otro tiempo fecundas riberas, gran parte de la tierra vegetal, ocupando su lugar estériles arenas. Sumado todo esto con el cansancio natural de la tierra, con la necesidad en que se ve el labrador para la mayor cantidad

posible de frutos y con las demás causas que más arriba quedan enumeradas, fácilmente se comprenderá cuán triste es el cuadro que de la agricultura castellana ha pintado el Sr. Martínez y González.

Y como la miseria material suele ser engendradora de la miseria moral, y como además el viento de la impiedad que desde hace tiempo sopla sobre España hace oscilar, cuando no la apaga, la luz de la fe en las aldeas de Castilla, síguese como consecuencia final el estado de aflicción rayano con el del envilecimiento á que ha llegado en estos últimos tiempos la población rural.

* * *

Aunque es imposible desconocer el exagerado pesimismo en que moja su pluma el autor de *La Crisis agrícola*, y aunque, como ya he dicho anteriormente, encuentro un poco injustificado el origen que asigna á tantos males, es innegable que la pintura de éstos encierra no poco valor real, muy digno de ser tenido en cuenta por las personas que tienen el deber de velar por la prosperidad de la nación. Sea cualquiera el origen de esos males, procedan del liberalismo ó de otra cualesquiera causas, hayan ó no existido antes, es lo cierto que se han agravado, es lo cierto que si á ellos no se pone el oportuno remedio, la riqueza agrícola convertiráse en terrible miseria, y que llegará el día en que las pasiones socialistas se desencadenen con más furia en los campos que la con que ya ha estallado recientemente en las regiones fabriles y mineras de Bélgica. Por necesarias y fatales que sean las evoluciones históricas, deber es, y deber sagrado, impedir que se conviertan en crueles y sangrientas revoluciones.

Trazado lo que, según he dicho, puede llamarse diagnóstico de la enfermedad agrícola, pasa el docto catedrático salmantino á estudiar los remedios y medicinas que en su opinión deben aplicársele. No hay que buscar estos remedios en la *panacea* liberal. La medicina, si ha de ser provechosa, es preciso buscarla en los principios del derecho natural tal como existe alumbrado, ampliado y explicado por el cristianismo. El liberalismo es impotente parar curar el mal. Inútil es la iniciativa individual, tanto «porque el vulgo es incapaz de reflexión, cuanto porque en las sociedades en crisis se ven los hombres en una especie de necesidad de hacer lo que todos hacen y reprueban». Inútiles son también, al decir del autor, las ligas agrarias, sociedades de seguros, contratos de mutuo socorro y todas las demás asociaciones infor-

madas por el espíritu liberal. Todas estas agrupaciones tienen fines exclusivamente económicos y ninguna de ellas se eleva á la necesidad de *reformar, de volver á fundir y hacer nacer de nuevo la sociedad.*

No siendo eficaces estos remedios que nacen de la iniciativa particular, siendo asimismo estéril el crédito territorial y agrícola, y no teniendo fuerza el Estado liberal para otra cosa que para conseguir un expediente artificioso, un lenitivo al mal, pero no una verdadera solución á tan pavorosa crisis, ¿á dónde volver los ojos? ¿Cómo apartar á la sociedad de esta pendiente por donde se precipita hacia el abismo en progresión geométrica? ¿Cómo contrarrestar el impulso que le comunicaron Rousseau y Hobbes, Kant y Hegel, y posteriormente Buchner, Moleschot, Straus, Darwin, Spencer y todos los demás pensadores de la escuela liberal? Al llegar á este punto vuelve el autor al axioma que le sirve de punto de partida. «La propiedad—dice—está sobre la ley civil y es anterior á ella. Dios la constituyó, y al precepto divino desarrollado y explicado por la Iglesia deben ajustarse los pueblos. Sólo cuando los organismos sociales, la familia, el municipio, la provincia y el Estado funcionen armoniosa y desembarazadamente y cumpliendo de una manera estricta los preceptos católicos, podrá conseguirse que las gentes, hoy desalentadas y ciegas, vuelvan al camino de la verdad y al logro de su bienestar. La religión hace que el pobre en su hogar cumpla con sus sacratísimos deberes, crea y desarrolla sentimientos de caridad entre pobres y ricos, resuelve los conflictos que nacen de la desesperación y fortalece las bases sobre que descansa ó debe descansar todo el orden social.» «Es preciso restaurar como lema de la vida humana, el que los antiguos monjes de Occidente escribieron en los pendones de la Edad Media: *Cruce et aratro*... Con la cruz por lema de la vida social y con el arado por tipo del precio de los productos, ni habrá que lamentar la opresión del pobre, ni serán posibles los capitales improvisados, y, por decirlo de una vez, no existirán las crisis sociales ni mucho menos la de la agricultura.»

Tales son, sumariamente expuestas, las principales afirmaciones contenidas en *La Crisis de la agricultura*. En toda la obra brillan una sinceridad nunca desmentida, una lealtad digna de todo elogio, una elevación de pensamiento nunca desfallecido y un convencimiento verdaderamente sujestivo. La trabazón de los razonamientos es tan estrecha, la fuerza dialéctica tan grande,

que una vez aventurado el pensamiento del lector en el camino trazado por el Sr. Martínez, le es difícil sustraerse al influjo de su elocuencia. A esto hay que añadir el estudio detenidísimo que el autor ha hecho del problema agrícola, los libros que ha consultado, el cuidado con que ha seguido todas las cuestiones que tienen enlace más ó menos remoto con la cuestión que le sirve de asunto, y la meditación que á tan interesante trabajo ha consagrado. Podrá disentirse de sus opiniones; pero aun los que más distantes se hallen de los puntos de vista elegidos por el autor, aun aquellos, más que adversarios, enemigos irreconciliables de la fe católica, encontrarán, de seguro, en *La Crisis agrícola* mucho que aprender y no pocas cuestiones en que pensar.

Grande es el exclusivismo del señor Martínez y González; intransigente se muestra en sus negaciones, y tan optimista en lo que afirma como pesimista en lo que niega. Confía quizá demasiado en la eficacia de una fase determinada del cristianismo, fase que desaparecerá para dar lugar á una nueva evolución... Mas á pesar de lo absoluto de su criterio, á pesar de lo sistemático de sus opiniones, á pesar de su afán por detener el tiempo sin contar con la ley fatal del mudar continuo á que están sometidos los seres, las colectividades y todas las instituciones, su libro, como todo lo que es producto de un espíritu sano, reflexivo y honrado, encierra un verdadero caudal de ulilísima doctrina. Tan cierto es esto, que, en verdad, puede considerarse la obra del catedrático salmantino como una de las de mayor provecho de cuantas se han publicado en estos ultimos tiempos y de más sabrosa lectura. Porque debe advertirse que el Sr. Martínez posee un estilo excelente, en cuya concisión, en lo gráfico de los vocablos, en la energía de la frase, y, en general, en la elocución, muestra no pocas afinidades con la prosa de Quevedo, no el Quevedo de las jácaras y de las cartas de *El Caballero de la tenaza*, sino el profundo pensador, autor de *La Política de Dios y gobierno de Cristo*.

Lástima que en la parte material del libro se hayan padecido varios descuidos. El texto está lleno de erratas de tanto bulto como la de haberse impreso en el epígrafe del artículo segundo *Vienes* por *Bienes*, y en diferentes lugares *admósfera* por *atmósfera*, *esbelted* por *esbeltez*, y otros muchos semejantes despropósitos que afean el texto, aunque en nada amengüen el mérito literario de *La Crisis de la agricultura*.

F. F. Villegas.

ÍNDICE

Páginas.

Victoriano Sardou, por Julio Claretie..... 5
La perla negra, por V. Sardou..... 20
La marquesa de Aurebonne, por A. de Pontmartin..... 53
El arte, por John Lubbock..... 93
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por César Lombroso..... 102
Respeto á los poetas, por M. A. Caro..... 121
La idea de justicia en el reino animal, por Adolfo Posada..... 122
Fernán-Caballero, por José María Asensio..... 133
Costumbres literarias del tiempo presente, por E. Caro..... 151
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro..... 156
La Exposición histórico-europea, por Nicolao Sturmalof..... 166
Crónica internacional, por Emilio Castelar.. 179
Impresiones literarias, por F. F. Villegas..... 196

AP
60
E8
año 5
no.52-54

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY